

RICK RIORDAN



# PERCY JACKSON

Y LOS  
HÉROES GRIEGOS



Después de explicarnos las historias más emocionantes de los dioses griegos, Percy Jackson nos acerca al mundo de los héroes de la Antigua Grecia. Si quieres saber quién cortó la cabeza de Medusa o qué heroína fue criada por una osa, este es el libro que debes consultar.

Nadie mejor que un hijo de Poseidón como Percy, que ha sobrevivido a un sinfín de encuentros con seres y criaturas mitológicos, para narrar las increíbles hazañas de Perseo, Atalanta, Belerofonte o Hércules, por citar solo a algunos de los muchos personajes heroicos que aparecen en estas páginas.

Así que Percy nos invita a seguirlo en una nueva y apasionante aventura con la siguiente propuesta: «Vamos a retroceder en el tiempo unos cuatro mil años para decapitar monstruos, salvar algún reino que otro, disparar a unos cuantos dioses en el trasero, saquear el inframundo y robar a gente muy mala. ¿Listos? Perfecto. Vamos allá».



Rick Riordan

**Percy Jackson y los héroes griegos**

ePub r1.0

Titivillus 18.01.2018

Título original: *Percy Jackson's Greek Heroes*

Rick Riordan, 2015

Traducción: Sonia Tapia

Ilustración de la cubierta: Steve Stone

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2



Para Becky,

que siempre ha sido mi heroína

## Introducción

\*

A ver, que yo solo me metí en esto por la pizza.

El editor me dijo:

—¡El año pasado lo bordaste con el libro sobre los dioses griegos! ¡Ahora queremos que escribas otro sobre los héroes de la Antigua Grecia! ¡Será una pasada!

Y yo contesté:

—Chicos, que soy disléxico. Ya tengo bastante faena con leer libros...

Pero entonces me prometieron un año entero de pizza de pepperoni gratis y todos los caramelos Jelly Beans azules que quisiera.

Y me vendí.

Tampoco es mala idea, en realidad. Si tienes previsto salir por ahí a luchar contra monstruos, estas historias pueden ayudarte a evitar algunos de los errores más comunes, como mirar a Medusa a la cara, o comprar un colchón usado a un tío al que llaman «el Estirador».

Pero la mejor razón para leer sobre los héroes de la Antigua Grecia es que hace que te sientas mejor. Por más que te parezca que tu vida es un asco, aquellos tipos lo tenían mucho más chungo. Ellos sí que lo pasaban mal de verdad.

Por cierto, por si no me conocéis, me llamo Percy Jackson. Soy un semidiós contemporáneo: hijo de Poseidón. En su momento pasé por algunas malas experiencias, pero los héroes de los que os voy a hablar son casos clásicos de infortunio épico. Unos valientes que fueron capaces de fastidiarla donde nadie la había fastidiado antes.

Vamos a escoger a doce. Con esos tendremos de sobra. Y si para cuando terminéis de leer sobre sus desdichadas vidas —llenas de envenenamientos, traiciones, mutilaciones, asesinatos, parientes psicópatas y animales de granja carnívoros— no os habéis reconciliado con vuestra propia existencia, pues, en fin, yo ya no sé qué lo conseguiremos...

Así que coged vuestra lanza flamígera, poneos la capa de piel de león, sacad brillo al escudo y aseguraos de que tenéis flechas en el carcaj. Vamos a retroceder en el tiempo unos cuatro mil años para decapitar monstruos, salvar algún reino que otro, disparar a unos cuantos dioses en el trasero,

saquear el inframundo y robar a gente muy mala.

Y luego, para acabar de rematarlo, sufriremos muertes trágicas y dolorosas.

¿Listos? Perfecto. Vamos allá.

## Perseo quiere un abrazo

\*

Tenía que empezar con este tío.

Al fin y al cabo, es mi tocayo. Tenemos padres divinos diferentes, pero a mi madre le gustaba la historia de Perseo por una razón muy sencilla: Perseo sobrevive. Ni lo descuartizan, ni lo condenan a un castigo eterno. Para ser un héroe, el colega tuvo un final feliz.

Lo cual no quiere decir que su vida no fuera un asco. Y es verdad que mató a un montón de gente, pero ¿qué se le va a hacer?

La mala suerte de Perseo empezó incluso antes de que naciera.

En primer lugar, debéis entender que en aquellos tiempos Grecia no era un país. Estaba dividida en un montón de reinos diminutos. Nadie iba por ahí diciendo: «¡Hola, soy griego!». La gente te preguntaba de qué ciudad estado eras: Atenas, Tebas, Esparta, Zeuslandia, lo que fuera. La Grecia continental era un verdadero cúmulo de parcelas. Cada ciudad tenía su propio rey. Y dispersas por el Mediterráneo, había cientos de islas, y cada una de ellas era también un reino aislado.

Imaginaos que la vida fuera así hoy en día. Ponle que vives en Manhattan. Pues el rey local tendría su propio ejército, sus propias reglas, haría pagar sus propios impuestos... Si infringieras la ley en Manhattan, podrías fugarte a Hackensack, Nueva Jersey. Y si el rey de Hackensack te diera asilo, Manhattan no podría hacer nada (a menos, por supuesto, que los dos reyes se aliaran, en cuyo caso lo llevarías crudo).

Las ciudades se atacarían unas a otras constantemente. Igual al rey de Brooklyn le daba por declarar la guerra a Staten Island. O el Bronx y Greenwich (Connecticut) podían formar una alianza e invadir Harlem. Ya veis que la vida sería muy interesante.

En fin, que una de las ciudades del territorio griego se llamaba Argos. No era la más grande ni la más poderosa, pero tenía un tamaño considerable. Los que vivían allí se hacían denominar «argivos», probablemente porque de haberse llamado «argositas» los hubieran confundido con una bacteria o algo así. Acrisio, su rey, era un mal bicho. Si fuera el vuestro, seguro que querríais huir a Hackensack.

Acrisio tenía una hija muy guapa que se llamaba Dánae, pero con eso no le bastaba, porque en aquella época lo importante era tener varones, para que el primogénito llevara el apellido familiar, heredase el reino a la muerte del rey y blablablá. ¿Que por qué no podía una chica heredar el reino? Pues ni

idea. Es una idiotez, pero así eran las cosas entonces.

Total, que Acrisio no paraba de gritarle a su mujer: «¡Ten hijos varones! ¡Yo quiero varones!», pero no le sirvió de nada. Entonces, cuando su mujer murió (seguro que del estrés), el rey empezó a ponerse nervioso de verdad. Si se moría sin haber tenido hijos varones, su hermano gemelo, Preto, heredaría el reino; y los dos hermanos se odiaban.

Desesperado, Acrisio acudió al Oráculo de Delfos para que le dijeran la buenaventura.

A ver, eso de ir al Oráculo no es lo que se dice una buena idea. Primero hay que hacer un largo viaje hasta la ciudad de Delfos, luego hay que ir hasta una cueva muy oscura que está en las afueras y, una vez allí, te recibe una señora cubierta con un velo, que se pasa todo el santo día sentada en un taburete de tres patas, respirando vapor volcánico y teniendo visiones. Luego hay que dejar una ofrenda muy cara a los sacerdotes que gobiernan la puerta, y al fin puedes hacerle una pregunta al Oráculo. Y, después de todo, lo más probable es que te responda con un acertijo que no haya quien lo entienda. Total, que te marchas de allí hecho un lío, aterrado y habiéndote dejado una pasta.

Pero, bueno, ya he dicho que Acrisio estaba desesperado. Así que él preguntó:

—Oh, Oráculo, pero ¿esto qué es?, ¿por qué no puedo tener hijos varones? ¿Quién se supone que va a ocupar el trono y a conservar el apellido de la familia?

—Es muy sencillo —dijo con voz ronca el Oráculo, que esta vez no contestó con acertijos—: Tú nunca tendrás hijos varones. Pero un día, tu hija Dánae sí tendrá un hijo. Y ese hijo te matará y te sucederá en el trono. Gracias por la ofrenda. Que pases un buen día.

Espantado y furioso, Acrisio volvió a su casa.

Cuando llegó a su palacio, Dánae fue a verlo.

—Padre, ¿qué te ocurre? ¿Qué ha dicho el Oráculo?

Acrisio se quedó mirando a su hermosa hija de largo pelo oscuro y preciosos ojos castaños. Muchos hombres habían pedido su mano. Y ahora Acrisio solo podía pensar en la profecía. Nunca permitiría que se casara. No debía tener descendencia. Dánae ya no era su hija, era su sentencia de muerte.

—El Oráculo ha dicho que tú eres el problema —le espetó—. ¡Tú me traicionarás! ¡Tú harás que me asesinen!

—¿Qué? —Dánae retrocedió horrorizada—. ¡Eso nunca, padre!

—¡Guardias! —gritó Acrisio—. ¡Llevaos a esta vil criatura!

Dánae no entendía qué había hecho. Siempre procuraba ser amable y

considerada. Quería a su padre, aunque daba miedo y siempre estaba enfadado, y le gustaba cazar campesinos por los bosques con una lanza y una jauría de perros rabiosos.

La joven siempre ofrecía los sacrificios apropiados a los dioses. Rezaba sus oraciones, se comía la verdura y hacía todos los deberes. ¿Por qué de pronto su padre estaba convencido de que era una traidora?

No obtuvo ninguna respuesta. Los guardias se la llevaron y la encerraron en la mazmorra de máxima seguridad del rey: una habitación del tamaño de un armario, con un retrete, una losa a modo de cama y unas paredes de bronce de treinta centímetros de grosor. Una claraboya en el techo, bloqueada por unos barrotes gruesos, dejaba entrar el aire y un poco de luz, pero cuando hacía calor, la celda de bronce se calentaba como una olla al fuego. La puerta de tres cerraduras no tenía ventana, solo una ranura en la parte inferior, por donde le pasaban las bandejas con la comida. El rey Acrisio poseía la única llave que abría la mazmorra, porque no se fiaba de los guardias. Todos los días le daban a la prisionera dos galletas saladas y un vaso de agua. Nada de salir al patio, nada de visitas, nada de internet. Nada.

A lo mejor os estáis preguntando por que, si a Acrisio le preocupaba tanto que Dánae tuviera hijos, no la mataba y ya está.

Pues veréis, mis malpensados amigos, es que los dioses se tomaban muy en serio eso de matar a la familia. (Lo cual tiene su gracia, puesto que en realidad fueron los dioses quienes empezaron a cometer asesinatos entre parientes). En fin, que si matabas a tu propia hija, Hades se encargaría de que recibieras un castigo especial en el inframundo. Las Furias irían a por ti. Las Moiras cortarían el hilo de tu vida. Un karma espantoso te amargaría hasta el último día. Ahora bien, si tu hija moría «por accidente» en una celda de bronce bajo tierra... bueno, eso ya no era exactamente un asesinato. Era más bien un «¡Uy, mira lo que ha pasado!».

Dánae languideció durante meses en la mazmorra. Y como no había mucho que hacer, aparte de esculpir muñecos de pasta con las galletas y el agua o charlar con don Váter, se pasaba casi todo el día rezando y pidiendo ayuda a los dioses.

A lo mejor consiguió que le hicieran caso porque era muy simpática, o porque siempre había hecho ofrendas en los templos. O igual porque era guapísima de la muerte.

El caso es que un buen día, Zeus, el señor del cielo, oyó a Dánae pronunciar su nombre. (Los dioses son así: en cuanto dices su nombre, se animan enseguida. Seguro que se pasan las horas muertas buscándose en Google).

Total, que Zeus miró desde los cielos con su superintensa visión de rayos X y vio a la hermosa princesa encerrada en la celda de bronce, lamentándose de su cruel destino.

«Tío, esto no mola nada —se dijo Zeus—. ¿Qué clase de padre encierra a su hija para que no pueda enamorarse ni tener hijos?».

(En realidad, eso es justo lo que haría Zeus, pero bueno).

«Y además está como un tren —murmuró—. Creo que voy a hacerle una visitilla...».

Zeus siempre hacía cosas así. Se enamoraba en plan flechazo de alguna chica mortal, caía sobre ella como una especie de bomba atómica romántica, trastocaba toda su existencia y luego se volvía al monte Olimpo y la dejaba con un niño al que tenía que criar ella sola. Pero en fin... seguro que sus intenciones eran buenas. (Ejem. Claro, claro. Ejem).

En el caso de Dánae, Zeus solo tenía que apañárselas para entrar en una celda de bronce de máxima seguridad.

Pero era un dios y, claro, habilidades no le faltaban. Podía sencillamente reventar la puerta, pero le daría un buen susto a la pobre chica. Además, tendría que matar a unos cuantos guardias, y eso sería un follón. Provocar explosiones y dejar un rastro de cadáveres mutilados no era la mejor forma de crear un buen ambiente para una primera cita. De manera que pensó que sería más fácil transformarse en algo pequeño y colarse por el respiradero. Así tendría toda la intimidad del mundo con la chica de sus sueños.

Pero ¿en qué iba a convertirse? Una hormiga le serviría. Zeus ya lo había probado con otra chica. Pero quería causar una buena impresión, y las hormigas no es que impresionen mucho.

Así que decidió convertirse en algo del todo distinto. ¡Una lluvia de oro! Y eso hizo: se disolvió en una turbulenta nube de purpurina de veinticuatro quilates y bajó volando del monte Olimpo. Se metió por la claraboya y llenó la celda de una luz cálida y deslumbrante que dejó a Dánae sin aliento.

—No temas —dijo una voz desde el resplandor—. Soy Zeus, el señor del cielo. Eres una muchacha muy guapa. ¿Quieres salir conmigo?

Dánae nunca había tenido novio. Y mucho menos uno divino que pudiera transformarse en purpurina. Y al cabo de nada —como unos cinco o seis minutos— estaba locamente enamorada de él.

Pasaron las semanas. Dánae estaba tan callada en su celda que los guardias se aburrían más que unas ostras. Hasta que un día, unos nueve meses después del incidente de la purpurina, uno de los carceleros estaba metiendo la bandeja de comida por la ranura de la puerta, como siempre, y oyó un ruido muy raro: un niño que lloraba.

Fue corriendo a buscar al rey Acrisio, porque esa era la clase de incidente que el jefe querría saber. Total, que el rey bajó a la mazmorra, abrió la puerta, irrumpió en la celda y se encontró a Dánae con un recién nacido en brazos, envuelto en una manta.

—¿Qué...?

Acrisio registró la celda. Allí no había nadie. Y era imposible que alguien hubiera entrado porque la única llave que abría la mazmorra estaba en su poder. Y por don Váter no cabía una persona.

—¿Cómo...? ¿Quién...?

—Mi señor —dijo Dánae, con un brillo de rencor en los ojos—, recibí la visita del dios Zeus. Este es nuestro hijo. Se llama Perseo.

Acrisio intentó no atragantarse con su propia lengua. *Perseo* significaba «vengador» o «destructor», según cómo se interpretara. El rey no quería que el chico creciera y acabara siendo amigo de Iron Man y la Masa. Y por el modo en que Dánae lo miraba, Acrisio se hacía una idea de quién sería la víctima del «destructor».

Los peores temores de Acrisio sobre la profecía estaban haciéndose realidad. Lo cual era de tontos, porque si no hubiera sido tan tarugo y no hubiese encerrado a su hija, aquello nunca habría pasado. Pero así funcionan las profecías. Intentas evitar la trampa y, al hacerlo, acabas construyéndola tú solo y cayendo en ella.

Acrisio quería asesinar a Dánae y al niño. Era la apuesta más segura. Pero luego estaba el tabú ese acerca de matar a miembros de la familia. ¡Menudo fastidio! Además, si Dánae decía la verdad y Perseo era hijo de Zeus... bueno, enfurecer al señor del universo no alargaría la esperanza de vida de Acrisio.

Así que decidió intentar otra cosa. Ordenó a sus guardias que buscaran un arcón de madera que tuviera una tapa con bisagras. Hizo que taladraran unos cuantos agujeros en la tapa, para demostrar que era un buen tipo, y luego metió allí a Dánae y a su hijo, cerró la tapa con clavos y tiró el arcón al mar.

Le pareció que aquello no era como matarlos directamente. Morirían de hambre y sed. O una buena tormenta los haría trizas y se ahogarían. En fin, pasara lo que pasase, no sería culpa suya.

El rey volvió al palacio y durmió bien por primera vez en años. No hay nada como condenar a una hija y a un nieto a una muerte lenta y espantosa para quedarse uno en paz. Si eres un cabrito como Acrisio, claro.

Mientras tanto, dentro de la caja de madera, Dánae rezaba a Zeus.

—Hola. Esto... que soy yo, Dánae. No quería molestarte, pero es que mi padre me ha echado. Estoy en un arcón, en mitad del mar. Y tengo aquí a Perseo. Así que... nada, que si pudieras llamarme o mandarme un mensaje o algo, pues estaría muy bien.

Y Zeus hizo algo mejor. Le envió una lluvia fresca y suave que se filtró por los agujeros y así Dánae y el niño tuvieron agua para beber. Luego convenció a su hermano, Poseidón, el dios del mar, de que calmara las olas y cambiara las corrientes para que el arcón tuviera una travesía tranquila. Poseidón incluso hizo que unas sardinillas saltaran a la tapa y se metieran por los agujeros

para que Dánae pudiera comer sushi fresco. (Mi padre, Poseidón, es un crack para esas cosas).

Así que en lugar de ahogarse o morir de sed, Dánae y Perseo sobrevivieron. Al cabo de unos días, el buque *Arcón Flotante* llegó a la orilla de una isla llamada Sérifos, a unos ciento cincuenta kilómetros al este de Argos.

Dánae y el niño todavía podrían haber muerto, porque la tapa del arcón estaba claveteada, pero, por suerte, dio la casualidad de que en la playa había un pescador llamado Dictis, que estaba remendando sus redes después de una dura jornada de pesca.

Dictis vio de pronto una caja enorme de madera cabeceando en el agua y pensó: «¡Anda! Qué raro». Se metió en el mar con las redes y los anzuelos y la arrastró hasta la playa.

«¿Qué habrá aquí dentro? —se dijo—. A lo mejor hay vino o aceitunas... ¡Igual hay oro!».

—¡Socorro! —se oyó una voz de mujer.

—¡Buaaaaaa! —berreó una vocecilla.

«O gente —continuó Dictis—. ¡Igual está llena de gente!».

Sacó su práctica navaja de pesca y con cuidado abrió la tapa del arcón. Dentro encontró a Dánae y al pequeño Perseo, los dos mugrientos y cansados y oliendo a sushi del día anterior, pero vivitos y coleando.

Dictis los ayudó a salir y les dio un poco de pan y agua. («Genial —pensó Dánae— ¡más pan y agua!»). El pescador le preguntó qué le había pasado.

Dánae decidió no darle muchos detalles. Al fin y al cabo, ignoraba dónde estaba y si el rey de aquel lugar era amigo de su padre. Hasta donde ella sabía podía haber ido a parar a cualquier parte del mundo. Así que le dijo a Dictis que su padre la había echado de casa porque se había enamorado y había tenido un hijo sin su permiso.

—¿Quién es el padre del chico? —le preguntó el pescador.

—Ah, pues... ejem, Zeus.

El pescador abrió unos ojos como platos. La creyó desde el primer momento, porque, a pesar de su aspecto desaliñado, saltaba a la vista que Dánae era lo bastante guapa para atraer a un dios. Y por cómo hablaba y por su porte, supuso que sería una princesa. Dictis quería ayudarlos, a ella y al niño, pero tenía un montón de sentimientos encontrados.

—Podría llevarte a ver a mi hermano —dijo de mala gana—. Se llama Polidectes y es el rey de la isla.

—¿Nos recibirá bien? ¿Nos dará asilo?

—Seguro que sí.

Dictis intentó disimular los nervios, porque su hermano era conocido por ser un mujeriego. Seguramente daría a la joven un recibimiento algo más caluroso de lo necesario.

Dánae frunció el ceño.

—Si tu hermano es el rey, ¿por qué tú no eres más que un pescador? No te ofendas, ¿eh?, que los pescadores molan.

—Prefiero no pasar mucho tiempo en el palacio. Problemas familiares.

Dánae era experta en problemas familiares. Y aunque le daba cierto reparo pedir ayuda al rey Polidectes, no veía otra opción, excepto la de quedarse en la playa y hacerse una cabaña con la caja.

—¿Me aseo un poco primero? —preguntó.

—No —contestó Dictis—. Tratándose de mi hermano, cuanto menos atractiva, mejor. Es más, frótate un poco de arena en la cara y ponte unas cuantas algas en el pelo.

Dictis llevó a Dánae y al niño a la capital de Sérifos. El palacio del rey sobresalía entre todos los edificios: era una mole de columnas de mármol blanco y paredes de arenisca, con estandartes que ondeaban en las torretas y un puñado de guardias en la puerta con pinta de gorilas. A Dánae lo de vivir en la playa en una caja empezaba a parecerle buena idea, pero, no obstante, siguió a su nuevo amigo el pescador hasta el salón del trono.

El rey Polidectes estaba sentado en un trono de bronce macizo que no debía de ofrecer muy buen apoyo a las lumbares. Detrás de él, las paredes estaban engalanadas con trofeos de guerra: armas, escudos, estandartes y unas cuantas cabezas de enemigos disecadas. Vamos, la decoración típica de cuando quiere alegrarse una cámara de audiencias.

—¡Bueno, bueno! —dijo el rey—. ¿Qué me has traído, hermano? ¡Parece que por fin has pescado algo que merece la pena!

—Esto...

Dictis intentaba dar con la forma de decir: «Por favor, sé amable con ella y no me mates».

—Márchate —ordenó Polidectes.

Y los guardias echaron al pobre pescador.

El rey se inclinó entonces hacia Dánae. Y a pesar de que sonreía, no parecía

muy amistoso, puesto que tenía los dientes torcidos y feísimos. Polidectes no se dejó engañar por la ropa hecha jirones de la joven, la arena de la cara ni las algas y las sardinillas del pelo, ni por el fardo de harapos que llevaba en brazos. (¿Qué hacía con ese fardo? ¿Sería su bolso de mano?). Polidectes se dio cuenta de lo hermosa que era. Tenía unos ojos preciosos. Y su rostro era... ¡perfecto! Tras un buen baño y con la ropa adecuada, podría pasar por una princesa.

—No tengas miedo de mí, guapa. ¿En qué puedo ayudarte?

Dánae decidió hacerse la víctima, pensando que así conmovería al rey. De modo que se dejó caer de rodillas y lloró, diciendo:

—Mi señor, soy Dánae, princesa de Argos. Mi padre, el rey Acrisio, me ha echado del reino. ¡Te suplico tu protección!

No es que Polidectes se conmoviera mucho, pero sí que se le puso en marcha el magín. Argos... era una buena ciudad. Y había oído hablar de Acrisio, el viejo rey que no tenía hijos. ¡Uy, eso era estupendo! Si se casaba con Dánae, se convertiría en gobernante de las dos ciudades. ¡Con dos salones del trono, por fin dispondría de sitio suficiente para colgar todas las cabezas disecadas que tenía guardadas!

—¡Princesa Dánae, por supuesto que te ofrezco refugio! —dijo en voz muy alta, para que todos sus asistentes lo oyeran—. ¡Juro por los dioses que conmigo estarás a salvo!

Se levantó del trono y bajó por los escalones del estrado. Pensaba tomar a Dánae en brazos para demostrarle que era un tipo de lo más amable y cariñoso, pero en cuanto la tuvo a un metro y medio de distancia, el fardo de harapos se puso a berrear.

Polidectes retrocedió de un brinco. Los gritos cesaron.

—¿Qué hechicería es esta? —preguntó—. ¿Tienes un fardo de harapos chillones?

—Es un niño, mi señor.

Dánae trató de contener la risa al ver la expresión horrorizada del rey.

—Es mi hijo, Perseo. Su padre es Zeus. Espero que vuestra promesa de protección incluya a mi pobre chiquitín.

A Polidectes le entró un tic nervioso en el ojo derecho. Odiaba a los niños pequeños, esas criaturas arrugadas y regordetas que berreaban y hacían caca. Lamentaba no haber visto antes al niño, pero es que la belleza de Dánae lo había distraído. Y ahora no podía retirar la promesa. Todos los asistentes lo habían oído pronunciarla. Y encima el niño era hijo de Zeus, lo cual complicaba aún más las cosas. No puede uno andar tirando a la basura a bebés semidivinos sin enfadar a los dioses. O por lo menos no siempre.

—Pues claro —atinó el rey a decir—. Qué cosita más mona. También cuenta con mi protección. ¿Sabes qué...?

El rey se acercó más, pero Perseo empezó a berrear de nuevo. El crío parecía tener un radar para detectar a gobernantes malvados.

—Ja, ja. —Polidectes se rio sin mucho convencimiento—. Menudos pulmones tiene el niño... Puede criarse en el templo de Atenea, que queda en la otra punta de la ciudad... Quiero decir, en la mejor parte de la ciudad. Los sacerdotes lo cuidarán de maravilla. Y mientras tanto, tú y yo, querida princesa, podemos conocernos mejor.

Polidectes estaba acostumbrado a salirse con la suya y pensaba que tardaría unos quince minutos, o dieciséis como mucho, en conseguir que Dánae se casara con él.

En vez de eso, los siguientes diecisiete años fueron la época más frustrante de toda su vida. Por más que se esforzaba en «conocer mejor» a Dánae, la princesa y su hijo le chafaban todos los intentos. El rey le ofreció a la joven unas habitaciones en el palacio para ella. Le regaló ropa bonita, joyas preciosas, criadas y cupones para el bufet libre del comedor real. Pero Dánae no se dejaba engañar. Sabía que era tan prisionera allí como en la celda de bronce. No podía salir del palacio. Aparte de sus criadas, las únicas visitas que se le permitían eran las de su hijo y las niñeras del templo de Atenea.

A Dánae le encantaba que Perseo la visitara. Cuando era muy pequeño, se ponía a berrear cada vez que el rey se acercaba a su madre, y como Polidectes no podía soportar aquel escándalo, se marchaba corriendo a tomarse una aspirina. Cuando Perseo no estaba, Dánae se las apañaba para rechazar de otras maneras los coqueteos del rey. Cada vez que el hombre llamaba a su puerta, ella fingía con gran estruendo que vomitaba y se disculpaba por estar enferma. O se escondía en la lavandería del palacio. O lloraba inconsolablemente bajo la mirada de sus criadas, hasta que el rey se sentía incómodo y se iba.

Durante años, Polidectes intentó ganarse su afecto. Y durante años ella se resistió.

La cabezonería de aquellos dos era impresionante, la verdad.

Cuando Perseo creció un poco, las cosas se volvieron más fáciles para Dánae y más difíciles para Polidectes.

Al fin y al cabo, Perseo era un semidiós, y el tío era un auténtico crack. Cuando cumplió siete años, ya era capaz de tirar al suelo a un hombre adulto. A los diez, podía lanzar una flecha a la otra punta de la isla y blandir la espada mejor que cualquier soldado del ejército del rey. Sus maestros del templo de Atenea le habían enseñado sabiduría y el arte de la guerra: cómo escoger las batallas, cómo honrar a los dioses... Cosas muy útiles si uno quiere sobrevivir a la pubertad.

Era un buen hijo, lo cual quiere decir que seguía visitando a su madre siempre que podía. Ya no berreaba cuando Polidectes se le acercaba, pero si empezaba a coquetear con Dánae, Perseo se lo quedaba mirando con expresión torva, los brazos cruzados y unas cuantas armas mortales colgadas del cinto, hasta que el rey se retiraba.

Seguro que creéis que Polidectes acabó dándose por vencido, ¿no? Había un montón de mujeres a las que incordiar. Pero ya sabéis cómo son estas cosas. En cuanto te dicen que no puedes tener algo, todavía lo deseas más. Y para cuando Perseo cumplió diecisiete años, Polidectes ya estaba negro. ¡Quería casarse con Dánae antes de que fuera demasiado mayor para tener más hijos! Quería ver cómo sus propios vástagos se convertían en reyes de Argos y Sérifos. Y eso solo significaba una cosa: Perseo tenía que largarse.

Pero ¿cómo iba a librarse de un semidiós sin asesinarlo directamente?

Y más cuando Perseo, a sus diecisiete años, era el mejor luchador de la isla, y el más fuerte.

Necesitaba una buena trampa... un plan para que el chico se buscara él solito su propia ruina sin que al rey le salpicara ninguna culpa.

Con los años, Polidectes había visto a muchos héroes corretear por ahí matando monstruos, rescatando aldeas y cachorritos, ganándose el corazón de príncipes y princesas, y consiguiendo unos patrocinadores de campeonato. A Polidectes le daban igual esas bobadas, pero había advertido que la mayoría de los héroes tenían algún defecto fatal, algún punto débil que, con un poco de suerte, podía llevarlos a la muerte.

¿Y cuál era el de Perseo?

El chico era príncipe de Argos, hijo de Zeus, y a pesar de todo se había criado como un refugiado en un reino extranjero, sin dinero y sin familia a excepción de su madre. De modo que se mostraba bastante susceptible en lo referente a su reputación. Ansiaba demostrar su valía, y aceptaría cualquier reto. Si Polidectes pudiera utilizar eso en contra del joven...

El rey sonrió. Uy, sí. Se le había ocurrido el desafío perfecto.

Esa misma semana, Polidectes anunció que estaba reuniendo regalos de boda para Hipodamía, la princesa de una isla cercana. Su padre, el rey Enomao, era un viejo amigo suyo, pero eso no era lo importante.

Eso era solo una excusa para reunir regalos.

Polidectes convocó a los más ricos y famosos de Sérifos a una fiesta en el palacio, para ver cuánto estaban dispuestos a rascarse el bolsillo. Y como todos querían impresionar al rey, competían unos con otros por llevar los regalos más alucinantes. Y así, una familia ofreció un jarrón de plata y rubíes; otra, un carro de oro con una reata de cuatro caballos blancos resplandecientes; otra, una tarjeta regalo de iTunes de mil dracmas. ¡Solo lo

mejor para esa como se llamara que iba a casarse con no se sabía quién!

Los regalos iban amontonándose mientras Polidectes alababa a todo el mundo y hacía que los ricos y famosos se sintieran muy especiales (como si no se sintieran lo bastante especiales ya). Y por fin vio a Perseo al lado de la mesa de los canapés, charlando con su madre, mientras intentaba pasar desapercibido.

Perseo no quería estar en aquel rollo de fiesta. Ver a un puñado de nobles y pijos haciéndole la pelota al rey no era precisamente su idea de diversión. Pero tenía el deber de cuidar de su madre, no fuera que a Polidectes le diera por coquetear con ella. Así que allí estaba, bebiendo ponche calentorro y comiendo pinchitos de salchichas.

—¡Bueno, Perseo! —exclamó el rey desde la otra punta de la sala—. ¿Qué has traído para la boda de la hija de mi aliado? Eres el guerrero más poderoso de Sérifos, ¡todos lo dicen! Seguro que has traído el regalo más impresionante.

Aquello fue un golpe muy bajo. Todo el mundo sabía que Perseo era pobre. Los invitados se reían con disimulo y lo miraban por encima del hombro, satisfechos de ver cómo ponían en su lugar a aquel joven advenedizo. No les hacía ninguna gracia que un semidiós extranjero, guapo, fuerte y con talento, los superase en nada.

Perseo se puso rojo como un tomate.

—No digas nada, hijo mío —le susurró Dánae a su lado—. El rey solo quiere enfadarte. Seguro que desea tenderte una trampa.

Pero Perseo no le hizo caso. Odiaba que lo dejaran en ridículo. Era el hijo de Zeus, pero el rey y sus nobles lo trataban como si fuera un holgazán. Estaba harto de Polidectes y de que tuviera a Dánae prisionera en su palacio.

Así que se dirigió al centro del salón, los nobles se apartaron, y entonces le dijo al rey:

—Puede que no sea el más rico del lugar, pero sé mantener mis promesas. ¿Qué quieres, Polidectes? Dime qué regalo quieres que le haga a la princesa esa, como se llame. Escoge uno y te lo traeré.

Se oyeron las risitas nerviosas de la multitud. Polidectes sonrió. Era justo la reacción que esperaba.

—Una promesa estupenda —dijo el rey—. Pero prometer es muy fácil. ¿Lo jurarías solemnemente por... digamos... por el río Estigia?

(Un consejo: nunca juréis por el río Estigia. Es el juramento más serio que puede hacerse. Si no cumples tu palabra, estás invitando a Hades, a sus Furias y a todos los demonios del inframundo a que te impongan un castigo eterno sin posibilidad de libertad condicional).

Perseo miró a su madre. Dánae negó con la cabeza. El chico sabía que hacerle un juramento a un bicho tan malo como Polidectes no era muy buena idea. Los sacerdotes que lo habían criado en el templo de Atenea no lo verían con buenos ojos. Pero entonces miró a la multitud que lo rodeaba y vio que se estaban riendo de él.

—¡Lo prometo por el río Estigia! —gritó—. ¿Qué quieres, Polidectes?

El rey se reclinó en su incómodo trono de bronce y miró las cabezas disecadas que decoraban las paredes.

—Tráeme...

(Entra una música de órgano dramática).

—... la cabeza de Medusa.

(Estalla un coro de exclamaciones).

Incluso pronunciar el nombre de ese monstruo atraía la mala suerte. Pero ¿cazarlo y cortarle la cabeza? Eso no se lo deseaba nadie ni a su peor enemigo.

Medusa era el monstruo más monstruoso de todo el mundo griego. En otros tiempos había sido una mujer hermosa, pero tuvo un encuentro romántico con Poseidón en el templo de Atenea (posiblemente el mismo templo en el que se crio Perseo), y Atenea convirtió a la pobre chica en una criatura espantosa.

¿Y a vosotros os parece que tenéis mala cara recién levantados? Pues Medusa era tan fea que con solo mirarla te convertías en piedra. Todos los que la miraban morían, y, según los rumores, tenía unas alas de murciélago doradas y unas garras de bronce en lugar de dedos, y su pelo eran serpientes venenosas vivas.

Vivía muy lejos, al este, con sus dos hermanas, que también habían sido transformadas en monstruos con alas de murciélago, a lo mejor porque osaron quedarse con Medusa. Las llamaban «las gorgonas», que es un nombre alucinante para una banda corista. «¡Con todos vosotros: Johnny Graecus y las gorgonas!». Bueno, igual no.

Muchos héroes se habían aventurado a ir en busca de Medusa para matarla, porque... bueno, la verdad es que no sé muy bien por qué. Medusa no andaba molestando a nadie, que yo sepa. Tal vez solo querían matarla porque era una misión difícil. O porque daban algún premio por acabar con el monstruo más feo. En fin, por lo que fuera. El caso es que ninguno de esos héroes había vuelto.

Por un momento, en el salón del trono se produjo un silencio absoluto. Todo el mundo estaba horrorizado. También Dánae estaba horrorizada. Y Perseo estaba tan horrorizado que no se sentía los dedos de los pies.

Polidectes sonreía como si la Navidad se hubiese adelantado.

—Tú lo has dicho: «Escoge uno y te lo traeré». ¿No es así? Pues bien... —El rey abrió los brazos y añadió—: tráeme la cabeza de Medusa.

El ambiente se destensó. Todos estallaron en carcajadas. Miraban a Perseo, un don nadie de diecisiete años, se lo imaginaban cortándole la cabeza a Medusa... y es que era para troncharse.

—¡A mí tráeme una camiseta de las gorgonas, ya que estás! —gritó alguien.

—¡Y a mí un helado!

Perseo salió corriendo, muerto de vergüenza. Su madre lo llamó, pero él no se detuvo.

Polidectes, en su trono, disfrutaba de los aplausos. Ordenó que pusieran música de fiesta y una ronda de ponche calentorro para todos. Aquello había que celebrarlo.

Por lo menos, si Perseo se acobardaba, estaría demasiado avergonzado para volver. A lo mejor los dioses lo mataban por no cumplir su juramento. Y si el chaval era tan tonto que iba a buscar a Medusa... pues nada, acabaría convertido en un gigantesco pisapapeles semidivino.

¡Los problemas del rey habían terminado!

Después de huir del palacio, Perseo fue corriendo hasta los acantilados y se quedó allí, en el borde, conteniendo el llanto. El cielo nocturno estaba cubierto de nubes, parecía que incluso a Zeus le daba vergüenza mirarlo.

—Papá, nunca te he pedido nada —comenzó el chico—. Nunca me he quejado. Siempre he ofrecido los sacrificios apropiados y he intentado ser un buen hijo para mi madre. Pero ahora he metido la pata hasta el fondo. Soy un bocazas y he hecho una promesa imposible de cumplir. No estoy pidiéndote que me soluciones el problema, pero, por favor, me vendría muy bien algún consejo. ¿Cómo puedo salir de esta?

—Qué bonito —dijo una voz junto a su hombro.

Perseo dio tal brinco que por poco no se cae del acantilado.

A su lado había un joven de unos veinte años, con una sonrisa traviesa, el pelo castaño rizado y una gorra muy rara con visera. Su ropa también era muy extraña: calzas marrones, camisa del mismo color y zapatos de cordones que parecían una combinación de botas y sandalias. En el pecho, bordadas con mucha maña, había unas letras que no parecían griegas: «UPS».

Perseo dio por hecho que el tipo era un dios, porque ningún mortal iría así vestido, de mamarracho.

—¿Eres... mi padre? ¿Zeus?

Al recién llegado se le escapó una risita.

—Colega, yo no tengo edad para ser tu padre. Venga, hombre, si casi no aparento ni mil años. Soy Hermes, ¡el dios de los mensajeros y los viajeros! Zeus me envía a echarle una mano.

—Qué rapidez.

—Me enorgullezco de ofrecer un servicio rápido.

—¿Qué símbolos son esos que llevas en la camisa?

—Ay. —Hermes se miró—. ¿En qué siglo estamos? Perdona, es que a veces me confundo.

Chasqueó los dedos y su ropa pasó a ser algo más normal: sombrero de ala ancha como los que llevan los viajeros para protegerse del sol, túnica blanca atada a la cintura y capa de lana sobre los hombros.

—A ver, ¿por dónde iba? ¡Ah, sí! Zeus ha oído tu petición y me manda con unos artilugios mágicos de lo más molones para ayudarte en tu misión.

Hermes volvió a chasquear los dedos y le mostró muy orgulloso una bolsa de cuero del tamaño de una mochila.

—Es un saco —observó Perseo.

—¡Ya lo sé! ¡Cuando le cortes la cabeza a Medusa, puedes guardarla aquí!

—Ah. Pues gracias.

—Y también...

Hermes metió la mano en la bolsa y sacó un casco sencillo de bronce. No era más que un casquete, como el que llevaban los soldados de infantería del rey.

—Este cacharrito te volverá invisible.

—¿En serio? —Perseo miró dentro del casco—. ¿Por qué aquí pone «Fabricado en Bangladesh»?

—Aaah, no te preocupes por eso. Es una reproducción no autorizada del casco de invisibilidad de Hades. Pero funciona de maravilla, te lo prometo.

Perseo se puso aquella imitación barata y de pronto desapareció.

—¡Mola!

—¿A que sí? Vale, quítate el casco, que tengo otra cosa. Las he mandado hacer especialmente para ti.

Hermes sacó un par de sandalias de la bolsa de cuero de objetos fabulosos. De los talones sobresalían unas diminutas alas de paloma. Mientras Hermes las aguantaba por los cordones, las sandalias aleteaban para liberarse, como si fueran un par de pájaros presos.

—Yo también las tengo —comentó Hermes—. ¡Si te las pones, podrás volar! Encontrarás a Medusa mucho más rápido que si vas andando o nadando. Y como serás invisible, no tendrás que registrar el plan de vuelo ni nada.

El corazón de Perseo latía tan deprisa como las alas de paloma. Desde que era pequeño había querido volar. Se probó las sandalias y al instante salió disparado hacia el cielo.

—¡Sí! ¡Yujuuu! —gritó de alegría—. ¡Es alucinante!

—¡Vale, chaval! —chilló Hermes al puntito que entraba y salía de las nubes—. ¡Ya puedes bajar!

Cuando Perseo aterrizó, Hermes fue explicándole lo que debía hacer:

—Primero tienes que encontrar a las tres ancianas a las que llaman «las Greas».

—¿Por qué las llaman así?

—Porque tienen el pelo gris, son viejas, feas e inmortales. Y a la mínima ocasión, te despedazarán y te asarán a la barbacoa.

—Y, entonces, ¿para qué voy a encontrarlas?

—Porque saben dónde está la guarida secreta de Medusa. Ni siquiera yo poseo esa información. Además, tienen un par de objetos que te serán de ayuda en tu misión.

—¿Qué objetos?

Hermes frunció el ceño. Se sacó del bolsillo un papel y lo leyó.

—No sé... No lo tengo apuntado. Pero esta información me la ha pasado Atenea, y por lo general sabe lo que se dice. Tú echa a volar en dirección este. Al cabo de dos días verás la isla de las Greas. No tiene pérdida. Es... bueno... gris.

—¡Gracias, Hermes!

Perseo estaba tan agradecido que quiso darle un abrazo, pero el dios se apartó.

—Eh, chaval, que tampoco hay que pasarse. Buena suerte. Y trata de no estrellarte contra las montañas, ¿vale?

Hermes desapareció en una nube de humo. Perseo se elevó en el aire y echó a volar hacia el este tan deprisa como lo llevaban las alas de paloma de sus pies.

Sin duda, la isla de las Greas era gris.

Una enorme montaña gris se alzaba en medio de un bosque gris, envuelta en una bruma de color ceniza. Los acantilados de pizarra caían sobre un turbulento mar gris.

«Tiene que ser aquí», pensó Perseo, que para esas cosas era muy espabilado. Se puso el casco de invisibilidad y descendió hacia una columna de humo que se elevaba entre los árboles, como si alguien hubiera encendido una hoguera.

En un claro sombrío, junto a un lago verde asqueroso, había tres viejas sentadas alrededor del fuego. Iban vestidas con harapos grises y sus greñas parecían paja sucia. Ensartado en un palo, sobre el fuego, chisporroteaba un trozo de carne. Perseo no quiso ni imaginar de qué sería aquella carne.

Al acercarse, oyó discutir a las mujeres.

—¡Dame el ojo! —gritó una.

—¡Dame tú el diente y me lo pensaré! —replicó la segunda.

—¡Me toca a mí! —gimoteó la tercera—. Me quitasteis el ojo cuando íbamos por la mitad de la última temporada de *The Walking Dead*. ¡Eso no tiene nombre!

Perseo se acercó un poco más. Las viejas tenían los rostros arrugados y flácidos como máscaras medio derretidas. Y exceptuando a la hermana del medio, Fea 2, que tenía un ojo verde, las cuencas de los de las otras dos estaban vacías.

La hermana de la derecha, Fea 1, saboreaba un trozo de la carne misteriosa, arrancando pedazos con su único diente: un incisivo verdoso. Al parecer, las otras no tenían dientes y sorbían con desgana dos vasitos de yogur griego desnatado.

Fea 1 se metió otro trozo de carne en la boca y lo masticó con gusto.

—Vale —dijo—. De todas formas, ya he terminado de comer. Te lo cambio por el ojo.

—¡No es justo! —protestó Fea 3—. ¡Me tocaba a mí! ¡Yo no tengo nada!

—Tú calla y cómete el yogur —le espetó Fea 1, antes de arrancarse el diente.

Fea 2 se tapó el ojo con una mano y se provocó un estornudo. El ojo le cayó en la palma, y Perseo intentó no vomitar.

—¿Lista? —preguntó Fea 1—. Los intercambiamos a la de tres. ¡Y nada de artimañas!

Perseo se dio cuenta de que era su oportunidad de hacer algo marrullero y de lo más asqueroso. Se acercó con cautela.

—Una —dijo Fea 1—. Dos...

Y cuando la vieja gritó «¡tres!», Perseo se adelantó. Todo su entrenamiento en el templo de Atenea y las horas que había pasado jugando a *Call of Duty* debieron de mejorar muchísimo su coordinación motora, porque atrapó el ojo y el diente en el aire.

Las hermanas seguían con las manos extendidas, listas para recibir los complementos corporales que habían intercambiado.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Fea 1—. No has tirado el ojo.

—¡Claro que lo he tirado! —protestó Fea 2—. ¡Eres tú la que no ha tirado el diente!

—¡Desde luego que sí! —chilló Fea 1—. Se lo ha debido de llevar alguien.

—¡Pues a mí no me miréis! —exclamó Fea 3.

—¡No puedo mirarte! ¡No tengo ojo!

—Lo tengo yo —intervino Perseo.

Las hermanas Greas se quedaron en silencio.

—Y vuestro diente.

Las tres ancianas se sacaron unos cuchillos de entre los harapos y se lanzaron en dirección a la voz. Perseo retrocedió a trompicones, evitando por los pelos convertirse en un trozo de carne misteriosa ensartada en un palo.

«Nota mental —se dijo—: La invisibilidad no sirve de nada con los ciegos».

Feas 1 y 2 se dieron un coscorrón la una contra la otra, se cayeron al suelo y empezaron a pelearse. Fea 3 tropezó, cayó al fuego y salió rodando, mientras intentaba apagarse las llamas entre chillidos.

Perseo rodeó el perímetro del campamento.

—Si queréis recuperar vuestro ojo y vuestro diente, más vale que os comportéis.

—¡Son nuestros! —exclamó Fea 1.

—¡Son nuestro tesssorooo! —gritó Fea 3.

—¡Te equivocas de historia, idiota! —le espetó entonces Fea 2.

Las tres hermanas se pusieron en pie. Daban miedo a la luz del fuego: las sombras danzaban en las cuencas vacías de sus ojos y las hojas de los cuchillos relumbraban rojizas.

Perseo pisó una ramita y las tres se volvieron hacia él bufando como gatas. El chico intentó calmar los nervios.

—Como volváis a atacarme, espachurro el ojo ahora mismo —les advirtió.

Y estrujó un poquito el globo viscoso. Las hermanas chillaron, clavándose las uñas en las cuencas vacías.

—¡Vale, vale! —gritó Fea 1—. ¿Qué quieres?

—En primer lugar, la dirección de la guarida de Medusa.

Fea 3 chilló como una rata a la que hubieran pisado.

—¡Eso no te lo podemos decir! ¡Prometimos guardar el secreto de la gorgona!

—¡Y además guardar las armas de la profecía! —añadió Fea 2.

—Ah, sí —dijo Perseo—. También voy a necesitar las armas de la profecía esa.

Las hermanas volvieron a aullar y se dieron unas a otras palmetazos en la cabeza.

—¡No podemos darte las armas! —exclamó Fea 3—. ¡Las gorgonas cuentan con nosotras! ¡Nos darán caza y nos matarán!

—Pero ¿no erais inmortales?

—Bueno... sí —admitió Fea 1—. Pero ¡tú no conoces a las gorgonas! Nos torturarán y nos llamarán de todo y luego...

—Si no me ayudáis, no recuperaréis ni el diente ni el ojo —las amenazó Perseo, que estrujó un poco más el globo ocular.

—¡Vale! —cedió Fea 1—. Devuélvenoslos y te ayudaremos.

—No, primero me ayudáis. Y os prometo que luego os los daré de inmediato.

(Lo prometió con mucho gusto, porque aquellas cosas daban un asco horroroso).

—La cueva de las gorgonas está hacia el este —indicó Fea 2—. A tres días volando en línea recta. Cuando llegues al continente, verás un acantilado alto. La cueva está justo en la mitad, a unos ciento cincuenta metros del mar. La única forma de llegar hasta ella es por una cornisa muy pequeña. No tiene pérdida. Tú busca las estatuas.

—Las estatuas —repitió Perseo.

—¡Sí! —dijo Fea 3—. ¡Y ahora haz el favor de devolvernos lo nuestro!

—No tan deprisa. ¿Qué hay de las armas que habéis mencionado?

Fea 3 aulló exasperada y se lanzó contra Perseo. El chico la esquivó fácilmente y la vieja se estrelló contra un árbol.

—¡Aaaaauu!

—Las armas —insistió Perseo, apretando un poco más el ojo comunitario.

—¡Vale! —exclamó Fea 1—. A un kilómetro al sur de aquí hay un roble muerto enorme. Las armas están enterradas entre las dos raíces más grandes. Pero ¡no le digas a Medusa que te las hemos dado!

—No se lo diré —prometió Perseo—. Estaré demasiado ocupado matándola.

—¡El ojo! —reclamó Fea 2—. ¡El diente!

—Vale.

Perseo arrojó ambas cosas al lago verde.

—Prometí que os los devolvería de inmediato, pero no puedo permitir que me sigáis para vengaros. Más os vale que empecéis a bucear antes de que a algún pez le resulte apetitoso el ojo.

Las hermanas Greas gritaron y, renqueantes y ciegas, corrieron hacia el agua y se zambulleron como una manada de morsas desaliñadas.

Perseo se limpió las manos en la camisa. Baba de ojo. Qué asco. Puso en marcha las sandalias y voló hacia el este a través del bosque.

Encontró sin problemas el roble muerto. Cavó entre las dos raíces más grandes y desenterró algo parecido a una tapa de alcantarilla envuelta en cuero. Lo desenvolvió y al instante quedó cegado por el resplandor de un escudo de bronce redondo. Su superficie estaba tan pulida como un espejo. Incluso en aquel bosque sombrío reflejaba luz suficiente como para provocar un accidente de tráfico.

Perseo echó un vistazo al agujero que había cavado. Ahí abajo había algo más, algo largo y delgado, también envuelto en cuero engrasado. Lo sacó y desenvolvió una espada fantástica, con una vaina de cuero negro, y

empuñadura de cuero y bronce. La desenvainó y sonrió. La hoja estaba perfectamente equilibrada y parecía más afilada que una cuchilla.

Atacó con ella una gruesa rama de roble, para asegurarse. La hoja atravesó la rama y luego el tronco, y cortó el árbol en dos trozos, como si fuera de plastilina. Cualquiera que hubiese visto una demostración como esa en el canal de Telecompras de Semidioses habría pedido sin dudarle la espada por 19,99 euros más gastos de envío.

—¡Uy, sí! —dijo Perseo—. Esto me irá bien.

—Ten cuidado con eso —advirtió una voz de mujer.

El chico dio media vuelta y casi decapitó a la diosa Atenea.

La reconoció de inmediato, porque se había criado en su templo, que estaba lleno de estatuas, estandartes, tazas y posavasos con la imagen de la diosa. Llevaba un vestido largo y blanco, sin mangas, y un casco de guerra alto coronaba su larga cabellera negra. Sostenía en las manos una lanza y un escudo rectangular que brillaban de un modo fabuloso. Su rostro era hermoso, pero daba un poco de miedo, como tiene que ser en una diosa guerrera. Sus ojos gris oscuro, a diferencia de todas las demás cosas grises de la isla, resplandecían y rebosaban una energía feroz.

—¡Atenea! —Perseo se arrodilló e hizo una reverencia—. ¡Siento mucho haber estado a punto de decapitarte!

—Tranquilo —dijo la diosa—. Ponte en pie, héroe mío.

Perseo se levantó. Las alitas de paloma de las sandalias se agitaban nerviosas en torno a sus tobillos.

—Estas... estas armas... ¿son para mí?

—Eso espero. Guardé aquí la espada y el escudo sabiendo que algún día vendría un gran héroe, alguien digno de acabar con la maldición de Medusa. Ojalá que ese héroe seas tú. Creo que Medusa ya ha sufrido bastante, ¿no te parece?

—Así que... Espera, no entiendo nada. ¿Vas a devolverle su forma humana?

—No. Voy a dejar que le cortes la cabeza.

—Ah. Me parece justo.

—Sí, a mí también. A ver, la cosa va así: tienes que entrar a hurtadillas en la cueva de las gorgonas durante el día, mientras estén durmiendo. Esa espada es lo bastante afilada para cortarle el cuello a Medusa, que tiene la piel más gruesa que la de un elefante.

—¿Y el escudo? —A Perseo se le iluminó la mirada—. ¡Ah! ¡Ya sé! ¡Lo utilizo

como espejo! Así veré el reflejo de Medusa, en lugar de mirarla directamente, y no podrá convertirme en piedra.

Atenea sonrió.

—Muy bien. Veo que has adquirido sabiduría en mi templo.

—Y jugando al *God of War* —puntualizó Perseo—. Hay un nivel en el que...

—Sí, ya —lo interrumpió la diosa—. ¡Tú ten cuidado, Perseo! Incluso después de muerta, el rostro de Medusa todavía tendrá el poder de petrificar a los mortales. Lleva la cabeza siempre guardada en esta bolsa de cuero y no se la enseñes a nadie, a menos que quieras convertirlo en mármol macizo.

Perseo asintió y tomó buena nota de la advertencia.

—¿Y qué ocurre con las hermanas de Medusa, las otras dos gorgonas?

—Yo no me preocuparía mucho. Duermen profundamente. Si tienes suerte, saldrás de la cueva antes de que se despierten. Además, no podrías matarlas aunque lo intentaras. A diferencia de Medusa, las otras dos gorgonas son inmortales.

—¿Y eso por qué?

—Anda, y yo qué sé. Es lo que hay. La cosa es que si se despiertan, debes salir de allí pitando.

Perseo debió de poner cara de espanto.

Atenea alzó los brazos para bendecirlo.

—Tú puedes, Perseo. Hazme honor a mí, y a Hermes y a nuestro padre, Zeus. ¡Tu nombre vivirá para siempre! Procura no fastidiarla.

—¡Gracias, oh, gran diosa!

Perseo estaba tan abrumado que quiso darle un abrazo, pero Atenea retrocedió.

—¡Eh, tranquilo, chaval! Esta diosa no se toca.

—Ay, perdón... Yo solo...

—De nada. Y ahora, ¡al lío! ¡Que tengas buena caza, Perseo!

Y la diosa desapareció entonces en medio de un fuerte resplandor.

Perseo oyó a lo lejos a las hermanas Greas, que gritaban no sé qué de asesinar a alguien, y decidió que era hora de marcharse.

La guarida de Medusa parecía un mercadillo de estatuas de jardín.

Tal como las Greas le habían dicho, la cueva estaba en un acantilado, a media altura sobre el nivel del mar. La boca de la cueva y el sendero estrecho que llevaba hasta ella estaban decorados con guerreros de mármol de tamaño natural. Algunos tenían las espadas alzadas, otros se protegían tras los escudos. Un tipo estaba agachado con los pantalones por los tobillos; una postura bastante chunga en la que quedar petrificado para siempre, la verdad. Todos aquellos aspirantes a héroe tenían una cosa en común: una expresión de terror absoluto.

A medida que el sol se alzaba sobre el acantilado, las sombras se movían entre las estatuas, que parecían cobrar vida, lo cual no ayudaba precisamente a calmar los nervios de Perseo.

Como iba volando, no tenía que preocuparse de la peligrosa cornisa, y como era invisible tampoco tenía que preocuparse por que lo vieran.

A pesar de todo, estaba muy tenso. Miró las docenas de mortales que habían intentado lo que ahora se disponía a intentar él. Todos habían tenido la valentía de llegar hasta allí. Todos habían acudido decididos a matar a Medusa.

Y ahora todos estaban muertos. O, un momento... ¿estaban muertos? A lo mejor seguían conscientes una vez convertidos en piedra, lo cual sería todavía peor. Perseo trató de imaginar lo que sería estar paralizado para siempre, por mucho que te picara la nariz, aguardando hasta que te rompieras y te desmoronaras hecho pedazos.

«Yo tendré otra suerte —se dijo—. Estos tíos no contaban con la ayuda de dos dioses».

Pero tampoco estaba muy seguro de eso. ¿Y si él no era más que el último en una larga serie de experimentos divinos? Tal vez Hermes y Atenea estuvieran contemplándolo en ese momento desde el monte Olimpo, y si fracasaba, dirían: «Pues nada, este tampoco lo ha conseguido. Que vaya el siguiente».

Aterrizó en la entrada de la cueva y se metió en ella sigilosamente, con el escudo alzado y la espada desenvainada.

El interior era oscuro y también estaba atestado de héroes de mármol. Perseo fue abriéndose paso entre un tipo ataviado con la armadura completa y una lanza en la mano, un arquero con un arco de piedra rajado y un tipo más feo que las gorgonas, peludo y barrigón, con un taparrabos, que iba totalmente desarmado. Por lo visto, el plan del amigo había sido sorprender a Medusa con el método de entrar corriendo, pegando alaridos y manotazos. Pero no había funcionado.

Cuanto más se adentraba Perseo en la cueva, más oscura se hacía. Los héroes petrificados lo miraban con sus rostros desencajados. Y las espadas de piedra se le clavaban en los sitios más molestos.

Hasta que por fin oyó un coro de suaves siseos al fondo de la sala... El sonido de cientos de serpientes diminutas.

Tenía en la boca un gusto como de ácido de batería. Alzó la superficie pulida del escudo y vio el reflejo de una mujer que dormía en un catre a unos quince metros de distancia. Estaba tumbada boca arriba, con los brazos doblados sobre el rostro, y parecía casi humana. Llevaba una toga blanca sencilla y tenía el vientre muy hinchado.

Un momento...

¿Medusa estaba embarazada?

De pronto, Perseo recordó por qué habían maldecido a Medusa: porque había estado haciendo el ñaca-ñaca con Poseidón en el templo de Atenea. ¿Significaba eso que...? Ay, dioses. Desde que Medusa se transformara en un monstruo, había estado embarazada de Poseidón y no había podido dar a luz porque... Bueno, vete a saber por qué. Igual eso formaba parte de la maldición.

Perseo empezó a flaquear. Una cosa era matar a un monstruo, pero ¿matar a una madre embarazada? Venga ya, hombre. Eso era muy distinto.

Medusa se dio la vuelta dormida y quedó de cara al chico. Detrás de ella, una de sus alas de oro se desplegó contra la pared de la caverna. Dejó caer los brazos, y Perseo le vio las afiladas garras de bronce. Se le agitó el pelo: un nido de víboras verdes y retorcidas. Pero ¿cómo podía uno dormir con todas esas lengüecitas moviéndosele por la cabellera?

Y aquel rostro...

Perseo estuvo a punto de volverse para asegurarse de que estaba viéndolo bien en el reflejo. De la boca le salían unos colmillos como de jabalí, tenía los labios fruncidos en una mueca permanente de desprecio. Y los ojos saltones, lo cual le daba un aspecto vagamente anfibio. Pero lo que en realidad la hacía tan fea eran aquellas facciones tan deformes y desproporcionadas. La nariz, los ojos, la barbilla, la frente: el rostro en su conjunto era grotesco, absurdo.

¿Sabéis esas ilusiones ópticas que si las miras durante mucho rato acabas mareado y con náuseas? Pues el rostro de Medusa era así, solo que mil veces peor.

Perseo no apartó la vista del reflejo del escudo. Le sudaba tanto la mano que apenas podía sostener la espada. El olor a reptil que despedía el pelo del monstruo era tan penetrante que le estaban dando muchas ganas de vomitar. A pesar de que no lo veían, las víboras debieron de percibir algo raro, porque cuando el chico se acercó, los bichos sisearon y enseñaron los pequeños colmillos.

No vio a las otras dos gorgonas. A lo mejor estaban durmiendo en otra parte de la cueva. O a lo mejor habían salido a comprar champú para pelo de

serpientes.

Perseo se acercó a Medusa muy despacio, hasta quedar justo a su lado, aunque no estaba seguro de poder matarla. Aquella cosa estaba embarazada. Y su fealdad solo le daba pena... no lo hacía enfurecer. Pensó que más bien debería cortarle la cabeza al rey Polidectes. Pero había hecho un juramento. Y si ahora flaqueaba y se marchaba, no volvería a tener otra oportunidad.

Entonces Medusa decidió por él.

Debió de sentir su presencia. Igual la alertó su peinado viperino. O percibió el olor a semidiós. (Me han dicho que para los monstruos olemos a tostadas con mantequilla, pero no lo sé seguro). El caso es que de pronto abrió sus ojos saltones, curvó las garras, lanzó un chillido como de chacal electrocutado y se arrojó sobre Perseo, dispuesta a hacerlo trizas.

El joven blandió la espada sin pensar.

Ca-plonc.

Medusa cayó hacia atrás y entonces se desplomó sobre el catre.

Pom, pom, pom. Algo caliente y húmedo fue rodando hasta los pies de Perseo.

Aaagh...

Necesitó de todo su valor para no mirar, para no salir corriendo y pegando gritos como un chiquillo. Unas cabecitas de víboras agonizantes le mordisqueaban los cordones de las sandalias.

Con mucho cuidado, Perseo envainó la espada, se echó el escudo a la espalda y abrió el saco de cuero. Se arrodilló, sin apartar la vista del techo de la cueva, y cogió la cabeza de Medusa por la extinta cabellera viperina. La metió y se aseguró de cerrarlo bien.

Y, por primera vez en un buen rato, respiró.

Lo había conseguido. Miró el cuerpo descabezado del monstruo, tirado sobre el catre. En el suelo, la sangre oscura se encharcaba, arremolinándose y formando dibujos extraños. ¿Eso era normal?

En el charco comenzaron a cobrar forma dos figuras, que crecían y se alzaban mientras el cuerpo de Medusa iba marchitándose y encogiéndose hasta desaparecer. Perseo las miraba como en trance. De pronto, un caballo salió del líquido como si irrumpiera por una puerta. El semental se encabritó y relinchó, y extendió unas alas de águila, todavía manchadas de sangre. Perseo no lo sabía, pero acababa de ser testigo del nacimiento de Pegaso, el primer caballo alado.

Y entonces, de la sangre, surgió bruscamente la segunda figura: un hombre con armadura dorada y una espada también de oro en la mano. Más tarde lo

llamarían Crisaor, el guerrero dorado, y debió de heredar la pinta de su madre, porque Perseo retrocedió a toda velocidad.

Seguro que os estaréis preguntando: ¿cómo es que los hijos de Medusa eran un guerrero dorado y un caballo alado? Y: ¿por qué llevaban tantos años en el cuerpo de su madre?

Pues, oye, yo qué sé. Yo solo os cuento lo que hay. Si queréis que las cosas tengan sentido, os habéis equivocado de universo.

No sé si Crisaor se habría enfrentado a Perseo, si le habría dado las gracias o qué, pero antes de que pudieran pasarse el número de móvil, Perseo, al retroceder, tropezó con una estatua de mármol, que cayó sobre otra estatua, que a su vez cayó sobre otra en plan dominó y... en fin, ya podéis imaginarlo. El ruido que provocaron aquellos héroes de piedra al romperse resonó por toda la cueva.

—Uuups —dijo Perseo.

—¡Medusa! ¿Qué pasa? —siseó una voz femenina en el lado izquierdo de la caverna.

—¡Intruso! ¡Asesino! —exclamó la tercera gorgona, a la derecha.

Perseo seguía llevando el casco de invisibilidad, pero no se fiaba de esa protección. Así que arrancó de una patada las sandalias aladas y salió disparado de la cueva a toda velocidad.

Las dos gorgonas se lanzaron tras él, dando alaridos. Sus alas de oro batían el aire como címbalos. El ruido se hacía más fuerte, pero Perseo no se atrevía a mirar atrás. Ordenó mentalmente a sus sandalias que aceleraran. Las alitas de paloma empezaban a quemarle los tobillos. Algo le rozó la suela, y Perseo tuvo el mal pálpito de que era la garra de una gorgona.

En un movimiento desesperado, voló en espiral, de modo que el sol se reflejó en el escudo que llevaba a la espalda. Las gorgonas chillaron, cegadas por un momento, y Perseo se metió a toda pastilla entre las nubes.

Unas horas más tarde, estaba bastante seguro de que había despistado a las gorgonas, pero no se detuvo hasta que las sandalias comenzaron a echar humo. En estos casos, según la normativa de la Federación de Aviación, hay que aterrizar para llevar a cabo una revisión de seguridad.

Perseo se posó en una roca pelada en mitad del mar. No se veía más que agua en todas direcciones, pero en el horizonte distinguió el último resplandor del atardecer.

«Bueno —se dijo—, por lo menos sé por dónde queda el oeste. Si vuelo hacia allí, acabaré llegando a casa».

Pues no. El colega debió de despistarse cuando intentaba escapar de las

gorgonas. O eso, o iba utilizando Google Maps, porque estaba perdido del todo. Cuando volvió a ver tierra, no reconoció la isla de Sérifos, sino que divisó una gran franja continental: ardientes colinas rojas y desiertos de arena se extendían hasta donde le alcanzaba la vista, bajo la luz de la luna. Perseo había estudiado algo de geografía en el templo de Atenea y solo sabía de un sitio que tuviera ese aspecto.

—¿África? ¿En serio estoy en África?

Pues sí. Estaba ante la costa africana, lo cual significaba que se había pasado siete pueblos volando hacia el sur.

Sin embargo, en ese momento se sentía tan cansado y tenía tanta hambre y tanta sed que le dio igual. Buscaría una ciudad, pediría indicaciones y descansaría un rato. Voló por la costa hasta el amanecer, cuando avistó las torres de una ciudad a lo lejos.

«¡Bien! —se dijo—. ¡Una ciudad significa gente! ¡Y me gusta la gente!».

No obstante, cuando se acercó, vio que allí pasaba algo raro. Varios miles de personas se habían congregado en los muelles del puerto y miraban el agua como si estuvieran esperando algo. Detrás de la multitud habían instalado un pabellón de seda, donde, por lo visto, el rey y la reina de aquella ciudad contemplaban lo que fuera que estuviera ocurriendo.

A la entrada del puerto, un peñasco aislado sobresalía del mar, y en una cornisa diminuta, unos doce metros por encima de las olas, encadenada a la roca, había una muchacha.

Aquello no era un normal, pensó Perseo. Se quitó el casco de invisibilidad, para no asustar a la chica (como si no fuera a llevarse un susto al ver a un tío que se le acercaba volando con unas sandalias aladas), y descendió hasta ella.

La joven se lo quedó mirando con sus hermosos ojos oscuros, mostrando una tranquilidad pasmosa. Tenía el pelo negro como el azabache y la piel como el cobre pulido, y llevaba un vestido verde sencillo que le dejaba al descubierto los preciosos brazos y cuello.

Perseo revoloteó junto a ella.

—Eh... Esto...

Intentó recordar cómo se formaba una frase completa. Estaba seguro de que unos momentos antes habría sido capaz de hacerlo.

—No deberías estar aquí —le dijo entonces la chica—. El monstruo marino llegará en cualquier momento para matarme.

—¿El monstruo marino? —Perseo salió de su asombro—. ¿Qué está pasando aquí? ¿Por qué estás encadenada a la roca?

—Porque mis padres son unos pringados.

—Ya... ¿Me das más detalles?

—Me llamo Andrómeda, y soy la princesa del reino ese de allí, Etiopía.

—¿Quieres decir que tus padres son los reyes? ¿Y dejan que te encadenen aquí?

Andrómeda puso sus preciosos ojos en blanco, en un gesto de hastío.

—¡Fue idea de ellos! Es una historia muy larga. Mi madre, la reina Casiopea, es más vanidosa que nada. Y hace como un año le dio por presumir de que era incluso más hermosa que las nereidas de Poseidón.

—¡Uf, qué mal rollo...!

Perseo nunca había visto a una nereida, pero había oído hablar de ellas. Eran la comitiva de diosas submarinas de Poseidón, y al parecer eran alucinantes de guapas. También sabía que los dioses odiaban que los humanos se comparasen con los inmortales.

—Sí —convino Andrómeda—. Total, que Poseidón se enfadó y mandó al monstruo marino ese a aterrorizar a nuestra ciudad. El bicho se ha dedicado a hundir barcos, quemar el puerto, merendarse a los marineros, y con él no hay forma de tomar el sol en la playa. Con lo cual, el idiota del sacerdote, o lo que sea, le dijo a mi padre, el rey Cefeo, que la única forma de contentar a Poseidón era encadenándome a mí a esta roca y ofreciéndome como sacrificio humano.

—Menuda chorrada —protestó Perseo—. ¡Si no es culpa tuya!

—Eso intenté explicarle a la gente del pueblo, pero la cosa no salió muy bien.

—No pareces muy asustada.

Andrómeda entonces se encogió de hombros lo mejor que pudo, habida cuenta de que tenía los brazos encadenados.

—Tampoco puedo hacer mucho. Además, morir en las fauces de un monstruo marino no me parece tan horrible como vivir con los imbéciles de mis padres. Ellos esperan que chille y suplique por mi vida, pero no pienso darles esa satisfacción. Cuando el monstruo aparezca, pienso gritarle tales palabrotas que le van a sangrar sus oíditos acuáticos. Ya lo he ensayado.

Perseo se quedó pensando un momento.

—Estoy seguro de que tus palabrotas son formidables. Pero ¿y si hubiera otra solución? ¿Y si te libero y te salvo?

—Eso molaría —dijo Andrómeda—. Aunque no solucionaría el problema del

monstruo marino. A ver, es verdad que la gente de la ciudad se ha portado fatal conmigo, pero tampoco quiero que el monstruo se los cargue a todos. Además, seguro que el bicho me seguiría allí adonde fuese.

—Qué va —le aseguró Perseo—. Porque lo mataré.

Andrómeda se lo quedó mirando.

—No te lo tomes a mal. Eres un cielo. Y estoy convencida de que también eres muy valiente y eso. Pero es que el monstruo marino es... Ah, mira, por ahí viene.

El agua había empezado a borbotear junto al peñasco. El monstruo marino asomó una cabeza del tamaño de un camión de la basura. Tenía la cara cubierta de escamas de un color azul verdoso y la boca llena de dientes afilados como agujas. Alzó el cuello por encima del agua hasta que sus ojos amarillos de reptil quedaron a la altura de la cornisa de Andrómeda. Debajo de la superficie del mar, por la sombra de su cuerpo gigantesco, parecía el monstruo del lago Ness atiborrado de esteroides.

El monstruo siseó, escupiendo baba y fuego. Por lo visto, había estado comiendo ballenas de aperitivo, porque el aliento le olía a rayos.

En el puerto, la gente de la ciudad gritaba y chillaba, no se sabía si de terror o de emoción.

Sin embargo, después de haberse enfrentado a Medusa, a Perseo no lo impresionó demasiado aquel monstruo marino.

—Andrómeda —dijo—, cierra los ojos.

—Vale.

—Eh, colega —se dirigió entonces al monstruo—, ¿quieres ver qué llevo en la bolsa?

La bestia marina ladeó su cabeza gigantesca. No estaba acostumbrada a que los mortales le hablaran con tanta tranquilidad. Y además le encantaban las sorpresas.

Perseo cerró los ojos y sacó la cabeza de Medusa.

Un crujido recorrió el cuerpo del monstruo, que se congeló como un lago, en un instante.

El joven contó hasta tres, y luego volvió a guardar la cabeza y abrió los ojos.

El monstruo se había convertido en la escultura de arena más grande del mundo, y ante los ojos de Perseo se desmoronó y regresó al mar.

—Oye, ¿puedo mirar ya? —preguntó Andrómeda.

—Sí.

—¿Da mucho asco?

—No, la verdad es que no.

La chica se quedó mirando la enorme mancha de polvo de monstruo que se arremolinaba en las olas.

—¡Hala! ¿Cómo has hecho eso?

Perseo le contó lo de la cabeza de Medusa. Y Andrómeda echó un vistazo a la bolsa que colgaba de su cinto.

—Cómo mola. Por cierto, estas cadenas...

Tras liberarla, Perseo le preguntó:

—Oye, ¿quieres casarte o algo?

—Suena guay.

—¿Me das un abrazo?

—Pues claro que te doy un abrazo.

Y entonces Perseo supo que aquello era amor verdadero. Se abrazaron y se besaron, y luego él la cogió por la cintura y fueron volando hasta la ciudad.

Aterrizaron en el pabellón de los reyes. Y, como podéis imaginaros, al ver a un guerrero que llegaba volando después de convertir en polvo a un monstruo, la gente empezó a exclamar como loca «¡oooh!» y «¡aaah!», y esas cosas. Andrómeda les contó a sus padres lo que había pasado y anunció su decisión de casarse con aquel príncipe griego tan guapo.

—A menos que tengáis alguna objeción —añadió Perseo.

El rey Cefeo miró al hijo de Zeus, con sus abultados músculos y sus sandalias aladas, su armadura salpicada de sangre y aquella espada con pinta de estar afiladísima.

—¡Ninguna! —declaró.

Por su parte, la reina tragó saliva como si intentara tragarse un bollo seco.

—¡Genial! —exclamó Perseo—. A ver, quiero que les deis las gracias a los dioses por mi victoria, ¿estamos? Y, en fin, que pidáis perdón por haber sido tan tarugos. En esa roca a la que encadenasteis a vuestra hija, quiero que construyáis tres altares: el de la izquierda debería ser para Hermes, el de la derecha para Atenea y el del medio para Zeus. Así, si Poseidón se enfada porque he matado al monstruo marino, bueno... esos altares lo convencerán

de que esta ciudad está bajo la protección de los otros tres dioses. Y, a menos que quiera iniciar una guerra contra ellos, se retirará. Ah, y ya que os ponéis, sacrificad unas cuantas vacas para los dioses.

—Vacas —repitió el rey.

—Sí. Con tres bastará. ¡Y ahora vamos a celebrar el banquete nupcial!

La multitud, que hacía un momento jaleaba la muerte de Andrómeda, ahora se puso a vitorear por su casamiento. El rey y la reina organizaron a toda prisa una fiesta en el palacio con un montón de comida, exhibiciones de bailes de salón y zapateos, o lo que fuera que hicieran aquellos etíopes majaretas cuando se desmelenaban. La reina Casiopea se pasó casi todo el rato admirándose en el espejo del escudo de Perseo. (Y es que hay gente que no aprende).

Por desgracia, no todo el mundo estaba contento con aquella boda. Había un tío muy rico, un tal Fineo, al que le habían prometido la mano de Andrómeda en matrimonio antes de todo el asunto del monstruo marino. Y ahora que el peligro había pasado, a Fineo no le hizo ninguna gracia que entregaran a su futura esposa a un griego que iba por ahí con una espada ostentosa y una cabeza en un saco.

Durante el banquete, Fineo reunió a cincuenta de sus amigos más brutos. Bebieron demasiado vino, dijeron muchas tonterías y decidieron que podían vencer al advenedizo de Perseo.

Total, que irrumpieron en el comedor blandiendo las espadas y armando jaleo.

—¡Devuélveme a mi esposa, escoria!

Fineo arrojó una lanza contra Perseo, sin embargo, como había bebido tanto, la lanza le pasó por encima de la cabeza.

(Aprended bien la lección, chavales: si bebéis no tiréis lanzas).

Perseo se levantó de la mesa.

—¿Quién es este payaso?

—Fineo —gruñó Andrómeda.

—¿Fineo? ¿Qué clase de nombre es ese? Parece un plato de pasta.

—Es un imbécil, un rico de la ciudad —explicó Andrómeda—. Se cree mi dueño.

—¿Te parecería muy mal que se muriera así como de pronto y de manera violenta?

—Podría soportarlo.

—Ya la has oído, Fineo —advirtió Perseo—. Márchate con tus amigos ahora que puedes.

—¡Griego asqueroso! —gritó Fineo—. ¡A por él!

(Otro consejo: «¡A por él!» son unas últimas palabras espantosas para que las graben en vuestra tumba).

Cincuenta guerreros etíopes se lanzaron a la carga, y Perseo se puso manos a la obra.

¿Os he dicho ya que era el mejor guerrero de Sérifos? Pues resulta que era el mejor guerrero de cualquier parte. A uno le cortó la cabeza, a otro le atravesó el pecho, a unos cuantos les cercenó brazos y piernas, y convirtió el banquete en un baño de sangre.

Fineo permaneció con valentía detrás de la multitud, arrojando lanzas y fallando. Hasta que Perseo se hartó, cogió una de las lanzas y se la devolvió. Habría atravesado el cuerpo de su adversario, pero en el último momento el tío se agachó detrás de una estatua de Atenea y la lanza rebotó en el escudo de piedra.

—¡Menuda vileza! —gritó Perseo—. ¡Esconderse detrás de mi diosa favorita!

Al final, Perseo arrinconó al joven rico y a los amigos que le quedaban.

—Rendíos. Esto ya me cansa, y me habéis puesto el traje de novio perdido de sangre.

—¡Nunca nos rendiremos! —exclamó Fineo.

Sus amigos blandieron las espadas, aunque ya no parecían tan convencidos.

—De acuerdo —dijo Perseo—. Os lo he advertido. —Y entonces gritó para que lo oyeran todos—: ¡Los que seáis amigos míos, cerrad los ojos! ¡Voy a sacar la cabeza de Medusa!

Los que tenían dos dedos de frente le hicieron caso.

—¡Venga ya...! —se burló Fineo—. Pretende engañarnos con sus mentiras. Seguro que el monstruo marino no era más que un truco de magia para hacerse pasar por un tipo duro. Seguro que no lleva la cabeza de Medusa en la...

Perseo la sacó, y Fineo y todos sus amigos se transformaron en piedra.

El joven semidiós volvió a guardar la cabeza y limpió la sangre de la espada en la cortina que tenía más cerca. Luego miró a sus suegros.

—Perdón por el desaguizado —se disculpó.

—No pasa nada —dijo el rey con voz chillona.

La reina ni contestó. Estaba demasiado ocupada observando su reflejo en la copa.

—Andrómeda, ¿estás lista para salir de aquí? —preguntó Perseo.

—Sí.

La princesa dedicó a sus padres una última mirada de desdén.

—Este reino es un asco.

Volaron juntos hacia la puesta de sol, en dirección a Sérifos, después de comprobar con mucha atención la mejor ruta en Google Maps.

En este punto, los escritores de las antiguas Grecia y Roma atribuyeron un sinnúmero de aventuras secundarias a Perseo. Afirmaron que viajó a Italia y a un montón de islas, pero para mí que solo querían aprovechar el tirón de Perseo para atraer al turismo. En plan: «¡Perseo pasó una noche aquí!» o «¡Hazte una foto en el lugar donde Perseo mató al aterrador Jabalí de Malta!». Yo no me creo nada.

En una de esas historias contaban que Perseo voló hasta el extremo occidental de África, vio al titán Atlas, que sostenía el cielo, y lo petrificó con la cabeza de Medusa. Dicen que así fue como surgió la cordillera del Atlas.

Pero yo eso tampoco me lo creo, porque 1) la cabeza de Medusa no podía transformar en piedra a los inmortales, 2) Atlas aparece en un montón de historias posteriores, vivo y coleando, y 3) he conocido a Atlas en persona y os aseguro que no era una estatua. Era muy cabezota, eso sí, pero no una estatua.

Total, que Perseo y Andrómeda viajaron a la isla de Sérifos, y lo que encontraron al llegar fue casi peor que una manada de gorgonas.

Resulta que la ciudad entera estaba adornada con flores y estandartes. Por lo visto, alguien importante iba a casarse, y Perseo se temió que no fuera la hija del viejo amigo del rey.

Andrómeda y él sobrevolaron las murallas del castillo y, por una ventana, entraron directamente en el salón del trono, donde una multitud se había congregado para asistir a la ceremonia.

El rey Polidectes estaba en su estrado, vestido de blanco y oro, con una sonrisa de oreja a oreja, contemplando cómo dos fornidos guardias arrastraban a Dánae, la madre de Perseo, hacia el trono. Ella iba chillando y pateando, pero nadie intentaba ayudarla excepto el hermano del rey, Dictis, el pescador que había rescatado a Dánae y a Perseo del mar hacía ya muchos años. Dictis intentó apartar a uno de los gorilas, pero este le dio un puñetazo en la cara y lo tiró al suelo.

—¡Alto! —rugió Perseo.

Andrómeda y él aterrizaron en mitad del salón, y la multitud retrocedió con una exclamación.

El rey Polidectes se puso pálido. No podía creer que Perseo estuviera allí, vivo, y en ese preciso instante. ¿No podía haberse esperado el chaval cinco minutos? Además, no le gustó nada la pinta de su nueva espada, ni el saco de cuero ensangrentado que llevaba atado al cinto. Pero como había público, se hizo el valiente.

—Vaya, mira quién está aquí —señaló con sorna—. ¡El niño ingrato que hace grandes promesas! ¿Para qué has vuelto, chico? ¿Para justificar tu fracaso?

—Uy, qué va. Encontré a Medusa —dijo Perseo con voz serena—. Tengo su cabeza —indicó, alzando el saco—, tal como prometí. ¿Qué está pasando aquí exactamente?

—Pues muy fácil. ¡Tu madre por fin ha accedido a casarse conmigo!

—¡Mentira! —gritó Dánae.

Uno de los guardias le tapó la boca. Algunos de entre el público, los mismos que se habían burlado de Perseo cuando partió hacia su misión, soltaron risitas nerviosas.

Andrómeda cogió a Perseo de la mano.

—¿Me tapo ya los ojos, cielo? Porque el rey ese de ahí está pidiendo a gritos que lo maten.

—Estoy de acuerdo —contestó Perseo—. Polidectes, nunca te casarás con mi madre. No eres digno de ella, ni de ser rey. Renuncia a tu corona y te permitiré el exilio. Si no...

—¡Menuda tontería! —chilló el rey—. ¡Guardias, a mí, matadlo!

Una docena de soldados formaron un círculo en torno a Perseo y Andrómeda, apuntándolos con las lanzas.

—No lo hagáis —les advirtió Perseo—. Os convertiré en piedra.

—¡Sí, seguro! —gritó el rey—. ¡A ver!

(Este también es un epitafio bastante horrible para la lápida).

—Todos los que estéis conmigo, ¡cerrad los ojos!

Andrómeda, Dánae y Dictis obedecieron mientras Perseo sacaba la cabeza cortada de la gorgona. Un crujido resonó en la sala. Luego se produjo un

silencio absoluto.

Perseo guardó la cabeza de Medusa y abrió los ojos. Toda la multitud, excepto sus amigos, se había convertido en piedra. El precio de las estatuas de mármol en Sérifos iba a caer en picado.

Polidectes se había quedado petrificado en su trono, en pleno grito. Los guardias parecían piezas de ajedrez gigantes. Aquellos nobles tan arrogantes que se habían burlado de Perseo no volverían a reírse de nadie.

—Vaya, ha sido alucinante. —Andrómeda besó a su marido—. Bien hecho.

El chico se aseguró de que su madre estuviera bien. Se dieron un abrazo fuerte. Y luego ayudó a Dictis a levantarse.

—Gracias, amigo mío —le dijo—. Siempre te has portado bien con nosotros. Eres un buen hombre. Y ahora que tu hermano está muerto, quiero que te conviertas en el rey de Sérifos. —Entonces se dirigió a la sala—: ¿Alguna objeción?

Ninguno de los nobles petrificados dijo nada.

—Eh...

El pescador estaba alucinando.

—O sea, gracias, supongo. Pero ¿y tú, Perseo? ¿No deberías ocupar tú el trono?

El joven sonrió.

—Sérifos nunca ha sido mi casa. Yo nací en Argos, y allí es donde seré rey.

Dejó a su madre en Sérifos, porque Dánae no tenía ningunas ganas de volver al hogar de su infancia. (Lo cual es comprensible, ¿no?). Prometió mandarle mensajes y llamarla por Skype siempre que pudiera, porque era un buen hijo. Y luego echó a volar con Andrómeda hacia el continente griego.

Sin embargo, resultó que el abuelo de Perseo —¿os acordáis del viejo Acrisio, de su celda de bronce y sus gritos y sus berridos?— se había enterado con antelación de los planes de su nieto. No sé cómo. A lo mejor lo vio en una profecía o quizá en una pesadilla. El caso es que cuando Perseo llegó a Sérifos, Acrisio había huido de la ciudad.

Perseo y Andrómeda se convirtieron en los reyes de Argos, sin que nadie se opusiera. Tuvieron un matrimonio maravilloso y un montón de hijos. El rey Perseo le devolvió a Hermes sus objetos mágicos, porque no se puede ser avaricioso con esas cosas, y le regaló la cabeza de Medusa a la diosa Atenea. Y a esta le gustó tanto que hizo que la grabaran en bronce en el centro de la égida, su escudo, para aterrorizar a los enemigos cuando se lanzaba a la batalla.

A estas alturas puede que os estéis preguntando por la profecía que dio comienzo a toda esta historia. ¿Perseo no tenía que matar a su abuelo?

Pues lo mató, pero más tarde. Y fue totalmente sin querer.

Varios años después de convertirse en rey, Perseo participó en unos torneos de atletismo en un reino vecino. Unos cuantos nobles competían por ver quién molaba más y se llevaba más premios. Y Perseo se apuntó al lanzamiento de disco.

Pues resulta que el viejo rey Acrisio andaba por allí. Llevaba un tiempo escondido en ese reino, disfrazado de mendigo. El hombre se abrió paso hasta la primera fila de la multitud para contemplar la competición, porque le recordaba los buenos tiempos, cuando era rey y no tenía que pasarse todo el santo día temiendo por su vida.

Le llegó el turno a Perseo. Para los que nunca hayáis visto un disco, viene a ser como un *frisbee* metálico de kilo y medio. Y tienes que lanzarlo lo más lejos posible para demostrar lo fuerte que eres.

La última vez que Acrisio había visto a su nieto Perseo era un niño, y no lo reconoció en aquel atleta hasta que anunciaron su nombre:

—¡Un aplauso para Perseo de Argos!

El viejo abrió unos ojos como platos.

—Maldita sea —masculló, o tal vez dijera algo peor.

Y, antes de que pudiera marcharse, Perseo lanzó el disco. Una ráfaga extraña de viento lo envió directamente contra el antiguo rey, que murió al instante.

—¡Aaah! —gritó la multitud.

Perseo se sintió fatal por haber matado a un anciano, pero en cuanto la policía científica de la Antigua Grecia identificó el cadáver y dictaminó que había sido una muerte accidental, el joven rey decidió que había sido la voluntad de los dioses, así que volvió a casa y tuvo más hijos con Andrómeda.

Formaron una familia tan numerosa que la mitad de Grecia decía descender de Perseo. Uno de sus hijos, Perses, al parecer dio origen al linaje de los reyes persas. A una de sus hijas la llamaron Gorgófone. Pero, vamos a ver, ¿por qué? ¿No significa eso «suena como una gorgona»? ¿Acaso le pusieron el nombre de su línea telefónica de emergencia? «Rápido, rey Perseo, ¡lo llaman por el gorgófono!».

Su descendiente más famoso fue un tío que se llamaba Hércules.

Ya hablaremos más adelante de él.

De momento dejemos que Perseo disfrute de su final feliz con muchos abrazos

de Andr6meda y un mont6n de hijitos semidivinos.

Primero quiero demostrar que Casiopea, la madre de Andr6meda, no fue la peor suegra de la historia. Ese honor pertenece a Afrodita, la diosa del amor, que le complic6 tanto la vida a una ni6a llamada Psique... En fin, si ten6is est6mago para aguantar luchas contra dragones, torturas, un viaje al infierno y un enfrentamiento con un reba6o de ovejas asesinas, seguid leyendo.

No es una historia bonita.

## Psique birla crema cosmética

\*

Debe de ser un asco ser un superbellezón.

No, lo digo en serio. Pensadlo.

Psique habría vivido una infancia feliz. Sus padres eran los reyes de una ciudad griega. Tenía dos hermanas mayores, así que no la presionaban para que sacara buenas notas en el colegio ni para que se casara con uno o con otro. Podría haberse relajado, disfrutado de ser la princesa pequeña y vivir como le diera la gana.

Por desgracia, era muy guapa.

Y no hablo de una belleza normal, nivel humano. Sus hermanas eran guapas normales. Si Psique hubiera sido atractiva como ellas, o incluso un poquito más, no habría pasado nada.

Sin embargo, en cuanto llegó a la adolescencia, pasó de ser «¡Ay qué niña más mona!» a «¡Dioses míos! ¡Está buenísima de la muerte!».

No podía abrir la ventana de su cuarto sin que un centenar de tíos se agolparan en la calle para vitorearla y aplaudirla y tirarle flores (que le hacían un daño horroroso cuando le daban en la cara). Cada vez que salía a pasear por la ciudad, tenía que llevarse a cuatro guardaespaldas para poder mantener a raya a sus admiradores.

Pero no era creída. Ni se consideraba mejor que nadie. No quería llamar la atención. De hecho, deseaba ser una chica normal, de aspecto normal, pero tampoco es que pudiera quejarse a nadie de sus problemas.

—¡Ay, pobrecita! —le dirían sus amigas, verdes de envidia—. ¡Eres demasiado guapa! Eso debe de ser terrible...

Cuanto mayor se hacía, más le costaba conservar a sus amistades. En el colegio, todo el mundo empezó a tratarla con crueldad. La dejaban de lado y chismorreaban sobre ella; vamos, lo que la gente hace cuando se siente amenazada. Aunque imagino que si habéis ido al colegio, al que sea, donde sea, eso ya lo sabéis.

Y las peores eran sus dos hermanas mayores, que fingían ser buenas, pero luego, a sus espaldas, la ponían verde y animaban a todo el mundo a portarse igual de mal con ella.

«Ya, bueno —estaréis pensando—, pero al ser superguapísima por lo menos

podría echarse el novio que quisiera, ¿no?».

Pues no.

Psique era tan hermosa, tan increíblemente impresionante, que ningún chico se atrevía a pedirle una cita. La admiraban, le tiraban flores, suspiraban y la miraban embobados, y la dibujaban durante la hora de estudio, pero les gustaba como a uno le gusta su canción favorita o una película de ciencia ficción o las mejores imágenes de DeviantArt. Psique estaba por encima de la realidad: era perfecta porque era inalcanzable, inalcanzable porque era perfecta.

Sus padres esperaban recibir una larga lista de propuestas de matrimonio. Pero aún no les había llegado ninguna. Sus hermanas, que eran guapas normales, sin más, en plan belleza mortal, se casaron con hombres ricos, reyes de otras ciudades, pero Psique se quedó en el palacio de sus padres, sola, sin amigos ni novio ni nada.

Eso la deprimió mucho, pero no por ello las multitudes dejaron de adorarla.

Cuando cumplió diecisiete años, el pueblo erigió una estatua de Psique de tamaño natural en la plaza pública. Y empezó a circular la leyenda de que no era ni siquiera humana, sino una diosa que había bajado del monte Olimpo, una segunda Afrodita, una Afrodita todavía mejor que Afrodita. La gente de los reinos vecinos acudía de visita, con la esperanza de verla. La ciudad se hizo rica gracias al turismo dedicado a Psique. Hicieron camisetas, se ofrecían visitas guiadas, ¡incluso vendían una línea completa de productos cosméticos que te prometían un aspecto como el suyo!

Sin embargo, Psique intentaba no alimentar nada de eso. Era una joven devota e inteligente (cualidades que, siendo tan guapa, nadie parecía advertir). Siempre rezaba sus oraciones y dejaba ofrendas en los templos, porque no quería enfadar a los dioses.

—¡No soy una diosa! —insistía a la gente—. ¡Dejad de decir esas cosas!

—Sí —murmuraban tan pronto como se marchaba—, ¡anda que no es una diosa!

La popularidad de Psique se hizo viral. Al cabo de poco tiempo, auténticas muchedumbres de todo el Mediterráneo comenzaron a peregrinar para verla a ella, en lugar de ir a los templos de Afrodita.

Y ya os imagináis cómo le sentó eso a Afrodita...

Un buen día, la diosa bajó la vista desde su *spa* particular en el monte Olimpo, esperando ver multitudes de fans adorándola en su templo más importante, en la isla sagrada de Citera, pero, en cambio, se encontró con que el lugar estaba desierto. El suelo estaba cubierto de polvo, el altar, vacío. Incluso los sacerdotes se habían ido. Un cartel en la puerta anunciaba: «ESTAMOS ADORANDO A PSIQUE. VOLVEREMOS MÁS TARDE».

—¿Qué está pasando aquí?

Afrodita se incorporó tan de golpe que estuvo a punto de estropearse la manicura.

—¿Dónde está todo el mundo? ¿Por qué no hay nadie adorándome? ¿Quién es Psique?

Sus criadas no querían decírselo porque ya habían visto a la diosa enfadada en otras ocasiones, pero aun así no tardó mucho en averiguarlo. Unos minutos observando el mundo mortal, un par de búsquedas en Twitter y ya lo sabía todo acerca de la advenediza de Psique.

—¡Ay, Hades, no! —gruñó—. Soy la diosa más importante y más hermosa del universo, ¿y me está eclipsando una muchacha mortal? ¡Eros, ven aquí!

Cuentan algunas leyendas que Eros era incluso más viejo que Afrodita. Y otras afirman que eran madre e hijo. Yo no sé qué versión será la auténtica, pero en esta historia Afrodita sin duda lo trata como si fuera su hijo. Y a lo mejor lo era, o puede que Afrodita creyera que lo era y a Eros le daba demasiado miedo sacarla de su error. En cualquier caso, el tío era el dios del amor, una especie de versión masculina de Afrodita. Y se lo conoce más por su nombre romano: Cupido.

¿Significa eso que era un angelito regordete con alas diminutas, un arco chiquitito y unas flechitas monísimas? Pues más bien no.

Eros era endiabladamente guapo. Todas las chicas querían tener su foto de salvapantallas. ¿Queréis detalles? Lo siento, no los tengo. Al igual que pasaba con Afrodita, Eros venía a tener el aspecto que uno quisiera. Así que, chicas, imaginaos a vuestro hombre perfecto... y ese era el aspecto de Eros.

El dios de la atracción entró con mucha calma en la cámara de audiencia de su madre, con unos vaqueros ajustados y una camiseta rota, como dictaba la moda, el pelo estudiadamente despeinado y un brillo travieso en la mirada, mientras sonaba de fondo su canción: *I am too sexy*. (Esto me lo acabo de inventar, porque en realidad yo no estaba allí).

—¿Qué pasa? —preguntó.

—¡¿Que qué pasa?! —chilló Afrodita—. ¿Has oído hablar de la niña esa, de Psique? ¿Prestas atención siquiera a lo que ocurre en el mundo mortal?

—Eh...

Eros se frotó su elegante barbilla.

—¿Psique? No, no me suena...

Afrodita le explicó que la chica le estaba robando a todos sus seguidores y sus ofrendas, además de los titulares de las revistas del corazón.

Eros se agitó nerviosamente. No le gustaba nada que Afrodita se enfadara, porque tendía a destruir cosas con bonitas explosiones de color rosa.

—¿Y yo qué quieres que haga?

Afrodita lo fulminó con la mirada.

—¿Que qué quiero que hagas? ¡Tu trabajo! Tus flechas hacen que los mortales se enamoren, ¿no? Pues busca a esa chica y dale una buena lección. Que se enamore del hombre más asqueroso y horroroso del mundo. Un mendigo apestoso, por ejemplo, o un asesino violento. Eso ya me da igual. ¡Sorpréndeme! ¡Sé un buen hijo! ¡Haz que lamente su belleza!

Desde luego, Psique ya lamentaba su belleza, pero eso Afrodita no lo sabía. Su cerebro inmortal no era capaz de procesar esa idea.

Eros aleteó sus emplumadas alas blancas. (Ah, sí. Tenía unas alas enormes, ¿no os lo he dicho?).

—Vale, ya voy... esto... mamá. No te preocupes.

Eros salió volando del *spa* de Afrodita y descendió al mundo mortal, con muchas ganas de cumplir su misión. Sentía curiosidad por encontrar a esa chica y ver a qué venía tanto alboroto. Le encantaba formar las parejas más extravagantes. A lo mejor hacía que se enamorase de un vendedor de carros de segunda mano, o de un tipo con una enfermedad infecciosa en la piel. Eso sería tronchante.

«Ya te digo. —Eros se rio para sus adentros—. ¡Psique deseará no haberme conocido!».

Y resultó que tenía razón, pero no en el sentido en el que él se imaginaba...

Mientras tanto, allí abajo, en el palacio, Psique odiaba su vida.

Sus hermanas se habían casado y se habían ido. No tenía amigos. Estaba sola. Tenía a sus padres, a unos cuantos guardaespaldas, y ya está. Se pasaba casi todo el día en la cama, con las cortinas echadas y tapada con las mantas hasta la cabeza, llorando y con el corazón roto.

Sus padres, cómo no, estaban preocupados. Y además habían confiado en casarla bien, porque con el matrimonio llegaban muchas alegrías, como las alianzas militares o la buena reputación en la prensa. No entendían que una hija tan famosa y tan bella, la siguiente Afrodita, pudiera estar tan deprimida.

El rey fue a verla.

—Cariño, ¿qué te pasa? ¿Qué puedo hacer yo?

Psique sorbió por la nariz.

—Dejarme morir.

—Bueno, yo pensaba más bien en traerte una taza de chocolate caliente. ¿O qué tal un osito de peluche?

—¡Papá, tengo diecisiete años!

—Escucha, ¿y si voy a Delfos a consultar al Oráculo? ¡El dios Apolo sabrá darnos algún consejo!

¿He dicho ya que lo de ir a Delfos no suele ser muy buena idea?

Sin embargo, el rey fue de todas formas y le preguntó al Oráculo cómo podía conseguirle a su hija un buen marido.

La señora del Oráculo inhaló algo de vapor volcánico y habló con una voz grave y masculina: la de Apolo.

—¡Abandona toda esperanza, rey! —rugió, lo cual no es precisamente la introducción que uno quisiera oír—. Tu hija no se casará con ningún mortal. Está destinada a contraer matrimonio con un monstruo: ¡una bestia fiera y salvaje a la que incluso los dioses temen! Vístela para la boda como la vestirías para su funeral. Llévatela a la roca más alta de tu reino. ¡Allí se cumplirá su maldición!

«¡Maldición! ¡Ción! ¡Ción!», el eco resonó por toda la caverna.

El Oráculo recuperó su voz.

—Gracias por tu ofrenda. Que pases un buen día.

Cuando el rey volvió a casa, fue a ver a su hija.

—Cariño... tengo una noticia buena y otra mala. La buena es que vas a conseguir marido.

Cuando Psique se enteró de la profecía, se quedó muy quieta y callada. Esa reacción provocó en sus padres más miedo que sus llantos. Significaba que aceptaba su destino. Había pedido morir, ¿no? Pues, por lo visto, los dioses le habían concedido su deseo. Iba a casarse con un monstruo, y Psique daba por sentado que lo de «casarse» era un eufemismo para «ser despedazada y devorada como parte del desayuno equilibrado del monstruo».

Sus padres lloraban, y Psique les cogió las manos.

—No lloréis por mí. Esto es lo que pasa cuando los mortales desafían a los dioses. Tendría que haber acabado antes con esa tontería de la «siguiente Afrodita». Sabía que iba a traerme problemas. Yo no soy ninguna diosa. ¡Soy solo una chica! Si mi muerte arregla la situación y salva a la ciudad de la ira de los dioses, a mí me parece bien. Será la única cosa buena que habré hecho con mi vida.

Sus padres se sentían fatal, pero habían recibido órdenes directas del dios Apolo y uno no puede desobedecerlo, a menos que quiera ser vaporizado por una lluvia de flechas feroces y mortales.

Cuando se propagó la noticia, toda la ciudad adoptó un estado de duelo. Su bella y divina princesa, la nueva diosa del amor, iba a ser ofrecida en sacrificio a un monstruo en la roca más alta del reino. Eso no beneficiaría en nada a la industria local de cosméticos Psyche<sup>TM</sup>.

Sus padres la vistieron con una túnica funeraria de seda negra. Le cubrieron el rostro con un velo negro de novia y le pusieron en las manos un ramo de flores también negras. La llevaron hasta el límite del reino, justo donde una roca de ciento cincuenta metros de altura se elevaba hacia el cielo. Hacía siglos, habían tallado en su contorno unos escalones delgados para poder utilizarla como torre de vigilancia. Psique subió sola por esos escalones hasta llegar a la cima.

«En fin, se acabó —pensó, mirando el suelo rocoso que se extendía a sus pies—. Espero volver a nacer con una cara normalita. O fea, directamente. Me encantaría ser fea, para variar».

No tenía miedo, lo cual la sorprendió un poco. De hecho, por primera vez en años, se sentía en paz. Esperó un momento para ver si salía de repente algún monstruo para comérsela de un mordisco. Y al ver que no pasaba nada, decidió tomar la iniciativa.

Y saltó.

Por lo que pudieron vislumbrar sus padres desde detrás de la roca, Psique se había despeñado y había muerto. No encontraron su cuerpo, pero eso tampoco significaba nada. Ese día hacía viento, y estaban demasiado alterados como para organizar una búsqueda a gran escala. Además, si Psique no había muerto, sería porque el monstruo de la profecía se la habría llevado, lo cual era todavía peor. El rey y la reina regresaron a casa destrozados, convencidos de que jamás volverían a ver a su querida hija, ni a su atractivo turístico favorito.

Fin.

En realidad, no.

A la larga, Psique habría sufrido menos de haberse matado, pero lo cierto es que no se mató. Cuando se precipitó desde la roca, los vientos se arremolinaron en torno a ella, y a unos doce metros del suelo ralentizaron su caída y la elevaron.

—Hola —dijo una voz que salía de la nada—. Soy Céfiro, el dios del viento del oeste. ¿Cómo estamos?

—Pues... ¿aterrada? —contestó Psique.

—Genial. Esta mañana realizaremos un vuelo corto, en dirección al palacio de mi señor. Parece que disfrutaremos de buen tiempo. Tal vez suframos unas ligeras turbulencias durante nuestro ascenso inicial.

—¿El palacio de tu señor?

—Por favor, permanezcan con el cinturón de seguridad abrochado y no rompan los detectores de humo de los servicios.

—¿En qué idioma hablas? —preguntó Psique—. ¿Qué me estás diciendo...? ¡Aaah!

El viento del oeste se la llevó a mil kilómetros por hora, dejando atrás el estómago de Psique y una estela de pétalos de flores negros.

Aterrizaron en un valle cubierto de hierba y flores silvestres. Las mariposas aleteaban al sol. Y a lo lejos se elevaba el palacio más bonito que Psique había visto en su vida.

—Gracias por volar con nosotros —dijo Céfiro—. Sabemos que disponen de múltiples opciones para elegir un viento direccional y agradecemos que nos hayan escogido. Y ahora más vale que te pongas en marcha. Te estará esperando.

—¿Quién?

Pero el aire se había calmado. Psique tuvo la sensación de que el dios del viento se había ido.

Se acercó nerviosamente a la enorme villa blanca. La propiedad estaba rodeada de jardines y árboles frutales. Un arroyo cristalino serpenteaba entre parterres de flores, y había umbrosas pérgolas cargadas de madreselva.

Psique entró por la puerta principal en un salón que tenía el techo cubierto de paneles de cedro y marfil, las paredes adornadas con motivos geométricos de plata y un suelo de mosaico hecho con piedras preciosas. Había unos sillones blancos muy cómodos delante de una mesita llena de cuencos de frutas deliciosas, pan recién hecho y jarras de limonada helada.

Y eso era solo la primera sala.

Psique, maravillada, recorrió el palacio. Encontró atrios con jardines de rosas y fuentes relucientes, dormitorios con las sábanas más elegantes y las almohadas más mullidas, bibliotecas llenas de pergaminos, una piscina interior con un tobogán acuático, una cocina propia de un sibarita, una bolera, una sala de proyecciones con unas butacas reclinables de lo más cómodas y una máquina de palomitas. Allí había de todo. Comparado con ese lugar, el palacio real de su familia parecía un barracón escolar horrible.

Abrió un armario cualquiera y encontró lingotes de oro relucientes. Abrió otro y estaba lleno de tápéres ordenados y etiquetados: «DIAMANTES»,

«ESMERALDAS», «RUBÍES», «PAJARITAS», «SOMBREROS DE FEZ» y «ZAFIROS». Eran tales las riquezas, que el contenido de cualquier armario de las escobas bastaría para comprar una isla privada y un ejército para defenderla.

—Pero ¿quién vive aquí? —se preguntó Psique en voz alta—. ¿Quién es el dueño de todo esto?

—Tú, mi señora —dijo una voz de mujer a su lado.

Psique pegó un brinco y tiró un jarrón grande que se hizo añicos y esparció diamantes por todo el suelo.

—¿Quién está ahí?

—Siento haberte asustado, mi señora —dijo la mujer invisible—. Soy una de tus sirvientas. Solo he hablado porque has hecho una pregunta. Este es tu palacio. Todo lo que hay aquí te pertenece.

—Pero... pero...

—No te preocupes por el jarrón, mi señora —dijo la sirvienta.

Una ráfaga de viento se llevó volando los diamantes y los fragmentos del jarrón.

—Te traeremos cualquier cosa que necesites. Te he preparado un baño caliente. Luego, si tienes hambre, tu bufet privado está abierto todo el día. Si quieres música, no tienes más que pedirla. Los músicos invisibles se saben todas tus canciones favoritas. Cuando anochezca te enseñaré tu dormitorio y llegará tu esposo.

A Psique se le hizo un nudo en la garganta del tamaño de un melón.

—¿Mi esposo?

—Sí, mi señora.

—¿Quién es mi esposo?

—El señor de esta casa.

—Pero ¿quién es el señor de esta casa?

—Tu esposo, por supuesto.

Psique respiró temblorosa.

—Podríamos seguir en este bucle durante toda la vida, ¿verdad?

—Si lo deseas, mi señora. Estoy aquí para servirte.

Psique decidió que un baño caliente le sentaría bien, porque necesitaba calmarse.

Después de pasar un rato en la bañera (con una docena de aceites perfumados para elegir, acompañada de velas flotantes, un jacuzzi de mil chorros y música relajante), unas criadas invisibles le llevaron la ropa más hermosa y más cómoda que se había puesto jamás.

Se tomó la mejor cena de su vida mientras unos músicos invisibles tocaban la lista de sus diez canciones favoritas y el sol se ponía sobre los manzanos en flor del huerto.

El nudo en su estómago se apretó todavía más.

Su esposo llegaría después del anochecer.

El Oráculo se lo había advertido a sus padres: estaba condenada a casarse con un monstruo, una bestia salvaje a la que temían incluso los mismísimos dioses. Pero ¿cómo podía vivir un monstruo en un palacio como aquel? Si quería matarla, ¿por qué no estaba ya muerta?

(Por cierto, que todo esto empiece a parecerse mucho a *La bella y la bestia* — con el monstruo misterioso que vive en un palacio guay con criados mágicos— no es ninguna casualidad. Y es que *La bella y la bestia* está basada en la historia de Psique. Ahora bien, no esperéis que aparezcan teteras cantando, porque de eso no va a haber).

Por fin llegó la noche. Psique podría haberse negado a ir al dormitorio. Podría haber intentado huir, pero pensó que de ese modo solo conseguiría aplazar su destino. Después de pasarse horas y horas sumida en un mar de pensamientos y preocupaciones, fue casi un alivio que anocheciera. Además, tenía que reconocer que sentía un poquito de curiosidad. Nunca había tenido novio, y mucho menos esposo. ¿Y si...? ¿Y si no era tan malo?

Las sirvientas invisibles condujeron a Psique a su habitación y le dieron un pijama calentito de Mi Pequeño Pegaso, de esos que llevan patucos incorporados. Se metió en la cama, que era enorme y tan mullida que parecía que estuviera flotando en el aire. (Sabía qué se sentía al flotar en el aire por el viaje con Céfiro).

Una brisa se arremolinó en la habitación, y apagó las lámparas y las velas. En una oscuridad total, Psique oyó que se abría la puerta. En el suelo de mármol sonaron los pasos de unos pies descalzos y algo muy pesado se hundió en el borde del colchón.

—Hola —dijo una voz masculina.

No parecía una voz monstruosa. Sino más bien la de un locutor de radio. Sonaba amable, y algo divertida, como si comprendiera lo ridículo que era aquel primer encuentro.

—Siento todo este montaje —dijo—. Era la única manera de quedar contigo sin que... lo supieran ciertas personas.

A Psique le resultaba difícil hablar con el corazón alojado en la tráquea.

—¿Quién... quién eres?

El hombre soltó una risita.

—Me temo que no puedo decirte mi nombre. No debería estar aquí. Y desde luego no debería casarme contigo. De modo que si pudieras llamarme sencillamente «esposo» sería genial... Si es que te parece bien casarte conmigo.

—¿Acaso tengo otra opción?

—Mira... estoy enamorado de ti. Ya sé que es una locura, puesto que acabamos de conocernos, pero hace mucho tiempo que te observo. Bueno, no en plan acosador ni nada. —El hombre suspiró—. Perdona. Creo que estoy liándome un poco.

Los sentimientos de Psique estaban hechos una auténtica maraña. Ella estaba acostumbrada a que la gente la mirase, había tenido que soportarlo toda la vida.

—¿Crees que estás enamorado de mí porque soy hermosa?

—No. Bueno, sí. Claro que eres hermosa. Pero te quiero por cómo lo has llevado. Nunca has dejado que se te subiera a la cabeza. Has intentado decir que no. Mantuviste tu fe en los dioses. Y admiro cómo has soportado tu tristeza y tu soledad.

Psique no quería llorar, pero le picaban los ojos. Nadie le había dicho nunca cosas tan bonitas. Era un alivio estar en la oscuridad absoluta, donde las apariencias no importaban.

El desconocido le tocó los dedos, y a Psique le sorprendió notar que su mano era cálida, fuerte y muy humana.

—Ni siquiera puedo dejar que me veas. —Parecía triste—. Si supieras quién soy, sería el fin de nuestro matrimonio. Sufrirías terriblemente. Lo estropearía todo.

—¿Por qué?

—Lo... lo siento. Tendrás que confiar en mí, si puedes. Pero te prometo una cosa: seré un buen marido. Si necesitas algo, no tienes más que pedirlo. Pero las reglas básicas no son negociables: solo podemos encontrarnos aquí, por la noche, en la oscuridad total. Por la mañana me habré ido antes de que amanezca. No puedes saber mi nombre verdadero. No puedes verme. Ni siquiera lo intentes.

Psique le cogió la mano y notó que se le aceleraba el pulso.

—¿Y si te veo sin querer? ¿Y si hay luna llena o algo...?

—Por eso no te preocupes —dijo él—. La oscuridad es una precaución extra, porque también soy invisible. En teoría, solo tendrías ocasión de verme cuando duermo. Cuando estoy dormido no puedo hacerme invisible a voluntad. Pero mientras no cometes alguna tontería, como levantarte en plena noche, encender una vela y mirarme intencionadamente, todo irá bien. Psique, te hablo muy en serio. Sería fatal que me vieras. Nos destruiría.

«Nos». Lo dijo como si fueran algo real. Como si ya fueran una pareja.

—No quiero que te sientas obligada a nada. Podemos charlar y ya está. Ya sé que esto es un poco incómodo.

—Bésame —dijo ella, con mariposas en el estómago.

Él vaciló.

—¿Estás segura?

—Tienes labios, ¿no? No eres, yo qué sé, un pájaro monstruoso o un zombi o algo así, ¿verdad?

Él se rio entre dientes.

—No. Tengo labios.

Entonces la besó, y Psique se derritió por dentro de su pijama de Mi Pequeño Pegaso.

Cuando al final él se apartó, Psique tuvo que hacer un esfuerzo por recordar cómo se habla.

—Eso ha sido... uf. Ha sido... ¡vaya!

—Sí —convino él—. Entonces...

—Bésame otra vez, esposo.

Casi notó que él sonreía.

—Tú mandas —contestó él.

Las semanas siguientes fueron estupendas. Todos los días Psique se relajaba en el palacio, disfrutaba de los jardines y de la piscina interior y la bolera. Todas las noches aguardaba ansiosa a que su esposo llegara a casa. Era el tipo más bueno, más gracioso y más increíble que había conocido en su vida.

No era un monstruo para nada. Le había tocado la cara y le pareció una cara humana absolutamente normal... atractiva, de hecho. Muy atractiva. Sus brazos eran tersos y musculosos. Su... Bueno, ¿sabéis qué? Me parece que con esto es suficiente. Lo hago lo mejor que sé, pero es que no estoy acostumbrado a describir a un tío desde el punto de vista de una chica. Lo siento.

Psique estaba felizmente casada, y punto.

El único problema era que echaba de menos a su familia.

¿Por qué? Buena pregunta. Sus hermanas siempre se habían portado mal con ella o, en el mejor de los casos, habían fingido ser buenas con ella. Sus padres nunca se habían dado cuenta de nada. La vistieron medio de boda medio de funeral y la dejaron tirarse de una roca. Pero los lazos familiares son una cosa muy rara. Y aunque tu familia no se porte demasiado bien contigo, sigue siendo de tu misma sangre. No puede perderse el contacto por completo. (Y, creedme, yo tengo unos cuantos parientes por parte de mi padre a los que me encantaría perder de vista).

A veces, cuando Psique estaba tan tranquila en el jardín, le parecía oír a su familia llamándola desde lejos, desde muy muy lejos. En una ocasión oyó la voz de su padre. Luego la de su madre. Pero por lo general oía a sus hermanas, y parecían muy angustiadas, lo cual no era nada propio de ellas. Con todo eso, a Psique se le hacía difícil disfrutar de la piscina, el bufet libre o el masaje de hombros invisible que le daban sus invisibles sirvientes del *spa*.

Una noche le comentó a su esposo lo de las voces, porque le preocupaba estar volviéndose loca. Él entrelazó los dedos con los de ella en la oscuridad.

—No estás volviéndote loca, amor mío. A tus padres no les ha ido muy bien desde que desapareciste. Están destrozados. Y como no han encontrado tu cadáver, hicieron prometer a tus hermanas que te buscarían. Todos los días, tus hermanas van hasta la roca desde la que te tiraste al vacío y cuando están allí te llaman.

A Psique el corazón se le convirtió en un bloque de granito. Había estado tan centrada en sí misma que no había tenido en cuenta cómo debía de sentirse su familia.

—Tengo que volver a casa —dijo—. Tengo que ver a mis padres.

—No puedes —objetó su marido—. Si sales de este valle, nunca podrás regresar.

—¿Por qué? ¿Céfiro no puede...?

—No es tan sencillo. —La voz de su esposo estaba llena de dolor, puede que incluso notara en ella algo de miedo—. Psique, estoy intentando protegerte. Pesa sobre ti una sentencia de muerte de los dioses. Bueno, de una diosa en particular...

A Psique casi se le habían olvidado los problemas que le había acarreado ser tan guapa.

—Quieres decir Afro...

—¡No pronuncies su nombre! —la advirtió él—. Es demasiado fácil llamar su atención. Si apareces en el mundo mortal, volverán a adorarte, la gente te proclamará diosa, y los dos estaremos metidos en un buen lío. Todo lo que tenemos aquí... todo nuestro mundo privado correría peligro. Por favor, deja que tu familia te crea muerta.

Psique nunca había estado tan indecisa. Por primera vez en la vida era feliz. A pesar de las restricciones extrañas de su relación, no había tardado nada en amar a su esposo. No quería estropear aquello. Y, además, el bufet era estupendo.

Por otra parte, sus padres estaban destrozados. Sus hermanas la buscaban todos los días, gritando su nombre. Psique no era una persona egoísta. No le gustaba dar la espalda a nadie. No podía disfrutar de su felicidad sabiendo que otros estaban sufriendo.

—¿Y si llegamos a un punto intermedio? No me marchó, pero dejamos que mis hermanas vengan.

—Psique...

—¡Haré que juren guardar el secreto! Solo se quedarán el tiempo suficiente para que vean que estoy viva y me encuentro bien. Y solo se lo dirán a mis padres, para que se queden tranquilos. ¡Eso es!

—Es muy mala idea —protestó su marido—. Tus hermanas siempre te han tenido envidia. Si las traes a casa, envenenarán tus pensamientos. Si me amas, hazme caso, por favor. ¡Eso lo estropearía todo!

Ella le besó la mano.

—Ya sabes que te quiero. Te prometo que tendré cuidado. Pero me dijiste que pidiera cualquier cosa que necesitara. Y esto es lo que necesito.

Al final, su marido cedió de mala gana.

Al día siguiente, Psique salió al campo de flores silvestres en el que había aterrizado el primer día y a lo lejos oyó a sus hermanas, que la llamaban.

—Céfiro, tráelas aquí, por favor —le pidió.

De inmediato, sus hermanas cayeron del cielo, chillando y manoteando como locas. Aterrizaron de bruces entre las flores. Supongo que a Céfiro no le caían demasiado bien, o a lo mejor es que volaban en clase turista.

—¡Hermanas! —exclamó Psique—. Eh... ¡Me alegro de veros! ¡Os ayudaré a

levantaros!

¿Alguna vez habéis sentido el impulso de hacer algo, en plan «¡Oh, dioses, esta es la mejor idea del mundo!», y luego, en cuanto lo habéis hecho, os habéis dicho: «Pero ¿en qué estaría yo pensando?»? Pues eso fue lo que le pasó a Psique en cuanto vio a sus hermanas. De pronto se acordó de lo malas que podían llegar a ser y se arrepintió de haberlas llevado allí. Pero, como ya era demasiado tarde, no le quedó más remedio que hacer de tripas corazón.

Les enseñó todo el palacio, les contó cómo la había llevado el viento hasta allí para que conociera a su esposo, pidió perdón por no haber llamado ni escrito, pero es que tenía el problema de la sentencia de muerte de los dioses y todo eso, y era de vital importancia que el mundo mortal la diera por muerta.

Al principio, las hermanas estaban tan alucinadas que no dijeron gran cosa. Pero en el transcurso de las siguientes horas pasaron del desconcierto a un ligero alivio por ver a su hermana viva, y luego a la rabia por que tuviera una casa tan guay. Psique les enseñó la bolera, la piscina interior, el bufet, la infinidad de habitaciones y salones, y la sala de cine con la máquina de hacer palomitas.

—¿Y aquí qué hay? —preguntó la hermana mayor, que abrió un armario y quedó casi aplastada bajo una avalancha de lingotes de oro, diamantes, rubíes y pajaritas.

—Ah, nada, es para guardar cosas —contestó Psique con timidez.

La otra hermana se quedó mirando aquel tesoro, que valía más que el reino entero de su esposo.

—¿Y tienes muchos armarios así?

—Pues... no los he contado, la verdad. Unas cuantas docenas, supongo. Pero ¡eso no es lo importante!

Ofreció a cada una de sus hermanas una suite privada para que se asearan un poco antes del almuerzo. Las criadas invisibles les prepararon sendos baños y les dieron masajes, les hicieron la pedicura y las peinaron. Les entregaron unos vestidos nuevos cincuenta veces más elegantes que los que llevaban ellas, y joyas que valían más que todo el tesoro de su padre.

Luego se tomaron unos bocadillos de mantequilla de cacahuete y gelatina en la terraza, porque a Psique le encantaban la mantequilla de cacahuete y la gelatina.

—¿Y quién es tu esposo? —preguntó entonces la mayor—. ¿Cómo es que puede permitirse todo esto?

—Pues... esto... es mercader.

A Psique no le gustaba nada tener que mentirles, pero le había prometido a su

esposo que no les daría demasiados detalles, y sobre todo que no mencionaría que era invisible y solo acudía a verla en la oscuridad total. Por lo visto le preocupaba que sus hermanas fliparan un poco con todo aquello, aunque no me imagino por qué...

—Un mercader —repitió la hermana mediana—. Un mercader que domina el viento y tiene criados invisibles.

—Bueno, es que le va muy bien —farfulló Psique.

—¿Podemos conocerlo? —pidió la mayor.

—Es que está de viaje... de negocios. —De pronto Psique se puso en pie—. En fin, ¡ha sido estupendo volver a verlos! Pero ahora tengo que irme a... a hacer algunas cosas.

Colmó a sus hermanas de regalos caros y las acompañó a las lindes del valle.

—Pero, Psique —dijo la mediana—, por lo menos déjanos venir a verte otra vez. Te traeremos noticias de casa. Y... te echamos de menos. ¿Verdad, hermana?

La mayor asintió con la cabeza, esforzándose por no clavarse las uñas en la mano.

—¡Uy, muchísimo! ¡Por favor, deja que volvamos!

—No sé... Le prometí a mi marido que...

—¡No irá a prohibirte que venga a verte tu propia familia que tanto te quiere, ¿verdad?! —La hermana mediana se echó a reír—. ¿Acaso es un monstruo?

—Eh... bueno, no...

—¡Bien! —exclamó la mayor—. Entonces ¡nos vemos a la misma hora la semana que viene!

Céfiro se llevó a las hermanas, pero Psique tuvo la sensación de que era ella la que estaba atrapada en un tornado.

Esa noche, Psique le contó a su esposo cómo había ido la visita. Y cuando este oyó que las hermanas querían volver, no se puso a dar saltos de alegría por toda la habitación precisamente.

—Te advertí que manipularían tus emociones. No dejes que vuelvan. No permitas que destruyan nuestra felicidad. Además... —Le puso una mano con cuidado en el vientre—, ahora tienes que pensar en el niño.

El corazón de Psique dio un salto mortal.

—Que... que voy a...

—Sí.

—¿Estás seguro?

—Sí.

—¿Cómo?

—Lo sé y ya está. Por favor, nada de visitas familiares. Olvídate de tus hermanas.

A Psique le habría gustado olvidarlas, pero si iba a tener un hijo, debería por lo menos contárselo a su familia... ¿no? Además, no hacía más que acordarse de la frase que le había soltado su hermana mediana: «¿Acaso es un monstruo?».

—Es que... ya les he dicho que sí. Te prometo que no permitiré que destruyan nuestra felicidad. Solo deja que vengan una vez más.

Su esposo apartó la mano de su vientre.

—No te lo voy a impedir. —Su voz estaba cargada de aflicción.

Después, por primera vez desde su llegada al palacio, a Psique le costó quedarse dormida en su cómoda cama nueva.

Esa misma noche, en cuanto el viento del oeste dejó a las hermanas de Psique en la roca, estas empezaron a quejarse.

—¡Dioses míos! —chilló la mediana—. Pero ¿tú has visto qué mansión?

—¿Y tú has visto los jardines? —dijo la mayor—. Y la bolera. Los roperos gigantes. ¡Por todos los inframundos! Yo tuve que casarme con un rey viejo, calvo y con mal aliento, y su casa no es ni la mitad de lujosa.

—Tú no te quejes. Mi marido tiene problemas de espalda y ni pizca de higiene personal. ¡Es asqueroso! Y, desde luego, no me regala joyas ni me ofrece criadas invisibles. Y esa máquina de hacer palomitas...

—¡Dioses, la máquina de hacer palomitas!

Ambas suspiraron. Casi podían verse las auras verdes de envidia brillando en torno a sus cabezas.

—No podemos dejar allí a nuestra hermana —afirmó la mayor.

—Es obvio que se trata de una trampa o un hechizo. Y probablemente su marido sea un monstruo.

—Un monstruo como una casa —corroboró la mediana—. Tenemos que averiguar la verdad, por su propio bien.

—Por su propio bien, sí. Dioses míos, cómo la odio ahora mismo.

—¿A que sí?

Volvieron al palacio de sus padres y, como estaban tan rabiosas, en lugar de contarles la verdad, les dijeron que Psique había muerto.

—Vimos el cadáver —dijo la mediana—. No quedaba gran cosa, pero era ella seguro. Fue asqueroso.

—Asqueroso —repitió la mayor—. La enterramos. Un asco que no veas.

Al oír la noticia, los padres se quedaron destrozados y, tres noches después, murieron.

Las hermanas lloraron, pero sin muchas ganas. Ahora se dividirían el reino entre las dos. Y, además, sus padres se lo merecían por haber dejado que la niña de Psique se llevara toda la atención y el mejor matrimonio.

Sí, menudas hermanitas. Eran una joya.

A finales de esa semana, volvieron a la roca, y allí las recogió el viento del oeste para llevarlas a la morada de Psique, al palacio secreto de palomitas y diamantes. Esta vez no las tiró de bruces al suelo porque Psique le había hecho prometer que no lo haría, pero se vengó de manera pasivo-agresiva al no darles los habituales consejos de seguridad.

En fin, que cuando se sentaron a comer con Psique, las hermanas estaban preparadas.

—Bueno, ¿qué tal está tu marido ese tan fantástico?

—Ah, pues... muy bien.

La mediana sonrió.

—¿A qué decías que se dedicaba?

Psique se quedó en blanco. Nunca había sabido mentir, y en ese momento no se acordaba de lo que les había dicho.

—Es... pastor.

—Pastor.

—Sí —indicó Psique, algo aturullada—. Un pastor rico.

Inclinándose y cogiéndole las manos, la hermana mayor puso su mejor cara de «Me preocupo mucho por ti», aunque lo que de verdad quería era estrangularla por la suerte que tenía, porque no se la merecía y porque era

tan guapa que daba rabia.

—Psique, ¿qué estás ocultándonos? La semana pasada dijiste que tu esposo era mercader. Ahora es pastor. Somos tus hermanas. ¡Déjanos ayudarte!

—Pero si todo va bien...

Las dos hermanas se miraron con complicidad.

—Eso es lo que suele decirse cuando todo va mal —intervino la mediana—. Psique, creemos que estás en peligro. Ya no te acuerdas de la profecía del Oráculo de Delfos, ¿no? Estabas condenada a casarte con un monstruo, una bestia que aterroriza incluso a los dioses. Y las profecías siempre se cumplen. Papá no podía quitárselo de la cabeza. No habló de otra cosa hasta que se murió.

Psique se atragantó con la limonada.

—¿Cómo? ¿Papá ha muerto?

—Sí. Murió de tristeza porque no ibas a verlo. Pero eso ahora da igual. Tienes que contarnos quién es tu esposo en realidad.

Psique se sentía como si estuvieran enterrándola hasta el cuello en la arena. Su padre había muerto. Sus hermanas intentaban ayudarla. Las profecías nunca se equivocaban. Pero la voz amable de su esposo, su ternura...

—No sé quién es —admitió por fin—. No se me permite verlo.

—¡¿Qué?! —exclamó la mediana—. ¡Oye, oye, oye! Rebobina y cuéntanoslo todo.

Psique no debería haberlo hecho, pero el caso es que lo confesó todo: que su esposo era invisible, que iba a verla de noche, que se negaba a decirle su nombre. Les contó también lo del hijo que esperaba, lo del pijama de Mi Pequeño Pegaso con los patucos... todo.

—Es peor de lo que pensaba —dijo la hermana mayor—. Te das cuenta de lo que pasa, ¿no?

—Pues no —contestó Psique.

—Tu esposo es un dragón. Los dragones pueden adoptar una forma humana. Pueden volverse invisibles y hacer toda clase de brujerías. Seguro que solo te mantiene con vida para engordarte. En cuanto tengas la tripa bien hinchada...

—¡Hermana! —protestó Psique—. ¡Eso es imposible! ¡Y retorcido!

—Pero tiene razón —terció la otra—. Es lo que pasa siempre con los dragones.

—Ah... ¿Sí?

La mayor asintió muy seria.

—¡Tienes que salvarte! Esta noche, cuando tu esposo duerma, enciende una lámpara o algo y mira cómo es en realidad. Espero equivocarme, de verdad que sí. Pero no me equivoco. Ten a mano un puñal o una cuchilla. Cuando veas su rostro aterrador y monstruoso, tendrás que reaccionar deprisa. ¡Córtale la cabeza! Luego nos llamas al valle y te ayudaremos a salir de aquí.

—Nos repartiremos todos estos tesoros tan bonitos —dijo la mediana.

—Aunque eso no es lo que más importa —apuntó la otra.

—No, no importa nada —convino la mediana—. A nosotras solo nos importan tu seguridad y tu felicidad, Psique. Te llevaremos de vuelta a casa y te buscaremos un marido mortal como los dioses mandan, como los nuestros.

—Eso es —asintió la mayor, mientras pensaba: «Un marido mucho más viejo y apestoso que los nuestros».

—No... no sé. No puedo...

—Tú piénsatelo —la apremió la mayor—. Y por los dioses, ¡ten cuidado!

Tras aconsejar a Psique que pusiera buen cuidado en destruir su vida, las hermanas volvieron al mundo mortal con la aerolínea Céfiro.

Total, que esa noche Psique se preparó para hacer lo más estúpido que se haya hecho en la historia de la eternidad. En uno de los armarios del baño encontró una navaja, una de esas antiguas navajas de barbero, tipo Sweeney Todd, que son un arma estúpida si te ataca, por ejemplo, un jabalí gigante (aunque no es que yo sepa nada de esas cosas). Escondió la cuchilla en el cajón de la mesita de noche junto con una lámpara de aceite y una caja de cerillas, o lo que utilizaran para encender cosas en ese entonces, que vete tú a saber.

Su esposo, como siempre, llegó después del anochecer. Todas las luces se apagaron, él se sentó en la cama y estuvieron un rato charlando, en plan «¿Qué tal el día?», «Ah, muy bien. Mis hermanas no me han dicho nada que haya hecho que me vuelva una paranoica asesina», «Bien, bien. Te quiero. Buenas noches». En fin, o algo parecido.

A eso de las tres de la madrugada, cuando notó por la respiración de su esposo que este estaba dormido, Psique se levantó de la cama, cogió la navaja y la lámpara del cajón de la mesita y encendió el pabilo. Un tenue resplandor rojo cayó sobre las sábanas.

Su esposo yacía de costado, dándole la espalda. Y a su espalda había un edredón de plumas amontonado. Un momento... eso no era un edredón de plumas. Psique se quedó mirándolo con cara alucinada. Sobre los omoplatos de su marido se plegaban unas alas enormes de plumas blancas.

¿Cómo era eso posible? Ella nunca había notado ningunas alas en su espalda. Pero es que además... si él se las había apañado para que ella no notara las alas, ¿qué otras cosas habría pasado Psique por alto? ¿Y si su rostro no era tan hermoso... ni tan humano... como ella lo notaba con los dedos en la oscuridad?

«Tu esposo es un dragón —susurró la voz de su hermana en su mente—. Una bestia que aterra incluso a los dioses».

El corazón le martilleaba contra el esternón. Rodeó la cama muy despacio hasta que quedó directamente frente a él. Las sombras se apartaron de su rostro dormido... Y Psique ahogó una exclamación.

Su esposo era... un guapazo que quitaba el hipo.

(Una vez más, colegas, dejo los detalles a vuestra imaginación).

¡Era alucinante! Era tan alucinante, de hecho, que a Psique le flaquearon los brazos. La lámpara le temblaba en la mano. La navaja de pronto pesaba mucho. No entendía por qué a su esposo lo agobiaba tanto que lo vieran. ¿Qué tenía que ocultar?

Y entonces advirtió otra cosa: un arco y un carcaj colgados de una percha encima de su mesita de noche.

Las alas... Las armas... Aquel rostro, demasiado hermoso para cualquier mortal. De pronto, Psique lo entendió todo.

—Eros —susurró—. Mi esposo es Eros.

Un consejo: nombrar a un dios no es una buena idea a menos que quieras llamar su atención. Y nombrarlo cuando estás encima de él con una navaja y una lámpara... eso es lo peor.

Eros debió de sentir su cercanía. Murmuró algo y se volvió dormido, sobresaltando a Psique. De la lámpara cayó una gota de aceite caliente, que siseó en el hombro desnudo del dios.

—¡Ay!

Eros se incorporó de golpe con los ojos abiertos, y esposa y esposo se quedaron mirándose, paralizados bajo la luz roja de la lámpara. En un nanosegundo, la expresión de Eros pasó del sobresalto a la tristeza y luego al rencor. Cogió bruscamente su arco y sus flechas, abrió las alas y apartó a Psique de un empujón.

—¡No!

Psique tiró la navaja y la lámpara, se arrojó hacia el dios y consiguió agarrarle el tobillo izquierdo cuando ya despegaba.

—¡Por favor! ¡Perdóname!

Eros salió volando por la ventana, arrastrando a su esposa. Cuando pasaban por el jardín, Psique perdió agarre y cayó al vacío. Eros, a su pesar, vaciló. Aterrizó en la copa de un ciprés y miró hacia abajo para ver si Psique estaba bien. Aunque ya no importaba, porque su relación se había terminado para siempre.

Psique estaba hecha un guiñapo en el suelo, llorando y llamándolo, pero el corazón de Eros se había endurecido. La gota de aceite le había quemado el hombro de tal manera que ahora apenas podía pensar de tanto dolor que sentía.

—Eres una insensata, Psique —espetó desde el árbol—. Te lo advertí. ¡Por todos los dioses, te lo advertí!

—¡Eros, por favor! ¡No lo sabía! ¡Lo siento!

—¿Que lo sientes?! —gritó él—. ¡Desobedecí a mi madre por ti! ¡Lo he arriesgado todo! Afrodita me ordenó que hiciera que te enamoras del ser más despreciable que pudiera encontrar. Y en lugar de eso, me enamoré de ti. Creé todo este valle, el palacio, los criados, todo, para esconderte de mi madre. Podríamos haber vivido aquí en paz. Pero ya te dije que en cuanto me vieras, en cuanto pronunciaras mi nombre, el hechizo se rompería. ¡Mira!

Detrás de ellos, el palacio se desmoronó hasta convertirse en polvo. Los jardines se marchitaron. Todo el valle se tornó una planicie yerma, desolada y gris a la luz de la luna.

—Pero tú tenías que hacer caso a tus hermanas —añadió Eros—. Esto es lo que ellas querían. Querían que fueras infeliz. Te lo advertí, pero tú preferiste creerlas a ellas antes que a mí. Y ahora mi madre te encontrará. Es solo cuestión de tiempo. Averiguará la verdad. Y ninguno de nosotros podrá escapar a su ira. Corre mientras puedas, Psique. Mi madre no parará hasta que acabe contigo. La has deshonrado. Y ahora también me has deshonrado a mí.

—¡Te quiero! —gimió Psique—. Por favor, podemos hacer que nuestro matrimonio funcione. Podemos...

Pero Eros abrió las alas y se alejó volando en la noche, dejando a Psique con el corazón roto, embarazada y sola.

Una historia muy alegre, ¿eh? ¿A que os sentís estupendos ahora mismo?

Pues esperad, porque la cosa empeora.

Cuando Eros se marchó, Psique se puso a vagar sin rumbo, aturdida. Al final del valle llegó a la orilla de un río y decidió tirarse al agua y ahogarse.

A ver, chicos, lo de tirarse a un río para ahogarse nunca es la solución. Y

menos si el río apenas tiene medio metro de profundidad, como era el caso. Por eso Psique cayó dando un traspié y se quedó sentada en el agua, llorando a grito pelado y haciendo el ridículo.

Pero dio la casualidad de que Pan, el dios sátiro de los bosques, estaba durmiendo por allí cerca después de haberse pasado tres días de fiesta. Y con tanto llanto y tanto chapaleo, pues se despertó. Se acercó tambaleándose al río, vio a una chica guapísima allí chapoteando y pensó que estaba en medio de un sueño.

—Eh, guapa. ¡Hip! —Pan se apoyó en un árbol para no caerse—. Se te ve, ¡hip!, triste. A ver si lo adivino. No me lo digas. Mal de amores, ¿a que sí?

Psique asintió tristemente con la cabeza. Tenía tal disgusto encima que ni siquiera le importaba que un hombre cabra borracho estuviera hablando con ella.

—¡Bueno, pero no te ahogues! —dijo el dios—. Esa no es la solución. ¿Sabes qué deberías hacer ahora? ¡Rezar a Eros, el dios del amor! ¡Es el único que puede ayudarte!

Psique se echó a llorar otra vez a moco tendido.

Pan retrocedió trastabillando.

—Pues nada... me alegro de haber charlado contigo. Ahora me... me voy por allí.

Y se retiró con rapidez. Ya tenía bastante dolor de cabeza sin tanto grito y tanto drama.

Cuando amaneció, Psique empezó a calmarse. Su sufrimiento no se mitigó, pero se hizo pesado y frío, y poco a poco fue convirtiéndose en determinación.

—A lo mejor el hombre cabra tenía razón —se dijo en voz alta—. Eros es el único que puede ayudarme. Tengo que encontrarlo y hacer que me perdone. No aceptaré un no por respuesta. Pero primero...

En sus ojos brilló una chispa acerada. Menos mal que no había nadie por allí, porque seguro que habría llamado al Teléfono de Emergencias contra Maníacos Asesinos.

—Primero tengo que dar las gracias a mis hermanas por su ayuda.

Resulta que Psique poseía una vena cruel. No era nada fácil hacer que se enfadara, pero la destrucción de su matrimonio... bueno, eso consiguió enfurecerla.

Estuvo andando por el valle durante días, hasta que encontró la ciudad estado que gobernaba el esposo de su hermana mayor.

Al principio, los guardias querían cortarle el paso, porque Psique parecía una vagabunda, pero al final se dieron cuenta de quién era (la reconocieron por un artículo reciente titulado «¡5 nuevas diosas sexys a las que adorar!») y la llevaron a ver a su hermana.

—¡Ay, mi madre, menuda pinta! —exclamó la hermana, encantada por dentro—. Mi pobre Psique, ¿qué ha pasado?

—Es una historia muy larga. —Psique se enjugó una lágrima—. Seguí tu consejo, pero la cosa no salió como yo esperaba.

—¿Y tu esposo? ¿Es... es un monstruo? ¿Está muerto?

—Ninguna de las dos cosas —suspiró Psique—. Vi su aspecto. Y no te lo vas a creer, pero es el dios Eros.

Y le describió lo increíble que era, con todo lujo de detalles. No tuvo que fingir el dolor. Le contó a su hermana la verdad de lo sucedido... hasta llegar casi al final.

—Antes de marcharse —concluyó—, Eros me dijo que me dejaba, que iba a casarse con mi hermana. Y mencionó tu nombre.

La hermana mayor abrió unos ojos del tamaño de dos dracmas. Aunque había albergado alguna duda sobre la historia de Psique, ahora se la creía punto por punto. ¡Tenía toda la lógica del mundo! ¿Quién sino el dios del amor iba a tener una mansión de supermillonario como esa, con criados invisibles y un cine en casa y un tobogán acuático? ¡Y Eros había pronunciado su nombre! Era obvio que tenía buen gusto. Había sabido ver más allá de la estúpida belleza de Psique. ¡Y ahora, por fin, ella iba a tener todo lo que se merecía!

—Ay, Psique. Cuánto lo siento. ¿Me perdonas un momento?

La hermana salió corriendo de la habitación y se detuvo en la cámara de audiencia de su marido el tiempo suficiente para gritarle:

—¡Quiero el divorcio!

Luego se dirigió a los establos, se subió al caballo más rápido y se marchó del reino al galope.

No paró hasta llegar a la roca donde Céfiro se la había llevado por los aires la primera vez. Alcanzó la cima y gritó:

—¡Estoy aquí, Eros! ¡Tómame, amado mío!

Se tiró de un salto, se despeñó y se mató.

Madre mía, lo que pudo reírse Céfiro... Nunca hay que intentar subirse a un avión hasta que abran la puerta de embarque, todo el mundo lo sabe.

Mientras tanto, Psique prosiguió con su viaje. Encontró el reino en el que vivía su hermana mediana y le contó la misma historia.

—¿Y sabes qué es lo más curioso? —concluyó—. Que Eros dijo que ahora iba a casarse con mi hermana. Y mencionó tu nombre.

Ardiendo de deseo, la hermana mediana salió corriendo del palacio, pidió un caballo, se dirigió a toda pastilla hasta la roca y, con el corazón lleno de esperanza, se tiró y se mató.

¿Que si Psique fue un poco cruel? Bueno, supongo. Pero si alguien merecía despeñarse desde una roca de ciento cincuenta metros de altura, eran sin duda aquellas dos damas.

Cuando se quedó sin hermanas con las que acabar, Psique deambuló por Grecia, yendo de ciudad en ciudad, decidida a encontrar a Eros. Buscó en los templos, buscó en los altares junto a los caminos, buscó en los gimnasios, en las discotecas y en los grupos de estudio bíblicos para solteros; los lugares típicos a los que iría a pasar el rato un dios del amor. Pero no tuvo suerte.

Y es que Eros también tenía sus propios problemas.

Cuando dejó a Psique, su único plan era alejarse de su matrimonio roto, tal vez encontrar una cueva en la que esconderse durante unos cuantos siglos hasta que a Afrodita se le pasara el enfado. Pero el dolor del hombro se hizo insoportable con rapidez. Una sola gota de aceite caliente no debería doler tanto. La quemadura le había llegado al sistema nervioso central y corroía su esencia divina. Jamás había sufrido tanto dolor... a excepción quizá del que sintió en el corazón la primera vez que vio a Psique.

Era como si las dos cosas estuvieran relacionadas, pensó Eros. ¡Era como una metáfora o algo así!

(He puesto esto aquí para que los profesores de lengua tengan un tema sobre el que poner un trabajo. Lo siento. Ya he dicho que me he vendido a cambio de pizza y caramelos, ¿no?).

En fin, el caso es que Eros estaba tan débil que no pudo llegar muy lejos. Fue volando hasta la casa de vacaciones de Afrodita más cercana, una villa junto al mar Adriático, y allí se encerró en su dormitorio y perdió el conocimiento nada más tocar las sábanas.

Seguro que ahora estáis pensando: «¿Quería evitar a su madre y se va directamente a su casa? Pues qué listo es».

Supongo que volaba con el piloto automático. O que quería dormir en su cama, como nos pasa a muchos cuando estamos enfermos. O pensó que más le valía enfrentarse a su madre de una vez y ya está.

Fuera como fuese, pronto corrió el rumor de que una chica mortal había roto el corazón a Eros. Es probable que los espíritus del viento de Céfito no

podrían mantener la boca cerrada porque tenían la sesera repleta de aire.

Afrodita estaba de vacaciones en su isla sagrada de Citera cuando se enteró de que su hijo se había convertido en el hazmerreír del cosmos. Salió disparada a buscarlo, en parte porque estaba preocupada por él, pero sobre todo porque estaba haciéndola quedar mal a ella.

Total, que llegó a su palacio del Adriático e irrumpió en la habitación de su hijo.

—¿Quién ha sido?

—Mamá —gruñó él debajo de las mantas—, ¿es que no sabes llamar?

—¿Quién ha sido la lagarta que te ha roto el corazón? —preguntó—. ¡No me había deshonrado tanto una mortal desde la Psique aquella hace unos meses!

—Bueno, pues ya que la mencionas...

Y Eros le contó la verdad.

Afrodita se subió por las paredes. A ver, no literalmente. Lo que hizo fue destrozarse el techo con una bonita explosión rosa, consiguiéndole a Eros la claraboya que siempre había querido.

—¡Eres un desagradecido! —chilló—. ¡No me das más que disgustos! ¡Nunca me haces caso! ¡Juegas con los sentimientos de todo el mundo, incluidos los míos! Debería desheredarte. Debería quitarte la inmortalidad, el arco y las flechas, y dárselos a uno de mis criados. Cualquier esclavo mortal puede hacer tu trabajo, que tampoco es tan difícil. Es que no te esfuerzas nada. Nunca obedeces. No... —Blablablá.

Y así estuvo, dale que te pego, durante unas seis horas.

Hasta que por fin se dio cuenta de que Eros tenía la cara sudorosa y pálida, algo que no suele ocurrir a los inmortales, y que estaba tiritando bajo las mantas con la mirada vidriosa.

—Pero ¿qué te pasa?

Afrodita se acercó a la cama, apartó las mantas y vio la herida infectada que su hijo tenía en el hombro.

—¡Oh, no! ¡Pobrecito mío!

Tiene gracia lo rápido que les cambia el humor a las madres. A lo mejor están que quieren estrangularte y, de pronto, ¡pumba!, una heridita mortal de nada y ya se ponen en plan «pobrecito mío».

Afrodita preparó una compresa fría, alcohol para friegas, una venda elástica y sopa de pollo con sabor a ambrosía. Y luego invocó a Apolo, el dios de la

medicina, que se quedó perplejo con aquella herida.

—Una gota de aceite caliente no suele provocar esta reacción —observó.

—Gracias, superdoctor —gruñó, irónica, Afrodita.

—¡De nada! Bueno, tengo que volver con mis fans... quiero decir, a mi concierto en el monte Olimpo.

No había manera de curar la herida de Eros, ni siquiera con la crema mágica de Afrodita, la que eliminaba las manchas en un momento. La diosa acomodó lo mejor que pudo a su hijo y luego se concentró en una mancha que sí podía eliminar: la de esa bruja mortal de Psique, la causante de todos sus problemas.

Afrodita estaba a punto de marcharse cuando llamaron al timbre. Eran las diosas Deméter y Hera, que llegaban con flores, globos y unos tarjetones con mensajes de ánimo.

—¡Ay, Afrodita! —dijo Hera—. Nos hemos enterado de lo de Eros.

—Sí, no me cabe duda —masculló la diosa del amor.

Imaginaba que el resto de las diosas estarían disfrutando de lo lindo con el nuevo escándalo familiar.

—Lo sentimos muchísimo —terció Deméter—. ¿Hay algo que podamos hacer?

A Afrodita se le pasaron por la cabeza unas cuantas sugerencias groseras, pero no las mencionó.

—No, gracias —atinó a contestar—. Voy a buscar a esa tal Psique y voy a machacarla.

—Estás enfadada —observó Hera, que era muy perspicaz para esas cosas—. Pero ¿se te ha ocurrido pensar que la chica podría ser buena para Eros?

Afrodita mantuvo la calma.

—¿Cómo dices?

—Bueno, Eros ya es un hombre —prosiguió la hermana del dios Zeus—. La mujer adecuada podría ayudarlo a sentar la cabeza.

Deméter asintió.

—Su felicidad podría incluso curarle esa herida del hombro. Apolo nos ha dicho que la quemadura no responde a ninguna medicación divina.

Afrodita echaba chispas de color rosa por los ojos.

Las otras diosas sabían que estaban yendo demasiado lejos. Entonces ¿por qué se exponían a entrar en la lista negra de Afrodita? Pues muy fácil: porque le tenían más miedo a Eros que a ella, y veían la oportunidad de ganarse la simpatía del dios.

Eros era imprevisible. Era peligroso. Podía dispararte una de sus flechas y trastornarte la vida entera haciendo que te enamoras de un mortal feo o de unos vaqueros de campana o de cualquier otra cosa. La profecía de que Psique se casaría con un monstruo... cuadraba perfectamente con Eros. Todo el mundo le tenía miedo, incluso los dioses.

Afrodita las fulminó con la mirada.

—Voy a destruir a Psique. Y nadie va a interponerse en mi camino. Nadie. ¿Entendido? —dijo.

Y salió hecha una furia del palacio para dar comienzo a su búsqueda.

Por suerte para Psique, a Afrodita se le daba fatal eso de buscar.

Si hubiera necesitado su cepillo del pelo o sus tacones favoritos, habría sido fácil. Pero ir tras una chica mortal en un mundo lleno de mortales... eso era más complicado. Y aburrido que no veas.

Peinó todas las ciudades de Grecia, volando en su carro de oro tirado por palomas gigantes. (Algo que a mí me resulta bastante siniestro, la verdad. ¿A vosotros os parece romántico que vayan arrastrándoos por ahí unos pajarracos blancos del tamaño de un camión? ¿Y las cagadas que debían de soltar esas criaturas...? Vale, lo deajo).

Pues eso, que Afrodita acababa siempre distrayéndose con las rebajas de algún centro comercial, o con algún chico mono, o con las joyas relucientes y los vestidos que llevaban esa temporada las chicas mortales.

Mientras tanto, Psique seguía con su ardua marcha, buscando a su esposo en los altares, templos y centros de *fitness* más remotos.

A esas alturas empezaba a notársele el embarazo, llevaba la ropa rota y sucia, los zapatos se le caían a pedazos, tenía hambre y sed constantemente... Pero no pensaba rendirse.

Un día, cuando andaba vagando por los montes del norte de Grecia, encontró las ruinas de un templo antiguo. «¡Oye! —pensó—. ¡A lo mejor es un templo de Eros!». Y nada, enseguida se puso a trepar por los acantilados hasta llegar al edificio abandonado.

Por desgracia, no era un templo de Eros. A juzgar por los haces de trigo grabados en el altar y la cantidad de suciedad que había en el suelo, debía de ser un templo de Deméter que llevaba décadas sin utilizarse.

¿Que qué pintaba un templo a la diosa de la agricultura en una montaña

pelada en mitad de la nada? Pues no lo sé muy bien. Pero Psique, al ver el altar polvoriento, las estatuas rotas tiradas por el suelo y las pintadas en las paredes, debió de pensar: «No puedo dejar esto así. No está bien». Y es que, a pesar de todos sus problemas, Psique todavía respetaba a los dioses. Así que sacó unos cuantos productos de limpieza del armario del conserje y se pasó una semana aseando el templo antiguo. Borró las pintadas, pulió el altar y reparó las estatuas con algo de cinta adhesiva colocada estratégicamente.

En cuanto terminó, oyó una voz a su espalda:

—Buen trabajo.

Psique se dio la vuelta. De pie junto al altar estaba la diosa Deméter. Llevaba una túnica verde y marrón, una corona de trigo en la cabeza y una guadaña dorada en la mano. La muchacha cayó de rodillas en actitud reverente, una idea muy sensata cuando tienes delante a una diosa con una guadaña.

—¡Oh, gran Deméter! —exclamó—. Tal vez tú puedas ayudarme. ¡Necesito encontrar a mi esposo, Eros!

Deméter dio un respingo.

—Ya... Pues hablando del tema... Afrodita te tiene muchas ganas, jovencita. No descansará hasta acabar contigo, y yo no puedo oponerme a ella. De verdad que me encantaría ayudarte. Y si algún día tengo ocasión de hacer algo de manera... en fin, de manera extraoficial, lo haré. Pero tendrás que encontrar a Eros tú solita.

Algunas personas se habrían enfadado, pero Psique se limitó a agachar la cabeza.

—Lo comprendo. Seguiré buscando.

En el fondo sabía que tenía que solucionar el problema ella sola. Había metido la pata, y ninguna diosa podía arreglarlo. No esperaba una recompensa por haber limpiado el templo de Deméter. Lo había hecho porque era lo que debía hacer.

Ya lo sé: una forma de pensar de lo más rara, ¿no? Pero la chica era como bastante heroica para esas cosas.

Total, que la diosa desapareció y Psique continuó su viaje.

Unos días más tarde, cuando atravesaba un bosque, se encontró con un altar abandonado en un claro. Por las inscripciones borrosas y las estatuas cubiertas de hiedra, dedujo que en otro tiempo había sido un santuario en honor de Hera.

«No puedo dejarlo así», se dijo. (Yo en su lugar habría dibujado gafas y bigotes en todas las estatuas y me habría largado corriendo. Pero es que Hera y yo tenemos asuntos pendientes).

Así pues, Psique limpió el altar, arrancó la hiedra de las estatuas e hizo todo lo posible por dejar el santuario bonito otra vez. Y cuando terminó, Hera apareció ante ella con un vestido blanco resplandeciente, una capa de plumas de pavo real sobre los hombros y una vara coronada por una flor de loto en la mano.

—Bien hecho, Psique. Has limpiado hasta en los rincones. Eso ya no lo hace nadie.

Psique se arrodilló.

—¡Reina Hera! No espero ninguna recompensa, pero estoy sola y embarazada, y Afrodita me persigue. ¿Podrías protegerme, solo por un tiempo, hasta que nazca mi hijo? Sé que eres la diosa de todas las madres.

Hera hizo una mueca.

—Ay, no puedo, hija mía. Afrodita está loquita por matarte. Si algún día deja de distraerse con las rebajas, te arrancará las extremidades una por una. A lo mejor llega la ocasión en que puedo ayudarte de manera sutil, sin que nadie se entere, pero ahora mismo no puedo protegerte. Solo hay una solución a tu problema, y creo que sabes cuál es.

Psique se puso en pie. Estaba tan cansada que apenas podía pensar con claridad, sin embargo entendió lo que Hera trataba de decirle.

—Debo enfrentarme a Afrodita —dijo—. De mujer a mujer.

—Exacto. Que tengas suerte, hija.

Y tras pronunciar esas palabras, y con bastante esfuerzo, Hera desapareció.

Psique prosiguió su viaje, pero ahora tenía otro objetivo. Ahora iba en busca del palacio de Afrodita.

Por fin dio con la enorme villa blanca a orillas del Adriático, con vistas preciosas y unos jardines encantadores alrededor. Aquello le trajo a la memoria el doloroso recuerdo del palacio que había compartido con su esposo.

Llamó a las grandes puertas de bronce pulido.

Salió un criado que, cuando vio quién era, se quedó con la boca abierta.

—¿Has venido aquí a propósito? —No se lo podía creer—. Vale, te llevaré con la señora. Espera a que me ponga primero el casco de fútbol americano, no sea que le dé por empezar a tirar cosas, como muebles, o a alguno de nosotros dos.

Condujo a Psique hasta la sala del trono de Afrodita, donde la diosa descansaba tras otra aburrida jornada buscando a la muchacha. Le resultó de

lo más irritante que la chica a la que tanto había buscado entrara de pronto en la sala. Es como cuando te pasas toda la mañana buscando las gafas y al final descubres que las llevas en la cabeza. (Yo no uso gafas, pero mi amigo Jason sí. Y es muy gracioso cuando le pasa eso).

—¡Tú!

Afrodita se arrojó sobre la pobre Psique y se puso a darle patadas, a tirarle del pelo y a clavarle las uñas. La diosa probablemente la habría matado, pero cuando vio que Psique estaba embarazada no fue capaz de tanto.

Psique no se defendió. Se acurrucó, hecha un ovillo, y esperó a que la ira de Afrodita se calmara.

La diosa se detuvo un momento para mirarse las uñas —es que la manicura se estropea muchísimo cuando te pones a hacer trizas a una mortal a arañazo limpio—, y Psique aprovechó para hablar.

—Suegra —le dijo—, he venido a aceptar mi castigo por haber desconfiado de mi esposo. Estipula el castigo que consideres apropiado. Estoy dispuesta a hacer cualquier cosa para demostrar que lo amo y ganarme el perdón.

—¿El perdón?! —gritó la diosa—. Yo no reconozco tu matrimonio. ¡Y, desde luego, no te reconozco como nuera! Pero lo del castigo sí que puedo arreglarlo. ¡Guardias! ¡Llevad a esta mortal a la mazmorra! Tenemos mazmorra, ¿verdad? Fustigadla, torturadla y luego traédmela de vuelta aquí. Ya veremos entonces qué opino del perdón.

Los guardias obedecieron. Y fue un horror. No llegaron a matar a Psique, pero cuando la llevaron de vuelta, había recibido tal paliza que apenas se la podía reconocer. Afrodita era una anfitriona estupenda para esas cosas.

—¿Qué, niña? —preguntó—. ¿Todavía quieres ponerte a prueba?

Sorprendentemente, Psique logró levantarse con esfuerzo.

—Sí, suegra. Haré lo que sea.

Afrodita no pudo evitar sentirse un poco impresionada. Y decidió proponer a la joven una serie de desafíos. Desafíos imposibles, claro, para que fracasara y muriera, pero así por lo menos nadie podría decir luego que no le había dado una oportunidad.

(Bueno, yo sí, y os lo digo ya: Afrodita no le dio ninguna oportunidad).

—Te pondré a prueba —anunció—, para ver si eres merecedora de mi perdón y del amor de mi hijo. Eres tan fea que la única forma de que llegues a ser una buena esposa es siendo una buena ama de casa. A ver si sabes organizar una despensa.

¿Que era un desafío totalmente machista? Pues claro que sí. ¿Que era

totalmente propio de Afrodita? Pues también.

Se llevó a rastras a Psique a su cocina divina y pidió a las criadas que volcaran hasta el último saco de grano que hubiera en el almacén: cebada, trigo, avena, quinoa biológica, de todo. Total, que en un momento la cocina quedó sumida en una ventisca de fibra.

—Clasifica estos granos —ordenó Afrodita—. Quiero que estén todos en su saco antes de la cena. Si no lo consigues, te mataré. O puedes admitir ya la derrota y seré benévola contigo. Te enviaré al exilio. Nunca más volverás a ver a mi hijo, pero por lo menos conservarás tu miserable vida.

—Acepto el desafío —contestó Psique, aunque delante de aquella montaña de cereales no veía que fuera posible lograrlo.

Afrodita se marchó resoplando y fue a que volvieran a hacerle la manicura.

Psique comenzó a clasificar los granos. Solo llevaba en ello unos minutos — quinoa, cebada, pelusa, avena— cuando una hormiga se le acercó corriendo por el mostrador de la cocina.

—¿Qué hay? —dijo.

Psique se la quedó mirando.

—¿Sabes hablar?

—Sí. Me manda Deméter. ¿Te echo una mano?

Psique no imaginaba cómo podría ayudarla una hormiga, pero contestó:

—Sí, claro. Gracias.

—Vale, pero si alguien pregunta, no hemos estado aquí.

—¿«Hemos»?

La hormiga lanzó un fuerte silbido.

—¡Vamos, chicas, que el tiempo apremia!

Una marabunta de millones de hormigas salió de detrás de los zócalos y se puso manos a la obra, clasificando los granos en sacos diferentes. Más o menos una hora después, la cocina volvía a estar limpia y la despensa, ordenada. Las hormigas incluso habían llenado un saco nuevo, que etiquetaron esmeradamente como «PELUSAS Y OTROS OBJETOS PERDIDOS».

—Muchísimas gracias —dijo Psique.

—Chiiist. Tú no nos has visto.

—¿No he visto a quién?

—Buena chica.

La colonia de hormigas volvió a escabullirse entre los zócalos y desapareció.

Cuando Afrodita regresó, se quedó de piedra. Luego se enfadó.

—No soy tonta, niña. Es evidente que esto no lo has hecho tú sola. Te ha ayudado alguna diosa, ¿verdad? ¡Alguien trata de avergonzarme! ¿Quién ha sido?

—Eh...

—¡Da igual! —gritó Afrodita—. Has hecho trampa, así que no ha sido una prueba válida. Te has ganado una noche de descanso en el suelo de la cocina y un chusco de pan para cenar. ¡Por la mañana te buscaremos un reto más difícil!

Psique se pasó la noche en el suelo. Poco sabía ella que en la misma mansión, a tan solo unas habitaciones de distancia, Eros se retorció de dolor por su hombro y (¡¡¡ojo, metáfora!!!) su corazón heridos. Afrodita no lo había informado de la visita de la joven, pero Eros sentía su presencia, lo cual empeoraba su sufrimiento.

Por la mañana, después de comerse otro nutritivo chusco de pan para desayunar, Psique recibió del segundo desafío.

—Necesito lana —anunció Afrodita—. Cualquier esposa debe ser capaz de coser y remendar ropa, y eso requiere buenos materiales. En el límite occidental de este valle, junto al río, encontrarás un rebaño de ovejas. Tráeme un poco de su lana. ¡Si no vuelves antes de que caiga la noche, te mataré! A menos que quieras rendirte ya, en cuyo caso...

—Ya me sé el discurso. —A Psique le dolían los huesos y tenía los ojos apagados por el hambre, pero se inclinó ante la diosa—. Te traeré la lana.

Afrodita olvidó mencionar unos cuantos detalles sobre las ovejas. (Se le pasarían por alto, sin duda). Por ejemplo, que la lana era oro puro. Y también que las ovejas tenían unos cuernos afilados, unos dientes puntiagudos y venenosos, y unas pezuñas de acero tan letales como mazas. Unas verdaderas *beeestias*. (¿Lo pilláis? *Beeestias*).

Psique se quedó un rato bajo el sol de la mañana, contemplando desde lejos las ovejas, que mataban y devoraban a cualquier animal que se les acercase: erizos, conejos, ciervos, elefantes pequeños... La pradera estaba agradablemente decorada con huesos y cráneos humanos. La muchacha se dio cuenta de que sería imposible acercarse siquiera al rebaño.

—Bueno... —dijo, mirando al río—. A lo mejor aquí el agua sí es lo bastante profunda para ahogarme.

—Uy, no hagas eso —contestó una voz que parecía provenir de detrás de un cañaveral en la orilla del río.

—¿Quién eres? ¡Sal de detrás de las cañas!

—No puedo —dijo el cañaveral—. Yo soy las cañas.

—Ah. ¿Y vas a sermonearme sobre lo de ahogarme?

—Ahogarse nunca es la solución —dijo el cañaveral—. Pero básicamente voy a instruirte un poco en lo tocante a la recogida de lana, porque Hera me ha pedido que te ayude.

Psique se relajó. Hablar con unas cañas sobre la recogida de lana era lo menos raro que le había pasado recientemente.

—Gracias. Pues nada, cuéntame.

—Como puedes imaginarte, si te acercas ahora a esas ovejas te harán trizas. Pero por la tarde, cuando hace calorcito, están lentas y adormiladas. Se reunirán a la sombra de esos árboles grandes, esos plátanos de la izquierda. ¿Los ves?

—¿Esos que no se parecen en nada a un plátano?

—Esos. Bueno, pues entonces te acercas a los espinos que hay al otro lado de la pradera. ¿Los ves?

—¿Esos cuyas espinas no se ven porque están demasiado lejos?

—Veo que aprendes deprisa. Tú sacude esos espinos y tus problemas estarán resueltos.

—No te ofendas, Sabio Puñado de Cañas, pero ¿cómo van a solucionarse mis problemas sacudiendo unos matojos?

Las cañas no dijeron nada. Habían vuelto a ser plantas normales, de las que no dan consejos.

Psique decidió intentarlo al menos. Si Hera le había ofrecido su ayuda, sería muy grosero no aceptarla. De manera que esperó hasta la tarde y, efectivamente, las ovejas de oro asesinas se reunieron para echar una siesta a la sombra de los plátanos.

La joven fue entonces con sigilo hasta el otro lado de la pradera. Sacudió la zarza más cercana y unos pequeños mechones de lana de oro cayeron de sus ramas. ¡Las ovejas debían de utilizar los espinos para rascarse! Psique siguió sacudiendo los arbustos, haciendo el menor ruido posible, hasta que reunió toda la lana de oro que podía llevarse. Entonces volvió corriendo al palacio de Afrodita.

Cuando llegó, la diosa del amor estaba dando cuenta de su cena habitual: tres tallos de apio y un batido de proteínas con sabor a café (eso tal vez explique por qué estaba siempre de tan mal humor). Miró la lana de oro y no supo si sentirse indignada o atónita. Optó por mostrarse fría e indiferente, que era su estado por defecto a la hora de tratar con otras mujeres.

—No es mucha lana —comentó—. Además, no me creo que seas tan lista como para adivinar cómo recogerla sin que te ayudara ningún dios. ¿Quién ha sido en esta ocasión?

—Bueno, había unas cuantas cañas que...

—¡Da igual! —gritó Afrodita—. Eres una criatura vil. Solo con hablar contigo me entran ganas de darme una ducha.

Cogió una jarra de agua y la vació.

—Una buena esposa debería ser capaz de proveer agua fresca para las necesidades higiénicas de su casa. Tu tercer desafío. A un kilómetro y medio al norte de aquí hay una montaña alta con una cascada que cae por el acantilado. En la cima hay un manantial sagrado, uno de los nacimientos del río Estigia, que más adelante llega hasta el inframundo. Llena esta jarra en ese manantial. ¡No al final de la cascada! Si haces trampa lo sabré. Trae el agua mientras todavía esté fría como el hielo. Si no lo haces...

—Me matarás —concluyó Psique con cansancio—. Y no, no me doy por vencida. Sigo amando a tu hijo y haré cualquier cosa para obtener su perdón. Ahora mismo vuelvo con tu agua del Estigia.

Ni la una ni la otra podían imaginarse que Eros había estado escuchando la conversación. Había oído voces desde su dormitorio y había reconocido la de Psique. A pesar del dolor espantoso que sentía en el hombro, logró salir de la cama y renquear por el pasillo hasta asomarse a la puerta del salón para enterarse de lo que estaba pasando. Y al ver a la joven, se animó de inmediato. La herida del hombro le dolía un poco menos, algo que lo mosqueó. Pero no podía evitarlo: todavía la amaba.

Cuando oyó que su madre la retaba con el desafío de la cascada, se sintió fatal. ¡Era una misión imposible! Afrodita a veces era tan... bueno, un montón de cosas que un hijo no debería llamar a su madre.

Sin embargo, también se quedó impresionado por lo decidida que se había mostrado Psique a ganarse de nuevo su amor.

Le dieron ganas de irrumpir en el comedor y exigir a su madre que pusiera fin a aquellas estúpidas pruebas del Ama de Casa Perfecta, pero no podía porque 1) seguía tan débil que se habría caído de bruces y habría perdido el conocimiento, y 2) tenía un aspecto horroroso y no quería que Psique lo viera así.

(La chica no es que tuviera mucha mejor pinta, pero a Eros no se lo parecía.

Es curioso el amor para esas cosas. Yo una vez vi a mi novia con el pelo que parecía un adorable nido de ratas y... Perdón, que me voy por las ramas).

Eros volvió a trompicones a su dormitorio, se acercó a la ventana y clamó a los cielos:

—¡Señor Zeus, escucha! Yo te he hecho unos cuantos favores a lo largo de los años, y ahora necesito que me devuelvas uno.

Para entonces, Psique había llegado ya al pie de la montaña. Alzó la vista hacia aquellos acantilados resbaladizos y se dio cuenta de que su queridísima suegra le había vuelto a encargar una tarea imposible de realizar para cualquier mortal. ¡Bien!

Desde lo más alto de las cascadas, unos ochocientos metros más arriba, se precipitaba una cortina de agua que rugía con una voz que parecía casi humana: «¡Vete de aquí! ¡No te lo pienses siquiera! ¡El agua está helada que no veas!».

Afrodita no le había mentado: aquel era uno de los nacimientos terrenales del río Estigia, lo cual lo convertía en letal para cualquier humano. Solo de acercarse a las cascadas, a Psique la invadió la desesperanza. Podría haber hecho un esfuerzo por conseguir llenar la jarra en la parte más baja de la catarata, pero ¿llegar hasta arriba? Ni de broma.

Sin embargo, Afrodita había pedido específicamente el agua de la cima, y a Psique ni se le pasó por la cabeza hacer trampa. No porque pudieran pillarla, sino porque no era propio de ella. (Sí, de nuevo una forma de pensar muy rara. Pero así son los héroes. Están todos locos).

Mientras se encontraba allí, mirando la cascada, un pájaro enorme bajó de entre las nubes. Psique se dio cuenta de que era un águila dorada: el animal sagrado de Zeus.

El águila aterrizó en una piedra cercana.

—¿Qué hay? —la saludó.

—Eh... hola. ¿Vienes de parte de Zeus? Me parece que no he limpiado ninguno de sus santuarios últimamente.

—Tranquila —dijo el águila—. Tienes un amigo influyente que ha requerido un favor del pez gordo. Admiro tu determinación, pero a menos que tengas alas, no vas a llegar de ninguna manera a ese manantial tú sola. Dame la jarra.

El águila se la arrebató y voló hasta la cima de la cascada. Allí llenó la jarra con agua sobrenatural del Estigia —¡agua de manantial helada!—, y luego volvió con Psique.

—Aquí tienes. Te llevaría de vuelta al palacio, pero es mejor que Afrodita no me vea. Chao.

Y con esto, el águila se marchó.

Cuando Psique regresó al comedor de Afrodita con una refrescante jarra de agua de la muerte ultrahelada, la diosa se quedó alucinando.

—Venga ya —dijo.

Se lavó las manos en el agua, que es algo que solo los dioses pueden hacer sin morir de dolor. (Creedme). E intentó encontrarle alguna pega, pero no pudo. Sintió que el agua procedía de la parte superior de la cascada, tal como había ordenado.

—¿Qué hechicería es esta? —La diosa entornó los ojos—. ¿Cómo has superado todas mis pruebas, Psique?

—Bueno... no sé. Con constancia, llevando una vida sana... ¿Puedo recuperar ya a mi esposo?

Se imaginó que con tres pruebas bastaría. Vaya, es lo habitual, ¿no? «Haz estas tres cosas». «Contesta tres preguntas». «Derrota a las tres gorgonas». «Devora a estos tres cerditos». Las cosas importantes van de tres en tres.

Pero Afrodita eso no lo sabía. O a lo mejor deseaba complicar más esta historia para los semidioses que quisieran contarla en el futuro. (Gracias, señora).

—¡Cuarta prueba! —gritó.

—¿Qué? —exclamó Psique—. ¡Venga ya!

—Haz una última cosa por mí y habrás demostrado ser una esposa digna para mi hijo. O si quieres darte por vencida...

—No hay quien te aguante —masculló Psique.

—¿Cómo dices?

—Nada, que, por mí, adelante. ¿En qué consiste la prueba?

—Es evidente que la cualidad más importante en una esposa es la belleza —dijo Afrodita, con su evidente tono de tonta—. He estado tan ocupada cuidando de mi hijo herido...

—¿Eros? —la interrumpió Psique, que no tenía ni idea de que su amado estaba en el palacio—. ¿Está herido? ¿Se encuentra mal?

La diosa enarcó una ceja.

—Sí, por tu culpa. La gota de aceite que le derramaste en el hombro está quemándole la esencia, ¡igual que tu traición! Parece casi una canción.

Psique parpadeó.

—Querrás decir una metáfora.

—Lo que sea.

—¡Tengo que verlo! —insistió Psique—. ¡Tengo que ayudarlo!

—Anda, ahora quieres ayudarlo. Pues yo soy su madre y lo tengo todo bajo control, muchas gracias. Como iba diciendo, la cualidad más importante en una mujer es la belleza. Y yo he estado tan ocupada cuidando de mi hijo que me he quedado sin mi famosa crema mágica. Se me ha terminado y necesito más.

—Espera... ¿Has intentado curar a Eros con crema hidratante?

—¡Uuuf! —Afrodita puso los ojos en blanco—. En fin, el caso es que necesito más, pero se han quedado sin existencias... en todas las tiendas, una locura. Necesito otra. Y los únicos cosméticos que puedo usar sin que se me llene la cara de granos son los de Perséfone.

—¿La reina del inframundo? —A Psique le temblaron las rodillas—. Quieres... quieres que...

—Sí. —Afrodita saboreó el miedo que percibió en sus ojos—. Pásate por el inframundo y pregúntale a Perséfone si puede prestarme un poco de su crema. Guárdala aquí.

La diosa chasqueó los dedos y en las manos de Psique apareció una caja de palisandro con una filigrana dorada.

—Última oportunidad de rendirte y marcharte al exilio.

Psique hizo lo posible por disimular su sufrimiento.

—No, prefiero morir intentando recuperar el amor de Eros antes que rendirme. Te traeré tu crema.

—Que sea sin perfumes —indicó Afrodita—. Hipoalergénica. Y date prisa. Esta noche se estrena una nueva obra de teatro en el monte Olimpo y tengo que arreglarme.

Psique salió del palacio caminando fatigosamente hacia su última prueba.

De nuevo, Eros había estado escuchando desde detrás de la puerta. Y no podía creer que su madre estuviera comportándose de un modo tan horrible. Todavía se sentía muy débil para hacer gran cosa, pero ¡tenía que ayudar a Psique! Después de todo lo que la pobre había pasado para pedirle perdón, para recuperarlo... Había sido un idiota. Debería haberse enfrentado a su madre desde el primer momento y haber exigido su derecho a casarse con la princesa mortal. No podía permitir que Psique se encarara ella sola a este

último desafío.

Puesto que le faltaba la fuerza física, envió a su espíritu al mundo, esperando que por lo menos pudiera encontrar la manera de comunicarse con su amada.

Psique iba vagando sin tener ningún destino concreto en mente, pues no es que la entrada al inframundo aparezca en el GPS... Hasta que, por fin, al fondo de una oscura planicie, encontró una torre de vigilancia vieja y ruinoso y decidió subir a ella. A lo mejor desde arriba veía algo.

Y allí, al borde del parapeto, de repente se acordó de la roca a la que Céfiro había ido a buscarla. Le parecía que aquello había sucedido hacía muchísimo tiempo. (Y no le faltaba razón a la chica, porque ocurrió, no sé, hará unas cuarenta páginas o así). Pensó en lo fácil que sería en ese instante tirarse al vacío y poner fin a su sufrimiento. Y habría sido una forma de entrar en el inframundo; de hecho, probablemente habría sido la única forma de entrar allí.

Sin embargo, tenía que pensar en su hijo, que aún no había nacido. Y tampoco había llegado tan lejos como para darse por vencida. Además, su última media docena de intentos de suicidio no le habían salido demasiado bien.

—No lo hagas —dijo una voz que salía retumbando de las piedras a sus pies—. Tirarse de una torre nunca es la solución.

Psique se alejó del borde.

—¿Hola? ¿Es la torre la que me habla?

—Sí —dijo la torre, que resonaba como un diapasón de piedra gigante—. Soy la torre.

El corazón de Psique dio un brinco de alegría. Aquella voz le resultaba familiar...

—¿Eros? ¿Eres tú?

Por un momento reinó el silencio.

—No —dijo la voz, ahora en un falsete—. No conozco a ningún Eros. Escucha... —La torre carraspeó para aclararse la garganta (o lo que sea que tengan las torres en lugar de garganta. No sé, ¿escaleras?). Y prosiguió con tono más grave—: Dirígete hacia la ciudad de Esparta y busca el monte Tenaro. En la base de la montaña verás una fisura volcánica, es un conducto de ventilación del inframundo. No será fácil, pero por ahí puedes bajar hasta los dominios de Hades.

—Ah... vale.

—Antes de bajar, debes conseguir dos galletas de arroz con sabor a miel y dos monedas de un dracma. Las galletas de arroz las encontrarás en Esparta, o, si

no, creo que hay un supermercado en la autopista, cerca de la salida cuarenta y tres.

—Esto... vale. ¿Y qué hago con ellas?

—Lo sabrás cuando llegue el momento. Pero, escucha, no dejes que nada te detenga hasta dar con Perséfone. Mi madre te mandará toda clase de distracciones.

—¿Tu madre?

De nuevo un silencio. La voz recuperó el falsete:

—Sin duda, las torres no tienen madre. Me refería a tu suegra, Afrodita.

Psique acababa de convencerse de que su ex intentaba ayudarla. Y lo amó más por ello. Incluso su voz de falsete transmitía ternura. Pero decidió seguirle la corriente.

—Te escucho, Gran Torre que no se parece en nada a mi maravilloso marido.

—Estupendo —señaló la voz—. Como iba diciendo, Afrodita te mandará distracciones para poner a prueba tu determinación. Sabe que eres buena y servicial, e intentará utilizar eso en tu contra. Da igual quién te pida ayuda durante tu viaje, ¡tú no hagas caso a nadie! ¡No te detengas!

—Gracias, Torre. Si fueras mi esposo, Eros, que por supuesto no lo eres, te diría que te amo profundamente y que lo siento muchísimo. Por cierto, ¿cómo tienes el hombro?

—Pues me duele un montón —contestó la torre—. Pero creo... —Y en falsete —: Las torres no tienen hombros, tonta.

Cuando la torre guardó silencio, Psique le besó el parapeto y luego emprendió su divertidísimo viaje hasta el monte Tenaro y el inframundo.

¿Podemos hablar de esto un momento?

Muchos héroes han viajado al infierno o inframundo. Ya os hablaré luego de algunos, pero casi todos eran tipos que llevaban espadas y muchos humos. Qué demonios, incluso yo he visitado el inframundo con una espada y muchos humos.

Sin embargo, Psique hizo el viaje armada únicamente con dos galletas de arroz y un par de dracmas. Y estando embarazada de siete meses.

O sea, que un respeto.

Pues bien, cuando bajaba por las estrechas cornisas del interior de la fisura volcánica, resulta que se encontró con un tullido que tenía una pollina.

(No me miréis así. Eso es justo lo que cuentan las viejas historias: que el tipo estaba tullido y llevaba una pollina, o sea, una burra. ¿Qué os pensabais?).

En fin, que a Psique le pareció muy raro ver a un tío lisiado en una fisura volcánica, de paseo con su pollina. (No me voy a reír. Qué va. Para nada). Pero el hombre la llamó:

—¡Eh, jovencita! Pareces buena y servicial. Tengo una pollina muy floja... O sea, mi burra, vaya, que ha tirado la leña que acarrea. ¿Me ayudas a recogerla y a volver a cargarla?

Supongo que Afrodita estaba poniendo a prueba a Psique, para ver si se distraía ayudando al tipo aquel. O eso, o quería provocarle un ataque de risa tan bestia que acabara cayéndose al abismo.

Pero Psique no respondió. Recordó la advertencia de Eros y siguió su camino.

El arriero desapareció como un espejismo, lo cual fue un alivio para la muchacha, y para los padres que están leyendo este libro, porque las cosas empezaban a ponerse un poco indecentes.

En fin, sigamos...

El caso es que Psique llegó al fondo de la grieta y echó a andar con dificultad por los oscuros yermos de los infiernos hasta alcanzar la orilla del río Estigia: una sombría extensión negra de agua envuelta en una niebla helada.

En la orilla, el barquero Caronte, un espíritu del infierno, iba cargando las almas de los muertos en su ferry. Y echó un vistazo a Psique.

—Una viva, ¿eh? Lo siento, guapa. Haría falta un montón de papeleo para poder llevarte a la otra orilla.

—Tengo una moneda.

Psique sacó uno de sus dracmas.

—Mmm...

A Caronte le encantaba el dinero lustroso. Los muertos solían entregarle monedas que les habían metido debajo de la lengua al enterrarlos. Pero cuando Caronte las recibía, ya estaban feas y corroídas y además pringadas con saliva de muerto.

—Bueno, vale. Pero que esto quede entre tú y yo, ¿vale?

Cuando la barca estaba en mitad del río, Psique cometió el error de mirar por la borda. Y de las profundidades del agua emergió un viejo manoteando.

—¡Socorro! —gritaba—. ¡No sé nadar!

El bondadoso corazón de Psique la impulsaba a sacarlo del agua, pero imaginó que se trataba de otra prueba.

«Tú concéntrate en el objetivo —se dijo—. Eros te necesita».

El viejo soltó unos gorgoteos y desapareció bajo la superficie. Se lo tenía bien merecido. Todo el mundo debería saber que no se puede ir a nadar al Estigia sin flotador.

Al otro lado del río se alzaban en la penumbra los negros muros del infierno. Psique desembarcó y en ese momento vio a una anciana en la playa, tejiendo un tapiz en un telar.

«Esto aquí no pinta nada —pensó Psique—. Debe de ser otra prueba».

—Ay, por favor, cariño —dijo la mujer—, ayúdame a tejer un ratito. Tengo los dedos doloridos y los ojos cansados. Seguro que dispones de unos minutos para ayudar a una anciana...

A Psique le dolió seguir andando, porque la voz de la señora le recordaba a la de su madre, pero no obstante pasó de largo.

—¡Bueno, vale! —gritó la vieja—. ¡Tú misma!

Y desapareció en una nube de humo.

Por fin, la muchacha llegó a las puertas de hierro del inframundo, por donde las almas de los muertos pasaban como los coches por una autopista. Cerrando el paso en mitad de la puerta estaba la mascota de Hades, un monstruoso rottweiler de tres cabezas llamado Cerbero.

Cerbero gruñó y enseñó los dientes, pues sabía que Psique era humana y sería una merienda sabrosa.

«Una merienda sabrosa», pensó la joven. Cuando era pequeña, en su palacio, siempre se llevaba restos de comida de la mesa para dárselos a los perros. Los animales la querían mucho por eso.

—Eh, bonito —dijo, intentando disimular el miedo—. ¿Quieres una chuche?

Las tres cabezas de Cerbero se inclinaron hacia un lado. Le encantaban las chuches.

Psique le lanzó una de las galletas de arroz con miel, y mientras las tres cabezas se peleaban por ella, se escabulló entre las puertas. Tardó un buen rato en atravesar los Campos de Asfódelos —donde tuvo que lidiar con el charloteo de las sombras de los muertos, las Furias y la patrulla fronteriza zombi—, pero al final llegó al palacio de Hades. Encontró a la diosa Perséfone en su jardín, tomando el té en una glorieta entre unos esqueléticos árboles de plata.

La diosa de la primavera estaba en «modo invierno». Su vestido era verde y gris pálido: el color de la escarcha en la hierba; y sus ojos, de un dorado acuoso, como el sol de diciembre. No pareció sorprendida de ver llegar a trompicones a su jardín a una chica mortal embarazada de siete meses.

—Siéntate, por favor —la saludó—. ¿Te apetece un té con pastas?

A Psique le apeteecía muchísimo un té con pastas, puesto que llevaba tiempo viviendo de los mendrugos de pan duro de Afrodita, pero había oído demasiadas historias sobre la comida del inframundo.

—No, gracias. Mi señora Perséfone, he venido a hacerte una petición inusual. Y espero que puedas ayudarme. Afrodita quiere saber si le puedes prestar un poco de tu crema.

Detrás de Perséfone, un parterre de flores púrpura se marchitó de golpe.

—¿Cómo dices?

Psique le contó su situación con Eros. Intentó por todos los medios no echarse a llorar, pero fue incapaz de disimular el dolor en su voz.

Perséfone observaba fascinada a aquella mujer mortal. Ella también sabía lo que era tener problemas matrimoniales. Y también había tenido unas cuantas peloterías con Afrodita. Supuso que la diosa del amor había enviado a Psique al inframundo con la esperanza de que ella, Perséfone, se enfadara y la matara.

Pues bien... Perséfone no estaba dispuesta a hacerle a Afrodita el trabajo sucio. Si la diosa del amor quería que le prestara un poco de magia, ella tenía justo lo que necesitaba.

—Abre la caja —indicó.

La diosa se echó el aliento en la mano y la luz se congregó en su palma como mercurio. A continuación la vertió en la cajita de palisandro y cerró la tapa.

—Ahí tienes. Pero lo que voy a decirte ahora es muy importante, niña: no abras la caja por nada del mundo. Lo que contiene es solo para Afrodita. ¿Entendido?

—Entendido —convino Psique—. Muchas gracias, señora.

La joven estaba eufórica. ¡Por fin! Volvió sobre sus pasos por el inframundo y utilizó la segunda galleta de arroz para distraer a Cerbero y el segundo dracma para pagarle a Caronte el paso del río. Salió de nuevo al mundo de los mortales y emprendió el largo viaje de regreso hacia el palacio de Afrodita.

Pero a medio camino, de pronto, una idea le vino a la cabeza.

«¿Qué estoy haciendo? —se dijo—. Si esto funciona, recuperaré a Eros, pero

¿me querrá él a mí? Tengo una pinta horrorosa. Estoy agotada, llevo tiempo viviendo a base de mendrugos de pan, voy vestida con harapos y hace por lo menos siete meses que no me doy un baño. Tengo una caja llena de belleza divina y se la voy a dar toda a Afrodita, que ni siquiera la necesita. Debería ponerme un poco yo también».

¿Si fue una insensatez? Tal vez. Pero a ver, hay que darle algo de cuartel. Psique llevaba meses sin parar, de una misión a otra. Estaba falta de sueño y de comida, y probablemente no pensaba con claridad. Además, cuanto más se acerca uno al final de algo, más tiende a cometer imprudencias y errores, porque lo que quiere es terminar de una vez. (¡Hombre ya!).

Y además —esto es una teoría mía—, creo que el peor defecto de Psique era su inseguridad. Tenía mucho valor y muchas otras grandes cualidades, pero no confiaba en sí misma. No creía que alguien como Eros pudiera amarla tal como era. Por eso sus hermanas habían podido manipularla. Por eso abrió la caja de belleza.

Por desgracia, Perséfone no había guardado nada de belleza en ella, sino que la había llenado de puro sueño estigio, o sea, de la esencia del inframundo. Un regalito para Afrodita por haberla involucrado en sus líos.

No sé muy bien qué efecto habría tenido aquella cosa en una diosa como Afrodita (puede que la hiciera caer en un coma, o la dejara tan aturdida que se le trabara la lengua durante unas cuantas semanas), pero cuando Psique abrió la caja, el sueño estigio le llenó los pulmones y la dejó sin sentido al instante.

Y la vida se le empezó a escapar.

Mientras tanto, en el palacio de la diosa del amor, a Eros le palpitaba el hombro como si alguien estuviera hurgando en él con un cuchillo al rojo vivo. Sabía que algo le había pasado a su esposa. A pesar del dolor, se levantó de la cama y vio que había recuperado un poco de fuerza. Su alma había comenzado a sanar después de la gran conversación en falso que mantuvo con Psique en la torre. Así que logró extender las alas, se precipitó desde la ventana y fue volando hasta la muchacha.

En cuanto la encontró, tomó su cuerpo inconsciente entre los brazos.

—No, no, no. Ay, amada mía, ¿qué has hecho?

Y entonces se la llevó directamente al monte Olimpo e irrumpió en la sala del trono de Zeus, donde se habían reunido todos los dioses para ver la nueva obra de Apolo, titulada *Veinte cosas alucinantes sobre mí*. (No la busquéis en los teatros, porque se retiró de cartel después del estreno).

—¡Señor Zeus! —gritó Eros—. ¡Exijo justicia!

La mayoría de los dioses sabían que no era buena idea irrumpir en el salón de Zeus con exigencias. Y mucho menos justicia, pues no era algo que al dios le

sobrara precisamente. Pero a pesar de todo, incluso el rey del Olimpo le tenía un poco de miedo a Eros, de manera que le hizo señas para que se acercara.

—¿Por qué nos has traído aquí a esta mortal? —preguntó—. Está bastante cañón, lo reconozco, pero también está bastante embarazada y tiene pinta de estar muriéndose.

En ese momento llegaba Afrodita para ver la obra. Entró pavoneándose, esperando que todo el mundo la felicitara por su vestido nuevo, pero se encontró con que todos los dioses estaban concentrados en Eros y Psique.

«Vaya, por todos los dioses —pensó Afrodita—. No me lo puedo creer. ¡Incluso inconsciente y hecha un asco, la niña esta me roba el protagonismo!».

—¿Qué está pasando aquí? ¡Yo me encargaré de torturar a esa chica!

—Relájate, Afrodita. —Zeus señaló a Eros con la cabeza—. Habla, dios del amor. ¿Qué ocurre?

Eros les contó a los dioses toda la historia, e incluso los habitantes del Olimpo quedaron conmovidos con la valentía de Psique. Sí, vale, había cometido unos cuantos errores. Había querido ver el aspecto que tenía Eros, había abierto una caja que era para Afrodita... Pero también había demostrado lealtad y determinación. Y lo que es más importante, había mostrado la reverencia adecuada hacia los dioses.

—¡Bobadas! —chilló Afrodita—. ¡Ni siquiera terminó su última misión! ¡La caja no contenía crema hidratante hipoalérgica!

Eros frunció el ceño.

—Psique es mi esposa, y tienes que aceptarlo, madre. La amo y no permitiré que muera.

Zeus se rascó la barba.

—Quisiera ayudar, Eros, pero es que se ha atiborrado de sueño estigio. No sé si puedo traerla de vuelta a su antiguo ser.

Hera se adelantó entonces:

—Pues conviértela en diosa. Psique se lo ha ganado. Y, además, si va a ser la esposa de Eros, es lo apropiado.

—Sí —convino Deméter—. Conviértela en diosa. Y no es que espere ningún favor de Eros, ¿eh?, aunque esto haya sido totalmente idea mía.

—¡Y mía! —exclamó Hera.

Afrodita protestó, pero saltaba a la vista que el consejo olímpico estaba en su contra, así que al final dio su aprobación de mala gana. Y el voto olímpico fue

unánime.

Cuando Psique abrió los ojos, su cuerpo estaba poseído por una nueva fuerza. Por sus venas corría sangre divina. Se encontró vestida con ropajes ligeros y relucientes. Y tenía alas de mariposa (lo cual era un poco raro, pero bueno). Abrazó a su marido, que ya se había curado del todo y estaba más contento que unas pascuas.

—Amor mío —le dijo—. ¡Esposa mía por toda la eternidad!

—¿Todavía mando yo? —preguntó ella.

Eros se echó a reír.

—Sin duda, todavía mandas tú.

Se reconciliaron y se besaron, y Psique se convirtió en la diosa del alma humana, la que nos cuida cuando necesitamos algo de fuerza y comprensión, porque ella entiende el sufrimiento de los mortales mejor que cualquier otro dios.

Dio a luz a una hija, Hedoné, que se convirtió en la diosa del placer. Tendréis que admitir que después de todo lo que había sufrido, Psique se merecía un poco de placer.

Y ya está. Colorín colorado.

¡Oye! Que os había prometido muerte y sufrimiento a mogollón y ya van dos finales felices seguidos. ¿Qué está pasando aquí?

¿Qué tal si seguimos con un semidiós desastroso? Un chaval que estampó su carro, y quemó y destruyó la mitad del mundo. Sigamos con Faetón. ¡Él os devolverá la fe!

## Faetón suspende

el examen de conducir

Este tío quedó maldito en cuanto sus padres le pusieron ese nombre.

Porque, vamos a ver, ¿Faetón? Venga, hombre. En griego antiguo significa «el Resplandor». Su padre era el dios del sol, de modo que, bueno, tenía su lógica. Pero es que si a un niño le pones el nombre de una película en la que Jack Nicholson es un psicópata que asesina con un hacha... en fin, que el chaval no tiene muchas papeletas para ser feliz.

Su madre, Clímene, era una ninfa oceánide que vivía entre los seres humanos. Tenía una casa a orillas del río Nilo, bien adentrada en Egipto. Debía de ser superguapa, porque Helios, el titán del sol, se enamoró de ella, y eso que tenía admiradoras a porrillo.

Helios se pasaba el día cruzando el cielo con su carro del sol, que era un imán para las chicas, y siempre andaba pendiente de las chavalas. En cuanto anochece, se ponía el traje discotequero y se iba de marcha. Las mujeres no podían resistirse a su titánico atractivo, su poder y su fama.

—Tu cara me suena —le decían siempre—. ¿Sales en la tele?

—Soy el conductor del sol —alardeaba Helios—. ¿Sabes? Esa gran bola de fuego en el cielo.

—¡Anda, claro! ¡De eso te conozco!

Sin embargo, cuando se enamoró de Clímene, Helios sentó la cabeza y se convirtió en hombre de una sola ninfa. (Por lo menos durante un tiempo, porque los dioses no respetan eso de «hasta que la muerte nos separe»). Tuvieron siete hijas. Yo no sé si serían septillizas o de edades diferentes o qué, pero ¡madre mía!, eso son muchas hijas. Y como no había quien se acordara de sus nombres, las llamaban a todas «las Heliades», que significa «las hijas de Helios». Llevaban camisetas de lentejuelas a juego, como un equipo de gimnasia rítmica, y todo eso.

Al final, Helios y Clímene tuvieron un hijo: Faetón. Y como era el pequeño, y además el único niño, pues toda la atención se centró en él. Ya ves, menuda sorpresa.

En fin, que para cuando Faetón tuvo uso de razón, Helios ya no andaba por allí. Se había largado en plan: «Bueno, Clímene, ha estado muy bien esto de tener hijos contigo. ¡Diviértete con ellos! Yo me vuelvo a conducir mi coche fantástico».

Así son los dioses.

Pero, bueno, a Faetón le encantaba que su madre le contara historias de Helios. Y Clímene siempre le decía que era más especial que ningún otro niño porque su padre era un ser inmortal.

—¡Mira, Faetón! —le dijo una mañana, cuando el niño tenía unos tres años—. ¡Ahí está tu padre, el dios del sol!

—¿El dios de la col?

—El dios del sol, cariño. ¡Va montado en su carro por el cielo! No, no lo mires directamente, que te quemarás las retinas.

Tal vez sus hermanas estuvieran celosas del pequeño, pero no podían evitar que les gustara, porque es que era monísimo. Y tenía mucha gracia cuando corría y saltaba por la casa gritando: «¡Soy el dios col! ¡Soy el dios col!». Le encantaba hacer cosas peligrosas, como correr con cuchillos en la mano, meter los dedos en los enchufes y conducir el triciclo por encima del límite de velocidad.

Las siete Helíades aprendieron con rapidez que había que estar encima de él. De hecho, la gente empezó a llamarlas «las siete helio-cópteros», porque siempre andaban revoloteando en torno a Faetón. El chico creció entre los mimos de siete mujeres, y así a cualquiera se le suben los humos.

Pasaron los años y Faetón se hizo forofo de las carreras de carros. Por qué sería, ¿eh? Su padre tenía el mejor carro del mundo mundial, pero, por desgracia, su madre no le dejaba conducirlo. Estaba obsesionadísima con los peligros que conllevaba practicar deporte. Cada vez que su niño salía, aunque fuera solo a ver una carrera de carros, lo obligaba a ponerse un casco de seguridad, porque nunca se sabía si alguno de los conductores iba a perder el control y estrellarse contra el público.

Total, que para cuando cumplió dieciséis años, Faetón estaba más que frustrado con la sobreprotección de su madre y sus siete hermanas helicóptero, y estaba decidido a conseguir su propio carro.

Un día, después del colegio, fue al circuito. Allí había un príncipe, un tal Épafo, que andaba fardando de su vehículo nuevo: un Mark V Céfiro con radios de bronce, suspensión hidráulica, luces parpadeantes en los arneses de los caballos y toda la pesca. Una multitud se había congregado a su alrededor, y todos los tíos iban diciendo: «¡Hala, cómo mola!», y las chicas: «¡Ay, cómo molas!».

—Uy, eso no es nada —les decía Épafo a sus admiradores—. Su majestad, o sea, mi padre, me da todo lo que quiero.

Puede que hayáis conocido a unos cuantos príncipes, o tíos que se creen príncipes. Cuando quieren son unos cretinos.

Faetón hervía por dentro de envidia y de rabia, porque sabía que el carro de Épafo costaba más de lo que mucha gente ganaba en toda su vida. Y que al cabo de unas cuantas semanas, el príncipe se hartaría de su juguete nuevo y este acabaría acumulando polvo en el garaje real.

Épafo dejaba que todas sus admiradoras cogieran las riendas por turnos, les dieran zanahorias a los caballos o activaran las cuchillas retráctiles que había en las ruedas.

—Es el mejor carro del mundo —comentó, fingiendo indiferencia—. Nadie tiene un carro mejor que este. Pero bueno...

Faetón ya no pudo aguantar más, y gritó por encima del gentío:

—¡Es un asco!

La multitud calló de golpe.

—¿Quién ha dicho eso? —preguntó el príncipe.

Todo el mundo se volvió para señalar a Faetón, como diciendo: «Me alegro de haberte conocido, tío».

Faetón dio un paso adelante, con la cabeza bien alta a pesar de que llevaba un casco con adhesivos reflectantes.

—¿A eso lo llamas tú el mejor carro del mundo? Es un montón de chatarra comparado con el de mi padre.

Épafo enarcó una ceja.

—Tú eres Faetón, ¿verdad? El de esas siete niñas tan monas... digo, hermanas. Y vives en esa, esto... humilde choza junto al río.

Los espectadores rieron por lo bajo. Faetón era guapo y bastante inteligente, pero no popular. Tenía fama de ser muy arrogante. Y además no había hecho muchos amigos en el colegio porque su madre no lo dejaba practicar deportes, o por lo menos no sin casco, protecciones, chaleco salvavidas, botiquín y botella de agua.

Faetón no apartó la vista del príncipe.

—Épafo, puede que tu padre sea el rey, pero el mío es Helios, el dios sol. Su carro derretiría el tuyo hasta dejarlo hecho carboncillo.

Hablaba con tal seguridad que la gente se apartó. Y es que Faetón tenía todo el aspecto de un semidiós: era alto y fuerte, y tenía el porte erguido de un auriga. Con su piel de color del bronce, su pelo oscuro rizado y su rostro regio, parecía posible que lo que decía fuera verdad... Y además estaba tan enfadado que sus ojos resplandecían con un fuego interior... ¿O era un efecto óptico?

Sin embargo, Épafo se echó a reír.

—¿Tú... hijo de Helios? Dime, pues, ¿dónde está tu padre?

Faetón señaló hacia el cielo.

—Ahí arriba, por supuesto. Conduciendo su carro.

—Y todas las noches vuelve a tu cabaña en el río, ¿verdad?

—Bueno, no...

—¿Lo ves muy a menudo?

—En realidad nunca lo he visto, pero...

—Entonces ¿cómo sabes que es tu padre?

—¡Me lo ha dicho mi madre!

La gente se echó a reír otra vez.

—Por todos los dioses —dijo una chica.

—Qué pardillo —sentenció otra.

Épafo pasó las manos por los embellecedores de bronce de su carro.

—Ya, tu madre... ¿La misma que te obliga a llevar ese casco tan ridículo a todas partes?

A Faetón le ardía la cara.

—Una contusión es un asunto muy grave —masculló, aunque empezaba a perder seguridad en sí mismo.

—¿Y nunca se te ha ocurrido pensar —dijo el príncipe— que tu madre te miente? Que intenta hacer que te sientas mejor porque eres un don nadie y un pringado.

—¡Eso no es verdad!

—Pues si Helios es tu padre, demuéstalo. Dile que baje.

Faetón alzó la vista hacia el sol (algo que nunca debe hacerse sin la protección adecuada, como la madre de Faetón le había dicho más de mil veces), y rezó en silencio a su padre para que le enviara una señal.

—¡Venga! —se burlaba Épafo—. Haz que el sol zigzaguee un poco. ¡Que nos haga unas acrobacias! Mi carro hace el caballito a cien kilómetros por hora, y

la bocina toca *La cucaracha*. ¡No me digas que el sol no va a poder hacer algo mejor!

La multitud se tronchaba de risa.

«Por favor, papá —suplicaba Faetón—, échame una mano».

Por un segundo le pareció que el sol brillaba un poco más... pero no. Nada.

Faetón se marchó muerto de vergüenza.

—¡Eso, Rayito de Sol! —le chilló el príncipe—. ¡Vete corriendo a tu casa con tu mamá y tus hermanitas! ¡Seguro que ya te tienen preparado el biberón!

Cuando Faetón llegó a su casa, se encerró en su cuarto dando un portazo, puso la música a todo volumen y se dedicó a tirar sus libros de texto contra la pared una y otra vez. (Bueno, vale, esto me lo estoy inventando, pero es que a mí, cuando estoy de mal humor, no hay nada que me alivie más que convertir el *Amenas ecuaciones algebraicas* en un proyectil destructivo).

Las siete hermanas de Faetón se congregaron ante su puerta y le preguntaron qué le pasaba. Al ver que no contestaba, fueron corriendo a por su madre.

Por fin Clímene consiguió que Faetón saliera y le contara lo que había ocurrido con el príncipe Épafo.

—Ay, cariño —le dijo—, me gustaría que te pusieras protector solar para ir a la pista de carreras.

—¡Mamá, que no te enteras de nada!

—Perdona, cielo. ¿Te apetece un bocadillo de queso? Eso siempre te consuela.

—¡No quiero ningún bocadillo de queso! ¡Lo que quiero es algo que demuestre que Helios es mi padre!

Clímene se retorció las manos. Siempre había sospechado que llegaría ese día. Había hecho todo lo posible por proteger a su hijo, pero las advertencias severas y los cascos y las protecciones solo servían hasta cierto punto. Antes o después, los semidioses acaban metiéndose en líos. (Y sé de lo que hablo).

Decidió probar una última cosa para aplacarlo.

—Ven conmigo —le dijo.

Se llevó a Faetón afuera y, en mitad de la calle, alzó los brazos hacia el sol de la tarde, que se hundía detrás de las palmeras.

—¡Escuchadme, oh, dioses! —gritó—. ¡Mi hijo, Faetón, es el hijo de Helios, el señor del sol!

—Mamá —murmuró Faetón—, me estás dejando en ridículo.

—¡Si lo que digo es mentira —siguió chillando Clímene—, que Helios me fulmine con un rayo de fuego!

No pasó nada. La verdad es que habría molado que Helios reaccionara de alguna manera, pero a los dioses no les gusta que les digan lo que tienen que hacer, ni aunque sea algo divertido como fulminar a alguien con un rayo de fuego.

Clímene sonrió.

—¿Lo ves, hijo mío? Sigo viva.

—Eso no demuestra nada —masculló Faetón—. Yo quiero conocer a mi padre. ¡Necesito que él me diga la verdad!

A Clímene estaba a punto de rompersele el corazón. Sabía que había llegado el momento de permitir que su hijo escogiera su propio camino, pero es que no quería. Lo que quería era envolverlo en mantas y mantenerlo, a salvo para siempre, en una caja protegida con gomaespuma.

—Ay, Faetón... No, por favor. El viaje hasta el palacio de Helios es muy peligroso.

—¡Así que sabes el camino! ¡Dímelo!

Clímene suspiró.

—Si te empeñas... Tienes que andar hacia el horizonte en dirección este. Al final de la tercera noche llegarás al palacio del sol. Viaja solo por la noche, no durante el día.

—Porque durante el día papá conduce su carro por el cielo. Solo está en casa de noche.

—Eso —dijo Clímene—. Y, además, porque de día hace un calor horroroso, y te deshidratarías.

—¡Mamá!

—Tú ve con cuidado, cariño. ¡No hagas tonterías!

Faetón había oído advertencias similares un millón de veces, así que esa le entró por un lado del casco y le salió por el otro.

—¡Gracias, madre!

Se despidió de ella con un beso, y luego le dio un abrazo a cada una de sus hermanas, que se echaron a llorar al ver que se marchaba solo, sin vacunarse, sin pastillas para potabilizar el agua, sin ni siquiera unos ruedines de

seguridad.

Cuando supo que ya no lo veían, Faetón se deshizo del casco y fue en busca del palacio del sol, donde estaba convencido de que encontraría la fama y la gloria.

Fama, vale. Pero ¿gloria? No tanta.

Durante tres noches caminó hacia el este desde el río Nilo. A ver, casi cualquiera que hiciera el mismo trayecto acabaría dando con el mar Rojo y un montón de lujosos hoteles de playa. Pero Faetón, como era el hijo de Helios, se las apañó para encontrar al borde del horizonte el palacio mágico de su padre, donde este todos los días comenzaba su recorrido en busca de chavalas guapas... quiero decir, de su gloriosa ascensión al cielo.

Faetón llegó a eso de las tres de la madrugada. Incluso en la oscuridad que precede al alba tenía que llevar puestas las gafas de sol para soportar la resplandeciente luz del palacio. Los parapetos relucían como oro fundido. Las llamas rodeaban las celestiales columnas de bronce que se alineaban en la fachada. En las puertas de plata, diseñadas por el mismísimo Hefesto, había grabadas escenas de la vida mortal que se movían como imágenes de vídeo.

Cuando Faetón se acercó, las puertas se abrieron y dieron paso a una sala del tamaño de un estadio. Varios dioses menores, los cortesanos de Helios, charlaban en grupos antes de comenzar sus tareas diarias. Las tres Horas, que eran las diosas de las estaciones, desayunaban café con bollos. Una señora con una túnica dorada y azul brillante —Hemera, la diosa del día— estaba hablando con una hermosa joven alada que llevaba un vestido de color rosa. Faetón se imaginó que sería Eos, la diosa del alba, la de los dedos rosados, porque tenía las manos más rojas que había visto en su vida. O eso, o había estado pintando con sangre, en cuyo caso Faetón no quería saber nada.

En otra esquina había un grupo de tíos vestidos con monos azules, todos iguales, aunque con distintas horas pintadas en la espalda —«12.00 H», «1.00 H», «16.00 H»— y la palabra «MANTENIMIENTO». Debían de ser los dioses de las horas.

Sí, cada hora del día tenía un dios menor. ¿Os imagináis ser el de las cuatro de la tarde? Los niños de todos los colegios os odiarían. Pensarían: «Ay, por favor, ¿no pueden ser ya las cinco? ¡Quiero irme a casa!».

En el centro de la sala estaba el titán Helios sentado en un trono hecho todo él de esmeraldas. (No, no le gustaba fardar, no. Seguramente también tenía un váter de diamantes. Y se quedaba ciego cada vez que tiraba de la cadena).

La túnica púrpura le destacaba el bronceado. Una corona de hojas de laurel de oro le adornaba el pelo oscuro. Tenía una sonrisa cálida (bueno, claro, era el sol, todo en él emanaba calidez), lo cual compensaba un poco lo siniestros que eran sus ojos. Las pupilas resplandecían como las luces piloto de los hornos industriales.

—¡Faetón! —exclamó—. ¡Bienvenido, hijo mío!

«Hijo mío». Esas palabras dieron a Faetón el subidón de su vida. Sintió el calor del orgullo, o igual es que le estaba subiendo la fiebre, pues en el salón del trono la calefacción estaba puesta como a cincuenta grados.

—Entonces ¿es cierto? —preguntó con un hilo de voz—. ¿Soy tu hijo?

—¡Pues claro que sí! —respondió Helios—. ¡Ven aquí que te vea!

Faetón se acercó al trono. Los otros dioses se agruparon alrededor de él, susurrando comentarios como «Tiene la nariz de su padre», «Es un chico muy bien plantado», «Es un joven muy atractivo», «Lástima que no eche fuego por los ojos».

Faetón estaba mareado. De pronto ya no sabía si había sido buena idea llegar hasta allí. Pero entonces se acordó de las burlas de Épafo, de cómo aquel engreído había dudado de su linaje. Aquel maldito príncipe con su maldito carro deportivo.

La rabia que sentía le dio nuevas fuerzas. Al fin y al cabo, pensó Faetón, él era un semidiós. Tenía todo el derecho a estar allí. De manera que irguió los hombros y miró a los ojos llameantes de su padre.

—Veo que te has convertido en un joven espléndido. Te mereces el nombre de «Resplandor». Porque eres joven y fuerte y guapo, no porque tengas algo que ver con la película esa del psicópata asesino del hacha.

—Esto... gracias.

—Bueno, hijo mío, dime, ¿por qué has venido a verme?

Una gota de sudor resbaló por la mejilla de Faetón. Le habría gustado contestar: «Porque tú nunca vienes a verme a mí, so capullo», pero se imaginó que aquella respuesta no le sentaría muy bien a Helios.

—Padre, estoy orgulloso de ser tu hijo. —Eso fue lo que dijo—. Pero en casa nadie me cree. Se ríen de mí. Dicen que miento.

Helios frunció el ceño.

—¿Por qué no te creen? ¿Es que no se dieron cuenta de que me inhibí de incinerar a tu madre cuando hizo aquel juramento?

—No creo que convenciera a nadie.

—¿Acaso no saben que tu nombre significa «Resplandor»?

—Les da igual.

—¡Ay, los mortales! No se contentan con nada.

Helios se puso a cavilar. No le gustaba ni un pelo que se burlaran de su chico en la pista de carreras. Quería ayudarlo, pero no sabía muy bien cómo. Debería haberse decidido por algo fácil, como escribirle un comunicado y firmarlo o subir una foto con su hijo a Instagram. O también podría haber pegado una pancarta publicitaria a su carro del sol: «FAETÓN ES MI HIJO. ACEPTADLO».

Pero no, Helios actuó por impulso.

—Para demostrar que soy tu padre —dijo— pídemme cualquier favor, el que tú quieras, y te lo concederé.

A Faetón se le iluminaron los ojos (no literalmente, como los de su padre, pero casi).

—¿De verdad? ¿Lo dices en serio?

Helios soltó una risita. «Hay que ver, los chicos de hoy en día...». Creyó que Faetón le pediría una espada mágica, entradas para la Fórmula 1 o algo así.

—Te lo prometo por el río Estigia.

Ya estamos otra vez: la promesa que nunca debería hacerse y que a los dioses y a los héroes se les escapa siempre en el peor momento.

Sin embargo, entiendo por qué lo hizo. Al igual que muchos padres divinos (y mortales también), Helios se sentía culpable por no pasar suficiente tiempo con sus hijos y pretendía compensarlo con un regalo caro. O, en este caso, con una promesa más que estúpida.

Faetón no vaciló. Desde que era pequeño solo había deseado una cosa. Algo con lo que había soñado toda su vida.

—¡Quiero conducir mañana el carro del sol! —anunció—. ¡Por un día, yo solo!

Un ruido parecido al de unas uñas arañando una pizarra resonó en la habitación. Todos los dioses giraron de repente la cabeza, como pensando: «¿Qué dice?».

Helios se había quedado con su divina boca abierta. Y su divino culo estaba ahora incomodísimo en su trono de esmeraldas.

—¡A ver, a ver, a ver! —Intentó reírse, pero aquello sonó más bien como si se hubiera atragantado y estuviera ahogándose—. No nos volvamos locos, chaval. Elige otra cosa. En serio, eso es lo único que no puedo concederte.

—¡Me has prometido cualquier cosa! —insistió Faetón—. No has mencionado ninguna letra pequeña.

—¡La letra pequeña estaba implícita! Venga, hijo. ¿El carro del sol? ¡Es

demasiado peligroso! ¿Qué tal un bonito juego de maquetas de carros?

—Papá, tengo dieciséis años.

—¡Pues un carro de verdad! ¡Te regalo uno mucho mejor que el de cualquier otro chico! El Mark V Céfiro tiene radios de bronce y...

—¡Papá! ¿Vas a cumplir tu promesa o no?

Helios se vio atrapado, más que aquella vez que pinchó una rueda a las cuatro y se quedó plantado esperando a la grúa en mitad del cielo de la tarde.

—De acuerdo, te lo he prometido. Y no puedo retirar mi promesa. Pero sí puedo intentar que razones un poco. No es buena idea. Si hubiera un dios de las malas ideas, pintaría en su escudo «Permitir que un mortal conduzca el carro del sol», porque es la peor de las peores ideas.

Pero Faetón no desfalleció. Durante dieciséis años, cada vez que quería hacer algo, su madre y sus hermanas se hartaban de decirle que era una mala idea: demasiado peligrosa, demasiado arriesgada. Ahora nadie iba a disuadirlo.

—Déjame conducir el carro del sol —insistió—. Es lo único que he deseado durante toda mi vida. ¡Es mi sueño!

—Pero, hijo...

Helios miró a sus cortesanos, como pidiéndoles ayuda, pero de repente todos estaban muy concentrados en sus bocatas del desayuno.

—Nadie puede resistir el calor del carro, excepto yo. Ni siquiera Zeus, y es el dios más poderoso de todos. Mis cuatro caballos son casi imposibles de controlar. Y luego está el recorrido. Primero se sube en línea recta, como en la montaña rusa más delirante del mundo. Al final estás tan arriba que vas rozando los cielos. ¡Y todos los monstruos de las constelaciones de estrellas podrían atacarte! Y luego viene el descenso, que es la descarga de adrenalina más aterradora y espantosa que puedas imaginarte... No estoy disuadiéndote, ¿verdad?

—¡Suena alucinante! —exclamó Faetón—. ¿Cuándo empiezo?

—Deja que conduzca yo. Tú puedes ir a mi lado y saludar y tirar caramelos.

—No, papá.

—Déjame entonces que te entrene unos cuantos meses antes de darte las riendas. O unos cuantos siglos. ¡Salir mañana mismo es una locura!

—No.

Helios lanzó un suspiro.

—Me rompes el corazón, chaval. Pero, de acuerdo. Vamos.

El garaje del sol no era uno de esos garajes que acaban llenos de cajas, muebles rotos y adornos viejos de Navidad. El suelo, de mármol, estaba impoluto; las cuadras de los caballos, recién fregadas. El personal técnico, que eran los dioses de las horas, se afanaban con sus monos de trabajo, pulían los embellecedores del carro, pasaban la aspiradora por el interior y ponían los arneses a los fieros caballos del tamaño de elefantes.

Las ruedas del carro eran el doble de altas que Faetón. El eje y las llantas eran de oro macizo, con radios de plata y pastillas de freno de Maserati. Los lados del carruaje estaban adornados con la orfebrería de Hefesto: fluidas imágenes del monte Olimpo en varios tonos de oro, plata y bronce. El interior, de cuero negro, disponía del mejor sistema de música en estéreo, posavasos de veinticuatro quilates y un ambientador con forma de pino que colgaba del retrovisor.

Faetón estaba loco por subirse, pero cuando agarró la barandilla, el metal quemaba como los fuegos de una cocina.

—Espera.

Su padre sacó un bote de lo que parecía protección solar.

—Deja que te ponga crema para que no estalles en llamas.

Faetón se agitó impaciente mientras Helios le untaba loción mágica en la cara y los brazos. Ya había tenido que pasar por aquello cuando era pequeño. Mientras todos los demás niños jugaban en la orilla del Nilo, su madre lo pringaba de crema y le soltaba ridículos sermones sobre los peligros de la insolación o los cocodrilos o lo que fuera. ¡Menudo rollo!

—Ya está —dijo Helios—. Con esto impediremos una muerte instantánea. Cuando las ruedas empiecen a girar, la temperatura del carro aumentará hasta unos ciento cincuenta grados, y eso en el interior, con el aire acondicionado a toda pastilla.

—No puede hacer tanto calor —protestó Faetón, a pesar de que tenía las palmas de las manos llenas de ampollas.

—Escucha, chico, no nos queda mucho tiempo antes de que amanezca. Voy a darte unos cuantos consejos para salvarte la vida.

—¡Tomaaa...!

Faetón se había subido al carro y corrió al salpicadero.

—¿Esto tiene Bluetooth?

—¡Faetón, por favor!

Helios subió de un brinco a su lado, justo a tiempo de impedir que el chaval pusiera en marcha los cohetes aceleradores.

—¡No toques los botones! Y nunca, en ningún caso, azotes a los caballos para que vayan más deprisa.

—¿Hay un látigo? ¡Mola!

Faetón sacó de su funda el látigo de oro. Lo hizo restallar y unas lenguas de fuego se rizaron en el aire.

—¡No lo uses! —suplicó Helios—. Los caballos ya irán muy deprisa. Por cierto, se llaman *Ardiente*, *Resplandeciente*, *Ígneo* y *Amanecer*. No los llames *Trueno*, *Relámpago*, *Cometa* y *Cupido*. No les gusta nada.

—¿Por qué?

—Son algunos de los renos de papá Noel. Si quieres reducir la velocidad, tira de las riendas. Mantén la mano firme, o sabrán que no tienes ninguna experiencia y se portarán mal.

—Anda ya —dijo Faetón—. Pero si estos caballos tienen pinta de buenazos...

Los sementales sacudieron sus ardientes crines, exhalaban nubes de ceniza volcánica y patearon con los cascos, chamuscando el suelo de mármol.

—Mmm... sí, claro —contestó Helios—. Lo más importante es que vayas siempre por el punto medio del cielo. Una vez que estés allí arriba, verás mis huellas: son como las marcas de derrape, pero de vapor. Síguelas. Los caballos conocen el camino. No subas demasiado porque incendiarías los cielos. Ni vayas tampoco demasiado bajo, porque destruirías la Tierra.

—Vale.

—No vayas demasiado al norte ni demasiado al sur. Siempre por el centro del cielo. Si sigues mis instrucciones y no haces ninguna tontería, hay un porcentaje de posibilidades muy pequeño de que sobrevivas.

Para Faetón todo aquello era el blablablá de siempre. Su madre y sus hermanas llevaban sermoneándolo desde el principio de los tiempos. Él solo podía pensar en el látigo molón, lo alucinantes que eran aquellos caballos humeantes y lo épico que iba a estar conduciendo el carro dorado por el cielo de la mañana.

En ese momento sonó la alarma del móvil de Helios: *Here Comes the Sun*, y bajó del carro.

Eos, la diosa del alba, entró corriendo, apretó un botón de la pared y la puerta del garaje empezó a subir. Se encendió un foco que iluminó el cielo de la mañana. Eos puso sus rosadas manos sobre la luz y se dedicó a hacer sombras chinescas. Faetón nunca se había imaginado que el amanecer de cada día

fuera una movida tan rara.

—Última oportunidad —imploró Helios—. Por favor, no lo hagas.

—¡Que no va a pasar nada, papá! ¡Ya lo verás! Te traeré el carro de vuelta sin un solo araño.

—No pongas la música muy alta. Y no sueltes las riendas. Y si tienes que aparcar en paralelo...

—¡Nos vemos, papá! ¡Gracias!

Faetón sacudió las riendas.

—¡Arreee!

Los caballos salieron disparados, tirando del carro y de Faetón hacia el cielo mientras Helios le gritaba:

—¡Los papeles del seguro están en la guantera!

El viaje fue todavía más alucinante de lo que Faetón se había imaginado.

Aullaba y gritaba exultante y daba saltos de alegría mientras el carro salía disparado hacia arriba como a mil millones de kilómetros por hora.

—¡Cómo mola! —chillaba—. ¿Quién es el sol? ¡El sol soy yo!

Los caballos empezaron a volverse locos. A *Ardiente*, *Resplandeciente*, *Ígneo* y *Amanecer* no les hacía mucha gracia la ligereza con que Faetón sujetaba las riendas. Y tampoco los entusiasaban aquellos saltitos de alegría. Total, que corrían al doble de su velocidad normal, pero como estaban subiendo en línea recta, y como Faetón nunca había conducido el carro, no se dio cuenta de nada.

Sin embargo, la gente de la Tierra sí que debió de notarlo, porque se despertaron como a eso de las seis de la mañana y veinte minutos después ya era la hora de comer.

El carro llegó a lo más alto del cielo, y el entusiasmo de Faetón empezó a calmarse. Miró los relucientes botones del salpicadero, que en principio no tenía que tocar. Con una mano en las riendas, se puso a rebuscar entre los CD de su padre, tratando de encontrar algo de música que no fuera un rollo, pero la selección era desastrosa: *Good Day*, *Sunshine*, *Walking on Sunshine*, *You Are the Sunshine of My Life*. Helios solo tenía canciones antiguas relacionadas con el sol.

Faetón intentó entonces concentrarse en las humeantes huellas de ruedas que había en el cielo, para seguir las tal como le había indicado su padre. Pero al cabo de unos cinco minutos ya estaba aburrido. Además, incluso con el aire acondicionado a toda pastilla y su crema de protección solar mágica, dentro

del carro hacía un calor de mil demonios. Así que el chico no tardó en empezar a sudar, mostrarse inquieto y de mal humor.

—Me aburro —dijo—. Esto es un rollo.

Y tal vez no os lo creáis, pero yo lo entiendo. La mayoría de los semidioses sufrimos de TDAH, es decir, Trastorno de Déficit de Atención con Hiperactividad. Por muy alucinante o aterradora que sea una experiencia, al cabo de un ratito ya estamos hartos. Sin embargo... si vas disparado por la estratosfera en un carro mortal de necesidad a una temperatura de un millón de grados diciendo «Me aburro», puede que estés tentado a la suerte un poquitín.

Faetón miró hacia la Tierra, que quedaba muy abajo. Las vistas eran impresionantes y espantosas al mismo tiempo. Nunca había estado tan arriba. Vamos, ni él ni ningún mortal, ya que esto sucedió antes de que se inventaran los aviones y esas cosas. Estaba bastante seguro de que podía distinguir la línea azul del río. Su ciudad quedaba por la mitad, justo ahí...

—¡Eh, Épafo! —chilló—. ¿Qué te parece este carro?

Por supuesto, Épafo no podía oírlo. Allí abajo nadie sabía que Faetón estaba conduciendo el sol. Al cabo de unos días, después de la experiencia más emocionante de su vida, Faetón regresaría y presumiría de ello y nadie le creería. Volvería a estar justo donde había empezado: se burlarían de él, lo dejarían de lado y lo obligarían a llevar un casco y un chaleco salvavidas durante el resto de su aburrida y sobreprotegida existencia.

—A menos... —Sonrió—. A menos que haga algo inusual que demuestre que soy yo el que conduce el carro.

Los caballos ya habían llegado al zénit de su recorrido. Más arriba, el cielo era negro. Es cierto que el aire escaseaba, pero, a mi parecer, la falta de oxígeno no justifica lo que hizo Faetón.

Su defecto fatal fue la imprudencia. Eso es evidente.

Sí, podéis acusar a su madre y a sus hermanas de sobreprotectoras. A lo mejor su obsesiva preocupación hizo de Faetón un imprudente. O igual es que lo conocían tan bien que sabían lo que pasaría si dejaban de vigilarlo.

En fin, sea como sea, a Faetón se le ocurrió la genial idea de volar muy bajo sobre su ciudad para poder gritar a la gente y dejar bien claro que era él quien conducía.

—¡Abajo! —ordenó a los caballos.

Los animales ya corrían demasiado deprisa. Estaban desconcertados y molestos porque su conductor no agarraba las riendas con la firmeza habitual. Pero conocían su trayecto diario y se mantuvieron tercamente en él.

Faetón agarró el látigo y lo hizo restallar, azotando con lenguas de fuego los lomos de los animales.

—¡Abajo!

Entonces los sementales resoplaron y relincharon, como diciendo: «Tú lo has querido, chaval».

Y se lanzaron en picado hacia abajo. Menos mal que Faetón sujetaba bien las riendas con la mano izquierda, porque si no habría salido disparado del carro junto con el látigo, las alfombrillas y toda la colección de CD de su padre.

El chico se convirtió en el primer humano que experimentaba la gravedad cero, y pegó un buen alarido, pero en parte también estaba encantado. Ahora veía con claridad su ciudad: las casas, el palacio, el circuito de carreras, todo cada vez más nítido a medida que se precipitaba a gran velocidad hacia la Tierra.

—¡Van a enterarse de quién soy! —gritó.

Y sí que se enteraron, sí. Recibieron la primera pista cuando las palmeras se incendiaron. Luego el río Nilo empezó a hervir. El fuego prendió en los techos de paja de las casas. Y Faetón contempló horrorizado que toda la parte norte de África, que siempre había sido verde y exuberante, iba marchitándose y empezaba a arder, convirtiéndose en un vasto desierto.

—No —murmuró—. ¡No, no, no! ¡Arriba, *Cupido* o *Cometa* o como os llaméis!

A los caballos no les hizo ninguna gracia que los llamara así. Se encabritaron y sacudieron el carro de un lado a otro, queriendo deshacerse del estúpido adolescente que los gobernaba.

Más por suerte que por otra cosa, viraron hacia arriba y hacia el norte, y sobrevolaron el cielo de Europa. A medida que ascendían, las partes septentrionales del continente se iban congelando. La nieve se acumuló en las cumbres de las montañas y los glaciares se expandieron por el paisaje, tragándose ciudades enteras. En el interior del carro empezó a hacer un fresco algo incómodo, lo cual no era buena señal, teniendo en cuenta que debía de estar a ciento cincuenta grados. Comenzó a formarse escarcha en los arneses de los caballos, y su aliento ardiente se convirtió en vaho.

Aparecieron estrellas en el cielo del mediodía, unas constelaciones monstruosas con forma de toro furioso, serpiente enroscada o escorpión listo para atacar.

No sé muy bien qué veía Faetón allí arriba en el espacio, pero se volvió loco de espanto. Se dio cuenta, demasiado tarde, de que nunca debería haberse puesto al volante del carro. Y deseó no haber nacido.

«Por favor —rezó—, déjame regresar con mi familia. Nunca más volveré a portarme mal».

Abajo, en la Tierra, los mortales también rezaban. La mañana más corta de la historia se había convertido en la tarde más larga y aterradora. Las regiones del sur de la Tierra estaban quemadas y yermas. Las del norte, congeladas y cubiertas de hielo. La gente se moría, las cosechas ardían. Todo el mundo se había quedado sin planes para las vacaciones. Los meteorólogos se acurrucaban en posición fetal en el suelo de los estudios de televisión, entre sollozos y risas histéricas.

Según algunas versiones de la historia, el viajecito de Faetón también quemó a la población de África y les volvió la piel más oscura. Yo eso ya no lo sé. Supongo que los griegos pretendían explicar por qué existen distintos tonos de piel, pero yo creo que es igualmente probable que los seres humanos fueran oscuros de origen y que algún dios de la colada lavara sin querer a los europeos con lejía y quedaran todos blanqueados.

En fin, el caso es que Faetón perdió por completo el control. El sol no paraba de hacer acrobacias aéreas por el cielo, y los mortales gritaban oraciones al rey de los dioses:

—¡Eh, Zeus! ¡Que aquí nos estamos muriendo! ¿Nos echas una manita?

Zeus estaba sentado en su trono, absorto en el último número del *Semanario de los Dioses*, pero cuando oyó que tantos mortales pronunciaban su nombre, echó un vistazo por la ventana.

—¡Por yo bendito!

Vio ciudades en llamas, gente muriéndose, mares hirviendo, sus templos reducidos a cenizas.

—¡Mis templos! ¡Nooo! Pero ¿quién está al volante del sol?

Utilizó su supervisión divina para hacer zoom sobre el carro y advirtió de inmediato que el tipo flacucho que llevaba las riendas no era Helios.

—¡Cómo odio a los conductores novatos! ¡Eh, Ganímedes! ¡Ven aquí!

El copero del dios asomó la cabeza por la esquina.

—¿Sí, jefe?

—Tráeme uno de mis rayos. Están ahí, en la mesita auxiliar del pasillo, al lado de las llaves.

—¿De qué tamaño?

—Uno del número diez.

Ganímedes puso unos ojos como platos. Zeus casi nunca lanzaba los rayos del número diez. Los reservaba para ocasiones especiales, como las bodas o el fin

del mundo. No obstante, al cabo de un momento llegó Ganimedes arrastrando un cilindro de bronce celestial del tamaño de un cohete.

Zeus lo levantó y apuntó con cuidado. Tenía que alcanzar al conductor sin destruir el carro. No sabía muy bien qué pasaría si hacía explotar el sol, pero dudaba de que fuera nada bueno. A pesar de todo... el carro estaba fuera de control. Estaba destruyendo sus templos y algunas de sus estatuas favoritas de sí mismo. Había que tomar medidas drásticas.

¿Que qué fue lo último que pensó Faetón cuando salió disparado de un petardazo?

«¡Aaaaaaaaahhhhhh!».

Y a lo mejor también, aunque solo fuera durante una milésima de segundo: «Gracias a los dioses».

Al final, sabía que su viaje debía terminar. Estaba poniendo en peligro a su familia y a toda la especie humana. Y estaba muerto de miedo. No hay montaña rusa que pueda durar siempre, ni siquiera el subidón de adrenalina superaterrador de una ardiente hecatombe.

Para Faetón todo terminó con un destello resplandeciente. Zeus echó al chico del carro, y su cuerpo cayó a la Tierra como un cometa en llamas.

Sin su irritante auriga, los caballos tiraron de nuevo del carro del sol hasta su establo. *Ardiente*, *Resplandeciente*, *Ígneo* y *Amanecer* esperaban ser recompensados por un duro día de trabajo con zanahorias de fuego y avena fundida.

Después del Día del Sol Majara, la vida no volvió a ser lo mismo.

Los dioses se reunieron en un gabinete de crisis para revisar las normas de seguridad vial. Helios lloró a su hijo, y su corazón se llenó de amargura. En lugar de culparse por haber dejado conducir a Faetón, culpó a Zeus por matar al chico. Es curioso cómo reaccionan a veces los dioses (y la gente)...

—¡No volveré a conducir el sol! —declaró Helios—. ¡Que se encargue otro de ese maldito trabajo!

A lo mejor fue entonces cuando el mundo empezó a considerar a Apolo el dios del sol, porque Helios dimitió sin derecho a cobrar el paro ni el finiquito ni nada. O igual los dioses le suplicaron y lo amenazaron, y al final Helios mantuvo el trabajo un tiempo más. Sea como sea, Helios no volvió a dejar que ninguno de sus hijos llevara el carro ni trasteara en su colección de CD.

En cuanto al cuerpo en llamas de Faetón, su pobre madre y sus hermanas lo vieron caer más allá del horizonte septentrional.

Clímene supo que su hijo había muerto. Nadie sobrevive a un rayo de Zeus. Pero las siete Helíades creían que no podrían descansar hasta que

encontraran el cuerpo de su hermano, de modo que viajaron durante meses hasta que llegaron a los bosques del norte de Italia. Allí, cerca de la pantanosa desembocadura del río Po, encontraron el lugar del último descanso de Faetón.

El rayo de Zeus había convertido al semidiós en una fuente de energía interminable. Su cuerpo ardía y humeaba, pero nunca llegaba a desintegrarse. Había caído en un pequeño lago y se había quedado atascado en el fondo. Y allí yace, ardiendo eternamente, calentando el lago y emitiendo burbujas de gas nocivo que revientan en la superficie y envenenan toda la zona. Incluso las aves que vuelan sobre el lago caen muertas.

Las siete Helíades se quedaron llorando en la orilla. No había manera de recuperar el cuerpo de Faetón, pero se negaban a marcharse. No querían comer ni beber. Al final, Zeus se apiadó de ellas y, a pesar de que Faetón se había comportado como un idiota, el rey de los dioses supo apreciar la lealtad de sus hermanas.

—Os quedaréis con él para siempre —decidió—. Seréis un recordatorio de lo que sucedió el Día del Sol Majara.

Las hermanas cambiaron de forma. Sus ropas se endurecieron hasta convertirse en la corteza de un árbol, los dedos de sus pies se alargaron transformándose en raíces, les creció el pelo hacia arriba volviéndose ramas y hojas. Y sus lágrimas se tornaron sabia dorada, que se endureció en ámbar.

Por eso los griegos llaman al ámbar «la piedra de la luz», porque se formó con las lágrimas de las hijas del dios del sol.

Hoy en día no se sabe exactamente dónde queda ese lago. A lo mejor se hundió en el mar o en los pantanos. Pero en aquellos tiempos, unos cien años después del incidente del Sol Majara, otro héroe llamado Jasón remontó el río Po en su barco, el *Argo*. Una noche oyó llorar a los árboles. Era un gemido fantasmagórico que volvió loca de miedo a su tripulación. Los vapores del lago seguían siendo tan venenosos como siempre. Y una luz dorada sobrenatural brillaba en el fondo, donde continuaba ardiendo el cuerpo de Faetón. Pero ya hablaremos de Jasón más tarde.

Bueno, ahora ya sabéis por qué Faetón no consiguió sacarse el carnet de conducir.

¿La moraleja de la historia? Que si destruyes la Tierra te jubilarán muy pronto.

O tal vez: «No hagas promesas estúpidas a tu hijo».

O quizá: «Si tu madre te parece sobreprotectora, es posible que te conozca mejor de lo que te piensas». (Tenía que meter esto aquí. Mi madre está asintiendo con la cabeza y mascullando: «Gracias»).

Total, que ahí está Faetón. Un bonito final infeliz con muertes a mogollón.

¿Qué, os sentís mejor?

Bien.

Porque todavía no hemos terminado. Y es que los héroes varones no tenían el monopolio de las matanzas y la destrucción. Ahora nos vamos al país de las Amazonas a conocer a una encantadora asesina llamada Otrera.

## Otrera inventa las Amazonas

(y las Amazonas Premium)

Las historias antiguas no nos cuentan gran cosa de Otrera. A los tíos esos de la Antigua Grecia no les importaba de dónde venía ni por qué era como era.

¿Y eso?

- 1) Porque era una mujer.
- 2) Porque era una mujer que daba miedo.
- 3) Porque era una mujer que daba miedo y mataba a tíos de la Antigua Grecia.

Originalmente vivía en las tierras del norte en torno al mar Negro, más o menos la misma zona que luego sería cuna de grandes humanitarios como Atila el Huno. ¿A qué pueblo pertenecía Otrera? No se sabe. Seguro que los mató a todos. Solo sabemos que en un momento dado pensó que su vida como ama de casa de la Edad del Bronce era un asco. Y decidió hacer algo al respecto.

Puede que os estéis preguntando: ¿por qué razón una señora normal y corriente se vuelve loca de pronto, mata a todos los hombres de su tribu y funda una nación de mujeres homicidas?

¿He dicho ya que la vida como ama de casa de la Edad del Bronce era un asco?

Si eras mujer en aquel entonces, lo mejor que podía pasarte era nacer en Esparta. Y si Esparta es lo mejor que puede pasarte, es que vas cuesta abajo, de culo y sin frenos. Pero, bueno, por lo menos en Esparta a las mujeres se les permitía tener propiedades y eran respetadas por ser las madres de los guerreros. Las jóvenes podían servir como asistentes en el templo de Artemisa y, para complacer a la diosa, ayudaban a azotar a los varones sacrificados para que su sangre salpicara el altar. (Para más detalles, véase *Los espartanos: Esos colgados de la vida*).

Ahora bien, si nacías mujer en Atenas, la cuna de la democracia, estabas casi tan pringada como un esclavo (y sí: tenían esclavos). No podías tener propiedades. No podías votar en la asamblea. No podías llevar un negocio. Ni siquiera podías ir al ágora —que era el mercado de la comunidad y centro comercial al aire libre—, aunque muchas mujeres iban de todas formas porque, en fin, el pollo al limón de la zona de bares estaba riquísimo.

Básicamente las mujeres no podían hacer nada que no fuera quedarse en casa, cocinar, limpiar y ponerse guapas, y si podía ser todo al mismo tiempo,

mejor. Y, a ver, yo, que soy un semidiós moderno alucinante, puedo hacer todo eso sin esfuerzo. Pero no es algo que esté al alcance de todo el mundo.

(Mi novia, Annabeth, está leyendo esto por encima de mi hombro y se ríe. ¿De qué te ríes?).

Las mujeres atenienses no podían ni siquiera escoger marido. Bueno, por lo menos la mayoría de las mujeres. Mientras eran niñas, sus padres eran sus guardianes (léase: sus padres eran sus guardianes, porque sus madres estaban allí para enseñarles a limpiar y a cocinar y a ponerse guapas). El padre tomaba todas las decisiones por las hijas.

Ah, ¿que no te gustan las decisiones que toma tu padre? Pues, vale, tus opciones son: que te den una paliza, que te maten o que te vendan como esclava. Tómate tu tiempo para escoger.

Una vez que tenías edad suficiente para casarte —y con eso quiero decir doce o trece años—, tu padre tenía la potestad de elegirte marido. El afortunado podía ser un viejo, podía ser feo, podía estar gordo. Pero ¡tú tranquila! Tu padre se aseguraría de que tu esposo tuviera la posición social adecuada para favorecer su propia reputación. Y le pagaría una dote, es decir, un precio por llevarte con él. A cambio, tu marido sería el aliado de tu padre en sus empresas políticas y sus negocios. Así pues, mientras te quedabas encerrada en casa, cocinando y poniéndote guapa para tu marido viejo, feo y gordo, podías consolarte sabiendo que era la mejor pareja para los intereses de tu padre.

En cuanto te casabas, tu esposo se convertía en tu guardián. Tomaba todas las decisiones por ti, justo lo mismo que hacía antes tu padre.

¿Y si no te gustaban las decisiones que tomaba? Pues te remito a las opciones de castigo que he mencionado con anterioridad.

¿Empiezas ya a sentir que podrías ser una mujer homicida?

Entonces a lo mejor puedes entender los motivos de Otrera. Porque todo esto que acabo de contar de Atenas y Esparta es una broma en comparación con las tierras del norte, donde nació ella. Allí la vida era todavía más dura y las condiciones de las mujeres eran diez veces peores.

Y cuando Otrera se hartó, se hartó a lo bestia.

Desde pequeña, los dioses favoritos de Otrera eran Artemisa y Ares. Artemisa era la protectora de las jóvenes doncellas, así que tenía su lógica. No necesitaba que ningún hombre asqueroso cuidara de ella, hecho que a Otrera le molaba. Si su pueblo se parecía en algo a los espartanos, seguro que cuando Otrera era joven había servido como sacerdotisa novicia de Artemisa. Me la imagino perfectamente fustigando a los hombres ofrecidos en sacrificio hasta que dejaban todo el altar manchado de sangre.

Fijo que pensaría: «¡Oye, esto de dar de latigazos a los tíos hasta que sangren

es la mar de divertido!».

Pero Otrera no quería convertirse en seguidora de Artemisa a jornada completa, porque eso significaría renunciar a los hombres para siempre. Y de eso nada. A Otrera le gustaban los tíos, cuando no andaban mangoneándola. Más tarde tuvo un mogollón de novios. E incluso dio a luz a un par de niñas. Pero ya volveremos sobre eso.

Su otro dios favorito era Ares, el de la guerra. Un dios como Ares tenía mucho sentido para Otrera. Ella vivía en un territorio muy rudo, la vida era brutal. Si querías algo, matabas para conseguirlo. Si te enfadabas, le arreabas un puñetazo en la cara a quien fuera. Así de sencillo. Directo. Sangriento. ¡Divertido!

Como la mayoría de los lugares en aquel entonces, la ciudad de Otrera estaba dominada por los hombres. Las mujeres no tenían derechos, y por descontado no se les permitía luchar. Pero en algún momento, Otrera se hartó de ser la lavandera-cocinera-friegasuelos-maciza de su marido y decidió aprender autodefensa ella sola, por si acaso... Bueno, por si acaso algún día lo necesitaba.

Por las noches se escabullía al bosque con la espada y el arco de su esposo. Aprendió a pelear luchando contra los árboles, imitando los movimientos que había visto hacer a los jóvenes soldados. Aprendió también a disparar con el arco hasta ser capaz de abatir a un animal salvaje a doscientos metros en la oscuridad. En cuanto estuvo convencida de sus habilidades, reclutó a otras mujeres de la ciudad que estaban tan hartas como ella. Estaban hasta el moño de que sus maridos, viejos, apestosos y gordos, les dijeran lo que tenían que hacer, y les dieran palizas, las mataran o las vendieran como esclavas si se quejaban.

Otrera empezó a enseñar a sus amigas a luchar, en secreto. En el bosque, por la noche, aprendían las habilidades de caza de Artemisa, pero también rezaban a Ares pidiéndole fuerza y valor en la batalla. Eso de adorar a aquellos dos dioses a la vez les producía una sensación un poco extraña: «Artemisa nos dice que todos los hombres son tontos y unos brutos. Así pues, adoremos a Ares, el más tonto y el más bruto de todos». Pero la combinación fue eficaz. Otrera y sus seguidoras pronto se volvieron feroces e intrépidas.

Durante un tiempo, en casa fingieron que todo era de lo más normal, hasta que un día pasó algo y Otrera explotó. No sé qué sería. Igual se hartó de que su marido le pidiera cervezas de la nevera. O de que le gritara porque no estaba lo bastante guapa mientras fregaba el suelo.

El caso es que se hartó. Entonces sacó tranquilamente del armario la espada de su esposo, se la escondió entre las faldas y se acercó a él, que estaba sentado en el sofá.

—Quiero el divorcio —le dijo.

Su marido eructó.

—No puedes divorciarte. Yo tomo todas las decisiones por ti. Me perteneces. Además, ¡el divorcio ni se ha inventado todavía!

—Acabo de inventarlo yo.

Otrera sacó la espada y le cortó la cabeza. El tío no volvió a pedir otra cerveza, pero sí que manchó de sangre el suelo que ella acababa de fregar, y eso a Otrera le daba mucha rabia.

Con la espada en la mano, salió de la cabaña y lanzó una especie de graznido, como el de un cuervo, que es el pájaro sagrado de Ares. Sus seguidoras oyeron la señal, cogieron sus espadas, sus puñales y cuchillos carniceros, y de repente ser hombre se convirtió en el oficio más peligroso del pueblo.

La mayoría de los varones fueron asesinados o encadenados. Unos cuantos suertudos que lograron escapar corrieron a la aldea más cercana y contaron lo que había pasado.

Ya podéis imaginaros cómo fue la conversación:

—¡Mi parienta me ha atacado con una espada!

—¿Y tú has salido huyendo?

—Pero ¡si se ha vuelto loca! ¡Las mujeres han matado a todo el mundo!

—¿Que vuestras esposas han matado a los mejores guerreros? Pero ¿qué clase de hombres sois? ¡Vamos a darles una buena lección!

Y allá que fueron los hombres de la aldea vecina al pueblo de Otrera. Pero no se tomaron la expedición muy en serio, porque al fin y al cabo iban a luchar contra mujeres. Se imaginaban que llegarían, les darían unos cuantos azotes, se tomarían unas cervecitas y se volverían para casa con las más guapas como esclavas.

Pero la cosa no fue así. Otrera había sembrado el camino de trampas con alambres y cepos. Construyó una barricada en las puertas, que protegió con sus mejores arqueras y espadachines (o espadachinas). Total, que los vecinos aparecieron y las seguidoras de Otrera se los cargaron a todos.

Otrera marchó hacia la aldea vecina, liberó a las mujeres, reclutó a las que quisieron unirse a ella y dejó a las demás en libertad. A los hombres que quedaban, los mató o los esclavizó. Unos cuantos supervivientes aterrorizados huyeron a los pueblos de los alrededores y propagaron las noticias sobre la loca de Otrera y su banda de alegres asesinas.

Los hombres del pueblo siguiente intentaron detenerlas. Las guerreras los masacraron. Y repetición de la jugada. Otrera se hizo rápidamente con el control de una docena de pueblos, asistida por un ejército novato de mujeres sanguinarias dispuestas a seguirla a la gloria. Estaban de lo más motivadas para luchar, porque si perdían, sus enemigos varones no tendrían piedad. No

tratarían a las mujeres como a prisioneras de guerra, sino que les darían una paliza, las venderían como esclavas y luego, encima, las matarían. ¡Un tres en uno!

Otrera todavía estaba aprendiendo a organizar las tropas cuando los varones de las ciudades de la zona comenzaron a tomársela en serio. Los hombres reunieron un ejército de verdad y que no se andaba con tonterías: miles de veteranos endurecidos, con auténticas armas y sin ilusiones sobre cerveza y azotes.

Las exploradoras de Otrera la advirtieron de lo que pasaba.

—Necesitamos más tiempo —dijo ella—. No hemos entrenado bien a nuestras mujeres. Además, este territorio es duro y yermo, y lo cierto es que es un asco. No vale la pena defenderlo. ¡Migremos a unas tierras más ricas en las que construir nuestro propio reino!

Aquello les sonó muchísimo mejor a sus seguidoras que una guerra sin cuartel que podían perder. Así que toda la tribu de mujeres guerreras, junto con sus esclavos y el botín que habían capturado, sus hijos, sus animales de granja y sus cachivaches favoritos, migraron al otro lado del mar Muerto, hacia la costa norte de lo que hoy es Turquía. ¡La gloria las aguardaba! Bueno, y también un montón de escabechinas y unos cuantos pajarracos que devoraban seres humanos.

Otrera fundó una nueva capital llamada Sinope, cerca del río Termodonte. Entrenó a sus ejércitos y fue reclutando más mujeres, ampliando poco a poco su territorio y descubriendo dónde estaban los mejores restaurantes.

Había establecido su reino en un buen sitio: al nordeste de los griegos, al noroeste de los persas, en lo que era tierra de nadie. Cada vez que conquistaba una nueva ciudad, se cuidaba de no dejar ningún superviviente varón. De esta forma, la noticia tardaba más en propagarse. Para cuando sus vecinos cayeron en la cuenta de que Otrera era una amenaza, ya era demasiado tarde. La nueva nación estaba firmemente arraigada. Las mujeres enarbolaron una bandera terrible: un monigote tachado con una «X» enorme, y llegaron a ser temidas y conocidas en el mundo entero como las «amazonas».

¿Que por qué se llamaban «amazonas»? Pues no se sabe muy bien.

No tiene nada que ver con el río Amazonas, allí en Brasil. (Jo, esto me tuvo confundido durante años hasta que Annabeth me lo explicó, porque yo lo que me imaginaba era un montón de mujeres guerreras correteando por la selva, con loros y monos y pirañas). Las antiguas amazonas tampoco tienen nada que ver con ninguna empresa moderna que pueda llamarse Amazon, ni esa empresa es una tapadera de sus planes para dominar el mundo. (Ejem. Sí, ya. Ejem).

Algunos griegos creen que el nombre de «amazonas» viene de la palabra *amazos*, que significa «sin un pecho». No sé de dónde sacaron la idea —¡jojo!, ¡salvajada gorda a la vista!— de que las amazonas se amputaban el seno

derecho para poder disparar mejor el arco y la lanza.

A ver, en primer lugar, no. O sea, no. Esa idea no solo es horripilante, sino que además es una chorrada. ¿Para qué iba una amazona a hacer eso? Vaya, que sí, que eran guerreras muy serias y curtidas en la batalla y todo eso, pero puede dispararse un arco o arrojarse una lanza sin... bueno, ya sabéis.

Además, si veis cualquier estatua o pintura antigua de las Amazonas, no hay evidencias de que fueran... en fin, sesgadas, por decirlo de alguna manera.

Y, en segundo lugar, yo he conocido a algunas. Y no son forofas de hacerse daño innecesariamente. De hacérselo a otra gente desde luego que sí. Pero ¿a ellas mismas? Ni en broma.

Unos cuantos escritores griegos se dieron cuenta de que era una bobada de teoría. Un tal Heródoto llamó a la tribu de Otrera las *androktones*, que significa «las asesinas de hombres». Homero las llamó las *antianeirai*, es decir, «las que luchan como hombres». Cualquiera de estos dos términos es más preciso que «las-que-se-hicieron-pupa-gorda-para-poder-disparar-mejor-el-arco».

A mí, personalmente, me gusta la teoría de que el término *amazon* proviene del término persa *ha-mazan*, que significa «guerrero». Y me gusta porque a Annabeth le gusta, y si no me gusta lo mismo que a ella, se pone en plan *ha-mazan* conmigo.

En fin, el caso es que las Amazonas habían llegado para quedarse. Fueron haciéndose más fuertes y más numerosas al criar a la siguiente generación de niñas, educándolas para que pensaran y actuaran como guerreras.

Y os preguntaréis: pero, vamos a ver, si eran una nación toda de mujeres, ¿cómo pudieron engendrar la siguiente generación? ¿De dónde salieron todas esas amazonitas asesinas tan monas?

Pues, bien, es que las Amazonas tenían esclavos varones. Ya lo había dicho, ¿no? Algunos de esos tíos se convirtieron en los primeros amos de casa, y tenían tantos derechos y privilegios como las mujeres en otros países, o sea, ninguno. Todo muy bonito.

Por otra parte, las Amazonas habían llegado a un acuerdo un poco marciano con una tribu vecina llamada «gargarios». Los gargarios vivían al otro lado de una montaña enorme que se alzaba al nordeste del reino de las Amazonas, y eran una tribu formada solo por varones, algo que yo no entiendo. Oye, de verdad, ¿una tribu de tíos nada más? Pues allí no se haría una colada en condiciones, el salón estaría siempre hecho una leonera y los restos de la nevera olerían peor que el lago de gas de Faetón.

Y cualquiera pensaría que una tribu masculina sería la peor enemiga de las Amazonas, pero se ve que no. ¿Habéis oído alguna vez eso de «Cada uno en su casa y Dios en la de todos»? No, yo tampoco. Pero según Annabeth, significa algo como «Tú no me toques las narices y nos llevaremos bien». En el caso de

los gargarios y las amazonas, una montaña enorme separaba perfectamente las dos casas. Las dos tribus jamás se incordiaban. Y una vez al año, de mutuo acuerdo, montaban una cena a la que todo el mundo llevaba algo y luego celebraban un fiestón en la cima. Las amazonas se ponían cariñosas con los gargarios y, mira tú por dónde, al cabo de unos nueve meses nacían un montón de bebés asesinos monísimos.

Las amazonas se quedaban con las niñas y las educaban para que fueran la siguiente generación de guerreras. En cuanto a los niños... bueno, ¿para qué necesitaban a los niños?

Los más fuertes se los enviaban a los gargarios, para que los criaran ellos. Y si Otrera consideraba que el niño era demasiado débil y enfermizo (a ver, que es un bebé, ¿cómo no va a ser débil?), pues lo abandonaba en el bosque, sobre una roca, y dejaba que la naturaleza siguiera su curso. ¿Que era un acto severo y cruel? Pues sí. Es que la vida era muy divertida en aquel entonces.

Otrera dirigió a sus guerreras en un montón de campañas exitosas por toda Asia Menor y Grecia. Fundó dos ciudades famosas en la costa occidental de Turquía: Esmirna y Éfeso. ¿Que por qué eligieron esos nombres? Ni idea. Yo les habría puesto «Machacalandia» y «Paliza City», pero, bueno, es mi opinión.

Se enfrentaron a los griegos tantas veces que si vais hoy en día a Atenas veréis un mogollón de imágenes de las guerras entre griegos y amazonas. En las imágenes siempre salen ganando los griegos, pero qué más habrían querido ellos... La verdad es que las amazonas les daban tanto miedo que se hacían caca encima. Las guerreras de Otrera esclavizaban a los hombres, luchaban como demonias y, desde luego, no te preparaban la cena ni te fregaban el suelo.

Al cabo de poco tiempo, las amazonas eran ya tantísimas que se dividieron en dos tribus distintas. Y empezaron a surgir ciudades franquicia por todas partes. Los escritores de la Antigua Grecia no se aclaraban cuando intentaban describir dónde vivían las amazonas: «Están allí. No, están por allá. ¡Están por todas partes!».

Otrera seguía siendo la Reina del Mambo (estoy seguro de que ese era su título oficial). Gobernaba desde su capital, en Sinope, y si llamaba a la guerra, todas las facciones amazonas obedecían. Nadie quería estar a malas con ella. Pero, por desgracia, Otrera consideraba que todos los hombres lo estaban.

Bueno, vale... eso lo retiro, porque una vez se enamoró de un tío. Pero su romance fue más feo que cualquier escabechina en tiempos de guerra.

Un día, Otrera acababa de terminar una dura jornada de matar a sus vecinos. Ella y sus guerreras caminaban por la orilla del mar Negro después de una batalla, saqueando los cadáveres, esclavizando a los supervivientes y eso, cuando un destello rojo iluminó las nubes.

—Me gusta tu trabajo —bramó una voz profunda desde el cielo—. Reúnete conmigo en la isla del horizonte. Tenemos que hablar.

Las amazonas no se asustaban con facilidad, pero aquella voz les dio muy mal rollo.

Una de las lugartenientes de la reina se volvió hacia ella.

—No se te ocurrirá ir, ¿verdad?

Otrera escrutó el mar. Y, efectivamente, en el horizonte se vislumbraba una mancha oscura de tierra.

—Pues sí —decidió—. Un destello de luz roja y una voz extraña sobre el campo de batalla... O estamos alucinando todas por culpa del guiso de anoche, o el que hablaba era el dios Ares. Más vale que vaya a ver qué quiere.

Total, que Otrera se dirigió a la isla ella sola en una barca de remos. Y en la orilla se encontró al dios Ares, con sus más de dos metros de estatura, su armadura de combate, de bronce, y una lanza llameante en la mano. Llevaba una capa del color de la sangre. Tenía las botas salpicadas de barro, sangre y tripas (porque le encantaba bailar claqué sobre los cadáveres de sus enemigos). Su rostro era rudo pero atractivo, para quien le guste el *look* neandertal-asesino. Sus ojos relumbraban de pura sed de sangre.

—Otrera, por fin nos conocemos —dijo—. Chica, qué guapa eres.

A Otrera le temblaron las rodillas. No todos los días conoce una a su dios favorito. Pero no se inclinó ni se arrodilló. Se había acabado lo de inclinarse ante los hombres, incluso ante Ares. Además, se figuró que el dios de la guerra preferiría una muestra de fuerza.

—Tú tampoco estás mal —replicó—. Me gustan tus botas.

—¡Gracias! —Ares sonrió—. Las compré en la tienda de excedentes militares de Esparta. Estaban de rebajas... Pero eso no importa. Quiero que me construyas un templo aquí, en esta isla. ¿Ves aquella roca?

—¿Qué roca?

Ares alzó la lanza. Las nubes se abrieron y un meteorito enorme cayó del espacio y se estrelló en mitad de la isla. Cuando se despejó el humo y se asentó el polvo, apareció una losa negra del tamaño de un autobús escolar clavada en vertical en el suelo.

—Ah —dijo Otrera—. Esa roca.

—Es una roca sagrada.

—Vale.

—Si le rezas, es como si me llamaras por línea directa. Construye un templo de piedra en torno a ella. Todos los años ven con tus amazonas y sacrifica

algunos de tus animales más importantes.

—Pues tendrán que ser nuestros caballos —comentó Otrera—. Los utilizamos en la batalla. Nos dan una gran ventaja.

—¡Pues que sean vuestros caballos! —convino Ares—. Si haces eso por mí, seguiré bendiciéndote en el combate. Seguirás matando a gente. Nos llevaremos de miedo. ¿Qué me dices?

—Pelea conmigo.

Ares se la quedó mirando con aquellos ojos que parecían rebosar energía nuclear.

—¿Cómo?

—Los dos respetamos la fuerza. Sellemos el pacto con una pelea.

—¡Vaya! Creo que estoy enamorándome de ti.

Otrera se arrojó contra el dios y le arreó un puñetazo en la cara. Y ambos cayeron al suelo dándose patadas y arañándose, esforzándose al máximo por machacarse el uno al otro. Fue amor a primera torta.

Cuando terminaron de pelear, decidieron casarse. Y a partir de ese día, Otrera fue conocida como la novia de Ares, con lo cual ganó mogollón de puntos. Cuando los ejércitos enemigos la veían acercarse al galope, mojaban sus calzones de guerra de bronce.

Así pues, Otrera construyó un templo en la isla, tal como Ares le había pedido. Y para protegerlo, el dios envió una bandada de aves asesinas capaces de disparar sus plumas como si fueran flechas.

Todos los años, Otrera celebraba un gran festival en la isla, sacrificaba caballos y charlaba con la roca negra. Las aves asesinas no molestaban a las Amazonas, pero si cualquier otra persona intentaba acercarse al templo, los pájaros la acribillaban con sus plumas y después la descuartizaban con sus picos afilados. En resumidas cuentas, que al templo aquel no acudían muchos turistas.

Ares y Otrera tuvieron dos hijas: Hipólita y Penthesilea. Los dos nombres pronto ocuparon los primeros puestos en la lista de «Los veinticinco nombres de niña más populares de 1438 a. C.». A partir de entonces, las reinas Amazonas, e incluso las Amazonas en general, fueron conocidas como las hijas de Ares. Y algunas eran literalmente sus descendientes. El resto hacía todo lo posible por parecerlo. «¡Oooh, mira! ¡Tiene la sonrisa de su padre y su ira asesina! ¡Qué mona, por favor!».

Ares era feliz. Las Amazonas eran felices. Pero había alguien importante que había quedado fuera del Programa de Adoración Divina y Construcción de Templos de las Amazonas: Artemisa, la otra diosa favorita de Otrera. Pero

esta, que era una líder inteligente, pensó que más le valía mostrar algo de gratitud a la diosa de la caza antes de que empezaran a llover flechas de plata.

Así que Otrera decidió construirle un templo en la ciudad de Éfeso, en la costa oeste de Turquía. Pensó que así estaría lo bastante cerca de los griegos para que fueran a visitarlo, puesto que sus islas quedaban justo al otro lado del mar Egeo.

Esta vez no hubo pájaros que dispararan dardos, porque no favorecían mucho el turismo. En lugar de eso, Otrera construyó el templo en una montaña, para que pudiera ser visto desde todas partes. Lo hizo lo más hermoso posible, con paredes de cedro aromático, suelos de mármol pulido y techos con incrustaciones de oro. En el centro del santuario se alzaba una estatua de Artemisa, ataviada con un vestido adornado con lágrimas de ámbar, que resplandecía cuando la luz entraba por las ventanas.

Y todos los años, Otrera celebraba un gran festival en el templo. Las Amazonas se pasaban todo el día de fiesta, bailando feroces danzas de guerra por las calles de Éfeso. Ofrecían joyas a Artemisa poniéndoselas a la estatua, y al final del festival la diosa parecía una modelo de hip-hop que se hubiera vuelto loca comprando en los Grandes Almacenes del Rey Midas.

El templo fue un éxito: el mayor legado de Otrera. La sobrevivió a ella. Y a los antiguos griegos. Qué demonios, casi sobrevivió al Imperio romano. Fue destruido un par de veces, pero los efesios siempre lo reconstruían. Todavía andaba en pie en tiempos de los cristianos, cuando un tío llamado Juan fue allí a convertir a los lugareños.

El sitio alcanzó tal fama que entró en la lista de «Las siete maravillas del mundo antiguo»... junto con las pirámides de Egipto y... esto... bueno, las otras. ¿El primer McDonald's? No me acuerdo.

El templo reportó muchos beneficios a Otrera, aparte del dinero de los turistas. Una vez la salvó a ella y a todo su ejército de una muerte vitícola.

Os cuento lo que sucedió: el nuevo dios del vino, Dioniso, andaba recorriendo el mundo mortal con su banda de seguidores, enseñando a todo aquel con el que se cruzaba las maravillas de la juerga, de las borracheras salvajes y de maridar un buen cabernet con la cena. Si tu reino recibía bien a Dioniso, ¡estupendo! Si intentaba oponerse a él... ¡ay, madre!

Iba camino de la India, porque invadirla en aquel momento le pareció una buena idea, cuando fue a parar a las tierras de las Amazonas.

Cuando se encontró con la primera partida de exploración de las guerreras, se puso contentísimo.

—¡Ey, hola! —saludó—. Una nación de mujeres, ¿eh? Pues, oye, me mola. ¿Qué tal si os venís esta noche a una fiesta, chicas?

Y las exploradoras amazonas contestaron:

—Claro, ¿por qué no?

Decidieron que les gustaba el vino y se unieron al grupo de fans de Dioniso, conocidas como «ménades». Estas chicas eran en su mayoría ninfas convertidas en salvajes juerguistas homicidas capaces de hacer trizas a los enemigos del dios del vino con sus propias manos. Así que imaginaos lo que pasó cuando las amazonas se convirtieron en ménades. Pues eso, algo así como *La matanza de Texas*, pero sin necesidad de ninguna sierra mecánica.

Más adelante hubo grupos de amazonas que intentaron detener a Dioniso. No estaban dispuestas a seguir a ningún hombre, y menos cuando su ejército incluía a una banda de sátiros y borrachos que apestaban a vino barato.

Total, que las amazonas atacaron, pero Dioniso utilizó sus poderes divinos para volverlas locas y convertirlas en vides, y luego las pisoteó para hacer más vino.

Otrera se enteró de esas primeras derrotas y sabía que un tipo que afirmaba ser un dios estaba aplastando su reino y robándole sus seguidoras o convirtiéndolas en fruta de temporada. Así que decidió resolver el problema con su diplomacia habitual.

—¡Matadlos a todos! —bramó.

Convocó a todo su ejército, que resultaba bastante impresionante, la verdad: miles de lanzas y escudos relumbraban al sol, hileras de arqueras a caballo — la mejor caballería del mundo— preparaban sus flechas llameantes.

Las amazonas podían destruir a la mayoría de los enemigos en cuestión de minutos. Su reputación era tan aterradora que otros reinos las contrataban como mercenarias para luchar en sus guerras. Y, por lo general, el otro bando se rendía en cuanto las veían llegar.

A lo largo de los años, Otrera se había hecho rica y poderosa, y se había confiado demasiado. De manera que se figuró que podría aniquilar sin problemas a una turbamulta borracha.

¿Cuál fue su defecto fatal? Pues yo diría que el orgullo.

Se le olvidó lo que había pasado con aquellos aldeanos que intentaron acabar con ella en los primeros tiempos: nunca hay que subestimar al enemigo.

Dioniso era un dios, y por más amigacha que fuese Otrera de Ares y Artemisa, no podían ayudarla contra un compañero del Olimpo. Así pues, las amazonas se lanzaron a la batalla y sufrieron una derrota aplastante. Las ménades las descuartizaron con sus propias manos. Los sátiros les dieron una buena tunda con garrotes y botellas de vino vacías. Cada vez que Dioniso chasqueaba los dedos, otro batallón de amazonas enloquecía, se les iba la chaveta o morían asfixiadas en una maraña de vides.

Otrera no tardó en darse cuenta de que estaba en inferioridad de condiciones. Ordenó a sus fuerzas que se retirasen justo antes de que fueran destruidas del todo, y las amazonas huyeron a toda pastilla.

Dioniso y su ejército de borrachos las persiguieron por media costa de Turquía, hasta que al final Otrera llegó a Éfeso, corrió al templo de Artemisa y se arrojó delante de la estatua de la diosa.

—¡Por favor, diosa Artemisa! —suplicó—. ¡Salva a mi pueblo! ¡No dejes que lo destruyan por culpa de mi insensatez!

Artemisa la escuchó y decidió intervenir. O a lo mejor es que Dioniso sencillamente se aburrió y se fue a matar a otra gente. El caso es que el ejército del dios del vino dio media vuelta y se largó a la India, dejando Éfeso en paz. Las amazonas estaban salvadas. Finalmente consiguieron reconstruir su ejército y se las apañaron para sacarse todas las uvas aplastadas de entre los dedos de los pies.

A partir de entonces, el templo de Artemisa adquirió la reputación de ser un refugio para mujeres. Cualquiera que llegara al altar y suplicara protección, quedaría amparada por el poder de la diosa y nadie podría hacerle daño. Las sacerdotisas del templo y toda la ciudad de Éfeso lucharían por ella si fuera necesario.

Después de eso, las cosas se calmaron. Otrera se retiró a Sinope, y desde la capital gobernó más o menos en paz. Estableció alianzas con sus vecinos y llevó la protección y la seguridad a su pueblo.

Pero había una sola cosa de la que no podía proteger a las amazonas. ¿De qué? Pues de otras amazonas. Eso es lo que pasó con sus dos hijas, tan hermosas como sedientas de sangre.

Como ya he dicho antes, el gran matrimonio karateka entre Ares y Otrera dio el fruto de dos hijas. Gracias a sus progenitores, eran las dos unas chicas muy monas y dulces a las que les gustaban la purpurina y los ponis y los volantitos rosa y eso.

¡Sí, ya...!

No se sabe exactamente cuándo decidió retirarse la reina Otrera, pero el caso es que al cabo de un tiempo se cansó de tanto batallar y de tanto esclavizar y de tantas fiestas locas y de tantas danzas, y cedió el mando de las amazonas a su hija mayor, Hipólita.

Al principio, Hipólita hizo un buen trabajo. Su padre estaba tan contento con ella que le dio una armadura mágica para que se la pusiera en ocasiones especiales, como los bautizos o los asedios. Y le dio también un cinturón mágico que le proporcionaba una fuerza alucinante.

Por desgracia, Hipólita tuvo la mala suerte de encontrarse con un tío llamado Hércules. Pero ya volveremos luego a eso. Por ahora digamos solo que se

enfrentaron en una pelea enorme y que las Amazonas sufrieron su peor derrota desde la invasión del Tío del Porrón.

En la confusión de la batalla contra los griegos, Hipólita fue asesinada accidentalmente por su propia hermana, Penthesilea. El cinturón de las guerreras se perdió (al menos durante un tiempo). Los griegos escaparon. Penthesilea se convirtió en reina y, después de llorar la muerte de su hermana, volvió a reconstruir el ejército de las Amazonas.

Aunque fue un accidente, Penthesilea nunca se perdonó la muerte de Hipólita. Y tampoco perdonó a los griegos. Por eso cuando, muchos años más tarde, estalló la guerra de Troya, se apuntó a ayudar a Príamo, el rey, para poder crujir cráneos griegos y vengar la muerte de su hermana.

Aquello no es que saliera muy bien. Penthesilea luchó con valentía y mató a un montón de grandes guerreros, pero al final cayó ante el luchador griego más famoso de todos: Aquiles. Cuando este rescató su cuerpo del campo de batalla, le lavó las heridas para poder darle un funeral como era debido. Y en el momento en que le quitó el casco y vio lo guapa que era la reina Amazona, le dio un bajón horroroso. Le parecía una lástima que una chica tan valiente y tan despanpanante tuviera que morir.

Aquiles esperó a que se declarara la siguiente tregua, cuando los troyanos y los griegos se reunían para intercambiar los cadáveres y enterrarlos. Aquellas reuniones tenían que ser una juerga. «Te cambio a Menganito por Fulanito y Zutanito. Ah, espera, creo que esta pierna es de Menganito, no estoy muy seguro».

Aquiles presentó el cuerpo de Penthesilea a los troyanos, y alabó tanto su bravura y su belleza que uno de sus camaradas griegos, un tal Tersites, acabó mosqueándose, porque resulta que Penthesilea había matado a unos cuantos amigos suyos. Total, que se volvió hacia Aquiles y le soltó:

—Oye, tío, ¿por qué la alabas tanto? Es un enemigo y encima es una mujer. ¿Es que estás enamorado de esa chica muerta?

(Aunque él la llamó algo mucho peor que «chica»).

Aquiles dejó con cuidado a Penthesilea en el suelo, se volvió hacia Tersites y le arreó tal revés en la boca que todos los dientes le salieron disparados como diminutos salmones blancos saltando de un riachuelo rojo. Tersites cayó muerto.

Aquiles se volvió hacia los troyanos.

—Por favor, enterrad a Penthesilea con honores.

Los troyanos, que no tenían ganas de morir por un traumatismo dental masivo, hicieron lo que les pidió.

Yo no sé si Otrera seguía viva cuando murieron sus hijas. La verdad es que,

por su bien, espero que no, porque incluso para una mujer tan curtida en la batalla como ella, habría sido duro enfrentarse a una cosa así.

Otrera y sus hijas se convirtieron en leyendas, como unas de las mejores guerreras de todos los tiempos.

A lo mejor os estáis preguntando por qué he incluido a Otrera en este libro, puesto que va de héroes griegos y, técnicamente, Otrera no era griega. Tal vez incluso estéis dudando de que fuera una auténtica heroína.

Vale, tenía sus fallos: cometió algún que otro asesinato, alguna escabechina aquí y allá... Y además se enamoró de Ares, lo cual es asqueroso.

Y yo debo superar también mis propios prejuicios, porque una vez tuve un encontronazo con Otrera, cuando volvió de entre los muertos e intentó matarme. (Es una historia muy larga, no queréis saberla).

Pero es que, veréis, a las mujeres no se les hace justicia en las historias antiguas. Incluso Otrera, la mujer más famosa, triunfante y poderosa del mundo antiguo, apenas es mencionada en ellas.

Y hay que reconocer que tenía agallas. Pasó de ser un ama de casa oprimida en la Edad del Bronce a reinar un imperio. Las amazonas se hicieron tan famosas que le pusimos su nombre a un río de Brasil, y a esa empresa moderna que no tiene absolutamente ninguna conexión con la antigua nación de las amazonas. (Ejem, ejem).

Para todas las mujeres a las que salvó y entrenó en el arte de la batalla, Otrera era una heroína, sin duda. Les dio esperanza, les dio el control sobre sus propias vidas. A ver, yo no me habría pasado tanto decapitando maridos, y no habría abandonado a los niños recién nacidos en el bosque para que se murieran, pero es que era una mujer muy dura que vivía en tiempos muy duros.

Así que, sí, creo que se merece un lugar en un libro sobre héroes griegos. Y si os provoca pesadillas, como les pasaba a esos escritores griegos antiguos, en fin... acordaos de que las amazonas ya no existen. Desaparecieron de la historia hace miles de años. (Guiño, codazo). No hay muchas probabilidades de que vayan a por vosotros. Un veinte por ciento de probabilidades, en el mejor de los casos. Bueno, igual un treinta...

Y ya que estamos hablando de gente muerta a la que he conocido, supongo que más me vale abordar otro tema difícil.

Tengo que respirar hondo, porque este tío me trae muy malos recuerdos.

Vale. Yo puedo. Vamos a hablar de Dédalo, el mayor inventor de todos los tiempos.

## Dédalo inventa básicamente

todo lo demás

Me cuesta escribir sobre este tío.

En primer lugar, mi experiencia con él no cuadra con lo que cuentan las historias antiguas. Claro que yo no estaba en la Antigua Grecia. Y algunas de las cosas que conozco las sé por los sueños, de los que no siempre puedes fiarte. Así que haré todo lo posible por contaros cómo era Dédalo en sus viejos tiempos, pero si os parece que se contradice con lo que habéis leído de mis aventuras, ¡es porque se contradice!

En segundo lugar, me cuesta mucho meterme en la cabeza de este tío porque, y ya sé que esto os sorprenderá muchísimo, nunca he sido un genio.

«¿Cómo? ¡Percy, si creíamos que tenías un cociente intelectual de mil millones!».

Sí, ya, siento desilusionaros, pero el caso es que no me resulta fácil entender a una especie de súper-Einstein como Dédalo. Ya me resulta bastante difícil entender a mi novia, que es todo un cerebritito.

Y, por último, en fin... es que la vida de Dédalo fue de lo más rara.

Supongo que no es de extrañar, puesto que el tío era descendiente de un pañuelo.

Mira, vamos a empezar por ahí. Veréis, su tatarabuelo, Erecteo, nació por arte de magia de un trapo con el que Atenea se había limpiado el divino fluido corporal que Hefesto le había vertido en la pierna cuando pretendía ponerse demasiado cariñoso con ella. (Para más información, véase *Los olímpicos: Historias totalmente asquerosas*. O, si no, ese libro sobre los dioses griegos que yo mismo escribí).

Puesto que no puede tenerse mejor título real que el de «Rey Pañuelo», Erecteo llegó a ser el rey de Atenas. Sus hijos eran semidioses descendientes de Atenea y Hefesto, los dos dioses más ingeniosos del Olimpo.

El propio Dédalo nunca estuvo en la línea de sucesión para ser rey, pero fue motivo de orgullo para sus olímpicos tatarabuelos, pues no tardó en labrarse una reputación por ser capaz de construir o reparar básicamente cualquier cosa.

«¿Problemas con la suspensión de tu carro? Dédalo te lo arregla».

«¿Una avería del disco duro? Llama al 1-800-555-DÉDALO».

«¿Quieres construir una mansión con una azotea giratoria, una piscina infinita y un sistema de seguridad de alta tecnología que incluye aceite hirviendo y ballestas mecánicas? Pan comido para el Tío D».

Dédalo pronto se convirtió en el hombre más famoso de Atenas. En su taller de reparaciones había una lista de espera de cinco años para los nuevos clientes. Diseñaba y construía las mejores casas, templos y centros comerciales. Esculpía estatuas tan realistas que podían bajar de sus pedestales, mezclarse entre la gente y volverse miembros productivos de la sociedad.

Dédalo inventó tantas tecnologías, que todos los otoños los medios de comunicación enloquecían cuando presentaba su última versión del Cíncel Dédalo™, la Tablet de Cera Dédalo™ y, por supuesto, la Lanza Dédalo™ con tecnología de Punta de Bronce (patente en trámite).

El tío era todo un genio. Pero ser un genio es una buena trabajera.

«Soy demasiado popular —se decía Dédalo—. Estoy tan ocupado arreglando discos duros e inventando cosas alucinantes que no puedo dedicarme tiempo de calidad. ¡Debería formar a un aprendiz que me hiciera de machaca!».

Pues, bien, resulta que su hermana tenía un hijo que se llamaba Pérdix. Con ese nombre, ya os imagináis lo que llegarían a burlarse de él en el colegio. Pero el chico era muy listo. Poseía la inteligencia de Atenea y la habilidad artesanal de Hefesto. Vaya, que de tal pañuelo tal astilla.

Total, que Dédalo contrató a su sobrino. Y al principio estaba encantado. Pérdix podía encargarse de las reparaciones más complicadas. Era capaz de memorizar el plano de un proyecto con solo verlo una vez. Incluso se le ocurrieron algunas modificaciones para la Lanza Dédalo™ 2.0, como la asta antideslizante o la punta personalizada que podía ser «afilada», «extraafilada» o bien «superafilada». Y aunque no le importaba conceder el mérito a Dédalo, la gente empezaba a murmurar: «Ese chico, Pérdix, ¡es casi tan listo como su tío!».

Unos meses más tarde, Pérdix inventó un chisme llamado «torno de alfarería». En lugar de hacer los cacharros a mano, que se tardaba un montón de tiempo y encima salían unas vasijas ridículas llenas de bultos, se podía dar forma a la arcilla en una superficie giratoria y hacer cuencos bonitos en cuestión de minutos.

Y la gente empezó a decir: «Ese chico, Pérdix, ¡es incluso más listo que Dédalo!».

Los clientes comenzaron a preguntar por Pérdix. Querían que fuera él quien diseñara la piscina infinita de sus mansiones. Querían que fuera él quien recuperase los datos de sus discos duros estropeados. La gloria y la fama empezaron a alejarse poco a poco de Dédalo.

Y un buen día, este estaba en lo alto de la Acrópolis —la enorme fortaleza que

se alzaba sobre un escarpado cerro en el centro de Atenas—, echando un vistazo a las obras de un templo nuevo que había diseñado, cuando, de pronto, Pérdix subió corriendo con una bolsa enorme de cuero colgada al hombro.

—¡Tío! —Pérdix sonrió—. ¡Tienes que ver mi nuevo invento!

Dédalo apretó los puños. En la conferencia de prensa que iba a tener lugar al cabo de una semana iba a presentar el Martillo Dédalo™, que revolucionaría el clavado de clavos. Lo que menos necesitaba era que el advenedizo de su sobrino le hiciera sombra con algún descubrimiento irritantemente molón.

—¿De qué se trata ahora, Pérdix? —preguntó—. ¡Por favor, dime que no es otra tontería como la pantalla más grande para mis tabletas de cera!

—No, tío. ¡Mira!

Y de la bolsa de cuero Pérdix sacó la mandíbula de un animal pequeño, con una hilera de afilados dientes todavía intactos.

—¡Es de una serpiente!

Dédalo frunció el ceño.

—Eso no es un invento.

—¡No, tío! Estaba trasteando con ella, pasando los dientes por un trozo de madera, y me di cuenta de que cortaban la superficie. ¡Y he hecho esto!

Pérdix sacó una hoja ancha de metal fijada a un mango de madera. Un lado de la hoja estaba serrado como una hilera de dientes.

—¡Lo he llamado «sierra»!

Dédalo se sintió como si le hubieran dado un golpe entre los ojos con un Martillo Dédalo™. Se dio cuenta al instante del potencial que tenía el invento de Pérdix. Cortar tablones con una sierra, en lugar de un hacha, sería más fácil, más rápido y más preciso. ¡Cambiaría para siempre la industria maderera! Y, en serio, ¿quién en la industria maderera no ha soñado con alcanzar fama y riquezas?

Si la sierra triunfaba, Pérdix se haría famoso, y Dédalo sería olvidado. Y Dédalo no podía permitir que aquel mocoso eclipsara su reputación.

—No está mal. —Dédalo se obligó a sonreír—. Haremos algunas pruebas cuando volvamos al taller. Pero primero quiero tu opinión sobre esta zona del cerro. Me temo que no es lo bastante estable para soportar mi nuevo templo.

—¡Claro, tío! —Pérdix trotó hacia el borde de los parapetos—. ¿Dónde?

—Como a media caída. Tú asómate un poco y lo verás. Trae, que te sujeto la

sierra.

—Vale.

—Gracias.

Pérdix se asomó.

—No veo...

Y Dédalo lo lanzó al vacío de un empujón.

Los detalles exactos del suceso... bueno, dependen de la historia que os creáis.

Algunas cuentan que Pérdix no murió, que cuando caía Atenea se apiadó de él y lo convirtió en una perdiz. Por eso *perdix* significa «perdiz» en griego antiguo. Desde luego a la diosa no le hizo mucha gracia que Dédalo asesinara a su sobrino solo porque el chaval valía mucho. Atenea era partidaria de cultivar los nuevos talentos. Y eso de despeñar a los chicos listos bajaría la media de las notas de la ciudad. De manera que a partir de entonces se encargó de maldecir la vida del inventor. Se acabaron las grandes conferencias de prensa. Se acabó el frenesí de los medios de comunicación.

Pero si Atenea concedió una nueva vida a Pérdix en forma de ave, ¿cómo se explica el enorme pegote que quedó en el punto en que el chico cayó, al pie de la colina de la Acrópolis?

Dédalo lo vio. Debería haberse marchado y haber fingido que no sabía nada. «¿Cómo? ¿Que Pérdix se ha caído? ¡Qué me dices! Ese chico siempre fue bastante torpe».

Pero lo invadió el sentimiento de culpa.

Bajó de la colina y lloró sobre el cuerpo de su pobre sobrino. Envolvió sus restos en una lona y lo llevó a rastras hasta el límite de la ciudad. Intentó cavar una tumba, pero el suelo era demasiado rocoso. Supongo que aún no había inventado la Pala Dédalo.

Unos cuantos ciudadanos lo reconocieron, y antes de que Dédalo pudiera marcharse, una multitud se había congregado en torno a él.

—¿Qué estás enterrando? —le preguntó uno.

El inventor sudaba como un corredor de maratón.

—Pues... esto... una serpiente.

El tipo miró el fardo grande, le dio un golpecito con el pie y de pronto asomó la mano derecha de Pérdix.

—Estoy bastante seguro de que las serpientes no tienen manos.

Dédalo estalló en llanto y entonces confesó lo que había hecho.

La multitud estuvo a punto de lincharlo ahí mismo. Y no es de extrañar que estuvieran tan furiosos. La mitad de ellos tenía cita con Pérdix la semana siguiente para que les arreglara los carros.

Pero se dominaron. Lo arrestaron entre unos cuantos y lo llevaron a rastras hasta los jueces de la ciudad.

El juicio abrió durante semanas todos los telediarios de la cadena Noticias de Atenas. Su hermana, la madre de Pérdix, pidió la pena de muerte. Pero el caso es que a lo largo de los años Dédalo había hecho muchos favores a los ciudadanos ricos. Había construido edificios importantes y había patentado muchos inventos muy útiles, y al final los jueces conmutaron su sentencia de muerte por el exilio permanente.

Así que Dédalo se marchó de Atenas para siempre. Y todo el mundo pensó que se habría ido a alguna cueva a morir.

Pero no. Por el asesinato que había cometido, Atenea se encargó de que Dédalo viviera una vida larga y atormentada. El castigo del inventor no había hecho más que empezar.

Dédalo se trasladó a la isla de Creta, que resulta que era la mayor rival de Atenas en aquellos tiempos. El rey Minos de Creta poseía la armada más poderosa del Mediterráneo. Y siempre andaba hostigando los barcos atenienses e interrumpiendo su comercio.

Así que ya podéis imaginaros cómo se sintieron los atenienses cuando se enteraron de que su mejor inventor y reparador de discos duros trabajaba para el rey Minos. Sería más o menos como si ahora los mejores productos de Estados Unidos de pronto se fabricaran en China.

Ay, un momento...

En fin, el caso es que Dédalo llegó al palacio de Minos para su entrevista de trabajo, y Minos le preguntó:

—¿Por qué dejaste tu puesto anterior?

—Me declararon culpable de asesinato —contestó Dédalo—. Empujé a mi sobrino y lo tiré Acrópolis abajo.

Minos se acarició la barba.

—Así que... ¿no fue por la calidad de tu trabajo?

—No. Sigo siendo tan inteligente y tan habilidoso como siempre. Solo que he matado a alguien.

—Ah, bueno, pues entonces no veo ningún problema —dijo Minos—. ¡Estás contratado!

El rey le dio un montón de dinero y lo instaló en un taller de tecnología punta en Cnosos, la capital. Y Dédalo no tardó en recuperar su reputación, que se hizo mayor y mejoró tras lanzar docenas de nuevos inventos y construir los mejores templos y mansiones del reino.

Y vivió feliz para siempre durante unos seis minutos.

El problema es que el rey Minos estaba un poco traumatizado con su padre. Era el hijo de Zeus, lo que en principio parece algo bueno, pero no lo ayudó mucho como rey de Creta.

En pocas palabras: la relación entre Zeus y la madre de Minos, que era Europa, había empezado de una manera un tanto extraña. Zeus se convirtió en un toro, convenció a Europa para que se subiera a su lomo y se marchó nadando con ella, atravesó el mar y la llevó hasta Creta. Zeus y Europa pasaron juntos el tiempo suficiente para tener tres hijos. Minos era el mayor. Pero, al final, Zeus se cansó de su novia mortal, como les pasa siempre a los dioses, y volvió al monte Olimpo.

Europa se casó con el rey de Creta, un tal Asterión. Aquello funcionó durante un tiempo. Asterión quería de verdad a Europa. Y como no tuvieron hijos, el rey adoptó a los tres pequeños de Zeus.

Cuando Asterión murió, Minos se convirtió en rey. Muchos ciudadanos refunfuñaron, porque era adoptado. En teoría su verdadero padre era Zeus, pero eso ya se lo habían oído decir a un montón de gente. Cada vez que alguna chica soltera se quedaba embarazada, soltaba lo de: «Ah, esto... sí. ¡Ha sido Zeus!». Y encima la madre de Minos ni siquiera era de Creta. Era una inmigrante ilegal que había llegado montada en un toro. ¿Por qué iba a ser rey Minos?

Este se tomó el asunto muy a pecho. Publicó su partida de nacimiento, para demostrar que había nacido en Creta y todo eso, pero a la gente le dio igual.

Se casó con una princesa de allí, Pasífae, que era hija de Helios, el dios del sol. Y tuvieron un montón de niños, entre ellos una hija muy guapa y muy lista que se llamaba Ariadna. Os pensaréis que tener como rey a un hijo de Zeus y como reina a una hija de Helios sería suficiente, pero qué vaaaaaa. No para los cretenses, que seguían diciendo: «Minos es extranjero. Su padre era un toro. ¡Seguro que Minos trabaja en secreto para el ganado!».

Total, que Minos decidió que tenía que publicitar mejor su marca. ¿Que la gente quería hablar de sus padres? ¡Pues muy bien! ¡Era hijo de Zeus y estaba orgulloso de ello! Así que adoptó el toro como su símbolo real. Hizo pintar toros en sus estandartes. Mandó a Dédalo que diseñara un mosaico con un toro gigantesco para el suelo del salón real, y grabó cabezas de toro doradas en los brazos de su trono. Plantó setos con forma de toro en el jardín. Se compró cubiertos con diseños de toros e incluso unos calzoncillos con

dibujos de toros y unas zapatillas peludas con forma de carita de toro, monísimas. Todos los que acudían al palacio los miércoles recibían en la puerta como regalo un toro de juguete que movía la cabeza.

Pero vete a saber por qué, ni las zapatillas ni los toros de juguete convencieron a sus súbditos de su derecho divino a ser rey. La gente seguía refunfuñando, no pagaba los impuestos y cosas de ese tipo.

Al final, Minos decidió que necesitaba hacer una gran demostración de su legitimidad al reino, algo que maravillara a los cretenses y zanjara el asunto de una vez por todas. Y llamó a Dédalo, puesto que el inventor era el tipo más listo del reino.

—Yo recomendaría que recurrieras a los efectos especiales —sugirió Dédalo—. Polvo explosivo, bombas de humo... Podría construir un robot parlante gigantesco para que te llevara por toda la ciudad y anunciara a todo el mundo lo alucinante que eres.

Minos frunció el ceño.

—No. Necesito una señal de los dioses.

—¡Eso puedo imitarlo! —exclamó Dédalo—. Utilizaremos espejos, y algunos colegas tal vez podrían revolotear colgados de alambres invisibles.

—¡No! —saltó Minos—. No quiero nada falso. Tiene que ser algo auténtico.

Dédalo se rascó la cabeza.

—¿Quieres decir... algo como rezar de verdad a los dioses, en público, y esperar que te envíen una señal? No sé yo, jefe. Parece arriesgado.

Pero el rey estaba decidido. Hizo construir una gran plataforma en los muelles, congregó a toda la población de la ciudad y entonces alzó los brazos ante la multitud y gritó:

—¡Algunos dudáis de mi derecho a ser vuestro rey! ¡Yo os demostraré que los dioses me apoyan! ¡Les pediré que me envíen una señal!

Alguien entre el público hizo una pedorreta.

—¡Eso no es ninguna prueba! Vas a pedirle a tu papaíto que te haga un favor.

Minos se puso colorado.

—¡No!

La verdad es que tenía pensado pedirle a Zeus que le enviara un rayo, pero acababan de chafarle el plan.

—Esto... ¡voy a rezarle a un dios del todo distinto!

Echó un vistazo hacia el puerto y se le ocurrió una idea.

—Creta posee la mayor armada del mundo, ¿no es así? Voy a pedirle a Poseidón, el señor de los mares, que me dé su bendición.

«Por favor, Poseidón —rezó Minos en silencio—, ya sé que no hemos hablado mucho, pero échame una manita. Te lo compensaré. A lo mejor podrías hacer que de pronto algún animal saliera milagrosamente del mar. Te prometo que en cuanto acabe el espectáculo, sacrificaré en tu honor el animal que envíes».

Poseidón, desde allá en el fondo del mar, oyó su oración. La verdad es que Minos le importaba un pimiento, pero le gustaban los sacrificios. También le gustaba que la gente le rezara, y jamás dejaba pasar una oportunidad de hacerse el guay delante de una gran potencia naval.

«Mmm. Minos quiere un animal. Le gustan los toros. A mí me gusta que sacrifiquen toros en mi honor. ¡Oye, ya sé! ¡Voy a enviarle un toro!», se dijo Poseidón.

De pronto, el agua del puerto se agitó llena de espuma, los barcos cabeceaban en sus amarres... Y en esto que se alzó una ola de doce metros, y montado en su cresta apareció un toro blanco gigantesco. El animal aterrizó en los muelles, todo molón y regio, con la cabeza bien alta y los cuernos blancos relucientes.

—¡Ooooooh! ¡Aaaaaah! —exclamó la multitud, porque no todos los días aparecía en el puerto un toro surfeando sobre un pedazo de ola.

Los cretenses se volvieron hacia Minos y empezaron a vitorearlo. El rey saludó inclinándose, les dio las gracias y los mandó a todos a casa con una taza conmemorativa en forma de toro.

Los hombres del rey ataron al toro con una cuerda alrededor del cuello y se lo llevaron al toril real. Esa misma tarde, Minos y Dédalo fueron a examinar al animal, que era todavía más magnífico visto de cerca: por lo menos era el doble de grande y de fuerte que cualquier otro toro del ganado real.

—¡Vaya! —exclamó Minos—. ¡Menudo toro! Creo que me lo quedaré como semental.

Dédalo se mordió la uña del pulgar.

—Esto... ¿estás seguro, majestad? Prometiste a Poseidón que lo sacrificarías... En fin, quedárselo no estaría del todo bien, ¿no?

El rey resopló.

—Tú despeñaste a tu propio sobrino desde la Acrópolis. ¿Qué sabrás acerca de lo que está bien y lo que está mal?

A Dédalo aquello le daba muy mala espina. Los efectos especiales podía

controlarlos, pero a los dioses del Olimpo... Bueno, ni siquiera él había podido inventar una buena máquina para predecir sus reacciones. Trató de convencer al rey para que sacrificara el toro blanco, pero Minos hizo oídos sordos.

—Te preocupas demasiado —le dijo el rey—. Ya sacrificaré en honor de Poseidón uno de mis otros toros. ¡A él le dará igual! ¡Seguro que ni notará la diferencia!

Pero al dios del mar no le dio igual, y sí notó la diferencia.

Cuando se dio cuenta de que Minos pensaba quedarse con el hermoso toro blanco en lugar de sacrificarlo como había prometido, Poseidón se puso más negro que la tinta de calamar.

—¡Tío, hacer ese toro me ha llevado por lo menos cinco segundos de trabajo! Ya te vale, Minos. Te crees muy importante, ¿eh? Y te gustan mucho los toros, ¿verdad? Pues te vas a enterar. ¡No querrás ver otro en toda tu vida!

Poseidón podría haber castigado a Creta directamente. Podría haber destruido Cnosos con un terremoto, o haber hundido toda la flota cretense con un buen tsunami, pero con eso solo habría conseguido que la gente de la isla se enfadara con él. No. El dios quería humillar a la familia real y hacer que todo el mundo odiara a Minos y Pasífae, pero sin que él tuviera que sufrir ninguna consecuencia. Quería que la gente de Creta siguiera rezándole y haciendo sacrificios en su templo.

—Necesito vengarme con astucia —decidió—. A ver... ¿quién es especialista en movidas astutas y en avergonzar al personal?

Total, que Poseidón se fue a ver a la diosa del amor, Afrodita, que estaba relajándose en su *spa* del monte Olimpo.

—No te lo vas a creer —le dijo el dios del mar—. ¿Conoces al rey Minos de Creta?

—¿Mmm? —Afrodita siguió leyendo su revista de moda—. Supongo.

—¡Pues me la ha jugado bien! ¡Me ha prometido que sacrificaría un toro en mi nombre y luego no lo ha hecho!

—¿Ajá? —Afrodita echó un vistazo a los anuncios de bolsos Givenchy.

—Y además —prosiguió Poseidón—, esa reina suya, Pasífae... Deberías oír lo que ha dicho de ti.

Afrodita alzó la vista.

—¿Cómo dices?

—A ver, que sí, que Pasífae es muy hermosa. Pero la gente no para de decir lo

guapa que es comparada contigo. Y la reina nunca lo desmiente. ¿Te lo puedes creer?

Afrodita cerró la revista y sus ojos resplandecieron con un peligroso tono rosa.

—¿Que la gente anda comparando a esa reina mortal conmigo? ¿Y ella lo permite?

—¡Sí! ¿Y cuándo fue la última vez que Pasífae hizo un sacrificio en tu templo o declaró que eres la mejor diosa?

Afrodita repasó mentalmente su lista de oraciones y sacrificios. Tomaba buena nota de cuáles eran los mortales que le mostraban el debido respeto. El nombre de Pasífae no estaba ni por asomo entre los veinte primeros.

—Bruja desagradecida —dijo.

Para ser sinceros, Pasífae era una bruja de verdad. Le encantaban la hechicería y las pociones. Y era incluso más codiciosa y arrogante que su marido. En fin, que no es que fuera una persona muy agradable, pero de ahí a reprocharle que no fuera muy fan de Afrodita... Vaya, es como echarme en cara a mí que no vuele a menudo. Zeus y yo intentamos respetar nuestros respectivos territorios.

Pero, bueno, el caso es que Poseidón vio una oportunidad de vengarse y la aprovechó. No puedo defender la decisión de mi padre. Incluso los mejores dioses pueden ser muy crueles si te pones a malas con ellos.

—Deberías castigarla, sin duda —sugirió—. Convierte al rey y a la reina en el hazmerreír de todos por no haber querido honrarme... O sea, por no haber querido honrarte a ti.

—¿Qué tenías pensado? —preguntó Afrodita.

A Poseidón le brillaron los ojos más que su camisa hawaiana.

—Pues a lo mejor la reina podría enamorarse. Debería tener la aventura amorosa más asquerosa y vergonzosa de todos los tiempos.

—¿Con David Hasselhoff, por ejemplo?

—¡Peor!

—¿Con Charlie Sheen?

—¡Peor! El símbolo real de Minos es un toro, ¿verdad? En sus corrales guarda un toro de un blanco puro al que adora más que a nada en el mundo. ¿Y si la reina también se enamorase de ese toro?

Era Afrodita, pero incluso ella tardó un momento en asimilar la idea.

—Dioses míos... No estarás sugiriendo... Pero ¡qué cochinada!

Poseidón sonrió.

—¿A que sí?

No fue fácil convencerla. La diosa se dirigió al aseo de las diosas menores, vomitó, se refrescó y luego volvió a salir.

—Muy bien —decidió—. Es un castigo apropiado para una reina que nunca me ha honrado.

—Ni a ti ni a mí —puntualizó Poseidón.

—Ya, bueno.

Afrodita se puso manos a la obra con su magia vudú del amor. Y al día siguiente, allí abajo, en Creta, Pasífae pasaba por delante de los toriles reales lo más deprisa posible para evitar el olor cuando por casualidad vio el adorado toro blanco del rey.

Y se paró en seco.

Era amor verdadero.

Vale, chicos. Llegados a este punto, podéis dejar el libro y correr en círculos gritando: «¡Puaaaaaajjj!». Es más o menos lo que yo hice la primera vez que oí la historia. En los mitos griegos hay un montón de asquerosidades, pero esta es para echar hasta la primera papilla.

Y el caso es que Pasífae no había hecho nada de nada para merecerlo. Sí, vale, era una persona horrible que hacía sus pinitos en la magia negra, pero ¡todos tenemos nuestros defectos! No era ella la que había dejado de sacrificar al toro. Y tampoco había insultado a Afrodita.

Es como si las Moiras dijeran: «Vale, Minos, ¿has hecho algo malo? Pues te vas a enterar. Vamos a castigar ¡a una persona cualquiera!».

Pasífae intentó no hacer caso de sus sentimientos. Sabía que eran retorcidos y asquerosos. Pero no podía librarse de ellos. Volvió a su habitación y permaneció todo el día sentada en la cama, leyendo libros sobre toros, haciendo dibujos del toro hasta que se quedó sin ceras blancas, escribiendo el nombre del toro en todos sus cuadernos: «TORO».

Se debatió durante semanas, intentando convencerse de que en realidad no estaba enamorada de un magnífico animal de granja, y a pesar de todo andaba por ahí como en trance, canturreando *Hooked on a Feeling* y *Milk Cow Blues*.

Intentó curarse con hechizos y pociones. Pero *nada*.

Y entonces, ya desesperada, quiso emplear la magia para que el toro se enamorase también de ella. Buscaba excusas para pasar por el toril con su mejor vestido y muy bien peinada. Murmuraba encantamientos. Vertía pociones de amor en el abrevadero del animal. Pero nada. Nada de nada. El toro no mostraba el más mínimo interés. Para él, Pasífae no era más que otro estúpido ser humano que no le llevaba heno fresco ni le agitaba un trapo rojo en la cara ni hacía nada interesante.

Al final, la reina fue a pedir ayuda a la única persona que consideraba incluso más inteligente que ella misma: Dédalo.

El inventor estaba en su taller, mirando unos planos del estadio del Cnosos Fútbol Club y Centro de Convenciones, cuando entró Pasífae y le explicó su problema y lo que quería que hiciera.

Dédalo miró a su alrededor, pensando que estaban filmándolo para algún programa de cámara oculta.

—O sea... A ver, que quieres que haga... ¿qué?

Pasífae dio un respingo. Ya había pasado suficiente vergüenza explicárselo una vez.

—Tengo que conseguir que el toro se fije en mí. Sé que me amará si puedo convencerlo de...

—Es un toro.

—¡Sí! —exclamó la reina—. ¡Así que necesito que se crea que soy una vaca!

Dédalo intentó mantener una expresión neutra.

—Mmm...

—¡Hablo en serio! Utiliza tus megaflipantes conocimientos de mecánica para hacerme un disfraz de vaca. Yo me meto dentro, me presento al toro, coqueteo un poco, le pregunto si estudia o trabaja y esas cosas. ¡Estoy segura de que se enamorará de mí!

—Mmm...

—¡Tiene que ser un disfraz de vaca atractiva!

—Majestad, no creo que pueda...

—¡Pues claro que puedes! ¡Si eres un genio! ¿Para qué te pagamos?

—Estoy seguro de que tu esposo no me paga en realidad para esto.

Pasífae suspiró.

—Mira, te lo voy a explicar muy clarito. Como le vayas con el cuento a Minos, pienso negarlo todo. Serás ejecutado por ir contando mentiras sobre la reina. Y si te niegas a ayudarme, le diré que me has tirado los tejos. Y también te ejecutarán. La única manera de que no te ejecuten es ayudándome.

Un hilillo de sudor bajaba por la nuca de Dédalo.

—Yo... yo solo digo que... que no está bien.

—¡Tú despeñaste a tu sobrino desde la Acrópolis! ¿Qué sabrás acerca de lo que está bien y lo que está mal?

El inventor estaba ya bastante harto de que todo el mundo le sacara el temita. Cometes un asesinato de nada, y te lo recuerdan toda la vida.

No quería ayudar a la reina. ¿Un disfraz mecánico de vaca para que pudiera ligarse a un toro? Incluso él tenía unos límites. Pero por otra parte debía pensar en su carrera y su familia, porque una vez que se hubo establecido en Creta, se había casado y ahora tenía un hijo pequeño que se llamaba Ícaro. Si lo ejecutaban, le resultaría complicado asistir a la cena de inicio de curso de la guardería del niño. De modo que el inventor vio que no le quedaba otro remedio y se puso a trabajar en el disfraz de vaca más atractivo jamás construido por el hombre.

En cuanto el trasto mecánico estuvo listo, la reina se metió dentro. Dédalo sobornó a los guardias para que no vieran nada raro en que sacara de su taller una vaca falsa con ruedas para llevarla al toril real.

Esa noche, el toro por fin se fijó en Pasífae. Este también es un buen momento para que todos dejemos el libro y corramos en círculos gritando: «¡Puaaaaj!» y nos lavemos los ojos con jabón.

¿Cómo se sintieron Poseidón y Afrodita cuando su plan funcionó?

Espero que no estuvieran en el monte Olimpo chocando los cinco en plan: «¡Lo hemos conseguido!». Prefiero pensar que contemplaron horrorizados la escena de Creta desde lo alto, diciendo: «Ay, dioses nuestros... ¿qué hemos hecho?».

Nueve meses más tarde, una muy embarazada reina Pasífae estaba a punto de dar a luz.

¡El rey Minos se moría de impaciencia! Esperaba que fuera niño. Incluso ya había elegido un nombre: Asterión, en honor de su padrastro, el anterior rey. ¡A los cretenses les iba a encantar!

Pero hubo un pequeño fallo en el plan, y es que el niño era un monstruo.

De hombros para abajo, era humano. De hombros para arriba, tenía un pelaje áspero, unos tendones en el cuello como cables de acero y la cabeza de un toro. Los cuernos empezaron a crecerle enseguida, con lo cual era imposible

llevarlo por ahí envuelto contra el pecho en un pañuelo de bebé sin acabar empitonado.

El rey no era tan listo como Dédalo, pero no tardó en deducir que el niño no podía ser suyo. La pareja real discutió. Se tiraron los platos a la cabeza. Gritaron y berrearón y ahuyentaron a los criados, todo lo cual debió de resultar bastante traumático para el pobre bebé.

Nadie estaba más horrorizado que Pasífae. La maldición amorosa de Afrodita se rompió en cuanto nació el niño. La reina estaba asqueada consigo misma, con los dioses y sobre todo con su hijo. Confesó lo que había pasado, pero no podía explicar sus actos. ¿Cómo había podido hacer algo así? De todas formas, el mal estaba hecho. Aquello no era algo que el matrimonio real pudiera superar acudiendo a terapia de pareja.

Pasífae se mudó a un apartamento separado en el palacio y quedó bajo arresto domiciliario el resto de su vida. Minos estuvo tentado de tirar al niño monstruoso al mar, pero algo lo contuvo: tal vez el viejo tabú que impedía matar a la familia, o igual es que tenía el pálpito de que el niño era un castigo dirigido a él, un retorcido y perverso mensaje de Poseidón. De ser esto así, matándolo solo conseguiría enfadar todavía más a los dioses.

Minos intentó mantener en secreto los detalles del nacimiento, pero era demasiado tarde. Las enfermeras, las comadronas y los criados habían visto al niño. Y las malas noticias vuelan, sobre todo cuando afectan a alguien que no le cae bien a nadie.

Ahora los cretenses estaban más que seguros de que el rey no estaba capacitado para gobernar. No había duda de que el niño mutante era una maldición de los dioses. Su nombre, Asterión, era un insulto a la memoria del viejo rey, de manera que nadie lo llamaba así. Todos se referían a él como «el Minotauro»: el toro de Minos.

Minos se volvió un amargado. Le echaba la culpa a todo el mundo: a los dioses, a su esposa, al toro, a la gente ingrata de Creta. Pero no podía castigarlos. Sus índices de popularidad ya eran bastante bajos en aquel momento. Pero sí había alguien a quien podía castigar, alguien que había estado involucrado en el complot y que sería una cabeza de turco perfecta. Así que hizo que llevaran a Dédalo a rastras ante él, cargado de cadenas.

—¡Tú! —bramó—. Te di una segunda oportunidad. Te di un trabajo, un taller, fondos para investigación. ¿Y así es como me lo pagas? ¡Has destruido mi reputación, inventor! A menos que puedas inventar algo que arregle todo esto, voy a matarte de manera lenta y dolorosa. ¡Y luego encontraré el modo de resucitarte para volver a matarte!

Dédalo estaba acostumbrado a que se le ocurrieran ideas brillantes. Normalmente no tenía que pensar encadenado y rodeado de guardias con espadas puntiagudas, pero estaba motivadísimo para estrujarse las neuronas.

—¡Convertiremos esto en algo positivo! —gimió.

La mirada de Minos era tan fría como el hielo seco.

—Mi esposa se enamoró de un toro. Ha dado a luz a un monstruo. Y tú quieres convertirlo en algo positivo.

—¡Sí! —insistió Dédalo—. ¡Lo utilizaremos! Mira, tu pueblo nunca te querrá. Eso es evidente.

—No vas por buen camino.

—Pero ¡podemos hacer que te tema! Tus enemigos temblarán al oír tu nombre. ¡Tus propios súbditos jamás se atreverán a contrariarte!

El rey entornó los ojos.

—Sigue.

—Los rumores sobre el Minotauro ya han empezado a extenderse.

—Se llama Asterión.

—¡No, mi señor! Vamos a celebrar su monstruosidad. Vamos a llamarlo «Minotauro». Y nunca se lo mostraremos a nadie. Dejaremos volar la imaginación de la gente. Por malo que sea, los animaremos a pensar que es todavía peor. Mientras crezca, lo tendremos encerrado en las mazmorras y lo alimentaremos con... yo qué sé, carne podrida y salsa de tabasco, algo que lo ponga furioso de verdad. De vez en cuando arrojaremos prisioneros a su celda y dejaremos que practique matándolos.

—¡Vaya! —exclamó Minos—. Y yo que pensaba que yo era cruel... Sigue hablando.

—Cada vez que el Minotauro mate a un prisionero, le daremos una chuchería. Aprenderá a ser una bestia feroz y asesina. Y una vez que se haga adulto...

El brillo en los ojos de Dédalo estaba poniendo nervioso al rey.

—¿Qué? —preguntó Minos—. ¿Qué pasará cuando se haga adulto?

—Para entonces habré terminado de construir la casa nueva del Minotauro. Será una prisión como ninguna otra: un laberinto enorme justo detrás del palacio. La parte superior estará abierta al cielo, pero las paredes serán altas, imposibles de escalar. Los pasadizos cambiarán y girarán. Y todo estará lleno de trampas. Y en el centro... allí es donde vivirá el Minotauro.

A Minos lo recorrió un escalofrío solo de imaginárselo.

—Y entonces... ¿cómo le daremos de comer?

El inventor sonrió. Estaba metiéndose ya de lleno en el papel del genio malvado.

—Pues cada vez que quieras castigar a alguien, lo metes en el laberinto. Le prometes que si encuentra la salida, le permitirás vivir. Pero ya me aseguraré yo de que nadie encuentre nunca la salida. Acabarán siempre perdidos. Morirán de hambre o de sed... o los encontrará el Minotauro y se los comerá. Sus gritos en el laberinto resonarán por toda la ciudad. El Minotauro se convertirá en la peor pesadilla de todos. Y nadie volverá a reírse de vosotros nunca más.

Minos se dio unos golpecitos en el mentón.

—Me gusta tu plan. Construye el laberinto ese. Lo llamaremos... ¡la Casa de la Risa!

—Esto... Yo pensaba en algo un poco más misterioso y aterrador —objetó Dédalo—. ¿Tal vez el Laberinto?

—Vale, como quieras. ¡Y ahora ponte a trabajar antes de que cambie de opinión y te mate!

Dédalo echó más horas en el laberinto que en ningún otro invento. Más que en el Cincel Dédalo™, la Tablet de Cera Dédalo™ o incluso el Procesador de Comida Dédalo™ que hacía montones y montones de patatas fritas finitas. Tanto trabajó que descuidó a su familia, su mujer lo abandonó y su hijo, Ícaro, se crio sin apenas conocer a su padre.

Durante quince años Dédalo estuvo trabajando en él, creando lo que parecía un parque de juegos de guerra de trincheras en el jardín del palacio. Por suerte, era un jardín grande de verdad. Si juntáramos un gran centro comercial, Disneyworld y veinte estadios de fútbol, todos cabrían en el laberinto y todavía sobraría sitio.

Unas paredes de diez metros de altura zigzagueaban por todas partes. Los pasillos se estrechaban y se ensanchaban, se entrecruzaban, se dividían y serpenteaban en trayectorias circulares. Algunos se hundían bajo tierra y se convertían en túneles. Otros no tenían salida o se abrían a unos jardines en los que todas las plantas eran venenosas. Las paredes se movían. Los suelos estaban plagados de trampillas y fosos.

Si te sentenciaban al laberinto, los guardias te metían allí a empujones, y la entrada se desvanecía como si nunca hubiera existido. El laberinto desorientaba de tal manera que en cuanto dabas tres pasos, te perdías. Y el hecho de poder ver el cielo aún lo hacía más claustrofóbico. Era casi como si estuviera vivo: una criatura que crecía y cambiaba, decidida a matarte.

Creedme. He estado dentro. Y no es uno de esos lugares que te llevan a pensar: «¡Cuando sea mayor voy a traer aquí a mis hijos todos los veranos!».

Dédalo terminó su obra justo a tiempo. El Minotauro estaba haciéndose tan fuerte que no había celda en las mazmorras que pudiera contenerlo. Había entrado en la adolescencia, y como muchos de los adolescentes (menos yo, por supuesto) tendía a mostrarse malhumorado y destructivo. Pero a

diferencia de la mayoría de los adolescentes, el Minotauro tenía unos cuernos afilados, los ojos del color de la sangre y unos puños como arietes. Desde pequeño lo habían azotado, golpeado y entrenado para matar. Por una chuchería estaba más que dispuesto a descuartizar a un ser humano con sus propias manos.

Minos se las apañó para convencer a su hijo de que entrara en su nueva casa en el centro del laberinto. No sé cómo lo conseguiría (a lo mejor dejó un rastro de gominolas o algo así). Una vez allí, el Minotauro ya estaba listo para interpretar su papel como el monstruo más aterrador del mundo mundial. Por la noche bramaba a la luna, y el ruido resonaba por las calles de Cnosos.

Minos empezó a arrojar prisioneros al laberinto. Y, efectivamente, nunca salían, bien porque se perdían y se morían de sed (si tenían suerte), o bien porque se encontraban con el monstruo; en ese caso, sus gritos de agonía proporcionaban una preciosa banda sonora viva a los que residían en la gran ciudad.

Los índices de criminalidad de Cnosos cayeron en un noventa y siete por ciento. Igual que la popularidad del rey Minos. Lo que pasa es que todos le tenían demasiado miedo, a él y a su monstruoso hijo, para decir nada. Total, que el plan de Dédalo había dado resultado. Había diseñado el laberinto más complicado y peligroso de la historia de la humanidad. Había convertido la desgracia de Minos en un instrumento de miedo y poder.

Y como recompensa, le otorgaron una vida en prisión. ¡Yupiii! Minos encerró a Dédalo en su propio laberinto, en una encantadora *suite* de celdas con un taller equipado con el más mínimo detalle para que pudiera seguir inventando cosas flipantes. Los guardias iban a verlo todos los días y utilizaban un hilo mágico para encontrar el camino de salida del laberinto. Debían asegurarse de que Dédalo no estaba tramando nada.

Para fomentar la cooperación del viejo inventor, Minos mantenía a Ícaro cautivo en el palacio. Solo le permitía visitar a su padre un martes de cada dos, pero aquellos encuentros eran lo mejor de la nueva y triste vida de Dédalo.

Le habría gustado no haber oído hablar nunca de Creta, de Minos ni de Pasífae. No quería ver otro toro en toda su vida. Cada noche tenía que oír al Minotauro mugir y dar golpes en la puerta de al lado. Las paredes del laberinto resonaban y crujían al cambiar de sitio... Vaya, que allí no había quien durmiera.

Puesto que era un genio y un inventor y todo eso, Dédalo se pasaba casi todo el día ideando planes de fuga. Atravesar el laberinto no sería un problema, puesto que era capaz de orientarse en él con facilidad. Pero la salida estaba cerrada con llave y muy vigilada por los guardias. El ejército de Minos patrullaba el perímetro las veinticuatro horas de los siete días de la semana. Y aunque Dédalo consiguiera escabullirse sin que se dieran cuenta, Minos controlaba todos los barcos del puerto. Lo detendrían antes de poder subir a bordo de alguno de ellos.

Y para colmo, su hijo era el prisionero del rey. Si Dédalo huía, ejecutarían a Ícaro.

El inventor necesitaba dar con la forma de salir de la isla con su hijo, y no podía ser ni por tierra ni por mar. Así que se puso a trabajar en la idea más desatinada de su vida.

Dédalo tuvo que acelerar sus planes cuando el laberinto sufrió su primera fuga. Un tal Teseo consiguió salir con algo de ayuda interna, pero enseguida volveremos sobre ese tema.

De momento digamos que el suceso puso a Minos de muy mal humor. Y cuando el rey se ponía de mal humor, solía desahogarse con su saco de boxeo favorito: Dédalo. El inventor llegó a la conclusión de que ya había dejado de serle útil. Y que tenía los días contados. Así que aceleró el trabajo de aquella idea suya tan increíble y desatinada al mismo tiempo.

No le había hablado a nadie de sus planes, excepto a su hijo.

Ícaro había crecido y se había convertido en un joven dulce y guapo, pero no era precisamente un inventor. No era como Pérdix, cosa que a Dédalo le parecía muy bien. Ícaro adoraba a su padre y confiaba en él a ciegas, por eso cuando Dédalo le dijo que iban a escaparse juntos del laberinto, se puso a dar saltitos de alegría.

—¡Cómo mola! —exclamó—. ¿Estás construyendo un *bulldozer*?

—¿Qué? No, eso no serviría.

—¿Y cómo vamos a tirar las paredes?

—No hará falta. No hay forma de escapar por tierra ni por mar. Minos tiene esas rutas controladas. Pero hay una vía que no puede vigilar.

Dédalo señaló hacia el cielo. E Ícaro asintió con la cabeza.

—¡Claro, muelles en los zapatos! ¡Escaparemos saltando!

—No.

—¡Palomas domesticadas! Atamos un montón de palomas a dos sillas de jardín y...

—¡No! Aunque vas acercándote. ¡Vamos a salir de aquí volando por nuestra cuenta!

Dédalo le contó el plan. Le advirtió que no lo comentara con nadie y que estuviera listo para marcharse cuando volviera a visitarlo al cabo de dos semanas.

Una vez a solas, Dédalo se puso manos a la obra. Su forja estuvo reluciendo

día y noche mientras él se dedicaba a fundir bronce y dar forma con el martillo a su nuevo artilugio. A esas alturas ya estaba haciéndose viejo. Empezaba a fallarle la vista y le temblaban las manos. Y su proyecto requería una talla intrincada y una precisión absoluta. Unos días después se arrepentía de no haber optado por lo de las sillas arrastradas por palomas.

Las dos semanas pasaron volando.

Y cuando Ícaro volvió a visitarlo, el muchacho se alarmó al ver lo débil que estaba su padre.

—Papá, los guardias estaban muy raros —lo avisó—. Me han dicho que me despida de ti, que esta será la última visita.

—¡Lo sabía! —masculló Dédalo—. El rey tiene pensado ejecutarme. ¡Hay que darse prisa!

El inventor abrió un armario y sacó su nueva invención: dos pares de alas de bronce, de tamaño humano, con todas las plumas perfectamente diseñadas y todas las juntas totalmente articuladas.

—¡Uau! —exclamó Ícaro—. Qué relucientes.

—¿Recuerdas nuestro plan? —preguntó Dédalo.

—Sí. Ven, papá, que te ato las alas.

El viejo habría querido discutirlo. Habría preferido que su hijo estuviera dispuesto a ir primero. Pero estaba agotado. Por eso dejó que Ícaro le ajustara las cintas del arnés de cuero y luego le pegara las alas con cera a la espalda y los brazos. No era un diseño perfecto, pero era lo mejor que había logrado hacer con el poco tiempo y los materiales de que disponía. Los guardias no iban a permitirle tener un buen adhesivo. Con superglue o cinta americana, Dédalo podría haber conquistado el mundo.

—Date prisa, hijo —apremió—. Los guardias pronto traerán el almuerzo...

Aunque, si de verdad Minos había decidido matarlo, los guardias igual se presentaban con una guillotina en lugar del habitual bocadillo de queso.

Ícaro ató la última ala a la muñeca de su padre.

—¡Ya está! Listo para volar. Ahora ayúdame a mí.

Al viejo le temblaban las manos. Vertió varias veces cera caliente en el hombro de Ícaro, pero este no se quejó.

Y cuando por fin estaba a punto de hacer una última comprobación de seguridad, las puertas se abrieron de golpe y el mismísimo rey Minos irrumpió en el taller flanqueado por los guardias.

El rey se quedó mirando a Dédalo e Ícaro con sus nuevas alas de bronce.

—Pero ¿qué tenemos aquí? —preguntó—. ¿Unas gallinas de bronce gigantes? ¡Igual debería arrancaros las plumas y hacer un caldo!

Uno de los guardias se echó a reír.

—Ja. Caldo.

—¡Ícaro, vamos!

Dédalo abrió de una patada la portezuela de ventilación de la forja, y una ráfaga de aire caliente alzó a Ícaro hacia el cielo.

—¡Detenedlos! —gritó Minos.

El inventor abrió las alas, y el aire caliente también lo arrastró a él. Los guardias no llevaban arcos, así que lo único que pudieron hacer fue tirarles las espadas y los cascos mientras el rey Minos berreaba y agitaba los puños y Dédalo y su hijo se alejaban volando.

Al principio el viaje fue alucinante... un poco como el de Faetón en el carro del sol, solo que sin las canciones sobre el astro ni el Bluetooth de serie. Ícaro no paraba de lanzar vítores de entusiasmo mientras se alejaban planeando de Creta.

—¡Lo hemos conseguido, papá! ¡Lo conseguimos!

—¡Hijo, ten cuidado! —gritó Dédalo, esforzándose por mantener su ritmo—. ¡Acuérdate de lo que te he dicho antes!

—¡Ya lo sé! —Ícaro bajó en picado hasta llegar junto a él—. Que no vuele muy bajo porque el agua del mar corroería las alas. Y que no vuele demasiado alto para que el sol no derrita la cera.

—¡Eso es! ¡Tú siempre por el cielo a media altura!

Una vez más, eso puede sonarnos de la clase de autoescuela de Faetón. Los griegos eran muy fans del punto medio, de evitar siempre los extremos. Eran la cuna de Ricitos de Oro: ni muy caliente ni muy frío, justo en su punto.

Claro que eso no significa que se les diera bien seguir esa regla.

—Tendré cuidado, papá —prometió Ícaro—. Pero ¡primero, mira! ¡Yujuuuuuu!

Y se dedicó a hacer giros y acrobacias. Se lanzó en picado hacia las olas y luego subió de golpe para intentar tocar las nubes. Dédalo le gritaba para que parase de una vez, pero ya sabéis cómo somos los chavales. Unos locos. Nos dan unas alas y lo único que queremos es volar.

Ícaro no hacía más que repetir:

—¡Otra vez, otra vez! ¡Estas alas son geniales, papá!

Dédalo no podía hacer gran cosa para detenerlo. Bastante le estaba costando mantener el vuelo. Y ahora que se encontraban en mitad del mar, no tenía muchas ocasiones de pararse a descansar.

Ícaro pensó: «A ver a qué altura puedo llegar. Las alas de papá aguantarán. ¡Papá es alucinante! ¡Es un supergenio!».

Total, que salió disparado hacia las nubes. Y sí que por allá abajo oía gritar a su padre, pero estaba demasiado distraído con el subidón de adrenalina.

«¡Puedo tocar el sol! —se dijo—. ¡Fijo que puedo tocar el sol!».

Y fijo que no pudo tocarlo.

Las puntas de cera se derritieron. Las plumas de bronce empezaron a fundirse.

Y con un fuerte «criiiiii» metálico —igual que cuando una bolsa de latas de refresco se compacta dentro de una prensa de basura— las alas se despegaron. E Ícaro cayó.

Dédalo gritó hasta que se le quedó la garganta en carne viva, pero no pudo hacer nada. Su hijo se desplomó unos cien metros, que desde esa altura debió de ser como caer sobre cemento, y se hundió bajo las olas.

En su honor, hay una isla allí cerca que todavía se llama Icaria, aunque no sé por qué iba a querer uno que lo recordaran por la forma en que murió. En fin. Si algún día la espicho, por favor, no dejéis que me dediquen el Barranco en Memoria de Percy Jackson, la Muy Afilada Lanza de Percy Jackson ni el Camión de Dieciséis Ruedas que iba a Doscientos por Hora de Percy Jackson. No me sentiría honrado, ya os lo digo.

Dédalo, abrumado por la pena, tuvo la tentación de rendirse. Podía dejarse caer al mar y morir, para unirse a su hijo en el inframundo. Pero su instinto de supervivencia era bastante fuerte. Así como su instinto de venganza. Minos los había empujado a aquel plan de fuga. Minos era responsable de la muerte de su hijo. El rey tenía que pagar.

Así que el inventor siguió volando en la noche. Tenía más cosas que inventar, más problemas que causar, y por lo menos una muerte verdaderamente satisfactoria que planear.

Dédalo consiguió llegar a la isla de Sicilia, junto a la punta suroccidental de Italia. Queda a unos setecientos kilómetros de Creta, una distancia que no está nada mal para un vejete con alas de bronce.

Cuando aterrizó, fue la primera persona en soltar el chiste: «Acabo de llegar en un vuelo de Creta, y no veas lo cansados que traigo los brazos».

Por suerte, los sicilianos no castigaban con pena de muerte los chistes malos.

En lugar de eso se llevaron a Dédalo a ver al rey de allí, un tío que se llamaba Cócalo y que no daba crédito a su suerte. ¡A Sicilia nunca iba nadie famoso!

—¡Oh, dioses míos!

El rey se levantó de un brinco del trono.

—¿Dédalo? ¿Dédalo-Dédalo?

Cócalo se puso a corretear por toda la sala como una fan enloquecida.

—¿Puedo hacerme una foto contigo? ¿Me firmas la corona? ¡No me lo puedo creer! ¡Dédalo en mi reino! Tengo que contárselo a todos los reyes vecinos. ¡Van a morirse de envidia!

—Esto... sí, a ver... —Dédalo le explicó que acababa de escapar del rey Minos, que poseía la armada más poderosa del Mediterráneo y que sin duda estaría buscándolo—. Tal vez sería mejor que no anunciáramos mucho mi presencia aquí. Discreción y eso.

Cócalo abrió unos ojos como platos.

—Yaaa. Discreción. ¡Vale! Si trabajas para mí, tendrás todo lo que quieras. Mantendremos tu identidad en secreto. Te daremos un nombre en clave como por ejemplo... ¡«No-soy-Dédalo»! ¡Nadie sospechará nada!

—Mmm...

—¿O qué tal «Médalo»? ¡O «Jimmy»!

El inventor se dio cuenta de que tenía bastante faena por delante. El cerebro real funcionaba demasiado despacio. Pero, a pesar de todo, aquello era mejor que seguir metido en el laberinto.

Dédalo no tardó en ser el consejero de confianza del rey. Era capaz de leer frases enteras, deletrear palabras, incluso de sumar y restar. Era un auténtico mago.

El rey Cócalo era un hombre fiel a su palabra (¡siempre que no le pidieras que la deletreara!). Y mantuvo el secreto de Dédalo. Le ofreció unas estancias en palacio, un taller nuevo e incluso una buena caja de herramientas del Leroy Merlin de Atenas, que no fue nada fácil de importar.

Por supuesto, Sicilia no era Creta. Cócalo no tenía ni mucho menos tanto poder ni riqueza como Minos, de manera que Dédalo no contaba con tantos recursos para trabajar. Pero desde luego lo apreciaban. Su presencia allí era lo más importante que había sucedido en aquella parte del mundo. Y al inventor le gustaba recibir tanta atención.

Puede que el rey fuera un tarugo, pero sus tres hijas eran inteligentes y tenían una vena despiadada. Dédalo pensaba que algún día serían buenas soberanas y empezó a enseñarles las nociones básicas para ser monarca: matemáticas, lectura, escritura, el arte de la guerra, tortura elemental, recaudación de impuestos, tortura avanzada y recaudación de impuestos con tortura avanzada. Las princesas aprendían deprisa.

Dédalo también hizo un montón de cosas por la gente de allí: introdujo la fontanería en las casas, erigió edificios bonitos, les enseñó a saber si llevaban puesta la ropa del revés. El reino de Cócalo vivió todo un Renacimiento. Y si hoy en día vais a Sicilia, todavía podréis ver algunas de las cosas que construyó el inventor: los baños termales de Selinunte, un embalse de agua en Hibla, un acueducto y algunas fortificaciones en Camico, el templo de Apolo en Cumas, y no os perdáis la estatua de bronce del gigantesco oso perezoso danzarín, en Palermo. (Bueno, vale, esto último ya no existe, lo cual es una lástima porque debía de ser una pasada). En fin, que Dédalo se hizo tan popular que acumuló muchísimos regalos de parte de los clientes agradecidos. En su honor, muchos sicilianos llamaron a sus hijos «Jimmy» o «No-soy-Dédalo».

Y como el inventor suponía que más tarde o más temprano la flota cretense iría a llamar a la puerta, le construyó al rey Cócalo un castillo nuevo sobre un cerro alto. La única puerta de entrada estaba al final de un sendero empinado, y cuatro hombres podrían defenderla fácilmente contra todo un ejército. El inconveniente eran los interminables atascos que se formaban en las horas punta.

Durante un tiempo, la vida le sonrió. Algunas noches, Dédalo conseguía incluso dormir sin tener pesadillas con la reina Pasífae, su falso traje de vaca, Ícaro cayendo al mar o su sobrino Pérdix despeñándose de la Acrópolis.

Pero el rey Minos no se había olvidado del inventor. Reunió su flota y fue recorriendo poco a poco el Mediterráneo, buscando a Dédalo en cada ciudad. Minos fue muy listo, porque en lugar de ir aporreando puertas y amenazando a la gente, le tendió una trampa con un cebo al que imaginó que Dédalo no podría resistirse.

Hizo correr la noticia de que pensaba celebrar un concurso para dar con la persona más ingeniosa del mundo. Quien fuera capaz de ensartar un cordel a través de una caracola sin romperla, ganaría fama eterna y una burrada de oro. (Y con eso quiero decir tanto oro como pudiera cargar una burra).

¿Por qué escogió Minos el desafío de la caracola? A lo mejor quería imponer la moda de llevar collares enormes. Si alguna vez habéis visto una caracola sabréis que en su interior se retuercen mucho. Se puede meter la mano un poco, pero es imposible pasar un hilo por toda la espiral y sacarlo por la punta, y mucho menos con la tecnología que tenían en aquel entonces.

Bueno, pues la noticia del concurso fue propagándose. Mucha gente quería la fama eterna. Y la burrada de oro tampoco sonaba nada mal.

Cuando Dédalo se enteró del desafío, se limitó a sonreír. Ya se había oído que Minos intentaría algo así tarde o temprano. Por eso fue a ver al rey Cocalo.

—Majestad, lo del concurso ese de las caracolas... Pienso apuntarme y ganar.

El rey frunció el ceño.

—Pero si envías el trabajo ganador, aunque lo hagas bajo un seudónimo, ¿no sospechará Minos que se trata de ti?

—Sí.

—Pero, pero... entonces vendrá. Exigirá ver al ganador y...

—Exacto.

—Espera... ¿Estás diciéndome que lo que quieres es que venga?

Dédalo se dio cuenta de que todavía tenía trabajo por hacer con la velocidad mental del cerebro del monarca.

—Sí, amigo mío. Pero no te preocupes. Tengo un plan.

A Cocalo le daba mal rollo tenérselas que ver con el rey más poderoso del Mediterráneo, pero adoraba a Dédalo. No quería perder a su mejor consejero, de modo que le siguió la corriente.

En primer lugar, el inventor resolvió el enigma de la caracola. Fue muy fácil. Taladró un pequeño agujero en la punta, y vertió una gotita de miel. Luego se buscó una hormiga y, con mucho cuidado, le ató al cuerpo un hilo de seda. (No hagáis esto en casa a menos que tengáis muchísimo tiempo, una paciencia infinita y una buena lupa).

Dédalo metió la hormiga en la caracola. La hormiga olió la miel en la punta y echó a andar por las espirales, arrastrando el hilo de seda. Por fin el bicho salió por el agujero y, ¡tachán!, caracola cosida.

El inventor le dio la caracola al rey Cocalo, que se la envió a Minos, cuya flota andaba entonces deambulando por la costa de Italia. Y unas semanas más tarde, Minos recibió la caracola junto con una nota que decía:

He resuelto tu pequeño enigma. ¿Tienes algo más?

Ven a darme mi recompensa.

Estoy en el palacio de Cocalo, Sicilia.

Besos y abrazos,

No-soy-Dédalo

Minos averiguó la verdad que escondía aquel seudónimo tan inteligente.

—¡Es Dédalo! —exclamó—. ¡Deprisa! ¡Hay que poner rumbo a Sicilia!

Su flota ancló junto a la costa sur de la isla. El lugar en el que desembarcó el rey fue llamado inmediatamente Minoa, en honor de su llegada. Como ya he dicho, por aquel entonces nunca pasaba nada interesante en Sicilia. Aunque ¿os imagináis que pusieran vuestro nombre a cada sitio que visitarais? Sería un poco irritante...

Mi madre: ¿Estuviste anoche en Nueva Jersey?

Yo: Eh... no. ¿Por qué?

Mi madre: ¡Porque ahora hay allí una ciudad llamada Percyópolis!

En fin, que el rey Cócalo envió a unos mensajeros para recibir a Minos y para que lo invitaran a ir a palacio a charlar.

Minos alzó la vista hacia la fortaleza en lo alto del cerro, con el serpenteante camino que subía hasta ella y su puerta tan fácilmente defendible, y se dio cuenta de que sería imposible tomarla por la fuerza. Supuso que la habría construido Dédalo.

A pesar de todo, rechinó los dientes y decidió seguirle el juego. Así que, acompañado de una docena de guardias y criados, se dejó guiar por los mensajeros hasta la cámara de audiencias del rey Cócalo.

El rey estaba muy nervioso en su trono. Detrás de él había tres jóvenes pelirrojas que Minos imaginó que serían sus hijas.

—¡Mi amigo Minos! —exclamó Cócalo.

Minos frunció el ceño. No conocía al rey de Sicilia de nada. Y no quería ser su amigo.

—Tengo entendido que alguien de tu corte resolvió mi desafío —dijo.

—¡Ah, sí! —Cócalo sonrió—. Mi leal consejero, No-soy-Dédalo. ¡Es un tipo genial!

—Vamos a dejarnos de rollos, ¿vale? —gruñó Minos—. Sé que estás dando asilo al fugitivo Dédalo.

La sonrisa de Cócalo se desvaneció.

—Esto... bueno...

—¿Cómo resolvió el problema de la caracola?

—Pues... mmm... con una hormiga, ¿acaso te lo puedes creer? Le ató un hilo

de seda al cuerpo y luego la hizo recorrer la caracola dejando una gota de miel en la punta.

—Muy ingenioso —comentó Minos—. Entrégame a Dédalo y no tendremos problemas. Si no lo haces, tendrás a Creta como enemiga. Y créeme, no va a gustarte nada.

Cócalo se puso pálido, lo cual agradó a Minos. Quedaban muy lejos los días de regalar muñecos con la esperanza de caer bien. Ahora era más viejo y más sabio. Solo quería aterrorizar y matar a la gente.

Una de las hijas del rey Cócalo se adelantó un pasito y le susurró algo al oído a su padre.

—¿Qué estás diciendo, niña? —preguntó Minos.

La princesa lo miró a los ojos.

—Mi señor, Dédalo es nuestro maestro y nuestro amigo. Entregártelo sería una traición.

Minos apretó la mandíbula. Aquella niña que defendía al inventor le recordó a su propia hija, Ariadna, y ese era un tema bastante espinoso para el rey, como descubriréis en el próximo capítulo.

—Princesa, admiro tu lealtad, pero no conoces a ese elemento —le advirtió Minos—. Dédalo también fue el maestro de mi hija. Le envenenó la mente e hizo que me traicionara en favor de mis enemigos. ¡Entregádmelo ahora mismo!

El rey Cócalo carraspeó.

—¡Por supuesto, por supuesto! Pero, esto... ¿no había no sé qué de una recompensa por haber resuelto el enigma?

Minos sabía lo que era la codicia. Dio una palmada y sus sirvientes aparecieron con varios baúles muy pesados (una burrada de oro menos el burro).

—Es vuestro —dijo—. Entregadme a Dédalo y me marcharé en paz.

—¡Hecho! —Cócalo se enjugó la frente aliviado—. Guardias...

—¡Padre, espera! —La hija mayor le puso una mano en el brazo—. Tu palabra es la ley. Es obvio que debemos hacer lo que nos pide el rey Minos. Pero ¿no deberíamos primero agasajar como es debido a nuestro invitado? Ha viajado durante muchos meses. Seguro que está cansado. Esta noche déjanos ofrecerle un suntuoso baño, ropa limpia y un banquete. Luego, por la mañana, lo despediremos con su prisionero y muchos regalos.

A continuación dedicó al rey Minos una sonrisita coqueta.

—Para mis hermanas y para mí sería un honor encargarnos personalmente de tu baño.

«Madre mía —pensó entonces el rey Minos—. No me iría nada mal».

Creyó que había ganado. Veía la codicia y el miedo en los ojos del rey Cocalo. Sicilia no se arriesgaría a entrar en guerra con Creta. Y sí que había sido un viaje largo y agotador, y no es que tuviera muchas ganas de volver corriendo a un barco para zarpar hacia casa. No sonaba nada mal que tres hermosas princesas le prepararan un baño y le sirvieran un festín.

—Acepto —dijo por fin—. Mostradme la hospitalidad de... Sicilia.

Las tres princesas lo acompañaron a unas estancias preciosas. Alabaron su riqueza, su poder y su buen aspecto. Lo convencieron para que dejara atrás a sus guardias. ¡Al fin y al cabo estaba entre amigos! ¿Qué tenía que temer un rey grande y fuerte de tres jovencitas?

Se llevaron a Minos a los baños, donde lo aguardaba una bañera humeante, llena de agua y espuma con un delicado aroma a rosas. Mientras el vejestorio se metía dentro, las princesas apartaron la vista por pudor (y también porque era viejo, peludo y asqueroso, y no querían verlo).

—Aaaaaah —suspiró Minos—. Esto es vida.

—Sí, mi señor —dijo la mayor de las hermanas—. Y también tu muerte.

—¿Cómo?

La princesa giró un pomo. En el techo se abrió una trampilla, y cientos de litros de agua hirviendo cayeron sobre Minos. El rey gimió y chilló y murió entre dolores terribles.

Detrás del toallero se abrió una puerta secreta por la que salió Dédalo.

—Bien hecho, mis princesas. Es verdad que aprendéis muy deprisa.

Las princesas lo abrazaron.

—¡No íbamos a permitir que Minos te detuviera! —dijo la mayor—. Ahora puedes quedarte con nosotros. ¡Puedes seguir aconsejándonos!

—Ay, querida, por desgracia no puedo —respondió Dédalo—. Está claro que la diosa Atenea no se ha cansado de maldecirme. Tengo que ponerme en marcha antes de traer más tragedias a este reino. Pero no os preocupéis. Seréis unas reinas estupendas. Y yo tengo otros planes...

El viejo inventor abrazó a las leales princesas asesinas y luego desapareció por un pasadizo secreto y jamás se lo volvió a ver por Sicilia.

Las princesas regresaron corriendo a la sala del trono, gritando y llorando.

Informaron de que su honorable invitado, el rey Minos, había resbalado accidentalmente y se había caído en una bañera de agua hirviendo. El pobre había muerto al instante.

Los guardias cretenses sospecharon algo cuando vieron el cuerpo de su rey, que parecía una langosta hervida en una olla. Pero ¿qué podían hacer? Eran pocos en aquel palacio y la fortaleza estaba demasiado bien protegida como para asaltarla a lo bestia. Para vengarse como era debido, tendrían que declarar la guerra, asediar la isla y hacer que más tropas acudieran desde una distancia de mil kilómetros. Aquello implicaba mucho trabajo por un rey que de todas formas nunca les había caído bien. Así que decidieron aceptar la historia de las princesas y considerar su muerte un accidente.

Los cretenses se marcharon en paz. Cócalo se quedó con su burrada de oro. Sus tres hijas asesinas vivieron felices y comieron perdices y se les llegó a dar de fábula la tortura y la recaudación de impuestos.

¿Y Dédalo?

Pues hay historias que dicen que vivió sus últimos días en la isla de Cerdeña, pero la verdad es que no se sabe muy bien.

A menos que hayáis leído algunas de mis aventuras, porque entonces a lo mejor sabéis qué le pasó al viejo. Pero como tengo que atenerme a los mitos originales y todo eso, mejor lo dejamos aquí.

Además, mi sabueso infernal está poniéndose muy triste. Sabe que estoy escribiendo sobre su antiguo amo. Y cada vez que oye su nombre, se echa a llorar y me muerde la armadura hasta que la agujerea.

Así pues, ¿era Dédalo un héroe? No lo sé, decídmelo vosotros. El tipo era sin duda muy listo, pero su inteligencia lo metió en líos tantas veces como lo salvó. Los superhéroes de los cómics siempre reciben el mismo consejo: «Utiliza tus poderes para el bien». Sí... En eso Dédalo falló. Utilizó sus poderes para saciar su codicia, para enriquecerse y para salvar el pellejo. Pero a veces también intentó ayudar a la gente.

Por eso, antes de que toméis una decisión, deberíais oír la otra parte de la historia: lo que pasó en el laberinto cuando un tal Teseo llegó a la ciudad. Resultó que Dédalo no era el único listo de Creta, ni Minos el único asesino despiadado. Ariadna y Teseo... formaban un equipo brutal.

## Teseo mata al poderoso...

¡Uy, mira! ¡Un conejito!

¿Queréis poner negro a Teseo?

Pues preguntadle: «¿Quién es tu padre?». Os llevaréis un buen capón.

No se sabe exactamente quién era el padre de Teseo. Ni siquiera está claro si tuvo un padre o dos. Los griegos antiguos estuvieron discutiéndolo durante siglos. Escribieron ensayos e historias donde elucubraban sobre ello, hasta que les explotaron los sesos.

Intentaré que a vosotros no os explote la cabeza, pero esto es lo que hay:

El rey de Atenas era un tío que se llamaba Egeo. Tenía un montón de enemigos que estaban dispuestos a arrebatárle el reino, y ningún hijo al que legar el apellido familiar. Estaba loco por tener un varón y por lo tanto decidió ir a pedir consejo —sí, lo habéis adivinado— al Oráculo de Delfos.

¿Os habéis dado cuenta de la cantidad de historias que hay en las que salen reyes que querían hijos varones? Mira, yo no sé qué problema tenían, pero pensaréis que en Grecia ninguna familia real tenía hijos varones. Como si el país estuviera lleno de reyes sentados en las cunetas con un cartel que dijera:

OFREZCO TRABAJO A CAMBIO DE HIJOS VARONES.

POR FAVOR, EXPLÍCAME CÓMO TENER HIJOS VARONES.

QUE LOS DIOSES TE BENDIGAN.

Deberían haber hecho un trato con las amazonas, en vista de que estas se dedicaban a tirar a los niños varones al cubo de reciclaje. En fin.

El caso es que Egeo fue a ver al Oráculo e hizo las ofrendas de rigor.

—¡Oh, Gran Adivinadora del Futuro e Inhaladora de Gas Volcánico! — comenzó el rey—. ¿Aquí es que no se puede tener un hijo varón o qué?

La sacerdotisa se estremeció en su taburete de tres patas cuando la poseyó el espíritu de Apolo.

—¡Ten paciencia, oh, rey! Evita a las mujeres hasta que vuelvas a Atenas. Tu hijo tendrá una madre noble y la sangre de los dioses, pero ¡solo llegará en su momento!

—¿Eso qué significa?

—Gracias por la ofrenda. Que pases un buen día.

La respuesta exasperó a Egeo, que se pasó refunfuñando todo el camino hasta su barco y se preparó para el largo viaje de regreso.

Viajando por tierra, Delfos no quedaba tan lejos de Atenas. Pero en aquel entonces uno nunca viajaba por tierra, a menos que estuviera loco o desesperado. Los caminos eran casi siempre senderos de vacas llenos de lodo o pasos de montaña traicioneros. Los pocos tramos practicables estaban infestados de bandidos, de monstruos y de centros comerciales de lo más hortera. Por todo eso, los griegos siempre viajaban en barco, que aunque no es que fuera precisamente seguro, sí que era menos arriesgado.

Para volver a Atenas, Egeo tenía que circunnavegar el Peloponeso, ese enorme trozo de tierra colgante que forma el sur de la Grecia continental. El viaje era un rollazo, pero como Egeo quería llegar vivo a casa, no tenía otra opción. A sus enemigos les habría encantado atraparlo en los caminos, donde podían tenderle una emboscada, cortarlo en pedacitos y hacer que pareciera obra de algún monstruo o una oveja furiosa.

Así que el rey Egeo navegó alrededor del Peloponeso. De vez en cuando amarraba en alguna ciudad y cenaba con el rey local. Egeo le contaba su lacrimógena historia y pedía consejo a su anfitrión sobre las palabras del Oráculo. Y el rey local siempre le decía algo tipo: «Ah, ¿quieres una esposa? Pues yo te consigo una ahora mismo. ¡Mi sobrina está disponible!».

Todo el mundo quería aliarse mediante el matrimonio con una ciudad poderosa como Atenas, pero Egeo recordó lo que le había dicho el Oráculo. Tenía que evitar a las mujeres hasta llegar a casa. Por eso no hizo más que declinar ofertas de jóvenes hermosas, lo cual no le quitó ni un poco de su mal humor.

Después de viajar durante semanas, llegó a una pequeña ciudad llamada Trizina, a unos cien kilómetros al sur de Atenas. Lo único que le quedaba ya por hacer era atravesar el golfo Sarónico y estaría en casa.

El rey de Trizina se llamaba Piteo. Como su ciudad estaba cerca de Atenas, Piteo y Egeo se conocían bastante bien y salían por ahí de vez en cuando, a pesar de que sus dioses patronos eran rivales. Atenas era fan de Atenea, mientras que el dios de Trizina era Poseidón. (Tenían buen gusto allí en Trizina).

En fin, que los dos reyes se pusieron a charlar sobre la profecía del Oráculo.

—Pero qué demonios... —exclamó Piteo—, ¿necesitas una esposa? Yo tengo una hija soltera. ¿Te acuerdas de Etra, la mayor?

—Colega, te lo agradezco mucho —contestó Egeo—, pero tengo que evitar a las mujeres hasta que llegue a casa, así que...

—¡Etra! —la llamó entonces Piteo—. Ven un momento, ¿quieres?

La princesa entró en el comedor.

—Hola.

A Egeo se le cayó la barbilla en el plato. Etra era guapa a rabiar.

—Mmm —murmuró Egeo—. Em... uh...

Piteo sonrió con ironía. Conocía el efecto que obraba su hija en los hombres.

—Bueno, pues como te iba diciendo, Etra está soltera y...

—Pe... pero la profecía... —atinó a balbucir Egeo.

Piteo se rascó sus reales patillas.

—El Oráculo no ha dicho que no puedas casarte con una mujer, ¿no? Sino que deberías evitarlas. Pues bien, has hecho todo lo que has podido. Llevas semanas evitándolas. Tú no has pedido ver a mi hija. ¡Te ha encontrado ella a ti! Así que creo que estamos cubiertos.

Tal vez Egeo debería haber discutido aquella lógica, pero no lo hizo.

Y en aquel mismo comedor celebraron una boda rápida tipo Las Vegas: la sacerdotisa de Hera, las flores, los imitadores de Elvis, toda la pesca. Luego Etra volvió a su cuarto para ponerse algo más cómodo mientras Egeo corría a ponerse más desodorante, lavarse los dientes y esperar a su encantadora esposa en la *suite* nupcial.

¿Y cómo se tomó Etra todo esto?

Pues bien y mal. Como ya he dicho, las mujeres en aquellos tiempos no podían decidir con quién se casaban. Pero a Etra podría haberle tocado algo bastante peor. Egeo no era un tipo feo; su padre y él eran amigos, lo cual quería decir que probablemente la trataría bien, y Atenas era una ciudad grande y poderosa, y eso le daría muchos puntos ante las otras reinas griegas.

Pero, por otro lado, resulta que Etra tenía un novio secreto: el dios Poseidón.

Como patrón de Trizina, Poseidón se había fijado por primera vez en la princesa cuando le hacía sacrificios junto al mar. Decidió cortejarla, porque era superguapa. Y al cabo de nada la princesa se enamoró de él.

Y ahora que estaba casada con otro, Etra no sabía qué hacer.

Después de la ceremonia, mientras su nuevo esposo se lavaba los dientes, la princesa se escabulló del palacio. Fue corriendo a la orilla del mar y nadó hasta la cercana isla de Sphairia, donde solía encontrarse con Poseidón.

El dios estaba esperándola tumbado en una hamaca colgada entre dos

palmeras. Llevaba puesta una camisa hawaiana y unas bermudas, y estaba tomando una bebida de frutas en un coco.

—¿Qué pasa, churri? ¿Qué te cuentas? —la saludó.

—Pues que... esto... que me he casado.

—¿Cómo dices?

Etra le explicó lo que había ocurrido.

—Su... supongo que podría fugarme contigo —sugirió esperanzada.

Poseidón sonrió. Etra le gustaba, pero no tanto. Los dioses siempre acaban pasando página en algún momento, y aquel momento parecía tan bueno como cualquier otro.

—No, no —dijo—. Egeo es un buen tipo, para ser ateniense. Será un buen esposo. Nosotros vamos a tener que despedirnos, churri. Pero fue estupendo mientras duró. ¡De verdad!

Chasqueó los dedos y una bola de discoteca bajó de una de las palmeras.

*Last Dance* empezó a sonar de fondo, y es que Poseidón era un superfán de Donna Summer. A mí no me digáis nada. Es imposible andar por su palacio sin que te ponga canciones de algún vejstorio de esos.

En fin, que pasaron juntos una última velada íntima. Y luego Etra se fue corriendo a ver a su esposo, que debía de haberse lavado los dientes hasta dejárselos pulidos, porque ni se había dado cuenta de la larga ausencia de su esposa ni de que olía a loción de afeitado Brisa Marina.

Etra y Egeo pasaron la luna de miel en Trizina. Egeo no tenía muchas ganas de llegar a casa, puesto que allí lo único que lo esperaba eran problemas y enemigos. Y al cabo de unas semanas empezó a tener sueños muy raros en los que su esposa atravesaba nadando el golfo de Egina con un recién nacido en brazos.

Al final preguntó a Etra al respecto, y ella se puso colorada.

—Ya, es que... creo que estoy embarazada.

—¡Eso es fantástico! —aseguró Egeo.

—Solo que... no estoy segura de que seas tú el padre.

Y le confesó a su esposo lo de su aventura con Poseidón.

Egeo se tomó la noticia mejor de lo que cabía esperar. A fin de cuentas, los dioses siempre andaban enamorándose de princesas mortales. Y no podía reprochar a Etra que se hubiera colado por un cachas inmortal de atractivo

sobrenatural y poder ilimitado. Y tampoco podía maldecir a Poseidón sin que lo arrollara un tsunami o se lo tragara un terremoto. Así que...

—Bueno, vale, lo entiendo —indicó—. Pero si es un niño, pienso declararlo hijo mío, ¿estamos?

—¿Y si es una niña? —preguntó Etra.

Egeo suspiró.

—Pensemos en positivo. ¡Un niño sería fantástico! Voy a hacer unas gestiones.

—¿Unas gestiones?

—Ya verás.

Al día siguiente, Egeo se llevó a Etra a una colina a las afueras de la ciudad. En la cima había una roca del tamaño de un garaje de dos plazas. Una docena de hombres del rey habían fijado a ella unas cuerdas, y ahora las estaban atando a una reata de caballos.

—¡Uau! —exclamó Etra—. ¿Vas a mover esa roca?

—Sí. Ahora lo verás.

Egeo se acercó a un agujero junto a la roca y se sacó la espada.

—En la empuñadura de esta espada está el escudo de armas de Atenas, ¿lo ves?

—¿El búho y la rama de olivo?

—Sí. Y estas son mis iniciales, aquí en el pomo. Es una hoja excelente, de bronce celestial y todo.

Y tiró la espada al agujero.

—También voy a enterrar esto.

Uno de los criados le tendió una caja de zapatos de madera. Egeo la abrió para que Etra viera lo que había dentro. Y dentro había... lo habéis adivinado: unos zapatos.

La joven lanzó un silbido.

—Son unas sandalias buenas.

—Y tanto. Suela de cuero, cintas de buena calidad, plantillas ortopédicas... Estas sandalias son para toda la vida —dijo, y tiró la caja de zapatos al agujero.

Puede que os estéis preguntando a qué venía tanto jaleo por un par de sandalias. Pues es que en aquel entonces era superdifícil dar con un calzado bueno. No podías ir a un Foot Locker y comprarte unas Adidas. Si querías ser un héroe y abrirte paso por guaridas de monstruos, nidos de víboras y campos de batalla, no podías ir descalzo. Y desde luego a nadie le apetecía andar resbalándose en sangre y tripas con unas chanclas baratas. Para sobrevivir, unas buenas sandalias eran tan importantes como una buena espada.

Los hombres de Egeo cogieron las cuerdas, que se tensaron. Los caballos tiraron y muy despacito fueron arrastrando la roca gigante hasta que cubrió el agujero.

—Ya está —dijo Egeo—. Si nuestro hijo es varón, espera hasta que sea mayor de edad y luego dile que le dejé unos regalos debajo de esta roca. Si puede recuperarlos, será digno de ser hijo mío. Entonces deberá ir a Atenas.

Etra frunció el ceño.

—¿Quieres que yo le diga eso? ¿Y tú dónde vas a estar?

—Cariño, ¿te acuerdas de esos sueños tan raros que tengo últimamente? Pues cada vez son peores. Si vienes conmigo a Atenas, estoy seguro de que mis enemigos te matarán. Jamás permitirán que des a luz a mi heredero. Y aunque el niño llegara a nacer, nunca estaría a salvo allí. Es mejor que vuelva yo solo a casa y guarde el secreto de nuestro matrimonio. Así mis enemigos pensarán que no he podido tener descendencia y se conformarán con esperar a que me muera. Pero cuando mi hijo haya crecido lo suficiente para defenderse, puede venir a Atenas y ocupar su legítimo lugar como príncipe heredero.

—Así que quieres que me quede aquí y críe al niño yo sola durante, no sé, unos dieciséis o diecisiete años.

—Eso sería genial. Gracias. —Egeo le dio un beso—. Bueno, que el barco me espera en el puerto. ¡Te quiero! ¡Que pases un buen embarazo!

Egeo regresó a Atenas y dejó a Etra en Trizina esperando a que naciera su hijo.

Ella casi prefería que fuera una niña, así podría descansar tranquila. Ni a Egeo ni a Poseidón les importaría, siendo como eran unos feministas liberales. Y Etra podría criar a su hija en paz y no tendría que preocuparse de sandalias enterradas ni nada.

Pero si nacía un niño... Bueno, Etra al menos confiaba en que de mayor fuera un héroe. Entonces sus dos padres estarían orgullosos de declararlo hijo suyo.

Como ya imaginaréis, tuvo un hijo varón, y los narradores griegos se pasaron los siguientes mil años discutiendo sobre quién era su padre. Unos decían que Egeo y otros, que Poseidón. Había quien sostenía que tenía dos padres, que estoy seguro de que es médicamente imposible. Aunque, claro, estamos hablando de dioses, así que ¿quién sabe?

En cuanto a Etra, crio ella sola a su hijo durante los primeros diecisiete años, y eso requirió también una clase especial de heroísmo.

El hijo de Etra estaba grande y sano, lo cual era de esperar, puesto que tenía uno o dos padres fuertes. La joven le puso de nombre Teseo, que significa «el que reúne», a lo mejor porque esperaba que reuniera a todos los griegos para formar una gran familia feliz. O igual porque el chaval era tan hiperactivo que Etra y una docena de niñeras tenían que pasarse el santo día juntas detrás de él para encontrarlo.

La mayoría de los semidioses que he conocido sufren trastorno de déficit de atención e hiperactividad. Es algo que te mantiene vivo en el campo de batalla, porque eres consciente de todo, absolutamente todo. Pero es que Teseo parecía el campeón olímpico del TDAH. Ya era hiperactivo cuando llevaba pañales y andaba brincando por las columnas corintias. Era el niño supercafeinado, el semidiós del déficit de atención, el... en fin, ya os hacéis una idea. Vaya, que el chaval era un trasto.

A medida que crecía, pronto se quedó sin más cosas que hacer y tíos chungos a los que matar. Todos los monstruos de los alrededores de Trizina... *kaputt*. Bandidos, asesinos, genios malvados dispuestos a dominar la Antigua Grecia... no quedó ni uno. Teseo se los había cargado antes de la hora de la siesta.

Para cuando cumplió los diecisiete, era tan habilidoso en el combate y estaba tan increíblemente aburrido que su madre decidió enviarlo a la ciudad de su padre. Etra necesitaba un respiro.

Total, que se lo llevó a la colina donde estaba la roca gigante.

—Hijo mío —dijo—, tu auténtico padre es Egeo, rey de Atenas. O igual es Poseidón, dios del mar. O posiblemente sean ambos.

Intentó explicarle los detalles, pero Teseo dejó de atender.

—¿Qué es esa roca?

—Egeo dijo que cuando tuvieras edad suficiente, debía traerte aquí. Si das con la manera de apartarla y recuperar los regalos que hay debajo, debes ir a buscarlo a Atenas.

—¿Regalos? ¡Qué guay!

Teseo rodeó la roca una vez y luego la empujó con las manos.

—Cuidado, no te vayas a herniar —le advirtió su madre—. Tu padre empleó una recua de caballos y una docena de hombres para...

Buum.

La roca volcó y salió rodando colina abajo.

Teseo tenía la capacidad de atención de un hámster, pero era un genio a la hora de sopesar a sus oponentes, incluso cuando uno de ellos era una roca enorme. Había advertido de inmediato que la mole estaba torcida y descompensada por la parte superior izquierda. Durante los últimos diecisiete años, la Tierra a ese lado se había erosionado, y lo único que tuvo que hacer Teseo fue darle un buen empujón por la derecha y ya está, el pedrusco se fue monte abajo.

Claro que lo que no se le daba tan bien era prever las consecuencias. La roca atravesó a toda velocidad una aldea cercana, destruyendo varias cabañas y asustando a algunos cerdos antes de detenerse.

—¡Perdón! —gritó Teseo desde la colina.

Luego se arrodilló junto al agujero.

—Una espada muy chula. Y... ¡Uau! ¡Sandalias!

Teseo se las ató y dio unas cuantas vueltas corriendo por la cima de la colina, para domarlas.

—¡Son comodísimas!

—Sí —dijo su madre—. Tienen unas plantillas excepcionales. Pero, oye, Teseo, lo de tu destino...

—¡Eso!

Teseo daba saltos de un lado a otro como un bailarín de *ballet*.

—¿Cómo se va a Atenas?

—Hay dos rutas. Una es un trayecto fácil por mar, cruzando el golfo de Egina.

—¡Menudo rollo!

Teseo sacó la espada y empezó a corretear en círculos, atacando a enemigos imaginarios, aunque su madre le había dicho mil veces que no corriera con instrumentos cortantes en la mano.

—La otra vía es por tierra —prosiguió Etra—. Es extremadamente peligrosa y está infestada de tiendas horteras. El viaje te llevará muchos días y podrías acabar muerto.

—¡Mola!

Teseo siempre elegía el camino más arriesgado, así que Etra ya se lo esperaba. Pensó que más le valía advertirlo de lo que le aguardaba.

—Sé de al menos seis enemigos mortales que habitan ese camino —comenzó

—. Voy a hablarte de ellos. Intenta prestar atención.

Teseo saltaba de un lado a otro, cortando el aire con la espada.

—¡Sí! ¡Estoy escuchándote!

Etra le contó todo lo que sabía. Le resultaba difícil concentrarse mientras Teseo andaba dando brincos de kungfú. Y dudaba de que se hubiera enterado de una sola palabra.

—Hijo, por favor —suplicó—, los seis villanos del camino de Atenas son mucho peores que los bandidos a los que estás acostumbrado a enfrentarte. Durante generaciones han hecho imposible el viaje por tierra entre Trizina y Atenas.

—Entonces ¡los mataré a todos y haré que el camino sea seguro!

Teseo besó a su madre y echó a correr colina abajo, blandiendo su nueva espada.

—¡Adiós, mamá! ¡Gracias por todo!

Etra respiró. Sin el Huracán Teseo recorriendo el palacio, a lo mejor conseguía dormir por fin una noche entera. No estaba demasiado preocupada por su hijo, pues los bandidos y los monstruos no tenían ni idea de lo que se les venía encima.

Teseo no tardó mucho en dar con su primer enemigo, lo cual le fue muy bien porque necesitaba quemar un poco de energía.

Andaba chapoteando por un camino enlodado, mientras disfrutaba del bonito paisaje de árboles muertos y aldeas quemadas, cuando se encontró con un tiarrón muy feo. Llevaba al hombro un garrote de bronce reluciente, y a sus pies el suelo estaba lleno de unas esferas aplastadas y peludas, como si fueran melones llenos de moho.

Al acercarse a él, Teseo se dio cuenta de que los melones eran cabezas humanas. Sobresalían del barro, todavía unidas a los cuerpos que habían sido enterrados de pie. Por lo visto, los infortunados viajeros habían sido utilizados como topos en un siniestro juego que consistía en aplastarles la cabeza a martillazos.

—¡Alto! —bramó el tío del garrote, lo cual fue una tontería, porque Teseo ya se había detenido para admirar las cabezas—. ¡Dame todo lo que tengas de valor! ¡Y luego te mataré!

El bandido medía más de dos metros de altura. Hacía poco menos que un camión blindado, y su cara era tan fea y estaba tan hinchada que parecía que se la hubiera restregado con hormigas rojas. Lucía unos músculos abultados en los brazos, pero tenía las piernas consumidas y torcidas, metidas en unas férulas que le iban desde los muslos hasta los tobillos.

—¡He oído hablar de ti! —exclamó Teseo—. ¡Tú eres Perifetes!

¿Lo veis? En realidad sí había escuchado las historias de su madre, lo que demuestra que no hay que subestimar nunca a un héroe con TDAH. Asimilamos muchísima más información de la que os pensáis. Lo de corretear por ahí blandiendo una espada es solo nuestra forma de concentrarnos.

Pero, en fin, que aquel tío, Perifetes, era un semidiós, hijo de Hefesto, y había heredado la fuerza y las piernas deformes de su padre. Entornaba tanto los ojos que a veces la gente se creía que solo tenía uno y lo confundía con un cíclope (sin ofender a mis amigos y parientes cíclopes).

Perifetes hinchó su enorme pecho.

—¡Mi leyenda me precede! ¡Si sabes quién soy, sabrás también que toda resistencia es inútil!

—¿Qué haces con tantas cabezas? —preguntó Teseo—. ¿Has enterrado a estos y los has matado o...?

Perifetes se echó a reír.

—¡Los clavé en el suelo con la maza! ¡A eso me dedico! ¡Me llaman «el Portamaza»!

—Ah.

Teseo se rascó un sobaco.

—Yo pensaba que te llamaban así porque eras portero de discoteca o algo.

—¿Cómo? ¡No! ¡Soy violento y aterrador, y me dedico a clavar a la gente en el barro!

—¿Así que no vamos a irnos de fiesta esta noche a ligar y a bailotear un poco?

Perifetes frunció el ceño. No estaba acostumbrado a que lo invitaran a bailar.

—Voy a robarte y luego te mataré, mequetrefe. Oye, qué sandalias más bonitas. ¡Dámelas!

Perifetes blandió la maza, pero Teseo no tembló de terror como el monstruo esperaba.

—Qué maza más guay —comentó—. ¿Es madera recubierta de bronce?

El orgullo caldeó el corazón de Perifetes. Era un asesino cruel, pero también hijo de Hefesto, y le gustaba que la gente apreciara su talento para la artesanía.

—¡Pues sí! Un centro de roble macizo recubierto con veinte capas de bronce.

Me parece que se balancea muy bien.

Teseo frunció el ceño.

—¿Veinte capas de bronce? Venga ya, tío. Pesaría demasiado para poder levantarla.

—¡Yo soy muy fuerte!

—¿No será más bien de corcho blanco recubierto de papel de aluminio?

—¡De eso nada!

—Demuéstramelo. Déjame que la inspeccione.

Perifetes no vio nada malo en ello. Pensó que aquel mequetrefe se hundiría bajo el peso de la maza, y él se echaría una risa. Así que se la pasó a Teseo. Pero en lugar de hundirse, este blandió el arma y le dio un golpe a Perifetes en toda la cabeza, matándolo al instante.

—¡Sí! —exclamó—. ¡Sí que es madera recubierta de bronce! Gracias, tío. Creo que me quedo con ella.

Perifetes no se opuso, puesto que estaba muerto. Teseo se echó su nueva arma favorita al hombro y prosiguió su viaje. De vez en cuando se internaba en los bosques para ver ardillas, empezaba a correr atraído por algún objeto brillante en el suelo o se detenía aquí y allá para quedarse mirando algún insecto. De ahí viene el dicho «Por ahí andando y con el mazo dando».

Estoy seguro de que es así.

A medida que Teseo avanzaba hacia el norte, los bandidos y monstruos más espabilados se apartaban de él; los tontos, en cambio, acababan con la cabeza partida de un porrazo.

Unos días después, Teseo llegó al estrecho puente de tierra que conectaba el Peloponeso con el territorio más al norte, llamado Ática. Como era un embudo natural, era también el punto perfecto para los bandidos.

Teseo andaba paseando por un bosque de altos pinos cuando vio a un tío vestido como un leñador: tejanos, camisa de franela, barba poblada y una gorra sobre el pelo rizado. No se sabe cómo, había doblado un pino de quince metros y sujetaba la punta contra el suelo con las dos manos. El hombre sonrió al ver a Teseo.

—¡Hola, forastero! Me llamo Sinis y allí está mi hija, Perigune.

Una guapa jovencita con un vestido de franela se asomó de detrás de un árbol y lo saludó nerviosa. Su expresión decía: «¡Huye, por favor!».

Teseo sonrió al leñador.

—¿Por qué sujetas ese árbol contra el suelo?

—Ah, es una afición que tengo —contestó Sinis—. Me llaman «el Doblador de Árboles».

—Un apodo con mucho gancho.

—Sí. Me gusta desafiar a la gente. Cualquiera que sea capaz de sujetar un pino como estoy haciéndolo yo ahora, puede casarse con mi hija. Todavía no lo ha conseguido nadie. ¿Quieres probar?

Teseo se acercó y vio que a Sinis le temblaban los brazos y las piernas. Sujetar así un pino adulto, incluso para aquel tipo con tanto músculo y tantísima experiencia, no era fácil.

Por suerte, Etra le había hablado de Sinis, por eso Teseo ya conocía de qué iba aquella historia.

Sinis era hijo de Poseidón. Había heredado la fuerza sobrenatural de su padre y la capacidad de mantener los pies pegados al suelo en casi cualquier situación. Supongo que porque Poseidón era el Agitador de la Tierra y podía hacer temblar todo el planeta. (Yo no heredé nada de eso, pero procuro no amargarme).

Cuando Sinis era joven, se entretenía doblando árboles altos para luego soltarlos, como si fueran catapultas, y lanzaba sandías y encantadores animalillos del bosque a la estratosfera. Era todo un campeón en dicha modalidad. Pero entonces cayó en la cuenta de que podía catapultar a seres humanos. Lo único que tenía que hacer era engañarlos o bien obligarlos a que sujetaran la punta del árbol cuando estaba doblado.

A lo largo de los años había perfeccionado su pasatiempo. A veces ataba las manos de sus víctimas a la copa del árbol para que no pudieran soltarlo. A veces doblaba dos árboles al mismo tiempo y entonces, como tenía las manos ocupadas, ordenaba a Perigune que atara el brazo izquierdo de su víctima a un árbol y el derecho al otro. Y luego Sinis soltaba los dos árboles a la vez. ¡No veáis qué divertido! Nunca se sabía qué partes de la víctima volarían en una dirección o en otra.

—Un desafío interesante —opinó Teseo—. Hablando hipotéticamente, ¿qué sucede si rechazas la oferta?

—Ah, bueno, pues entonces, hablando hipotéticamente, estarías insultando la belleza de mi hija, de manera que yo insistiría en desafiarte a hacer algo todavía más difícil. Te ataría a dos pinos, una muñeca a cada uno, y te obligaría a sostenerlos contra el suelo todo el tiempo que pudieras. Y cuando al final te cansaras...

—Ya veo. Así que puedo sujetar un pino y tener la oportunidad de ganar una chica guapa. O puedo sujetar dos pinos y ganar una muerte segura.

—¡Aprendes deprisa!

—¿Y si echo a correr sin más?

Sinis se puso a reír.

—Pues que tengas suerte. ¿Ves todos esos esqueletos que hay dispersos entre las piñas?

—Sí, me preguntaba de dónde han salido.

—Pues son los tipos que no aceptaron el desafío. Nunca he perdido un combate cuerpo a cuerpo, así que luchar contra mí es inútil. Y si echas a correr... en fin, tengo una puntería infalible a una distancia de hasta cinco kilómetros con un pino catapulta. Puedo derribarte con una roca o un alce.

—No tengo ganas de que me caiga encima un alce volante —dijo Teseo—. ¡Me apunto al desafío del árbol!

—¡Excelente! ¡Ven aquí!

Teseo dejó el garrote, se acercó al Doblador de Árboles y sopesó la situación. No era tan fuerte como Sinis. No tenía la habilidad de quedarse clavado en la tierra. Ni siquiera tenía un plan. Pero echó un vistazo a la chica, Perigune, y su distraído cerebro se puso a funcionar a toda velocidad. «Una chica entre los árboles. Una chica. Un árbol. Los árboles tienen espíritu. Tengo hambre. Uf, qué mal huele Sinis. Una dríada. Fijo que las dríadas de estos árboles están hasta las narices de tanto doblarse. ¡Anda, ahí hay una ardilla!».

—Nada, tú tómate tu tiempo —masculló Sinis, con el sudor goteándole por la nuca.

Teseo tocó las ramas del pino con las puntas de los dedos y pensó: «¡Ah del árbol! ¿Queréis libraros del amigo Doblador de Árboles? Pues ayudadme».

No sabía muy bien si las dríadas lo habrían oído, pero agarró la punta del árbol.

—¿Lo tienes? —preguntó Sinis—. Quiero asegurarme de que lo tienes bien sujeto.

Sinis era muy educado con la gente a la que estaba a punto de matar.

—Sí —contestó Teseo—. Lo tengo.

—Vale. Pero para estar seguros...

Sinis apartó con cuidado una mano del árbol y se sacó del bolsillo trasero una correa de cuero. Ató con ella la muñeca de Teseo al pino, lo cual no era fácil cuando se disponía de una sola mano, pero es que Sinis tenía mucha práctica.

—Ya está. Ya tienes la correa de seguridad para el viaje. ¡Nos vemos!

Y Sinis se apartó de un brinco. Esperaba que el pino se enderezara de golpe, como siempre, poniendo en órbita a Teseo, quien probablemente se quedaría manco del brazo derecho. Pero el árbol no se movió. Teseo lo tenía sujeto con firmeza al suelo.

A lo mejor lo ayudó el espíritu del árbol. Además, Teseo era fuerte y listo y sabía cómo aplicar la mínima presión para obtener el máximo resultado (como por ejemplo para hacer rodar por una aldea una piedra gigantesca). El caso es que mantenía los pies bien plantados y ni siquiera le temblaban los brazos.

—Bueno —dijo—, ¿cuánto tiempo tengo que sujetar esto para ganarme a tu hija?

Sinis se sobrepuso a su pasmo.

—Me... me parece increíble que todavía aguantes, jovencito. Pero solo eres humano. En algún momento te quedarás sin fuerzas. Y entonces morirás.

—Ah, ya veo —comentó Teseo—. Pues en ese caso mejor me pongo cómodo. Esta cinta de seguridad me roza mucho.

Apartó una mano del árbol, que siguió sin moverse. A continuación sacó la espada y se puso a cortar la correa de cuero.

—¿Qué estás haciendo?! —gritó Sinis—. Si crees que puedes abandonar el desafío sin más...

—No, no. Voy a seguir sujetando el árbol.

Teseo envainó la espada y continuó aguantando el pino con una mano.

—Puedo estar aquí todo el día. ¿Cuánto tiempo quieres esperar?

Teseo se jugaba algo a que Sinis, siendo un semidiós, sufría tanto como él de TDAH.

Y, efectivamente, en unos diez segundos Sinis ya se había impacientado.

—¡Esto es imposible! ¿Cuál es tu secreto?

—El truco está en el agarre —contestó Teseo—. Ven, que te lo enseñe.

Sinis se acercó.

—Bien. ¿Ves cómo tengo puesta la parte superior de la mano?

Sinis no veía a través de las agujas de pino y tuvo que inclinarse para mirar hacia abajo. En ese momento, Teseo soltó el árbol. El pino se enderezó de golpe, alcanzó a Sinis en la cara y lo dejó sin sentido.

Horas más tarde, el Doblador de Árboles se despertó. Había soñado con un alce volante. Estaba atontado y en la boca tenía un regusto a árbol de Navidad. Se dio cuenta de que estaba despatarrado del todo en el suelo del bosque.

El rostro sonriente de Teseo se alzaba sobre él.

—¡Qué bien, te has despertado!

—¿Q... qué...?

—Escucha, estaba pensando en el desafío ese de los dos árboles. Se me ha ocurrido que podrías enseñarme cómo va.

Sinis se debatió. Tenía las muñecas bien atadas.

—¿Qué has hecho?

—Bueno, tengo dos pinos doblados hasta el suelo justo detrás de tu cabeza. Estoy sujetándolo con el pie. Tú tienes las muñecas atadas a ellos, así que yo en tu lugar me levantaría para prepararme.

Sinis lanzó un gemido. Forcejeó para ponerse en pie, lo cual no era nada fácil con las manos atadas. Tuvo que dar una especie de voltereta hacia atrás para agarrarse a los árboles.

—¡No puedes hacer esto!

—¡Uuups!

Teseo retrocedió un paso, dejando que Sinis sujetara él solo los pinos.

Sinis llevaba toda la vida doblando árboles. Era superfuerte y podía mantener los pies clavados en el suelo en casi cualquier situación. Pero ahora estaba atontado y dolorido. Los dos árboles parecían estar luchando contra él, esforzándose por liberarse. Los pinos parecían... furiosos.

—¿Cómo? —gimió Sinis—. ¿Cómo has podido sujetar los dos árboles y además atarme?

—Me han ayudado.

La hija del bandido se asomó desde detrás de un árbol.

—Hola, papá.

—¡Perigune, no! ¡Desátame!

—Lo siento, papi. Este joven tan guapo ha ganado tu concurso, así que ahora le pertenezco a él. ¡Adiós!

Teseo cogió la maza y se alejó con Perigune de la mano, mientras Sinis gritaba a su espalda.

—¿Seguro que esto te parece bien, Perigune? —preguntó Teseo.

—Uf, desde luego. ¡Mi padre es horroroso! Habría acabado lanzándome a mí por los aires. Era solo cuestión de tiempo.

—¿Hasta cuándo podrá sujetarlos?

Detrás de ellos se oyó un gemido ahogado, seguido del «chuisse» de los árboles enderezándose de golpe, y luego como si un bicho de doscientos cincuenta kilos se estrellara contra un parabrisas.

—No mucho —contestó Perigune—. ¿Te apetece cenar algo? Me muero de hambre.

Fueron andando a la aldea más cercana y pasaron juntos cinco días muy agradables. Algunas historias cuentan que Perigune incluso tuvo hijos con Teseo, pero yo no estaba allí, así que no pienso cotillear. Al final, Teseo le explicó que debía proseguir su viaje. Tenía cosas que hacer en Atenas. Perigune había visto ya bastante del camino y sus malvados bandidos, de modo que decidió quedarse allí mismo y rehacer su vida. Se separaron como grandes amigos.

Después de otro adorable día en los páramos, Teseo llegó a una aldea llamada Cromión. En la plaza del pueblo, una multitud gemía y sollozaba. Teseo pensó que igual estaban disgustados por tener que vivir en una aldea llamada Cromión, pero luego se dio cuenta de que estaban reunidos en torno al cuerpo machacado de un anciano.

—¿Qué le ha pasado? —quiso saber.

Un niño alzó la vista con lágrimas en los ojos.

—¡Es la cerda de la vieja!

—¿Cómo dices?

—¡Una vieja que se llama Fea! —gritó el niño—. Vive ahí, en los bosques, con su gigantesca cerda devoradora de hombres.

—¡Son dos monstruos! —exclamó una mujer—. Esa cerda ha destruido todo el territorio. Se come nuestras cosechas, mata a nuestros granjeros, derriba nuestras casas. Y luego viene Fea, la vieja, y nos roba las cosas de valor.

—Yo puedo arreglarlo —dijo Teseo—. Mataré a la vieja y a su cerda.

Tal vez esa no parezca una promesa muy heroica, pero los aldeanos exclamaron de alegría y se arrodillaron ante Teseo como si acabara de caer del monte Olimpo.

Y es verdad que se parecía un poco a un dios. Llevaba una enorme maza de bronce, una espada cara y unas sandalias alucinantes.

—¿Quién eres, oh, forastero? —preguntó un tipo.

—¡Soy Teseo! ¡Hijo de Egeo, rey de Atenas! ¡Y también hijo de Poseidón, dios del mar! ¡Y también hijo de Etra, princesa de Trizina!

Los aldeanos guardaron silencio mientras hacían cálculos.

—¡Dejadlo estar enseguida! —dijo Teseo—. ¡Mataré a la bandida Fea y a su monstruosa mascota, la Cerda de Cromión!

—Ay, por favor, no la llames así —objetó un granjero—. No queremos que nuestra aldea quede inmortalizada por culpa de una cerda devorahombres.

Así pues, la bestia fue para siempre conocida como «Cerda de Cromión» y es por lo único que se recuerda esa aldea.

Teseo se puso a deambular por la zona, buscando a la gorrina delincuente. No le costó encontrarla: solo tuvo que ir siguiendo el rastro de cadáveres, cosechas pisoteadas y granjas en llamas. La cerda era tan grande como un granero; una comparación muy fácil, puesto que en ese momento el animal estaba hurgando entre las ruinas de uno mientras buscaba granjeros muertos. Tenía el pellejo gris moteado cubierto de espinas del tamaño de espadas. Y las pezuñas embarradas de sangre y tripas. Y su olor... madre mía. Incluso desde el otro lado del campo aquella peste por poco deja inconsciente a Teseo. Dudaba que volviera a comer beicon en su vida.

—¡Eh, cerda! —la llamó—. ¡Qué rico, ñam, ñam!

Aquellas fueron las palabras mágicas.

La cerda se dio la vuelta, vio a un héroe jugoso y apetitoso y se lanzó a la carga.

Puedo decirlo por experiencia personal que un cerdo gigante dispuesto a atacarte no tiene nada de gracioso ni de entrañable. Cuando ves venir esos ojos oscuros y malvados y ese morro dentado (sí, sí, tienen dientes), lo único que te apetece es salir corriendo pegando alaridos hasta el búnker anticerdos más cercano.

Pero Teseo se mantuvo firme. En el último segundo, la engañó y se apartó hacia la izquierda para clavarle la espada. La cerda gruñó de rabia. Dio media vuelta y atacó de nuevo. Esta vez, Teseo la esquivó apartándose hacia la derecha.

Otro dato sobre los cerdos gigantes: no son muy listos y dan media vuelta peor que mal. Nunca intentéis aparcar uno en paralelo. No hay manera.

Teseo estuvo haciendo de *matador* hasta que la cerda se agotó. El animal sangraba por tantas heridas que cayó desplomado. Entonces, Teseo se le acercó, alzó la maza de bronce y le dio las buenas noches.

Estaba limpiando la sangre de la maza cuando oyó un chillido.

Una mujer gorda con un vestido de arpillera se acercaba renqueando, con un hacha de batalla enorme en las manos. Tenía la piel de un gris moteado y el pelo levantado en una oscura maraña de greñas.

—¿Esta cerda era pariente suya? —preguntó Teseo—. Porque se parece...

—¡Era mi animal de compañía, idiota! —gritó la mujer—. ¿Qué has hecho?

—Usted debe de ser Fea.

—¡Sí! ¡Y esa cerda era una buena fuente de ingresos en el negocio del bandidaje!

—Bueno, señora, pues me veo obligado a denunciarla por tener animales de granja dentro de los límites de la aldea de Cromión. Así como por matar, saquear y ser fea sin licencia.

La mujer alzó el hacha.

—¡Muere!

Aquí va un sabio consejo: si os encontráis con un héroe bien armado que acaba de matar una cerda gigante, no gritéis «¡Muere!» y lo atacéis con un hacha.

Al cabo de un momento, Fea yacía muerta junto a su cerda. Teseo limpió la espada en su vestido de arpillera. Podría haber vuelto a Cromión para contarle a la gente lo que había pasado, pero se imaginó que ya lo averiguarían. Además en la aldea no había gran cosa que hacer una vez que habías matado a la cerda gigante. Por eso nuestro héroe se puso en marcha otra vez.

A esas alturas, Teseo había desarrollado una filosofía personal sobre eso de matar. Atacaría solo si lo atacaban primero. Y, siempre que fuera posible, derrotaría a sus enemigos de la misma manera que intentarían derrotarlo a él. ¿Que le pegaban con un garrote? Teseo les quitaría el garrote y los mataría con él. ¿Que lo ataban a un pino? Él los ataría a dos pinos. Aquel sistema le parecía justo, y además divertido. Solo sentía no haber podido matar a Fea con su propia cerda gigante. Pero, en fin, aquella filosofía solo era aplicable hasta cierto punto.

Una tarde, Teseo andaba caminando por la cima de un acantilado de treinta metros de altura (porque los héroes hacen esas cosas). El mar relumbraba allí abajo, y él notaba la agradable calidez del sol en el rostro. Estaba tan tranquilo y relajado que Teseo empezó a inquietarse.

Por suerte, a unos quince metros por delante de él, un bandido salió dando un brinco de detrás de una roca y gritó:

—¡La bolsa o la vida!

El tipo llevaba la ropa negra y polvorienta, unas sandalias de cuero (no tan buenas como las de Teseo) y un sombrero también negro de ala ancha. Un pañuelo le cubría la parte inferior de la cara. Y apuntaba a Teseo con una ballesta.

Teseo sonrió.

—Tío, me alegro de verte.

El tipo bajó la punta del arma.

—¿Sí?

—¡Sí! Me aburría.

El bandido parpadeó.

—Ah... bueno, vale. ¡Esto es un atraco! Dame todo lo que tengas: la espada, la maza, y desde luego esas sandalias. Se ven estupendas.

—Supongo que no habrá manera de evitar un enfrentamiento, ¿verdad? Es que estoy intentando no matar a nadie a menos que me ataque.

El bandido se echó a reír.

—¿Tú, matarme a mí? ¡Muy buena esa! Mira, vamos a hacer una cosa: si me lavas los pies como muestra de respeto, no te mataré. Me llevaré tus cosas, pero te dejaré con vida. Es mi última oferta.

La mención del lavado de pies avivó la memoria de Teseo.

—Ah, mi madre me habló de ti. Tú debes de ser Esciro.

El salteador hinchó el pecho.

—¡Pues claro que sí! ¡Soy famoso! ¡Esciro, hijo de Poseidón! ¡El número seis de la lista de «Los Diez Bandidos más Ricos»!

—Oye, que yo también soy hijo de Poseidón —dijo Teseo—. No querrás robar a un hermano, ¿verdad?

—Los parientes son mis víctimas favoritas. Venga, ¡lávame los pies! Aquí, justo al borde del acantilado, es un buen sitio. No te preocupes, que no voy a tirarte.

Teseo se asomó al borde. Treinta metros más abajo, una gigantesca forma redonda se movía bajo las olas.

—¿Eso de ahí es una tortuga enorme?

—Sí. Es mi mascota.

—¿Y come seres humanos? Es decir, si tiraras a tus víctimas por este acantilado, como has dicho que no harías, ¿se las comería?

—Mi tortuga es una hembra. Se llama *Molly*. Y por supuesto que no come seres humanos. ¡Qué tontería!

Como si tener una tortuga gigante llamada *Molly* no fuera ya una tontería.

Esciro volvió a apuntarlo con la ballesta.

—Venga, ¡lávame los pies o muere! Hay un cubo y un trapo detrás de esa roca. Y trae el espray desinfectante, que vas a necesitarlo.

Teseo dejó con cuidado las armas y fue a por los trastos para lavarle los pies a Esciro, con este apuntándolo en todo momento con la ballesta. Al final se arrodilló delante del bandido.

—Que te diviertas.

Esciro plantó el pie izquierdo en una roca, colocándose de tal manera que Teseo le diera la espalda al mar. Con una rápida patada, podría tirarlo al abismo.

Por suerte, Teseo ya se lo esperaba.

Silbando, empezó a desabrochar las sandalias de Esciro. El bandido tenía los dedos de los pies peludos y con sustancias desconocidas incrustadas. En las grietas de la uña del dedo gordo, unas algas verdes estaban ya a punto de crear una sociedad agrícola.

La asquerosidad de aquellos pies distrajo a Teseo, pero como este siempre estaba distraído, no importó. Notó que Esciro tensaba la pierna y, justo antes de que el bandido le propinara una patada, nuestro héroe se dejó caer a un lado. Esciro se tambaleó, perdió el equilibrio, y Teseo le plantó el pie en el culo y lo tiró por el acantilado.

—¡Aaaaaahhh! —exclamó Esciro; luego aleteó con los brazos, pero por desgracia los hijos semidioses de Poseidón no heredamos el poder de volar.

La tortuga gigante asomó la cabeza a la superficie y abrió sus enormes fauces.

—¡No, *Molly*! —gritó de nuevo—. ¡Que soy yo!

Ñam.

Por lo visto, a *Molly* no le importaba morder la mano que le daba de comer... ni tampoco tragarse el resto del cuerpo.

Teseo se lavó las manos con el espray desinfectante y prosiguió su camino.

Por fin llegó al cabo del puente de tierra y entró en Ática. (Annabeth me dice que a la estrecha franja de tierra que conecta dos grandes extensiones de tierra se la llama «istmo». Yo eso no puedo ni pronunciarlo, pero ahí lo dejo, para los frikis de la geografía).

Teseo llegó a la ciudad de Eleusis, que era famosa por su templo de Deméter. Pero resulta que en lugar de estar vendiendo baratijas turísticas de la diosa y ofreciendo visitas guiadas, los ciudadanos corrían de un lado para otro pegando alaridos y buscando algún sitio donde esconderse.

—¿Qué pasa? —le preguntó Teseo a uno.

—¡El rey! ¡Se ha vuelto loco! ¡Quiere pelear!

Teseo frunció el ceño. Su madre lo había advertido sobre Cerción, el rey de Eleusis. Por lo visto era un tipo cruel y muy fuerte, y era muy aficionado a matar a viajeros. Pero no le había mencionado que le gustara pelear.

Total, que Teseo fue hasta el fuego ceremonial que había en el centro de la ciudad. Por lo general, ese era el lugar más seguro de cualquier ciudad griega. Los viajeros y embajadores se dirigían allí para declarar sus intenciones pacíficas y aceptar la hospitalidad local.

Sin embargo, en ese momento, la hospitalidad local la proporcionaba un tío más grande que un oso, que andaba dando zancadas con una capa dorada reluciente, unos calzoncillos de licra también dorados y una máscara con unos agujeros enormes para los ojos que parecía sospechosamente otro par de calzoncillos.

—¿Quién luchará conmigo?! —bramaba el hombre de los calzoncillos—. ¡Yo soy Cerción, el rey!

—¡Vaya! —dijo Teseo—. ¡Qué disfraz más brillante!

—¡Aaargh!

Cerción echó a correr a lo loco hacia el templo de Deméter, arreó un puñetazo a una columna de mármol y derribó todo el porche frontal.

—¡Oye, oye! No deberías andar destrozando templos —protestó Teseo—. Y, además, eso no puede ser bueno para los puños.

—¡Yo soy Cerción! —volvió a exclamar—. ¡Derrótame en la lucha y podrás ser rey! ¡Si no, te mataré!

El rey se interrumpió de pronto, como si se le hubiera olvidado lo que estaba haciendo. Es probable que el esfuerzo de juntar tantas palabras le hubiera cortocircuitado el cerebro.

Teseo se planteó qué hacer. Era obvio que al rey Cerción se le había ido la pinza. A lo mejor los dioses lo habían castigado con la locura por todos los años que se había pasado matando a viajeros y labrándose su infame reputación. Y aunque no quería matar a un loco, tampoco podía permitir que Cerción aterrorizara a los ciudadanos, destruyera templos y se paseara por ahí con unos calzoncillos de licra dorados.

—Así que si te venzo en la lucha —le dijo—, ¿seré yo el rey?

—¡Sí!

—¿Y tengo que llevar calzoncillos en la cabeza?

—¡Sí!

Teseo se quitó la espada y la maza.

—¿Tengo que matarte o aceptarás la derrota si te inmovilizo?

—Eso va a ser imposible —aseguró Cerción—, ¡porque voy a partirte la columna!

Teseo dio un respingo.

—Ojalá no hubieras dicho eso. Verás, es que tengo una filosofía...

—¡Raaarg!

Cerción se lanzó al ataque. Teseo esquivó su primera embestida. El rey era grande y fuerte, pero tan torpe como una cerda gigante. Y Teseo ya sabía de qué iba aquello.

Cerción atacó de nuevo. Esta vez, Teseo se apartó a un lado y le dio una patada en la espalda, como había hecho con Esciro. El luchador cayó al fuego y se levantó pegando gritos, con su reluciente capa en llamas.

—¡A muerte! —gritó Cerción.

Teseo pegó la espalda al templo. Y cuando Cerción se arrojó contra él, nuestro héroe se agachó entre sus dos enormes piernas y el rey tuvo la gentileza de estamparse de narices contra la pared de mármol.

La pared se rajó y la cara de Cerción tampoco salió muy bien parada. El rey se tambaleó y cayó al suelo. Haciendo acopio de todas sus fuerzas, Teseo cogió al aturdido rey y lo alzó sobre su cabeza.

Los ciudadanos, que estaban aterrados, salieron de sus escondrijos, y una multitud se congregó mientras Teseo desfilaba con Cerción por la plaza.

—Ríndete —le dijo—, y te perdonaré la vida.

—Jamás —masculló el loco—. Te romperé... la espalda.

Teseo suspiró.

—Bueno, amigos, vosotros lo habéis oído —señaló, y arrojó al rey contra su rodilla en plan Bane contra Batman.

Cerción cayó muerto al suelo. Teseo le arrancó entonces la máscara y la alzó para que todos la vieran.

—¡Tíos! —gritó—. ¡No deberíais obedecer órdenes de gente que lleva calzoncillos en la cabeza! Y, además, todo eso de luchar hasta la muerte es ridículo.

—¡Viva nuestro nuevo rey! —exclamó alguien.

—Uy, qué va —dijo Teseo—. Yo ya tengo mi propio curro. ¿Quién es el más listo de la ciudad?

La muchedumbre señaló con dudas a un viejo de barba blanca. Tal vez el filósofo de la zona.

—Ahora eres el rey —le comunicó Teseo—. Haz un buen trabajo. Arregla el templo. Encárgate del cuerpo del luchador. Y jamás llesves unos calzoncillos como máscara.

—Entendido, héroe —contestó el viejo.

Teseo dejó la ciudad de Eleusis en mejores manos y con mucha menos licra.

Teseo estaba tan cerca de Atenas que podía olerla.

Y quiero decir que la olía literalmente. En aquel entonces los sistemas de saneamiento no eran gran cosa. Y el hedor de una ciudad del tamaño de Atenas se apreciaba a treinta kilómetros de distancia.

Pero nuestro héroe estaba cansado y el sol empezaba a ponerse, así que decidió dormir en el camino una noche más y llegar a la capital al día siguiente.

Total, que se detuvo en el centro comercial más hortera de todo el camino. En la puerta de la tienda más cercana, un gran cartel rezaba: «CAMAS LIGERAMENTE USADAS DE CRUSTY. ¡PASA LA NOCHE CON NOSOTROS!».

No quedaba claro si aquello era un hotel, una tienda de colchones o qué, pero Teseo no pudo resistirse a comprobarlo. Además, en el aparcamiento había un

montón de burros atados, así que el sitio debía de ser popular.

Lo raro es que dentro no encontró clientes, sino una sala de exposiciones cutre y de techo bajo, con unas miserables lámparas de aceite de oliva y dos camas viejas y horrorosas. Una medía unos tres metros, la otra, poco más de uno.

Aquello debía de volver locos a los griegos antiguos. Como ya he comentado, eran un puñado de Ricitos de Oro, siempre buscando el punto medio, el punto «adecuado». Pero en Camas Ligeramente Usadas de Crusty no había tal cosa: solo una cama demasiado grande y otra pequeña a más no poder.

—¡Bienvenido!

El propietario salió de detrás de una cortina situada al fondo.

Al principio, Teseo lo confundió con *Molly*, la tortuga de Esciro. El tipo tenía una cabeza enorme y curtida, sin un solo pelo. Llevaba un delantal de cuero negro hasta los pies y se le acercaba secándose las manos como si acabara de terminar de limpiárselas de sangre.

En su chapa identificativa se leía: «¡HOLA! ¡SOY CRUSTY!».

—¿Eres Crusty...? —preguntó Teseo.

—Pues sí, así es. Aunque mi nombre auténtico es Procusto...

—Que significa «el Estirador» —advirtió Teseo—. Vale, he oído hablar de ti. No te he reconocido por el diminutivo.

—Bueno, «Crusty» es un nombre mucho más pegadizo. Y queda mejor en el cartel de la puerta. Pero, en fin, ¡bienvenido a mi humilde motel y tienda de colchones! ¿Te interesaría una cama de agua ligeramente usada?

—¿Una cama de agua?

Crusty chasqueó los dedos.

—Ay, perdona. Se me olvidaba que todavía no se han inventado. Pero tengo dos modelos estándar estupendos. Son nuestros productos más populares.

—También son tus dos únicos productos —observó Teseo.

Crusty soltó una risita.

—Ya veo que eres un cliente listo. Pero, dime, ¿qué modelo prefieres, el Crusty XL o el Crusty Nano?

Teseo examinó la cama más grande.

—¿Esta es la XL? Es muy larga.

—Sí, pero ¡no te preocupes! ¿Ves las correas de cuero en la cabecera y en los pies? Si no llenas la cama del todo, te estiro hasta que la llenes.

—Así que me estirarías hasta que midiera tres metros. ¿Y si no puedo sobrevivir a tanto estiramiento?

—Bueno, pues te mueres, claro. Las manchas del colchón son de clientes anteriores que... en fin, que se desmembraron. Ya he dicho que son camas ligeramente usadas.

Teseo examinó entonces la pequeña. El cabecero y el pie de la cama estaban cubiertos de un pringue marrón.

—Tu Crusty Nano está un poco... asquerosa.

—Si no cabes en la Nano, pues te sierro las partes que sobresalgan de los dos extremos.

Crusty se sacó un cuchillo del bolsillo del delantal.

—Dime, pues, ¿cuál va a ser?

—Supongo que lo de «yo solo estaba echando un vistazo» no cuela, ¿no?

—¡No!

—¿Qué firmeza tiene el colchón Nano? No puedo dormir si es demasiado blando.

—Uy, es de una firmeza excelente. La combinación de viscoelástica y muelles revestidos te ofrece la comodidad perfecta durante los pocos segundos que te quedan de vida.

—¿También a un tipo tan grande como tú?

—Desde luego.

—Lo siento, pero me cuesta creerlo. Ya me han engañado antes en estos centros comerciales tan cutres.

Procusto frunció el ceño. No le gustaba nada que cuestionaran sus productos.

—¡Yo nunca miento sobre mis colchones! ¡Mira!

Se sentó en la Crusty Nano y botó sobre el colchón.

—¿Lo ves?

—Guay.

Teseo blandió la maza que llevaba al hombro y pegó tal golpetazo al Estirador que se cayó de costado y se dio un golpe contra el cabecero de la cama.

Cuando se despertó, estaba bien atado a la Crusty Nano. La cabeza le sobresalía por arriba y los pies le colgaban por abajo.

—¿Qué significa esto? ¡Yo aquí no quepo!

—Eso puedo arreglarlo.

Teseo sacó la espada y lo ayudó a encajarse perfectamente en su propia cama. De ahí viene el viejo dicho de «Quien en camas usadas se acuesta, acaba por no tener pies ni cabeza».

Teseo pasó la noche en la Crusty XL, que al final resulta que era muy cómoda si lograbas olvidarte de las manchas. Por la mañana partió hacia Atenas, listo para conocer a su real padre (que no a su divino padre).

En Atenas las cosas no iban precisamente como la seda.

El primer problema era que el rey Egeo se hacía viejo y estaba cada vez más débil. Su influencia llegaba como medio metro más allá del palacio real. El resto de la ciudad estaba gobernado por bandas rivales encabezadas por los muchos enemigos de Egeo.

¿Y quiénes eran esos fantásticos enemigos? Pues sus parientes, por supuesto.

Veréis, Egeo tenía un hermano pequeño llamado Palas. (Pero no Palas Atenea, la diosa. Sí, ya sé que es un lío). Y Egeo y Palas no se llevaban bien. Palas quería ser rey, pero como era el hermano pequeño, se quedó con las ganas.

Así que se pasó toda la vida quejándose y teniendo hijos. Cincuenta, para ser exactos. ¿Y cómo puede tener alguien cincuenta hijos? Pues con una docena de esposas o una máquina de clonar de última generación. Los hijos eran como una especie de venganza contra su hermano, en plan: «Uy, lo siento, Egeo. ¿Que tú no puedes tener hijos? ¡Pues yo tengo cincuenta! ¡Zas, en toda la boca!».

En fin, el caso es que sus hijos eran conocidos como los Palántidas, es decir, «los hijos de Palas». Y aquello era un poco como *Sons of Anarchy*, pero sin las motos. De mayores se habían convertido en unos capullos integrales y todos querían ver muerto a su tío.

Se dividieron en diferentes bandas y tomaron el control de distintos barrios. Cada dos por tres había guerras por el territorio. Todo el mundo en Atenas tenía que pagar protección a una de las bandas. Y si te equivocabas, te arriesgabas a que una jabalina te atravesara el pecho en un enfrentamiento armado desde los carros.

Cuando Teseo llegó a Atenas, los cincuenta Palántidas habían establecido sus bandas y esperaban a que Egeo se muriera. Luego planeaban montar una

buena guerra civil a la antigua usanza para que ganaran los Palántidas más fuertes. Por todo esto, la ciudad era incluso más peligrosa que la carretera. Si Teseo aparecía diciendo que era hijo de Egeo, se convertiría en un acerico de flechas antes de llegar siquiera al palacio.

El segundo problema era que el rey se había buscado una nueva esposa: una hechicera llamada Medea. Ya hablaré más de ella en otra historia, pero el caso es que Medea había prometido a Egeo que con sus brujerías podría darle un hijo varón, y a los Palántidas no es que aquello les hubiera hecho mucha gracia. Habrían arrasado el palacio de no ser porque estaba bien defendido, los guardias iban bien armados y dentro había una hechicera. De manera que aunque Teseo lograra llegar al palacio, Medea lo mataría por estropearle los planes.

El tercer problema era que Atenas estaba sufriendo el acoso de una superpotencia extranjera llamada Creta. Teseo no sabía mucho sobre Creta, tan solo le habían llegado unos rumores absurdos sobre un monstruo medio toro medio hombre que vivía en un gran laberinto. Pero por las conversaciones que había ido oyendo por el camino, se enteró de que Atenas y Creta se odiaban mutuamente desde antes de que él naciera.

Todo ese odio había empezado cuando uno de los hijos del rey Minos, un tal Androgeo, llegó a Atenas veinte años antes para participar en una competición deportiva local, y uno de los Palántidas lo mató.

Entonces, Minos, enfurecido, reunió a su flota y se dirigió hacia Atenas. Puso sitio a la ciudad, quemó el puerto e invocó a su padre, Zeus, para que descargara rayos y plagas y langostas y chinches.

Al final, Egeo no tuvo más remedio que rendirse. Y Minos prometió detener la destrucción de la ciudad, pero una vez cada siete años Atenas tenía que enviar como tributo a Creta a los siete jóvenes guerreros más valientes y a las siete muchachas más hermosas, y allí en Creta se los echaban al Minotauro en su laberinto.

Si estáis pensando que os suena mucho a *Los juegos del hambre*, es porque la serie se inspiró en esta historia. Y no, el laberinto no era televisado, pero solo porque Dédalo aún no había inventado la televisión.

En fin, que el tercer ciclo de siete años estaba a punto de cerrarse. Al cabo de unos cuantos meses tendrían que elegir a catorce tributos y todo el mundo estaba de los nervios.

¿Parecen suficientes problemas para una ciudad?

Pues parece ser que no, porque ¡tenían un problema extra!

Un gigantesco toro salvaje andaba arrasando el territorio cerca de un suburbio llamado Maratón. Nadie había logrado detenerlo. Los atenienses estaban seguros de que el toro de Maratón era una señal de los dioses, que venía a decir: «Tíos, sois lo peor».

«Vaya —pensó Teseo—, este sitio es un auténtico desastre. ¡Me encanta!  
¡Cuántas cosas que hacer!».

Quería entrar en el palacio para ver si su padre estaba bien, pero aquello era más difícil de lo que parecía.

Los guardias, temerosos de los asesinos, no dejaban pasar a nadie. Y, por supuesto, si Teseo decía que era hijo de Egeo, podían matarlo de veinte maneras distintas antes de que lograra llegar al salón del trono.

«Lo que necesito —pensó— es conseguir una audiencia con el rey sin revelar mi verdadera identidad».

Echó un vistazo a una taberna cercana, cuya fachada estaba cubierta de panfletos. Uno de ellos decía:

¡CONSIGUE AUDIENCIA CON EL REY!\*

¡MATA AL TORO DE MARATÓN!\*\*

¡OBTÉN FAMA, RIQUEZAS Y UNA CENA EN EL PALACIO!\*\*\*

\*PALÁNTIDAS ABSTENERSE.

\*\*SE EXIGE FE DE MUERTE DEL TORO.

\*\*\*LA FAMA PUEDE VARIAR. RIQUEZAS SUJETAS A IMPUESTOS.

INFORME A SU CAMARERO DE CUALQUIER ALERGIA ALIMENTARIA.

«¡Ya está! —se dijo Teseo—. Mataré al toro de Maratón y así me ganaré una cena en el palacio. ¡Y además no tengo alergias alimentarias!».

Total, que Teseo se fue a buscar al toro, pero en cuanto salió de la ciudad, una tormenta gigantesca rugió en el aire. Las nubes parecían tinta hirviendo, los rayos rasgaban el cielo, la lluvia picaba tanto que Teseo tuvo la sensación de que lo estaban bombardeando con un chorro de arena.

Vio una pequeña cabaña a un lado del camino y se refugió en ella a toda prisa. Dentro había una anciana sentada junto al fuego, removiendo un caldero de sopa. No pareció sorprendida de verlo.

—Bienvenido, joven. Menuda tormenta, ¿eh?

—Pues sí.

Teseo dejó la maza en el suelo.

—¿Te importa que me espere aquí un rato?

—En absoluto. ¿Qué?, vienes a matar al toro de Maratón, ¿no?

Teseo parpadeó.

—¿Cómo lo sabes?

—Me llamo Hecale. Antes era sacerdotisa de Zeus. Sé muchas cosas.

—Ah.

Teseo pensó de repente que debería haberse limpiado los pies antes de irrumpir en la cabaña.

—Entonces ¿tienes algún consejo para mí?

Hecale soltó una risita.

—Ese toro es sagrado para Minos, el hijo de Zeus. Por eso el dios no permite que nadie lo mate. Y por eso también ha enviado esta tormenta, para detenerte. Si prometes traer aquí el toro cuando lo captures, yo sacrificaré el animal para Zeus. Eso complacerá al dios del cielo.

—¡Hecho!

En ese mismo instante amainó la lluvia y cesaron los truenos. Teseo se asomó y vio que el cielo era azul y oyó a unos pajarillos trinando entre los árboles.

—¡Madre mía, qué rapidez! —exclamó.

—A Zeus le gusta ir al grano —dijo Hecale—. ¡No te olvides de tu promesa!

Cuando Teseo llegó a Maratón, vio un toro blanco destrozando una aldea abandonada, derribando casas y aplastando cercas. En otras circunstancias lo habría matado con la maza, pero tenía que llevárselo vivo a la sacerdotisa para que lo sacrificara, así que debía capturarlo. Entró a hurtadillas en uno de los pocos graneros que quedaban en pie y preparó unas cuantas trampas con cuerdas, poleas y balas de heno a modo de contrapesos.

Entonces abrió la puerta del granero y esperó a que el toro estuviera lo bastante cerca para que lo oyera.

—¡Uau! —chilló Teseo—. ¡Qué vacas más guapas hay en este granero!

El toro se volvió resoplando y ladeó la cabeza, en plan: «¿Vacas guapas, has dicho?».

—Pero ¡no puedes tocarlas! —siguió gritando Teseo—. ¡Son todas mías! ¡Creo que esta noche me prepararé unas hamburguesas! ¡Jajajajajaja!

Y se metió corriendo en el granero.

El toro se abalanzó sobre él, decidido a rescatar a las hermosas vacas de su

verdugo humano. Los cascotes del toro hicieron saltar la trampa: las cuerdas se tensaron en torno a sus patas y, de un tirón, lo elevaron en el aire cabeza abajo. El animal bramaba y se debatía con furia, pero no podía escapar.

Teseo se aseguró de que estuviera bien atado y luego lo bajó hasta una carreta, buscó un par de caballos y se llevó a la bestia de vuelta a la ciudad.

Tal como había prometido, se detuvo en la cabaña de Hecale, pero la anciana había muerto durante la noche. Tal vez se intoxicó con la sopa, o igual es que había vivido justo lo suficiente para llevar a cabo su última tarea para el dios Zeus.

—Gracias, anciana —dijo Teseo—. No te olvidaré. Me llevaré el toro a Atenas y yo mismo lo sacrificaré en el templo de Zeus.

Antes de marcharse, Teseo enterró a Hecale y construyó en su honor un monumento abovedado que se mantuvo durante siglos en aquel lugar, en mitad de la nada, como recordatorio de que los buenos consejos pueden provenir de los sitios más raros.

La entrada de Teseo en Atenas fue bastante espectacular. El toro blanco pesaba unos doscientos cincuenta kilos, sin embargo Teseo se lo echó sobre los hombros y lo paseó por la ciudad, atrayendo a una multitud mientras subía por los escalones de la Acrópolis hasta el templo de Zeus. Allí sacó la espada y sacrificó al animal en medio de los vítores y las flores que le lanzaba la gente.

El sacerdote hizo llegar la noticia al palacio: un joven forastero había matado al toro de Maratón. Una hora más tarde, un mensajero real le llevó a Teseo una invitación a cenar.

¡El chico estaba encantado! Por fin iba a conocer a su padre. Decidió que esperaría a la mitad de la cena para soltarle la noticia: «Ah, por cierto, ¡que soy tu hijo!». Luego, después de matar a los enemigos de Egeo, a lo mejor podían ir a ver juntos un partido o algo.

Pero el plan tenía un fallo, y es que la hechicera Medea ya había adivinado la identidad de Teseo. Medea contaba con su magia. Y tenía espías. Se había informado de las hazañas del joven a lo largo del camino a Atenas y sabía que era el hijo de su esposo. Y no podía permitir que le estropeará sus planes. Ella quería que un hijo suyo ocupara el trono de Atenas. Por eso, antes de la cena de celebración, se acercó al viejo rey.

—Oye, cielito. —El apodo cariñoso que utilizaba con él demuestra lo malvada que era—. Me preocupa este joven héroe que viene a cenar. Creo que es un asesino enviado por los Palántidas.

Egeo frunció el ceño. Ya no era tan avisado como antes, pero odiaba a los asesinos.

—Bueno... ¿y qué sugieres?

—Veneno —contestó Medea—. Cuando brindemos por el héroe, le daremos una copa de vino envenenado.

—No parece muy hospitalario. ¿Acaso no es nuestro invitado?

—Cariño, no querrás que te asesinen antes de que tú y yo hayamos podido tener un hijo, ¿verdad?

Egeo suspiró. Medea llevaba años prometiéndole un hijo varón, pero este nunca llegaba. Hacía mucho tiempo, el rey había conocido a una mujer estupenda de verdad: Etra. Se había convencido de que el hijo que tuvo con ella aparecería en algún momento, procedente de Trizina, pero, por desgracia, nunca había tenido noticias de él. Y ahora se había quedado con una esposa hechicera, una jauría de enemigos que esperaban a que muriera y por lo visto un asesino que fingía ser un héroe.

—Muy bien —contestó—. Ten el veneno preparado para la cena.

Cuando Teseo llegó, se quedó horrorizado al ver lo viejo y lo débil que parecía su padre. Menos le sorprendió Medea, que lo fulminaba con la mirada mientras tomaban el aperitivo y charlaban del tiempo y de la mejor manera de cazar toros gigantes.

El primer plato era un asado de carne regado con un buen vino. Teseo advirtió que la reina se tensaba cuando le pusieron a él la copa de vino delante. Y aunque tenía mucha sed después de tanto palique, decidió abstenerse de beber.

—¡La carne tiene un aspecto estupendo! —comentó—. Pero creo que será mejor que la corte en trozos más pequeños. Usaré mi espada, si no os importa...

Sacar una espada durante la cena suele ser de mala educación, pero Teseo se desabrochó la vaina y la dejó sobre la mesa. Luego sacó la hoja y se puso a cortar la carne.

El rey tenía la mente algo nublada, pero reconoció su propio símbolo real y sus iniciales en la empuñadura. Aquella espada... era suya. ¿Qué había hecho con ella? ¡Ah, sí! La había escondido debajo de una roca a las afueras de Trizina para que su hijo la recuperase.

Aquel joven fuerte y atractivo tenía su espada, lo cual significaba...

Cuando Teseo tendió una mano hacia la copa de vino, el rey lanzó un grito y de un golpe se la tiró de las manos. El veneno se derramó siseando y humeando por el suelo de mármol.

—¡Hijo mío! —exclamó Egeo.

—¡Papá! —dijo Teseo.

—¡Medea! —gruñó el rey.

—¿Cielito?

Medea se levantó de un brinco y se apartó de la mesa.

—Tú sabías quién era —afirmó Egeo—. ¡Querías que envenenara a mi propio hijo! Mira que eres malvada, retorcida...

—Cariño, cariño, hablemoslo tranquilamente.

—¡Guardias, detenedla!

Medea salió corriendo de la sala perseguida por una docena de guardias. A pesar de todo consiguió escapar y huir del reino, pues la hechicera tenía mucha práctica en eso de escapar de los reinos. Pero por lo menos Egeo se vio libre de ella.

El rey abrazó emocionado a su hijo y estuvieron hablando hasta bien entrada la noche. Teseo durmió en el mejor cuarto de invitados de todo el palacio y en una cama todavía más cómoda que la Crusty XL. Por la mañana, padre e hijo decidieron visitar los templos para dar las gracias por la llegada de Teseo. ¡El rey por fin tenía un heredero!

La noticia no tardó en extenderse: el rey se aventuraría a salir del palacio por primera vez en años.

Los cincuenta Palántidas pensaron que más les valía hacer algo entonces que se les presentaba la oportunidad. Reunieron a todas sus bandas y se dividieron en dos ejércitos. El plan era esperar a que el rey, Teseo y los guardias estuvieran a medio camino de los templos. Entonces, los dos ejércitos los atacarían desde los dos extremos, atrapando al rey en una maniobra de pinza para aniquilar a todo su grupo.

Era un buen plan. No sé muy bien si Teseo podría haber hecho frente a tantos enemigos a la vez. Por suerte, los Palántidas tenían un criado llamado Leos, que se mantenía fiel al rey en secreto. Leos corrió al palacio al amanecer, avisó a Egeo y Teseo de lo que se avecinaba y los informó del lugar donde iban a tenderles la emboscada.

Teseo fue a por una armadura a la sala real de suministros. Se ató la espada al cinto, cogió la maza y salió del palacio. Encontró al primer ejército de Palántidas en un callejón oscuro, desayunando unas tostadas mientras esperaban a que pasara la procesión real.

—¡Hola! —los saludó alegremente.

Luego los mató a todos.

No sentía ningún remordimiento. Ellos planeaban matar a todo el personal del rey, así que Teseo pensó que se habían llevado su merecido. Era una filosofía

muy sencilla.

A continuación recorrió la ciudad, con sus preciosas sandalias ahora salpicadas de sangre y de mermelada, hasta que encontró al segundo ejército de Palántidas, que estaban haciendo cola en Starbucks, ya muy impacientes por que les sirvieran sus cafés con aroma a calabaza.

—¡Hola!

Teseo acortó la cola matándolos a todos. Luego pidió un capuchino doble con extra de espuma y regresó al palacio.

Después de eso, el rey ya no tuvo problema en llevar a su séquito a los templos.

Dio gracias a los dioses por el hijo tan extremadamente violento que tenía. Todo el mundo en Atenas pasó un día estupendo, libre de las bandas de Palántidas por primera vez en décadas.

Detalle curioso: ¿Os acordáis de aquel tal Leos que traicionó a los hijos de Palas? Pues se ve que la gente de su ciudad, Pallini, todavía no soporta oír la palabra «Leo». Nunca les ponen ese nombre a sus hijos, y se considera mala suerte nacer bajo ese signo del zodiaco. Yo tengo un amigo que se llama Leo y a quien le encantaría esa historia. Seguro que iría a Pallini y se presentaría cincuenta veces al día solo para ver cómo reaccionaba la gente.

En fin. Teseo había tachado ya muchas cosas de su lista: había matado el toro de Maratón, había echado a la malvada reina hechicera, había asesinado a todos los enemigos de su padre en una sola mañana...

Solo quedaba una nubecilla oscura en el horizonte... y tenía una forma muy parecida a la de un minotauro.

Un mes después de que Teseo se asentara como príncipe de Atenas, se cumplió el ciclo de los siete años de la gran lotería cretense. Todos los jóvenes y las doncellas del reino debían registrarse para tener la oportunidad de ganar un viaje gratis a Cnosos, cenar y beber vino en la corte de Minos y luego ser arrojados al laberinto para sacarse unas fotos con el Minotauro, todo esto seguido de una muerte dolorosa.

La gente de Atenas protestaba por las calles. Y, oye, no se les puede reprochar nada. Su rey estaba celebrando la llegada de su hijo y, mientras, a los demás se les pedía que ofrecieran a sus propios hijos como tributos.

A Teseo le pareció que aquello no estaba bien.

—Papá, he pensado que voy a presentarme voluntario como tributo —dijo.

—¿Qué?

Egeo intentó levantarse del trono, pero las piernas le temblaban demasiado.

—¡No, hijo! ¡Acabo de conocerte! ¡No quiero perderte ahora!

—No te preocupes. El trato con Creta dice que el sistema de tributos cesará para siempre en cuanto uno de nosotros mate al Minotauro, ¿no?

—Sí, pero...

—Pues nada, ¡mato al Minotauro y ya está! ¡Será facilísimo!

Egeo no estaba seguro de que fuera tan fácil, pero Teseo se mostraba decidido. Era lo que había que hacer. Además, el chico llevaba ya semanas sin matar ningún monstruo ni destruir ningún ejército, y estaba más aburrido que una ostra.

Cuando los atenienses se enteraron de que el príncipe se había ofrecido voluntario, alucinaron. Se habían vuelto muy escépticos respecto a los políticos y sus vacuas promesas, pero ahora aquel joven estaba dispuesto a arriesgar su vida junto con la gente del pueblo. Su popularidad subió en las encuestas en un setenta y cinco por ciento por lo menos.

De manera que cuando en la lotería salieron los nombres de los otros tributos, nadie se quejó. Todos se unieron a las órdenes de Teseo, que prometió llevarlos a Creta y traerlos de vuelta a casa sanos y salvos.

La noche antes de que zarparan, el rey Egeo celebró una última cena con su hijo.

—Por favor, Teseo —dijo el viejo rey—, hazme un favor: por lo general, cuando un barco vuelve de Creta, luce las velas negras porque todos los tributos han muerto. Si consigues de verdad regresar a casa, pídele al capitán que ponga velas de otro color. Así en cuanto vea el barco en el horizonte sabré que estás bien. Y cuando llegues a puerto celebraremos una gran fiesta en tu honor.

Teseo abrazó a su padre.

—Pues claro. ¿Qué color quieres?

—Fucsia —contestó el rey—. Con un reborde turquesa.

—Esto... ¿Y qué tal unas velas blancas? —propuso Teseo—. Sería más fácil.

El rey se mostró de acuerdo, aunque el blanco le parecía un poco convencional.

Total, que los catorce tributos atenienses se reunieron a bordo del barco y zarparon hacia Creta, mientras sus padres los despedían desde el muelle diciéndoles adiós con la mano y conteniendo las lágrimas. Durante el viaje, Teseo intentó mantener a los tributos animados jugando al bingo y a los tejos, pero todos estaban nerviosos. Sabían que en el laberinto no se les permitiría llevar armas y que nadie había sobrevivido jamás a aquella experiencia. Con todo esto les resultaba difícil disfrutar de la noche de trivium junto a la piscina

de cubierta.

Después de tres días en el mar, amarraron en el puerto de Cnosos. Comparada con las agujas doradas de aquella capital, con sus templos de mármol, los jardines y palacios, Atenas parecía un vertedero.

Los tributos fueron recibidos por una muchedumbre que los abucheaba y agitaba banderines con toros y grandes manos de gomaespuma en las que se leía: «¡CRETA ES LA MEJOR!». Con la excepción de Teseo, los catorce adolescentes nunca habían salido de casa, y ahora se sentían asustados y abrumados, que era justo lo que quería Minos.

El Día del Laberinto era una maniobra de relaciones públicas estupenda para Minos. Por una parte, daba al pueblo de Creta algo que celebrar, y además la gente podía ver a los jóvenes más distinguidos de Atenas encogidos de miedo y totalmente humillados antes de ser arrojados a la muerte en el laberinto del Minotauro.

Sin embargo, Teseo arruinó bastante el espectáculo, porque sonreía y saludaba a la gente mientras se encaminaba con los otros tributos hacia el palacio.

—¿Qué hay, tíos? Soy Teseo. ¡Es genial estar aquí! Voy a matar a vuestro Minotauro. Oye, guapa, llámame. ¡Eres guapísima!

Los atenienses fueron llevados al palacio del rey Minos para la acostumbrada cena de bienvenida y las festividades de «vamos a conocernos un poco antes de que muráis». El rey esperaba con ilusión un poco de actitud servil por parte de sus invitados, a la vieja usanza. Le encantaba el servilismo. Pero, una vez más, Teseo estropeó la diversión atreviéndose a pasárselo bien durante la cena. Se rio, contó chistes y entretuvo a la familia real cretense con anécdotas sobre sus andanzas en el camino desde Trizina. La historia de *Molly*, la tortuga gigante, fue especialmente celebrada. Con los picos del pan, Teseo hizo un muñequito de Esciro y lo tiró desde el otro lado de la mesa al cuenco de sopa del rey, gritando:

—¡Nooo! ¡*Mollyyyyyyy!*

Los hijos de Minos se morían de la risa. La princesa Ariadna, sentada justo enfrente de Teseo, estaba fascinada por aquel príncipe ateniense tan guapo, tan gracioso y tan valiente. Cuando terminó la velada, estaba locamente enamorada de él y no podía soportar la idea de que muriera en el laberinto. Su padre era insoportable: siempre mutilando y torturando a sus súbditos, arrojando a su hermano mutante, el Minotauro, dentro de aquel laberinto y cargándose siempre a los tíos guapos antes de que ella pudiera conocerlos mejor. ¡Agh!

El rey Minos, por otra parte, no se enamoró locamente de Teseo. Más bien decidió que aquel joven héroe tenía que morir antes de tiempo, lo cual inspiraría en los demás tributos el terror apropiado. Si no, cuando los arrojaran al laberinto sus gritos no producirían todo el efecto deseado. Al rey le encantaban los gritos de la juventud ateniense. Calmaban sus delicados

nervios.

—¡Bueno, Teseo! —exclamó el rey al otro lado de la mesa—. Así pues ¿eres hijo de Poseidón?

—¡Sí, mi señor! He sido bendecido con dos padres poderosos: el uno, rey de Atenas, el otro, dios del mar.

—Qué emocionante. El segundo rey más poderoso de Grecia y el segundo dios más poderoso. Como ya sabes, yo soy el rey de la nación más poderosa, y mi padre es Zeus.

Minos era así de capullo.

El rey se levantó y se quitó el anillo con el sello real: una sortija de oro con una cabeza de toro tallada en un zafiro.

—¿Te apetece que pongamos a prueba tu linaje, Teseo?

Minos se acercó a la ventana. El comedor se encontraba en la planta veinte de la torre más alta y daba al mar.

—¿Y si lanzo este anillo al mar y tú te zambulles a buscarlo? Así sabremos que eres de verdad el hijo de Poseidón. Después de todas las hazañas que nos has contado, estoy seguro de que esto no te resultará difícil.

El anillo costaba un millón de dracmas más o menos, pero a Minos qué más le daba: tenía una docena de anillos como ese en el cajón de su mesita. Se imaginó que el recién llegado temblaría de miedo o pondría alguna excusa tonta para no tener que saltar desde una ventana de la vigésima planta. Pero si de verdad saltaba, aquello podía tener gracia.

Total, que Minos lanzó el anillo. Y como siempre, Teseo reaccionó por impulso: «¿Una cosita brillante que se mueve deprisa? ¡A por ella!».

Corrió a la ventana y saltó al vacío.

El rey se echó a reír.

—Bueno, pues se acabó el ateniense.

Teseo estaba a media caída cuando se planteó que igual debería haber pensado primero... en buscar un paracaídas, por ejemplo, o tal vez una tabla de surf. Así que tuvo que conformarse con una oración.

—Eh, Poseidón, ¿me echas una manita?

Cayó al agua. El golpe debería haberlo matado al instante, pero en lugar de eso se deslizó fácilmente hacia las profundidades. La corriente se lo llevó hasta el fondo del mar, y allí atisbó un brillo de oro en la arena y recuperó el anillo del rey Minos. Entonces dio una patada en el agua para impulsarse y

subió a la superficie. Ni siquiera le faltaba el aliento.

—¡Gracias, papá!

Las olas lo llevaron hasta la orilla. Unos minutos más tarde, uno de los camareros del comedor real se acercó corriendo al rey.

—Esto... señor, hay un tipo empapado en la puerta que dice que tiene tu anillo.

Y Teseo irrumpió en la sala.

—¡Tachán! Mi señor Minos, te traigo saludos del segundo dios más poderoso, Poseidón. Dice que «si se te ocurre algo más, pringado».

Y le tiró el anillo a la sopa. Los atenienses se echaron a reír. Incluso los cretenses sonrieron y soltaron risitas.

El rey Minos intentó mantener la serenidad, pero no le fue fácil. Parecía que iban a estallarle las venas de la frente.

—¡Se acabó la cena! —declaró, levantándose—. Que durmáis bien, tributos. Mañana os enfrenaréis al Minotauro. Y aquí nuestro gallardo amigo Teseo tendrá el honor de morir... quiero decir, de entrar primero.

La princesa Ariadna no pudo pegar ojo esa noche.

Su padre era muy malo. Mira que condenar a muerte al hombre al que ella amaba... Pero decidió que no iba a quedarse de brazos cruzados. Se envolvió en una capa con capucha y salió a hurtadillas de su habitación para ir a ver a su mentor, Dédalo, que vivía en un taller del laberinto, prisionero allí por orden del rey.

A lo largo de los años, Ariadna se había hecho amiga del viejo inventor, que le daba clases de ciencias y matemáticas y además la escuchaba cuando se quejaba de sus padres (tendréis que reconocer que sus padres eran unos desquiciados). Dédalo era el constructor del laberinto y había enseñado a la joven a orientarse por él sin peligro: había que dirigirse siempre hacia delante y a la derecha, e ir soltando el hilo de un ovillo para poder encontrar el camino de vuelta. Por lo menos una vez a la semana la princesa entraba en el laberinto a escondidas para visitar al anciano. Y ahora necesitaba su consejo para salvar al muchacho del que se había enamorado.

Total, que llegó al taller del inventor y le contó su problema.

—¡Tengo que ayudar a Teseo! Le enseñaré tus trucos de orientación para que no se pierda en el laberinto. Pero ¿cómo va a derrotar al Minotauro?

Dédalo se tiró nervioso de la barba. Apreciaba a Ariadna y quería ayudarla, pero tenía el pálpito de que aquello no iba a terminar bien para nadie.

La princesa le puso ojitos de cachorro lastimero y Dédalo suspiró.

—De acuerdo. A Teseo no le permitirán meter ninguna arma en el laberinto, pero el Minotauro tiene dos armas estupendas en lo alto de la cabeza. Dile que las coja prestadas. Ah, y el nombre auténtico del Minotauro es Asterión.

—¡Vaya! —soltó Ariadna—. ¡Se me había olvidado!

—Como a casi todo el mundo. Incluso el propio Minotauro se habrá olvidado, seguramente. Pero Teseo puede utilizar ese nombre para confundir al monstruo. Tal vez con eso gane unos pocos segundos.

Ariadna le dio un beso en la frente.

—¡Eres el mejor, Dédalo!

Más tarde, esa misma noche, Teseo oyó que llamaban a su puerta. Se imaginó que los guardias querrían asegurarse de que no hubiera vuelto a saltar por la ventana. Pero no. Cuando abrió se encontró con la princesa. Ariadna estaba ruborizada, y llevaba una sencilla capa de viajero sobre su ropa real.

—Puedo ayudarte a entrar y salir del laberinto —le dijo—. Y voy a contarte cómo matar al Minotauro. Pero tengo una condición. Si lo consigues, debes llevarme contigo cuando te marches. ¡Odio Creta!

—Me parece bien —contestó Teseo.

La princesa le contó cómo orientarse en el laberinto y le dio un ovillo de hilo.

—Encontrarás al Minotauro en el centro del laberinto. Si lo llamas por su nombre auténtico, que es Asterión, a lo mejor lo confundes el tiempo suficiente para tomar la iniciativa. No te permitirán llevar armas, pero Dédalo dice que podrías utilizar los propios cuernos del monstruo.

—Vale —contestó Teseo—. O sencillamente podría usar las manos. Están registradas como armas letales en veintisiete países.

La princesa abrió unos ojos como platos.

—¿De verdad?

—No, era broma. Usaré los cuernos. Y gracias por el ovillo.

Al día siguiente, los guardias llevaron a los catorce tributos atenienses al laberinto. La multitud de espectadores era incluso mayor de lo habitual, porque todo el mundo quería ver cómo Teseo, el príncipe de Atenas, se enfrentaba a su sentencia de muerte. Y Teseo se enfrentó a ella como si celebraran una fiesta en su honor: saludaba y sonreía, estrechaba la mano a los cretenses, daba besos a los niños y se paraba a hacerse fotos con sus fans.

Cuando llegó a la entrada del laberinto, reunió en un corrillo a sus

compañeros tributos.

—Entraré yo primero —les dijo—. Llegaré hasta el centro, y mientras iré soltando un hilo que llevo. Vosotros tomáoslo con tranquilidad, chicos, y no os apartéis del hilo. Una vez que mate al Minotauro, volveré sobre mis pasos, os recogeré y regresaremos vivos a casa. ¿Listos? ¡Vamos!

Las puertas gigantes del laberinto empezaron a abrirse. Los guardias cachearon a los tributos en busca de armas, pero no advirtieron el hilo de Teseo porque lo llevaba enrollado en el cuerpo como si se tratara de un cinturón.

—¡Sí, laberinto! —gritó Teseo—. ¡Yujuuu!

Y entró a la carrera. Los otros atenienses lo siguieron con algo menos de entusiasmo. Las puertas se cerraron de golpe y la muchedumbre de espectadores aguardó a que los primeros gritos hendieran el aire.

Teseo desenroscó el hilo y ató un extremo a la argolla de una antorcha convenientemente situada junto a la salida. Les recordó a los otros tributos que no se alejaran mucho.

—Vosotros relacionaos, charlad un rato. Yo no tardaré en volver.

Y se internó en el laberinto.

Aquello estaba diseñado para desorientar. Al cabo de tres o cuatro pasos, Teseo habría estado totalmente perdido de no ser por su fiel hilo y las instrucciones de Ariadna: ante la duda, siempre hacia delante y a la derecha.

Fue abriéndose camino entre ballestas activadas con resortes, fosos llenos de estacas envenenadas, pasadizos atestados de cuchillas giratorias y corredores forrados de espejos en los que uno se veía muy gordo o muy flaco. Por fin el laberinto se abrió a una arena circular como una plaza de toros.

Y el Minotauro estaba esperándolo.

Gracias a su dieta de carne roja, esteroides, chucherías y salsa de tabasco, había llegado a alcanzar dos metros y medio de altura. Con aquellos hombros, cuello y cabeza de toro, sus ojos del color de la sangre y los cuernos curvos, dejaba al toro de Maratón a la altura de un ternero recién nacido. Y también resultaba bastante aterrador de los hombros para abajo. Tenía los brazos y las piernas hinchados de músculos, llevaba solo un taparrabos y el tío no se había dado una ducha ni hecho una manicura en dos décadas.

El suelo en torno a él estaba plagado de cadenas rotas y huesos de todos los prisioneros a los que se había comido a lo largo de los años. Aparte de eso, la arena estaba desierta, con la excepción de algo de heno para dormir, un abrevadero de agua sucia, un agujero en el suelo a modo de retrete y un par de *National Geographic* viejos como material de lectura. No era de extrañar que el Minotauro estuviera furioso.

Teseo se acercó al hombre toro. No sabía muy bien si se sentía aterrado, fascinado, o si el monstruo le daba pena.

—Jo, tío, tu vida debe de ser un asco. ¿Estás seguro de que tenemos que luchar? Porque podría sacarte de aquí y...

—¡Groaaaarr!

El Minotauro se lanzó al ataque. Desde su nacimiento lo habían entrenado para matar y odiar. Había soportado burlas, torturas y rechazo. No iba a confiar ahora en un ser humano.

Teseo se apartó, pero la bestia era rápida y le arañó el pecho con el cuerno izquierdo, haciéndole sangre.

El joven conocía muchas artimañas para el combate sin armas, pero se dio cuenta enseguida de que el Minotauro era más fuerte y más listo que cualquier otro oponente al que se hubiera enfrentado. Retrocedió tambaleándose mientras el monstruo se daba la vuelta para atacar de nuevo.

Teseo se lanzó hacia la izquierda, pero el monstruo anticipó el movimiento y de un revés lanzó al príncipe ateniense al otro lado de la plaza.

Este se arrastró por el heno, gimiendo. Agarró con desesperación un trozo de cadena y, cuando el Minotauro se lanzó contra él, la sacudió como un látigo. El extremo se enroscó en torno al cuerno de la bestia. El Minotauro se apartó instintivamente. Teseo tiró con todas sus fuerzas y el cuerno se desgajó de la base.

—¡Groooooaar!

El Minotauro se tambaleó, pero verse el cuerno roto le resultaba más sorprendente que doloroso. Al final plantó los pies, apretó los enormes puños y clavó una mirada iracunda a Teseo.

Y este, por primera vez en su vida, tuvo dudas. Aferraba con fuerza el cuerno del monstruo, pero no sabía si le daría tiempo a utilizarlo. El Minotauro era demasiado rápido y demasiado fuerte, y él jamás conseguiría acercarse lo suficiente sin que lo hiciera pedazos.

—Oye, tío, vamos a hablar.

Se levantó despacio.

—Esto no tiene por qué ser así. Tú no eres un monstruo del todo. En parte eres humano.

—¡Raaarg!

Al Minotauro no se le ocurría peor insulto que el de ser llamado «humano». Se abalanzó sobre Teseo, decidido a pisotearlo hasta convertirlo en puré de

héroe.

—¡Asterión! —gritó entonces el héroe.

El Minotauro se frenó en seco, como si le hubieran dado un puñetazo en el morro. Aquel nombre... Aquel nombre le sonaba. Sus primeros recuerdos... Voces amables. Una mujer... ¿Su madre, tal vez? Una habitación infantil acogedora, con comida de bebé de verdad, mantas calentitas, un fuego en la chimenea. El Minotauro recordó una vida fuera del laberinto. Y tuvo la cálida y fugaz sensación de que era un ser humano.

En ese mismo instante, Teseo le clavó en el vientre su propio cuerno roto.

El hombre toro se revolcó entre bramidos, y sus gruñidos resonaron por todas las calles de Cnosos. Intentó agarrar a Teseo, pero el héroe se apartó velozmente. El Minotauro lo persiguió, pero las piernas le pesaban como si fueran de plomo. El dolor en su vientre era cada vez peor, se le nublaban la vista... Hasta que por fin cayó de rodillas y luego de bruces. Lo último que vio fue a Teseo de pie sobre él, con una expresión más triste que triunfal.

—Descansa en paz, Asterión. Duerme.

El monstruo cerró los ojos y se sumergió en un sueño de mantas calientes y voces amables.

Teseo, con la ropa empapada en sangre, le arrancó el cuerno roto de las tripas. Tenía ganas de derribar el laberinto piedra a piedra, quería apuñalar al rey Minos con el cuerno de Asterión... Pero tenía que pensar en los otros trece atenienses. Había prometido llevarlos de regreso a casa.

Buscó el extremo del hilo y fue siguiéndolo por el camino de vuelta. Recogió a sus compañeros y llegaron todos a la salida del laberinto.

Normalmente eso no les habría servido de nada, porque los guardias no iban a abrir las puertas para que saliera nadie. Pero la princesa estaba esperando al otro lado, y oyó gritar a Teseo desde dentro:

—¡¿Holaaaaaa?! El Minotauro ha palmado. ¿Podemos salir ya?

—¡Abrid las puertas! —ordenó Ariadna a los guardias—. ¡Vuestra princesa os lo ordena!

Ellos obedecieron, y Teseo salió seguido de los demás tributos. Alzó entonces el cuerno ensangrentado para que el público lo viera.

—¡Muerto el Minotauro, se acabaron los tributos!

La muchedumbre guardó silencio. La gente podría haberse lanzado contra él. Ya se sabe que las cosas pueden ponerse muy feas cuando gana el equipo visitante. Pero la verdad es que a los cretenses les gustaban los héroes valientes y los Minotauros muertos mucho más de lo que les gustaba el rey

Minos.

De manera que todos estallaron en vítores. Hicieron trizas sus banderines de toros y se llevaron a hombros al héroe y a la princesa cantando «¡TE-SE-O, TE-SE-O!» todo el camino hasta los muelles donde aguardaba el barco ateniense. Los guardias de la ciudad se apuntaron a las celebraciones. Fedra, la hermana pequeña de Ariadna, que resulta que estaba entre la multitud, le gritó a su hermana:

—¡Espera, ¿te vas de Creta?! ¡Llévame!

Entonces, las dos princesas se unieron también a los atenienses.

Y Minos no pudo hacer absolutamente nada, excepto andar dando pisotones por el palacio mientras toda la población de Cnosos celebraba una fiesta en honor de Teseo y luego lo acompañaba a su barco para que viajara de vuelta con un montón de regalos, la princesa Ariadna y una princesa extra: Fedra.

El barco zarpó esa misma noche. Y el trayecto de regreso fue un fiestón que duró tres días. Esa vez todo el mundo jugó al bingo y la noche de trivial en la cubierta de la piscina fue un desmadre.

Pero si queréis un final feliz, este sería un buen momento para dejar de leer.

Y es que ahora que estaba en la cresta de la ola, a Teseo le faltó tiempo para convertirse en un capullo.

Durante la primera noche en alta mar, los atenienses estaban tan distraídos con la fiesta que el barco embarrancó en la isla de Naxos. Mientras la tripulación reparaba la nave, Ariadna y Teseo se medio enfadaron. Llevaban juntos menos de veinticuatro horas, pero el joven decidió que aquello no iba a funcionar. Igual es que Ariadna quería algo más serio. O lo mismo babeaba cuando dormía.

En fin, el caso es que Teseo le dijo que iba a dejarla en Naxos y que regresaría a Atenas sin ella.

Qué insensible, ¿verdad?

Y, lo que es todavía peor, llegó a decirle que la propia Atenea se lo había ordenado en un sueño. «Mira, churri, lo siento, pero es que una diosa me ha dicho que tengo que romper contigo. Yo qué culpa tengo...».

Sí, claro, colega.

¿Y sabéis qué es peor aún? Que enseguida empezó a salir con Fedra, la hermana pequeña de Ariadna.

Toma ya.

Total, que Ariadna se quedó con el corazón partido, pero al final las cosas le

salieron bien, porque cuando Teseo se marchó, el dios Dioniso se la encontró por Naxos, se enamoró de ella, se casaron y la hizo inmortal.

Además, a Ariadna no le habría convenido nada casarse con Teseo. Como vais a ver a continuación, este resultó ser un pésimo esposo de manual.

Así que el barco ateniense siguió su rumbo, pero Teseo, distraído con tanta fiesta, cometió un error muy común entre los que sufrimos de TDAH, y es que se olvidó de algo: cambiar el color de las velas para avisar a su padre de que todo iba bien. En resumidas cuentas, que el barco apareció en el puerto de Atenas con las velas negras.

Los atenienses gimieron y lloraron, pensando que sus tributos estaban muertos, como de costumbre. Y el viejo rey Egeo, que estaba mirando desde la torre más alta del castillo, al ver que las velas no eran de color fucsia (o blancas, da igual), se llevó tal disgusto que se tiró al mar. A diferencia de Teseo, Egeo no podía sobrevivir a una caída de veinte pisos, así que se mató. A esa parte del Mediterráneo se la empezó a llamar «mar Egeo» en honor del viejo rey.

Teseo atracó en Atenas y cuando se enteró de que su padre había fallecido, le dio un bajón horroroso. Al final no habían podido ir juntos a ningún partido.

Mirando las cosas por el lado positivo, Teseo era ahora rey de Atenas. Había destruido a todos los enemigos de su familia, había encontrado una nueva esposa, Fedra (que estaba de mucho mejor ver que su otra nueva esposa, Ariadna), y había puesto fin para siempre a los tributos a Creta.

Durante un tiempo, el rey fue muy popular. El barco en el que había vuelto a casa se convirtió en un monumento flotante en su honor, con una cafetería estupenda y una tienda de recuerdos. Aquella nave se quedó en el puerto durante siglos, y cada vez que algún tablón se pudría, los atenienses lo cambiaban, con lo que prácticamente todas las piezas del barco habían sido repuestas varias veces.

Los filósofos locales, que tenían demasiado tiempo libre, comenzaron a debatir sobre el «problema del barco de Teseo»: si van cambiándose poco a poco todas las piezas de un original para crear una copia exacta, ¿sigue siendo esta el mismo objeto? Justo eso me he planteado yo acerca de los famosos que se someten a muchas operaciones de estética. Pero Annabeth me dice que me estoy yendo por las ramas...

En fin, que Teseo unió el Ática bajo el liderazgo de Atenas. Tuvo hijos con Fedra y durante unos cuantos años fueron felices. Pero ya sabéis lo que pasa cuando uno es de naturaleza nerviosa y se aburre: que no puede parar quieto.

Claro que no todo lo que pasó fue culpa de Teseo.

Resulta que se echó un amigo que era una mala influencia, esa clase de delincuente impulsivo con el que tu madre siempre te dice que no te juntes. Por lo general ese amigo soy yo, pero para Teseo fue un tal Pirítoo.

Pirítoo era el jefe de los lápitas, una tribu del norte de Grecia, tan salvaje que se relacionaba con centauros. Y os aseguro que las fiestas de centauros no son aptas para pusilánimes.

Pirítoo no hacía más que oír historias sobre el fuerte y valiente rey de Atenas, allá en el sur. Y es que durante un tiempo no había forma de ver las noticias sin que saliera Teseo en los titulares. Que si Teseo esto, que si Teseo lo otro...

Total, que Pirítoo acabó hasta las narices.

—No puede ser tan fantástico. Me voy allí abajo a desafiar a ese capullo.

Ensiló su caballo y fue hasta Maratón, donde Teseo había capturado el toro blanco hacía ya mucho tiempo. Pirítoo se dijo: «¿Teseo se cree alguien por haber atrapado un toro? Pues yo voy a dar caza hasta la última vaca del lugar».

Y eso hizo. Reunió a todo el ganado de Maratón, gracias a que los lápitas eran grandes ladrones de ganado, además de contar con otras buenas cualidades. Y como era un tipo que daba bastante miedo, nadie de por allí intentó detenerlo.

—¿Queréis recuperar vuestras vacas? —les dijo Pirítoo—. ¿Por qué no pedís ayuda a vuestro rey? Decidle a Teseo que estoy esperándolo.

Y Pirítoo dirigió el rebaño hacia el sur.

Las noticias del incidente del robo de ganado llegaron hasta Teseo, que no podía pasar por alto el insulto. Por eso se dirigió a caballo hacia el norte, él solo. No le costó dar con el jefe de la tribu, puesto que tal cantidad de vacas iba dejando un mogollón de cacas.

Cuando Teseo alcanzó a Pirítoo, se dedicaron a decirse groserías durante una hora más o menos hasta que se quedaron sin más insultos que dirigir a sus respectivas madres. Y entonces se dieron una serie de tortas épicas. Se rompieron piedras en la cabeza, se despeñaron el uno al otro, lucharon con los puños, con las espadas y con granadas de mano. Pero no hubo forma de que ninguno venciera, porque eran igual de fuertes, rápidos y afortunados.

Al fin, hechos polvo, se sentaron a compartir una botella de vino.

—Ay, al inframundo con esto —dijo Teseo—. Si no podemos matarnos, bien podremos ser amigos.

Esa es la lógica de los semidioses, para que veáis.

Por desgracia, Pirítoo metió a Teseo en un lío detrás de otro. Todos los fines de semana se iban de marcha y se dedicaban a beber, a enzarzarse en peleas de bar y a destruir naciones enteras. El rey de Atenas olvidó su antigua filosofía de atacar solo para defenderse. Y olvidó también lo de usar solo la misma estrategia que utilizaran contra él sus enemigos. Sencillamente se

desmadró y se dedicó a matar a todo el que se cruzaba en su camino.

A lo mejor llegaba al palacio un domingo por la noche arrastrando los pies y la reina Fedra le preguntaba:

—¿Dónde has estado?

—Por ahí.

—¿Has estado otra vez destruyendo naciones enteras con Pirítoo?

—¡Ay, mujer, déjame en paz! Solo quería relajarme un poco. ¡Dioses! — contestaba él.

Una vez, los dos amigos decidieron declarar la guerra a las amazonas, y Teseo acabó teniendo una aventura con Hipólita, la reina. No sé muy bien cómo fue, pero el caso es que tuvieron un hijo y todo: Hipólito. Cuando se supo la noticia, a Fedra no le sentó demasiado bien y decidió mudarse a otro palacio y llevarse a los niños. Teseo estuvo enfurruñado un tiempo, y luego hizo lo que solía hacer para animarse: irse con los lápitas.

Mientras Teseo estaba con ellos, a Pirítoo le dio por casarse con una chica de su tribu que se llamaba Hipodamía. No sé por qué a nadie se le ocurriría llamar a su hija Hipo-lo-que-sea, pero al parecer era muy hermosa. Pirítoo invitó a la boda a todas las tribus vecinas, incluidos los centauros. Por desgracia, los centauros se emborracharon e intentaron raptar a la novia. Incluso entre los lápitas, aquello era de mala educación, de modo que la boda se convirtió en una guerra. Pirítoo y Teseo dirigieron a los lápitas contra los Ponis Juerguistas y les dieron una buena paliza.

Teseo consideró aquella una de sus mayores victorias, pero no se ganó muchos aplausos cuando volvió a casa con un ejército de lápitas pendencieros y celebró en la Acrópolis una fiesta triunfal que fue un desmadre de alcohol y violencia. La zona se quedó hecha un asco durante semanas, llena de cabezas de centauros cortadas y serpentinatas.

Y entonces a Pirítoo se le ocurrió una idea nefasta de verdad. Decidió que Teseo y él tenían que buscarse otras esposas.

—¡Somos los mejores guerreros del mundo!

El jefe de la tribu pasó un brazo por los hombros de su amigo.

—Deberíamos... ¡hip! Deberíamos casarnos con las hijas de Zeus, colega.

Como siempre, Teseo no se molestó en pensárselo dos veces. Era la última ocurrencia de Pirítoo, y se lanzó a ponerla en práctica de cabeza.

—Sí, guay. Pero ¿con cuáles y cómo?

—¡Con las que sea, tronco! ¡Las secuestramos y ya está!

—Mola.

—Yo te ayudo a raptar a una esposa, y luego me ayudas tú a mí. ¿A quién te pides?

Teseo escogió a la chica más hermosa que había visto en su vida: una hija de Zeus que se llamaba Helena. (Como Helena de Troya). Todavía era demasiado joven para casarse, pero Teseo pensó que la secuestrarían y luego esperarían a que se hiciera mayor. ¿Que era asqueroso? Pues sí. ¿Que estaba mal? Desde luego. He mencionado que Pirítoo era una mala influencia, ¿verdad?

Total, que no les costó trabajo raptar a Helena. Teseo se la llevó a Trizina y le pidió a su madre, Etra, que ahora era la reina, que la conservara en hielo unos cuantos años hasta que alcanzara la edad para contraer matrimonio.

Me da la sensación de que a Etra no le pareció muy buena idea, porque más tarde Helena se escapó de Trizina y cuando creció se casó con otro. Pero esa ya es otra historia.

En fin, que Pirítoo decidió que había llegado su turno de escoger esposa.

—¡Lo tengo clarísimo! —anunció—. ¡Perséfone!

Teseo frunció el ceño.

—¿Te refieres a... la reina del inframundo?

—¡Sí! Vamos al inframundo y nos la llevamos. ¡Será una pasada!

Y allá que fue Teseo, como un tarugo. Encontraron una entrada al reino de Hades y fueron abriéndose camino a tortazos por el inframundo, matando monstruos y asustando a los fantasmas. Intimidaron a Caronte, el barquero, para que los cruzara por el río Estigia.

Ya estaban casi en el palacio de Hades cuando se cansaron y decidieron sentarse un rato en un par de rocas. A Teseo le pesaban los párpados y empezó a dormirse. Y entonces se le ocurrió que lo de dormir la siesta en los infiernos igual no era muy buena idea. Intentó levantarse, pero las piernas no le respondían. Y tenía los brazos inmovilizados.

—¡Pirítoo! —gritó—. ¡Ayúdame!

Pero resulta que su amigo se había convertido en piedra de los pies a la cabeza. Y tres feas señoras con alas de murciélago se cernían sobre él con sus fieros látigos: eran las mismísimas Furias.

—¡Os lo merecéis por intentar secuestrar a nuestra reina! —siseó una de ellas—. ¡Malditos turistas!

Las Furias se marcharon volando, dejando a Teseo inmovilizado e indefenso. Y allí se quedó tres meses, sin otra compañía que la de los fantasmas, hasta que

por fin llegó otro héroe que iba en otra misión y lo liberó.

Aquel tipo se llamaba Hércules. Más tarde nos pondremos con él, cuando me haya tomado las vitaminas y me haya hinchado de pizza, porque este hombre... bueno, ¡hizo absolutamente de todo!

Total, que Teseo por fin regresó a Atenas, pero ya no volvió a ser el mismo.

El pueblo ya no lo quería. Estaban hartos de sus juergas y de que hiciera tanto el capullo. Fedra, su mujer, de la que se había separado, se había enamorado del hijo del propio Teseo, Hipólito, que ya estaba crecido y listo para convertirse en rey, lo cual sitúa toda esta historia al digno nivel de los culebrones.

Cuando Teseo se enteró, perdió la calma. Mató a su hijo, lo cual enfureció a los dioses. Y llegados a ese punto pensó que más le valía marcharse de Atenas para siempre, antes de que los ciudadanos lo lincharan.

Así pues, denigrado y despreciado, aterrizó en la cercana isla de Esciro, pero a la gente de allí tampoco le cayó bien. El rey, Licomedes, lo detuvo y el pueblo lo echó de muy malos modos: lo llevaron a rastras hasta la cima de un acantilado y desde allí lo tiraron al vacío. Esta vez Poseidón no salvó a Teseo cuando se estrelló.

Tras su muerte, su reputación estuvo por los suelos durante toda una generación. Solo más tarde la gente se olvidó de todo lo malo que había hecho y empezó a concentrarse en las heroicas hazañas que logró durante su juventud.

Yo pienso que Teseo se llevó su merecido, algo que cuadra totalmente con su propia filosofía. Las cosas empezaron a irle mal cuando perdió interés en Ariadna y la abandonó. Al final, Atenas también perdió interés en él y lo abandonó. Y es que hay que andarse con cuidado con el karma...

En cuanto a la moraleja de esta historia, si la tiene, me da la horrible impresión de que me afectaría de lleno: ser impulsivo e hiperactivo puede ser muy útil, el TDAH puede ayudarte a sobrevivir, incluso puede convertirte en un héroe, pero, por otra parte, si pierdes de vista las cosas importantes, si te vuelves temerario y estúpido y te permites distraerte cuando estás a punto de aprender una lección importante...

¡Anda, una ardilla!

## Atalanta contra tres frutas:

el combate a muerte definitivo

Durante años pensé que esta señora era la capital de Georgia. Pero luego caí en la cuenta de que «Atalanta» y «Atlanta» eran dos palabras distintas, y me planteé que a lo mejor Atalanta fue nombrada así por Atlanta, porque era forofa de su equipo de béisbol o porque le encantaba la Coca-Cola.

Pero no.

Resulta que el nombre de *Atalanta* en griego antiguo significa «igual en peso».

Y tiene su lógica, porque Atalanta no tenía nada que envidiarle a ningún héroe varón. En realidad incluso era más fuerte y más rápida que la mayoría de ellos, pero los hombres griegos jamás habrían llamado a una mujer «Mejor que Nosotros». Les habría herido el orgullo. Así que el mejor cumplido que estaban dispuestos a hacerle era «Tan Buena como un Tío».

Los padres de Atalanta no le pusieron ese nombre. De hecho, la odiaron desde el momento en que nació.

Su padre, Yaso, era el rey de Arcadia. Y como muchos reyes griegos, estaba obsesionado con tener hijos varones que perpetuaran el apellido familiar. El caso es que cuando su primer descendiente resultó ser una niña, se llevó tal disgusto que hizo una *amazonada*, pero al revés. Es decir, se llevó a la recién nacida al bosque y allí la abandonó a su suerte sobre una roca.

Ese año no ganó el premio al Mejor Padre del Mundo.

La niña empezó a llorar y a berrear. Yo también habría hecho lo mismo si mi padre me hubiera dejado tirado por ahí. Y resulta que tenía unos buenos pulmones, pues no pasó mucho rato hasta que una enorme osa salió de entre los árboles a ver a qué se debía todo aquel jaleo.

Aquello podría haber terminado muy mal para la niña y deliciosamente para la osa, pero por suerte esta era madre y estaba en duelo, porque unos cazadores habían matado a sus oseznos. Por eso cuando encontró a Atalanta berreando y agitándose encima de una roca, mamá osa decidió criarla como si fuera suya. La cogió con cuidado con su enorme boca y se la llevó a su cueva, donde la alimentó con una leche de osa riquísima.

Durante los primeros años, Atalanta se crio pensando que era una osa. Era fuerte y estaba sana. Aprendió a no tener miedo de nada excepto de los cazadores humanos. Por la noche se acurrucaba en el denso pelaje de su madre y de día comía miel y rebuscaba en los vertederos o lo que fuera que

hicieran los osos en la Antigua Grecia.

La vida era estupenda... hasta que los cazadores volvieron por aquella zona. Una tarde, mientras mamá osa estaba fuera buscando comida, dos tipos entraron con sigilo en la cueva esperando encontrar algún cachorro. Pensaban matarlo para quitarle la piel o tal vez capturarlo para vendérselo a algún circo ambulante. Pero lo que encontraron fue a una niña durmiendo sobre un lecho de pieles de animales.

—Tío, esto no mola nada —dijo el primer cazador.

—Deberíamos sacar a esta niña de aquí —contestó el segundo.

Sus voces despertaron a Atalanta, que gruñó y les enseñó los dientes.

—No pasa nada, niña. —El primer cazador quiso calmarla—. Te vamos a rescatar.

Sin embargo, Atalanta no quería que la rescataran. Les arañó los ojos y les pateó la entrepierna, pero los hombres eran más grandes y más fuertes y acabaron reduciéndola y llevándosela a su aldea. Mamá osa debió de quedarse muerta de pena: por segunda vez, los seres humanos habían asaltado su casa y se habían llevado su familia. No había duda de que necesitaba un sistema de seguridad mejor.

Los aldeanos hicieron lo posible por criar a Atalanta como a un ser humano. Le enseñaron a hablar, que tenía que ir vestida y a comer con tenedor. Y le afeaban que atacara a la gente o hibernara durante el invierno.

Atalanta se adaptó, pero nunca perdió su vena salvaje. Prefería llevar pieles de animales en lugar de vestidos, y su fiera mirada podía hacer retroceder al más curtido de los guerreros. Para cuando cumplió catorce años, era capaz de disparar flechas y usar un puñal mejor que nadie de la aldea. Y corría más que el caballo más veloz.

Se hizo más alta y más fuerte que cualquier mujer que hubieran visto los aldeanos. Con su piel de color bronce y su largo pelo rubio (una rareza en Grecia), resultaba a la vez hermosísima y aterradora. En el pueblo comenzaron a llamarla Atalanta, «igual en peso», porque no había hombre que pudiera con ella. Cualquiera que lo intentara acababa muerto.

Seguramente no os sorprenderá saber que su diosa favorita era Artemisa, la cazadora virgen. Aunque Atalanta no llegó a convertirse en seguidora de la diosa, admiraba todo lo referente a ella: su confianza en sí misma, su habilidad en la caza, su manera de matar a un hombre solo porque la mirara raro.

Cuando cumplió dieciséis años, los aldeanos estaban ya algo cansados de ella. Empezaron a hablar de perspectivas de matrimonio y Atalanta pensó que era mejor largarse antes de hacer daño a nadie.

Total, que se volvió a la naturaleza, donde podría vivir como Artemisa, sin la irritante compañía de los hombres. La joven no volvió a ver a su mamá osa, pero sí dio con una cueva en la que un frío manantial brotaba entre las rocas y ofrecía un suministro ilimitado de agua corriente. Unas cortinas de hiedra cubrían la entrada, dándole intimidad. Y la vista desde su porche era espectacular: un valle lleno de flores silvestres, bosques de robles y pinos y ni un solo ser humano.

Sus únicos vecinos eran centauros, que sabían muy bien que era mejor no molestarla.

Y no lo hacían... por lo general. En una ocasión, dos jóvenes potros llamados Reco e Hileo se emborracharon y se les ocurrió la buenísima idea de capturar a Atalanta y obligarla a que se casara con ellos.

Dos centauros. Una Atalanta. ¿Cuál de los dos se casaría con ella? Pues la verdad es que no habían llegado hasta ahí... Estaban borrachos. Eran centauros. No necesitaban pensar tanto.

Así que se pintaron la cara de rojo, se plantaron en la cabeza unas coronas de vides y se pusieron sus camisetas más punkis. La verdad es que aquello hubiera bastado para asustar a los seres humanos más rudos. Esa tarde, cuando Atalanta había salido a cazar, los centauros se escondieron entre unos árboles que había cerca de su cueva, dispuestos a tenderle una emboscada.

Total, que cuando Atalanta volvió con su arco y sus flechas y un ciervo muerto cargado al hombro, los dos centauros salieron de golpe de entre los árboles gritando y blandiendo sus lanzas.

—¡Cásate conmigo o muere! —chilló Reco.

Esperaba que Atalanta cayera al suelo hecha un mar de lágrimas, pero en lugar de eso tiró el ciervo muerto al suelo, puso tranquilamente una flecha en el arco y le atizó a Reco un flechazo justo en mitad de la frente. El centauro cayó muerto.

Hileo rugió de rabia:

—¿Cómo te atreves a matar a mi amigo?!

—Atrás —advirtió Atalanta—, si no quieres ser el siguiente.

—¡Te tendré como esposa!

—Sí... en sueños.

Hileo alzó la lanza y se abalanzó sobre ella. Atalanta le atravesó el corazón con una flecha. Luego mojó otra flecha en sangre de centauro y escribió en el lomo de sus cadáveres: «NO ES NO». Y allí los dejó que se pudrieran.

Después de aquello, los otros centauros no se le acercaron mucho.

Atalanta habría sido feliz el resto de su vida allí sola en la naturaleza, comiendo bayas y frutos secos, tejiendo cestas y pasando el rato con criaturas del bosque encantadoras, a las que luego rastreaba para matarlas.

Por desgracia, su reputación comenzó a extenderse. Los centauros cotilleaban, igual que los aldeanos y los cazadores que de vez en cuando pasaban por su territorio. Hablaban de una mujer rubia salvaje que corría más deprisa que el viento y disparaba su arco con una precisión mortal. Algunos se preguntaban si no sería Artemisa en forma humana.

Al final, un tipo fue a buscarla, pero no para casarse con ella, sino para pedirle ayuda con un jabalí gigante y feroz.

Si leísteis el otro libro que escribí sobre los dioses griegos, a lo mejor os acordáis de un encantador monstruito llamado el Jabalí de Calidón, también conocido como el «Cerdo de la Muerte». Artemisa había soltado aquellas cincuenta toneladas de cerdo mastodóntico y feroz sobre el reino de Calidón porque el rey era un colgado y se había olvidado de hacerle sacrificios.

Pues bien, aquí va una parte de la historia que no os conté:

El hijo del rey, el príncipe Meleagro, fue uno de los que organizaron las defensas del reino. Decidió celebrar una cacería del cerdo con los mejores guerreros de toda Grecia.

Meleagro era un tipo interesante. Cuando nació, las Moiras se le aparecieron a su madre y profetizaron que el niño viviría solo mientras un leño concreto que había en la chimenea permaneciera sin quemarse. Si os parece un poco caprichoso, es porque lo es. Las Moiras debían de tener sentido del humor. Les encantaba gastarles bromas pesadas a los mortales, en plan: «¡Uy, dioses! Vamos a decirle a esa que la vida de su hijo depende de un cacho de madera. ¡Verás qué risa!».

En fin, el caso es que la madre de Meleagro sacó el leño de la chimenea y lo puso a salvo en una caja. Gracias a eso, Meleagro creció creyendo que era invencible. Mientras el tronco estuviera a salvo, él estaba a salvo. Cuando llegó el momento de cazar al Jabalí de Calidón, Meleagro no tuvo miedo. El jabalí solo tenía una forma de matarlo, que era entrar a la carga en el palacio, encontrar la habitación de su madre, abrir el cofre, sacar el leño mágico y aprender a usar cerillas. Y los jabalís no solían hacer esas cosas.

Pero Meleagro no podía matar al monstruo él solo. Ni tampoco confiaba en la pericia de los otros que se habían unido a su caza del cerdo versión *celebrity*. Y por eso decidió reclutar a Atalanta.

Por aquel entonces, la leyenda de Atalanta se había extendido por toda Grecia. Meleagro se moría de ganas de conocerla. Le encantaba la caza. Le encantaban las mujeres hermosas. Y si una mujer hermosa era la mejor cazadora del mundo... bueno, le resultaba demasiado interesante para no echarle un vistazo.

Se pasó semanas buscando por los bosques hasta que encontró a un centauro que le indicó cómo ir a la cueva de Atalanta.

—Pero no le digas que te envió yo —suplicó el centauro—. ¡Esa mujer está loca!

Meleagro se acercó al pie de los acantilados, dejó sus armas y se asomó por las cortinas de hiedra que cubrían la entrada de la cueva.

—¡Hola! ¿Atalanta?

La hiedra susurró. Y una voz respondió:

—Aquí no hay nadie con ese nombre.

—Mira, solo quiero hablar. Me llamo Meleagro.

La hiedra se abrió y la joven apareció en la cornisa, apuntando con el arco a la cabeza del forastero. Con su largo cabello rubio, sus ojos fieros y su traje de pieles de animales, estaba incluso más hermosa de lo que Meleagro se había imaginado. No a mucha gente le sientan bien los animales muertos, pero a Atalanta le quedaban de miedo.

—Largo —le ordenó ella—. Si no te vas, te disparo en la cara. Estoy harta de que vengan hombres a pedirme que me case con ellos.

—Yo no he venido a pedirte matrimonio —explicó Meleagro, a pesar de que se le había puesto el corazón a mil y su cerebro gritaba: «¡Cásate con ella! ¡Cásate con ella!».

Le contó lo del Jabalí de Calidón y la cacería que estaba organizando.

—Nos vendría muy bien tu ayuda —dijo—. El cazador que abata al jabalí ganará riqueza y fama.

—A mí las riquezas me dan igual —replicó ella—. Aquí en los bosques no hay nada que comprar. Ya tengo todo lo que necesito: refugio, agua clara, comida y pieles.

—¿Y la fama? Ese jabalí es una maldición de Artemisa. Solo alguien que cuente con la bendición de los dioses podría matarlo. Si abates al monstruo, demostrarás ser la mejor cazadora del mundo y contar con el favor de la diosa. Tu nombre vivirá para siempre. Y, además, a tu lado, los cazadores varones del grupo quedarán como unos idiotas incompetentes.

Atalanta bajó el arco. No le importaba nada aquel príncipe, ni su dinero ni sus promesas de fama. Pero dejar en ridículo a unos cazadores varones... aquello era tentador.

—Si participo en la caza —dijo por fin—, no toleraré ningún coqueteo por tu parte. Y nada de intentar casarte conmigo. Si algún miembro de tu grupo me

tira los tejos, lo más probable es que lo mate.

—Parece... justo —accedió Meleagro, aunque en el fondo esperaba que Atalanta acabara apreciándolo—. ¡Bienvenida a bordo!

Llevó a Atalanta a su reino, enviando por delante a los mensajeros con la advertencia: «VIENE ATALANTA. NO COQUETEÉIS CON LA CONCURSANTE. OS CLAVARÁ UNA FLECHA EN LA CABEZA».

Para cuando llegaron al palacio, se habían reunido allí docenas de cazadores famosos: Anceo, Mopso, Cefeo... ¡todos los nombres más importantes y horrorosos del mundillo de la caza! Habían recibido el aviso sobre Atalanta y no estaban precisamente encantados de conocerla. ¿Una mujer hermosa a la que no podían poseer y que además afirmaba ser mejor que ellos en el oficio de su elección? ¡Venga ya!

—¿Esperas acaso que vaya de cacería con esta mujer? —preguntó Cefeo—. ¡Me siento ofendido! ¡No pienso rebajarme a tal competición!

—¡Yo tampoco! —exclamó Mopso.

Atalanta enseñó los dientes.

—Pues entonces ya os podéis ir todos a casa. Por lo menos así no tendré que soportar vuestro mal olor.

Los hombres echaron mano a sus puñales.

—¡Chicos! —suplicó Meleagro—. Tenemos que trabajar en equipo. Necesitamos las habilidades de Atalanta.

—¡Menuda tontería! —saltó Anceo—. No necesito la ayuda de ninguna mujer. ¡Yo solo mataré al jabalí con mis propias manos!

—Vamos a hacer un trato —propuso Meleagro—. Cazamos juntos al jabalí. Nada de matarnos entre nosotros, nada de quejarnos de que jueguen las niñas. Todos compartireis la gloria y el dinero de la recompensa. El primero en herir a la bestia obtendrá un premio especial. El cazador... o cazadora... se quedará con la piel del monstruo. Eso decidirá quién es el mejor.

No sé para qué iba a querer nadie un pellejo apestoso de cerdo gigante, pero a los cazadores se les iluminaron los ojos de la emoción. Todos accedieron a las condiciones de Meleagro.

Al día siguiente fueron a buscar al jabalí. Durante el trayecto, los hombres hicieron el vacío a Atalanta, de manera que la joven comía casi siempre con Meleagro. El príncipe intentaba por todos los medios no coquetear con ella. Le preguntó por su infancia, le pidió consejo sobre la mejor manera de rastrear a los animales y tender trampas... Y a Atalanta, a su pesar, empezó a caerle bien aquel tipo. Nunca había tratado con nadie que fuera casi... en fin, respetuoso.

Podrían haberse hecho amigos, o más que eso. Pero antes de que pudiera surgir nada, Atalanta dio con el rastro del jabalí. Encontró unas huellas del tamaño de ruedas de camión que atravesaban un pantano. Aquella fue su primera pista.

Los cazadores se separaron para peinar el área, metidos hasta la cintura en agua lodosa, con las sandalias pegadas al barro del fondo. En la cara les zumbaban nubes de mosquitos, y las hierbas del pantano eran más altas que ellos y les impedían ver nada.

Cualquiera pensaría que debe de ser fácil oír a un jabalí gigante cuando se lanza al ataque, pero no: el Cerdo de la Muerte no les dio ningún aviso. Se abalanzó entre las cañas como un tsunami porcino, pisoteó a Cefeo, ensartó a Anceo con los colmillos y apartó de un empujón a Mopso, cuya lanza había rebotado en el pelaje del animal sin hacerle ningún daño. El jabalí disparaba rayos por la boca, lo cual resulta especialmente desagradable para la víctima si está luchando metida hasta la cintura en agua pantanosa. Pronto habían muerto veinte cazadores: fritos, aplastados o desollados. Uno de ellos, Peleo, logró arrojar su jabalina, pero estaba tan aterrado que falló el tiro y mató sin querer a su amigo Euritión.

La única persona que no perdió la sangre fría fue Atalanta. Mientras la bestia hacía estragos, ella se mantuvo firme en su sitio, sacó el arco y aguardó a tener un buen tiro. El jabalí se volvió hacia Meleagro, dispuesto a dejarlo frito con un rayo. Y Atalanta disparó. Su flecha se hundió en el lomo del monstruo con tal fuerza que penetró la columna vertebral. Las patas del jabalí cedieron, paralizadas al instante.

El Cerdo de la Muerte bramó de dolor, como haría cualquiera si le atraviesan la columna de un flechazo. El animal se arrastró por el pantano hasta que Meleagro se adelantó y le hundió la espada entre las costillas, perforándole el corazón.

Los cazadores que quedaban se recuperaron poco a poco de su espanto. Enterraron a los muertos, se vendaron las heridas y despellejaron al jabalí, lo cual debió de llevarles una eternidad. Para cuando terminaron, todo el mundo estaba acalorado, cansado y de mal humor.

—Yo debería quedarme con la piel —reclamó Mopso, que había sobrevivido de milagro—. Yo he arrojado la primera lanza.

—Que no le ha hecho nada —le recordó Atalanta.

—¡Deberíamos compartir la piel entre todos! —vociferó Peleo.

Atalanta resopló con desdén.

—¿Quieres una recompensa por haber matado por accidente a tu amigo?

—¡Chicos! —exclamó Meleagro—. Atalanta ha sido la primera en herirlo. Sin ella, yo jamás habría abatido al jabalí. La piel le pertenece por derecho.

Dos de los parientes de Meleagro dieron un paso adelante: su hermano Toxeo y su tío Plexipo. (¿Podemos tomarnos un momento para admirar lo horribles que son esos nombres? Gracias).

—Te arrepentirás de esto, hermano —advirtió Toxeo—. No favorezcas a esta mujer por encima de tu propia familia.

—Jamás me arrepentiría de ser justo —replicó Meleagro.

Y ofreció la piel del jabalí a Atalanta, que debió de pensar: «¡Caramba, gracias! Siempre he querido tener mi propio globo aerostático de piel de cerdo». Pero también se quedó bastante impresionada al ver que Meleagro se había puesto de su parte.

Total, que los cazadores volvieron al palacio para lo que en teoría debía ser una cena de celebración, pero los parientes de Meleagro no estaban de humor para fiestas. Cuanto más bebían, más se enfadaban. «Estúpida Atalanta. Y estúpido Meleagro. Le ha dado la piel del jabalí porque las mujeres guapas lo vuelven idiota».

Era cierto. Meleagro deseaba casarse con Atalanta, pero nunca sabremos si esa relación habría funcionado, pues resulta que, en mitad de la cena, Toxeo y Plexipo tiraron de un golpe a Atalanta de la silla, le quitaron la piel del animal y se negaron a devolvérsela. Los otros cazadores se rieron y se burlaron de ella, hasta que la cosa degeneró en una pelea. Atalanta probablemente los habría liquidado a todos, pero Meleagro reaccionó antes. Sacó la espada y mató a su hermano y a su tío.

La madre de Meleagro, la reina Altea, se quedó horrorizada.

—¡Yo te salvé cuando eras un bebé! —gritó—. ¿Y así es como me lo pagas? ¿Has matado a miembros de tu propia familia por el amor de una salvaje?

—Madre, espera...

Altea salió hecha una furia del comedor, corrió a su habitación, abrió el cofre y tiró el leño mágico a la chimenea encendida. La madera se desintegró, convertida en cenizas. Y abajo, en el comedor, lo mismo hizo Meleagro.

Atalanta se vio abrumada de rabia y de dolor. Habría querido cargarse a todo el mundo en el palacio, pero la superaban terriblemente en número. Sabía que sería ejecutada si se quedaba, por eso volvió corriendo a su cueva, con el picor de las lágrimas en los ojos, y juró que nunca regresaría al mundo «civilizado». Los seres humanos no daban más que problemas. Los osos, los ciervos y las ardillas eran mucho más fáciles de comprender.

Por desgracia, el mundo civilizado no había acabado con ella.

La cacería del Jabalí de Calidón la hizo todavía más famosa. Su reputación se extendió. Y por fin su padre, el rey Yaso de Arcadia, decidió que había llegado la hora de llevar a su hija a casa.

Quizá os estáis preguntando cómo supo Yaso que Atalanta era su hija. Vaya, que entonces no había pruebas de paternidad, ni partidas de nacimiento ni nada de nada. Y Yaso no era el único tipo de la Antigua Grecia que había abandonado por ahí a su hija pequeña. Podría haber sido la hija de cualquier otro, criada por animales salvajes. Pasaba mucho.

Las historias no son muy claras al respecto, pero por lo visto Atalanta y Yaso fueron a ver a unos Oráculos más o menos al mismo tiempo y entonces averiguaron la verdad.

Atalanta iba de camino a su casa cuando se encontró por casualidad con una profetisa de por allí que ofrecía la habitual lectura del Tarot, amuletos de amor a mitad de precio y sabiduría divina de los dioses. Atalanta se había quedado tan turbada con la Masacre Familiar de la Cacería del Jabalí que pensó que no le irían mal algunos consejos.

—Oye, Oráculo —dijo—, ¿qué va a ser de mí? ¿Podré vivir en los bosques sin que vuelvan a molestarme? ¿Podré salirme con la mía y no casarme nunca?

El Oráculo habló con voz rasposa:

—Cazadora, tú no necesitas un esposo, y serías más feliz sin casarte, pero el matrimonio es un destino que no puedes evitar. En estos mismos instantes, tu padre, Yaso, está buscándote. No descansará hasta que te desposes con alguien apropiado. Lo mejor que puedes hacer es coger el toro por los cuernos y poner tus propias condiciones para casarte.

—¿Me asegurará eso un matrimonio feliz?

—Uy, qué va. El matrimonio será tu perdición. Tras casarte, perderás tu identidad. Eso no puedes evitarlo.

—Pues qué mal —dijo Atalanta—. Odio las profecías.

—Gracias por tu ofrenda —dijo el Oráculo—. Que pases un buen día.

Mientras tanto, en Arcadia, el rey Yaso también estaba consultando a un Oráculo, que confirmó sus sospechas: la gran cazadora Atalanta era, efectivamente, su hija perdida, y pronto volvería a casa para casarse.

—¡Estupendo! —exclamó el rey—. ¡Me encantan las profecías! Ahora es tan famosa... Puedo cederla en matrimonio para conseguir una excelente alianza. ¿Qué tengo que hacer para recuperarla?

—Nada —respondió el Oráculo—. Atalanta volverá por su propia voluntad.

Así que el rey regresó a su palacio, y unos días más tarde no se sorprendió cuando Atalanta apareció en la puerta. Los guardias la acompañaron adentro y Yaso se quedó impresionado al verla. ¡Era guapísima! A lo mejor un poco grandona y musculosa para ser una princesa, pero su cabello, largo y rubio, era un punto a su favor. Parecía estar sana y preparada para concebir hijos.

Sí, era un espécimen estupendo de hembra casamentera.

—¡Mi amada hija! —exclamó.

Atalanta frunció el ceño.

—A quien abandonaste a su suerte en el bosque.

—Bueno, está claro que eso fue un error. Pero, en fin, lo pasado, pasado está. ¡Vamos a hablar de tu matrimonio!

Atalanta tuvo la tentación de clavarle una flecha en la cabeza. ¡Menudo imbécil!

A pesar de todo, reconoció en Yaso una parte de sí misma. El rey tenía su sonrisa fiera, sus ojos implacables. No le importaban los sentimientos, solo le interesaba lo que pudiera ayudarlo a sobrevivir. Y Atalanta eso lo entendía, por más que le doliera. Ahora ya no sabía si había heredado su vena salvaje de mamá osa o de su real padre.

—No quiero casarme —dijo—, pero como el Oráculo me ha dicho que no puedo evitarlo, lo haré con mis propias condiciones.

El rey frunció el ceño.

—Es el padre de la novia quien dicta siempre las condiciones. Yo sé qué pretendientes pueden proporcionar al reino las alianzas más poderosas y provechosas.

—Lo haremos a mi manera —insistió Atalanta.

—¿O qué?

—O me la juego y desafío al Oráculo. O sea, os mato a ti y a todos tus guardias y me vuelvo al bosque.

—Hagámoslo a tu manera —decidió el rey—. ¿Cómo vamos a proceder?

Atalanta sonrió.

—¿Tenéis aquí una pista de carreras?

—Pues claro. Cualquier ciudad griega que se precie tiene una pista.

—Nos reuniremos allí por la mañana. Y que se difunda la noticia: todo aquel que quiera ser mi pretendiente, debe personarse con sus mejores zapatillas deportivas.

El rey Yaso estuvo tentado de hacer preguntas, pero se lo pensó mejor. Atalanta agarraba su arco con cara de pocos amigos.

—Muy bien. Mañana por la mañana, pues.

Los mensajeros del rey llevaron la noticia por toda Arcadia. La hermosa y aterradora princesa Atalanta había vuelto al reino. Estaría en la pista de carreras a disposición del primero que llegara. ¡Traed las zapatillas de *running*!

(En realidad, casi todos los griegos corrían descalzos en aquel entonces. También corrían desnudos. Pero, si no os importa, me los voy a imaginar con ropa de gimnasio y unas Reebok).

A la mañana siguiente, el estadio estaba abarrotado. Todo el mundo tenía curiosidad por ver la extraña y deportiva manera que tenía Atalanta de elegir marido. Cincuenta o sesenta aspirantes a pretendiente se habían reunido en la pista, todos jóvenes de buena familia. Oye, ¿quién no querría casarse con una princesa? Y si para llevarse a la novia debían ganar una carrera, ¡sería la conquista más fácil de todos los tiempos!

Atalanta, el rey Yaso y sus guardias entraron en el circuito. La joven llevaba un sencillo quitón ceñido a la cintura por un cinturón de cuero con dos dagas envainadas. Una sola trenza rubia le colgaba a la espalda. Llevaba también una vara larga como el asta de una lanza.

La muchedumbre se quedó muda.

—¡Habitantes de Arcadia! —La voz de Atalanta llenó sin esfuerzo el estadio—. ¡Estas son mis condiciones para el matrimonio!

La gente se agitó nerviosa. La princesa más bien parecía estar dictando las condiciones de una rendición militar. Se situó en medio de la pista y clavó el asta de la lanza en la superficie de arcilla.

—¡Este indicador de tres codos de longitud será la línea de salida y la de llegada!

(Igual os estáis preguntando qué es un codo y por qué debería importaros. Medid la distancia que hay desde vuestro codo hasta la punta del dedo medio. Es un codo de longitud, más o menos. ¿Y por qué os debería importar? Eso ya no lo sé. Yo todavía no tengo del todo claro el sistema métrico).

Los aspirantes murmuraban entre ellos.

—¿Cuántas vueltas tenemos que dar a la pista? —preguntó alguien.

A Atalanta le brillaron los ojos.

—Solo una.

—¡Qué fácil! —exclamó otro—. Así pues, corremos todos a la vez, y el que gane se casa contigo, ¿no?

—Uy, qué va —respondió Atalanta—. Me temo que no lo habéis entendido. No vais a competir unos contra otros. El hombre que quiera casarse conmigo tiene que competir contra mí. Mano a mano.

La muchedumbre soltó una exclamación. Los pretendientes se quedaron con la boca abierta. Todos empezaron a susurrar: «¿Competir contra una mujer? ¿Habla en serio? Sí que tiene pinta de ser bastante rápida...».

—Y eso no es todo —prosiguió la princesa—. Para ponerlos las cosas más fáciles, yo comenzaré la carrera veinte pasos por detrás del indicador de salida, para daros ventaja.

—¡Eso es absurdo! —gritó uno—. ¿Ventaja contra una mujer? ¡La mera idea es insultante!

Y se marchó furioso, junto con otra docena de aspirantes.

El resto se quedó por allí, bien porque eran de mente más abierta o porque estaban más desesperados por tener una esposa rica.

—Así que competimos contra ti uno a uno —aventuró otro pretendiente—, con una ventaja de veinte pasos. ¿Y el primero que consiga llegar a la línea de meta antes que tú se casa contigo?

—Correcto. Ahora bien, aún existe un último detalle. —Atalanta desenvainó las dagas—. Si os alcanzo antes de que lleguéis a la meta... ¡os mataré!

—¡Ooooooh! —exclamó la multitud, que se inclinó en sus asientos para ver cómo reaccionaban los aspirantes.

La carrera matutina acababa de ponerse muy interesante.

El rey Yaso jugueteaba con su corona. No había esperado que fuera una competición a muerte. No había tenido tiempo de organizar una porra de apuestas apropiada.

De repente, uno de los aspirantes se quitó las deportivas y las tiró.

—¡Esto es absurdo! ¡No vale la pena morir por ninguna mujer! —dijo, y se marchó muy dignamente, junto con la mayoría de los pretendientes que quedaban.

Solo unos cuantos, los verdaderamente valientes o estúpidos, siguieron allí de pie.

—¡Yo me apunto! —anunció uno—. ¿Una carrera contra una mujer? ¡Es el desafío más fácil de la historia! Tú ten cuidado de no caerte sobre tus puñales, guapa. No quisiera que mi futura esposa se matara.

—Cualquier futura esposa tuya estaría tentada de hacerlo —contestó Atalanta—. Veamos ahora lo veloz que eres.

Entre los vítores de la multitud, Atalanta y Merluzo (perdón, el valiente aspirante) se pusieron en sus marcas. El rey Yaso, que había accedido a hacer de árbitro, gritó:

—¡Preparados... listos... ya!

El aspirante salió a toda velocidad. Consiguió recorrer tres metros antes de que Atalanta lo alcanzara. Las dagas de bronce relumbraron y Merluzo cayó muerto a sus pies.

—¿Alguien más? —preguntó la princesa, que ni siquiera jadeaba.

Sería de esperar que el resto de los aspirantes abandonaran la pista, ¿verdad? Ya habían visto lo rápido que corría Atalanta. La princesa se había lanzado sobre aquel tipo como una leona a la caza de un ciervo, y en un abrir y cerrar de ojos el tío estaba muerto.

Pero hubo otros tres que se atrevieron a competir con ella. A lo mejor se creían superrápidos. A lo mejor es que Atalanta les gustaba muchísimo. O igual es que eran idiotas. El caso es que al cabo de unos minutos tres cadáveres más decoraban la pista de carreras. El aspirante más veloz había conseguido correr quince metros.

—¿Alguien más? —volvió a preguntar Atalanta.

El estadio se quedó en silencio.

—Pues nada —dijo ella—. El desafío seguirá en pie hasta que alguno consiga vencerme. Estaré aquí la semana que viene a la misma hora, por si a alguien le apetece intentarlo.

Se limpió las dagas en la falda de su quitón y se marchó del estadio. El rey fue tras ella, aliviado de que el espectáculo hubiera terminado y de tener tiempo de organizar las apuestas para la carrera de la semana siguiente.

Por si Atalanta no era lo bastante famosa antes, después de la carrera mortal su reputación subió por las nubes. Llegaban pretendientes de toda Grecia para probar suerte. Algunos se rajaban al ver correr a Atalanta, otros la desafiaban y morían. Nadie logró recorrer ni la mitad de la pista antes de ser destripado.

El rey Yaso estaba mosqueado porque su hija no se casaba. Pero, por otro lado, las carreras eran estupendas para el turismo y él estaba ganando un pastón con sus corredores de apuestas.

Unos meses más tarde, por cuestiones de negocios, llegó a la ciudad un tipo llamado Hipómenes. Provenía de una familia rica de una ciudad de la costa. Su padre, Megareo, era hijo de Poseidón, así que está claro que Hipómenes era de un linaje excelente. También había sido entrenado en el oficio de los héroes por el sabio centauro Quirón, que solo daba clases a los mejores.

(Incluido yo, y no lo digo por fardar. Bueno, igual sí es por fardar).

Una mañana, Hipómenes andaba paseando por la ciudad cuando vio que todos los lugareños cerraban sus negocios y se iban corriendo a la pista de carreras.

—¿Qué pasa aquí? —le preguntó a un tendero—. Es un poco temprano para ir a echarse la *siesta* .

El tendero sonrió.

—Atalanta tiene una nueva partida de pretendientes a los que asesinar... quiero decir, contra los que competir.

Y le habló del popular *reality show* de la princesa: *La Soltera* (*¿Tras quién voy a correr y a destripar esta mañana?*). Hipómenes no sabía si echarse a reír o vomitar.

—¡Eso es horrible! —exclamó—. ¡Esos hombres deben de ser idiotas! No vale la pena correr ese riesgo por ninguna mujer, por maravillosa que sea.

—Ya veo que no conoces a Atalanta —dijo el tendero, y se marchó corriendo.

A Hipómenes le pudo la curiosidad, así que siguió a la multitud hasta el estadio, donde media docena de aspirantes habían acudido a probar suerte. El nieto de Poseidón no podía creerse que hubiera tantos hombres tan idiotas.

Pero entonces vio a Atalanta, que estaba a un lado de la pista haciendo estiramientos. Con su sencillo quitón blanco y su trenza de cabello dorado, era la mujer más hermosa que había visto en su vida. Y, deslumbrado, se abrió paso entre la multitud hasta unirse a los pretendientes.

—Os pido disculpas —les dijo—. Pensaba que arriesgar la vida por una mujer era una ridiculez. Pero ahora que la he visto, lo entiendo perfectamente.

Uno de los aspirantes frunció el ceño.

—Sí, genial, colega. Ahora largo. Esta semana nos toca a nosotros.

Atalanta oyó la conversación y con disimulo contempló de reojo a Hipómenes: pelo negro y rizado, ojos verde mar, brazos y piernas fuertes y ágiles. Pero su voz fue lo que de verdad le llamó la atención. Era una voz sonora, agradable y «meliflua» (esa es mi gran palabra de la semana; gracias a mis clases de selectividad), como la cascada que hay junto a la antigua cueva de Atalanta. La princesa sintió un calor extraño en el pecho, algo que no había experimentado desde que Meleagro se había puesto de su parte durante la cacería del Jabalí de Calidón. De todas formas intentó aclararse la mente. Tenía una carrera que ganar y seis aspirantes a los que matar.

El rey Yaso llamó al primero a su marca. Atalanta se colocó en su posición de salida, veinte pasos más atrás.

Hipómenes contempló fascinado cómo la princesa cazaba a sus aspirantes a esposo uno detrás de otro. Corría más deprisa que una flecha disparada con un arco escita (traducción: «deprisa que lo flipas»). Se movía con más elegancia que un leopardo. ¡Y cómo sacaba los puñales y destripaba a esos pretendientes! ¡Caray! ¡Qué mujer!

De haber tenido dos dedos de frente, Hipómenes habría salido corriendo despavorido. Pero no. Se enamoró locamente de ella.

Después de la última carrera, mientras el gentío se dispersaba, se acercó a la princesa victoriosa, que estaba limpiando la sangre de los puñales.

—¡Oh, hermosa princesa! —comenzó—. ¿Puedo tener la osadía de dirigirme a ti?

Atalanta no supo muy bien si hablaba con ella. Estaba sudorosa después de seis carreras, tenía manchas rojas en la cara por el esfuerzo, los pies embarrados de arcilla y se le había deshecho la trenza. Y encima llevaba el quitón manchado con la sangre y las lágrimas de sus oponentes muertos.

¿Y aquel tipo consideraba que era hermosa?

—Puedes tener la osadía —contestó.

—Esos aspirantes contra los que has competido no eran oponentes dignos —dijo Hipómenes—. ¿Qué gloria hay en derrotar a hombres así? Corre contra mí. Yo sí comprendo tu valía.

—Ah, tú sí, ¿eh?

Hipómenes se inclinó ante ella.

—Mi abuelo es Poseidón, el señor de las olas. Sé reconocer una fuerza de la naturaleza. Los otros solo ven tu belleza o la riqueza de tu padre. Pero yo te miro y veo los vientos de una tormenta. Veo el rugido de la corriente de un gran río. Veo a la mujer más poderosa que los dioses han creado. Tú no necesitas un esposo que pretenda dominarte. Tú necesitas un igual con quien compartir la vida. Déjame demostrarte que ese hombre soy yo.

El corazón de Atalanta tropezó entonces con sus costillas. Nunca la habían alabado de una manera que parecía tan sincera.

—¿Cómo te llamas? —preguntó.

—Hipómenes.

—¿Y te llaman Hipo?

—No.

—Me alegro. Escucha, Hipómenes, te agradezco la intención, pero no vale la

pena que te arriesgues por mí. Estoy segura de que un centenar de mujeres de la ciudad accederían de mil amores a casarse contigo. Hazte un favor y elige a cualquiera de ellas. Da media vuelta, márchate y olvídate de que me has visto. Lamentaría tener que matar al único hombre cortés de Grecia.

Hipómenes se arrodilló a sus pies.

—Es demasiado tarde, princesa. Ahora que te he visto, no puedo olvidarte. — Le cogió una mano—. Solo puedo rezar para que mi amor sea tan poderoso e incontenible como eres tú. ¿Cuándo corremos?

Una corriente eléctrica atravesó el cuerpo de Atalanta. ¿Qué estaba sintiendo? ¿Tristeza? ¿Lástima? Nunca se había enamorado y no sabía reconocer la emoción.

Quería negarle la carrera, pero su padre andaba por allí cerca, vigilando como un halcón. Y su expresión no dejaba lugar a dudas: «Tú has establecido las reglas. Ahora tienes que seguirlas».

Atalanta suspiró.

—Pobre Hipómenes. Ojalá pudiera perdonarte la vida, pero si estás decidido a morir, ven aquí la semana que viene a la misma hora, y ya veremos quién es más veloz.

Hipómenes le besó la mano salpicada de sangre.

—Hasta la semana próxima, pues.

Cuando salía del estadio, la muchedumbre le dejaba paso maravillada. Jamás ningún hombre se había acercado tanto a Atalanta y había vivido para contarlo. Y, desde luego, nadie se había atrevido a besarle la mano sin que le amputaran quirúrgicamente la cara.

A Hipómenes la mente le iba a toda velocidad. Sabía que no podía vencer a Atalanta sin ayuda divina. Su abuelo Poseidón era increíble para muchas cosas, pero Hipómenes dudaba de que le echara una mano para ganar una carrera o el corazón de una mujer. A lo mejor sí podía interrumpir la carrera provocando un terremoto o un tsunami, pero entonces morirían miles de personas, y no deseaba esa clase de daños colaterales para el día de su boda.

Anduvo preguntando por ahí hasta que le indicaron dónde quedaba el santuario de Afrodita más cercano. Se alzaba abandonado y desatendido en los límites de la ciudad. Supongo que porque en Arcadia la gente estaba más interesada en apostar en las competiciones a muerte que en los asuntos del corazón.

Hipómenes adecentó el santuario. Limpió el altar y luego rezó a la diosa del amor.

—¡Ayúdame, Afrodita! —exclamó—. El amor es la fuerza más poderosa del

mundo. ¡Permíteme que lo demuestre! Estoy seguro de que Atalanta me ama. Y yo la amo. Pero ella adora a la diosa virgen, Artemisa. ¡Demuestra al mundo que eres la diosa más poderosa! ¡Ayúdame a conquistar el corazón de Atalanta venciendo en esta carrera!

Una brisa sopló por el santuario, impregnando el aire con un aroma de flor de manzano. Y una voz femenina susurró en el viento:

—Hipómenes, mi querido muchacho...

—¿Afrodita?

—No, si te parece soy Ares —se burló la voz—. ¡Pues claro que soy Afrodita! Estás rezando en mi santuario, ¿verdad?

—Es verdad. Perdona.

—Te ayudaré a conquistar el amor de Atalanta, pero no será fácil. No puedo hacerte más veloz. No tengo el control sobre las competiciones deportivas. De eso se encarga Nike. Y esa diosa es aburrida como ella sola.

—Soy un corredor veloz —prometió Hipómenes—. Pero Atalanta es más rápida. A menos que haya alguna manera de hacerla más lenta...

—Tengo justo lo que necesitas —dijo, y tres frutos dorados del tamaño de pelotas de béisbol entraron flotando en el santuario y se posaron sobre el altar.

—¿Manzanas? —Hipómenes se extrañó.

—No son manzanas corrientes. Estas provienen de mi árbol sagrado de Chipre. ¡Han volado hasta aquí especialmente para ti!

—Vaya, gracias.

—El envío del primer pedido es gratuito.

—Entonces ¿tengo que conseguir que Atalanta se las coma?

—No, no. Atalanta te dará una ventaja inicial en la carrera, ¿verdad?

—Sí. Unos veinte pasos.

—Cuando estés corriendo, cada vez que Atalanta se acerque, tira una de estas manzanas en su camino. Ella se detendrá a recogerla, lo cual te dará unos pocos segundos. Tendrás tres ocasiones para retrasarla. Si las utilizas bien, a lo mejor consigues llegar a la línea de meta antes de que te mate.

Hipómenes se quedó mirando las frutas. Puede que procedieran de un árbol sagrado, pero no parecían nada mágicas sino más bien las Golden normales y corrientes, a 1,56 euros el kilo en el súper.

—¿Y por qué iba a detenerse Atalanta para recoger estas manzanas? — preguntó—. ¿Es que necesita incluir más fibra en su dieta?

—Es imposible resistirse a ellas —aseguró la diosa—. Lo mismo que pasa con el amor. O conmigo. Ten fe, Hipómenes.

—De acuerdo, diosa. Haré justo lo que dices.

Una cosa más: cuando conquistes el corazón de la princesa, vuelve y ofréceme un sacrificio adecuado. Y no te olvides de darme todo el mérito.

—¡Por supuesto! ¡Gracias!

Hipómenes cogió las manzanas y regresó corriendo a la ciudad. Tenía mucho que entrenar antes de la carrera.

La semana siguiente, el estadio estaba de nuevo abarrotado. Las apuestas estaban por las nubes. El rey Yaso ofrecía cinco a uno a que Hipómenes lograba llegar hasta la mitad de la pista; mil a uno a que ganaría la carrera. Los ciudadanos se morían de ganas de saber hasta dónde llegaría aquel joven tan apuesto y valiente antes de ser asesinado.

Atalanta no había dormido bien en toda la semana. Se pasaba las noches dando vueltas y vueltas, pensando en la profecía del Oráculo, acordándose de cuando Hipómenes le había cogido la mano. Ahora caminaba nerviosa por la pista y los puñales le pesaban más que nunca.

Hipómenes, en cambio, se mostraba alegre y confiado. Y se acercó a la joven con una bolsa de tela colgada del cinto.

—¡Buenos días, princesa mía!

Atalanta frunció el ceño.

—¿Qué llevas en la bolsa?

—Nada, algo de fruta fresca, por si me entra hambre.

—No puedes correr con eso.

—Tú puedes correr con puñales. ¿Por qué no puedo correr yo con la bolsa del almuerzo?

Atalanta se olía una artimaña, pero no había dictado ninguna regla sobre lo que los corredores podían o no llevar encima.

—Muy bien. Pues corre con tu almuerzo. Morirás de todas formas.

—Qué va —prometió Hipómenes—. Antes de que termine el día, tú y yo estaremos casados. Me muero de impaciencia.

La princesa, que temía haberse puesto colorada, se volvió con un gruñido y se dirigió a su posición de salida, veinte pasos más atrás.

El rey Yaso alzó los brazos y la multitud guardó silencio.

—Preparados... listos... ¡ya!

Hipómenes salió disparado. Siempre había sido un buen corredor, pero ahora estaba en juego su vida. Y más que eso: su verdadero amor lo necesitaba. Atalanta se hallaba atrapada en aquella carrera tanto como él. Estaba seguro de que no quería matarlo, por eso Hipómenes tenía que vencer por el bien de los dos.

Había recorrido una cuarta parte de la pista, mucho más de lo que había conseguido cualquier otro aspirante, cuando notó que Atalanta le pisaba los talones y oyó el siseo del puñal al salir de su vaina de cuero.

Hipómenes metió una mano en la bolsa de tela, sacó la primera manzana y la tiró por encima de su hombro. Atalanta se agachó instintivamente para esquivarla, y con el rabillo del ojo vio un destello dorado cuando la manzana le pasó volando por encima.

«¡Por Hades! —pensó—. ¿Acaba de tirarme Hipómenes una fruta?».

Se quedó tan sorprendida que giró la cabeza. Y en efecto, una manzana dorada rodaba por la pista. Atalanta sabía que debía seguir corriendo, pero sentía como tristeza al ver aquella manzana tirada en el suelo, le parecía una lástima. Así que, entre los ruidos de incredulidad de la multitud, dio media vuelta y cogió la fruta.

Hipómenes llevaba recorrido ya un tercio de la pista.

Atalanta resopló frustrada. No entendía por qué había ido a por la fruta, pero no pensaba perder la carrera por una estratagema barata. Con la manzana en una mano y el cuchillo en la otra, se lanzó a por Hipómenes a toda máquina. Sus pies pateaban el suelo de arcilla a la velocidad de las palas de un helicóptero.

El público había enloquecido. El pretendiente acababa de superar la marca que señalaba la mitad del recorrido. No oía a Atalanta y no se atrevía a mirar atrás, pero a juzgar por los vítores y los cánticos de «¡mata!, ¡mata!, ¡mata!», supuso que la princesa estaba a punto de apuñalarlo por la espalda.

En ese momento tiró la segunda manzana por encima de su cabeza.

La princesa se apartó para esquivarla. Pero su dulce olor la alcanzó y la desvió de su trayectoria como si hubiera mordido el anzuelo de una caña de pescar. Cogió la fruta antes de que cayera al suelo. Pero sostener dos manzanas y un cuchillo mientras corría no era fácil, ni siquiera para la mejor cazadora del mundo. Atalanta perdió un tiempo precioso.

«¿Para qué necesito estas manzanas? —se preguntó mientras corría tras Hipómenes—. Qué tontería. ¡Debería tirarlas!».

Pero no podía. El olor y su color dorado le recordaban sus días más felices: cuando comía panales de miel con mamá osa en el bosque, cuando veía florecer los narcisos cerca de su cueva junto a la cascada, cuando perseguía al Jabalí de Calidón con Meleagro a su lado... Las manzanas, además, le provocaban el anhelo de algo que jamás había conocido. Viendo cómo Hipómenes corría delante de ella, cayó en una especie de trance admirando su fuerza y su velocidad. No estaría tan mal pasar el resto de su vida con un hombre como él.

«¡Basta! —se reprendió a sí misma—. ¡Corre!».

Y corrió como jamás había corrido. Sus pies apenas tocaban el suelo. Casi volaba en pos de su pretendiente, que estaba ya tan solo a quince metros de la meta, pero aún podía alcanzarlo.

Estaba lo bastante cerca como para apuñalarlo cuando Hipómenes arrojó la última manzana. Atalanta se lo había visto venir y puso todo su empeño en no distraerse. Pero cuando la dorada fruta le pasó junto a la oreja, una voz pareció susurrarle: «Última oportunidad. Esta manzana es todo lo que estás perdiendo: compañía, alegría, amor verdadero. ¿Cómo puedes pasar de largo y dejarla tirada en el suelo?».

Total, que Atalanta saltó a un lado y cogió la última pieza de fruta mientras Hipómenes cruzaba la línea de meta.

Los espectadores se pusieron en pie dando gritos de alegría (sobre todo los que habían apostado por Hipómenes mil a uno). Atalanta se acercó a él tambaleante, con tres manzanas y un puñal limpio en las faldas de su quitón.

—¡Trampa! —gruñó—. ¡Magia!

—Amor —la corrigió Hipómenes—. Y te prometo que mi amor es verdadero.

—Ni siquiera me gustan las manzanas.

Atalanta tiró las frutas doradas al suelo y luego rodeó con los brazos el cuello de Hipómenes. Sus besos sabían todavía mejor que los panales de miel.

Esa noche se casaron en el palacio. El rey Yaso no estaba de muy buen humor, dado que las apuestas del día casi lo habían arruinado, pero Atalanta e Hipómenes se mostraban locos de alegría.

Pasaron un año de felicidad juntos. Atalanta dio a luz a un hijo, Partenopeo, que más tarde llegó a ser un gran guerrero. (Corren rumores de que el padre del chico fue en realidad Meleagro, o puede que incluso Ares, el dios de la guerra, pero ya sabéis que a mí no me gusta cotillear).

Atalanta e Hipómenes se merecían ser felices y comer perdices, ¿no os

parece?

Pues no fue así.

Hipómenes estaba enamorado de Atalanta hasta las trancas, tanto que se le olvidó un detallito sin importancia: ofrecer un sacrificio en el santuario de Afrodita.

Vale, fue una tontería por su parte, pero ¡venga, hombre! El tío estaba enamoradísimo, se distrajo. Y habría sido de esperar que Afrodita, precisamente ella, lo hubiera entendido mejor que nadie.

Pero a los dioses no se los defrauda sin pagar un precio.

Una tarde de primavera, volviendo a caballo a la ciudad después de pasar un maravilloso día de caza, Hipómenes y Atalanta se detuvieron en un pequeño santuario de Zeus y decidieron almorzar allí. Acababan de terminarse el bocadillo cuando sus miradas se encontraron. Y de pronto los abrumó el enorme amor que sentían el uno por el otro. Arriba, en el monte Olimpo, Afrodita obraba su magia: inflamaba sus emociones y les arrebatava el sentido común.

—¡Bésame, tonto! —exclamó Atalanta.

—Pero esto es un templo de Zeus —protestó sin mucho empeño Hipómenes—. Tal vez no deberíamos...

—¡Qué más da!

Atalanta se arrojó sobre su esposo y ambos empezaron a besarse y a rodar por el suelo justo delante del altar.

Una idea no muy acertada.

Zeus se asomó desde el monte Olimpo y vio a dos mortales profanar su santuario con sus demostraciones públicas de afecto.

—¡Menuda cochinado! ¡Eso no puede hacerse en mi santuario! ¡Solo yo puedo hacer eso en mi santuario!

Chasqueó los dedos y al instante los dos amantes cambiaron de forma. Un pelaje dorado cubrió sus cuerpos. Una melena desgredada rodeó el cuello de Hipómenes. Las uñas se les convirtieron en garras, y los dientes, en colmillos. Atalanta e Hipómenes se internaron en los bosques transformados en una pareja de leones.

Según algunas historias, una diosa llamada Cibele acabó enganchando a aquellos leones para que tirasen de su carro, pero la mayor parte del tiempo Atalanta e Hipómenes se dedicaban a merodear por los bosques, sin que nadie pudiera domarlos ni cazarlos, porque, habiendo sido ellos mismos cazadores, se conocían bien todos los trucos.

Algunos de sus hijos siguen por ahí: leones que son más listos que los seres humanos. Pero yo no os recomendaría cazarlos, a menos que queráis acabar como un plato de tartar para semidioses.

Y así se cumplió la profecía del Oráculo: Atalanta perdió su identidad después de casarse. Pero por lo menos pudo volver a vivir en plena naturaleza y quedarse con su esposo.

Podría haber sido peor.

Podría haber acabado como el héroe Belerofonte.

Ese sí que se pegó un buen trastazo.

## **Pase lo que pase,**

Belerofonte no tiene la culpa

Los griegos antiguos llamaban a este tío Belerofonte *el Inocente*, lo cual tiene su gracia, porque siempre andaba metido en algún lío.

Su verdadero nombre ni siquiera era «Belerofonte». Ese se lo pusieron después de que cometiera su primer asesinato... Pero igual debería rebobinar un poco.

En los tiempos antiguos, todas las ciudades griegas querían su propio héroe. Atenas tenía a Teseo. Argos tenía a Perseo.

Y Corinto no tenía nada de nada. Su hijo más famoso era Sísifo, que una vez le puso unos grilletes a la Muerte y logró ser condenado al castigo eterno. Así que no es que diera muy buena imagen a la ciudad.

Después de que Sísifo fuera arrastrado a los infiernos, su hijo Glauco se convirtió en el rey. Hizo todo lo posible por mejorar la reputación de Corinto: construyó un palacio nuevo, patrocinó un equipo de fútbol, colgó por la calle muchos banderines de colores que decían: «¡CORINTO: UN MUNDO DE DIVERSIÓN!».

Glauco, además, se casó con una princesa muy guapa que se llamaba Eurínome. Esperaba tener hijos nobles que algún día se convirtieran en grandes héroes que pusieran la ciudad en el mapa.

El único problema es que los dioses todavía estaban enfadados por lo de Sísifo, y Zeus decretó que los hijos de Sísifo jamás tendrían hijos varones que perpetuaran el apellido familiar. Zeus no quería Sisifitos correteando por Grecia e intentando engañar a la Muerte.

Por eso Glauco no podía engendrar varones. Eurínome y él lo intentaron durante años, pero nada. Y el rey se obsesionó con el tema.

Una noche paseaba de un lado a otro por el dormitorio real, estrujándose las manos.

—¿Qué podemos hacer? —le preguntó a su esposa—. ¿Cómo podríamos tener un heredero al trono?

—Bueno, podríamos tener una hija —propuso ella—. Y que se convierta en reina.

—¡Ay, por favor! —se quejó Glauco—. Que no estoy de humor para bromas.

Eurínome puso los ojos en blanco.

—Bueno, muy bien. ¿Qué tal si adoptamos un hijo?

—¡El pueblo jamás aceptará a un rey adoptado!

—Mmm.

Eurínome miró por la ventana el mar iluminado por la luna.

—En ese caso tal vez debería solicitar ayuda divina.

—¿A qué te refieres?

La reina sonrió.

—Tú déjame a mí, cariño.

Eurínome siempre había sido fan de Poseidón, el dios del mar. Es obvio que tenía buen gusto. Total, que la tarde siguiente bajó a la playa y rezó:

—¡Oh, gran Poseidón! ¡Tengo un problema! Mi esposo no puede engendrar hijos varones, pero está loco por tener un heredero. No me vendría mal tu ayuda, no sé si me entiendes...

Poseidón oyó a la hermosa reina solicitar su ayuda y se alzó de entre las olas en toda su gloria y ataviado solo con un bañador.

—Saludos, Eurínome —contestó el señor del mar—. ¿Quieres tener un hijo? Pues vale. Cuenta conmigo.

Así es mi padre. Siempre pensando en el bien de los demás.

Nueve meses más tarde, Eurínome dio a luz a un niño sano y le puso de nombre Hipónoo, porque todavía no teníamos bastante gente que se llamara Hipo en este libro.

¡El rey Glauco estaba encantado! Estaba seguro de que el niño era suyo. La reina había rezado pidiendo un milagro y los dioses habían respondido. Glauco no iba a cuestionar su buena suerte. Vale que su hijo era clavadito a los retratos de Poseidón de los mosaicos que había en el templo de la ciudad, pero eso era una mera coincidencia.

A medida que crecía, Hipónoo se ganó la reputación de gafe. Siempre se encontraba en el peor sitio en el peor momento. Una vez sus amigos y él estaban tostando nubes de azúcar en la chimenea real cuando Hipónoo vertió demasiado aceite en el fuego e incendió el comedor.

—¡Ha sido un accidente! —gimoteó el príncipe.

En otra ocasión con su puñal pinchó sin querer a un toro de sacrificio en el

culo y provocó una estampida por todo el templo.

—¡No ha sido culpa mía! —exclamó.

Algunas semanas más tarde, estaba sentado en los muelles reales, serrando una cuerda porque se aburría, cuando la cuerda se partió y el mejor barco de su padre zarpó al mar sin tripulación ninguna.

—¡No he sido yo! —protestó.

Aunque la metedura de pata más famosa del príncipe sucedió en una fiesta de fin de año de sus padres. Sus amigos y él estaban tirando dagas a una diana que había colgada en una bala de heno, cuando alguien gritó:

—¡Eh, Hipónoo!

El príncipe se dio la vuelta al mismo tiempo que lanzaba la daga, porque no tenía mucha coordinación el chico, y el puñal alcanzó en el pecho a un tal Belero y lo mató al instante.

—¡Ha sido sin querer! —sollozó Hipónoo.

Todo el mundo estuvo de acuerdo en que la muerte no había sido intencionada. De todas formas, Belero no le caía muy bien a nadie, de manera que Hipónoo no tuvo problemas. Pero la gente empezó a llamarlo «Belerofonte», que significa «el asesino de Belero». Y el apodo se le quedó.

Imaginaos lo que sería vivir así. Matas a un tío llamado Joe y el resto de tu vida tienes que responder al nombre de «Matajoes». Y luego te ganas un título como «el Inocente», y tu nombre pasa a significar básicamente «Yo Maté a Joe Pero No Fue Culpa Mía».

La gota que colmó el vaso llegó cuando Belerofonte era adolescente. Para entonces tenía un hermano pequeño llamado Deliades. ¿Que cómo logró la pareja real tener otro hijo? Igual Zeus decidió levantar la maldición. O a lo mejor Poseidón seguía visitando a la reina por su sentido del deber cívico. Sea como fuere, el caso es que una tarde Belerofonte estaba enseñándole a Deliades a luchar con espada. (Sí, ya lo sé. Es una idea de bombero). Y en mitad del combate, le dijo:

—Vale, Deliades, voy a atacarte por la derecha. ¡Para el golpe!

Deliades se defendió por la derecha, pero Belerofonte por error lo atacó por la izquierda, porque todavía no tenía muy claro eso de distinguir entre derecha e izquierda. Total, que mató a su hermano.

—¡Ha sido un accidente! —dijo.

Llegados a ese punto, sus padres se sentaron a hablar con él.

—Mira, hijo —comenzó el rey Glauco—, no puedes seguir provocando

accidentes. Matar a tu hermano... eso no ha estado bien.

—Pero, papá...

—Ya sé que fue sin querer —terció la reina Eurínome—. Pero de todas formas, cariño, tu padre y yo hemos decidido mandarte fuera una temporada antes de que accidentalmente nos mandes a los dos al otro barrio demasiado pronto.

—¿Que me enviáis fuera? Pero, mamá...

—Mi amigo el rey Preto ha accedido a acogerte —prosiguió Glauco—. Irás a Argos y llevarás a cabo los rituales de purificación para expiar la muerte de tu hermano.

—¿Rituales de purificación? —Belerofonte lloriqueó—. ¿Eso duele?

—Pasarás unos meses de duelo —dijo su padre—, rezando a los dioses. No te ocurrirá nada.

—¿Unos meses? ¿Y luego podré volver a casa?

—A lo mejor. Ya veremos.

A Belerofonte le temblaba el labio inferior. No quería llorar, pero se sentía muy rechazado. Vale que había quemado algún que otro edificio y había matado a algún que otro hermano, pero ¿de verdad tenían que mandarlo fuera?

Al día siguiente se marchó solo de la ciudad. Tomó la carretera, aunque era peligrosa. Estaba tan deprimido y avanzaba tan despacio que apenas recorrió unos pocos kilómetros antes del atardecer. Encontró junto al camino un santuario de Atenea y decidió pasar la noche allí.

Antes de dormirse, Belerofonte le rezó a la diosa:

—Atenea, no me vendría nada mal un poco de tu sabiduría. Mis padres piensan que no valgo para nada. Destruyo todo lo que toco. ¿Debería darme por vencido o qué?

Y llorando se subió al altar y se echó a dormir.

Por lo general no es buena idea dormir en el altar de un dios. Es probable que te despiertes convertido en un hurón o en una planta metida en una maceta.

Pero Atenea se compadeció de él. Aunque era hijo de Poseidón, y este no era precisamente su mejor amigo, el joven tenía potencial para ser algo más que un desastre con patas. Así pues, mientras dormía, la diosa se le apareció en sueños. Una niebla gris se formó en torno al altar y un rayo llameó.

—¡Belerofonte!

El Belerofonte del sueño se cayó del altar y tiró una estatua que se hizo añicos contra el suelo. El joven se levantó de un brinco.

—¡Yo no he sido!

Atenea suspiró.

—No pasa nada. Esto es solo un sueño. He oído tu oración, Belerofonte. No eres un inútil. Tu auténtico padre es Poseidón, el dios del mar.

Belerofonte soltó una exclamación.

—¿Por eso me parezco tanto a esos mosaicos...?

—Sí.

—¿Y por eso a mi madre le gusta tanto la playa...?

—Sí. Así que deja ya de compadecerte. Puedes ser un gran héroe si logras tener confianza en ti mismo.

—Lo... lo intentaré, Atenea.

—Para que empieces bien, tengo un regalo para ti.

La diosa alzó un artilugio de cintas doradas entrelazadas.

—¿Eso es una red? —preguntó Belerofonte.

—No.

—¿Un sujetador?

Atenea frunció el ceño.

—Piénsalo. ¿Para qué iba yo a darte un sujetador dorado?

—Pues...

—¡Es una brida! ¡Lo que se les pone en la cabeza a los caballos!

—Ah, sí.

Belerofonte nunca había prestado mucha atención a las bridas. Cada vez que intentaba montar a caballo, atropellaba a alguien o acababa irrumpiendo con el animal en algún salón.

—Así que... ¿debo buscar un caballo al que ponérsela?

Atenea empezó a dudar de que hubiera sido buena idea aparecerse en el

sueño de aquel joven. Le recordaba a Poseidón en sus tiempos más tormentosos, cuando iba por ahí como un vendaval, destruyendo cosas a tontas y a locas. Pero, en fin, ya no tenía remedio. Tendría que intentar meter al chico en vereda.

—Cerca de este santuario —dijo—, en un lugar llamado Pirene, encontrarás un manantial de agua dulce. Pegaso suele ir allí a beber.

—¡Hala! ¿Pegaso Pegaso?

Belerofonte había oído leyendas sobre el caballo alado. Supuestamente había surgido de la sangre de Medusa cuando Perseo le cortó la cabeza al monstruo. Muchos héroes habían intentado capturar a Pegaso, pero ninguno lo había logrado.

—Eso es —contestó Atenea—. ¿Qué te parecería montar un caballo inmortal con alas?

Belerofonte se frotó la barbilla.

—Espera... Si mi padre es Poseidón y el padre de Pegaso es Poseidón... ¿No es ese caballo mi hermano?

—Es mejor que no lo pienses —le advirtió la diosa—. Tú sigue mis instrucciones. En cuanto te despiertes, ofréceme un sacrificio como es debido, y otro a tu padre, Poseidón. Con eso te ganarás nuestras bendiciones. Luego busca la fuente de Pirene y espera hasta que Pegaso aterrice allí. Cuando doble las alas para beber, tendrás que acercarte por detrás con sigilo y ponerle esta brida en la cabeza.

—Mmm... Lo del sigilo no se me da muy bien.

—Tú inténtalo. Intenta también no matarte. Si logras introducir el bocado en la boca de Pegaso, la magia de la brida lo calmará al instante. Aceptará tu amistad y te llevará a donde quieras ir.

—¡Alucina!

—Pero no tientes a la suerte —le advirtió Atenea—. Los héroes siempre tientan a la suerte cuando reciben algún regalo molón como un caballo volador. ¡A ti que no se te ocurra!

—Pues claro que no. ¡Gracias, Atenea!

La diosa se desvaneció en la niebla. Belerofonte se despertó de su sueño, se cayó rápidamente del altar y tiró una estatua que se hizo añicos contra el suelo.

Alzó entonces la vista a los cielos.

—Perdón. Ha sido sin querer.

El viento sonó a suspiro exasperado.

Belerofonte fue andando a la granja más cercana y se gastó todo el dinero del viaje en comprar un toro joven. Luego sacrificó al animal: la mitad para Atenea y la otra mitad para Poseidón.

Y entonces se encaminó a capturar a Pegaso con su sujetador mágico y dorado.

La fuente de Pirene brotaba de una grieta en la piedra caliza y se vertía sobre un estanque salpicado de lotos y nenúfares.

Belerofonte se agachó detrás de un matorral y esperó durante lo que le parecieron horas. Seguramente porque fueron horas. Aprendió entonces lo que la mayoría de los semidioses con TDAH sabemos: que podemos distraernos con facilidad, pero que si algo nos interesa de verdad, somos capaces de concentrarnos como un rayo láser. Y Belerofonte estaba de lo más interesado en capturar a Pegaso.

Cuando por fin una forma oscura bajó en espiral desde las nubes, Belerofonte creyó que era un águila, porque tenía el mismo plumaje dorado y marrón. Pero a medida que se acercaba, se dio cuenta de que era una criatura mucho más grande: un semental de color canela con un morro rojizo resplandeciente y unas alas que abiertas medían seis metros.

Belerofonte no se atrevía ni a respirar cuando aterrizó el caballo. Pegaso tocó la hierba con los cascos, dobló las alas, se acercó al manantial y agachó la cabeza para beber. Belerofonte avanzó poco a poco con la brida dorada, y a mitad de la pradera pisó una ramita. Se quedó paralizado. Pegaso alzó la vista, advirtió la brida y, como era un animal inteligente, se olió lo que sucedía y relinchó.

Nuestro héroe habría jurado que el caballo estaba diciendo: «Tío, mira que eres pringado. Anda, venga. Acércate».

Belerofonte se acercó, pues, y Pegaso permitió que le pasara la brida por la cabeza. No sé por qué el animal decidiría cooperar, pero a Belerofonte le fue de miedo. Jamás había embridado un caballo y necesitó seis intentos. Al principio el pobre animal acabó con la ahogadera sobre los ojos y el bocado saliéndole de la oreja derecha. Pero al final Belerofonte lo consiguió.

Pegaso se estremeció. La brida dorada lo llenaba de una magia cálida, alegre y hormigueante. Y luego relinchó con suavidad, como diciendo: «¿Adónde vamos?».

—A la ciudad de Argos.

Belerofonte le acarició el morro.

—¡Dioses míos, eres alucinante! Eres el más increíble de... ¡Ay!

Pegaso le había pisado un pie, y pareció que le decía: «Calla de una vez y monta ya, antes de que cambie de opinión».

Total, que Belerofonte montó a lomos de Pegaso y juntos subieron hacia el cielo.

Entraron en Argos a lo grande. No todos los días un corintio entraba a lomos de un caballo volador por la ventana del salón del trono. Por suerte era una ventana grande y aún no se habían inventado los cristales, porque si no aquello habría acabado en desastre. Aun así, Pegaso se enredó la pezuña izquierda en el cordel de un tapiz, tiró a Belerofonte sobre el estrado real y volvió a salir volando por la ventana, arrastrando el tapiz como una pancarta publicitaria.

El rey Preto le dio la bienvenida como invitado de honor. Cualquiera persona capaz de domar a Pegaso (más o menos) contaba con su aprobación.

Su esposa, Antea, todavía se alegró más de ver al héroe guapo y joven.

La reina se sentía muy sola. Su tierra natal, Licia, se encontraba muy lejos, al otro lado del mar, en la costa de lo que hoy es Turquía. Su padre la había obligado a casarse con Preto, que era mucho mayor que ella, tenía una buena barriga y estaba quedándose calvo. Antea odiaba Argos. Odiaba tener que conformarse con un esposo viejo y repulsivo. Y en cuanto vio a Belerofonte, se enamoró de él.

Belerofonte pasó varios meses en el palacio. Todos los días iba a los templos a rezar, hacía sacrificios y pedía perdón a los dioses por haber matado a su hermano pequeño. (Ah, y al otro tío, a Belero. Es verdad, a ese también).

Y todas las noches, intentaba evitar a Antea. La reina coqueteaba constantemente con él y le tendía encerronas cada vez que se quedaba solo, pero Belerofonte estaba bastante convencido de que tener una aventura con la reina no lo ayudaría mucho a purificar su alma.

A medida que pasaban las semanas, Antea se sentía cada vez más frustrada. Hasta que, por fin, una noche, después de cenar, irrumpió por las bravas en el dormitorio de Belerofonte.

—¿Qué pasa? —preguntó—. ¿Es que no soy bastante hermosa?

—Eeh... no. O sea, sí. Vaya que... que estás casada.

—Bueno, ¿y qué? ¡Afrodita está casada y eso nunca le ha impedido disfrutar de la vida!

—No sé yo si esa es una buena comparación.

—¿Vas a besarme o no?

—No... no puedo. No está bien.

—¡Argh!

Antea salió hecha un basilisco de la estancia. Odiaba a los jóvenes santurriones, sobre todo a los guapos que se negaban a flirtear con ella. Entró en la cámara de audiencias, donde su marido viejo y gordo dormitaba en su trono.

—¡Preto, despierta!

El rey dio un respingo.

—Solo estaba descansando los ojos.

—¡Belerofonte me ha agredido!

Preto frunció el ceño.

—Ah... ¿sí? Pero si siempre se muestra muy educado... ¿Estás segura de que no habrá sido por accidente? Ese chico tiene muchos accidentes.

—¡Me ha perseguido por su dormitorio y ha intentado agarrarme!

—¿Y qué hacías tú en su dormitorio?

—¡Esa no es la cuestión! Belerofonte ha intentado besarme. Me ha llamado «Pastelito» y toda clase de espantosos nombres lascivos.

Preto pensó que a lo mejor estaba soñando. La reina decía disparates.

—Belerofonte te ha agredido y te ha llamado «Pastelito» —recapituló.

—¡Sí! —Antea apretó los puños—. Exijo justicia. ¡Si me amaras, lo detendrás y lo ejecutarás!

Preto se rascó la barba.

—A ver, querida: agredir a la reina es un crimen muy serio. Pero... o sea, ¿estás segura? Belerofonte no me parece de esos. Es el hijo de mi viejo amigo, el rey Glauco. Si lo matamos, lo más probable es que Corinto nos declare la guerra. Además, Belerofonte es un invitado en mi casa. Los dioses no ven con buenos ojos que la gente mate a los invitados.

Antea lanzó un rugido.

—¡Eres un inútil! Si no quieres matarlo tú, envíaselo a mi padre, en Licia. ¡Mi padre seguro que lo mata!

Preto no tenía ningún deseo de matar a Belerofonte, pero tampoco le gustaba que la reina le gritara. Tenía que vivir con ella y se ponía muy desagradable cuando no se salía con la suya.

—Si se lo envió a tu padre para que lo ejecute, ¿cómo iría la cosa, exactamente?

Antea trató de contener la impaciencia. De verdad... al estúpido de su marido había que explicárselo todo.

—Tú eres el anfitrión de Belerofonte, ¿no es así? Tú decides lo que tiene que hacer para cumplir con sus rituales de purificación y tú decides cuando habrá terminado, ¿no?

—Bueno, sí. De hecho estaba a punto de decirle que su purificación había terminado.

—Pues dile que tiene una cosa más que hacer —explicó Antea—. Para quedar purificado, debe viajar a Licia y ofrecer sus servicios a mi padre, el rey Yóbates.

—¿Y van a ejecutarlo?

—Dale una carta de presentación sellada para mi padre. Belerofonte pensará que no es más que un puñado de cumplidos sobre él. Pero en la carta le pedirás a Yóbates que lo ejecute. Mi padre lee la carta, ejecuta a Belerofonte y asunto resuelto.

Preto se quedó mirando a su esposa. Nunca se había dado cuenta de lo sanguinaria que era. Le costaba creer que alguien pudiera llamarla «Pastelito».

—Bueno, vale, supongo que es un buen plan...

Así que, al día siguiente, Preto llamó a Belerofonte al salón del trono.

—¡Enhorabuena, amigo mío! Casi has terminado ya con la purificación. ¡Casi te has ganado el título de Belerofonte *el Inocente* !

—¿Casi?

El rey le explicó lo del viaje a Licia y le dio un sobre sellado con lacre.

—Cuando llegues a Licia, entrégale esta carta al rey Yóbates. Así te dará la bienvenida apropiada.

A Belerofonte no le gustó nada la mirada fría de la reina Antea, ni el temblor de la mano de Preto cuando le dio el sobre, ni la escalofriante música de órgano que sonaba de fondo. Pero Preto era su anfitrión, y habría sido una grosería cuestionar sus órdenes.

—Esto... vale. Gracias por todo.

Y dio un silbido para llamar a su caballo.

Pegaso se había pasado los últimos meses deambulando libremente por las nubes, pero al oír la llamada de Belerofonte, se fue derecho hacia la ventana y aterrizó en el salón del trono.

Belerofonte se despidió de sus anfitriones y salió volando en dirección a Licia, donde iba a entregar su propia sentencia de muerte.

En condiciones normales se tardaban semanas en navegar desde Argos hasta Licia, pero Pegaso hizo el viaje en media hora. No dio tiempo ni a servir un aperitivo durante el vuelo. Mientras planeaban sobre la campiña de Licia, Belerofonte vio muchos fuegos: aldeas quemadas, campos ennegrecidos, franjas de bosques humeantes. O Licia había perdido una guerra o el Día Nacional de la Barbacoa se les había ido de las manos.

Cuando Belerofonte llegó al palacio, el rey Yóbates se quedó muy sorprendido. No todos los días entraba volando a caballo por la ventana un corintio. Y todavía se sorprendió más cuando Belerofonte le entregó una carta de presentación de parte de su yerno, el viejo y gordo rey de Argos.

La carta decía:

Querido Yóbates:

Ante ti se encuentra Belerofonte el Inocente. Ha ofendido a mi esposa, tu hija, llamándola «Pastelito» y otros nombres lascivos. Por favor, mátalos de inmediato.

Gracias mil.

Tuyo,

Preto

Yóbates carraspeó.

—Es... es toda una presentación.

Belerofonte sonrió.

—Preto ha sido muy amable conmigo.

—Ya. Deduzco que no has leído la carta, ¿no?

—Pues no.

—Ya veo...

La rabia formó un nudo muy apretado en la garganta de Yóbates. No estaba enfadado con Belerofonte. El rey conocía bastante bien a su hija Antea, que tenía la costumbre de coquetear con los jóvenes y luego pedir que los ejecutaran si no respondían a sus afectos. Yóbates esperaba que sentara la

cabeza una vez casada con Preto, pero por lo visto había vuelto a las andadas. Y ahora quería que le hiciera el trabajo sucio a distancia.

El rey se quedó mirando a Belerofonte. Era un joven bastante agradable. Se parecía a los mosaicos de Poseidón que había en el templo, y Yóbates presintió que aquello no era una coincidencia. Además, Belerofonte se había hecho amigo del caballo inmortal, Pegaso, algo que también había que tener en cuenta.

Total, que decidió que no podía matar a Belerofonte allí mismo, sin más. Sería una grosería, lo dejaría todo perdido y posiblemente se buscaría problemas con Poseidón. De hecho, se le había ocurrido otra idea con la que a lo mejor podía resolver dos problemas a la vez. Le encomendaría a Belerofonte una misión imposible y dejaría que las Moiras decidieran si debía vivir o no. Si Belerofonte fracasaba, Antea quedaría satisfecha con su muerte. Si triunfaba, el reino de Yóbates se beneficiaría.

—Belerofonte *el Inocente* —dijo—, has venido aquí a completar tu purificación, ¿verdad? Pues se me ocurre una tarea para ti. No voy a mentirte: no será fácil. Pero eres un héroe joven y fuerte. Y tienes un caballo volador. Podrías ser justo el hombre que necesitamos para llevarla a cabo.

Belerofonte se irguió. No estaba acostumbrado a que le confiaran misiones importantes.

—Ayudaré encantado, majestad. No tendré que manejar nada frágil, ¿verdad? Mi coordinación motora no es muy buena.

—No, nada frágil. Se trata de un monstruo al que llaman la Quimera. Tal vez hayas visto algunos fuegos mientras volabas por mi reino.

—Pues sí. Entonces ¿no es el Día Nacional de la Barbacoa?

—No. Una vil criatura sobrenatural anda destrozando mis aldeas, quemando mis cosechas y aterrorizando a mi pueblo. Nadie ha podido acercarse a ella, y mucho menos matarla. Según unos cuantos testigos oculares que han sobrevivido, ese monstruo es en parte león, en parte dragón y en parte cabra.

—¿Cabra?

—Sí.

—Lo del león y el dragón lo entiendo. Son terroríficos. Pero ¿una cabra?

—A mí no me preguntes. Los sacerdotes han intentado averiguar de dónde procede el monstruo y, por lo que han podido deducir, la Quimera salió del Tártaro. Probablemente sea algún engendro de Equidna. En fin, Amisodaros, que es un rey vecino, tuvo la brillante idea de alimentar a la Quimera e intentar domesticarla para utilizarla en la guerra. La jugada no le salió muy bien, que digamos. La Quimera destruyó su reino. Y ahora está destruyendo el mío. Inspira terror, escupe veneno y exhala un fuego tan caliente que derrite

las armaduras.

—Uau —dijo Belerofonte.

—Así que esa es tu tarea. Ve a matar a la Quimera. Y gracias, ¿eh?

A Belerofonte nunca le habían encomendado un trabajo tan importante. Durante toda su vida le habían dicho que no hiciera cosas: «no lances ese puñal», «no derrames esa vasija de aceite», «no sierres esa cuerda». Y ahora el rey Yóbates, que apenas lo conocía, le confiaba el destino de su reino. ¡Qué tipo más simpático!

Belerofonte estaba decidido a no meter la pata.

Saltó a lomos de Pegaso y salió volando por la ventana.

Encontraron a la Quimera pasando a soplete sobre una aldea a unos treinta kilómetros al sur de la capital. Belerofonte, tras sobrevolar el monstruo, entendió por qué nadie había podido ofrecer una buena descripción de él: cualquiera que se acercara a más de treinta metros acabaría reducido a cenizas.

(Para que conste: yo conocí a la Quimera, aunque por aquel entonces no era tal como Belerofonte la vio. No es de extrañar, porque los monstruos suelen cambiar de apariencia. Cuando yo la conocí tenía el aspecto de chihuahua y se llamaba Sonny, lo cual nos lleva a un nivel muy distinto de terror. Pero prosigamos).

Belerofonte vio a una criatura del tamaño aproximado de un mamut. Tenía la cabeza y las patas delanteras de un león. La parte trasera del cuerpo era escamosa y de reptil, con patas de dragón y una cola serpenteante que por alguna razón tenía en la punta la cabeza de una serpiente de cascabel. La cabeza de serpiente se lanzaba a un lado y otro como un látigo, pegando furiosas dentelladas en el aire. Claro que si yo viviera pegado al culo de un monstruo tampoco estaría de muy buen humor.

Lo más raro de aquel bicho era la cabeza de cabra que le salía del lomo como si fuera un periscopio. Giraba casi en un círculo completo, arrojando una columna de fuego de treinta metros.

—¡Caray! —masculló Belerofonte—. ¿Qué te parece, Pegaso? ¿Podemos caer en picado sobre esa cosa?

Pegaso relinchó como diciendo: «No sé, chaval. Yo soy inmortal, pero tú no tanto».

Como cualquier buen héroe, Belerofonte llevaba encima una espada y una lanza. Preparó la lanza, puesto que era algo más larga que la espada, y espoleó a Pegaso para que cayera en picado sobre el monstruo. Llegaron a unos seis metros de distancia de la Quimera antes de que la cabeza de cabra los viera y escupiera fuego.

Pegaso se desvió tan bruscamente que Belerofonte estuvo a punto de caerse. El calor de las llamas le achicharró el vello del brazo. La cabeza de serpiente escupió una nube de veneno que le dañó los pulmones. Y el rugido de león fue tan aterrador que el héroe casi se desmaya.

Solo lo salvó su caballo alado. Pegaso salió disparado hacia arriba, poniéndolos fuera de peligro y dejando a su estela una espiral de plumas chamuscadas.

Belerofonte tosió para sacarse el veneno y el humo de los pulmones.

—¡Nos ha ido de un pelo!

Pegaso resopló: «¡No me digas!».

Volaron en círculos mientras la Quimera los observaba. La cabeza de serpiente de cascabel siseaba al final de la cola. El león enseñaba los colmillos. Pero lo que más miedo daba era la cabeza de cabra. Aquella cosa era un animal de granja de destrucción masiva.

—Necesitamos dar con la forma de apagar esas llamas —dijo Belerofonte—. Podría clavarle la lanza garganta abajo, pero solo conseguiría derretir la punta...

Y de pronto se le ocurrió una idea. Se acordó de que de pequeño se había metido en un lío por quemar el comedor. Antes de derramar el aceite, estaba tostando nubes de azúcar, mientras veía encantado cómo se churruscaban y se derretían en el pincho para convertirse en unos pegotes deliciosos.

—Ten cuidado no vayas a ahogarte con eso —le decía siempre su madre—. Se te pueden pegar a la garganta y te morirías.

«Mmm —dijo ahora Belerofonte para sí—. Gracias, mamá...».

Contempló las ruinas de la aldea y al final de la calle mayor atisbó una herrería abandonada. Pidió a Pegaso que volviera a bajar, y en cuanto aterrizaron en el taller del herrero, Belerofonte descendió de un salto y se puso a rebuscar entre los escombros.

La Quimera los vio aterrizar y, con un rugido, se lanzó a la carga por la calle mayor, tan deprisa como sus desiguales patas podían llevarla.

—Vamos, vamos —masculló Belerofonte.

Por fin sacó de un tirón unas maderas caídas sobre la forja.

—¡Ajá!

Junto a los fuelles había un trozo de plomo del tamaño de una almohada. Belerofonte logró levantarlo muy a duras penas, se acercó tambaleándose a Pegaso y se las apañó para volver a montar, antes de lanzarse de nuevo hacia

el cielo justo cuando la Quimera rociaba de fuego el taller.

Pegaso gruñó, esforzándose por volar con aquel peso añadido. «¿Para qué necesitamos una almohada de plomo?».

—Ya lo verás.

Belerofonte hundió la punta de la lanza en el trozo de metal. Por suerte el plomo es blando, y nuestro héroe consiguió empalarlo firmemente como si fuera una nube de azúcar gigante y pesadísima ensartada en un pincho.

—Pegaso, acércame lo suficiente para darle de comer esto a la cabra.

«Será un placer», relinchó Pegaso, y descendió en picado una vez más.

—¡Eh, Quimera! —gritó Belerofonte—. ¿Quieres una nube de azúcar?

Las tres cabezas del monstruo alzaron la vista. El monstruo nunca había probado una nube. Era difícilísimo conseguirlas en el Tártaro. Y sí, el héroe mortal parecía tener una nube gigantesca y gris ensartada en un pincho.

Los tres pequeños cerebros de la Quimera mantuvieron una breve discusión sobre los pros y los contras de aceptar chucherías de desconocidos. Belerofonte estaba solo a tres metros de distancia cuando la cabeza de cabra decidió que aquello era una especie de trampa. Abrió la boca para derretirle la cara al héroe mortal, pero Belerofonte hundió su pincho moruno de plomo en la garganta de la fiera cabra.

Pegaso viró mientras la cabeza de la cabra se atragantaba y sus pulmones se llenaban de plomo derretido. La Quimera se tambaleó. Las cabezas del león y la serpiente se agitaban de dolor.

Belerofonte bajó de un salto del lomo de Pegaso y sacó la espada. Y lo más increíble es que consiguió hacerlo sin clavársela. Por primera vez se sintió un auténtico héroe, con reflejos y coordinación motora y todo.

Cuando la Quimera se elevó sobre sus patas traseras, dispuesta a lanzarse sobre él, Belerofonte se le metió debajo y le atravesó el vientre con la espada. La bestia se desplomó, aunque la cabeza de serpiente de cascabel aún seguía sacudiéndose a un lado y otro.

—¡Yujuuu! —gritó Belerofonte.

Alzó una mano para chocar los cinco con Pegaso, pero el caballo lo miró en plan: «Por favor».

Belerofonte se llevó como recuerdo la cabeza de cabra con su boca humeante forrada de plomo. Se sacó un par de *selfies* con el cadáver del monstruo y luego volvió con Pegaso a Licia para dar la buena noticia al rey Yóbatas.

El rey estaba encantado de que la Quimera hubiera muerto, pero se quedó de

piedra al ver que Belerofonte seguía vivo.

—¿Y ahora qué se supone que tengo que hacer? —se preguntó en voz alta.

Belerofonte frunció el ceño.

—¿Majestad?

—O sea, quiero decir... ¿Cómo podría darte las gracias? ¡Bien hecho!

Esa noche, Yóbates celebró una gran fiesta en honor de Belerofonte, con tarta y helados y payasos y magos, aunque el rey prohibió los tragafuegos porque le parecían de mal gusto después del incidente de la Quimera.

Yóbates y Belerofonte estuvieron hablando toda la noche, y el rey se dio cuenta de que aquel joven héroe le caía muy bien. No quería verlo muerto, pero tampoco estaba del todo dispuesto a ignorar la carta de su hija Antea en la que pedía su ejecución.

¿Que por qué? Pues a lo mejor porque a Yóbates le preocupaba que Belerofonte pudiera representar un peligro para el reino. O igual es que era el típico padre al que no le gusta negarles nada a sus hijos, aunque sus hijos sean unos sociópatas. En cualquier caso, el rey decidió plantear a Belerofonte otro desafío, solo para asegurarse de que las Moiras lo querían vivo de verdad.

—¿Sabes, Belerofonte? —le comentó mientras tomaban el postre—. No tengo derecho a pedirte más favores, pero...

—¡Lo que sea, mi señor!

Y Belerofonte lo decía en serio. Nunca se había sentido como un héroe, y la verdad es que le gustaba. La gente lo quería. La hija pequeña del rey, la hermosa Filónoe, había estado flirteando con él descaradamente, y eso también le había gustado. Y lo más importante, ¡Yóbates creía en él! El rey le había dado la oportunidad de demostrar su valía. ¡Qué gran hombre!

—Si puedo ayudarte en lo que sea —insistió Belerofonte—, lo haré. ¡Pídeme cualquier favor!

La multitud aplaudió y alzó las copas en honor a Belerofonte.

Yóbates se sintió como un capullo, pero se obligó a sonreír.

—Pues verás, hay una tribu vecina, los sólimos, que han estado causando toda clase de problemas en la frontera oriental. La Quimera mató a mis mejores hombres (excepto a ti, por supuesto), así que no me queda gran cosa del ejército. Me temo que los sólimos invadirán el país si nadie los detiene.

—¡No me digas más! —exclamó Belerofonte—. Mañana mismo iré volando hacia allí para solucionar el asunto.

La multitud estalló en vítores. La princesa Filónoe batió las pestañas. Yóbates colmó de alabanzas al joven héroe, pero por dentro se sentía fatal: los sólimos jamás habían sido conquistados. Contaban con la bendición de Ares, el dios de la guerra, y en la batalla eran los más valientes. Enviar a un tío solo a luchar contra ellos... Bueno, era un homicidio.

Al día siguiente, Belerofonte montó a Pegaso y salió volando para luchar contra los vecinos. A lo mejor es que los sorprendió desde el aire, o igual es que había encontrado la confianza en sí mismo de la que le había hablado Atenea. Yóbates creía en él, así que él creyó también en sí mismo. El caso es que Belerofonte aterrizó en mitad de los sólimos y organizó una carnicería. Cuando ya había matado a la mitad de la tribu, y la otra mitad había salido despavorida, el jefe suplicó la paz. Prometió no volver a atacar Licia nunca más. Al final Belerofonte y él firmaron un tratado de paz, se hicieron unos cuantos *selfies* para la posteridad, y luego nuestro héroe regresó volando al palacio.

El rey Yóbates se quedó alucinado de nuevo. Los habitantes de Licia se pusieron como locos de contentos. Y esa noche celebraron una nueva victoria. La princesa Filónoe volvió a tirarle los tejos al joven corintio y le suplicó a su padre que concertara un matrimonio entre los dos.

Yóbates tenía sus dudas. Belerofonte estaba resultando ser superútil. Era fuerte y valiente, e inocente de verdad. No había tenido un solo accidente desde que llegó a Licia: no había matado a ningún pariente, no había incendiado ningún comedor, ni siquiera había zarpado un solo barco vacío.

A pesar de todo... Antea había solicitado la muerte del joven, y a Yóbates le resultaba muy difícil negarle nada a la homicida de su hija mayor. Total, que decidió encargar a Belerofonte una misión peligrosa más, solo para estar absolutamente seguro, al cien por cien, de que el héroe tenía a las Moiras de su parte.

—Mi maravilloso amigo Belerofonte —comenzó—, lamento tener que pedírtelo, pero es que existe una última amenaza para este reino... No, es demasiado peligroso, incluso para un héroe como tú.

—¡Lo que sea!

La multitud estalló en vítores entusiasmada, golpeando con las copas en las mesas.

—Bueno —continuó Yóbates—, hay una nación en particular que está guerreando con todas las ciudades de Anatolia. Es posible que hayas oído hablar quizá de las amazonas...

Los vítores se acallaron. Belerofonte tragó saliva. Sí que había oído algunas leyendas acerca de las amazonas, sí. Su sola mención provocaba pesadillas a los niños griegos.

—¿Quieres... quieres que luche contra ellas?

—No le confiaría esta misión a nadie más —dijo Yóbates, lo cual era cierto—. Si pudieras conseguir que nos dejaran en paz, como hiciste con los sólimos, sería fantástico.

Así que al día siguiente Belerofonte se dirigió volando a la batalla. No podía creerse que fuera a enfrentarse a las amazonas, pero Yóbates confiaba en él, y no podía defraudarlo.

Se fue derecho al campamento de las guerreras y les dejó el ejército hecho unos zorros. Las amazonas se quedaron paralizadas de la sorpresa. No podían creerse que un estúpido varón pudiera ser tan valiente. Para cuando la reina amazona consiguió restablecer el orden, Belerofonte había matado ya a cientos de sus mejores guerreras.

La reina solicitó una tregua, y Belerofonte accedió a dejarlas en paz si ellas cesaban de saquear Licia. Las amazonas firmaron un tratado de paz. Era algo que no hacían casi nunca, pero respetaban la valentía y estaba claro que Belerofonte *el Inocente* era valiente. No quisieron sacarse fotos con él, pero eso no tuvo importancia. Belerofonte volvió volando al palacio muy contento.

Cuando se arrodilló ante el rey y anunció su victoria, Yóbates hizo algo inesperado: el viejo se echó a llorar. Se bajó del trono, se aferró a los tobillos de Belerofonte y gimoteó:

—Perdóname, hijo mío. Perdóname.

—Mmm... claro. ¿Qué has hecho?

Yóbates le confesó lo de la sentencia de muerte de Preto. Le enseñó la carta y le explicó que las misiones habían sido en realidad intentos de matarlo para concederle a su hija su deseo.

El héroe podría haberse enfadado, pero en lugar de eso ayudó al rey a levantarse.

—Te perdono —le dijo—. En lugar de matarme sin más, me has dado la oportunidad de demostrar mi valía. Me has convertido en un héroe de verdad. ¿Cómo podría enfadarme por eso?

—¡Mi querido muchacho!

Yóbates estaba tan agradecido que dispuso que Belerofonte se casara con su hija Filónoe y lo nombró heredero al trono. Años más tarde, cuando Yóbates murió, Belerofonte se convirtió en el rey de Licia.

En cuanto a Antea, jamás consiguió su venganza. Cuando se enteró de que Belerofonte se había casado con su hermana pequeña y había heredado el reino de su padre, se llevó tal disgusto que se suicidó.

Y nuestros héroes vivieron felices y comieron perdices.

¡Ja, ja, ja! Qué va.

A estas alturas ya habéis leído bastantes historias de estas para saberlo. Belerofonte todavía guardaba en la reserva una metedura de pata de marca mayor.

Después de haber sido rey durante muchos años, empezó a echar de menos los buenos viejos tiempos. Las multitudes ya no lo vitoreaban como cuando mató a la Quimera. Nadie se acordaba de cómo había derrotado a los sólimos y las amazonas. Cuando contaba sus batallitas en los banquetes reales, los invitados disimulaban los hostezos, e incluso su esposa, Filónoe, ponía los ojos en blanco.

Es curioso, pero suele pasar: aparecen nuevos héroes y los antiguos se dejan de lado. Nos olvidamos de lo malo del pasado y echamos de menos los viejos tiempos, cuando quemábamos palacios y las reinas locas nos condenaban a muerte.

Total, que Belerofonte pensó que necesitaba una última aventura: una misión, en plan crisis de los cuarenta, para que todos volvieran a amarlo y para poner un poco de sal en su vida. Volaría más alto que ningún otro héroe de la historia. ¡Iría a ver a los dioses del monte Olimpo!

Así que salió al balcón más alto del palacio y llamó a Pegaso con un silbido.

El caballo alado respondió a su llamada. Hacía años que no se veían, y Pegaso estaba igualito, pues era inmortal y todo eso; en cambio el animal se quedó de piedra al ver lo mucho que había envejecido Belerofonte.

Pegaso ladeó la cabeza. «¿Qué hay, tío?».

—¡Amigo mío! —lo saludó Belerofonte—. ¡Tenemos otra misión que cumplir!

Se subió a su lomo y tomó las riendas de oro. Y Pegaso se lanzó hacia el cielo pensando que se iban a luchar contra las amazonas o contra algo parecido. Aunque Belerofonte lo guiaba en dirección contraria, hacia el oeste...

No tardaron en sobrevolar a toda velocidad el mar Egeo e internarse entre las nubes.

Pegaso relinchó, en plan: «Esto... ¿adónde vamos?».

—¡Al monte Olimpo, amigo mío! —exclamó contentísimo Belerofonte—. ¡Nos vamos a ver a los dioses!

Pegaso gruñó e intentó dar media vuelta. Ya había volado antes al monte Olimpo y sabía que era un espacio aéreo reservado. Los mortales desde luego no tenían permiso de entrada.

Pero Belerofonte agarraba las riendas con firmeza y obligó al caballo a subir más y más en contra de su voluntad. Pegaso y el héroe siempre habían tenido

una relación de igual a igual, pero ahora Belerofonte se había hecho con el mando.

Había olvidado la advertencia que Atenea le había hecho hacía ya tantos años: «No tientes a la suerte. ¡A ti que no se te ocurra!».

Belerofonte solo podía pensar en la gloria que alcanzaría cuando volviera a casa con anécdotas sobre los dioses y tal vez algunos recuerdos del viaje para los niños.

Mientras tanto, en el monte Olimpo, Hermes estaba en uno de sus balcones disfrutando de un granizado de néctar cuando vio a Belerofonte, que subía volando desde la Tierra.

—Esto... ¿Zeus? —llamó el dios mensajero—. ¿Esperas algún paquete?

Zeus se reunió con él en el balcón.

—¿Quién es ese? ¿Y por qué vuela hacia aquí con esa sonrisa tonta? ¡Ganímedes, tráeme un rayo!

Hermes carraspeó.

—Ganímedes está en su pausa del almuerzo, dios Zeus. ¿Quieres que baje yo a cargarme a ese tío?

—No —gruñó Zeus—. Tengo otra idea.

El dios sacó un puñadito de vapor de la nube más cercana y diseñó una especie nueva de insecto: el tábano. Si nunca habéis visto ninguno, tenéis suerte. Es la mosca más grande y más fea que podáis imaginaros, cruzada con el mosquito más sanguinario y temible. Tiene unas mandíbulas afiladas como cuchillas, capaces de perforar la piel de un caballo, nada menos.

Total, que Zeus envió a su nuevo chupasangre a que se diera su primer festín. Y el tábano picó a Pegaso entre los ojos.

Y vale que Pegaso era inmortal, pero podía sentir dolor. Y la picadura del tábano era lo peor que había experimentado desde que el aliento ardiente de una supercabra lo había chamuscado. De manera que se encabritó violentamente, y Belerofonte perdió las riendas, se cayó del caballo y se desplomó varios miles de metros hasta estrellarse y morir.

Pegaso se sintió un poco mal. Pero es que, claro... Belerofonte debería haber sabido que no se puede ir volando al monte Olimpo. Lo único que consiguió fue una muerte humillante, y que ahora todos los demás tengamos que lidiar con los tábanos.

Mirando las cosas por el lado positivo, Belerofonte y Filónoe tuvieron tres hijos maravillosos. Aunque su hijo mayor, Isandro, murió más tarde a manos de Ares. Ah, y Artemisa mató a su hija mayor, Laodamía. El hijo pequeño,

Hipóloco... ¡sobrevivió! Pero, cómo no, el hijo de este, Glauco (llamado así en honor del viejo rey de Corinto), murió atravesado por la espada de Áyax en la guerra de Troya. Así que sí... el caso es que Belerofonte y todos los que tenían alguna relación con él fueron asesinados.

Fin.

Y si no os gusta cómo acaba, recordad que yo no me he inventado nada de todo esto. Podéis llamarme Percy *el Inocente* . Yo no tengo la culpa.

## Cirene boxea con un león

\*

Como soy un semidiós, suelen hacerme muchas preguntas: «¿Pueden tener los titanes hijos semidioses?». «¿Se ha enamorado alguna vez un mortal de dos dioses diferentes?». «¿Cuál es la mejor manera de matar a un león con tus propias manos?».

Cirene es genial, porque su historia responde todas estas preguntas y más.

Nació en Tesalia, en el norte de Grecia. Y pertenecía a la tribu de los lápitas; a lo mejor os acordáis de ellos por la historia de Teseo. A los lápitas les gustaba irse de juerga, matar centauros, ver el fútbol los domingos y destruir naciones enteras. Eran gente ruda y fuerte, de ahí que Cirene se criara prefiriendo las lanzas a las muñecas Barbie, y las espadas a las películas de Disney. Sus amigos sabían que si se les ocurría cantar la canción de *Frozen*, Cirene los molería a puñetazos.

Me cae bien Cirene.

Cuando ella era joven, su padre, Hipseo (posiblemente también conocido como «el Hípster»), se convirtió en rey de los lápitas. Su abuelo era Océano, el titán de los mares, lo cual demuestra que los titanes pueden tener hijos semidioses. Y el padre de Hipseo era un espíritu fluvial. Con esas dos conexiones divinas, no es de extrañar que el cuerpo de Cirene contuviera más de un sesenta por ciento de agua. Es un porcentaje similar al del ser humano medio. Y no es que la juzgue, ¿eh? Yo tengo un montón de agua salada en el organismo.

(Annabeth dice que la mayor parte de esa agua salada está en mi cabeza. Muy graciosa, listilla).

En fin, que Cirene creció soñando con guerras y conquistas. Quería ser una gran guerrera, como su padre. Quería pasarse todos los sábados despedazando centauros y todos los domingos viendo partidos con los chicos. Pero, por desgracia, a las mujeres lápitas no se les permitía hacer nada divertido.

—La guerra es cosa de hombres —decía su padre—. Las mujeres se quedan en casa. Tú vigila a las ovejas mientras no estoy.

—No me gusta cuidar de las ovejas —gruñó Cirene—. Las ovejas son un muermo.

—Hija —su padre se puso serio—, si no hay nadie que guarde nuestro rebaño, los animales salvajes se lo comerán.

Cirene se animó al instante.

—¿Animales salvajes?

—Sí. Osos, leones, lobos, o algún que otro dragón. Toda clase de animales salvajes están deseando comerse nuestro ganado.

La joven agarró su lanza y su espada.

—Creo que voy a vigilar a las ovejas.

Y así, cuando el rey Hípster estaba por ahí haciendo la guerra contra los vecinos, Cirene se quedaba en casa y hacía la guerra contra los animales salvajes.

Y tenía de sobra donde elegir. En aquel entonces las colinas y los bosques de Grecia estaban plagados de depredadores feroces. Pumas, osos, tejones mutantes... de todo. Pero Cirene no esperaba a que los depredadores atacaran el rebaño, no. Mientras las ovejas pastaban por los peñascos valles barridos por el viento, ella patrullaba las colinas circundantes, localizando y destruyendo cualquier peligro potencial. Mataba osos tres veces más grandes que ella. Si no luchaba por lo menos con un dragón antes del almuerzo, lo consideraba un día aburrido. Llevó a la población de tejones mutantes al borde de la extinción.

Cirene se hizo adicta al peligro. Si la invitaban a alguna fiesta, ella respondía:

—No. Creo que me voy a matar unos cuantos pumas.

—Pero ¡eso es lo que hiciste anoche! —se quejaban sus amigas.

A Cirene le daba igual. Apenas comía ni dormía. Se pasaba la vida en la naturaleza, con sus rebaños, y volvía al pueblo solo cuando no le quedaba más remedio.

Se le daba tan bien su trabajo, que los aldeanos al final le pidieron que guardara también las vacas, además de las ovejas. Cirene accedió encantada, porque así tendría más cebos para los depredadores. Se llevaba a los animales a lugares peligrosos, esperando atraer a monstruos más grandes y más malos contra los que luchar. A las ovejas y las vacas ni siquiera les preocupaba. Confiaban ciegamente en ella.

Cuando una vaca olisqueaba algún peligro, le preguntaba a otra:

—¿Qué es eso?

—Ah, nada —contestaba la segunda vaca—, alguna manada de lobos.

—¿Y no nos van a comer? ¿No deberíamos sentir pánico y salir de estampida?

—Qué va —decía la otra—. Mira.

Y Cirene salía de pronto de la oscuridad pegando alaridos y masacraba a toda la manada de lobos.

—Ah, mola —comentaba la primera vaca.

—Sí. Cirene es la caña. ¿Te apetece rumiar un ratito más?

Cirene era una cazadora tan magnífica que llamó la atención de la mismísima Artemisa. La diosa le regaló sus dos estupendos perros de caza. E intentó reclutarla para que se uniera a sus seguidoras, pero a Cirene no le hacía mucha gracia lo de ser virgen toda la vida.

—Me siento muy honrada y tal —le contestó—, pero me gusta cazar a solas. No sé qué tal me manejaría en un grupo grande. Y además... a ver... que me gustaría casarme algún día.

Artemisa arrugó la nariz asqueada.

—Lamento oírlo. Tienes talento. Toma, llévate un folleto, por si cambias de opinión.

Con sus dos nuevos perros de caza, Cirene se volvió todavía más letal. Al cabo de poco tiempo tenía tan aterrorizados a los depredadores de la zona que si alguna de sus ovejas se alejaba, lo más probable era que un par de osos la devolvieran al rebaño para no buscarse problemas.

Un día, Artemisa estaba en el monte Olimpo charlando con su hermano Apolo sobre los mejores arqueros mortales.

—Cirene está sin duda entre los cinco mejores —comentó Artemisa—. Prefiere la espada y la lanza, pero es alucinante también con el arco. Ojalá se uniera a mi caza, pero dice que no está dispuesta a renunciar a los hombres.

Apolo enarcó sus cejas doradas.

—No me digas. ¿Está cañón?

—Hermano, ni lo pienses.

—Uy, pues sí que lo estoy pensando —reconoció el dios.

Al día siguiente, Cirene iba patrullando por las colinas en torno a su ganado, como siempre, cuando le entraron ganas de hacer pis. (Esta es otra pregunta que me hacen mucho: «¿Los semidioses van alguna vez al servicio?». En primer lugar: «¡Pues claro!». Y en segundo lugar: «¿Por qué preguntáis algo así?»).

Los perros de Cirene se quedaron guardando el rebaño, así que nuestra cazadora estaba sola. Dejó las armas, puesto que los héroes inteligentes no van al retrete con armas afiladas en las manos, y se dirigió a los matorrales

más cercanos.

Por desgracia, un león macho enorme estaba por casualidad agazapado en aquellos matorrales, acechando al rebaño. Cirene lo vio y se quedó paralizada. El felino y ella se miraban con irritación mutua: el león porque quería comer ovejas y Cirene porque se estaba haciendo pis. No llevaba ninguna arma y dudaba de que la bestia le diera tiempo para ir a buscar la lanza y la espada. Pero tampoco tenía mucho miedo.

El león gruñó en plan: «Atrás, chavala».

—De eso nada. —Cirene chasqueó los nudillos—. Si quieres esas ovejas, primero tendrás que pasar por encima de mí.

La verdad es que esa no es una frase heroica que se oiga muy a menudo.

El león se arrojó sobre ella. Cirene corrió a su encuentro.

Chicos, no hagáis esto en casa. Los leones tienen garras afiladas y colmillos. Los seres humanos, no. Aunque como a Cirene le daba igual, le propinó un puñetazo en la cara y luego esquivó un zarpazo.

Justo cuando la pelea se ponía seria, las nubes se abrieron sobre una colina cercana. Cirene no lo advirtió, pero un carro dorado tirado por cuatro caballos blancos descendió de los cielos y aterrizó en la cima. Y desde allí, el dios Apolo contempló a las dos diminutas figuras que luchaban en el valle. Con su visión divina veía estupendamente a Cirene. Su largo cabello oscuro golpeaba a un lado y a otro cuando esquivaba al animal. Sus elegantes brazos y piernas eran del color del bronce bruñido al sol. Incluso en mitad de un combate, su rostro era hermoso y sereno. Parecía una diosa de la guerra, y Apolo lo sabía muy bien puesto que era pariente de varias de ellas.

Cirene le hizo una llave de judo al león, allá en la pradera.

«¡Uf! —murmuró Apolo para sus adentros—. Nada me pone más que una titi luchando contra un león».

Tal vez fuera un comentario un poco guarro, pero, por otra parte, muchos dioses habrían querido intervenir en la pelea diciendo: «Eh, jovencita, ¿necesitas ayuda con ese león tan grande y tan malo?». Apolo veía claro que Cirene no necesitaba ayuda ninguna. El dios se había criado con su hermana Artemisa, y estaba acostumbrado a las mujeres autosuficientes. Se contentaba con ser un mero espectador.

«Ojalá pudiera compartir esta escena con alguien —se dijo—. ¡Ya lo tengo!».

Resulta que la colina de Apolo estaba cerca de la cueva de Quirón, el sabio centauro que entrenaba a los mejores héroes.

—¡Fijo que Quirón sabrá apreciar esto!

Apolo chasqueó los dedos y el centauro apareció a su lado con un cuenco de sopa en las manos.

—Eh... hola.

—Tío, siento interrumpirte el almuerzo —se disculpó Apolo—, pero es que tienes que ver esto.

Quirón miró hacia donde Apolo señalaba.

En ese momento, el león lanzaba un zarpazo a Cirene y le abría una línea de cortes ensangrentados a lo largo del brazo. Cirene rugió de rabia. Le pegó una patada de kungfú que lo alcanzó en el morro, luego corrió por el tronco de un árbol, dio una voltereta por encima del lomo del león, aterrizó detrás de él e hizo un gesto con la mano como diciendo: «Ataca».

—Vaya... —dijo Quirón—. Esto es algo que no se ve todos los días.

—Esa chica es la bomba, ¿eh?

—Sí. Ya había oído hablar antes de ella —comentó el centauro—. Ojalá pudiera entrenarla.

—Pues ¿por qué no la entrenas? —preguntó el dios.

Quirón negó tristemente con la cabeza.

—Su padre, Hipseo, jamás lo permitiría. Sus opiniones sobre el papel de la mujer son bastante retrógradas. Mientras Cirene viva entre los lápitas, me temo que jamás desarrollará todo su potencial.

Mientras tanto, en el valle, Cirene cogió al león por las patas traseras, le dio la vuelta y lo arrojó contra una piedra.

—Ya... —contestó Apolo—. ¿Y qué ocurriría si, por ejemplo, un dios se enamorara de la chica y se la llevara a otra parte?

Quirón se tiró pensativo de la barba.

—Si se llevaran a Cirene a otro país, podría llegar a ser lo que ella quisiera: una heroína, una reina, la fundadora de una gran nación...

—¿La novia de un dios también? —preguntó Apolo.

—Es muy posible —contestó Quirón—. Y la madre de muchos héroes.

Cirene estaba estrangulando al león con una llave de lucha. Cuando el animal murió, la joven desfiló en torno a su cadáver con los puños alzados en señal de victoria.

—Nos vemos —se despidió Apolo del centauro—. Tengo una novia que

secuestrar.

Cirene acababa de terminar de hacer pis y de vendarse los cortes del brazo cuando apareció delante de ella un carro dorado en una enorme bola de fuego. Las ovejas y las vacas ni se inmutaron. Se imaginaron que sería otro depredador del que se encargaría la joven.

Apolo bajó del carro, ataviado con su mejor túnica morada y una corona de hojas de laurel en la cabeza. Sus ojos brillaban como el oro fundido, su sonrisa era cegadora, y un aura de luz de color miel destellaba a su alrededor.

Cirene frunció el ceño.

—Deduzco que tú no eres de por aquí...

—Soy Apolo. Te he estado observando, Cirene. Eres la encarnación de lo adorable, un modelo de fuerza, ¡una auténtica heroína que merece algo más que guardar ovejas!

—Guardar ovejas no está tan mal. Puedo matar animales salvajes.

—¡Y lo haces muy bien! —la alabó Apolo—. Pero ¿y si te llevara a una nueva tierra donde pudieras fundar todo un reino? ¿Podrías gobernar como reina, luchar contra hordas de enemigos y además salir con un dios!

Cirene se lo pensó. Apolo era bastante mono. Y bastante más aseado que los hombres lápitas. Y hablaba muy bien. Y aquel carro dorado era muy guay.

—Acepto una primera cita —decidió—. Y luego ya veremos cómo va la cosa. ¿Adónde tenías pensado ir?

Apolo sonrió.

—¿Has oído hablar de África?

—Mmm... Yo pensaba más bien en algún restaurante italiano del pueblo, pero bueno, África también me vale. ¿Puedo llevarme a mis perros de caza?

—¡Pues claro!

—¿Y a mis ovejas y mis vacas?

—No hay sitio en el carro, lo siento. Ya te compraremos otro rebaño cuando lleguemos.

Cirene se encogió de hombros, llamó a los perros con un silbido y se subió al carro de Apolo. Y se marcharon trazando un arco de fuego por el cielo en dirección a África, dejando a las pobres ovejas y vacas para que se las arreglaran ellas solas. Por suerte, Cirene había matado a todos los depredadores en un radio de ochenta kilómetros, así que probablemente estarían bien.

Apolo se llevó a su nueva novia a la costa norte de África, y aterrizaron en las tierras altas de lo que ahora es Libia, donde las colinas estaban salpicadas de cedros, mirtos y adelfas del color de la sangre. De las rocas brotaban manantiales, y por las praderas de flores silvestres corrían arroyos cristalinos. A lo lejos, la costa estaba ribeteada de playas de arena blanca, y el mar, de un azul resplandeciente, se extendía hasta el horizonte.

—Esto es más bonito que mi pueblo —admitió Cirene.

—¡Y es todo tuyo! —le dijo Apolo.

Cirene no pudo resistirse a que le regalaran su propio país, de modo que Apolo y ella se convirtieron en la pareja de moda. Cazaban juntos por las colinas, corrían por las playas a la luz de la luna y, de vez en cuando, por pura diversión, le tiraban flechas a Hermes cuando pasaba volando con algún mensaje para los dioses. Pegarle un flechazo a Hermes en el culo era siempre garantía de risas.

Y allá en Grecia, los Oráculos de Apolo propagaron la noticia: todo aquel que quisiera emprender una nueva vida bajo el gobierno de una reina fabulosa, debería viajar a África y unirse a la fiesta.

Total, que pronto prosperó en aquel valle toda una colonia de griegos. Construyeron una ciudad llamada Cirene, en honor a la reina, obviamente. Y el templo más grande y más importante estaba dedicado a Apolo, obviamente también.

La ciudad de Cirene se convirtió en la primera colonia griega de África y en la más importante de dicho continente. Resistió durante casi todo el Imperio romano. (He oído que las ruinas siguen allí, pero yo no he estado. Cada vez que viajo a algún sitio así, tengo que luchar contra monstruos y acabo al borde de la muerte, así que mejor vais vosotros y me mandáis fotos).

Apolo y su cazadora tuvieron dos hijos. El mayor se llamó Aristeo, que significa «utilísimo». Y el muchacho hizo honor a su nombre. Cuando era pequeño, Apolo se lo llevó a Grecia para que se entrenara con el centauro Quirón. Aristeo no era muy bueno con la espada ni con la lanza, pero inventó toda clase de actividades útiles, como la fabricación de queso o la apicultura, con las cuales consiguió tener muchísimo éxito en los mercados de los granjeros de la localidad. Los dioses estaban tan impresionados que al final convirtieron a Aristeo en una deidad menor. Así que la próxima vez que juguéis al trivial y os pregunten cuál es el dios de los apicultores y los queseros, ya sabréis la respuesta. De nada.

El hijo pequeño de Cirene, Idmón, llegó a ser adivino, puesto que su padre, Apolo, era el dios de la profecía. Por desgracia, la primera vez que se asomó al futuro, lo que vio fue su propia muerte. A la mayoría de la gente le trastorna muchísimo saber esas cosas, pero Idmón se lo tomó con filosofía. Años más tarde, cuando el héroe Jasón estaba reuniendo un grupo semidivino de élite para su misión de encontrar el Velloco de Oro, Idmón se apuntó, aunque sabía que lo matarían a bordo del *Argo*. No quería perderse la

oportunidad de morir como un héroe. Eso es dedicación, y lo demás son tonterías.

Cirene era feliz en África. Le gustaba ser la reina de su propia ciudad. Pero a medida que pasaban los años, empezó a sentirse sola. Sus perros de caza habían muerto, sus hijos se habían hecho mayores y Apolo iba a verla cada vez menos.

Y es que los dioses son así: enseguida se cansan de sus amores mortales, ya os lo he dicho. Para ellos los seres humanos son como el hámster del colegio. La primera noche que te lo llevas a casa, estás muy emocionado y quieres cuidarlo bien. Pero al final del curso, cuando ya te has llevado al animal a casa seis veces, piensas: «Uf, ¿ya me toca otra vez? ¿Me lo tengo que llevar?».

Cirene jamás habría pensado que echaría de menos Grecia, pero empezó a sentir nostalgia de los viejos tiempos, cuando luchaba contra leones, vigilaba el ganado y los peludos hombres lápitas la ninguneaban. Así que decidió volver a Tesalia una vez más para ver a sus amigos de la infancia y saber si su padre seguía vivo.

Después de un largo viaje, cuando por fin llegó, se enteró de que su padre había muerto. El nuevo rey de los lápitas no quería saber nada de ella. La mayoría de sus amigos se habían casado y ni siquiera la reconocieron, o se habían muerto, puesto que los lápitas vivían en unas condiciones muy duras.

Total, que salió sola al campo y empezó a deambular por las antiguas veredas por las que solía llevar a sus ovejas. Echaba de menos a sus perros de caza. Echaba de menos su juventud. Se sentía vacía y furiosa, aunque no sabía muy bien con quién, y de la rabia clavó la punta de la espada en el suelo duro.

—Vas a quitarle filo a la hoja —advirtió una voz junto a su hombro.

Justo a su lado había un hombre robusto ataviado con una armadura completa de combate. Llevaba una lanza ensangrentada, como si acabara de salir de una masacre para tomarse un cafetito rápido. Su rostro era hermoso de la misma forma que una montaña es hermosa: cincelado e implacable, majestuoso y potencialmente letal. Pintado en su coraza había un jabalí rampante.

—Tú eres Ares —adivinó Cirene.

El dios de la guerra sonrió. Sus ojos llameaban como diminutas piras funerarias.

—¿No tienes miedo? Ya veo por qué le gustas a Apolo. Pero ¿qué haces con un niño bonito como Don Poesía? Tú eres una guerrera. Necesitas un hombre de verdad.

—Ah, sí, ¿eh?

Cirene arrancó la espada del suelo. No tenía miedo. Se había criado en aquel

territorio hostil, rodeada de guerreros violentos. Conocía a Ares. El dios representaba toda su infancia, todo aquello de lo que se había alejado cuando Apolo se la llevó. No tenía muy claro si odiaba al dios de la guerra o lo amaba.

—Supongo que ahora pretenderás que me vuelva loca por ti, ¿no? —gruñó—. ¿Vas llevarme a alguna tierra extranjera para hacerme reina?

Ares se echó a reír.

—No. Pero si lo que quieres es recordar tus orígenes... soy tu hombre. No puedes huir de tus raíces, Cirene. Llevas la matanza en la sangre.

Con un grito gutural, Cirene lo atacó. Estuvieron luchando por la ladera de la montaña, poniendo ambos todo su empeño en degollar al otro. Por fin, exhausta, Cirene tiró la espada y se lanzó contra Ares tratando de derribarlo. Él la abrazó con una dulzura sorprendente. Y casi sin darse cuenta, se estaban besando en lugar de pelear.

Eso es lo que yo llamo un «error de juicio». En mi opinión, la mejor opción es siempre cortarle la cabeza a Ares. Pero Cirene se sentía sola y vulnerable. Le apetecía algo distinto, y aquel dios no podía ser más distinto de Apolo.

Cirene se quedó con él muchos meses. Tuvieron un hijo llamado Diomedes, que llegó a ser rey de Tracia, un país que estaba todavía más al norte y que era dos veces más hostil que Tesalia. Ares era el dios patrono de los tracios, por eso no es de extrañar que hicieran rey a Diomedes.

El tipo era un verdadero encanto. Cuando no estaba guerreando o torturando a campesinos, criaba caballos que comían carne humana. Cada vez que tenía prisioneros o invitados que le caían mal, los arrojaba a los establos... Hasta que un tal Hércules puso fin a esas prácticas. Ya hablaremos de él dentro de un par de capítulos.

En fin. Cirene al final se cansó del salvaje norte, volvió a su ciudad en la costa africana y se encontró con que Apolo estaba esperándola en la colina en la que habían aterrizado con su carro muchos años atrás.

El dios sonrió, pero su mirada era triste y distante.

—¿Te lo has pasado bien en Tracia?

—Apolo, te lo puedo explicar...

El dios alzó las manos.

—No me debes ninguna explicación. Debería haber sido más atento. Te aparté de tu tierra natal y luego te abandoné. No es culpa tuya. Pero me temo que nuestro tiempo juntos está tocando a su fin.

—Lo sé.

Cirene se sintió aliviada. Había tenido tres hijos semidioses con dos dioses distintos. Había hecho más cosas en su vida que la mayoría de la gente, desde luego muchas más que la mayoría de las mujeres de su tiempo. No le iría mal un poco de paz y tranquilidad.

—¿Dónde te apetece vivir? —le preguntó Apolo—. ¿Aquí o en Tesalia?

Cirene miró las colinas salpicadas de mirtos y adelfas, las praderas verdes, las playas blancas, el relumbrante mar azul. Los colonos griegos estaban erigiendo nuevos templos en la ciudad que llevaba su nombre.

—Este es mi lugar —contestó.

Apolo asintió con la cabeza.

—Entonces tengo un último regalo para ti. Ares se equivocaba: tus raíces están allí donde tú decidas que deben estar. Yo te uniré a esta tierra para siempre. Tu espíritu permanecerá aquí.

Ella no estaba muy convencida de esa «unión para siempre», pero Apolo agitó la mano y una oleada de calor atravesó el cuerpo de Cirene. Se le aclaró la vista como si por fin le hubieran dado unas gafas con la graduación adecuada. De pronto, el mundo tenía una mayor definición. Veía como los espíritus del viento volaban por el cielo y las dríadas danzaban entre los árboles, convirtiendo los bosques en un tapiz de luz verde y sombras. El aroma de las flores silvestres era más dulce. La tierra parecía más sólida bajo sus pies. El murmullo de los arroyos se convirtió en un coro de voces claras y hermosas.

—¿Qué has hecho? —preguntó Cirene, más alucinada que asustada.

Apolo le besó la frente.

—Te he convertido en una náyade. Tu bisabuelo era Océano. Tu abuelo era un dios fluvial. En parte, siempre has sido un espíritu del agua. Ahora tu esencia está atada a los ríos de este valle. Vivirás mucho más tiempo que cualquier mortal. Disfrutarás de paz y buena salud. Mientras este valle florezca, también florecerás tú. Adiós, Cirene. Y gracias por los recuerdos.

No sé qué pensaría Cirene de todo aquello. Yo ni siquiera sabía que fuera posible convertir a un mortal en un espíritu de la naturaleza, pero los dioses son un pozo de sorpresas.

Tal como Apolo prometió, Cirene vivió muchísimo tiempo. Al final dejó su colonia griega para irse a vivir definitivamente al río con las otras náyades, aunque de vez en cuando salía para ofrecer consejos a sus amigos y familiares. Una vez, cuando su hijo Aristeo perdió todas sus abejas, lo ayudó a encontrarlas... pero eso ya es otra historia. A lo mejor la incluyo en *Dioseccillos de segunda fila de Percy Jackson*.

(Era broma, chavales. Por favor, no deis más ideas a los editores).

No se sabe si Cirene al final se desvaneció y murió, o si sigue todavía en algún arroyo cerca de las ruinas de su antigua ciudad. Pero desde luego esa mujer es digna de admiración. Cualquiera que sea capaz de sobrevivir a dos relaciones divinas sin volverse loca es más fuerte que la mayoría de los héroes. Cirene supo reinventarse varias veces. Aceptó plenamente su nuevo país y su nueva vida. Y después de aquel único viaje a Tracia, nunca volvió la vista atrás.

Para eso hace falta valor. Mirar atrás puede resultar mortal.

Y si no, preguntádselo a Orfeo.

Ah, esperad. No podéis. Fue decapitado.

¿Queréis saber cómo? Seguro que sí. Permittedme que os hable del mejor músico del mundo y de cómo la fastidió.

## Orfeo se marca un solo

\*

Ay, la vieja Tracia... Mi yermo postapocalíptico favorito, donde la vida era dura, los sacerdotes hacían sacrificios de sangre en honor de Ares y los reyes criaban caballos que comían carne humana. Parece el sitio ideal para que a un chaval le diera por tocar la lira, ¿verdad?

Pues allí es donde nació Orfeo. Claro que los Beatles eran de Liverpool y Jay-Z es de los suburbios de Brooklyn, así que supongo que la música puede surgir en los lugares más imprevisibles.

Y todavía fue más imprevisible el modo en que se conocieron los padres de Orfeo.

Pues resulta que su padre era un rey tracio llamado Eagro. (Un nombre rarito de pronunciar, ¿eh?). Y cuando Eagro era joven y estaba soltero, le gustaba ir de fiesta y cantar, tanto como le gustaba pelear. De ahí que cuando el dios del vino, Dioniso, y su ejército beodo atravesaron la ciudad en su expedición hacia la India, Eagro los recibiera con los brazos abiertos y con una copa vacía para que se la llenaran.

—¿Vais a invadir un país extranjero sin motivo alguno? —les preguntó—. ¡Me apunto!

Así que Eagro reunió a sus hombres y se unió a la expedición del dios del vino.

Al principio todo eran arcoíris y chardonnay. Eagro se llevaba de maravilla con los seguidores del Tío del Porrón, sobre todo con las ménades, que, como ya os he contado, eran unas ninfas locas a las que les encantaba descuartizar a sus enemigos con sus propias manos. Algo que un tracio sabía apreciar.

Todas las noches, junto al fuego del campamento, Eagro bebía con las ménades y cantaba baladas tracias con su bonita voz de barítono. Cuando cantaba una melodía triste, hacía llorar a su audiencia, y cuando cantaba algo animado, todo el mundo se ponía a bailar. De hecho cantaba tan bien que llamó la atención de una musa.

(Mi hermano Tyson está aquí. Creía que me refería a una musaraña. «No, Tyson, el prota de la historia no llamó la atención de una musaraña». Tyson se ha puesto triste).

Las nueve musas eran unas hermanas inmortales que supervisaban distintas artes, como el canto, el teatro... mmm... el circo, el *break dance*, el claqué, y puede que alguna otra disciplina que se me ha olvidado. Calíope, la musa

mayor, estaba a cargo de la poesía épica. Guiaba a los escritores que contaban historias sobre héroes y batallas y... Oye, ¿sabéis qué? Acabo de darme cuenta de que debería haberle hecho algún sacrificio antes de ponerme a escribir este libro. ¡Este es su territorio!

Ups. Perdón, chicos. Este libro no cuenta con el respaldo oficial de la musa correspondiente. Si os explota en las manos, lo siento.

En fin, que, como todas las musas, Calíope sentía debilidad por la música. Desde sus habitaciones en el monte Olimpo oyó a Eagro cantar camino de Oriente con el ejército del dios del vino, y se quedó tan fascinada que se hizo invisible y bajó volando a echar un vistazo a aquel guerrero borracho de voz tan hermosa.

—¡Madre mía, cómo canta! —suspiró la musa.

Incluso sin la formación adecuada, Eagro tenía un talento natural y cantaba con muchísima seguridad y emoción. Y físicamente tampoco estaba nada mal. De manera que Calíope fue siguiendo al ejército, volando en círculos, invisible, como una enorme gaviota camuflada, para poder oír cantar a Eagro todas las noches.

Por fin Dioniso llegó a la India. Si habéis leído mi otro libro, *Los dioses griegos*, sabréis que la invasión no le salió muy bien. Los griegos atravesaron el río Ganges y recibieron una buena paliza a manos de un puñado de santones indios que lanzaban fuego. En el pánico de la retirada, Eagro corrió al Ganges. Pero olvidó un detallito de nada: no sabía nadar.

Las hordas de guerreros borrachos y ménades lo pisotearon en su ansia por escapar, y Eagro se habría ahogado de no haber sido por Calíope. En cuanto el guerrero se hundió, la musa se zambulló en el río, se las apañó no sé cómo para echárselo a los hombros y lo llevó a caballito hasta la otra orilla. La imagen debió de ser curiosa: una encantadora dama vestida con una túnica blanca saliendo del Ganges con un peludo guerrero tracio a la espalda.

El ejército de Dioniso volvió a Grecia con el ánimo por los suelos, pero Calíope y Eagro se lo pasaron de miedo. Durante el viaje se enamoraron. Y para cuando los tracios llegaron a casa, Calíope había dado a luz a un semidiós llamado Orfeo.

El chaval se crio en Tracia, que no era un lugar muy acogedor para un joven músico sensible. Su padre perdió interés en él cuando se dio cuenta de que jamás sería un guerrero. Si le dabas al chico un arco, tocaba una melodía con la cuerda. Si le dabas una espada, la tiraba al suelo gritando: «¡Odio los bordes afilados!». Los otros niños se burlaban de él y lo acosaban... hasta que Orfeo aprendió a utilizar la música como método de defensa. Poco a poco fue dándose cuenta de que con su canto podía hacer llorar al más bruto de los acosadores. De que podía librarse de una paliza tocando las flautas de caña. Sus atacantes se quedaban quietos, como hechizados, y dejaban que Orfeo se marchara.

Todos los fines de semana, Calíope lo llevaba a clases de música con las otras

musas. Orfeo vivía para esas clases. Sus tías inmortales le enseñaron lo que sabían de música, que era básicamente todo. Y en muy poco tiempo el muchacho superó a sus maestras. Tenía la delicadeza de su madre y su habilidad divina, y además el talento natural de su padre y su osadía de hombre mortal. Las musas jamás habían oído una voz tan hermosa.

Le dieron a Orfeo varios instrumentos a probar: una batería, un cuerno francés, una guitarra Telecaster del 67... Orfeo destacaba en todos ellos. Hasta que un día dio con el instrumento que lo haría famoso. El único problema era que pertenecía a un dios.

Un fin de semana, Apolo fue a ver a las nueve musas para pedirles su opinión sobre su nuevo musical, *Veinticinco cosas alucinantes sobre mí (La secuela de Veinte cosas alucinantes sobre mí)*.

El dios tocó unas cuantas canciones con su lira mientras Orfeo, sentado en un rincón de la sala, lo contemplaba alucinado. Nunca había oído el sonido de la lira. Ni él ni ningún mortal. En aquel entonces, Apolo poseía la única que existía. Hermes, que era un crack, la había fabricado con una concha de tortuga, dos palos y unas cuerdas hechas con tendones de oveja. Luego se la había dado a Apolo para no ir a la cárcel por un robo de ganado (una larga historia), y la lira se había convertido en la posesión más preciada del dios.

Cuando acabó de tocar, Apolo dejó el instrumento y reunió a las nueve musas alrededor de un piano en la otra punta de la sala. Mientras discutían buscando las armonías a nueve voces para el gran final, Orfeo se acercó a la lira. Y, sin poder evitarlo, cogió el instrumento y tocó un acorde.

Apolo se levantó de un brinco con los ojos echando chispas de ira. Las nueve musas se apresuraron a ponerse a cubierto, y es que no pueden cogerse los juguetes de un dios sin pedir permiso.

Solo dos cosas impidieron que Apolo fulminara al muchacho allí mismo. En primer lugar, Orfeo tenía la lira en las manos y Apolo no quería que sufriera ningún daño. Y en segundo lugar, Orfeo se puso a cantar la canción más increíble que el dios había oído en su vida.

El chaval tocaba como si la lira formara parte de su propio cuerpo. Sus dedos corrían por las cuerdas, sacando de ellas las melodías y contrapuntos más dulces. Las nueve musas lloraban de alegría. Y la ira de Apolo se evaporó.

La música de Orfeo estaba llena del dolor y la tristeza de los mortales. Ningún dios podría haber compuesto una música tan intensa. Y Apolo supo apreciarlo. Zeus ya lo había castigado dos veces convirtiéndolo en humano durante un tiempo, y recordaba lo difícil que había sido tener el espíritu divino atrapado en un frágil cuerpo de carne y hueso. La música de Orfeo expresaba perfectamente aquella sensación.

Cuando este terminó la canción, miró a Apolo con expresión avergonzada.

—Lo siento, mi señor. Es que no... no he podido contenerme. Ahora ya puedes

matarme. He tocado la lira. Mi vida está completa.

Entonces se puso de rodillas y ofreció el instrumento al dios.

Apolo negó con la cabeza.

—No, hijo mío. Quédatala. Yo me haré otra.

Orfeo abrió unos ojos como platos.

—¿De verdad?

—Te la mereces. Llévatela. Y tócala por toda la Tierra. Enseña a otros a tocarla. Pero hazme un favor: no les enseñes *Stairway to Heaven*, ¿vale? Estoy más que harto de ese tema.

Orfeo se inclinó ante él y le dio las gracias. Y luego hizo justo lo que le había pedido el dios. Viajó por el mundo enseñando a otros a fabricar liras y tocarlas bien, y fue reuniendo canciones de todos los países. Viajó incluso a Egipto, donde añadió a su repertorio la música de ese país ancestral. Perfeccionó su técnica con la lira y con la voz. Y cada vez que se encontraba a alguien intentando aprender a tocar *Stairway to Heaven*, le quitaba el instrumento y lo destrozaba contra una pared.

Orfeo llegó a tener tal talento que su música era capaz de paralizar ciudades enteras. Si paseaba por un mercado tocando su lira, todo el mundo se quedaba parado: los mercaderes dejaban de vender, los ladrones dejaban de robar, las gallinas dejaban de cloquear y los niños dejaban de llorar. Verdaderas muchedumbres lo seguían fuera de la ciudad solo para oírlo tocar, caminaban tras él durante cientos de kilómetros hasta que por fin miraban a su alrededor como saliendo de un trance y pensaban: «Pero si yo vivo en Egipto. ¿Qué estoy haciendo en Jerusalén?».

Y Orfeo cada vez tocaba mejor. Los animales salvajes no podían hacer nada contra su música. Cuando atravesaba un bosque, los leones se reunían en torno a él y se ponían panza arriba para que les acariciara la tripa mientras cantaba. Los lobos se restregaban contra sus piernas y meneaban el rabo cuando cantaba aquella canción que les gustaba tanto: *Hungry like the Wolf*. Las aves se congregaban en silencio en los árboles para oírlo tocar, esperando poder aprender algo para mejorar sus trinos.

Al final, la música de Orfeo se hizo tan poderosa que era capaz incluso de transformar el medioambiente. Los árboles se movían por la tierra, corriendo sobre sus raíces como cangrejos para poder acercarse a su lira. Las rocas lloraban condensación cuando Orfeo cantaba. Las piedras lo seguían por los caminos. (Y seguramente también los Rolling Stones, porque esos tíos parecen lo bastante viejos para haberlo conocido en persona). Los ríos detenían su curso para escucharlo. Las nubes se anclaban en el cielo para poder asistir a sus conciertos desde sus palcos.

No había nada en el mundo entero que pudiera resistirse a Orfeo. Su música

era como la fuerza gravitatoria del sol, todo lo atraía hacia él.

Por otro lado, cuando no estaba dando clases, se dedicaba a hacer todo tipo de cosas heroicas. Por ejemplo, navegó a bordo del *Argo*, pero ya hablaremos de eso en el capítulo de Jasón. Seguid en la sintonía.

(¿Lo pilláis? ¿Música? ¿Sintonía? Bueno, a Tyson le ha hecho gracia).

Orfeo llegó a ser tan famoso que ya no podía ir a ninguna parte sin atraer una muchedumbre de fans. Cantaba y derretía los corazones. Ganó premios, recibió proposiciones de matrimonio de todas partes y tenía tantas visitas en su canal de YouTube que la página se cayó. Era más famoso que Elvis, más famoso que Justin Bieber, más famoso que... \*insertad aquí la banda de chicos más popular de esta semana\*. (Lo siento, yo es que no sigo esas cosas).

Para escapar de su propia fama, Orfeo regresó a Tracia, su tierra natal, porque allí la gente no le hacía ningún caso. Tiene gracia cómo son estas cosas... Por muy importante que seas en el mundo, la gente que te conoce de toda la vida siempre piensa: «Ya, bueno...».

—Hola, papá —saludó Orfeo—. He tenido que volver a casa para alejarme de mis millones de fans.

—¿Fans? —gruñó su padre—. ¿Por qué tienes fans?

—Bueno, mi música puede detener los ríos y hacer que los árboles se muevan, y una vez toda una ciudad llena de gente me siguió varios cientos de kilómetros para oírme tocar.

—Bah. —Su padre frunció el ceño—. Todavía no eres capaz de manejar una espada como es debido.

Mientras estuvo en Tracia, Orfeo se pasaba casi todo el día con los seguidores de Dioniso, ya que al menos ellos sabían apreciar la buena música festiva. Ayudó a organizar los Misterios Dionisiacos, un importante festival espiritual con vino a porrillo, música y teatro en honor del dios. No es que Dioniso necesitara más espectáculo, pero supongo que la música fue una buena incorporación.

Pero resultó que incluso en Tracia Orfeo tenía seguidoras locas. Durante los festivales, las ménades se emborracharon y empezaron a tirarle los tejos. Y como a Orfeo solo le importaba su música, no les hizo caso, y las ménades se enfadaron. Varias veces estuvieron a punto de armar un alboroto y hacerlo trizas.

Total, que su madre, Calíope, decidió que, por su propia seguridad, Orfeo debía casarse. A lo mejor así sus fans se cortaban un poco. Por eso habló con Apolo, porque casualmente tenía una hija semidiosa soltera llamada Eurídice.

Calíope le consiguió un pase de *backstage* para el siguiente concierto de Orfeo. Los jóvenes se conocieron y surgió el amor a primera vista... o por lo

menos el amor al primer intermedio. Como hija de Apolo, Eurídice llevaba la música en la sangre y comprendía a Orfeo a la perfección. Estuvieron charlando en el camerino durante todo el intermedio, y después de los últimos besos, Orfeo la hizo salir al escenario y anunció que iban a casarse.

Sus fans berrearon y se tiraron de los pelos, pero Eurídice estaba tan guapa y Orfeo tan contento que la multitud tuvo el bonito detalle de no asaltar el escenario. Durante semanas, las redes sociales ardieron con la encantadora pareja, aunque nadie lograba decidir qué apodo darles: ¿«Ordice»? ¿«Eurifeo»?

A la boda asistieron todos los dioses y la gente de moda. Las nueve musas pusieron la música, Apolo ofició la ceremonia y Dioniso hizo de niño de las flores. (Vale, igual esto me lo estoy inventando).

Himeneo, el dios de las ceremonias nupciales, apareció en persona para encabezar el desfile, aunque fue curioso porque lloró al acompañar a la novia hasta el altar. Vestía ropa negra, como de funeral, y su antorcha sagrada, que en principio tenía que arder alegremente, solo humeaba y chisporroteaba. Los invitados murmuraban. Era un augurio bastante malo para el matrimonio, pero a todos les dio miedo preguntar.

En cuanto a Orfeo y Eurídice, estaban demasiado enamorados para darse cuenta de nada. Durante el banquete, el novio cantó a su novia con tal dulzura que todo el público estalló en llanto.

Deberían haber tenido la luna de miel más romántica de la historia, pero por desgracia, un acosador lo estropeó todo. Seguro que pensáis que me refiero a alguna fan obsesionada con Orfeo. Pues no. Resulta que su mujer tenía su propio admirador chiflado.

Había un dios menor llamado Aristeo que llevaba años intentando captar la atención de Eurídice. A lo mejor os acordáis de él por el último capítulo, era el hijo de Cirene. ¿No? Bueno, no os preocupéis. Era el dios de la apicultura y los queseros. O sea, no es que fuera precisamente un pez gordo.

En fin, la cuestión es que estaba loquito perdido por Eurídice, pero ella no sabía ni que existía. Aristeo se volvió loco de desesperación cuando Eurídice se casó con Orfeo. ¡Eurídice estaba cometiendo un error terrible! ¿Por qué se casaba con el mejor músico del mundo cuando podría casarse con el dios del queso? ¡Tenía que hacerla entrar en razón!

Pues bien, una tarde durante su luna de miel, Eurídice y Orfeo estaban descansando en una preciosa pradera del bosque. Orfeo decidió tocar su lira un rato, porque hasta los genios de la música tienen que practicar, y Eurídice se fue a dar un paseo ella sola.

Craso error.

Aristeo la siguió, escondido entre los matorrales. Esperó a que Eurídice se alejara más o menos un kilómetro de la pradera y entonces se plantó delante

de ella de un brinco y gritó:

—¡Cásate conmigo!

¿Cómo se le ocurrió hacer algo así? Supongo que el único modelo femenino que había tenido Aristeo era su madre, Cirene, que no era la más romántica de las mujeres que digamos... No olvidemos que se había ganado el afecto de su primer marido matando un león y había conquistado a su segundo esposo intentando arrancarle la cabeza. A lo mejor Aristeo pensó que si obraba con energía, Eurídice por fin se daría cuenta de su existencia.

Y sí que se dio cuenta, sí. Pegó un grito y salió corriendo.

Nueve de cada diez veces, si alguien se planta de un brinco delante de ti y te grita «¡Cásate conmigo!», chillar para pedir ayuda y salir corriendo es una idea excelente. En este caso, no obstante, Eurídice habría hecho mejor pegándole un puñetazo a Aristeo en las narices. Al fin y al cabo era el dios del queso. Probablemente habría huido llorando.

Sin embargo, a Eurídice le había entrado el pánico y ni siquiera veía por dónde iba. Tropezó con unas hierbas altas y cayó derechita en un nido de serpientes venenosas. Una víbora le hundió los colmillos en el tobillo y la recién casada se desplomó al instante.

Para cuando Aristeo la alcanzó, Eurídice estaba poniéndose azul. Él atisbó a una de las víboras, que se alejaba por el suelo, y se dio cuenta de que era la serpiente más mortal de toda Grecia. Su veneno ya habría llegado al corazón de la joven.

—¡Por el agujón de una abeja! —masculló Aristeo.

No era un dios muy poderoso. Tal vez podría haberla salvado convirtiéndola en una abeja reina o en un buen trozo de queso manchego semicurado, pero antes de que tuviera tiempo de reaccionar, oyó a Orfeo, que llamaba a su amada. El músico debía de haber oído sus gritos.

Aristeo no quería cargar con la culpa de aquella muerte. ¡Nadie volvería a comprar su miel ni sus quesos en el mercado! Así que el muy cobarde huyó.

Orfeo encontró el cuerpo de Eurídice y el corazón se le hizo añicos. La tomó entre los brazos y sollozó. Intentó devolverle la vida cantando. Y al ver que no daba resultado, suplicó a las víboras, que se habían congregado al sonido de su voz, que lo mordieran a él también para poder seguir a su esposa al inframundo. Las serpientes se limitaron a quedárselo mirando: «No, tú nos caes bien. Cantas fenómeno».

Orfeo, aturdido, enterró a Eurídice en la pradera en la que habían compartido sus últimos momentos de felicidad. Luego cogió la lira y se puso a deambular sin rumbo, vertiendo toda su pena en su música.

Durante días estuvo tocando canciones de una tristeza insoportable. Pensad

en el momento más triste de toda vuestra vida, y ahora imaginad esa tristeza multiplicada por cien. Pues así era como se sentía uno al oír la música de Orfeo.

Ciudades enteras lloraban. Los árboles rezumaban lágrimas de savia. Las nubes descargaban torrentes de agua salada. En el monte Olimpo, Ares sollozaba sobre el hombro de Hefestos. Mientras, Afrodita y Atenea lloraban a moco tendido en pijama, juntas en el sofá, engullendo chocolate y helado. Hestia correteaba por el salón del trono ofreciendo a todo el mundo paquetes de pañuelos.

Orfeo tocó el solo más largo y más triste de toda la historia de la música. Y mientras duró, nadie pudo hacer nada. El mundo entero sufría, pero ni siquiera eso era suficiente para el músico.

—La muerte de Eurídice no ha sido justa. ¡Voy a ir al inframundo! —decidió.

La muerte de un ser querido es algo muy difícil de superar. Creedme, yo he perdido algunos buenos amigos. Aun así... la mayoría al final aprendemos a seguir adelante. La mayoría no tenemos más remedio.

Pero Orfeo era incapaz de superar la muerte de su amada. Tenía que traerla de vuelta. Le daban igual las consecuencias.

A lo mejor estáis pensando: «Mala idea. Esto no puede acabar bien».

Y tenéis razón.

Por otra parte, entiendo cómo se sentía Orfeo. Yo mismo he estado a punto de perder a mi chica más veces de las que quisiera recordar. Si se muriera, haría cualquier cosa por traerla de vuelta del inframundo. Cogería la espada, irrumpiría en el palacio de Hades y... Y lo más probable es que cometiera las mismas locuras que Orfeo, solo que sin cantar. Yo no canto.

El inframundo tiene muchas entradas: fisuras en la tierra, ríos que se hacen subterráneos, los servicios públicos de la estación de Pensilvania... Una llorosa ninfa de los bosques dirigió a Orfeo hacia un enorme cúmulo de rocas que ocultaba un túnel de entrada al reino de Hades. Orfeo tocó su lira y las rocas se abrieron, dejando al descubierto un camino que bajaba bruscamente hacia las profundidades.

El músico descendió a la oscuridad, tocando con tal dulzura que no hubo fantasma ni demonio que se atreviera a detenerlo. Por fin llegó a las orillas del río Estigia, donde el barquero, Caronte, estaba cargando en su ferry a los muertos recientes.

—¡Oye! —le gritó Caronte—. ¡Lárgate, mortal! ¡No puedes estar aquí!

Orfeo lo atacó con una desgarradora versión de *Daydream Believer*, y Caronte cayó de rodillas.

—Esa... ¡Esa era nuestra canción! Yo era un diablo soñador y adolescente. Ella era una dulce niña zombi. Y... Y... —Los sollozos no lo dejaron seguir—. ¡Está bien! —El barquero se enjugó los ojos—. ¡Sube a bordo! No puedo resistir esa música tan espantosamente triste.

Mientras cruzaban el río, Orfeo iba tocando unos temas tan lacrimógenos que algunas de las almas muertas prefirieron tirarse por la borda y disolverse. Se ve que no les gustaban las canciones antiguas.

Al llegar al infierno, Orfeo rasgó un acorde y las puertas de hierro se abrieron, temblando en sus bisagras ante el poder de la lira. Cerbero, el perro gigantesco de tres cabezas, se agazapó gruñendo, dispuesto a destrozar al intruso mortal. Orfeo cantó el tema principal de la película *Fiel amigo* y el perro empezó a aullar y a rodar gimiendo por el suelo.

Nuestro héroe atravesó las puertas y recorrió los Campos de Asfódelos, despertando a los espíritus con su música. Solían ser sombras grises y parlanchinas incapaces de recordar sus propios nombres, pero las canciones de Orfeo les trajeron recuerdos del mundo mortal, y por unos momentos adoptaron de nuevo formas humanas y colores, y vertieron lágrimas de alegría.

El sonido de la lira llegó a los Campos de Castigo. Las tres Furias, las más crueles ejecutoras de Hades, olvidaron sus tareas. Se sentaron formando un círculo diabólico y lloraron a moco tendido, a continuación celebraron una terapia de grupo en la que expresaron sus sentimientos y se alabaron unas a otras sus fieros látigos y sus alas de murciélago. Mientras tanto, las almas condenadas pudieron descansar. Sísifo se sentó en su colina, olvidándose de su piedra. Tántalo por fin podría haber alcanzado el agua y la comida, aunque estaba tan absorto con la música que no se dio ni cuenta. Los tíos en los potros de tortura estaban en plan: «¿Oiga? ¿Es que no tenían que despellejarnos vivos aquí? ¿Hola? ¿Hay alguien?».

Total, que Orfeo se abrió camino con su música hasta el mismísimo palacio de Hades. Los guardias zombis, armados hasta los dientes, ni siquiera intentaron detenerlo. Lo siguieron por los pasillos haciendo ruiditos guturales mientras intentaban acordarse de cómo se lloraba.

En el salón del trono, el rey y la reina de los muertos almorzaban. Hades llevaba un babero sobre sus elegantes ropajes oscuros. Estaba comiendo langosta, y todo el estrado en torno a su trono de esqueletos estaba salpicado de cáscaras. Perséfone picoteaba una luminosa ensalada subterránea del jardín del palacio. Su vestido era amarillo y gris, como el sol tras las nubes de invierno. Su trono estaba entretejido con las ramas peladas de un granado.

Cuando el intruso se acercó a su trono, Hades se levantó.

—¿Qué significa esto? —dijo—. ¡Guardias, destruid a este mortal!

Pero es muy difícil parecer amenazador cuando la mantequilla te gotea por el mentón y llevas un babero con el dibujo de una langosta.

Orfeo lo atacó con un tema de Duke Ellington: *Stalking Monsters* .

Hades se quedó con la boca abierta y se cayó de culo en el trono.

—¡Oh! —Perséfone dio unas palmadas y dijo—: ¡Cariño, es nuestra canción!

Hades jamás había oído una interpretación de Duke Ellington tan hermosa. La melodía era intensa, dolorosa, auténtica, como si aquel mortal hubiera destilado la vida de Hades, con todo su dolor y sus decepciones, con toda su oscuridad y su soledad, y la hubiera convertido en música. El dios se vio de pronto llorando. No quería que la música parase.

Pero al final el tema de Orfeo terminó. Los zombis se secaron los ojos. Los fantasmas suspiraron en las ventanas del salón del trono.

El señor del inframundo recobró la compostura.

—¿Qué... qué quieres, mortal? —preguntó con la voz un poco rota por la emoción—. ¿Por qué traes esta música desgarradora a mis salones?

Orfeo hizo una reverencia.

—Señor Hades, soy Orfeo. No he venido a hacer turismo. No quiero perturbar tu reino, pero es que mi esposa, Eurídice, sufrió hace poco una muerte prematura. No puedo seguir adelante sin ella. He venido a suplicar por su vida.

Hades suspiró. Se quitó el babero y lo dejó sobre su plato.

—Una música tan extraordinaria y una petición tan predecible. Jovencito, si me dedicara a devolver almas cada vez que alguien rezara por ello, mis salones estarían desiertos. Y yo me quedaría sin trabajo. Todos los mortales mueren. Eso no es negociable.

—Lo entiendo —contestó Orfeo—. Tú poseerás al final todas nuestras almas. Me parece bien. Pero ¡no tan pronto! Yo he perdido a mi alma gemela cuando apenas hacía un mes que la había encontrado. He intentado soportar el dolor, pero no puedo. El amor es una fuerza incluso mayor que la muerte. Tengo que llevarme a mi esposa de vuelta al mundo mortal. O eso, o me mato para que mi alma pueda quedarse aquí con ella.

Hades frunció el ceño.

—Bueno, lo de matarte puedo arreglarlo...

—Esposo. —Perséfone le puso una mano en el brazo—. Esto es muy dulce y muy romántico. ¿No te recuerda todo lo que pasaste tú para conquistar mi amor? Tú tampoco seguiste las reglas precisamente.

El dios se puso como un tomate. A su mujer no le faltaba razón. Hades la había secuestrado y había provocado una hambruna mundial en su

enfrentamiento con Deméter, la madre de Perséfone. Y es que Hades sabía ser también muy dulce y muy romántico cuando quería.

—Sí, cariño, pero...

—Por favor —insistió su esposa—. Al menos concédele a Orfeo una oportunidad de demostrar su amor.

Hades no podía resistirse cuando su amada lo miraba con aquellos hermosos ojos.

—Está bien, mi pequeño pomelo. —Se volvió entonces hacia Orfeo—. Te permitiré volver al mundo de los mortales con tu esposa.

Por primera vez en muchos días, Orfeo tuvo ganas de tocar algo alegre.

—¡Gracias, mi señor!

—Pero hay una condición muy importante —dijo Hades—: tú sostienes que tu amor es más poderoso que la muerte. Pues bien, tendrás que demostrarlo. Permitiré que el espíritu de tu esposa te siga desde el inframundo, pero debes tener fe en que va caminando detrás de ti. La fuerza de tu amor deberá ser suficiente para guiarla hasta el exterior. No te des la vuelta para mirarla hasta haber llegado a la superficie. Si echas el más mínimo vistazo atrás antes de que quede totalmente bañada por la luz del mundo mortal, volverás a perderla... y esta vez para siempre.

A Orfeo se le quedó seca la garganta. Echó una mirada por el salón del trono, esperando ver alguna señal del espíritu de su esposa, pero solo vio las caras de los mustios guardias zombis.

—E... entendido.

—Vete, pues —ordenó Hades—. Y nada de música durante el camino de vuelta, por favor. Estás distrayéndonos de nuestras tareas.

Total, que Orfeo salió del palacio y volvió sobre sus pasos por los Campos de Asfódelos. Sin su música en la que concentrarse, se dio cuenta de lo aterrador que era el inframundo. Los fantasmas susurraban y parloteaban en torno a él, le rozaban los brazos y el rostro con sus heladas manos espectrales, suplicándole besos.

Le temblaban los dedos, le fallaban las piernas.

No sabía si Eurídice lo seguía. ¿Y si se había perdido entre aquel gentío? ¿Y si Hades le estaba gastando una broma cruel? Cuando había entrado en el inframundo, Orfeo estaba consumido por el dolor. Pero ahora tenía esperanza. Tenía algo que perder. Y eso daba muchísimo más miedo.

En las puertas del inframundo, Cerbero meneó el rabo y gimió pidiendo una repetición del tema de *Fiel amigo*. Orfeo siguió andando. En las orillas del río

Estigia, le pareció oír unos suaves pasos en la arena negra detrás de él, pero no podía estar seguro.

Caronte, el barquero, aguardaba en su barca.

—Por lo general no llevo pasajeros de vuelta —comentó, inclinado sobre su remo—. Pero el jefe ha dicho que lo haga.

—¿Está... está mi esposa detrás de mí? —preguntó Orfeo—. ¿Está ahí?

Caronte esbozó una sonrisa ladina.

—Decírtelo sería hacer trampas. Todos a bordo.

Orfeo se quedó en la proa. La tensión le reptaba por la espalda como un ejército de hormigas, pero mantuvo la vista clavada en el agua negra mientras Caronte remaba canturreando *Daydream Believer* hasta que llegaron a la otra orilla.

Orfeo subió por el empinado túnel hacia el mundo mortal. Sus pasos resonaban. En un momento dado oyó un ruido como de un suspiro quedo detrás de él, pero podían haber sido imaginaciones suyas. Y aquel olor a madreSelva... ¿era el perfume de Eurídice? Sentía un ansia irresistible de comprobarlo. Su amada podría estar justo detrás, tendiéndole una mano... La idea lo invadía de agonía y éxtasis al mismo tiempo. Necesitó toda su fuerza de voluntad para no mirar.

Hasta que por fin vio el cálido resplandor del día en la boca del túnel, allí arriba.

«Solo unos pasos más —se dijo—. Sigue andando. Ya se unirá a mí a la luz del sol».

Pero se vino abajo, y la voz de Hades le susurró al oído: «Debes tener fe. El poder de tu amor debe ser suficiente».

Orfeo se detuvo. Jamás había confiado en su propia fuerza. Se había criado con las riñas constantes de su padre, que siempre lo tachaba de débil. De no ser por su música, Orfeo nunca habría sido nadie. Eurídice no se habría enamorado de él. Hades no habría accedido a dejarla volver. ¿Cómo podía estar seguro de que su amor era suficiente? ¿Cómo podía tener fe en otra cosa que no fuera su música?

Se detuvo un momento, esperando oír otro suspiro a su espalda, esperando percibir otra vaharada de perfume de madreSelva.

—¿Eurídice? —llamó.

Nada.

Se sintió totalmente solo. Se imaginó a Hades y Perséfone riéndose de su

estupidez por haber caído en su broma de mal gusto.

«¡Ay, dioses!», diría Hades. «¿De verdad se lo ha creído? ¡Menudo idiota! Pásame otra langosta, ¿quieres?».

¿Y si el espíritu de Eurídice nunca había estado allí? O lo que era peor, ¿y si estaba justo ahora detrás de él, suplicando su ayuda? Tal vez necesitaba su guía para volver al mundo. A lo mejor Orfeo salía a la luz del sol y miraba atrás y la veía caer, alejándose para siempre de él mientras el túnel del inframundo se cerraba definitivamente. Sería una clase de artimaña muy propia de Hades.

—Eurídice —la llamó de nuevo—. Por favor, di algo.

Pero solo oyó el eco decreciente de su propia voz.

Y si hay algo que un músico no puede soportar, es el silencio. El pánico se apoderó de él, y Orfeo se dio la vuelta.

A poca distancia, a su espalda, en las sombras del túnel, a menos de un tiro de piedra de la luz del sol, estaba su hermosa amada, con el vestido azul de tul con el que la habían enterrado. Su rostro comenzaba a recuperar su color rosado.

Se miraron a los ojos. Tendieron los brazos. Orfeo le tomó una mano, y los dedos de Eurídice se convirtieron en humo.

Mientras se desvanecía, en su expresión había dolor... pero no reproche. Orfeo había intentado salvarla. Había fracasado, pero ella lo amaba de todas formas. Y esa certeza volvió a romperle el corazón.

—Adiós, amor mío —susurró ella, y desapareció.

El grito de Orfeo fue el ruido menos musical que jamás había emitido. La tierra tembló. El túnel se hundió. Una ráfaga de aire lo expelió al mundo como un caramelo expulsado de una tráquea. Orfeo chilló y pegó puñetazos en las rocas. Intentó tocar la lira, pero sus dedos eran como plomo en las cuerdas. No había forma de abrir el camino al inframundo.

Orfeo no se movió durante siete días. No comió, ni bebió ni se bañó. Esperaba que la sed o su propio olor corporal lo mataran, pero no fue así.

Suplicó a los dioses del inframundo que se llevaran su alma. No obtuvo respuesta. Trepó al acantilado más alto y se tiró al vacío, pero el viento lo acercó con suavidad hasta el suelo. Buscó leones hambrientos, pero los animales se negaron a comérselo. Las serpientes no quisieron morderlo. Intentó aplastarse la cabeza con una roca, pero la roca se convirtió en polvo. Literalmente, no se le permitía morir. El mundo amaba demasiado su música. Todos deseaban que siguiera vivo y tocando.

Por fin, abatido por la desesperación, Orfeo regresó a su hogar en Tracia.

Si este fuera el final de su historia, ya sería bastante trágica, ¿verdad?

Pues qué va. Se pone peor.

Orfeo jamás se recuperó de la muerte de Eurídice. Se negó a salir con otras mujeres, solo tocaba canciones tristes, ignoraba los misterios dionisiacos, que él mismo había ayudado a inventar. Vagaba por Tracia como un alma en pena y deprimía a todo el mundo.

Ahora bien, cuando has sufrido una gran tragedia como la de ver a tu mujer convertirse en humo delante de tus narices, casi todo el mundo te dará un poco de cuartel. Sin embargo, te comprenderán hasta cierto punto. Y al cabo de un tiempo, la gente empezará a hartarse y pensará: «Ya está bien, Orfeo, hijo. ¡Únete a la raza humana!».

A ver, yo no digo que esa sea precisamente la actitud más sensible del mundo, pero es que la gente es así, sobre todo si da la casualidad de que son ménades.

A lo largo de los años, Orfeo y las seguidoras de Dioniso habían ido teniendo muy buen rollo. Él se había encargado de organizarles su festival, su padre era un veterano de la guerra india... Pero al final las ménades se mosquearon viendo que el hombre ya nunca iba a sus fiestas. Era el soltero más codiciado de toda Tracia, pero se negaba a coquetear con ellas, se negaba a beber con ellas. Es que casi ni las miraba, vamos.

Calíope, la madre de Orfeo, intentó avisarlo del peligro, pero su hijo no hizo ni caso. No quería marcharse de la ciudad. Le daba todo igual.

Total, que finalmente la rabia de las ménades se desbordó, y una noche que habían bebido más de lo habitual, oyeron a Orfeo tocando su lira en los bosques: otra canción de amor trágico y desolación. Su dulce voz enloqueció todavía más a las ménades.

—¡No puedo con ese tío! —chilló una—. ¡Ya no quiere juntarse con nosotras! ¡Es un muermo!

—¡Vamos a matarlo! —gritó otra.

Esa era la solución de las ménades a casi todos los problemas.

Así que allá que fueron, hacia el sonido de la lira de Orfeo.

El músico estaba sentado en la orilla de un río, deseando poder ahogarse. Vio llegar a las ménades, pero se limitó a seguir tocando. Le daba lo mismo morir. De hecho ni siquiera estaba seguro de que pudiera morir. Al principio las ménades le tiraron piedras, pero todas caían al suelo sin rozarlo siquiera. Luego le arrojaron lanzas, pero el viento las apartaba.

—Bueno —dijo una—, supongo que tendremos que hacerlo con nuestras propias manos. —Por tanto, mostró sus uñas largas y puntiagudas, y añadió—:

¡Señoras, al ataque!

Sus gritos salvajes ahogaron la música de Orfeo. Todas se precipitaron sobre él. El músico no intentó huir. En realidad agradecía que alguien estuviera dispuesto a matarlo para poder ver a Eurídice de nuevo.

Y las ménades le dieron el gusto. Lo hicieron pedazos.

Después, el silencio resultó opresivo. Incluso las ménades se quedaron horrorizadas con lo que habían hecho y salieron corriendo, abandonando los pedazos de Orfeo esparcidos por el bosque.

Calíope y las otras musas acabaron por encontrarlo. Recogieron lo que pudieron y enterraron los restos al pie del monte Olimpo. Sin embargo, faltaban dos cosas importantes: la lira y la cabeza, que habían bajado flotando por el río Hebro hasta llegar al mar. Al parecer, la lira siguió tocando ella sola, y la cabeza cortada siguió cantando mientras flotaba, como un Furby de esos, que no se callan ni a tiros.

(Lo siento, pero es que aún tengo pesadillas con esos muñecos...).

Al final, Apolo sacó la lira del mar y la lanzó hacia el cielo, donde se convirtió en la constelación de Lyra. La cabeza de Orfeo acabó atracando en la isla de Lesbos, y allí le hicieron un santuario. Apolo le concedió el poder de la profecía, y durante un tiempo gente de todo el mundo acudió a Lesbos para consultar a la cabeza cortada de Orfeo. Hasta que el dios decidió que aquello era un poco siniestro y silenció al Oráculo. El santuario quedó abandonado y la cabeza fue enterrada.

En cuanto al espíritu de Orfeo, me han llegado rumores de que se reunió con Eurídice en los Campos Elíseos. Ahora puede mirar a su mujer todo lo que quiera sin temor a que desaparezca. Sin embargo, allá adonde van, Orfeo deja que Eurídice camine siempre delante, por si acaso.

Supongo que eso significa que fueron felices y comieron perdices... exceptuando el detalle de que los dos murieron.

Seguramente ese hecho podría inspirar alguna canción.

«La la la, te querré vivo o muerto. La la la».

No, da igual. Creo que me dedicaré a lo mío, que es la lucha con espada. La música es demasiado peligrosa.

## Los doce disparatados

trabajos de Hércules

A ver por dónde empiezo con este tío.

Y es que incluso el tema de su nombre es complicado. Yo voy a llamarlo por su nombre romano, que es «Hércules», porque así es como lo conoce casi todo el mundo. Los griegos lo llamaban «Heracles». Pero es que ni siquiera ese era su nombre auténtico. En realidad al nacer recibió el nombre de «Alcides» o «Alceo», según los escritos que uno lea, pero lo de «El gran héroe Al» como que no queda muy guay.

En fin, el caso es que antes de que naciera Como-se-llame, en el sur de Grecia estaba desarrollándose un culebrón de mucho cuidado. ¿Os acordáis de Perseo, el tío que cortó la cabeza a Medusa? Pues resulta que cuando se convirtió en rey de Argos unió media docena de ciudades estado —Tirinto, Pilos, Atenas, Villacozenelculo, etcétera— para formar un poderoso reino llamado «Micenas». (¿A que parece que esté pidiendo «Mi Cena»?). Cada ciudad tenía su propio rey, pero luego había una especie de megarrey que gobernaba sobre toda la nación. Ese gran rey podía ser de cualquier ciudad, pero se suponía que tenía que ser siempre el descendiente de Perseo que tuviera más edad.

¿Qué, ya os habéis hecho un lío? Yo también.

Para cuando llegó la tercera generación del clan Perseo, los aspirantes a finalistas para ser el gran rey eran dos primos de la ciudad de Tirinto. Uno era Anfitrión, y el otro Esténelo. Parece que, con esos nombres, para ser rey hubiera que llamarse algo raro.

Anfitrión era mayor por unos cuantos días, así que todo el mundo daba por sentado que obtendría el puesto. Pero entonces el tío lio el asunto matando accidentalmente a su suegro.

La cosa fue así: Anfitrión estaba negociando con un tal Electrión para obtener el permiso para casarse con su hija Alcmena. En cuanto llegaron a un acuerdo, Electrión llamó a Alcmena para darle la buena noticia.

ELECTRIÓN: ¡Alcmena, te presento a tu nuevo marido, Anfitrión!

ALCMENA: Esto... vale. Podrías haberme avisado con un poquito de tiempo.

ELECTRIÓN: Venga, no te enfurruñes. ¡Que pronto será el gran rey! Y ha pagado un buen precio por ti. Además te quiere. La quieres, ¿no?

ANFITRIÓN: Ajá.

ALCMENA: Si acabas de conocerme...

ANFITRIÓN: Ajá.

ALCMENA: ¿Sabes decir algo que no sea «ajá»?

ANFITRIÓN: Ajá.

ALCMENA: Papá, este tío es idiota.

ANFITRIÓN: Pero ¡te quiero! ¡Mi amor es así de grande!

*(Abre los brazos, le da sin querer un golpe en la cara a Electrión y lo mata ).*

ANFITRIÓN: Ups.

ALCMENA: Qué idiota eres.

Cuando se difundió la noticia, el otro aspirante al trono, Esténelo, vio su oportunidad para hacerse con el puesto de gran rey. Acusó públicamente a Anfitrión de asesinato. Montó toda una campaña de desprestigio con pósteres y pregoneros y anuncios en televisión: «Este idiota asesinó a su suegro. ¿Podéis confiar en que gobierne nuestra nación?». Al final el asunto se puso tan feo que Anfitrión tuvo que huir de Micenas. Se llevó a su nueva esposa, Alcmena, algo que a ella no le hizo mucha gracia.

Se instalaron en Tebas, una ciudad al noroeste de Atenas, fuera de la zona de influencia de Micenas. Anfitrión se convirtió en el general más importante de la ciudad, pero eso no quería decir gran cosa, puesto que el ejército tebano era tan poderoso como un grupo de seguratas de centro comercial.

Alcmena no mostraba ningún entusiasmo con respecto a su esposo. Técnicamente estaban casados, pero el muy idiota había matado a su padre y había conseguido que los exiliaran a los dos.

—Ni sueñes con que tengamos hijos —le dijo Alcmena—. Bajarían el cociente intelectual de toda la civilización griega.

—¡Te demostraré mi valía! —le prometió entonces Anfitrión—. ¿Qué tengo que hacer?

Alcmena se lo pensó.

—Ve a conquistar unas cuantas ciudades. Demuéstrame que eres un buen jefe. Puedes empezar destruyendo la isla de Tafos. Mis hermanos la atacaron hace unos años y los hicieron pedazos. Venga a mis hermanos.

Anfitrión había perdido el hilo de lo que decía después de las primeras palabras.

—¿Qué?

Alcmena señaló con el dedo.

—¡Tafos! ¡Matar!

—Ah, vale.

Total, que Anfitrión se llevó a su ejército y vivió unas cuantas aventuras en las que no voy a entretenerme. Que si un zorro imposible de cazar, que si un tío de pelo largo y rubio imposible de matar... Hubo sangre y mutilaciones y pillajes. Ya sabes, un fin de semana típico en la Antigua Grecia.

Anfitrión mató gente y destruyó cosas hasta que se imaginó que ya había demostrado ser digno de Alcmena. Entonces dio media vuelta con su ejército y marchó hacia Tebas. Estaba deseando llegar a casa y disfrutar de su luna de miel. Llevaba casado con su esposa más de un año y aún no se habían dado ni un beso.

Sin embargo, por desgracia para él, había alguien más que también quería disfrutar de una luna de miel con su esposa. Nuestro viejo amigo Zeus, el dios del cielo y las titis guapas, había estado observando a Alcmena. Y le había gustado lo que había visto.

Zeus había prometido a Hera (por trigésima vez) que dejaría de tontear con mujeres mortales. Por supuesto, no tenía la más mínima intención de cumplir su promesa, pero aun así llegó a la conclusión de que más le valía ir de discreto cuando visitara a Alcmena. Decidió que la manera más sencilla de pasar desapercibido sería adoptar el aspecto de su esposo, así que se transformó en Anfitrión y bajó volando a Tebas.

—¡Cariño, estoy en casa! —gritó.

Alcmena entró en el salón.

—¿Tú qué haces aquí? Los mensajeros han dicho que seguías con el ejército. No te esperaba hasta dentro de tres días.

«¿Tres días? —pensó Zeus—. Excelente».

—¡Pues he llegado antes! —anunció—. ¡Vamos a celebrarlo!

Zeus pidió una pizza, abrió una botella de champán y puso algo de Justin Timberlake. Al principio a Alcmena le resultó todo bastante sospechoso. Su esposo no parecía tan cretino como antes. Pero tenía que reconocer que le gustaba más esa versión. A lo mejor sí que había aprendido algo en sus aventuras...

Pasaron una noche romántica maravillosa. De hecho, fue tan maravillosa que en un momento dado Zeus se excusó, se llevó el teléfono al baño y mandó un whatsapp a Helios, el dios del sol: «Colega, píllate unos días libres. ¡Necesito que esta noche dure!».

Helios le contestó: «Stas cn Alcmena?».

Zeus: «Sip».

Helios: «Tío! Sta cañón».

Zeus: «Ya t digo».

Total, que Helios dejó el carro del sol aparcado en el garaje las siguiente setenta y dos horas. Cuando por fin llegó el alba, Alcmena sufría de falta de sueño y una sobredosis de Justin Timberlake.

Zeus le dio un beso de buenos días.

—Bueno, ¡ha sido una pasada, churri! Pero tengo que irme. Debo hacer... cosas del ejército y eso.

Y salió por la puerta principal.

Diez minutos más tarde, entraba el verdadero Anfitrión.

—¡Cariño, estoy en casa!

Alcmena lo miró con los ojos vidriosos.

—¿Tan pronto? ¿Se te ha olvidado algo?

Anfitrión esperaba una bienvenida un poquito más entusiasta, la verdad.

—Eh... no. Acabo de llegar de la guerra. ¿No podemos... celebrarlo?

—¿Estás de cachondeo? ¡Si llegaste a casa ayer! ¡Hemos estado juntos toda la noche!

Anfitrión no era lo que se dice una lumbrera, pero se dio cuenta de que allí pasaba algo raro. Alcmena y él fueron a ver a un sacerdote que hizo un poco de adivinación y determinó que el primer Anfitrión había sido en realidad Zeus.

A los autores romanos esto de la suplantación de identidad les pareció tronchante. Escribieron comedias enteras sobre el tema. Ya os imagináis cómo iba aquello: Alcmena miraba al público como pensando: «¿Ese no era mi esposo? ¡Ahí va!». Y un montón de tíos con toga se revolcaban por el suelo partiéndose de risa.

En fin, la cuestión es que Anfitrión no podía hacer demasiado al respecto. Alcmena y él celebraron su propia luna de miel. Y cuando ella estaba en su segundo trimestre de embarazo, sabía, como a veces saben las madres, que llevaba dentro gemelos. Y tenía la sensación de que uno era hijo de Zeus y el otro, de Anfitrión. Y el hijo de Zeus iba a acarrearle un buen puñado de problemas.

Mientras tanto, allá en Micenas, el primo Esténelo todavía intentaba convertirse en el gran rey. Pensaba que estaría chupado, con Anfitrión en el exilio y eso, pero resulta que Esténelo no le caía bien a nadie. Era cruel y cobarde. Y además su nombre no podía ser más feo. Los nobles se negaron a apoyarlo. Los plebeyos se burlaban de él. Esténelo intentó zanjar el asunto con una votación pública, pero quedó tercero, detrás de dos candidatos que ni se presentaban: Mickey Mouse y *Minino*, un gato callejero.

La única buena noticia para Esténelo era que su esposa, Nicipe, estaba a punto de dar a luz a su primer hijo. Si era varón, sería el hijo mayor del descendiente de más edad de Perseo (sin contar a Anfitrión, por supuesto), lo cual significaba que el chico tenía posibilidades de convertirse en gran rey aunque Esténelo no lo consiguiera.

En el monte Olimpo, Hera andaba pensando algo parecido. Se había enterado de la aventura de Zeus con Alcmena, pero en lugar de ponerse hecha un basilisco, decidió ser fría y astuta.

«Seguro que Zeus querrá que el hijo bastardo de Alcmena se convierta en el gran rey de Micenas —gruñó para sus adentros—. Pues bien, que ni lo sueñe».

La noche siguiente hizo todo lo que pudo para contentar a Zeus. Le puso su disco favorito de Justin Timberlake y le preparó la comida que más le gustaba: crepes de ambrosía con salsa de ambrosía y una guarnición de sofrito de ambrosía. Luego le dio un masaje en los hombros y le susurró al oído:

—¿Cielito mío?

—¿Mmm? —Zeus estaba bizco de gusto.

—¿Podrías emitir un decretito divino para mí?

—¿Un decreto divino... sobre qué?

Hera le introdujo en la boca una fresa cubierta de ambrosía.

—No, nada, que se me ha ocurrido que el reino de Micenas debería tener un poco de paz y prosperidad. ¿Verdad que estaría bien?

—Mmm.

Zeus se tragó la fresa.

—¿Y si decretaras que el próximo descendiente de Perseo que nazca se convierta en el gran rey? ¿No serían así las cosas más sencillas?

Zeus disimuló una sonrisa. Sabía que los gemelos de Alcmena nacerían en cualquier momento. El hijo de Esténelo no lo haría por lo menos hasta al cabo de otra semana. Lo que desconocía era que su esposa también lo sabía.

—Sí, claro, cariño. ¡No hay problema!

Esa misma noche, los Oráculos divinos de todo Micenas anunciaron las últimas noticias de Zeus: ¡el siguiente descendiente varón de Perseo sería el gran rey! Y no, los ciudadanos no podrían volver a votar por el gato.

Después de cenar, Hera bajó corriendo a la Tierra, donde su hija Eleitia, la diosa del alumbramiento, acababa de llegar a casa de Alcmena.

—¡Alto! —gritó Hera—. ¡No permitas que Alcmena dé a luz!

Eleitia dio un paso atrás, agarrando su maletín médico.

—Pero si ya está de parto... ¿No te acuerdas de lo que duele?

—¡Me da igual! ¡No puede dar a luz! Por lo menos hasta que nazca el hijo de Esténelo.

—Pero si no lo tengo en la agenda hasta la semana que viene...

—Tú ven conmigo a Tirinto. ¡Ahora mismo!

Eleitia estaba acostumbrada a lidiar con el drama del parto, pero con el drama de Hera ya no tanto. Las dos diosas dejaron a Alcmena en la cama, gruñendo y sudando y maldiciendo, y volaron a la ciudad de Tirinto.

Una vez allí, Eleitia ondeó su cojín mágico de dar a luz sin dolor y Nicipe, la mujer de Esténelo, se puso de parto al instante. ¡Bum! Cinco minutos después tenía un bebé en los brazos. El alumbramiento más fácil de la historia.

Le pusieron de nombre Euristeo, porque era el más raro que se les pudo ocurrir con tan poco tiempo de antelación. Y era, de hecho, el siguiente descendiente varón de Perseo, de manera que al pequeño lo coronaron de inmediato gran rey, aunque costó lo suyo encontrar una corona de la talla de un recién nacido.

En cuanto a Alcmena, Hera le habría dejado sufrir los dolores de parto para siempre. Así de compasiva era ella. Pero a Eleitia le dio pena, y una vez que quedó claro que Hera se había salido con la suya en el tema del gran rey, concedió a Alcmena un parto seguro y sin complicaciones.

El primero en nacer fue Hércules (aunque en ese momento le pusieron «Al»), seguido de su hermano gemelo, Ificles.

Anfitrión, el orgulloso padre, miró a los niños y de inmediato se sintió unido a los dos, aunque Alcmena lo había avisado de que uno de los niños probablemente sería de Zeus.

«¿Cuál es mío y cuál es de Zeus?», se preguntó Anfitrión.

Ificles lloraba. Al (o Hércules) flexionó sus músculos de recién nacido y le

arreó un tortazo a su hermano, en plan: «Calla ya».

—Supongo que el fuerfuer es de Zeus —comentó Alcmena.

Anfitrión suspiró.

—Sí, seguramente tienes razón.

Al día siguiente llegó la noticia de Tirinto: había nacido un nuevo gran rey, Euristeo, solo unas pocas horas antes que Hércules.

—Seguro que Hera ha metido mano en todo este asunto —adivinó Alcmena—. Por eso mi parto duró tanto.

El bebé Hércules, en sus brazos, gritó:

—¡Rrrrr!

Y de inmediato se hizo caca en el pañal.

Alcmena se quedó horrorizada con aquella peste.

—¿Has querido decir algo? —le preguntó al niño—. ¿No te cae bien Hera?

—¡Rrrrr!

Más caca. Aquello dejó preocupada a Alcmena, y no solo porque vete a saber qué habría comido ese niño, sino también porque había oído contar cómo Hera torturaba a las amantes mortales de Zeus. Y su parto era la prueba de que la esposa de Zeus la tenía tomada con ella. Su hijo Al (o Hércules) podría significar su muerte.

Y en un momento de miedo y debilidad, Alcmena hizo lo que en aquel entonces hacían un montón de padres con los hijos no deseados: salió a hurtadillas de la casa, se llevó al bebé a un bosque convenientemente situado y lo abandonó sobre una roca para que se muriera.

El pequeño Hércules se lo tomó fatal. Estuvo agitándose encima de la piedra durante horas, chillando, maldiciendo en lenguaje de bebé y dando puñetazos a cualquier animal salvaje que se atreviera a acercarse a él.

Por fortuna, Zeus no perdía de vista al chaval. El dios se había enterado de la artimaña de Hera con los bebés aspirantes al puesto de gran rey.

«Conque quieres pelea, ¿eh? —masculló para sus adentros—. Pues muy bien, cielito mío, la vas a tener».

Y envió a Atenea, diosa de la sabiduría, a la Tierra a por el bebé. Cuando Hércules la vio, dijo «gugugú», pero le rugía el estómago de hambre, y Atenea, que no era una diosa muy maternal, no sabía qué hacer con él.

—Necesito una nodriza —murmuró Atenea—. Alguien a quien le gusten los niños. Mmm...

Y se le ocurrió una idea muy retorcida. Le llevó el niño a Hera.

—¡Oh, reina mía! —le dijo—. Acabo de encontrarme a este pobre bebé abandonado en el bosque. ¿No te parece terrible? No sé cómo darle de comer. ¡Y está muerto de hambre!

Hera no sabía quién era aquel pequeño, y en cuanto le echó un vistazo, se le disparó el instinto maternal.

—¡Ay, pobrecito! Ven, dámelo. Yo le daré de mamar.

En aquel entonces no había biberones ni leche en polvo. Cuando un bebé tenía hambre, se le daba el pecho y punto. Por lo general lo hacía la madre, pero si la madre no andaba por allí, pues la sustituía cualquier otra mujer.

Hera, siendo la diosa de las madres, pensó que lo haría bien. Se acercó a Hércules al pecho y dejó que diera unos cuantos tragos del divino grifo de leche. El bebé mamaba con ganas, hasta que Atenea dijo:

—¡Gracias, Hera!

Era la primera vez que pronunciaba su nombre en presencia del niño. Y al oírlo, Hércules le pegó un buen mordisco al sensible pezón de la diosa, gritó «¡rarrrr!» y se hizo caca, todo al mismo tiempo, con lo cual Hera dio un grito y lanzó al bebé por los aires.

Por suerte, Atenea tenía buenos reflejos y lo atrapó.

Algunas leyendas cuentan que la leche del pecho de Hera salió disparada hacia el cielo y creó la Vía Láctea. Yo no lo sé. Me parecen demasiados sistemas solares para un solo chorrito de leche. Lo que sí es seguro es que aquellos pocos tragos del pecho de Hera, la diosa que más lo odiaba, le infundieron a Hércules una fuerza y una salud divinas.

Atenea se llevó zumbando al niño a casa de su madre. Lo dejó en la puerta, llamó al timbre y huyó. Alcmena abrió y el bebé le sonrió con toda la cara manchada de leche.

—Mmm... Bueno, vale.

Alcmena sospechó que aquello era una señal de los dioses, se llevó al niño adentro y ya no volvió a intentar librarse de él.

Los siguientes meses transcurrieron con una relativa tranquilidad. Hércules aprendió a gatear. Aprendió a abrir agujeros en las paredes a puñetazos. Se cargó varias sillas de montar a fuerza de morderlas cuando estaba echando los dientes. Lo castigaron por romperle los brazos a su niñera. E incluso pronunció su primera palabra: «machacar».

Una noche, cuando él y su hermano Ificles dormían, Hera decidió librarse de una vez por todas del odioso pequeñajo. Si permitía que creciera, pensó, no daría más que problemas. «Zeus cuida de él, así que no puedo fulminarlo con un rayo. Mmm... ¡Ya sé! Simularé un accidente creíble con un par de serpientes venenosas en su cuarto. Es algo que pasa constantemente, ¡estoy segura!».

Total, que dos espantosas víboras salieron reptando por una grieta de la pared y se fueron derechitas a las cunas de los niños.

Ificles se despertó primero. Notó que algo se deslizaba sobre su manta y pegó un grito.

Alcmena, al otro lado del pasillo, lo oyó. Se levantó de un brinco de la cama y sacudió a su esposo para despertarlo:

—¡Anfitrión! ¡Algo ocurre en la habitación de los niños!

Los padres fueron corriendo, pero llegaron demasiado tarde.

Hércules se había encargado del tema. Con sus reflejos superrápidos de mocososo, había agarrado a las dos serpientes del cuello y las había estrangulado. Cuando llegaron sus padres, Hércules estaba de pie en la cama, sacudiendo las víboras muertas con una sonrisa de oreja a oreja.

—*¡Mueta!*

En cuanto a Ificles, estaba acurrucado en un rincón, debajo de una manta, gritando y llorando.

Anfitrión suspiró.

—Ven, Ificles. Vente conmigo. Lo siento, pequeñín. A ti te ha tocado mi ADN.

Después de esa noche, nuestro héroe estrangulador de serpientes recibió un nuevo nombre. Ya no era Alcides, Alceo ni ninguna otra variante de «Al». Desde entonces se lo conoció como «Heracles» (para los romanos: Hércules), que significa «gloria de Hera». Gracias a ella, el chico era famoso antes incluso de entrar en la guardería. Seguro que la diosa estaba encantada.

Mientras crecía, Hércules tuvo algunos maestros magníficos. Su padre, Anfitrión, le enseñó a conducir un carro. Los generales de Tebas lo entrenaron en el arte de la espada, el tiro con arco y la lucha libre. La única asignatura que se le daba mal era la música. Sus padres contrataron al mejor intérprete de lira de la ciudad, Lino, que era hermanastro de Orfeo. Pero es que Hércules no podía ser más negado para la música. Sus dedos eran demasiado grandes y torpes para manipular las cuerdas. Al final Lino perdió la paciencia y gritó:

—¡No, no, no! ¡Eso es una escala de do!

Le arrebató a Hércules el instrumento de las manos y lo golpeó en la cara con él. (Y que sepáis que un golpe en la cara con una lira duele).

Hércules le arrancó la lira a su maestro.

—¡Pues toma escala!

Y le pegó con ella en la cabeza repetidamente hasta que el instrumento quedó hecho pedazos y el profesor de música, muerto.

Hércules tenía doce años. Lo juzgaron y pidieron la pena de muerte. Yo creo que se pasaron de duros, la verdad. Por suerte, era un niño listo. Alegó defensa propia, puesto que Lino le había pegado antes, y se libró con seis años de servicios comunitarios en un rancho de ganado fuera de la ciudad.

El rancho no estaba tan mal. A Hércules le gustaba vivir al aire libre. Y allí tenía aire fresco a raudales y no volvería a dar clases de música. Sus padres también agradecían la seguridad de que estuviera lejos, donde no podía atraer víboras venenosas a la casa, cometer maestricidios ni destruir por accidente la ciudad.

Dejaron salir a Hércules del rancho a la edad de dieciocho años. Para entonces era el tebano más grande, más fuerte y más machote de toda la historia de Tebas. Había pasado fuera mucho tiempo y no estaba demasiado enterado de lo que se cocía; por eso, cuando llegó a su casa se quedó estupefacto al ver que los ciudadanos lloraban en la plaza pública mientras reunían todo su ganado como si estuvieran a punto de celebrar una subasta. Hércules reconoció a muchas de las vacas que había criado durante sus años de servicios comunitarios. Y encontró a su familia entre la multitud.

—¡Papá! —le gritó a Anfitrión—. ¿Qué pasa con las vacas?

Su padrastro dio un respingo.

—Hijo mío, mientras estabas fuera hemos estado en guerra con los minias. ¿Sabes, la gente que vive en esa ciudad de por ahí, la del rey Ergino?

—Sí, ¿y...?

—Pues que perdimos. Menuda paliza nos dieron. Y para evitar que destruyeran toda la ciudad, el rey Creonte accedió a pagarles un tributo anual de cien vacas.

—¿Cómo? ¡Eso es de locos! Yo crie a esas vacas. Ahí está *Mancha*, justo ahí. Y esa es *Florecita*. ¡No podéis entregar a *Florecita*!

Puede que cien vacas en principio no parezcan gran cosa, pero en aquel entonces eran como cien casas o cien Ferraris. Las vacas valían un pastón. Eran una de las inversiones más importantes que podían hacerse. Y además... ¡*Florecita*! Colega, no puedes entregar una vaca a la que Hércules se había molestado en bautizar.

—¡Tenemos que luchar! —dijo—. ¡Esta vez venceremos a los malvados minias!

Entonces intervino su hermano enfermizo, Ificles:

—Pero es que se han llevado todas nuestras armas. Eso también formaba parte del tratado de paz.

—¿Todas nuestras armas? —Hércules se volvió hacia el rey Creonte, que andaba por allí cerca con sus guardias—. ¿Me voy unos cuantos años y entregáis todas nuestras armas y también nuestras vacas? ¡Majestad, venga ya!

El viejo rey se puso colorado y bajó la vista al suelo.

—Tenemos que hacer algo —insistió Hércules.

—Ya es demasiado tarde —objetó Ificles—. Aquí vienen.

La multitud se abrió para dejar paso a una docena de minias grandullones vestidos con armaduras. Los minias marchaban por la plaza apartando a los viejos a patadas, empujando a las ancianas y robando *churros* de los puestos callejeros. Y el rey Creonte no hacía nada para detenerlos. Ni sus guardias tampoco. Incluso el padre de Hércules, el gran general Anfitrión, se quedó de brazos cruzados al tiempo que los matones de los minias se dirigían hacia los corrales.

Hasta que por último Hércules no pudo soportarlo más.

—¡Se acabó!

Los minias se detuvieron y lo contemplaron con desprecio mientras se les acercaba dando zancadas: un adolescente grandullón y peludo ataviado con una túnica de cuero sencilla y la capa de un pastor.

—¿Te atreves a dirigirte a nosotros? —dijo el líder de los minias—. ¡Somos tus señores, pastor! Arrodíllate y bésame los pies.

—De eso nada. —Hércules chasqueó los nudillos—. Marchaos ahora y no habrá un baño de sangre. No os vais a llevar más vacas nuestras.

Los minias se echaron a reír.

—Escucha, chaval —dijo el líder—, tenemos espadas y vosotros no. Nos vamos a llevar estas cien vacas, tal como establece el tratado de paz. Y el año que viene, vendremos a por otras cien más. ¿Qué vas a hacer para impedirlo?

Hércules le propinó un puñetazo en la cara, derribándolo al instante. Los otros minias se llevaron la mano a la espada, pero Hércules era muy rápido, y antes de que las hojas pudieran siquiera salir de las vainas, los doce minias yacían en el suelo con las narices rotas, los ojos morados y un cincuenta por ciento menos de dientes. Hércules les confiscó las armas.

Y entonces —(¡ojo!, ¡salvajada!)—, con la espada del líder, les cortó a cada uno de los minias la nariz, las orejas y las manos. Ensartó los trozos cortados para hacer unos collares asquerosos y se los colgó al cuello a sus prisioneros. Lo alucinante es que, a todo esto, no se murieron. Cuando recuperaron la consciencia y la fuerza suficiente para andar, Hércules los puso en pie.

—Volved con el rey Ergino —les ordenó—. ¡Decidle que los únicos tributos que obtendrá de Tebas son los macabros trofeos que cuelgan de vuestros cuellos!

Le dio un golpe en el culo al líder con la parte plana de la espada y envió de vuelta a los minias mutilados.

La atónita multitud tebana despertó de su estupor. Los más jóvenes dieron vítores y danzaron alrededor de las vacas recién liberadas. Los ciudadanos más maduros, que habían visto demasiadas guerras, mostraban menos entusiasmo.

—Hijo mío —dijo Anfitrión—, el rey Ergino jamás nos perdonará esto. Volverá con todo su ejército.

—Bien —gruñó Hércules—. Los mataré a todos.

El rey Creonte se acercó cojeando con la cara más verde que una acelga.

—Chico, ¿qué has hecho? Os acepté a ti y a tu familia cuando os exiliaron. Os di un hogar. Y tú... ¡tú nos has condenado!

—Mi señor, no te preocupes —dijo Hércules—. Ya me encargo yo de los minias.

—¿Cómo? Ahora tienes... ¿qué, doce espadas? ¡No puedes derrotar a todo el ejército de los minias solamente con eso!

Hércules no recordaba que el rey Creonte fuera tan cobardica, pero decidió no comentar nada.

—El templo de Atenea —dijo en cambio—. ¿No hay un montón de armas y armaduras colgando de las paredes?

Anfitrión miró nervioso hacia el cielo, temiendo que les cayera encima un rayo divino.

—Hijo mío, esas armas son ceremoniales. Fueron consagradas a la diosa. Los minias no se las llevaron porque hay que ser un insensato para utilizarlas. ¡Recibirías la maldición de Atenea!

—Qué va, Atenea y yo tenemos buen rollo. Además, es la diosa de la defensa de la ciudad, ¿no es así? ¡Ella misma querría que protegiéramos Tebas! —Hércules se dio la vuelta para dirigirse a la multitud—: ¡No tenemos que vivir con miedo a los minias! Todo el que esté conmigo, que venga al templo de

Atenea para armarse. ¡Acabaremos con nuestros opresores!

Los tebanos más jóvenes lanzaron vivas y se reunieron en torno a Hércules. Incluso Ificles, que siempre había sido débil y enfermizo y tenía miedo hasta de su propia sombra, dio un paso adelante para coger una espada. Aquello avergonzó a muchos de los tebanos más mayores, que acabaron uniéndose al grupo.

Anfitrión puso una mano en el hombro de Hércules.

—Hijo mío, tienes toda la razón. Hasta este momento había olvidado mi valor. ¡Vamos a luchar por nuestro hogar!

Total, que saquearon el templo de Atenea cogiendo todas las armas y las armaduras. La diosa no se cargó a nadie con un rayo, hecho que se tomaron como una buena señal. Hércules dirigió a su improvisado ejército fuera de la ciudad, hasta dar con un embudo natural allí donde el camino serpenteaba entre dos altos acantilados. Los tebanos construyeron barricadas y cavaron agujeros. Luego Hércules dispuso a casi todos sus hombres a lo largo de las cimas del cañón, a cada lado. En un paso tan estrecho, el gran tamaño del ejército de los minias no iba a serles de mucha ayuda.

Al día siguiente, el rey Ergino dirigió en persona a su ejército hacia Tebas. En cuanto llegaron al paso, Hércules hizo saltar su trampa. La lucha fue sangrienta. Anfitrión, el padrastro de Hércules, murió en acción, al igual que muchos otros tebanos. Pero el ejército de los minias quedó destruido.

Aunque Hércules no se detuvo ahí, sino que marchó hasta la ciudad de los minias y la redujo a cenizas.

Luego volvió triunfal a casa. El rey Creonte estaba tan agradecido que le otorgó como recompensa a su hija mayor, Megara. Incluso los dioses se quedaron impresionados: descendieron del Olimpo y lo cubrieron de regalos hasta tal punto que ya daba vergüenza. Hermes le dio una espada. Hefesto le hizo una armadura. Apolo le ofreció un arco y un carcaj. Atenea, una túnica regia, y accedió generosamente a no matar a nadie por haber profanado su templo. Vaya, que los viejos olímpicos le montaron un homenaje por todo lo alto.

Hércules y Megara se casaron y tuvieron dos hijos. Y durante un tiempo, todo fue de maravilla. Hércules ocupó el puesto de su padre como general en jefe y dirigió al ejército tebano en muchas campañas exitosas. En una de esas batallas, murió su hermano, Ificles, dejando una viuda y un niño pequeño llamado Yolao (pero, oye, por lo menos Ificles cayó con valentía). Hércules llevó honor y gloria a su pueblo, y todo el mundo se imaginaba que en cuanto falleciera Creonte, él sería el nuevo rey de Tebas.

Si la cosa hubiera terminado así, Hércules habría pasado a la historia como uno de los mayores héroes griegos. Pero noooooo, eso era solo el calentamiento.

Y la que también estaba calentándose era Hera. En el monte Olimpo, la reina de los dioses estaba que trinaba con los éxitos de Hércules. No podía permitirle un final feliz, así que decidió hacer de su vida algo tan terrible, trágico y complicado como le fuera posible, para que algún día Percy Jackson la pasara canutas escribiendo sobre ella.

La odio.

Mientras Hércules crecía como pastor de vacas en Tebas, su primo Euristeo lo hacía como el gran rey de Micenas, que es algo que igual suena estupendo con eso de que la gente te hace reverencias y obedece todas tus órdenes desde que eres pequeño. Pero el caso es que, por culpa de eso, se convirtió en un tipo muy creído y con muy mal genio.

A pesar de todo, Hera pensaba que era lo más guay del mundo después del aceite de oliva virgen extra. Así que bendijo su reino con paz y prosperidad, le mandaba veinte dracmas todos sus cumpleaños... Y además se aseguró de que Euristeo se enterase de todas las irritantes hazañas de Hércules, porque quería que el gran rey estuviera muy celoso.

Cuando Euristeo cumplió dieciocho años, Hera le susurró en sueños, animándolo a bajarle los humos a su famoso primo: «Llama a Hércules a tu palacio —le dijo la diosa—. ¡Pídele que te sirva realizando diez grandes trabajos! Si no, jamás respetará tu reinado».

Euristeo se despertó.

«¡Se me ha ocurrido una gran idea! —se dijo—. ¡Voy a llamar a Hércules al palacio y le pediré que me sirva realizando diez grandes trabajos! Si no, jamás respetará mi reinado».

Así que Euristeo envió a Tebas a un mensajero para ordenar a Hércules que viajara a la capital de Tirinto para servirlo.

Hércules se controló bastante. No le cortó al mensajero la nariz, las orejas ni las manos. Se limitó a enviar un mensaje de vuelta que decía: «¡QUÉ RISA! NO».

A Euristeo no le gustó. Por desgracia, Tebas quedaba fuera de su jurisdicción. No podía hacer gran cosa a menos que quisiera declarar una guerra, y ni siquiera Euristeo era tan idiota como para declararle la guerra a Hércules.

Esa noche, Hera volvió a hablarle en sueños: «Tú espera tu momento. Hércules se inclinará ante ti, ya me encargará yo».

Durante las siguientes semanas, cada vez que Hércules iba a un templo, los sacerdotes y las sacerdotisas le hacían graves advertencias:

—Los dioses quieren que sirvas a tu primo Euristeo. No, en serio. Más te vale ir a Tirinto, o sucederán cosas terribles.

Hera estaba detrás de todo aquello, por descontado. Era la reina a la hora de dar la tabarra. Se aseguró de que Hércules oyera el mensaje veintiocho veces al día de veintiocho fuentes distintas.

Al principio, él no hizo ni caso de las advertencias. Se consideraba demasiado importante y poderoso para servir a un vil gusano como Euristeo. Pero los avisos no dejaban de llegar. Desconocidos lo paraban por la calle y le hablaban con voces rasposas, como si estuvieran poseídos:

—Ve a Tirinto. ¡Sirve al rey!

La esposa de Hércules empezó a ponerse nerviosa.

—Cariño —le dijo Megara—, nunca es buena idea ignorar a los dioses. A lo mejor deberías ir al Oráculo de Delfos, no sé, a pedir una segunda opinión.

Hércules no tenía ningunas ganas, pero, para contentar a su esposa, se fue a Delfos.

Tuvo un viaje horroroso. Las ofrendas costaban un pastón. Delfos estaba abarrotado de mercaderes que vendían baratijas de recuerdo. Sin embargo, al final, Hércules consiguió llegar al principio de la cola para ver al Oráculo, y este le dijo lo mismo que llevaba semanas oyendo:

—Ve a la ciudad de Tirinto. Sirve al gran rey Euristeo realizando diez grandes trabajos de su elección. Gracias y que pases un buen día.

Hércules se enfadó tanto que tiró de un golpe el taburete de tres patas de la sibila y la persiguió por toda la sala.

—¡Dame una profecía mejor! —gritaba—. ¡Quiero una profecía mejor!

Apolo tuvo que intervenir personalmente. Su divina voz estremeció la cueva.

—Tío, no mola. ¡Devuélvele el trípode al Oráculo!

Hércules respiró hondo. No le apetecía ser asesinado por una flecha de oro, de manera que dejó el taburete y se largó hecho una furia.

Al volver a Tebas, estaba ya de los nervios. Había perdido la paciencia. Cuando andaba por las calles, todo el mundo le preguntaba:

—¿Es verdad? ¿Diez trabajos para el gran rey? Jo, qué mal rollo.

En su casa, Megara le preguntó:

—¿Qué tal ha ido, cariño? ¿Tienes que ir a Tirinto?

Y a Hércules ya se le cruzaron los cables. Lo asaltó una ira asesina y acabó matando a todo el mundo de la casa, empezando por su mujer.

Sí, ya lo sé. Este libro está lleno de cosas espantosísimas, pero es que esto... esto ya es un desmadre.

Algunas historias cuentan que Hera le provocó la locura y que Hércules, por lo tanto, no sabía lo que hacía. Puede ser, pero yo creo que eso es ser muy benigno con Hércules. Ya sabemos que tenía problemas para controlar la ira. Había matado a su profesor de música con una lira. Había cortado pedazos de aquellos mensajeros de los minias.

Vamos, que tampoco es que Hera tuviera que volverlo loco. Con darle un empujoncito bastaba.

En fin, fuera como fuese, el caso es que Hércules se cargó a Megara. Mató a los criados que intentaron detenerlo. Sus dos hijos salieron corriendo y pegando gritos, pero él cogió su arco y les disparó, convencido, en su mente retorcida, de que eran alguna especie de enemigos.

El único que se libró fue su sobrino Yolao, que vivía con Hércules desde que Ificles había muerto. El chico se escondió detrás de un sofá, y cuando su tío lo encontró y puso otra flecha en su arco, gritó:

—¡Tío, para!

Y Hércules se quedó paralizado. A lo mejor Yolao le recordaba a su hermano, Ificles, cuando era pequeño. Hércules siempre lo había protegido de los matones. Y cuando murió, había jurado proteger a Yolao como si fuera su propio hijo.

Toda su ira se evaporó. Se quedó mirando horrorizado los cadáveres de sus hijos. Miró el arco que tenía en las manos: el que le había regalado Apolo, un arma del dios de las profecías. Y el mensaje no podía ser más claro: «Ya te dijimos que iba a pasar algo si no hacías caso».

Totalmente desesperado, Hércules huyó de la ciudad de Tebas. Con el corazón hecho pedazos, volvió a Delfos y se arrojó al suelo delante del Oráculo.

—¡Por favor! —suplicó. Los sollozos sacudían todo su cuerpo—. ¿Qué debo hacer para expiar mis pecados? ¿Hay algún modo de que pueda obtener el perdón?

Y el Oráculo habló:

—Preséntate ante el gran rey tal como se te dijo. Sírvete bien realizando los diez trabajos que él te ordene. Solo Euristeo estimará si cada uno de los trabajos ha sido realizado a su entera satisfacción. Una vez que hayas terminado con los diez, entonces, y solo entonces, serás perdonado.

Así que Hércules se vistió con harapos de mendigo, se cubrió de cenizas, se fue a Tirinto y se arrodilló ante el trono del gran rey.

—Señor, he pecado —dijo—. No os escuché a vos ni a los dioses. Llevado por la ira, asesiné a mi esposa y a mis hijos. Como penitencia, he venido para llevar a cabo los diez trabajos que me encomendéis, por muy difíciles o peligrosas o disparatadas que sean tales tareas.

Euristeo esbozó una sonrisa fría.

—Primo, es una pena lo de tu familia, pero me alegra ver que has entrado en razón. ¿Diez tareas disparatadas, dices? ¡Pues vamos a empezar!

Euristeo estaba eufórico. Podía asignar a Hércules cualquier tarea, por peligrosa que esta fuera, y, con algo de suerte, Hércules sufriría una muerte dolorosa. Eso eliminaría la mayor amenaza al trono, puesto que Euristeo estaba seguro de que su famoso primo al final intentaría apoderarse de Micenas.

Y aunque Hércules no se muriera, Euristeo podría tachar unos cuantos asuntos desagradables de su lista de cosas por hacer. Era como si un genio hubiera salido de una lámpara para concederle diez deseos... solo que el genio era un tebano muy cachas, con barba y sin poderes.

—¡El primer trabajo! —anunció Euristeo—. En la región de Nemea, justo al norte de aquí, hay un león gigantesco que ha estado causando estragos. Quiero que lo mates.

—¿Tiene nombre ese león? —preguntó Hércules.

—Pues como vive en Nemea, lo llamamos el «León de Nemea».

—Vaya, qué original.

—¡Tú acaba con él! —ordenó el gran rey—. Bueno... si es que puedes.

Una siniestra música de órgano empezó a sonar de fondo y Hércules intuyó que aquella era una tarea con trampa, pero se echó el arco al hombro, envainó la espada y allá que se fue para Nemea.

Hacía un día estupendo para matar leones.

Las colinas de Nemea relumbraban bajo el sol. Una brisa fresca susurraba entre los árboles, formando celosías doradas y verdes en el suelo del bosque. En mitad de una pradera alfombrada de flores silvestres, un león descomunal estaba dándose un festín con el cadáver de una vaca, esparciendo trozos de carne ensangrentada por todas partes.

El león era más grande que el caballo más grande. Los músculos le sobresalían bajo el lustroso pelaje dorado. Las garras y los dientes centelleaban plateados, más parecidos al acero que al hueso. Hércules no pudo evitar admirar el majestuoso depredador. Pero tenía un trabajo que hacer.

«Esa bestia ha matado a una vaca —se dijo—. Y a mí me gustan las vacas».

Tensó el arco y disparó.

La flecha dio en el cuello del león. Debería haberle cercenado la yugular, matándolo al instante. Pero, en lugar de eso, se hizo añicos contra el pelaje del animal como si hubiera lanzado un carámbano contra una pared.

El león se dio la vuelta y gruñó.

Hércules disparó hasta que se quedó sin flechas. Apuntó a los ojos, la boca, el morro, el pecho. Y cada flecha se hacía pedazos con el impacto. El león se limitó a quedarse allí plantado gruñendo, como un poco mosqueado.

—Está bien. —Hércules desenvainó la espada—. Pasemos al plan B.

Y cargó contra el león. Golpeó la hoja contra la frente de la bestia con la fuerza suficiente para partir en dos una secuoya. La hoja se rompió. El león sencillamente se sacudió el impacto.

—¡Maldita bestia! —gritó Hércules—. ¡Esa espada era un regalo de Hermes!

—¡Groar!

El León de Nemea le lanzó un zarpazo. Hércules se apartó de un brinco, librándose por los pelos de quedar destripado, pero el peto de su armadura quedó hecho jirones, como si fuera de papel.

—¡No! —vociferó nuestro héroe—. ¡Era un regalo de Hefesto!

El león volvió a rugir. Hércules le rugió a él y le pegó un puñetazo entre los ojos.

El león se tambaleó, moviendo la cabeza. No estaba acostumbrado a sentir dolor. Tampoco estaba acostumbrado a retirarse, pero decidió que no valía la pena meterse en líos con Hércules. Las vacas eran presas fáciles. Así que dio media vuelta y se internó brincando en el bosque.

—¡Uy, de eso nada! —dijo Hércules, y salió corriendo tras él.

Lo siguió hasta que el animal desapareció en una cueva que quedaba como a medio camino colina arriba. En lugar de ir detrás de él a lo loco, Hércules echó un vistazo a su alrededor.

«Si yo fuera el león —pensó—, elegiría una cueva con dos salidas, para no quedar nunca atrapado». Dio la vuelta. Y, efectivamente, una grieta negra y dentada permitía entrar en la cueva desde el otro lado de la colina. Hércules empezó a apilar rocas, intentando no hacer ruido, para bloquear la salida.

—Ahora ya no tienes escapatoria, lindo gatito.

Nuestro héroe volvió a la entrada principal y gritó:

—¿Hay alguien en casa?

Un gruñido resonó en la oscuridad, como diciéndole: «No, le habla el contestador. Por favor, deje su mensaje».

Hércules entró en la cueva, obligando al león de Nemea a retroceder hasta que quedó acorralado contra el montón de rocas.

Vamos a ver, chavales, eso de acorralar a los animales salvajes no suele ser buena idea. Por lo general los pone de mal humor y les despierta las ansias asesinas. Sin embargo, Hércules era un experto en lo del mal humor y las ansias asesinas. Se agachó en una postura de lucha libre.

—Lo siento, gatito —se disculpó—. Eres una hermosa máquina de matar, pero el gran rey Capullo te quiere muerto.

El león gruñó. Era evidente que no tenía muy buena opinión del gran rey Capullo. Se lanzó sobre Hércules de un brinco, pero nuestro héroe había sido entrenado por los mejores luchadores de Grecia. Esquivó las garras y se encaramó al lomo del animal, apretó las piernas en torno a sus costillas y le hizo una llave de estrangulamiento en el cuello peludo.

—Parece que nada puede penetrar tu pelaje —le gruñó Hércules al oído—, pero vamos a ver qué tal te va si no te llega aire a los pulmones.

Y apretó con todas sus fuerzas. El león se desplomó.

Una vez que estuvo seguro de que la bestia estaba muerta, Hércules se puso de pie, jadeando, y le admiró el hermoso pelaje.

—Con eso me haría yo una capa alucinante —dijo—. Pero ¿cómo puedo despellejarlo?

Y entonces se fijó por casualidad en las relucientes garras del león.

—¡Anda! A lo mejor...

Utilizó las propias garras del animal para arrancarle la piel. A pesar de todo fueron unas horas de trabajo extenuante y macabro, pero al final Hércules tenía una capa nueva y bastantes filetes de león para llenar un congelador industrial.

A lo mejor pensáis que la piel de león daría mucho calor para usarla todos los días, y más en Grecia, donde los veranos pueden ser asfixiantes. Pero resulta que la nueva capa de Hércules era sorprendentemente fresca y ligera. Y muchísimo más cómoda que la armadura de bronce. Hércules usó la cabeza de la bestia a modo de capucha y se ató las patas en torno al cuello. Luego admiró su reflejo en el estanque más cercano.

—¡Anda que no! ¡Elegante a la par que invulnerable, chaval!

Se dirigió entonces a Tirinto para informar al gran rey. Si todos sus trabajos salían tan bien como aquel, lo mismo acababa con todo un armario nuevo.

Hércules entró en la ciudad causando un gran alboroto. Cubierto con su capa de piel del León de Nemea, podría haber sido una bestia o un hombre o una especie de hombre león salida de algún episodio delirante de *True Blood*. La gente huía pegando alaridos. Los guardias disparaban flechas que se hacían añicos contra la capa.

En el salón del trono, Euristeo oyó todo aquel jaleo. Y, de pronto, la corpulenta silueta de un hombre león apareció en el umbral. Sus guardias se dispersaron despavoridos, pero el rey ofreció un ejemplo perfecto de valor: se tiró de cabeza dentro de una enorme vasija de bronce que había junto al trono.

Hércules no veía ni oía gran cosa con la capucha puesta. Por eso, cuando llegó al estrado real y se apartó la peluda capucha, se sorprendió al ver el trono vacío.

—¿Euristeo? —llamó—. ¿Hola? ¿Hay alguien?

Los guardias y los criados estaban temblando detrás de los tapices. Por fin, uno de los heraldos más valientes del rey, un tal Copreo, salió agitando un pañuelo blanco.

—Esto... hola, gran... gran peludo. No nos habíamos dado cuenta de que eras tú.

Hércules echó un vistazo a la sala.

—Pero ¿dónde se ha metido todo el mundo? ¿Por qué tiemblan los tapices? ¿Dónde está el gran rey?

Copreo se enjugó la frente.

—Pues... el rey está... indispueto.

Hércules miró el estrado.

—Está escondido en el jarrón ese, ¿no?

—No. A lo mejor. Sí.

—Bueno, pues dile a su majestad que he matado al León de Nemea. Quiero saber cuál es mi segundo trabajo.

Copreo subió los escalones del estrado y susurró algo a la vasija de bronce. La vasija contestó con otro susurro.

—La vasija dice... —Copreo vaciló—. O sea, quiero decir que el gran rey dice que debes ir al pantano de Lerna y matar al monstruo que allí habita. ¡Es una hidra!

—¿Una qué?

A Hércules le sonaba un poco aquel nombre, por una película del Capitán América, pero no entendía qué tenía que ver con él.

—La hidra es un monstruo con muchas cabezas venenosas —explicó Copreo—. Está matando a nuestra gente y nuestro ganado.

Hércules frunció el ceño.

—Odio a los monstruos que se dedican a matar vacas. Ahora vuelvo.

Mientras salía de la ciudad, Hércules cayó en la cuenta de que no tenía ni idea de dónde quedaba Lerna. Permaneció allí parado, intentando pensar, cuando se detuvo junto a él un carro tirado por una reata de caballos negros.

—¿Te llevo?

El joven que sostenía las riendas le sonaba muchísimo, pero Hércules llevaba tanto tiempo fuera de Tebas que le costó reconocer a su propio sobrino.

—¡Yolao! —Hércules se rio con incredulidad—. Pero ¿qué haces aquí?

—¡Hola, tío! Me he enterado de lo de tus diez trabajos y quiero ayudar.

A Hércules se le encogió el corazón.

—Pero... si intenté matarte. ¿Por qué querías ayudarme?

El chico se puso serio.

—No fue culpa tuya. Hera te provocó la locura. Eres lo más parecido que tengo a un padre. Quiero luchar a tu lado.

A Hércules le escocían los ojos por las lágrimas, pero intentó ocultarlo bajo su capucha de cabeza de león.

—Gracias, Yolao. La verdad es que me viene bien que me lleves. ¿Tú sabes por dónde cae el pantano ese de Lerna?

—Llevo GPS. ¡Sube al carro!

Juntos, Hércules y su fiel ayudante salieron de la ciudad en el recién bautizado «Herculesmóvil».

—He oído rumores sobre esa hidra —comentó Yolao—. Al parecer tiene nueve

cabezas. A ocho de ellas puedes matarlas, pero la novena es inmortal.

Hércules arrugó la frente.

—¿Y eso cómo funciona, exactamente?

—Ni idea. Pero si le cortas una de las cabezas mortales, le salen otras dos para ocupar su lugar.

—¡Qué tontería!

—Sí, ya... Pues parece que pronto vamos a comprobarlo.

El carro se detuvo al borde del pantano. El suelo estaba cubierto de bruma. Los árboles raquíticos surgían como garras de entre el musgo y el lodo. A lo lejos, una forma enorme se movía por cortinas de hierba.

Las altas hierbas se abrieron y apareció andando pesadamente por el cenagal el monstruo más raro que Hércules había visto en su vida. Nueve cabezas de serpiente ondulaban de forma hipnótica en el extremo de unos largos cuellos, y de vez en cuando se hundían con un golpe en el agua para sacar peces, ranas y cocodrilos pequeños. El cuerpo de la bestia era largo, grueso y de un marrón moteado, como el de una pitón, pero caminaba sobre cuatro pesadas garras. Los nueve pares de ojos verdes y relumbrantes hendían la niebla como los faros de un coche. Los colmillos goteaban veneno amarillo.

Hércules se estremeció tras acordarse de las pesadillas que había tenido de niño después de estrangular a las víboras aquellas en su cuarto infantil.

—¿Cuál es la cabeza inmortal? Parece que sean todas iguales.

Yolao no contestó. Hércules se volvió y vio que su sobrino tenía la cara más blanca que la cal.

—Tranquilo —le dijo—. Todo irá bien. ¿Has traído alguna antorcha?

—A... antorchas... Sí.

Con manos temblorosas, Yolao sacó un puñado de cañas cubiertas de brea y les encendió el extremo con la chispa de un pedernal.

Hércules sacó media docena de flechas de su carcaj y envolvió las puntas en un paño con aceite.

—Voy a provocar al monstruo, para que nos ataque.

—¿Quieres que nos ataque?

—Es mejor que me enfrente a él aquí, en terreno firme, y no allí, donde podría resbalarme en el barro o caer en arenas movedizas.

Hércules encendió la primera flecha y disparó hacia la hierba, que inmediatamente estalló en llamas. La hidra siseó y salió disparada alejándose del fuego, pero Hércules disparó otra flecha justo delante de ella. Al cabo de nada, el pantano era un infierno. El monstruo no tenía adónde ir excepto derecho hacia ellos. Así que allá que se lanzó, con la piel marrón moteada echando humo.

—Tú quédate aquí —indicó entonces Hércules, mientras Yolao intentaba evitar que los caballos salieran huyendo—. Ah, por cierto, ¿me dejas la espada? La mía se ha roto.

Hércules cogió la espada del chico y saltó del carro.

—¡Eh, cabeza de espagueti! —le gritó a la hidra—. ¡Aquí!

Las nueve cabezas del monstruo sisearon a la vez. No le había hecho ninguna gracia que lo compararan con un plato de pasta.

Y cuando se lanzó al ataque, Hércules tuvo un momento de duda. El hedor del veneno le quemaba los ojos. Las cabezas se movían en tantas direcciones que no había forma de saber por dónde empezar. Al final, se envolvió en su capa y corrió a la batalla.

Las bocas de la hidra lanzaban dentelladas a la capa, pero sus colmillos venenosos no podían penetrar la piel del león. Hércules se movía de un lado para otro tratando de engañar al monstruo, buscando su oportunidad. Y la siguiente vez que una de las cabezas lo atacó, Hércules la cortó.

—¡Ajá! ¡Toma ya! ¡Uy, porras!

Por desgracia, la información de Yolao era correcta: antes de que la cabeza cortada cayera siquiera al suelo, el muñón ensangrentado empezó a burbujear. El cuello entero se dividió de arriba abajo, como cuando uno corta una loncha de queso, y de cada nuevo cuello nació una cabeza de serpiente. Aquel proceso duró unos tres segundos.

—¡Venga ya, colega! —exclamó Hércules—. ¡Eso no es justo!

Siguió haciendo amagos y atacando hasta que el suelo quedó cubierto de cabezas de serpiente muertas, pero cuantas más cortaba, más volvían a crecer. Lo que esperaba Hércules era dar con la cabeza inmortal. A lo mejor si la separaba del cuerpo, el monstruo moriría. Pero acabó dándose cuenta de que no podría conseguirlo a base de ensayo y error. El olor del veneno estaba dándole vértigo. Docenas de pares de ojos verdes entraban y salían de su campo de visión. Era solo cuestión de tiempo: al final la hidra daría en el blanco y le hundiría sus colmillos en la carne. Había que evitar que las cabezas siguieran duplicándose.

—¡Yolao! —gritó—. ¡Ven aquí con la antorcha esa y... aaah!

Uno de los cuellos le había dado un latigazo y había tirado a Hércules al

suelo. Nuestro héroe salió rodando, pero otro cuello se envolvió en torno a sus piernas y lo levantó. Hércules logró zafarse, y se encontró trepando por una especie de juego de trepa de cuellos resbaladizos y cabezas que no dejaban de intentar morderlo. Se hartó de dar puñetazos y patadas, pero no se atrevía a utilizar la espada. Todavía no.

—¡Yolao! —gritó—. La próxima vez que corte una cabeza, necesito que des un salto con la antorcha y quemes el muñón, para que no pueda volver a crecer. ¿Entendido?

—¡Ca... ca... cangrejo! —contestó Yolao.

Hércules no paraba de sudar de lo concentrado que estaba. Propinó un puñetazo a otra cabeza de serpiente y dio un salto mortal sobre uno de los cuellos.

—¿Cangrejo?

—¡Cangrejo!

¿Qué estaba diciendo el chaval? Le había hecho una pregunta de sí o no, ¿y le respondía con «cangrejo»? Hércules se arriesgó a echar un vistazo a su sobrino.

Saliendo de entre el fango, justo delante de Yolao, había un cangrejo tan grande como si fuera una rueda de carro. Chasqueaba las pinzas y echaba espuma por la boca.

Hércules jamás había oído hablar de cangrejos gigantes que vivieran en los pantanos. Claro que, por otra parte, tampoco las víboras suelen entrar en los cuartos de los niños.

—Hera me la estará jugando otra vez —gruñó Hércules—. ¡Aguanta, Yolao!

Salió pegando espadazos del laberinto de cuellos de hidra. Sabía que solo conseguiría que nacieran más cabezas, pero no podía dejar que un crustáceo se comiera al único sobrino que le quedaba vivo. Por eso se abalanzó sobre el cangrejo con una patada de karate y le hundió el talón justo entre los ojos. La concha se partió y el pie penetró en el cerebro del cangrejo, matándolo al instante.

—¡Puaj! —dijo Hércules, y extrajo el pie de aquella cosa pringosa—. Vale, chico, ten lista la antorcha y...

—¡Cuidado! —gritó Yolao.

Hércules se volvió bruscamente justo cuando la hidra se cernía sobre él. Solo la capa de piel del León de Nemea lo salvó de que le hicieran una docena de piercings por todo el cuerpo.

Hércules cortó la cabeza más cercana.

—¡Ahora, chaval!

Yolao lanzó la antorcha contra el cuello y quemó la herida. Nada salió del muñón ennegrecido.

—¡Bien hecho! —lo felicitó Hércules—. ¡Ya solo nos quedan unas cincuenta o sesenta!

Juntos fueron podando las cabezas de la hidra hasta que el aire se llenó de un humo acre y de un olor a barbacoa de reptil. Por fin al monstruo solo le quedó una cabeza, rodeada de una corona de lunares chamuscados y chisporroteantes.

Hércules gruñó.

—Por supuesto, la cabeza inmortal tenía que ser la última.

Le cortó el cuello, y el monstruo entero se desplomó hecho un guiñapo. La cabeza, todavía viva, se agitaba por el barro, siseando y escupiendo veneno.

—Qué asco —comentó Yolao—. ¿Qué hacemos con esto?

Hércules le dio una palmada en el hombro.

—Has estado muy bien, sobrino. Ahora vigila la cabeza temblona un momentito. No dejes que se escape. Tengo una idea...

Hércules recogió algunas de las cabezas muertas del suelo, tendió una lona de cuero y, con mucho cuidado, fue ordeñando los colmillos de la hidra para sacarles el veneno. Luego envolvió las flechas con la lona, para empaparlas de veneno mortal. Después las juntó todas y volvió a meterlas en el carcaj.

—Las flechas envenenadas podrían venirnos bien algún día —le dijo a Yolao—. Y ahora, a ver qué hacemos con esta cabeza de hidra inmortal... Supongo que no habrá manera de destruirla, ¿no?

Yolao se encogió de hombros.

—Seguramente por eso la llaman «inmortal».

—Entonces tendremos que asegurarnos de que no vuelva a dar problemas.

Hércules cavó un agujero muy hondo, enterró la cabeza y cubrió la tumba con una roca pesada para que nadie desenterrara por casualidad aquella cosa asquerosa. Luego Yolao y él regresaron a Tirinto.

Según la leyenda, la cabeza de la hidra sigue todavía vivita y coleando en algún sitio cerca de Lerna, debajo de una gran roca. Os recomiendo que no vayáis a buscarla.

De vuelta en el palacio, el gran rey Euristeo por fin había salido de su vasija

decorativa.

Hércules le contó cómo había derrotado a la hidra. Le enseñó unas cuantas de las cabezas muertas y una cacerola de carne de cangrejo de primera calidad que habían cogido del espumoso amigo de Hera.

A Euristeo le brillaron los ojos.

—¿Dices que te ayudó tu sobrino?

—Bueno... sí. Él fue quemando los muñones mientras yo...

—¡Respuesta incorrecta! —El rey dio un puñetazo en el brazo de su trono—. ¡Nadie puede ayudarte en tus trabajos! ¡Este no cuenta!

Los tendones del cuello de Hércules se tensaron como cables de suspensión.

—¿Me tomas el pelo?

—En absoluto. El Oráculo te dijo que solo yo puedo juzgar si el trabajo se ha realizado correctamente. ¡Y este no ha sido el caso! ¡Todavía te quedan nueve tareas disparatadas!

Euristeo sonrió triunfal, por lo visto sin darse cuenta de que Hércules estaba apretando los puños. El gran rey quería vengarse del incidente del escondite en la vasija. No le gustaba que lo hicieran quedar en ridículo. (Aunque no es que necesitara la ayuda de nadie para eso). Quería que Hércules sufriera.

—En las fronteras de mi reino —prosiguió—, hay un jabalí gigante que ha estado provocando toda clase de problemas, haciendo estragos en los campos, destripando a mis campesinos...

—Quieres que lo mate —adivinó Hércules.

—¡Uy, qué va! Un héroe con tu talento necesita un reto más difícil. ¡Quiero que me lo traigas vivo!

Hércules contó en silencio hasta cinco, que era el número de patadas que le apetecía arrearle al rey en los dientes.

—Vale. ¿Dónde puedo encontrar a ese jabalí monstruoso?

—Suele deambular por la tierra de los centauros, cerca del monte Erimanto. Por eso lo llamamos...

—A ver si lo adivino: el Jabalí de Erimanto.

—¡Exacto! Y esta vez no te llesves a tu sobrino. ¡Tienes que hacerlo tú solo!

Hércules salió fatigosamente del palacio. De mala gana le dijo a Yolao que se quedara en la ciudad y vendiera aquella excelente carne de cangrejo mientras

él se iba a cazar un jabalí.

Tras varias semanas de arduo viaje, Hércules llegó a la tierra de los centauros. Lo preocupaba cómo se llevaría con los nativos, puesto que los centauros tenían fama de ser salvajes y groseros. Pero el primero que se encontró, un viejo semental llamado Folo, resultó ser un tío muy enrollado.

—¡Madre mía! —exclamó Folo—. ¡El mismísimo Hércules! ¡Estaba esperando este día!

Hércules enarcó sus pobladas cejas.

—¿Ah, sí?

—¡Pues claro! Estaré encantado de indicarte dónde se encuentra el Jabalí de Erimanto, pero primero tienes que hacerme el honor de cenar conmigo en mi humilde morada.

Hércules estaba cansado y tenía hambre, de manera que siguió a Folo hasta su cueva. Mientras nuestro héroe se ponía cómodo, el centauro encendió la barbacoa y puso a asar unas costillas. Luego se arrodilló sobre sus equinas patas delanteras y barrió el suelo de tierra hasta dejar al descubierto una trampa de madera.

—Ahí abajo está mi despensa secreta —explicó—. Te va a sonar raro, pero hace generaciones, mi bisabuelo oyó la profecía de que algún día sus descendientes acogerían a un importante invitado llamado Hércules.

—¿Una profecía hablaba de mí?

—¡Uy, sí! Mi bisabuelo dejó reservada esta jarra de vino para la ocasión.

Folo sacó una *pithos* cubierta de polvo y telarañas.

—Ha estado envejeciendo en esta despensa durante más de cien años. ¡Esperándote a ti!

—Pues qué... qué honor —dijo Hércules—. Pero ¿y si se ha convertido en vinagre?

Folo descorchó la vasija y un aroma dulce impregnó la cueva: como de racimos de uvas madurando al sol del verano, suaves lluvias de primavera cayendo sobre un campo de hierba fresca y extrañas especias secándose al fuego.

—¡Caray! —exclamó Hércules—. ¡Sírveme una copa!

Brindaron y ambos estuvieron de acuerdo en que era el mejor vino que habían probado en su vida. Folo estaba a punto de contarle a Hércules dónde podía encontrar al Jabalí de Erimanto, cuando cinco centauros armados con lanzas entraron en estampida en la cueva.

—¡Hemos olido ese vino! —dijo uno—. ¡Yo quiero!

Folo se levantó sobre sus pezuñas.

—Dafnis, ni tú ni los vándalos de tus amigos estáis invitados. Este vino es una cosecha especial para mi huésped.

—¡Compártelo! —gritó Dafnis—. ¡O muere!

Alzó la lanza y cargó contra Folo, pero Hércules fue más rápido. Sacó el arco y disparó cinco flechas envenenadas que mataron a los intrusos.

Folo se quedó contemplando la pila de centauros muertos.

—Vaya por dioses. No era así como había imaginado nuestra cena especial. Gracias por salvarme, Hércules, pero ahora tengo que enterrarlos.

—¿Por qué? ¡Si han intentado matarte!

—Siguen siendo de los míos —dijo el viejo centauro—. La familia es la familia, incluso cuando amenazan con asesinarte.

Hércules no podía discutir eso. Él mismo tenía cierta experiencia con los asesinatos familiares. Así que ayudó a Folo a cavar las tumbas. Y justo cuando estaban dando sepultura al último centauro, Folo sacó una de las flechas de Hércules de la pata del cadáver.

Nuestro héroe le advirtió:

—Cuidado con...

—¡Ay!

Folo se cortó un dedo con la punta envenenada de la flecha y se desplomó al instante.

Hércules corrió a su lado, pero no tenía ningún antídoto para el veneno de la hidra.

—Amigo mío, lo siento... lo siento mucho.

El viejo centauro esbozó una débil sonrisa.

—Ha sido un día especial. He bebido un vino excelente. He cenado con un héroe. Encontrarás al jabalí hacia el este. Usa... usa la nieve —le reveló Folo, justo antes de quedarse con los ojos en blanco.

Hércules se sentía fatal. Le hizo una pira funeraria a su anfitrión y vertió lo que quedaba del vino en el fuego, como sacrificio a los dioses. No había entendido el último consejo de su amigo, «usa la nieve», pero se dirigió hacia el este en busca del jabalí.

«La familia es la familia», pensó. A pesar de todo, si Euristeo no lo hubiera enviado a esa estúpida misión, aquel viejo y bondadoso centauro aún estaría vivo. Hércules tenía ganas de estrangular a su real primo.

Encontró al jabalí deambulando por las colinas hacia el este, tal como Folo le había indicado. En este libro ya he descrito un montón de jabalís gigantes, de modo que seguro que os imagináis cómo era. Al fin y al cabo, la Antigua Grecia estaba infestada de cerdos gigantes malévolos y mortales. Y el de Erimanto era igual de grande, erizado, feo y malvado que los demás. Y si matarlo ya hubiera sido todo un reto para Hércules, pues capturarlo vivo... eso era otra historia.

Hércules se pasó semanas persiguiéndolo por los bosques. Cavó una trampa para que cayera en ella. Probó a poner redes y cepos y artilugios marca Acme con yunques y palancas. Pero el jabalí era demasiado listo. Disfrutaba burlando a Hércules. Dejaba que se acercara hasta ponerse casi a su alcance para luego salir corriendo de nuevo, saltando por encima de los alambres de sus trampas y chillando con su risa porcina.

«Este bicho es capaz de oler una trampa humana a kilómetros de distancia — se dijo Hércules—. Pero, entonces, ¿cómo voy a atraparlo?».

A esas alturas ya lo había seguido hasta la cima del monte Erimanto. Una tarde, se subió a un risco para echar un vistazo al terreno y vio un barranco escarpado a sus pies, lleno de nieve.

«¡Ja! —se dijo—. “Usa la nieve”». Y murmuró una oración en agradecimiento al centauro Folo.

Tuvo que intentarlo un par de veces, pero, al final, a base de flechas ardiendo y un montón de alaridos, consiguió que el jabalí se dirigiera hasta la quebrada. El animal se metió a la carrera directamente en la nieve, y allí se quedó atascado sin remedio, como un aparato eléctrico en su protección de corcho blanco.

Si Hércules hubiera tenido una caja de cartón bastante grande y algo de cinta adhesiva, podría haber enviado el jabalí a Euristeo vía FedEx. Pero como no tenía nada de eso, se pasó un montón de rato cavando con mucho cuidado alrededor del animal y luego atándole las patas y el morro. A continuación, gracias a su fuerza descomunal, sacó al monstruo de la nieve y se lo llevó a rastras hasta Micenas.

Los mercaderes de Tirinto estuvieron encantados de ver llegar a Hércules arrastrando un cerdo colosal. Primero les había llevado filetes de león. Después había llenado los almacenes con carne de cangrejo de primera calidad. ¡Y ahora tendrían cerdo en el menú durante semanas!

Euristeo, en cambio, no estaba tan contento. Se encontraba en mitad del desayuno cuando Hércules irrumpió en la sala del trono y lanzó al Jabalí de Erimanto al estrado real como si fuera una bola de bolos.

El animal se deslizó hasta detenerse a los pies de Euristeo, con los ojos rojos a la altura del rostro del rey y los colmillos afilados como cuchillas a pocos centímetros de su entrepierna. Euristeo soltó un grito y se lanzó de cabeza para esconderse... dentro de su enorme vasija de bronce.

—¿Q... qué significa esto? —preguntó una voz que resonaba dentro de la vasija.

—Es el Jabalí de Erimanto —contestó Hércules—. Vivo, como requeriste.

—¡Sí! ¡Vale! ¡Llévatelo!

—¿Y mi siguiente trabajo?

Euristeo cerró los ojos y gimoteó. Odiaba a los héroes. Eran tan irritantemente... heroicos. Se preguntó si no podría ordenar a Hércules que se suicidara y listo. No. Seguro que a los dioses no les haría gracia.

A menos... De pronto se le ocurrió una idea genial. ¿Y si le encomendaba una tarea que provocaría que lo mataran los propios dioses?

—¡La Cierva de Cerinea! —gritó el rey—. Tráemela.

—¿El qué de qué? —preguntó Hércules.

—¡Que te largues ya! ¡Entérate por ahí! ¡Búscala en Google o donde te dé la gana! ¡Tú tráeme a ese cérvido, vivo o muerto!

A Hércules nunca se le había dado bien buscar cosas en internet, por eso preguntó por la ciudad que era un cérvido de Cerinea.

Su sobrino Yolao le dio la respuesta:

—Ah, vale, ya he oído la historia. Se trata de una cierva.

—Una cierva —repitió Hércules.

—Justo. Vive en Cerinea. Por eso la llaman...

—La Cierva de Cerinea. —Hércules suspiró—. Hay que ver qué costumbre tienen de poner a los animales nombres difícilísimos. Solo por una vez me gustaría capturar a un monstruo que se llamara Joe o Timothy.

—En fin —prosiguió Yolao—. Cuentan que la cierva es rapidísima, más rápida que una flecha. Tiene las astas de oro...

—Las hembras de ciervo no tienen astas, ¿no?

—Esta sí. Y las pezuñas de cobre. Y, además, su piel es sagrada para la diosa Artemisa.

—Así que si mato a la cierva...

—Artemisa te matará a ti —confirmó Yolao.

—Euristeo pretende tenderme una trampa. Odio a ese tío.

—¿Seguro que no quieres que vaya contigo?

—Qué va. No quiero que me penalice otra vez. Pero te lo agradezco, chaval.

Así que Hércules partió él solo en busca de la cierva mágica que no se llamaba Timothy.

La tarea no resultó tan peligrosa como pesada, difícil y fastidiosa. Hércules estuvo persiguiendo al animal durante un año entero por toda Grecia, desde las tierras heladas de los gigantes hiperbóreos, en el norte, hasta el sur del Peloponeso. Hizo un montón de ejercicio, pero no hubo forma de acercarse a la bestia. Sus redes y trampas y artilugios marca Acme para atrapar ciervos no funcionaron. Intentó el viejo truco del «jabalí en la nieve», pero la cierva corrió ágilmente sobre la costra de hielo sin romperla.

El animal solo aminoraba un poco la carrera cuando cruzaba algún río. Puede que no quisiera mojarse sus relucientes pezuñas de bronce, porque siempre vacilaba unos segundos antes de meterse en el agua. Eso podría haberle dado a Hércules la oportunidad de dispararle una flecha, pero como no podía matarla, pues tampoco le servía de nada.

A menos que... la dejara inválida sin matarla.

No era el plan más fácil ni el más seguro, pero Hércules decidió probarlo de todas formas. Rebuscó entre todas sus cosas hasta encontrar un buen hilo de pescar: la cuerda más fuerte y más ligera que poseía. Ató un extremo a la vara de una flecha y luego echó a correr detrás de la cierva.

Le llevó días dar con el momento adecuado. Hércules tuvo que inspeccionar bien el terreno hasta conocerlo como la palma de la mano. Tenía que adivinar hacia dónde correría el animal. Y luego debía llegar antes al río más cercano para disponer de tiempo suficiente de preparar la jugada.

Por fin consiguió estar en posición. Se encontraba a unos cien metros río abajo, con el arco listo, en el momento en que la cierva llegó al agua. Durante unos breves instantes vaciló. Incluso para el mejor de los arqueros, era un disparo grotescamente difícil, pero a Hércules no le quedaba otra opción. Y lanzó la flecha.

La punta le atravesó limpiamente la membrana de las dos patas traseras y se las enredó en el hilo de pescar. El animal se tambaleó, y antes de que pudiera recuperar el equilibrio, Hércules subió por la orilla a toda pastilla y le agarró las pezuñas de bronce. Le examinó las heridas y suspiró aliviado: le había hecho un poco de sangre, pero la piel no sufriría ningún daño permanente.

El héroe se echó la cierva al hombro y emprendió el camino de vuelta hacia Tirinto.

No había recorrido ni un kilómetro cuando oyó una voz a su espalda:

—¿Adónde vas con mi cierva?

Hércules se dio la vuelta y vio a una joven doncella con una túnica plateada y un arco en el costado. Junto a ella había un elegante joven con ropajes dorados. También iba armado con un arco.

—Artemisa —dijo Hércules, dominando el impulso de salir corriendo dando gritos—. Y Apolo. Mirad, chicos, siento mucho haber tenido que capturar a esta cierva, pero...

—Pero. —Artemisa se dirigió a su hermano—. ¿No te hace gracia cuando los mortales dicen «lo siento, pero...»? ¡Como si pudieran excusar sus ofensas! —La diosa clavó sus fríos ojos plateados en Hércules—. Muy bien, héroe. Explícame por qué no debería matarte aquí mismo.

—Euristeo me ha encargado diez trabajos disparatados —comenzó Hércules—. Quiero decir, diez grandes trabajos. Lo que sea. Total, que me ha ordenado llevarle la Cierva de Cerinea, viva o muerta. Yo, por descontado, sabía que es sagrada para ti, y jamás la mataría. Pero es que estaba atrapado entre cumplir mis diez labores como ordenaba la profecía de Apolo y...

—Eso es verdad —admitió Apolo.

—... Y ofender a la gran diosa Artemisa. Euristeo me ha tendido una trampa. Quería que matara a la cierva, para que me mataras tú a mí. Pero si me dejas llevársela y realizar así mi tarea, te prometo que la cierva no sufrirá ningún daño. Y la soltaré inmediatamente, en cuanto se la presente al rey.

Los nudillos de Artemisa se pusieron blancos al apretar el arco.

—No soporto que los mortales nos utilicen para hacer su trabajo sucio.

—Dioses como armas homicidas —gruñó Apolo—. No somos sicarios. ¡No pueden decirnos a quién hay que matar o no!

Artemisa hizo un gesto desdeñoso con la mano.

—Hércules, llévate a la cierva. Cumple tu promesa y no tendremos problemas. Pero ese Euristeo... Mira, espero no encontrármelo nunca cazando por los bosques, porque no voy a ser tan compasiva.

Los dioses desaparecieron en un destello de luz y entonces Hércules prosiguió su camino. A pesar de todo, las rodillas tardaron un buen rato en dejar de temblarle. Había que ser muy insensato para no tener miedo de Artemisa y Apolo, y, a pesar de todos sus defectos, Hércules no era un insensato. Bueno, por lo menos no siempre.

Cuando Hércules llevó la Cierva de Cerinea al salón del trono, esperaba que Euristeo se escondiera en su vasija, porque sería entretenido.

Pero no, el rey se limitó a encogerse de hombros.

—Ya veo que has realizado la tarea de manera adecuada. Añadiré la cierva a mi colección.

—¿A tu qué?

—A mi zoológico privado, imbécil. Todo rey necesita una colección de animales salvajes.

—Ni hablar. Le prometí a Artemisa que liberaría la cierva. Si quieres meterla en un zoológico, tendrás que llevarla tu mismo.

—¡Es parte de tu tarea!

—De eso nada. Acababas de decir que he realizado mi tarea.

—¡Bueno, vale! ¡Ya me llevo yo la cierva!

El rey se levantó del trono, y estaba a medio bajar los escalones del estrado cuando Hércules dejó el animal en el suelo y cortó el cordel que le ataba las patas.

—Aquí tienes, Euristeo. Ve con cuidado, es muy...

La cierva salió disparada de la sala como un rayo blanco y dorado.

—... rápida.

El rey gritó y pataleó, algo que fue casi tan gracioso como verlo tirarse de cabeza a la vasija. La cierva volvió corriendo a los bosques, y Artemisa se quedó contenta.

Euristeo lanzó un gruñido.

—¡So tramposo! ¡Tu próximo trabajo será imposible de realizar!

—Yo pensaba que los cuatro que ya me has encargado eran imposibles.

—¡Pues este lo será todavía más! Cerca de la ciudad de Estínfalo hay un lago dominado por una bandada de aves diabólicas...

—Como se llamen las Aves del Estínfalo...

—¡Se llaman las Aves del Estínfalo!

—Voy a vomitar.

—¡No vas a vomitar! Vas a eliminar del lago hasta el último pajarraco. ¡Ja, ja, ja! Copreo, heraldo mío...

El heraldo se acercó corriendo.

—¿Sí, mi señor?

—¿Qué dice la gente cuando desea buena suerte a alguien pero en sentido sarcástico?

—Mmm... Buena suerte.

—¡Pues eso! ¡Buena suerte! ¡Ja, ja, ja!

Hércules se marchó mascullando entre dientes.

Al acercarse al lago Estínfalo, advirtió que no había cosechas en ninguno de los campos. Ni un solo árbol tenía frutos.

Y entonces empezó a encontrar cadáveres: ardillas, ciervos, vacas, personas. Los habían hecho pedazos con garras y picos. A algunos les salían plumas del cuello. Hércules arrancó una: era dura y afilada como un dardo.

Cuando llegó al lago, se le cayó el alma a los pies. El valle era como un bol de cereales de kilómetro y medio, bordeado de boscosas colinas y cubierto por una extensión de agua verde poco profunda. Las isletas de hierbas pantanosas bullían de puntos negros: millones y millones de pájaros del tamaño de cuervos. Los árboles se inclinaban a lo largo de la orilla y se estremecían bajo el peso de las bandadas. Los graznidos resonaban de un lado a otro como un sónar a través del agua.

Hércules se acercó despacio al árbol más cercano. Los picos y las garras de las aves relumbraban como bronce bruñido. Uno de los pequeños demonios le clavó sus ojos amarillos, graznó, hinchó todo el cuerpo y una lluvia de plumas salió disparada hacia el héroe. De no haber sido por la capa de piel de león, Hércules se habría quedado hecho un colador.

—Esto es verdaderamente imposible —se dijo en voz alta—. No hay bastantes flechas en el mundo para matar a tantas aves.

—Pues usa el ingenio —contestó una voz femenina.

Hércules se dio la vuelta. Junto a él había aparecido una mujer de pelo largo y negro y ojos de color gris oscuro. Llevaba un escudo y una lanza, como dispuesta a luchar, pero su sonrisa era cálida y familiar.

Hércules se inclinó ante ella.

—Atenea. Cuánto tiempo.

—¿Qué tal? —saludó la diosa—. Ya veo que has cambiado el manto real que te

regalé por una piel de león.

—Ah. Oye... no te ofendas.

—No, si no me ofendo, héroe mío. Fuiste muy listo al utilizar la capa como armadura. Además, tendrías que esforzarte mucho para enfadarme. Todavía me río al acordarme de cuando Hera quiso darte de mamar... —La diosa vaciló un momento—. Ay, dioses... Ya no te harás... en fin, caca en los calzones cuando oigas su nombre, ¿verdad?

Hércules se puso colorado.

—No. Eso lo superé de muy pequeño.

—Bien, bien. En cualquier caso, el incidente no pudo ser más divertido. He venido hoy aquí porque Zeus ha pensado que igual necesitabas algún consejo.

—¡Eso es genial! Dime, ¿cuál es el secreto de estas aves?

Atenea negó con el dedo.

—He dicho «consejo», no que vaya a darte la respuesta por la cara. Tendrás que utilizar el ingenio.

—Bah.

—Piensa, Hércules. ¿Qué es lo que podría alejar a estas aves?

Hércules empezó a toquetear la garra de león que llevaba al cuello.

—¿Unas aves más grandes?

—No.

—¿Miles de gatos?

—No.

—¿La escasez de comida?

Atenea guardó silencio antes de decir:

—Vaya, muy interesante. A lo mejor, si se agotaran todas sus fuentes de alimento, al final las aves migrarían por su propia voluntad. Pero no puedes depender de eso, y además necesitas que se larguen ya. Así que, ¿qué puedes hacer?

Hércules se acordó de sus días en el rancho de ganado. Había pasado mucho tiempo contemplando bandadas de aves en los pastos.

—Una vez, durante una tormenta —recordó—, resonó un trueno y miles de

cuervos salieron disparados de un campo de maíz y se alejaron volando. Las aves odian el estrépito.

—Excelente.

—Pero... ¿cómo puedo provocar un ruido tan espantoso?

Hércules rememoró entonces su infancia. En aquellos tiempos había sido acusado de producir ruidos bastante horribles.

—Lino, mi antiguo profesor de música, decía que yo tocaba tan mal que podría espantar a cualquier público. Ojalá tuviera todavía mi lira, pero se la rompí en la cabeza.

—Bueno, una lira no tengo —dijo Atenea—, pero sí llevo algo que podría servirte.

De los pliegues de sus túnicas la diosa sacó una vara con un montón de cencerros: parecía la cola gigantesca de una serpiente de cascabel, pero en bronce.

—Esto lo hizo Hefesto. Es posible que sea el peor instrumento musical jamás inventado. Ni siquiera Apolo lo quería, pero yo tenía el palpito de que algún día resultaría útil.

Le dio la carraca a Hércules. Y cuando el héroe la sacudió, los tímpanos se le arrugaron dentro del cráneo suplicando morir. Cada cencerro emitía una nota en perfecta discordancia con las de los demás. Si cinco prensas de coches de un desguace formaran un grupo musical, su primer single podría sonar como aquella carraca.

Todas las aves en un radio de cien metros se llevaron un buen susto y se dispersaron; sin embargo, en cuanto Hércules dejó de hacer ruido, las aves volvieron a los árboles.

Hércules frunció el ceño.

—Esto funciona un momento, pero para librarme de todos esos pajarracos voy a necesitar más cencerros.

Atenea se estremeció.

—Ningún mortal debería utilizar las palabras «más cencerros». Pero tal vez la carraca es solo parte de la solución. ¿Y si dispararas a las aves cuando huyen?

—¡No puedo dispararles a todas! ¡Son demasiadas!

—No tienes que dispararles a todas. Si pudieras sencillamente convencer a las aves de que este no es un buen sitio para anidar...

—¡Ja! Ya lo pilló. ¡Gracias, Atenea!

Hércules corrió hacia el lago sacudiendo la carraca y berreando:

—¡Estoy como un cencerro!

—Yo me largo —dijo Atenea, y desapareció en una nube de humo gris.

Hércules se pasó días correteando por el lago con su carraca y su arco. Cuando las Aves del Estínfalo levantaban el vuelo aterrorizadas por aquella música espantosa, mataba todas las que podía con sus flechas envenenadas.

Al cabo de una semana de cencerro y veneno, toda la bandada se elevó en una nube negra y se alejó volando hacia el horizonte.

Hércules se quedó por allí unos días más, para asegurarse de que los demonios con plumas no volvían. Luego formó un precioso collar de aves muertas y regresó a Tirinto.

—¡Gran rey! —anunció, irrumpiendo en el salón del trono—. Aquí te traigo pájaro en mano y ciento volando. ¡El lago Estínfalo puede abrirse para la temporada de baño!

Antes de que el rey pudiera responder, la cámara de audiencias estalló en vítores y aplausos. Los oficiales de la corte se apiñaron alrededor del héroe, con papel y pluma para pedir autógrafos y fotografías de Hércules para que se las firmara. Muchos de los guardias reales llevaban sus camisetas de «**TODOS CON HÉRCULES**», a pesar de que Euristeo las había prohibido expresamente, declarándolas una violación del código de vestimenta.

El rey rechinó los dientes. Con cada trabajo disparatado que realizaba, Hércules se hacía más famoso y se convertía en una amenaza cada vez mayor. Los ciudadanos de Micenas lo adoraban.

A lo mejor es que había enfocado mal todo el asunto. En lugar de intentar matar a Hércules, a lo mejor debería asignarle una tarea asquerosa y degradante que lo cubriera de ridículo.

El gran rey sonrió.

—Bien hecho, Hércules. ¡Y ahora, la siguiente labor!

La multitud guardó silencio. Todos estaban deseando enterarse de qué clase de monstruo tendría que matar esta vez Hércules y qué tipo de carne exótica podían esperar en sus platos.

—Mi amigo Augías, el rey de Élide, es famoso por su ganado —comenzó Euristeo—. Pero me temo que con los años sus establos han ido quedándose un poco... en fin, que están hechos un asco. Puesto que tienes experiencia como rancho, quiero que vayas a limpiar esos establos. Tú solo. Sin ayuda.

Algunos de entre la muchedumbre se apartaron de Hércules como si ya estuviera cubierto de caca de vaca.

Los ojos del héroe podrían haber hecho un agujero en la cara del gran rey.

—¿Ese es mi siguiente trabajo? ¿Quieres que me ponga a limpiar establos?

—Ah, perdona. ¿Es que se te caerían los anillos por una jornada de trabajo honesto?

Euristeo no habría reconocido una jornada de trabajo ni aunque esta corriera a su alrededor meneando un cencerro, pero la multitud murmuró:

—Uy, mal rollo.

—Vale —gruñó Hércules—. Limpiaré los establos.

Firmó unos cuantos autógrafos más, regaló sus Aves muertas del Estínfalo como recuerdos y luego se fue a comprar unas botas de goma y una pala.

Y tiene gracia, lo que son las cosas: el rey Augías, cuyo nombre significa «brillante», era el rey más mugriento, más cochino y menos brillante de toda Grecia. Llevaba treinta años criando ganado y ni una sola vez se había molestado en mandar que limpiaran los establos.

En parte porque al ganado no le hacía falta. Los animales descendían de las vacas divinas del padre de Augías, Helios, el titán del sol, así que podían vivir en cualquier condición, limpios o sucios, y jamás caían enfermos.

Pero, sobre todo, Augías no limpiaba los establos porque era un roñoso y un vago. No quería pagarle a nadie para que lo hiciera. Y a medida que la tarea iba haciéndose más titánica, cada vez había menos gente dispuesta a realizarla. Gracias a la salud divina de las vacas, hacían caca a raudales, y después de treinta años los establos parecían una cordillera de montañas de plastas de vaca con enjambres de moscas tan densos que a las vacas ni se las veía.

Hércules olió el reino de Augías veinte kilómetros antes de llegar. Cuando entró en la ciudad de Élide, todo el mundo correteaba de aquí para allá con pañuelos en la nariz y la boca para protegerse del pestazo. En el mercado los negocios iban fatal, porque nadie quería visitar Villacaca.

Nuestro héroe decidió echar un vistazo a los establos antes de hablar con el rey, y no tardó en darse cuenta de que sus botas de goma y la pala no iban a ser suficientes. Las cuadras ocupaban más superficie que el resto de la ciudad. Estaban situadas en el extremo oeste, en una especie de península en la que el río Alfeo se curvaba formando una «C» gigantesca.

Hércules se sintió fatal por el ganado. Ningún animal, divino o no, debería vivir en esas condiciones. Se había pasado seis años en un rancho, así que se hacía una idea del trazado que tenían los establos, incluso aunque no pudiera verlos bajo el paisaje lunar de cacas de vaca. Tomó medidas en la orilla del río, hizo unos cuantos cálculos de ingeniería y utilizó una aplicación del móvil que era un nivel de carpintero. Hasta que en su mente empezó a tomar forma

una solución.

Entonces se encaminó al palacio real.

Apenas logró pasar por las puertas del salón del trono, porque aquello estaba atestado de basura. Unos cuantos guardias desconcertados deambulaban por allí con uniformes de segunda mano, serpenteando por desfiladeros de periódicos viejos, muebles rotos, ropa mohosa y pilas de comida caducada para animales.

Hércules se tapó la nariz y se dirigió hacia el estrado, donde el rey Augías estaba sentado en una destartada silla plegable de metal a modo de trono. Sus túnicas tal vez hubieran sido azules en sus tiempos, pero estaban tan manchadas que era imposible saberlo. Tenía la barba llena de migas y pequeñas criaturas. Junto a él había un hombre más joven, tal vez su hijo, cuya expresión parecía congelada en una arcada. No era de extrañar. El palacio apestaba como el interior de un tetrabrik de leche cortada.

—Hola, rey Augías. —Hércules hizo entonces una reverencia—. Me han dicho que necesitáis que os echen una mano para limpiar vuestros establos.

El joven que había al lado del rey exclamó con voz chillona:

—¡Gracias a los dioses!

Augías frunció el ceño.

—¡Silencio, Fileo! —Luego se volvió hacia Hércules—. Mi hijo no sabe lo que dice, forastero. No necesitamos ayuda para limpiar.

—¡Papá! —protestó Fileo.

—¡Que te calles, chico! No pienso pagar a nadie para que haga ese trabajo. Sería demasiado caro. Además, mi ganado está más sano que una lechuga.

—Pero tus súbditos no —masculló el príncipe—. Se mueren del pestazo.

—Señor —interrumpió Hércules—, yo puedo realizar esa tarea, y a un precio muy razonable.

Hércules no tenía pensado pedir ningún pago, pero de pronto se le ocurrió que por qué no. El trabajo era asqueroso, y el rey merecía pagar por tener a sus vacas en aquellas condiciones tan lamentables.

—Solo te costará la cuarta parte de tu ganado.

El rey se levantó de un brinco, entre una lluvia de migas y ratoncillos que le cayeron de la barba.

—¡Esto es un escándalo! ¡No te daría ni la centésima parte de mi ganado!

—La décima —regateó Hércules—. Y realizaré toda la tarea en un día.

El rey Augías estaba a punto de ponerse a proferir insultos, o posiblemente de sufrir un ataque al corazón, cuando Fileo le agarró el brazo.

—Papá, ¡esta es una oportunidad de oro! Es un precio muy bajo para una labor tan ingente. Y, además, ¡no es posible que lo termine en un día! Tú dile que no le pagarás si no lo hace dentro de ese límite de tiempo. Y, entonces, si fracasa, no te habrá costado nada y tendremos los establos por lo menos parcialmente limpios.

Hércules sonrió.

—Tu hijo es muy astuto. ¿Cerramos el trato?

Augías gruñó.

—Está bien. Guardias, traedme un pergamino para poder redactar un contrato. Pero no del bueno. Tengo por ahí resmas de pergaminos usados, debajo de esas bolsas de arena de gato.

—¿Arena de gato? —Hércules se extrañó.

—¡Nunca se sabe cuándo puede hacerte falta!

Total, que Hércules y Augías firmaron el contrato, y el príncipe Fileo hizo de testigo.

Al día siguiente, seguido de Fileo, Hércules se llevó la pala a los establos. El príncipe echó un vistazo a las montañas de caca.

—Amigo mío, has hecho un mal negocio. Es imposible que puedas limpiar todo esto antes de que se ponga el sol.

Hércules se limitó a sonreír. Se encaminó al norte de la granja y comenzó a cavar un agujero.

—Pero ¿qué haces? —le preguntó Fileo—. ¡Toda la caca está por allí!

—Observa y aprende, príncipe.

Hércules era fuerte e incansable. Para el mediodía, había cavado una zanja muy honda desde el extremo norte de los establos hasta la orilla superior del río, dejando solo un fino muro de contención para que no entrara el agua. Se pasó el resto del día cavando otra zanja desde el extremo sur de los establos hasta la parte inferior de la curva del Alfeo, allí donde el río salía de la ciudad. De nuevo, Hércules dejó solo la tierra necesaria para impedir que el agua entrase en la zanja.

Al final de la tarde, Fileo empezaba a impacientarse. Hércules iba a fracasar en la tarea sin haber quitado ni una sola palada de caca.

—Bueno, pues has cavado dos zanjas —comentó—. ¿Y eso de qué sirve?

—¿Qué pasará —preguntó Hércules— cuando derribe el muro de contención que hay al norte y deje que entre el río?

—Pues que el agua... ¡Ah! ¡Ya lo pilló!

Fileo siguió a Hércules, dando saltitos de emoción, hacia la orilla norte. Con un solo golpe de la pala, nuestro héroe derribó el muro de contención, y el agua del río entró en la zanja y se precipitó hacia los establos. Hércules había sido muy cuidadoso al tomar las medidas. El grado de la pendiente era el apropiado. El agua atravesó a toda velocidad los establos, deshaciendo las montañas de excrementos y empujando los desechos por la zanja del sur hacia la curva del río, que a su vez se los llevó corriente abajo.

Hércules acababa de inventar el váter más grande del mundo. Con solo tirar una vez de la cadena, había limpiado treinta años de excrementos de los establos, dejando un reluciente campo de lodo y un millar de vacas muy desconcertadas y muy limpias.

Fileo lanzó vítores de júbilo y acompañó a Hércules de vuelta al salón del trono; deseaba dar las buenas noticias a su padre.

—¡Padre, lo ha conseguido! ¡Los establos están limpios! ¡La ciudad ya no huele como una depuradora de aguas residuales!

El rey Augías levantó la vista de las abolladas latas de judías que estaba apilando.

—¿Eh? No me lo creo.

—¡Yo lo he visto! —insistió Fileo—. ¡Soy tu testigo! Tienes que pagar a este hombre... una décima parte de tu ganado, tal como prometiste en el contrato.

—No sé de qué me estás hablando —dijo el rey—. Yo no he firmado ningún contrato. No le he prometido nada a este hombre.

Fileo se puso tan verde como un ojo de hidra.

—Pero...

—¡Tú no eres mi hijo! —gritó el rey—. ¿Te pones de parte de este forastero y en mi contra? ¡Os desterraré a los dos por traición! ¡Guardias!

Pero los guardias no aparecieron, probablemente porque andarían perdidos entre las pilas de basura del salón del trono. Hércules se volvió hacia Fileo.

—Pareces un joven sensato. Si fueras rey, ¿limpiarías este palacio?

—Eso lo primero.

—¿Serías un buen gobernante?

—Sí.

—¿Y cumplirías tus contratos?

—Hombre, claro.

—Vale, no necesito saber más.

—¡Esto es un escándalo! —bramó el rey Augías—. ¡Guardias! ¡Alguien!

Hércules subió al estrado y propinó un puñetazo en la cara al rey Augías, matándolo al instante y sacudiendo varias especies desconocidas de roedores de su vello facial.

Luego miró a Fileo.

—Lo siento. Me estaba poniendo de los nervios.

Fileo se convirtió en rey y ordenó al instante que sacaran del salón del trono toda la comida de animales caducada, los periódicos viejos y las armaduras oxidadas. Declaró que la acumulación de basura era un delito capital. Se hizo limpieza general en la ciudad de Élida, y Hércules recibió una décima parte del ganado real.

Cuando volvió a Tirinto con ganado por valor de un millón de dracmas y sin una sola mancha de excrementos, Euristeo se puso furioso.

—¿Qué ha pasado? —preguntó.

Hércules le contó la historia.

—Limpié los establos y me hice rico. Y así todos contentos.

—¡Yo no estoy contento! Este trabajo no cuenta. ¡Has recibido una compensación!

Hércules tuvo que tragarse la rabia.

—En ningún momento has dicho que no pudiera aceptar pagos.

—A pesar de todo, no hiciste el trabajo tú solo. ¡Lo hizo el río por ti!

—¿Qué diferencia hay entre utilizar un río o una pala? Es una herramienta.

El gran rey pataleó en el suelo.

—¡He dicho que este trabajo no cuenta y yo soy el gran rey! Ya que te gustan tanto las vacas, voy a encomendarte otra tarea relacionada con ellas. Vete a ver al rey Minos de Creta. Convéncelo de que te entregue su toro más

preciado. ¡Eso te tendrá ocupado una temporada!

La rabia de Hércules le empujaba el esternón. Vale que había accedido a hacer penitencia por asesinar a su familia. Vale que había sido un semidiós malo. Pero ahora sus diez trabajos disparatados se habían convertido en doce trabajos disparatados, y solo iba por la mitad de la lista. Tenía ganas de matar a su primo. Pero, con gran esfuerzo, apartó la mano de la empuñadura de la espada.

—Un Toro de Creta —gruñó—. Marchando.

El rey Minos contaba con un poderoso ejército y tenía fama de ser muy cruel, por eso Euristeo esperaba que matara a Hércules por atreverse a pedirle su toro máspreciado. Pero al final resultó que la misión fue pan comido.

Hércules llegó a Cnosos, entró en el salón del trono y le explicó su misión al rey.

—En pocas palabras, majestad, tendría que llevarme tu toro máspreciado para el gran rey Cagón.

—Llévatelo —dijo Minos.

Hércules parpadeó.

—¿En serio?

—¡Sí! ¡Llévate el toro! ¡Quítamelo de en medio de una vez!

Y es que Hércules no podía haber llegado en mejor momento. El toro blanco había sido un regalo de Poseidón, pero la reina Pasífae se había enamorado de la bestia y había dado a luz al Minotauro, así que ahora elpreciado toro era un recordatorio constante de la vergüenza y la deshonra del rey Minos. Y, claro, estaba deseando librarse de él. Puede que también tuviera alguna premonición de lo que pasaría si aquel toro quedara suelto por el continente griego. A Euristeo podía salirle el tiro por la culata.

Hércules volvió a Micenas con el toro blanco atado en la bodega del barco. Cuando llegó a los muelles, cogió al animal, se lo echó a la cabeza como si fuera un saco de harina y lo llevó al palacio.

—¿Dónde te lo pongo?

Esta vez el gran rey estaba decidido a no dejarse llevar por el pánico. Se quedó sentado en el trono, fingiendo leer una revista.

—¿Mmm?

—El Toro de Creta —dijo Hércules—. Que dónde deseas que te lo deje.

—Ah. —Euristeo ahogó un bostezo—. Ponlo ahí, al lado de la ventana.

Hércules se acercó con pesados pasos a la ventana.

—He cambiado de opinión —dijo el rey—. Quedará mejor en el sofá.

—¿Aquí?

—Un poco a la izquierda.

—Aquí.

—No, me gustaba más en la ventana.

Hércules resistió el impulso de lanzar el animal contra el trono.

—¿Aquí, entonces?

—Mira, ¿sabes qué? El toro no pega nada con la decoración. Llévatelo a las afueras de la ciudad y déjalo suelto.

—¿Quieres que ande suelto por ahí? Es un animal salvaje de cuernos afilados. Destruirá cosas y matará a gente.

—Haz lo que te digo —ordenó el rey—. Y luego vuelve para tu próximo encargo.

A Hércules aquella idea no le gustaba nada, pero soltó al Toro de Creta por los campos de Grecia. Y, efectivamente, la bestia empezó a arrasarlo todo, provocando toda clase de estragos. Al final subió hasta Maratón y se hizo famoso como el Toro de Maratón. Por allí estuvo matando y destruyendo con total impunidad hasta que Teseo por fin acabó con él. Pero eso fue mucho más tarde.

Hércules regresó al salón del trono.

—¿Siguiendo trabajo disparatado, alteza?

Euristeo sonrió. Últimamente había oído rumores de un rey tracio llamado Diomedes, que criaba caballos que comían carne humana y a quienes alimentaba con los cuerpos de sus invitados. Desde que se enteró, Euristeo tenía unos sueños muy agradables en los que Hércules moría descuartizado.

—Tengo entendido que Diomedes, el rey de Tracia, tiene unos caballos excelentes. Vete para allá y tráeme cuatro de sus mejores yeguas.

Hércules se pellizcó el puente de la nariz. Sentía un inicio de migraña.

—Podías haberlo pensado antes, mientras estaba en Tracia persiguiendo a la Cierva de Cerinea, ¿no?

—¡Pues no!

—Vale. Yeguas tracias. Lo que digas.

Total, que allá que se fue Hércules una vez más, deseando que alguien inventara los aviones o los trenes de alta velocidad, porque se le estaban gastando las sandalias de tanto pasearse Grecia arriba y Grecia abajo.

Esta vez decidió probar suerte en barco. Alquiló un trirreme y una tripulación de voluntarios, prometiéndoles aventura y tesoros en la ruta hasta Tracia. Se llevó también a su sobrino, porque Yolao había resultado ser un habilidoso comandante de tropas. A Hércules le preocupaba que Euristeo declarara inválida la prueba si la tripulación lo ayudaba a atrapar a las yeguas, por eso decidió que, una vez llegados a Tracia, dejaría a todos sus hombres a bordo del barco y se encontraría él solo con Diomedes.

Durante el trayecto Hércules vivió unas cuantas aventurillas en plan «trama secundaria». Fundó los juegos olímpicos, invadió unos cuantos países, ayudó a los dioses a derrotar a un ejército de gigantes inmortales... Supongo que os lo podría contar si tuviera varios centenares de páginas extra, pero es que hace poco he tenido que luchar contra unos gigantes yo mismo y todavía no estoy totalmente preparado para abordar el tema.

Cuando Hércules llegó por fin a Tracia, dejó a la tripulación en el barco tal como había planeado, y se fue solo al palacio de Diomedes. Puesto que lo de ir al grano le había funcionado tan bien con el rey Minos en Creta, decidió probarlo de nuevo.

—Oye, Diomedes —le dijo—. ¿Puedo llevarme tus caballos?

Diomedes sonrió. El brillo psicótico de sus ojos le otorgaba el amistoso aspecto de una calabaza de Halloween.

—Has oído hablar de mis caballos, ¿eh?

—Bueno... solo he oído decir que son los mejores. El gran rey Tarado de Micenas me ha enviado para que me lleve cuatro de tus yeguas.

—¡Ah, pues sin problemas! ¡Vente conmigo!

Hércules no se lo podía creer. ¡Menuda suerte! Dos misiones fáciles seguidas. ¡Qué puntazo!

Pero mientras seguía al rey, advirtió que cada vez iban alineándose más guardias a sus espaldas. Para cuando llegaron a los establos, llevaban una escolta de cincuenta guerreros tracios.

—¡Aquí están! —Diomedes abrió los brazos con orgullo—. ¡Mis caballos!

—¡Vaya! —exclamó Hércules.

Al lado de los establos de Diomedes, los del rey Augías habrían parecido Disneylandia. El suelo estaba cubierto de macabros trozos de carne y huesos.

Los caballos tenían las pezuñas y las patas salpicadas de sangre. Sus ojos eran salvajes, de mirada inteligente y malévolos. Cuando vieron a Hércules, relincharon y le lanzaron dentelladas dejando ver sus dientes afilados y manchados de rojo. Las yeguas más cercanas se esforzaban por escapar de las cuadras y solo se lo impedían las gruesas cadenas de bronce que les rodeaban el cuello y que estaban atadas a una hilera de postes de hierro.

—Mis niños son fuertes —comentó Diomedes—. Por eso debo tenerlos encadenados. Les encanta la carne humana.

—Qué tierno —masculló Hércules—. Y supongo que yo seré el plato principal de la cena de hoy, ¿no?

—No es nada personal —le aseguró el rey—. Lo hago con todos mis prisioneros e invitados, y con la mayoría de mis parientes. ¡Guardias! ¡Arrojadlo a las cuadras!

Eran cincuenta contra uno. Sin embargo, los guardias no tuvieron la más mínima oportunidad. Hércules fue tirándolos uno después de otro a los caballos, mientras ofrecía a los animales una cena de cincuenta platos de guerreros tracios.

Finalmente solo quedaron Hércules y Diomedes. El rey retrocedió hasta una esquina.

—¡Un momento, un momento! ¡Vamos a hablar!

—Habla con tus caballos —le contestó Hércules—, porque yo no te escucho.

Cogió al rey y lo lanzó a las cuadras. Los caballos ya no podían más, pero encontraron un rinconcito para el postre.

Después de tanto comer, los animales se quedaron adormilados y dóciles. Hércules escogió a las cuatro mejores yeguas, les puso el arnés y las llevó a los muelles, donde aguardaba su barco.

Mientras volvían costeano, Hércules y sus marineros se enzarzaron en alguna que otra escaramuza con los tracios. Por supuesto, nuestro héroe les ganó todas, pero algunos de sus voluntarios murieron. Un tal Abdero luchó con tanta bravura que Hércules le construyó una tumba gigantesca y fundó una ciudad en su honor, llamada Abdera, que se convirtió en un importante puerto de la costa de Tracia. La ciudad griega todavía sigue allí. Lo digo, no sé, por si alguna tarde andáis por el país de Diomedes y no tenéis nada mejor que hacer.

Hércules llevó las yeguas devoradoras de carne humana a Euristeo, pero el gran rey les tenía demasiado miedo para utilizarlas, de modo que las dejó libres por el campo cerca del monte Olimpo. Hay historias que dicen que otros depredadores todavía más grandes se zamparon a las yeguas. Según otras narraciones, los descendientes de esas yeguas seguían aún allí siglos más tarde, cuando Alejandro Magno llegó y los capturó. Yo lo único que sé,

por experiencia personal, es que si vais a ciertos barrios chungos todavía podréis encontrar caballos antropófagos. Mi consejo: no vayáis.

A esas alturas a Euristeo le estaba entrando el pánico. Estaba quedándose sin problemas para que Hércules los resolviera. El territorio se había liberado de los monstruos. Todos los reyes malvados habían muerto de un puñetazo o devorados por sus propios caballos. Hércules seguía haciéndose cada vez más famoso y se empeñaba en continuar irritablemente vivo.

Otro asunto que traía de cabeza al rey era que la malcriada de Admete, su hija adolescente, llevaba lloriqueando ya varias semanas porque quería un cinturón de oro auténtico que combinara con su vestido nuevo.

—¡Quiero el mejor cinturón del mundo, papi! Porfaaa.

Mientras Hércules esperaba ante él su siguiente tarea, a Euristeo le rondaban por la cabeza varios pensamientos inconexos: «Matar a Hércules. Un cinturón de oro. Una misión peligrosa».

Y de pronto se le ocurrió una idea maravillosa y malvada. ¿Quién poseía el mejor cinturón de oro del mundo? ¿Y a quién le encantaba matar a héroes varones?

—Hércules —dijo por fin—, quiero que vayas a la tierra de las amazonas. Roba el cinturón de oro de su reina y tráemelo. Es para mi hija.

Admete, que estaba detrás del trono, se puso a dar palmadas y saltitos.

La fiera expresión de Hércules no tenía nada que envidiar a la de su capucha de león.

—¿Tu hija tiene intención acaso de ser la reina de las amazonas?

—No. Solo desea un cinturón brillante que vaya con su vestido.

Hércules suspiró.

—Te das cuenta de que podría haberme pasado por Amazonia en el camino de vuelta de Tracia, ¿verdad? Podría haber ahorrado tiempo y kilómetros y... Mira, da igual. Un cinturón de oro. Oído. ¿Con patatas normales o Deluxe?

—¿Qué es un Deluxe?

—Déjalo.

Total, que allá que se fue Hércules una vez más. Lo único bueno es que Euristeo no se había quejado por la tripulación de voluntarios que lo habían acompañado en la misión tracia, y nuestro héroe decidió repetir la jugada. Reunió a la banda, junto con su ayudante, su sobrino Yolao, y zarpó hacia Amazonia, que estaba en la costa sur del mar Negro.

Hércules quería evitar una batalla. Estaba harto de que la gente muriera para satisfacer los caprichos de Euristeo. Y sobre todo no quería empezar una guerra por un complemento de moda para una princesa malcriada.

Por otra parte, sabía que las amazonas sentían respeto por la fuerza, por eso cuando el barco ancló junto a la costa, sus hombres remaron hasta la orilla en bloque y formaron en la playa, con sus lanzas y escudos.

Las guerreras llevaban ya un rato vigilándolos. La reina Hipólita tenía preparado a su ejército. Pentesilea, la hermana de la reina, opinaba que debían lanzarse al ataque, sin más, y empezar a matar, pero Hipólita era más cautelosa. Había oído hablar de Hércules y quería saber qué tenía que decir el héroe griego. Así pues, con unas cuantas guardaespaldas, se dirigió a caballo hacia las líneas griegas bajo una bandera blanca. Hércules fue a su encuentro, también a caballo y acompañado de unos cuantos hombres.

—*Hola*—saludó—. Oye, ya sé que es una idiotez, pero es que en Grecia hay una princesa adolescente que desea tu cinturón.

Y le explicó la situación. Al principio, Hipólita se indignó muchísimo. Pero cuando quedó claro que Hércules odiaba al gran rey y sus peticiones, el asunto le pareció divertido. Cuando el héroe llamó a Euristeo «el gran rey Caca de Vaca», la reina amazona soltó una carcajada.

—Dime, tengo entendido que capturaste la Cierva de Cerinea —comentó Hipólita.

—Es verdad.

—Prometiste a Artemisa que la liberarías sin que sufriera daños y lo cumpliste, ¿no?

—Sí.

—Eso dice mucho de ti. Artemisa es nuestra diosa patrona. Si te presto el cinturón, ¿me juras por tu honor que me lo devolverás? Con eso evitaríamos un derramamiento de sangre innecesario, ¿cierto?

Hércules se relajó un poco.

—Sí. Con mucho gusto. Eso sería genial, la verdad.

Está claro que se llevaban de miedo. A Hipólita la impresionaba Hércules, tan grandullón y tan cachas, con su capa de piel de león y armado hasta los dientes con pertrechos divinos. Y Hércules pensaba que Hipólita estaba cañón. Si las circunstancias hubieran sido distintas, podrían haberse ido a vivir juntos y haber tenido una buena prole de hijos peligrosos.

Pero no. En el monte Olimpo, Hera los contemplaba desde su sala de crisis. Después de entrometerse en la misión de la hidra con aquel cangrejo gigante, había tenido serios problemas con Zeus: «Como vuelvas a hacer algo así, te

ato cabeza abajo sobre el abismo del Caos», le había dicho el dios. Desde entonces había hecho todo lo posible por contenerse. Seguía confiando en que Euristeo se las apañaría para matar a Hércules sin su ayuda. Pero ahora el héroe estaba a punto de llevarse otra victoria fácil.

«Venga ya, amazonas —masculló la diosa para sus adentros—. ¿Dónde está vuestro espíritu de lucha?».

Hasta que al final ya no pudo resistirlo más. Se transformó en guerrera y bajó volando para unirse a ellas. Mientras Hércules e Hipólita negociaban y coqueteaban, Hera se dedicó a pasear entre las amazonas y a susurrarles al oído: «Es una trampa. Hércules va a llevarse a la reina como rehén».

Las amazonas estaban cada vez más inquietas. Desconfiaban de los hombres por naturaleza, y se creyeron el rumor. La reina llevaba demasiado tiempo hablando con aquel tiarrón de la capa de piel de león. Ahí tenía que estar pasando algo.

Total, que Pentesilea acabó desenvainando la espada.

—¡Debemos proteger a la reina! ¡Al ataque!

Hércules estaba alabando las grebas de bronce de Hipólita, cuando sus hombres dieron la alarma. Las amazonas se lanzaban al ataque.

—¿Qué significa esto? —preguntó Hércules.

La reina estaba perpleja.

—¡No lo sé!

Pentesilea, al otro lado del campo, alzó la jabalina.

—¡Yo te salvaré, hermana!

Desesperada por evitar una guerra, Hipólita gritó:

—¡No! ¡Es un error! No...

Y se puso delante de Hércules justo cuando la otra arrojaba la lanza. La punta atravesó el peto de Hipólita y la reina de las amazonas cayó muerta a los pies del héroe.

Pentesilea aulló de dolor. Y las guerreras se lanzaron contra las líneas griegas.

Hércules no tuvo tiempo de averiguar qué había sucedido. Cogió el cinturón de oro del cadáver de Hipólita y ordenó a sus hombres que se retiraran.

Las amazonas luchaban como diablos, pero Hércules fue abriendo un pasillo sangriento entre sus filas. Murieron docenas de griegos y cientos de

amazonas. Hércules contuvo al enemigo mientras sus hombres subían a las barcas y volvían a la nave principal. Luego se zambulló en el mar y echó a nadar bajo una lluvia de flechas y lanzas que se hacían añicos contra su capa de piel de león.

Los griegos escaparon, pero no estaban para celebraciones.

De camino a casa, Hércules vivió unas cuantas aventuras más. Luchó contra un monstruo marino, salvó la ciudad de Troya, mató a ciertos tipos en una pelea cuerpo a cuerpo, blablablá. Cuando llegó a Tirinto, arrojó el cinturón de las amazonas a los pies de Euristeo.

—Cientos de guerreros honorables han muerto por ese cinturón. Espero que tu hija esté contenta.

La princesa Admete se abalanzó sobre el cinturón y se puso a dar saltitos de alegría.

—¡Ay, dioses! ¡Es perfecto! ¡Estoy deseando probármelo!

Y salió disparada para enseñárselo a sus amigos.

—Bueno, eso ha estado muy bien —dijo Euristeo—. Vamos a ver, Hércules, ¿cuántas misiones nos quedan aún? ¿Ocho?

—No, majestad —contestó Hércules muy despacio—. Este ha sido el trabajo número nueve. Solo debería quedar uno, pero como descontaste dos en tu finita sabiduría...

—Tres misiones más, pues —dijo el rey—. Ay, no pongas esa cara tan larga. Esto es muy difícil también para mí, ¿sabes? No es fácil pensar en trabajos cada vez más complicados y más disparatados.

—También puedes liberarme antes.

—No, no. Ya tengo uno.

—Te juro que como vuelvas a mandarme a Tracia o a Amazonia...

—¡No te preocupes! ¡Esta vez irás en la dirección contraria! Me han llegado rumores de un hombre monstruoso llamado Gerión que vive muy lejos, al oeste... en Iberia.

Hércules se lo quedó mirando.

—Estarás de broma, ¿no?

Hoy en día Iberia es lo que llamamos España y Portugal, pero en aquel entonces para los griegos era el fin del mundo conocido. Era como Sebastopol o la Conchinchina: de vez en cuando los oyes nombrar, pero no puedes creerte que allí viva gente de verdad. Más allá de Iberia, que los griegos

supieran, no había nada excepto un océano infinito plagado de monstruos.

—Pues ese tal Gerión —prosiguió el rey— al parecer tiene un rebaño de vacas de color rojo vivo. ¿Te imaginas? Lo mismo en lugar de leche dan batido de fresa. En fin, que quiero que me traigas ese rebaño.

—Pero ¿qué manía tienes con las vacas? —preguntó Hércules.

—¡Obedece!

Total, que Hércules alquiló otro barco con un grupo nuevo de voluntarios. Es muy curioso porque, con la excepción de Yolao, ninguno de los soldados del último viaje quería volver a acompañarlo. Y nada, allá que zarpó hacia el fin del mundo en busca de unas vacas con sabor a fresa.

Por aquella época, navegar el Mediterráneo de punta a punta era un asunto peligroso. El barco de Hércules fue siguiendo la costa de África, puesto que parecía la mejor manera de no perderse. Y por el camino, nuestro héroe mató a un puñado de reyes y monstruos y... bueno, lo de siempre.

Cuando llegó a la altura de Túnez, se encontró con un hijo de Poseidón muy grande y muy feo que se llamaba Anteo, y que os aseguro que no está entre los parientes a los que mando felicitaciones de Navidad.

La madre de Anteo era Gea, la diosa de la tierra. No me preguntéis por qué ni cómo Poseidón y Gea tuvieron un hijo. Es demasiado espantoso pensarlo siquiera. Lo único que sé es que Anteo salió a su madre. Era un tío sanguinario, malvado y muy muy grande. Todo aquel que pasaba por el territorio de Anteo estaba obligado a luchar con él cuerpo a cuerpo en un combate a muerte. Supongo que en la televisión tunecina no daban nada con lo que entretenerse.

Hércules podría haber pasado de largo con el barco para evitar el enfrentamiento, pero no le gustaba dejar sueltos por ahí a asesinos sedientos de sangre, de modo que desembarcó y entonces desafió a Anteo a un combate.

—¡Rar! —Anteo se golpeó el pecho con los puños—. ¡Tú no puedes vencerme! ¡Mientras esté en contacto con la tierra, todas mis heridas sanarán al instante!

—Un consejito —dijo Hércules—: no empieces una batalla anunciando cuál es tu punto débil.

—¿Eso cómo va a ser un punto débil?

Hércules se lanzó al ataque. Rodeó con los brazos la cintura de Anteo y lo levantó, de tal manera que ya no tocaba el suelo. Anteo se debatió, dando puñetazos y patadas, pero Hércules se limitó a seguir estrujándolo hasta que algo en el pecho de su enemigo se partió. Anteo quedó yerto. Hércules esperó hasta cerciorarse de que estaba muerto de verdad y entonces dejó caer su

cuerpo al suelo.

—Será idiota...

Nuestro héroe escupió en el suelo y regresó al barco. Por fin llegó al extremo del Mediterráneo, donde la punta norte de África casi tocaba la punta sur de Iberia. En honor de aquella misión tan increíblemente ridícula, Hércules construyó dos columnas a modo de entrada, y las llamó... Lo habéis adivinado: las Columnas de Hércules.

Algunas historias sostienen que Hércules creó la brecha entre Europa y África empujando los dos continentes. Otros dicen que estrechó el canal para que los monstruos marinos más peligrosos no pudieran entrar en el Mediterráneo desde el océano Atlántico.

Creed lo que queráis. Yo no tengo muchas ganas de volver a ver las Columnas de Hércules. La última vez que estuve allí, casi me decapitó una piña voladora. Pero esa es otra historia.

En cuanto llegó a Iberia, Hércules dejó a sus hombres a bordo del barco y deambuló solo durante meses buscando las vacas rojas. Una tarde calurosa, desde lo alto de una colina, vio un rebaño de animales color rubí en el valle.

—Tienen que ser estas —murmuró—. Por favor, que sean estas.

Bajó corriendo, cansado y cabreado, y casi había llegado hasta las vacas cuando un perro de dos cabezas furioso salió brincando de entre las altas hierbas, dando dentelladas y enseñando sus dos juegos de colmillos.

A Hércules solían gustarle los perros, pero ese de dos cabezas no parecía muy amistoso. Ni tampoco llevaba la placa de control de la rabia.

—Eeeh, chico, o esto... ¿chicos? No tenemos por qué ponernos violentos.

—¡Eso seré yo quien lo juzgue! —declaró un tipo enorme armado con un hacha que se acercaba con dificultad por detrás del perro.

—¿Tú eres Gerión? —preguntó Hércules.

—No, pero trabajo para él —dijo el tío del hacha—. Me llamo Euritión, y este es mi perro, Ortro.

—Muy bien.

Hércules alzó las manos e intentó parecer amistoso, hecho que no le resultaba muy fácil con el arsenal de armas que llevaba y la capucha de cabeza de león.

—He venido a comprar estas vacas rojas. El gran rey Barrigotas de Micenas las desea.

—Me temo que eso es del todo imposible —replicó Euritión—. Mi señor me ha

dado órdenes estrictas: debo matar al instante a cualquier intruso que aparezca. Has venido a morir desde muy lejos.

—Vaya... —dijo Hércules.

El ranchero y su perro atacaron al mismo tiempo. Y también murieron al mismo tiempo. Hércules acabó con ellos de un solo porrazo.

Estaba limpiando la sangre de su maza cuando otra voz gritó:

—¡No! ¡No! ¡No!

El héroe levantó la vista. Un tipo corría hacia él. Tenía la pinta de que lo hubiera atropellado una apisonadora de dibujos animados. Sus piernas eran normales. Su cabeza era normal. Pero todo lo demás estaba como aplastado y raro. Su cuello salía de unos hombros anchos que coronaban tres torsos distintos, uno al lado del otro, y cada uno iba ataviado con una camisa de distinto color: rojo, verde y amarillo. Los brazos le salían de los torsos izquierdo y derecho, con lo cual tenía que resultarles imposible abrocharse la camisa del medio. Tres barrigas distintas se fusionaban en una cintura enorme que daba la sensación de usar un cinturón de la talla 200. Dos espadas colgaban a sus costados.

—Pero ¿a ti qué te ha pasado? —preguntó Hércules, preocupado de verdad.

—¿Que qué me ha pasado...? —Aquel tipo se mostró desconcertado, pero de pronto se ofendió—: ¿Te refieres a mi cuerpo? ¡Nací así, so idiota, insensible! ¿Por qué has matado a mi ranchero y a su perro?

—Han empezado ellos.

—¡Argh! ¿Tú sabes lo difícil que es encontrar buena mano de obra en Iberia?

—¿Eres Gerión?

—¡Pues claro que soy Gerión! ¡Señor de Iberia, hijo de Crisaor el Dorado, el señor de las vacas rojas!

—Es un título de lo más impresionante —dijo Hércules—. «Señor de las vacas rojas». Y hablando de esto, quiero comprarlas. ¿Cuánto pides?

Gerión lanzó un gruñido.

—Sí que vas a pagar, sí. ¡Vas a pagar con sangre!

El señor de las vacas rojas sacó sus espadas y lo atacó. A Hércules le daba reparo abalanzarse sobre una persona con el síndrome de los tres cuerpos, pero estampó el garrote contra el pecho central de Gerión, y las costillas se le rompieron con un desagradable «crunch». Eso debería haberlo matado, pero el pecho de Gerión volvió a hincharse como si nada.

—¡No puedes matarme! —exclamó—. ¡Tengo tres series de órganos! Me curo demasiado deprisa.

—Por cierto —dijo Hércules—, no deberías ir diciendo por ahí cuál es tu punto débil.

—¿Eso cómo va a ser un punto débil?

—Solo tengo que destrozarte los tres cuerpos a la vez, ¿no?

Gerión vaciló.

—¡Maldición! ¡Odio a los héroes!

Volvió a atacar con un grito, blandiendo las espadas que tenía a ambos lados, como si fuera un cangrejo samurái.

Hércules tiró el garrote y cogió su arco.

Gerión no tenía ninguna capacidad de maniobra. Se lanzó al ataque a toda velocidad, pero Hércules lo esquivó y le disparó una flecha bajo el brazo izquierdo. El proyectil le atravesó los tres pechos y los tres corazones, y Gerión cayó muerto.

—Lo siento —se disculpó Hércules—. Te lo he dicho.

A continuación se llevó las vacas rojas al barco y zarpó rumbo a su casa. Esta vez siguió la costa norte, recorriendo lo que ahora son España, Francia e Italia. Vivió más aventuras. En los Alpes mató a unos que intentaron robarle las vacas. Cerca del lugar donde algún día se alzaría Roma, acabó con un gigante que se llamaba Caco y respiraba fuego. Fundó unas cuantas ciudades, destruyó otras cuantas naciones. Y más de lo mismo.

Hasta que por fin llegó a Tirinto. Euristeo se llevó un buen chasco cuando comprobó que las vacas rojas no daban batido de fresa en lugar de leche, pero reconoció que Hércules había cumplido la misión.

—Ya llevas, pues, diez trabajos realizados —dijo el gran rey—. ¡Lo cual significa que tan solo te quedan dos trabajos extra!

—¿Cómo que «extra»?

—En primer lugar, tengo unas ganas locas de manzanas. Me has traído todas esas carnes estupendas: cangrejo, jabalí, vaca, aves...

—¡Las Aves del Estínfalo no eran para comer!

—Mi médico dice que tengo que introducir más fruta y verdura en la dieta. Quiero que busques el Jardín de las Hespérides. Tráeme unas cuantas manzanas doradas del manzano sagrado de Hera.

—Hera —repitió Hércules—. La diosa que me odia más que a nadie en el mundo. Quieres que le robe unas manzanas.

—Sí.

La capa de piel de león parecía dar más calor que de costumbre. A Hércules le goteaba el sudor por la nuca.

—¿Y dónde queda exactamente ese jardín?

—Ni idea. Tengo entendido que muy al oeste.

—Pero ¡si acabo de venir del oeste! ¡Estaba lo más al oeste que es posible estar!

—Las Hespérides son las hijas del titán Atlas —comentó Euristeo con amabilidad—. A lo mejor puedes preguntarle a Atlas dónde está el jardín.

—¿Y dónde está Atlas?

—Supongo que tendrás que preguntárselo a alguien que sepa de titanes. ¡Feliz misión!

Hércules no tenía ni idea de dónde encontrar a Atlas. El titán no tenía perfil en Facebook y no había absolutamente nada sobre él en Wikipedia. Ni siquiera el fiable Yolao tenía información.

Al final, Hércules consultó a un sacerdote de Zeus, esperando que le diera alguna pista.

—Si lo que quieres es dar con un titán, tal vez deberías preguntarle a otro titán —sugirió el sacerdote.

Hércules se rascó la barba.

—¿Y se te ocurre alguno? Porque yo pensaba que casi todos los titanes habían sido arrojados al Tártaro.

—Hay uno que podría echarte una mano. Siempre se ha mostrado amable con la humanidad. También está convenientemente encadenado a una montaña, por lo que no es difícil de encontrar.

—Estás hablando de Prometeo, el titán que proporcionó el fuego a los mortales.

—Premio para el caballero —dijo el sacerdote.

—¿Vas a darme un premio? —Hércules se ilusionó.

—No, es una forma de hablar. Pero, en fin, que Prometeo es tu mejor opción. Lo encontrarás en el Cáucaso. Voy a dibujarte un mapa.

Cómo no, las montañas del Cáucaso quedaban más allá del quinto pino. Después de meses de viaje y montones de aventuras, Hércules por fin dio con el titán: un tipo de tres metros de altura vestido con unos harapos mugrientos y encadenado a la pared de un acantilado por las muñecas y los tobillos. En el rostro tenía cicatrices de viejas heridas de garras, pero la verdadera película de terror estaba en su vientre.

¡Ojo! ¡Salvajada!

Posada sobre las costillas de Prometeo había un águila gigantesca y dorada que iba desgarrándole las inmortales entrañas al titán para devorar tan sabrosos bocados. ¿Sabéis esas casas del terror de las ferias en las que se ven tripas falsas hechas con espaguetis fríos, uvas peladas y salsa de tomate? Pues algo así... solo que de verdad.

Hércules se acercó a Prometeo.

—Tío, eso tiene que doler.

—Pues... sí. —Prometeo lanzó un bramido que hizo temblar toda la montaña—. Perdón. Es... difícil... concentrarse.

Hércules lo comprendía a la perfección. Él mismo se había sentido muchos días como si estuvieran devorándole las entrañas.

—Mira, no quisiera molestarte, pero el caso es que estoy buscando a Atlas. Necesito unas manzanas doradas del Jardín de las Hespérides.

—Podría... ayudarte. —A Prometeo la cara le sudaba a chorros—. Pero... el... águila...

Hércules asintió con la cabeza.

—¿Cuánto tiempo llevas aquí encadenado? ¿Como mil años?

—Algo... ¡aaaay!... así.

—Si mató al águila, ¿me dirás lo que necesito saber?

—Encantado. ¡Aaagh! ¡Sí!

Hércules miró hacia el cielo.

—Padre Zeus, yo nunca te he pedido nada. Durante todos estos trabajos disparatados para Euristeo he hecho lo que debía y he sufrido en silencio. Bueno... más o menos. En fin, el caso es que Prometeo tiene una información que necesito. Y me parece que ya ha soportado suficiente castigo. Voy a matar al águila ahora mismo, algo que nunca haría en condiciones normales, porque las águilas molan. Pero esta me está dando un mal rollo que no veas.

Una voz regia resonó en los cielos:

—De acuerdo.

Seguro de contar con el permiso de su padre, Hércules sacó su arco y disparó al águila. Al instante, el vientre de Prometeo se cerró y una expresión de alivio se apoderó de su rostro.

—Gracias, amigo mío. ¡Eres una noble cucaracha!

—¿Eh? ¿Cómo dices?

—Perdón. Quería decir «ser humano». En fin, te cuento lo que necesitas saber: dirígete hacia el noroeste, más allá de la tierra de los hiperbóreos, hasta el mismísimo límite del mundo conocido.

—He estado allí, he matado cosas y me lo sé todo de memoria.

—Ya, pero Atlas habita en una montaña que los humanos no pueden encontrar... a menos que sepan con exactitud dónde hay que buscarla. Te daré las indicaciones. Una vez que llegues, verás el Jardín de las Hespérides muy cerca. Aun así, bajo ningún concepto intentes coger las manzanas tú mismo. El dragón Ladón protege el árbol, y es imposible matarlo, incluso para alguien tan corpulento como tú. Además, si cogieras las manzanas por la fuerza, Hera estaría en su derecho de fulminarte allí mismo.

—Así que...

—Así que tienes que convencer a Atlas para que sea él quien coja las manzanas. Las Hespérides son sus hijas, de manera que puede visitar el jardín tranquilamente. El dragón no le hará nada.

—Pero ¿no está Atlas ocupado sujetando el cielo?

Prometeo sonrió.

—Oye, yo no puedo solucionar todos los problemas. Eso tendrás que resolverlo tú solo.

Cuando recibió las indicaciones, Hércules le dio las gracias al mugriento titán y se puso en marcha. Tuvo tiempo de sobra para pensar por el camino, y cuando por fin encontró a Atlas, tenía bastante claro lo que iba a decirle.

El viejo titán general estaba agachado en la cima de una montaña, en los lóbregos límites de los páramos del norte. Todavía llevaba su armadura de la guerra contra los dioses de hacía mil años, deteriorada en la batalla y fundida por un rayo. Su piel, después de haber pasado tanto tiempo a la intemperie, era tan oscura como las monedas viejas. Estaba arrodillado con los brazos alzados, y apoyada en su espalda giraba la base de una nube descomunal con forma de embudo: un tornado que abarcaba el cielo entero. Probablemente porque era el cielo.

—¡Gran Atlas! —saludó Hércules.

Y no era solo un cumplido. Atlas era dos veces más grande que Prometeo y estaba el doble de cachas. Incluso tras un milenio de castigo brutal, tenía un aspecto imponente.

—¿Qué quieres, insignificante mortal? —vociferó la voz del titán.

—Manzanas —contestó Hércules.

Atlas lanzó un gruñido.

—Supongo que te refieres a las manzanas del jardín de mis hijas.

El titán señaló con el mentón. Hércules no se había dado cuenta hasta entonces, pero al otro lado de la montaña, en un valle a poco más de un kilómetro, un hermoso jardín resplandecía con un fulgor púrpura y rojizo, como en un atardecer perpetuo. Unas figuras diminutas —mujeres vestidas de blanco— danzaban entre las flores. En el centro del jardín, un manzano enorme se alzaba hacia el cielo. Incluso desde tan lejos, Hércules veía las frutas doradas brillando en las ramas, y la forma serpentina del dragón Ladón, que se retorció en torno al tronco.

Hércules estuvo tentado de bajar, matar al dragón y coger las manzanas él mismo. Parecía muy sencillo. Pero dedujo que Prometeo no le había mentido. Aunque consiguiera matar al dragón, Hera lo fulminaría convirtiéndolo en cenizas en el momento en que cogiera la fruta.

—Sí —contestó—. Esas manzanas.

—Jamás podrás cogerlas tú mismo.

—Ya me lo ha dicho Prometeo.

Atlas frunció su ceño sudoroso.

—¿Conoces a Prometeo?

—Maté de un flechazo al águila que le devoraba el hígado. Y él me indicó cómo dar contigo.

—Vaya, eres todo un fan de los titanes, ¿eh? Pues mira: como has ayudado a Prometeo, voy a ayudarte yo a ti. Pero no va a ser fácil. Tienes que sujetar el cielo por mí mientras yo voy a por las manzanas.

Hércules ya se lo veía venir.

—Vale. Pero tendrás que jurar por el río Estigia que volverás.

Atlas soltó una risita.

—No te fíes de mí, ¿eh? No te lo reprocho. Bueno, vale, te juro por el río Estigia que volveré con las manzanas. Pero ¿tú estás seguro de que puedes aguantar el peso del cielo? Eres muy pequeño.

—Pfff.

Hércules se desató la capa de piel de león y la dejó a un lado.

—Pásamelo.

Seguramente ahora estaréis pensando: «Tío, que es el cielo. ¿Cómo puede sostenerse, y mucho menos “pasarse” el cielo? Y si el castigo era tan pesado y doloroso, ¿por qué razón no se limitó Atlas a dejarlo caer y marcharse sin más?».

Pues es que la cosa no funciona así, creedme.

Si Atlas hubiera dejado caer el cielo para fugarse, el cielo se habría estrellado y lo habría aplastado todo, incluso al titán y sus hijas. En cuanto a cómo puede sostenerse... Bueno, si nunca lo habéis hecho, es muy difícil de describir. Imaginaos una peonza de cuarenta millones de toneladas dando vueltas en vuestra espalda, con la punta afilada hundiéndose entre vuestros omoplatos. Es un mal rollo que no veáis, pero tenéis que soportar el peso lo mejor que podáis si no queréis acabar aplastados.

En fin, que Hércules se arrodilló junto a Atlas, y el titán, muy despacito y con mucho cuidado, fue pasando la carga de sus hombros a los de Hércules. El héroe era pequeño, pero no se derrumbó bajo aquel peso.

—Estoy impresionado —confesó Atlas.

—Tú ve a por las manzanas —gruñó Hércules—, que esto pesa.

Atlas soltó una risita.

—Qué me vas a contar. Vuelvo en un pispás.

La idea que Atlas tenía de un pispás no era la misma que la de Hércules. El titán bajó paseando hasta el Jardín de las Hespérides, se pasó un buen rato charlando alegremente con sus hijas, disfrutó de un tranquilo picnic, se pasó otro rato acariciando a Ladón y al final recogió unas cuantas manzanas.

Mientras tanto, Hércules tenía los músculos hechos fosfatina. Le temblaban los brazos y las piernas, y el sudor le picaba en los ojos. El cielo giraba y se le clavaba de tal manera en la espalda que iba a dejarle un buen cardenal. Nuestro héroe nunca se había sentido tan débil. Y no estaba seguro de poder aguantar mucho más.

Hasta que por fin regresó Atlas, silbando.

—¡Gracias, amigo mío! ¡Se me había olvidado lo que se siente al ser libre!

—Genial. Ahora vuelve a coger el cielo.

—Bueno, verás... Yo he jurado regresar con las manzanas, y aquí estoy. Pero lo que no he prometido ha sido aguantar otra vez el cielo y dejarte marchar.

Hércules masculló unas maldiciones que no pueden publicarse.

—Oye, oye —le dijo Atlas—, no seas tan grosero. ¡Si lo estás haciendo genial! Yo ahora me voy a por mis hijas, a reunir un ejército y a destruir el monte Olimpo.

—Vale. —Hércules cedió—. Tú ganas.

—¡Pues claro!

—Pero hazme un último favor antes de irte, anda. Yo ayudé a Prometeo a soportar su castigo. Lo menos que puedes hacer es echarme una manita para soportar el tuyo.

Atlas vaciló.

—¿Qué tienes en mente?

—La punta esta afilada del cielo me está haciendo polvo la espalda.

—¡Qué me vas a contar, colega!

—Necesito un cojín.

—Ya lo sé. Les supliqué a los dioses un cojín de talla grande con relleno extra, pero no me hicieron ni caso.

—Bueno, pues entonces ahora tienes la oportunidad de demostrar que eres más compasivo que los dioses. Aguántame el cielo un momento. Voy a doblar la capa de piel de león para ponérmela en la nuca. Y luego ya cargaré yo con el cielo para siempre. Te lo prometo.

Atlas debería haberse largado de allí riéndose, pero el titán general tenía su corazoncito. No odiaba a los mortales como Hércules. Solo odiaba a los dioses. Y a lo mejor también se sentía un poco culpable por haberle pasado su castigo a un semidiós esmirriado. O igual es que le gustaba la idea de parecer más generoso que Zeus.

—Vale —aceptó—. La verdad es que soy demasiado bueno.

—Eres el mejor —convino Hércules.

Total, que Atlas dejó las manzanas doradas en el suelo, se arrodilló junto al semidiós y Hércules volvió a pasar el peso del cielo a los hombros del titán. El héroe se acercó entonces a las manzanas y las guardó en su capa.

—Gracias, Atlas. Nos vemos.

—¿Qué? —bramó Atlas—. Me has prometido...

—No lo he prometido por el río Estigia. Venga, tío, ¡si ha sido un engaño de manual! Hala, que te diviertas sosteniendo el cielo para siempre.

Cuando ya estaba a ochocientos kilómetros de allí, Hércules aún oía las maldiciones que berreaba Atlas.

¡Llegó el momento de la última hazaña disparatada!

¿Qué, ilusionados? Hércules sí. Estaba más que impaciente por acabar con toda aquella tontería. Igualito que el pobre pardillo que estaba escribiéndolo todo. Uy, esperad... ese soy yo.

Cuando Hércules volvió a Tirinto con las manzanas doradas, vio al gran rey Euristeo pálido, sudoroso y falto de sueño. Llevaba semanas temiendo lo que pasaría cuando Hércules realizara su último trabajo. Una vez que quedara libre, nada le impediría tirarlo al contenedor de basura más cercano y ocupar su puesto como gran rey. ¡El reino entero se iría al infierno!

Solo le quedaba una última oportunidad. Necesitaba dar con una tarea absolutamente imposible que asegurara que Hércules moriría con deshonra y jamás volvería.

Y entonces una idea delirante le vino a la cabeza. «Muerte. No volver nunca. El infierno...».

—¡Último trabajo! —anunció el rey—. Ve al inframundo y tráeme de allí a Cerbero, el perro guardián de Hades.

—Muy gracioso —contestó Hércules—. Venga, ¿cuál es el trabajo de verdad?

—¡Ese! Y no aparezcas con un perro de tres cabezas cualquiera. Quiero al auténtico, al mismísimo Cerbero. ¡A por él!

Eso último lo había dicho por pura maldad, pero Hércules no iba a perder los nervios, con lo cerca que estaba de la línea de meta. Así que dio media vuelta y se marchó.

Primero acudió al templo de Hades en Eleusis a recabar información acerca del inframundo. Luego fue al outlet para perros e hizo buen acopio de huesitos con sabor a beicon.

Según algunas historias, también se tomó algo de tiempo libre y se dedicó a navegar con Jasón y los argonautas. No se lo reprocho. Comparado con invadir el inframundo, realizar un peligroso viaje por mar seguro le parecieron unas vacaciones relajantes.

Pero, bueno, al final Hércules tuvo que templar los nervios, encontrar la

fisura más cercana en la Tierra y bajar a los infiernos. No le fue nada difícil cruzar el río Estigia. El barquero, Caronte, era muy fan suyo y accedió a llevarlo a la otra orilla a cambio de que el héroe le grabara un saludo en el contestador de su iPhone.

Total, que Hércules llegó a las puertas negras del inframundo y allí encontró a Cerbero. Era difícil no verlo, pues se trataba de una bestia infernal gigantesca de tres cabezas, con una serpiente por cola y unos ojos rojos y destellantes.

Por suerte, Hércules tenía mucha mano con los perros. Le ordenó que se sentara. Y Cerbero se sentó. Luego sacó los huesitos con sabor a beicon y lanzó uno para cada cabeza del perrazo. Y Cerbero se volvió loco de contento.

Hércules podría haberlo cogido sin más y haberse marchado con él, pero, de ser posible, quería hacer las cosas con educación. Por eso decidió pedirle permiso a Hades. Sabía que era arriesgado, pero también que era invierno, y eso significaba que Perséfone estaría en el inframundo. Y, siendo hija de Zeus, Perséfone era técnicamente hermanastra de nuestro héroe, con lo cual quizá le daba un poco de cuartelillo. En fin, que pensó que valía la pena intentarlo.

—Ahora vuelvo, chico —le dijo a Cerbero—. No te muevas de aquí.

El perro golpeó su rabo serpiente contra el suelo, lo que provocó a la serpiente un buen dolor de cabeza.

Mientras Hércules atravesaba los Campos de Asfódelos, se encontró por casualidad con Teseo, el héroe de Atenas, que estaba sentado en una roca, paralizado de cuello para abajo. Llevaba años sin poder moverse.

—Ayúdame —le pidió.

Hércules frunció el ceño.

—Tú eres Teseo, ¿verdad que sí? ¿Qué estás haciendo aquí?

—Es una larga historia. A un amigo mío se le ocurrió la idea de bombardear y secuestrar a Perséfone, y yo le seguí la corriente. Mi amigo... bueno, se convirtió en piedra y se desmoronó. Y yo aquí sigo, paralizado. ¿Puedes sacarme?

Hércules intentó tirar de él, pero Teseo parecía tener el culo insertado en la piedra.

—Mmm... Mira, voy a hablar con Hades y Perséfone. A ver qué se puede hacer.

—Gracias, colega. Aquí te espero.

Hércules llegó al palacio de Hades y encontró al rey y la reina jugando al

tragabolas en una mesita colocada entre sus tronos.

—¿Interrumpo algo?

Hades alzó los brazos.

—¡Ah! ¡Está dándome una paliza de muerte!

—El truco está en las muñecas, cariño.

Hades se volvió hacia Hércules.

—No estás muerto. Y tampoco vienes con el carrito de la merienda. ¿Quién eres?

—Soy Hércules, mi señor. He venido porque el gran rey Cagueta de Micenas quiere que le lleve vuestro perro, Cerbero.

Una sonrisa asomó entonces a las comisuras de la boca de Hades.

—Uy, qué divertido. Casi me da la risa.

—Ojalá fuera una broma —contestó Hércules—. Por desgracia, he tenido que cumplir doce tareas disparatadas...

—Sí, sí, lo sabemos todo. A mi mujer le encantan tus gestas.

Perséfone esbozó una sonrisa radiante.

—¡Te sigo desde el principio! Me encantó cómo les cortaste las manos, la nariz y las orejas a los minias esos...

Hércules tuvo que pararse a pensar, porque eso había pasado como, no sé, unas sesenta páginas atrás.

—Sí, eso hice, ¿no?

—¡Y la hidra! ¡Qué emocionante! Estuvimos viendo la pelea en el canal Muerte Inminente.

—¿Muerte Inminente?

—Nos temíamos que tu alma vendría a hacernos una visita. Pero ¡sobreviviste! Estoy orgullosa de que seas mi hermano.

Hades se inclinó hacia él con aire cómplice.

—Esta mujer no habla de otra cosa últimamente. «¿Sabes, Hércules? Pues es mi hermano».

Perséfone le dio una palmada en el brazo a su marido.

—En cualquier caso, estaremos encantados de prestarte a Cerbero, ¿verdad, cariño?

Hades se encogió de hombros.

—Claro. Pero déjalo suelto cuando termines. Ya sabe el camino de regreso a casa.

—Es todo un detalle —dijo Hércules—. Ah, por cierto, hay otro héroe atrapado en los Campos de Asfódelos. Teseo. ¿Os parece bien que lo libere? Está más aburrido que una ostra.

Hades se rascó la frente.

—Anda, ¿Teseo sigue aquí? Sí, claro. Llévatelo.

Así pues, después de firmar unos cuantos autógrafos y dejar con diplomacia que Hades le ganara al tragabolas, Hércules recorrió de nuevo los Campos de Asfódelos, liberó a Teseo y volvió a las puertas del inframundo a buscar a Cerbero.

—Chico, sígueme.

El perro, que olía los huesitos de beicon en los bolsillos de Hércules, meneó el rabo serpiente y fue detrás de él.

Cuando llegaron al mundo superior, Hércules y Teseo se despidieron con un apretón de manos. Hércules le aconsejó que tuviera cuidado, pero el TDAH de Teseo era tan grave que no se enteró de casi nada. Estaba distraído con lo reluciente que era el mundo mortal y se moría por volver a Atenas.

Hércules miró a Cerbero, que entornaba los ojos para protegerse de la luz del sol y gruñía a todos los árboles.

—Vale, colega —le dijo—. Voy a llevarte en brazos, para guardar las apariencias. Tú gruñe y patalea y haz como si te retuviera a la fuerza. Algún día los artistas pintarán un montón de chismes de cerámica con nuestra imagen, y quedaría ridículo que salieras meneando el rabo y pidiendo huesitos.

Cerbero pareció entenderlo. Así que Hércules lo cogió en brazos y lo llevó hasta Tirinto. El perrazo aulló y se debatió como un campeón. Cuando llegaron a la ciudad, todo el mundo se apartaba a su paso. La gente cerraba las casas con llave y se escondía debajo de la cama. Los guardias tiraron las armas y salieron despavoridos.

Hércules irrumpió en el salón del trono.

—¡Euristeo, hazte el muerto!

El gran rey pegó un alarido y se lanzó de cabeza a su vasija de bronce.

Hércules sonrió. Ya tenía ganas de ver otra zambullida en la vasija.

—¡Llévatelo! —chilló el rey—. ¡Llévate a esa bestia del infierno!

—¿Seguro? ¿No quieres inspeccionarle los dientes ni leer el nombre de su placa ni nada?

—¡No! ¡Te creo! Tus trabajos han terminado. Quedas liberado de mi servicio. ¡Vete en paz, por favor!

Hércules no sabía muy bien qué pensar. Llevaba trabajando para el rey ya más de ocho años. Había recorrido el mundo entero varias veces. Durante mucho tiempo había fantaseado con matar a Euristeo una vez que sus trabajos hubieran concluido, pero ahora, mirando aquella vasija temblona junto al trono, sentía al mismo tiempo alivio y lástima, junto con algo más que no experimentaba desde hacía mucho tiempo: felicidad.

Se dirigió a Cerbero:

—Vete a casa, chico. Toma, mis últimos huesitos.

El perro le baboseó la cara con las tres lenguas y salió trotando del salón del trono. Hércules se volvió hacia la vasija.

—Gracias, Euristeo. Me has ayudado a expiar las muertes de mi familia. Me has puesto a prueba de formas que yo jamás hubiera imaginado. Y, lo que es más importante, has hecho que me diera cuenta de que nunca desearía tu puesto. Ser gran rey no es lo mío. Puedes quedarte con el trono. Yo soy mucho más feliz en mi papel de héroe.

Y se largó del palacio sin mirar atrás.

¿Final feliz? Dioses, es lo que uno esperaría después de todo esto, ¿no?

Pues no.

Hércules decidió que quería casarse otra vez y sentar la cabeza. Había oído hablar de una pequeña y remota ciudad llamada Ecalia, gobernada por un rey de nombre Éurito. (Por supuesto que el tío tenía que llamarse Éurito, para que jamás de los jamases pudiera confundirse con Euritión el ranchero, ni con Euristeo el gran rey, ni con *Yuri* el oso ruso ni con cualquier otro que aparezca en esta historia).

En fin, el caso es que el rey Éurito iba a celebrar una competición de tiro con arco. Y el gran premio era su hija Íole, que era muy hermosa. Qué padre más guay, ¿eh? «Oye, cariño, a ti no te importa que te regale como premio en mi competición de tiro, ¿verdad? Será buena publicidad para el reino. Genial. Gracias».

Hércules llegó a la ciudad y ganó el torneo sin esfuerzo, pero Éurito se negó a

entregarle a su hija.

—Mira, Hércules —le dijo—, no es nada personal, pero es que asesinaste a tu última esposa y también a tus hijos. Y se trata de mi hija. No se la puedo dar a alguien como tú.

Es de lo más conmovedor ver que Éurito, de pronto, tenía conciencia, después de decidir entregar a su hija como trofeo, pero mira, oye...

Total, que Hércules podría haber matado al rey, si no fuera porque nuestro héroe se quedó demasiado pasmado. Había visto a Íole, y la verdad es que la chica estaba cañón. Y ya se había imaginado la vida estupenda que pasarían juntos.

—¿Incumples tu palabra? —le preguntó a Éurito—. ¡Te arrepentirás!

Y salió hecho una furia de la ciudad.

Unas semanas más tarde, todo el ganado de Éurito desapareció de pronto. Por supuesto, el rey sospechó de Hércules.

—¡El muy bribón! ¡Voy a atacar su ciudad y la destruiré!

Su hijo, Ífito, que era el único de la familia con dos dedos de frente, levantó una mano.

—Esto... papá. No creo que sea cosa de Hércules. Ya te dije que cumplirías tu promesa y le entregaras a Íole. Creo que lo del ganado desaparecido es sencillamente el castigo de los dioses.

—¡Mentira! —gritó el rey—. ¡Guerra!

—Bueno, además es que... —añadió Ífito— Hércules está viviendo en Tirinto con su primo, el gran rey de Micenas. Su reino es como veinte veces más poderoso que el nuestro. Así que ir a la guerra sería un suicidio.

—Ah.

El rey no soportaba los baños de realidad.

—Bueno, entonces ¿qué sugieres?

—Déjame hablar con Hércules. Voy a aclarar todo esto. Pero si al final resulta que no ha sido él quien ha robado el ganado, deberías entregarle a Íole.

El rey se mostró de acuerdo, de manera que Ífito se fue a ver a Hércules.

El príncipe intentó ser lo más diplomático posible.

—Mira, yo estoy de tu parte. Ya sé que no has robado el ganado de mi padre. Pero quisiera demostrarlo para limpiar tu nombre.

«Limpiar tu nombre».

Hércules estaba que echaba humo. Se sentía avergonzado por haber quedado descalificado en la competición de arco, y también se sentía engañado. Se había pasado ocho años purgando sus culpas, haciendo trabajos absurdos para limpiar su nombre, y en cuanto intentaba rehacer su vida, volvían a echarle a la cara sus antiguos crímenes.

—Ven conmigo —gruñó.

Y se llevó a Ífito a lo alto de las murallas de la ciudad, desde donde le enseñó el paisaje.

—Desde aquí se divisa todo el territorio. ¿Ves tus vacas por alguna parte?

Ífito negó con la cabeza.

—No. No están aquí.

—Pues, hala, ahí lo tienes. Adiós —dijo Hércules, y lo tiró de un empujón por la muralla.

El joven príncipe cayó al vacío gritando por el camino cosas muy poco diplomáticas. Y se mató.

Otro mal paso de Hércules. Pero ¿qué puedo decir? Este es otro ejemplo claro de su famoso problema con el control de la ira. En fin. Al día siguiente los dioses lo castigaron con una enfermedad terrible. Tuvo fiebre, perdió peso, se le cubrió el cuerpo de llagas purulentas que le picaban, y todas las espinillas del universo migraron a su nariz.

—Estupendo...

Temblando y con náuseas, Hércules se envolvió bien en la piel de león y salió de la ciudad dando tumbos, en dirección al Oráculo de Delfos.

A la sibila no le hizo ninguna gracia volver a verlo, y abrió sutilmente su bolso para tener a mano su espray de pimienta en caso de que las cosas se pusieran feas.

—¡Lo siento! —se disculpó Hércules—. He tirado a un inocente desde las murallas de la ciudad y ahora me han salido granos. ¿Qué tengo que hacer para librarme de esta enfermedad? ¿Otros doce trabajos?

—A ver —comenzó nerviosa la sacerdotisa—, tengo una buena noticia. ¡Se acabaron los trabajos! Para poder expiar tu pecado, lo único que tienes que hacer es venderte como esclavo durante tres años. Entrega las ganancias de la venta a la familia de Ífito como indemnización.

Las cosas se pusieron feas.

Hércules enloqueció y empezó a destrozar el santuario. Persiguió al Oráculo por toda la sala, intentando golpearlo con el taburete de tres patas. La sibila gritaba y lo rociaba con su espray de pimienta.

Apolo bajó del monte Olimpo e intervino en la pelea, y Hércules y él se arrearón puñetazos, se tiraron el uno al otro al suelo, se dispararon flechas en el culo... Aquello parecía un debate de Gran Hermano.

Hasta que, por último, Zeus se vio obligado a poner fin a la escena. Un rayo entró en la cueva y cayó justo entre Hércules y Apolo, separándolos de un zambombazo.

—¡Ya está bien! —bramó la voz de Zeus—. ¡Apolo, tranquilo! ¡Hércules, respeta al Oráculo!

Nuestro héroe se calmó, y Apolo y él se estrecharon la mano de mala gana. Hércules ordenó un poco la cueva y accedió a ser vendido como esclavo.

Hermes, el dios del comercio, dirigió la subasta. El ganador fue una reina llamada Onfalia, que gobernaba el reino de Lidia, allá en Asia Menor. Como los gobernantes femeninos eran poco frecuentes en aquel entonces, a Onfalia le iba bien contar con un esbirro como Hércules para hacerse obedecer.

Hércules hizo una pila de recados para ella: luchar en las habituales guerras, hacer limpieza de monstruos, entregar pizzas a domicilio y cometer asesinatos. Uno de los incidentes más famosos fue el de los dos gemelos chiflados llamados «los Cercopes». —Pásalo y Acmón—, que se dedicaban a sembrar el caos por todo el reino. Atracaban a los mercaderes, robaban en los supermercados y gastaban bromas pesadas, como cambiar las señales de las autopistas o sustituir las armas del ejército por pistolas de agua. Básicamente eran un incordio de primera categoría, de manera que Onfalia mandó a Hércules a por ellos.

Y Hércules no tuvo problemas para encontrarlos, pero no le resultó nada fácil atraparlos. Aquellos pequeñajos eran tan escurridizos como las nutrias, y sus dientes, igual de afilados.

Por fin nuestro héroe consiguió atarlos a los dos.

—¡Suéltanos! —chilló Acmón—. Te regalaremos un montón de abalorios.

—Calla —gruñó Hércules.

—¡Te contaremos chistes! —se ofreció Pásalo.

—Vosotros vais a ver a la reina ahora mismo —les advirtió Hércules—. Y no tiene demasiado sentido del humor.

Total, que los amarró al extremo de un palo, colgados cabeza abajo por los tobillos, y se los echó al hombro como si fueran un hatillo de vagabundo. Pero en cuanto se puso en camino, los Cercopes se echaron a reír de inmediato

como locos.

—¡Culo Negro! —exclamó Ac món—. ¡Ay, dioses! ¡Jajajajajaja!

—¡Claaaro! —gritó luego Pásalo—. ¡Mamá tenía razón! ¡Jajajajajaja!

Hércules se detuvo.

—¿De qué os reís tanto, so idiotas?

Los gemelos enanos señalaron el trasero de Hércules. La túnica se le había subido sobre el cinto de la espada, y como los griegos no llevaban ropa interior, Hércules andaba por ahí con el trasero al aire.

—¡Estás tan moreno que tienes el culo negro! —gritó Ac món encantado.

Hércules frunció el ceño.

—¿Os estáis riendo de mi culo?

—¡Sí! —Pásalo incluso tenía lágrimas en los ojos—. Hace años, nuestra madre nos advirtió de una profecía: «¡Cuidado con el Culo Negro!». Entonces no sabíamos qué significaba. Pero ¡ahora ya sí!

—Genial —masculló Hércules—. Pues ahora cerrad el pico.

—¡Culo Negro! ¡Culo Negro!

Los gemelos estuvieron burlándose de él durante kilómetros. Al principio, Hércules iba mosqueado, pero al cabo de un rato aquello se volvió tan ridículo que incluso a él empezó a darle la risa.

Por la noche se detuvieron para cenar. Ya sentados en torno a la hoguera del campamento, los Cercopes le contaron anécdotas graciosas y chistes tontos, hasta que a Hércules le dolió la tripa de tanto reírse. «¿Por qué cruzó la Quimera la carretera?». «¿Cuántos espartanos hacen falta para cambiar una bombilla?». Los enanos se sabían todos los clásicos.

—Vale, vale —dijo Hércules—. Os voy a proponer un trato. Si prometéis no volver a crear problemas nunca más en el reino de Onfalia, os dejo libres. Sois demasiado divertidos para morir.

—¡Hurraaa! —exclamó Ac món—. ¡Somos muy divertidos!

—¡Salve, oh, Culo Negro! —gritó Pásalo.

Así que Hércules los liberó y siguió su camino. Se sintió bastante bien, hasta que descubrió que los Cercopes le habían robado la espada y todo su dinero. Aun así, no pudo evitar soltar una risita. Hacían falta más bromistas en el mundo.

Finalmente, nuestro héroe concluyó sus años de servicio a Onfalia. Ella se ofreció a casarse con él, pero Hércules declinó la oferta con educación. Le era difícil olvidar el hecho de que habían comenzado su relación como ama y esclavo.

Así pues, decidió ir a buscar esposa a otra parte.

Y seguro que ya os imagináis cómo acabó todo.

Hércules estuvo deambulando durante bastante tiempo, matando a bandidos y monstruos aquí y allá, hasta que llegó a la ciudad de Calidón.

A lo mejor os acordáis del sitio por aquella caza del cerdo versión *celebrity*. La familia real había pasado unos años bastante malos. Meleagro y la mayoría de los otros príncipes habían muerto, pero al rey Eneo todavía le quedaba una hermosa hija llamada Deyanira. Hércules y ella se enamoraron a primera vista.

Para cuando sirvieron los postres, Hércules ya se había declarado.

Toda la familia se mostró encantada. Vale que Hércules tenía mala reputación, pero lo mismo les pasaba a los calidonios.

—Solo hay un problema —advirtió el rey—. Deyanira ya está prometida con el dios del río local, Aqueloo. Tuve que prometerle la mano de mi hija para evitar que inundara el territorio.

Hércules se crujió los nudillos. Por primera vez en años sentía que estaba aceptando una tarea que verdaderamente le importaba, y solo porque él quería.

—Ya me encargo yo de ese dios.

Así que se fue a la orilla del río y gritó:

—¡Aqueloo!

El dios surgió de las aguas. De cintura para abajo tenía el cuerpo de un toro. Y de cintura para arriba el de un hombre, pero con unos cuernos que le salían de la frente.

—¿Qué quieres? —preguntó.

—Casarme con Deyanira.

—Es mía.

—Vamos a luchar por ella. El que pierda tiene que prometer no vengarse contra ella, contra su familia ni contra la ciudad.

—De acuerdo —accedió Aqueloo—. No tengo miedo de ningún mortal. Por

cierto, ¿cómo te llamas?

—Hércules.

El dios del río se puso pálido.

—Porras.

Hércules se lanzó contra el hombre toro. Estuvieron peleando durante horas, intentando matarse el uno al otro, pero, por supuesto, Hércules era más fuerte. Le rompió uno de los cuernos y luego le hizo una llave de lucha libre hasta que Aqueloo se rindió.

—Nada de venganzas —advirtió Hércules—. Ese era el trato.

El dios del río frunció el ceño, frotándose el muñón del cuerno roto.

—Tranquilo, yo no voy a vengarme. No me va a hacer falta. Tu matrimonio acabará en desastre. Deyanira habría estado mucho mejor conmigo.

—Ya, lo que tú digas.

Hércules volvió triunfante a Calidón, y el cuerno de Aqueloo se convirtió en una cornucopia, capaz de arrojar toda clase de alimentos, bebidas y aperitivos sin gluten. Hércules se lo ofreció a los dioses en honor a su matrimonio, y durante unas semanas Deyanira y él fueron felices y comieron perdices... Hasta que Hércules volvió a fastidiarla.

Una noche estaban cenando en el salón del trono, como de costumbre, cuando un criado vertió sin querer agua fría sobre las manos de Hércules.

—¡Aaah! —gritó.

Y sin ver quién la había derramado, Hércules lanzó un manotazo de revés que mandó al chico volando por la sala y lo mató al instante.

Aquello estropeó un poco la velada. Hércules estaba avergonzado, sobre todo porque el chaval era pariente del rey. Los nobles se dieron cuenta de que la muerte había sido un accidente y el padre del chico perdonó a nuestro héroe. Pero Hércules seguía sintiéndose fatal, de manera que decidió abandonar la ciudad, puesto que el exilio era el castigo habitual por homicidio. El rey Eneo no protestó demasiado. Empezaba a tener la impresión de que Hércules era una bomba de relojería con patas.

De manera que Hércules y Deyanira se encaminaron a la ciudad de Traquinia. Él había oído que el rey de allí estaba buscando un nuevo general, y le parecía un lugar tan bueno como cualquier otro para volver a empezar (como por vigésima vez o así, ¿no? He perdido la cuenta).

A lo largo del camino se encontraron con un ancho río que no era nada fácil de vadear. Los dos estuvieron andando por la orilla buscando un puente o

algún lugar poco profundo para poder atravesarlo, pero no dieron con nada.

—Yo puedo cruzar nadando —se ofreció entonces Hércules—. Y tú puedes agarrarte a mi cuello.

—Cariño, este es mi mejor vestido —protestó Deyanira—. Todo lo que poseo está en esta bolsa. Si nadamos, van a estropearse muchas cosas.

De pronto, se oyó una voz en el bosque:

—¡Yo puedo ayudar!

Y salió un centauro. Mostraba una sonrisa amistosa y una barba bien cuidada, lo cual era una buena señal en un centauro.

—Me llamo Neso. Me dedico a cruzar el río con viajeros sobre el lomo a todas horas. Solo tenéis que pagarme lo que os parezca justo.

—¡Ay, Hércules! —exclamó Deyanira—. ¡Eso es perfecto!

Sin embargo, Hércules no lo tenía tan claro. Ya había tratado con muchos centauros, y algunos eran muy majos, como el viejo Folo, que había compartido su vino con él. Pero otros no lo eran tanto.

—Podéis fiaros de mí —prometió Neso—. Los dioses me han otorgado este trabajo por mi gran reputación. Todas las reseñas que tengo en Tripadvisor son de cinco estrellas. ¡Buscadme y veréis!

Hércules aún recelaba, pero Deyanira suplicó y lo de las reseñas del centauro en Tripadvisor sonaba muy impresionante.

—Bueno, vale. Cruza primero con mi esposa. Pero ¡ten cuidado! Si haces un buen trabajo, te pagaré bien.

—¡Tú mandas, jefe!

Total, que Deyanira subió a lomos del centauro y Neso se lanzó al agua.

Por desgracia, lo de la reputación de Neso era mentira, y las reseñas de Tripadvisor eran más bien: «Muy decepcionado». «Una atención al cliente espantosa». «No volveré a utilizar este centauro».

Cuando llegó a la otra orilla, Neso echó a correr y Deyanira tuvo que agarrarse muy fuerte para no caerse y hacerse daño.

—¡Ahora eres mía! —gritó Neso—. ¡Ella sí que es un buen pago!

Deyanira empezó a gritar. Y Hércules, al otro lado del río, cogió su arco. El centauro no era más que un borrón entre los árboles, y el tiro habría sido imposible para la mayoría de los héroes. Si fallaba, podía matar sin querer a su esposa. Aun así, apuntó y lanzó la flecha. El proyectil alcanzó a Neso justo

en el pecho y le atravesó el corazón. El centauro tropezó y se desplomó, y Deyanira cayó al suelo y no se sabe cómo no se partió la crisma.

Justo delante de ella, el centauro boqueaba y de su pecho manaba sangre.

—Acércate, niña —resolló.

—N... no, gracias —dijo Deyanira.

—Siento haberte raptado. Es que eres tan hermosa... Escucha, antes de que llegue tu marido... T... tengo un regalo para ti, a modo de disculpa. La sangre de centauro es una poción de amor muy poderosa. Llévate un poco de la mía. Así... si algún día te preocupa que tu esposo vaya a dejarte, ponle unas gotas de sangre en la ropa. En cuanto mi sangre le toque la piel, recordará su amor por ti y olvidará a las demás mujeres.

—Estás mintiendo —dijo ella.

Neso abrió la boca, pero no dijo nada. Murió con los ojos vidriosos fijos en ella.

—¿Deyanira? —se oyó la voz de Hércules, que la llamaba entre los árboles.

La joven dio un respingo. Rebuscó con rapidez en su bolsa hasta encontrar un viejo frasquito de perfume y, con cuidado de no tocar la sangre del centauro, dejó que unas gotas cayeran en el recipiente. Luego lo cerró y volvió a guardarlo en su bolsa justo cuando Hércules aparecía.

—¿Estás bien? —le preguntó.

—S... sí, gracias.

—Estúpido centauro... ¿Te ha hecho daño?

—No. Vamos a olvidarlo. Deberíamos... deberíamos seguir camino.

No volvieron a mencionar aquel incidente. Cuando llegaron a la ciudad de Traquinia, Hércules consiguió trabajo como el nuevo general del rey. Ganó un hartón de guerras. Y durante un tiempo, una vez más, la vida les fue bien.

Pero Deyanira empezó a oír rumores... rumores de que su esposo no siempre le era fiel cuando estaba en sus campañas militares, que a veces tomaba mujeres como botín de guerra y no las usaba precisamente como doncellas o cocineras personales.

Así que a Deyanira le entró miedo de que su marido la abandonara. No se fiaba de lo que le había dicho el centauro Neso, pero es que cada vez estaba más desesperada... Y la gota que colmó el vaso fue que Hércules se marchara a hacer la guerra contra la ciudad de Ecalia, donde el rey Éurito había celebrado la competición de tiro con arco y luego lo había humillado.

El héroe todavía le guardaba mucho rencor al rey, de manera que estuvo encantado de destruir la ciudad y esclavizar a sus gentes. Se llevó a la princesa Íole como criada personal y la mandó de vuelta a Traquinia cargada de cadenas, junto con otros despojos de guerra.

El cargamento llegó con un mensaje para Deyanira:

Hola, preciosa:

Vamos ya de vuelta con el ejército. Mientras tanto, encárgate de esta chica nueva que he capturado. Cuando vuelva organizaré una gran ceremonia. ¿Puedes tener limpia mi mejor camisa?

Besos,

Hércules

Cuando Deyanira leyó la nota, se le cruzaron los cables. Resulta que la mejor camisa de Hércules era la de su boda. Y Deyanira sabía perfectamente quién era Íole: la chica con la que había intentado casarse antes de hacerlo con ella. Al ver a Íole, que todavía era joven y hermosa, Deyanira no tuvo duda de lo que iba a ser aquella «ceremonia». Hércules planeaba divorciarse de ella y casarse con la otra.

Presa del pánico, Deyanira se puso a buscar entre sus cosas el viejo vial con la sangre de Neso, y manchó con ella el interior de la camisa de Hércules. La sangre se secó y se volvió invisible de inmediato.

«Ya está —se dijo—. Cuando Hércules se la ponga, se acordará de que me ama».

Unos días más tarde, Hércules llegó a casa con el ejército, se puso la camisa nupcial, agarró a Íole y le dijo:

—¡Venga, que nos vamos al templo! Deyanira, luego vuelvo.

Pero Hércules no planeaba una boda. Solo quería dedicar a Zeus el botín de guerra, incluida su nueva esclava. Y justo en mitad de la ceremonia, cuando estaba rezándole al dios, nuestro héroe empezó a oler a quemado.

—¡Tío! —gritó Yolao, que aún hacía de lugarteniente de Hércules—. ¡Estás echando humo!

La sangre del centauro no era una pócima de amor. Era el peor veneno del mundo, como una combinación de cianuro y ácido sulfúrico. La piel de Hércules se llenó de ampollas y se quemó. Un dolor extremo le recorrió todo el cuerpo. El héroe intentó quitarse la camisa entre gritos, pero se le había pegado a la piel y esta salía arrancada con la tela. (Uy, perdón: ¡ojo, salvajada!).

—Me muero —dijo Hércules, subiendo a rastras por los escalones hasta el

altar—. Yolao, necesito un último favor.

—¡No puedes morir! —exclamó Yolao.

Pero era evidente que Hércules estaba a punto de estirar la pata. El dolor lo atenazaba. Perdía sangre y olía a bicho muerto calentado al microondas.

—Por favor, hazme una pira funeraria. Haz que muera con algo de dignidad.

Todo el mundo lloró y gimió, porque Hércules había ganado para ellos un montón de batallas. Bajo la dirección de Yolao, hicieron una pira gigantesca a la que el héroe subió por su propio pie.

—Adiós. Decidle a mi esposa que la amo.

Se encendieron los fuegos y la más grande de todas las leyendas estalló en llamas.

Cuando Deyanira se enteró y se dio cuenta de que había matado a su esposo, se quedó tan horrorizada que se ahorcó.

En el monte Olimpo, Zeus miraba a su hijo agonizante, y anunció a los otros dioses:

—Ese de ahí abajo es mi chaval. ¡Ha hecho más y ha sufrido más que cualquier otro héroe! Voy a convertirlo en dios. ¿Alguna objeción?

Fulminó a Hera con la mirada, pero la reina del cielo no dijo nada. Tenía que admitir que Hércules había sufrido. Todo lo que ella había maquinado para amargarle la vida solo había logrado hacerlo más fuerte y más famoso. Hera sabía reconocer una derrota.

De manera que el espíritu de Hércules ascendió al Olimpo, se hizo inmortal y se convirtió en el guardián de la entrada. Con Hércules de gorila en la puerta del Olimpo, ya no había que temer que se colasen intrusos. Se casó con Hebe, la diosa de la juventud, y por fin disfrutó de un poco de paz y tranquilidad. Fue adorado como un dios por los griegos, los romanos y los productores de películas de serie B.

En lo que a mí respecta, a cualquiera que haya conseguido terminar de leer este capítulo también deberían hacerlo inmortal como recompensa por tanto dolor y sufrimiento, pero los olímpicos no me han preguntado mi opinión.

La única recompensa que puedo ofrecer es la de presentaros al último héroe: un tipo que a mí, personalmente, me cae superbién. Se llama igual que un amigo mío. Y, además, según mi modo de ver, cualquiera que emprenda un viaje peligroso para recuperar una alfombra de piel de oveja mola.

Nos vamos de crucero con Jasón.

## Jasón encuentra una alfombra

que une a todo el reino

La historia empieza... pues de forma típica: chico conoce nube. Chico y nube tienen hijos. Chico se divorcia de nube. Chico vuelve a casarse. La malvada madrastra intenta sacrificar a los hijos de la nube. Los niños se escapan en un carnero mágico volador.

Ya sé, ya sé que lo habréis oído un millón de veces, pero dadme tiempo.

El chico en cuestión era Atamante. Gobernaba una ciudad llamada Beocia, en una parte de la Grecia central conocida como Tesalia. Cuando era joven, Atamante se enamoró perdidamente de Néfele, que era una ninfa de las nubes, y se casaron. Lo cual estuvo bien, porque la gente ya empezaba a preguntarse por qué Atamante andaba todo el santo día con una nube sobre la cabeza. Así que en cuanto su relación fue cosa sabida, empezaron a decir: «Ah, no es que esté deprimido. Es que es su esposa».

El rey y la nube tuvieron dos hijos: una niña llamada Hele y un niño al que pusieron Frixo. Y ya estamos otra vez con los nombrecitos... ¡A quién se le ocurre llamar a su hija Hele! Si su apellido hubiera sido Fonte, la gente habría podido preguntar: «¿Aquella es la Fonte?». Y alguien podría haber contestado: «Ah, sí, es la Hele Fonte».

Y el nombre del chico no es que fuera mucho mejor. «Frixo» significa «rizado». Por lo menos no lo llamaron Romualdo ni Bartolo.

Al final, Atamante y Néfele se divorciaron. A lo mejor es que el frente nuboso sobre Beocia finalmente se trasladó, y Néfele tuvo que irse a trabajar a otra parte... La cuestión es que Atamante no perdió tiempo en buscarse una segunda esposa: una princesa mortal llamada Ino.

Ino era un verdadero encanto. En cuanto tuvo descendencia con Atamante, decidió que Hele y Frixo tenían que morir para que sus propios hijos heredaran el reino. Ahora bien, incluso en la Antigua Grecia hacía falta una buena excusa para matar a tus hijastros, de manera que Ino se inventó una.

En aquella época, las mujeres griegas se encargaban de casi todas las labores del campo, porque los hombres se pasaban el día entero matándose unos a otros en las batallas. Como la reina Ino estaba al cargo de las cosechas, cogió todas las semillas para ese año y en secreto las tostó en un horno enorme y las dejó inservibles. Repartió las semillas entre las mujeres beocias y les dijo que empezaran a plantar. Y, mira tú qué sorpresa, allí no creció nada. Llegó el momento de la cosecha y no había cosecha alguna que recoger, lo cual era bastante malo, puesto que significaba que no habría pan, ni galletas, ni pasteles ni Oreos durante todo un año.

—Jo —le dijo Ino a su esposo—. ¿Qué habrá podido pasar? Más nos vale que enviemos algunos mensajeros al Oráculo de Delfos para enterarnos de cómo hemos disgustado a los dioses.

Atamante se mostró de acuerdo. Cuando los mensajeros llegaron a Delfos, el Oráculo les dijo la verdad: «La reina Ino es una rata y una mentirosa que está dispuesta a dejar que el reino entero muera de hambre con tal de salirse con la suya».

Los mensajeros volvieron a Beocia, pero la reina Ino se aseguró de ser la primera en encontrarse con ellos. Les ofreció un buen soborno, amenazó luego a sus familias y les recordó lo espantosa que era la mazmorra real. Cuando los mensajeros se presentaron ante el rey Atamante, dijeron lo que la reina les había ordenado decir:

—¡Los dioses están furiosos! —informó el líder del grupo—. El Oráculo ha dicho que la única manera de recuperar las cosechas es sacrificar a vuestros dos hijos mayores, Hele y Frixo.

La reina Ino lanzó una exclamación.

—¡Qué pena! Voy a por los cuchillos.

Atamante se quedó hecho polvo, pero sabía que uno no puede discutir con el Oráculo de Delfos, de manera que permitió que llevaran a sus hijos al altar de sacrificios que había junto al mar, donde la reina Ino estaba afilando su juego de cuchillos de Masterchef.

Mientras tanto, en el cielo, Néfele oyó como sus hijos lloraban pidiendo ayuda. Al ser una nube, era una criatura dulce y no violenta que no sabía nada de rescatar rehenes. Pero sí tenía un amigo que podría ayudarla, y fue a pedirle el favor.

Durante los últimos cien años o así, un carnero con alas y vellón de oro había estado revoloteando por Grecia sin ton ni son. Se llamaba Crisómalo, y era el producto de un encuentro un poco raro entre una princesa mortal llamada Teófane y mi padre, Poseidón. Ya conté la historia en *Los dioses griegos*, así que, por favor, no me pidáis que la cuente otra vez. Francamente, es de vergüenza.

En fin, el caso es que Crisómalo iba siempre volando por Grecia de aquí para allá, pero era muy raro verlo: como las estrellas fugaces, los arcoíris dobles o a los famosos por la calle. Los griegos lo adoraban, porque, a ver, colegas, ¡un carnero de oro que además vuela! Lo consideraban un buen augurio. Cada vez que aparecía en alguna ciudad, el rey de allí solía decir: «¿Lo veis? ¡Estoy haciendo un gran trabajo! ¡Superborrego me apoya!». Según la leyenda, si Crisómalo se quedaba en un país durante un tiempo, las cosechas crecían más deprisa, la gente se curaba de todas las enfermedades y la señal wi-fi mejoraba como en un quinientos por ciento.

Crisómalo y Néfele eran viejos amigos; por eso cuando la nube le contó

llorando que sus hijos estaban a punto de ser sacrificados en filetes, el carnero de oro la calmó:

—No te preocupes. ¡Yo me encargo!

Bajó en picado del cielo y tiró a la reina Ino al suelo.

—¡Subid, chavales! —exclamó, con una voz muy masculina, muy de carnero.

Frixo y Hele montaron como pudieron a su lomo y allá que se fueron los tres volando.

Crisómalo imaginó que no estarían a salvo en ningún rincón de Grecia. Y si los griegos estaban dispuestos a falsificar profecías y sacrificar a sus hijos, no se merecían cosas guais como niños o carneros voladores. Así que decidió llevarse a Frixo y Hele lo más lejos posible para que pudieran comenzar una nueva vida.

—¡Agarraos bien, chicos! —les advirtió—. Hay muchas turbulencias sobre esta zona del mar y...

—¡Aaaaaaaaahhh! —gritó Hele, que como no era de las que prestan mucha atención, resbaló del lomo del carnero, se cayó y se mató.

—¡Maldita sea! —exclamó Crisómalo—. ¡Os he dicho que os agarrarais!

Después de eso, Frixo hundió las manos en el vellón del carnero, dispuesto a no soltarse por nada del mundo. El lugar donde Hele murió era un canal de agua estrecho entre el mar Egeo y el mar Negro, y desde entonces fue llamado Helesponto, supongo que porque no habría sido muy políticamente correcto ponerle Helestúpida.

El carnero voló lejos, hasta la Cólquida, que estaba en la orilla oriental del mar Negro. Según opinaban los griegos, no se podía ir más lejos sin salirse del mundo conocido. Más allá de la Cólquida, todo eran dragones y monstruos y China y cosas así.

El rey de la Cólquida era un tal Eetes, que recibió a Frixo con los brazos abiertos, más que nada porque el chico llevaba un carnero volador de lo más molón.

Una vez que Crisómalo se aseguró de que el chaval estaría a salvo, le dijo:

—Ahora tendrás que sacrificarme.

—¡Qué! —exclamó Frixo—. Pero ¡si me has salvado la vida!

—No pasa nada —le aseguró el carnero—. Tenemos que dar las gracias a Zeus por tu escapada. Mi espíritu va a convertirse en una constelación. ¡Siempre he querido ser un conjunto de estrellas! Además, mi Vellocino de Oro seguirá siendo mágico y hará de este reino un lugar seguro y próspero durante años.

¡Encantado de haberte conocido, ricitos!

Con lágrimas en los ojos, Frixo mató al carnero y el espíritu de Crisómalo se convirtió en la constelación de Aries. El rey Eetes cogió el Vellochino de Oro y lo clavó a un árbol en el bosquecillo sagrado de Ares, donde un fiero dragón lo protegía las veinticuatro horas del día, domingos incluidos.

Frixo se estableció allí, se casó con la hija mayor del rey y tuvo un montón de críos. La Cólquida se hizo rica y poderosa. Los griegos se quedaron con el chasco de haber perdido el apoyo de Superborrego.

Pasados los años, el Vellochino de Oro se convirtió en leyenda. Y cada tanto tiempo, algún rey griego decía: «¡Oye! ¡Debería ir a la Cólquida a recuperar el Vellochino! ¡Eso demostraría que cuento con la bendición de los dioses!». Pero es que nadie sabía muy bien dónde quedaba la Cólquida ni cómo llegar. Unos cuantos héroes valientes lo intentaron, pero sus barcos jamás volvieron.

Hasta que... ¡chan chan chaaan!

Pasamos para delante una generación, al momento en que Jasón perdió una sandalia y se hizo importante que lo flipas.

Prácticamente todos los reyes de Tesalia estaban emparentados con Atamante de alguna manera. Todos se sentían fatal por haber perdido el Vellochino de Oro. Y cada uno de ellos habría dado cualquier cosa por recuperarlo, pero ninguno tenía los recursos necesarios para organizar una expedición de ese calibre. Qué demonios, la mayoría no eran capaces siquiera de mantener a una familia como dioses mandan.

Mirad, por ejemplo, el rey Creteo. Gobernaba una pequeña ciudad llamada Yolco, pero en su vida no dejaban de acumularse los problemas. Había criado a Tiro, su sobrina huérfana, que era muy maja y todo eso, pero de quien Sidero, la esposa de Creteo, estaba supercelosa porque era muy joven y muy guapa.

Cuando Tiro rondaba los diecisiete años, llamó la atención de Poseidón. Y las cosas se complicaron. Tiro acabó siendo madre soltera adolescente con dos niños semidioses. Al mayor lo llamó Pelias, que significa «marca de nacimiento», puesto que lo primero que le vio cuando nació fue la mancha roja que tenía bajo el ojo derecho. Supongo que aún podría haber sido peor. Podría haberle puesto «Ojo de Ciruela» o «Cara Sucia». Pero, bueno, el caso es que cuando la reina Sidero se enteró de que Tiro había tenido dos hijos con Poseidón, puso el grito en el cielo.

—¡Sí, vamos, como que van a ser hijos del dios! ¡Eso no se lo cree nadie! ¡Seguro que mi esposo está teniendo una aventura con la lagartona esa!

Tiro era la sobrina del rey, así que habría sido asqueroso, pero estamos hablando de la Antigua Grecia... Y si os parece que esto es lo más repugnante que habéis leído, deberíais volver atrás unos cuantos capítulos.

Pero, claro, Sidero no podía matar a la chica así sin más. El rey no lo permitiría. Por eso la reina hizo todo lo que pudo por amargarle la vida a Tiro. Como ella no había podido tener hijos, le arrebató a los suyos y los crio como si fueran de ella. Le prohibió decirles a los niños quién era su madre verdadera. Luego la puso a trabajar en los establos y buscaba cualquier excusa para darle una paliza o pegarle latigazos alegando mal comportamiento.

De manera que, sí, ya veis que tenían una relación muy sana.

Por fin, cuando Pelias alcanzó la adolescencia, averiguó la verdad. Se dio cuenta de cómo había estado tratando su madrastra Sidero a su mamá auténtica todos aquellos años, y se puso hecho una furia. Sacó la espada y persiguió a Sidero por todo el palacio. Nadie intentó detenerlo, probablemente porque Pelias era hijo de Poseidón y los hijos de Poseidón podemos dar bastante miedo cuando queremos. Además, a nadie le caía bien la reina.

En fin, que Sidero se refugió en el altar de Hera, se arrojó a los pies de la estatua de la diosa y gritó:

—¡Hera, protégame!

La diosa de las esposas y las madres no supo muy bien qué hacer, puesto que Sidero no era precisamente la encarnación de las virtudes maternas. Al final resultó que Hera no tuvo que hacer nada, porque mientras se lo pensaba, Pelias irrumpió en el santuario y mató a Sidero, dejando perdido de sangre aquel altar tan bonito.

A la diosa la verdad es que Sidero le daba igual, pero ¡cómo se atrevía nadie a profanar su santuario! Desde ese momento, odió a Pelias y empezó a maquinarse maneras de vengarse de él.

Una vez muerta la reina, el viejo rey Creteo se dijo: «¿Qué diablos? ¡Si Sidero tenía miedo de que me casara con Tiro, igual debería hacerlo!».

Total, que convirtió a Tiro en su nueva reina. Tuvieron un montón de críos. El mayor era un niño llamado Esón (o sea, casi como Jasón, pero sin tanto jaja).

Y aquí es donde la cosa se lía. ¿Ahora quién se suponía que iba a heredar el trono a la muerte de Creteo? Su hijo mayor, Pelias, ni siquiera estaba emparentado con él, puesto que era hijo de Tiro y Poseidón. Vale que Creteo lo había adoptado, pero la mayoría de la gente consideraba a Esón el heredero auténtico.

Y el rey, encima, no colaboró precisamente para solucionar el embrollo, puesto que no dejó ni testamento ni nada. Cuando murió de sopetón, Pelias se encargó del asunto en persona: se declaró rey y empezó a matar a todos sus hermanos y hermanas para que no pudieran reclamarle el trono.

Pero Esón se las apañó para escapar.

A lo mejor fingió su propia muerte o se metió en el programa de protección de testigos. O igual es que Pelias contó mal los nombres de su lista y pensó que se los había cargado ya a todos. Es fácil perder la cuenta habiendo tantos hermanos a los que matar.

En fin, el caso es que Esón se escondió en el campo y se casó con una chica que se llamaba Polímedes, y con ella tuvo un hijo al que pusieron Jasón. Ya sé lo que estaréis pensando: «Hemos tardado ocho páginas en llegar al protagonista de la historia». Sí, la culpa es de los griegos antiguos, que siempre lo complicaban todo.

Para mantener a su hijo a salvo y su identidad secreta, Esón y Polímedes enviaron a Jasón a los bosques a entrenarse con el centauro Quirón. Quirón se pasó años enseñándole todos los trucos del oficio de héroe y explicándole que si el mundo fuera un lugar mejor, podría haberse convertido de mayor, por derecho propio, en el rey de Yolco.

Mientras tanto, en la ciudad, Pelias se estableció y formó también una familia. Su primer hijo se llamó Acasto, y cuando cumplió dieciséis años, el rey decidió celebrarlo. Anunció un gran festival con competiciones deportivas, premios fabulosos y sacrificios en honor de Poseidón, que era (cómo no) su dios favorito.

Se ordenó que los jóvenes de todo el país llevaran ofrendas y regalos de cumpleaños para la fiesta de Yolco. Y Jasón, casualmente, había ido a visitar a sus padres cuando le llegó la invitación.

—¿Competiciones deportivas? —Jasón hinchó el pecho—. ¡Es mi oportunidad de conseguir fama y gloria! ¡Tengo que ir!

—Hijo —le advirtió Esón—, como Pelias se dé cuenta de quién eres...

—No te preocupes por eso, papá. No me ha visto nunca. ¿Cómo iba a reconocermé?

Pues resulta que Pelias lo reconoció por el calzado.

Como ocurre con todos los reyes malvados, el mayor miedo de Pelias era perder su trono. Una vez que hubo matado a todos los miembros de su familia a los que pudo echarles el guante, consultó con el Oráculo de Delfos a fin de asegurarse de que estaba a salvo.

—Así que ya no hay problema, ¿no? —le preguntó al Oráculo—. ¿Me quedo con el trono?

—Todavía existe una amenaza —le advirtió la sibila—. ¡Cuidado con el hombre que solo lleva una sandalia!

A Pelias empezaron a temblarle las manos.

—¿Qué quieres decir? ¿Por qué iba a llevar solo una sandalia? ¿Y con eso va a

dar miedo? ¿Es una metáfora? ¡No lo entiendo!

—Gracias por tu ofrenda y que...

—¡No lo digas!

Pelias se marchó antes de que el Oráculo pudiera desearle un buen día. Temía que, de haberlo oído, la hubiera matado.

Años más tarde, cuando llegó el momento del gran festival, Pelias casi se había olvidado de la profecía. Se lo estaba pasando de miedo. Todo parecía ir bien. Casi había superado su necesidad compulsiva de mirar los pies de la gente o gritarles a los embajadores que vestían túnicas largas:

—¿Cuántas sandalias lleváis?

El día del festival, muy temprano, Jasón iba por el bosque de camino a la ciudad. Llegó a un ancho río y vio a una anciana con un vestido hecho harapos, que se retorció las manos en la orilla.

—Vaya por dioses —decía—, ¿cómo voy a poder atravesar este río?

Jasón no era tonto. Sabía que las ancianas no suelen estar solas en la orilla de un río planteándose cómo cruzarlo. Por lo general enviaban a otros a que les hicieran los recados, o viajaban en grupos de ancianas, por seguridad. De manera que Jasón se imaginó que sería una diosa disfrazada. Quirón le había contado historias parecidas. Por eso el chico decidió seguirle la corriente.

—¡Yo te ayudaré, señora! —dijo, con una educada reverencia.

La vieja le dedicó una sonrisa desdentada.

—¡Qué buenos modales! ¡Qué caballero! Pero es que peso mucho. ¿Estás seguro de que podrás conmigo?

—Claro. Hago mucho ejercicio.

Total, que se subió a la vieja a la espalda y se metió en el agua. La corriente era fría y rápida, y mientras Jasón andaba a trompicones como podía, la anciana iba canturreando «rema, rema, marinero...», lo cual resultaba bastante irritante. Pero el joven pensó que debía de formar parte de la prueba. A medio camino del río, nuestro héroe hundió el pie en el lodo, y cuando lo sacó, la sandalia se le había quedado pegada al emplasto. Bajó la vista para buscarla, pero no vio manera de poder recuperarla, y mucho menos con la anciana montada a su espalda.

—¿Va todo bien, guapo? —le preguntó ella.

—Sí, sí. No pasa nada.

Jasón la transportó hasta la otra orilla y la dejó en el suelo.

—¿Puedo ayudarte con alguna otra cosa?

La anciana se fijó entonces en sus pies.

—¡Vaya! Has perdido una sandalia por mi culpa.

—No te preocupes. Puedo ir a la pata coja el resto del camino hasta Yolco.

—Eres un joven prometedor.

La forma de la anciana empezó a cambiar, y de repente se convirtió en la diosa Hera, con una corona de oro, un vestido blanco y un cinturón de plumas de pavo real.

—Soy Hera, la reina del cielo.

—¡Lo sabía! —Jasón se controló—. Quiero decir... ¡Vamos, no tenía ni idea!

—Tú me has ayudado, así que ahora te ayudaré yo a ti. Ve a Yolco y reclama tu derecho legítimo al trono.

—¿Lo dices porque odias a Pelias? Quirón me contó la historia del asesinato que cometió en el santuario.

—Bueno, sí, odio a Pelias. Pero también pienso que serías un buen rey. ¡De verdad!

—¿Pelias no intentará matarme?

—No durante su gran festival, ante la mirada de cientos de personas. Le daría muy mala prensa. Debes embaucarlo para que haga un trato en público. Cuando le reveles tu verdadera identidad, pídele que te asigne una tarea imposible para demostrar que eres digno de ser rey. Él dirá que sí, porque pensará que fracasará y morirá. Pero con mi ayuda, triunfarás. ¡Y entonces serás rey!

—Una tarea imposible... algo que demuestre que soy digno de ser rey...

—Sí. —Hera sonrió sagazmente—. Irás a buscar...

—¡El Vellochino de Oro! —Jasón se puso entonces a dar saltos—. ¡Voy a recuperar el Vellochino de Oro!

Hera suspiró.

—Iba a decirlo yo.

—Ah, perdón.

—Me has estropeado un poco el momento, pero, en fin. ¡Ve, Jasón! ¡Demuestra que eres un gran héroe!

Y Hera se esfumó en un estallido de luz de color pavo real, y Jasón se fue saltando con ansia a la pata coja.

Cuando llegó a la ciudad, todo el mundo advirtió que solo llevaba una sandalia. ¿Por qué Jasón no se quitó la otra y siguió adelante descalzo? Supongo que pensaría que una sandalia era mejor que ninguna. Además, el calzado era caro en aquel entonces. Los ciudadanos se burlaron de él viendo como saltaba a la pata coja sobre el pavimento caliente y pedía indicaciones para llegar al festival. Pero a Jasón no le importaba. Estaba demasiado entusiasmado. Era la primera vez que iba a una gran ciudad (¡Yolco tenía como mil habitantes!). Cuando por fin encontró la taquilla para inscribirse en las competiciones deportivas, se apuntó a todas.

Nadie había oído hablar de él, de manera que en la primera prueba el presentador decidió divertirse un poco a su costa:

—¡Y ahora, Jasón! ¡El hombre con un pie descalzo!

El rey Pelias casi se cayó del trono.

La multitud estalló en risas y abucheos mientras Jasón daba un paso al frente. El héroe puso una flecha en el arco, dio en el centro de la diana tres veces seguidas y ganó con gran diferencia la competición de tiro.

«No es más que una coincidencia —se dijo Pelias—. La gente pierde las sandalias cada dos por tres. No significa nada».

A continuación, Jasón ganó la competición de lucha libre. Y la de tiro con jabalina. Y la de lanzamiento de disco. Y el concurso de bordado a mano. Y el de comer pasteles. Ganó incluso la carrera de cincuenta metros, a pesar de que carecía del calzado apropiado.

El público ahora coreaba:

—¡Pie descalzo! ¡Pie descalzo! ¡Pie descalzo!

Pero ya no se burlaban de él, sino que lo elogiaban.

En la ceremonia de la entrega de premios, todo el mundo se apiñó para ver cómo Jasón recogía su botín. Era costumbre que el rey le preguntara al ganador qué deseaba como gran premio.

Pelias odió esa costumbre. Había organizado aquel festival para su hijo, Acasto, y la gloria de Poseidón. Y ahora todo el protagonismo se lo llevaba un chico de campo con una sola sandalia y unas habilidades alucinantes.

—¡Bueno, jovencito! —le dijo el rey—. ¿Qué deseas como premio? ¿Otra sandalia, tal vez?

Nadie se rio.

Jasón se inclinó ante él.

—Rey Pelias, soy Jasón, hijo de Esón, legítimo rey de Yolco. Me gustaría recuperar mi trono, por favor. Gracias.

La multitud guardó silencio, porque aquello era verdaderamente mucho pedir. Cuando se fijaron mejor en el chico, sí advirtieron cierto parecido con Pelias. Solo que Jasón no tenía una marca roja de nacimiento bajo el ojo y su rostro no estaba siempre desencajado de rabia.

El rey intentó sonreír, pero más bien parecía que alguien le estuviera arrancando un clavo del culo.

—Jasón, vamos a pensarlo bien. Ponte en mi lugar. Un joven que no conoces de nada aparece de pronto de quién sabe dónde. Afirma ser tu sobrino, pero no ofrece prueba alguna. Se limita a exigir el trono. ¿Tú qué harías?

Jasón fue a contestar, pero Pelias alzó una mano.

—Y hay más —prosiguió—. Hace años acudí al Oráculo de Delfos. Una profecía me advirtió de que algún día un hombre con una sola sandalia intentaría arrebatarme el trono y matarme. A ver, eso es traición, ¿no? ¡Podría desestabilizar el reino entero! Así que te lo vuelvo a preguntar: si tú estuvieras en mi lugar, frente a ese hombre con una sola sandalia, ¿qué harías?

Jasón sabía la respuesta que el rey esperaba: «Seguramente lo mataría».

Y entonces Pelias tendría su justificación para ejecutarlo.

Pero el chico se acordó de la conversación que había mantenido con Hera.

—Tío Pelias, planteas una buena cuestión. Yo tendría que asegurarme de que esa persona es de verdad el rey legítimo. Le daría la ocasión de demostrar su valía asignándole una tarea imposible, algo que solo el más grande de los héroes pudiera lograr. Y si lo consiguiera, entonces, y solo entonces, le entregaría el trono.

La muchedumbre se agitaba y murmuraba. Aquello estaba poniéndose más emocionante que el concurso de comer pasteles.

Pelias se arrellanó en el asiento y se acarició la barba.

—¿Y cuál sería esa tarea imposible?

Jasón abrió los brazos.

—Somos tesalios, ¿no es así? La tarea es obvia. ¡Yo ordenaría a ese aspirante a rey que trajera el Vello de Oro!

En ese instante, el público estalló de emoción. No se lo podían creer. Y mil

voces empezaron a hablar al mismo tiempo. «¿El Vellocino de Oro? ¿El Vellocino de Oro?». «¿Está loco?». «¡Mola!». «¿Superborrego?».

Pelias alzó las manos pidiendo silencio. Intentaba mantener una expresión neutra, pero por dentro estaba encantado. Nadie había vuelto jamás de la Cólquida. Aquel insensato de Jasón acababa de firmar su propia sentencia de muerte.

—¡Bien dicho, mi presunto sobrino! El Vellocino de Oro haría de este reino algo especial. Nos uniría como pueblo y nos traería paz y prosperidad. Y además quedaría estupendo en el salón del trono, con las cortinas nuevas que acabo de instalar. ¡Dejemos que los dioses decidan tu suerte! Yo no interferiré. Ve a buscar el Vellocino de Oro y tráelo a Yolco. Si lo consigues, te nombraré heredero al trono.

Detrás de Pelias, se oyó la voz de su hijo, Acasto.

—¿Qué?

Pelias lo acalló con una mirada. La familia real no tenía que preocuparse. Incluso si Jasón triunfaba, no lo quisieran los dioses, la misión le llevaría años, con lo cual Pelias tendría tiempo de sobra para idear nuevas maneras de matarlo.

—Ve con nuestras bendiciones, Jasón. —Pelias sonrió—. ¡Vamos a ver si eres digno de ser rey!

Cuando se difundió la noticia de la misión del Vellocino de Oro, todos los héroes griegos quisieron apuntarse. Vale que correrían peligro, pero aquella aventura sería la más importante para toda una generación. Era como celebrar la Copa del Mundo, los juegos olímpicos, la Super Bowl y la gira del Circo del Sol todo en uno.

Para el viaje a la Cólquida, Jasón necesitaba el trirreme más rápido jamás construido, de tecnología punta. Tendría que soportar ataques piratas, flotas enemigas, huracanes y monstruos marinos, y el dispensador de helado de a bordo no podía estropearse.

El mejor armador de Grecia, que era un tipo llamado Argos, se ofreció para construir el barco. La propia Atenea dibujó el anteproyecto. La embarcación tenía cincuenta remos, o sea, más que cualquier otro barco de la época. La quilla estaba diseñada para navegar por aguas poco profundas sin encallarse y para surcar el mar abierto sin volcar. El interior contaba con todos los extras: asientos de cuero, espacio amplio para las piernas, catapultas hechas a mano que arrojaban rocas de primera calidad... El barco tenía incluso un sistema de reconocimiento de voz gracias a su proa mágica, que había tallado la diosa Atenea en persona con un roble sagrado del bosquecillo de Dodona, que era el segundo Oráculo más importante de Grecia.

Por lo visto, los sacerdotes de Dodona se pasaban el día danzando por el bosque, buscando augurios en las sombras y las hojas y esperando a que los

árboles mágicos les dijeran algo. A mí me parecen bobadas, pero la verdad es que en cuanto se instaló el mascarón de proa, el barco adquirió su propia voz. La proa mágica no siempre tenía ganas de hablar, pero a veces daba consejos a los marineros o emitía profecías de los dioses, o indicaba a Jasón dónde estaba el restaurante chino más cercano. Jasón quería llamar al mascarón de proa *Siri*, pero el nombre estaba registrado.

Una vez terminado el barco, Argos decidió llamarlo *Argo*, en honor a sí mismo, porque el tío era así de humilde.

Y así, lo único que Jasón necesitaba eran algunos argonautas, también denominados «Tipos lo Bastante Valientes o Idiotas para Navegar en el *Argo*». Pero la verdad es que no tuvo problemas para conseguir voluntarios. Incluso Hércules se presentó, y todo el mundo empezó a decir cosas como: «¡Qué total! ¡Debería ser el capitán!».

A lo que Hércules contestó: «Venga ya, colegas. Esta es la aventura de Jasón. A mí ya me han dedicado noventa páginas».

Y los otros se mostraron de acuerdo en que igual sería pasarse un poco.

Hércules llevaba un nuevo ayudante que se llamaba Hilas, y que era una especie de Chico Maravilla en período de formación. Argos, el armador, también se apuntó, puesto que conocía el *Argo* mejor que nadie. Orfeo, el músico, se unió a la tripulación, porque iba a ser un viaje largo y necesitaban una buena lista de reproducción. Tampoco quiso perderselo la gran cazadora Atalanta, que venía a ser la única mujer capaz de codearse con cuarenta y nueve marineros apestosos sin vomitar y sin que le metieran mano.

Los más raros del grupo eran probablemente los Boréadas, Calais y Zetes, dos hijos de Bóreas, el dios del viento del norte. Los hermanos parecían humanos, pero tenían unas alas gigantescas con plumas moradas, así que era un faenón que te tocara sentarte detrás de ellos en los bancos de remos. Sin embargo, el hecho de que volaran resultaba de lo más útil. Podían salir disparados al supermercado más cercano si alguno de los argonautas se había olvidado del cepillo de dientes o el desodorante.

¿Quién más iba? No voy a nombrar a toda la tripulación, aunque la mayoría eran semidioses. Había dos hijos de Zeus, tres hijos de Ares, dos hijos de Hermes y un hijo de Dioniso, otro de Helios, otro de Poseidón, otro de Hefesto y una perdiz con las patas verdes.

La noche antes de zarpar, los argonautas sacrificaron un par de vacas en honor de los dioses. Todo el mundo andaba un poco nervioso. La tripulación acampó en la playa, y los marineros se dedicaron a discutir y pelear para desahogarse y sacar de dentro el rollo macho de «yo-soy-mejor-que-tú». Al final, Orfeo decidió tocar algo de música hasta que todos se quedaron dormidos.

Por la mañana, la voz del *Argo* los despertó.

—¡Es hora de ponerse en marcha, chicos y chicas! —avisó la proa mágica—. ¡Que se nos hace tarde! ¡Tenemos un país extranjero que saquear!

Los argonautas subieron a bordo y zarparon del puerto mientras Orfeo y el mascarón de proa cantaban a dos voces *Ron, ron, ron, la botella de ron*.

El rey Pelias se despedía con la mano desde el balcón del palacio, sonriendo y mascullando para sus adentros:

«Hasta nunca. Allá van cincuenta héroes de los que no tendré que preocuparme más. ¡Este año fijo que gano el Cetro de Oro en la liga de los Reyes Griegos Malvados!».

El resto de la ciudad se reunió en los muelles y en los tejados de las casas para ver el hermoso barco surcando el sereno mar azul. Todos los griegos tenían la sensación de que aquel era un momento único. Jamás tan destacada tripulación había zarpado en mejor barco en una misión más noble. Jasón triunfaría y alcanzaría la gloria... o sufriría una derrota dramática y espectacular que acabaría con las esperanzas y los sueños de los griegos. Pero, oye, sin presión.

El *Argo* hizo su primera escala en Lemnos, también conocida como la «Isla de las Mujeres Apestosas».

¿Que cómo recibió tan bonito nombre? Pues, bien, resulta que unos años antes, las mujeres de la isla habían descuidado su culto a Afrodita. La diosa del amor, compasiva como era, condenó a todas y cada una de las féminas de Lemnos con un hedor tan terrible que ninguno de los hombres podía soportar acercarse a menos de quince metros. Uno de los antiguos escritores griegos lo describió como un «olor nocivo», que quiere decir que el olor era tan espantoso que hacía daño. O sea, un horror.

A las mujeres de la isla no les hizo mucha gracia que sus esposos las ignorasen. Los tíos se negaban a besarlas, se negaban a dormir en la misma habitación que ellas. Se pasaban las horas muertas en los bares de la zona, viendo deportes y bebiendo cerveza con pinzas en la nariz.

Al final, las mujeres se enfadaron tanto que mataron a casi todos los hombres de Lemnos, porque les pareció lo más lógico. Solo unos pocos escaparon para prevenir a los otros reinos griegos. Las mujeres lemnosinas eligieron a una tal Hipsípila para que fuera su reina.

Y lo más irónico es que en cuanto mataron a todos los hombres, ellas dejaron de apestar. Pero entonces ya era demasiado tarde. Una vez que corrió la noticia de la matanza, ni un solo barco quiso atracar en Lemnos. Ninguna de las mujeres sabía navegar, de manera que en la práctica quedaron prisioneras en su propia isla, condenadas a vivir sin poder tener más hijos.

Ay, Afrodita... qué encanto de diosa.

Los argonautas conocían la reputación de Lemnos, pero necesitaban

suministros desesperadamente, razón por la cual decidieron arriesgarse. En cuanto atracaron, cientos de mujeres nada malolientes y haciendo gala de un muy buen humor se apiñaron en el muelle mientras gritaban:

—¡Gracias a los dioses! ¡Hombres! ¡Por favor, cástate conmigo! ¡Cástate conmigo!

Los argonautas se miraron unos a otros, como diciendo: «¡Mola!».

Incluso Jasón estaba alucinado. La reina Hipsípila le dio la bienvenida con un abrazo, un beso y una proposición de matrimonio. Al cabo de unos días, los argonautas estaban viviendo como reyes. Todos eligieron nuevas esposas, y ellas se pasaban el día haciéndoles carantoñas mientras ellos echaban barriga y se volvían unos vagos. Se olvidaron por completo de su misión.

El único que no estaba encantado era Hércules. A él ya lo trataban como a una estrella del rock desde hacía muchos años y ahora no iba a impresionarlo un grupo de fans. Habló con Atalanta, que tampoco estaba muy contenta que digamos. No se había apuntado a aquella misión para ver que sus compañeros se portasen como si fueran... bueno, hombres.

El mascarón mágico del *Argo* estuvo de acuerdo con ellos.

—¡Dioses, estoy más aburrida que una ostra! Traed aquí a la tripulación. ¡Tenemos que marcharnos!

Hércules y Atalanta convocaron a todos los argonautas a una reunión de urgencia.

—¡Chicos, a ver si nos centramos! —comenzó Hércules—. No os estáis portando como héroes.

—Yo creo que lo que Hércules intenta decir —apuntó Atalanta— es que sois todos idiotas. No zarpamos de Yolco para que ahora podáis vagar por Lemnos mientras unas mujeres hermosas os dan de comer uvas peladas.

—¡Yo sí! —se oyó una voz al fondo.

—Una palabra más —gruñó Hércules— y te presento a mi maza.

Jasón por fin se acordó de su misión.

—Hércules tiene razón —dijo—. He permitido que me distraigan, pero no volverá a pasar. A ver, despedíos todos de vuestras esposas. ¡Tenemos que partir de inmediato!

A las mujeres las apenó verlos marchar, pero no protestaron. Casi todas estaban embarazadas, así que por lo menos tendrían la ocasión de repoblar la isla con argonautitos y argonautitas.

¿La moraleja de esta aventurilla? Pues que es muy fácil distraernos de

nuestro propósito. Un sofá cómodo y una buena comida con los amigos siempre nos apetecerán mucho más que embarcarnos en una misión difícil. Pero si queréis llegar a algo en la vida, no tenéis que perder de vista vuestro objetivo. Y con eso me refiero al Vellochino de Oro, no a las uvas peladas. Aunque si en vez de uvas son hamburguesas con queso... No, da igual. Sigamos adelante.

Unas semanas más tarde, el *Argo* entró en el Helesponto, aquella extensión de agua entre el mar Egeo y el mar Negro donde la buena de Hele se había caído y se había matado.

Después de remar durante días y días, la tripulación había consumido mucha comida y agua, de manera que necesitaban más provisiones. Atracaron en una isla llamada la Montaña del Oso, que tenía en el medio una gran montaña con forma de oso, obviamente.

Los lugareños se llamaban doliones. Todos ellos eran descendientes de Poseidón y, por lo tanto, gente superguay y alucinante. Su rey, Cícico, era un joven más o menos de la edad de Jasón. Acababa de casarse, y la reina y él celebraron encantados una gran fiesta en honor de los argonautas. Todo el mundo se lo pasó de muerte. Jasón y Cícico intercambiaron el número de móvil y acordaron hacerse mejores amigos para siempre.

—¡Me alegro mucho de que no seáis piratas! —confesó Cícico—. Tenemos demasiados por aquí. Pero, chicos, vosotros sois geniales. Espero que vuestra misión salga bien. Eso sí, no os acerquéis al otro lado de la isla, ¿de acuerdo? ¡No encontraréis nada que os haga gracia!

—¿Y eso? —preguntó Jasón.

Pero justo entonces Hércules contó un chiste que sí que tenía gracia, y Cícico y Jasón perdieron el hilo.

Al día siguiente, después de tanta fiesta, los argonautas tenían dolor de cabeza y el estómago hecho polvo. Caminaban tambaleándose como zombis. Y aunque consiguieron zarpar, cuando estaban a unas tres horas del puerto y la Montaña del Oso casi había desaparecido de la vista, se dieron cuenta de que se habían olvidado por completo de las provisiones.

—¡Que vayan los Boréadas! —sugirió Atalanta—. Tienen alas.

—Oye, que solo somos dos —protestó Zetes—. Podemos traer unas cuantas cosas, pero no suministros para toda la tripulación. Para eso tendremos que atracar.

Orfeo soltó un gruñido.

—Los muelles quedan muy lejos, en la punta occidental de la isla. Si damos media vuelta tardaremos una eternidad. Y como nos organicen otra noche de fiesta, no sé yo si mis órganos internos podrán soportarlo.

Los otros argonautas murmuraron, mostrándose de acuerdo.

Argos, el armador, señaló la popa.

—Mirad, chicos, todavía tenemos a la vista el extremo oriental de la isla. Seguro que allí encontraremos agua y fruta y demás. Propongo anclar junto a la playa y hacer una rápida incursión a tierra. Será muy fácil.

Jasón frunció el ceño.

—Cícico me dijo que en esa parte de la isla no encontraríamos nada que nos hiciera gracia.

—¿Y qué quería decir con eso? —preguntó Argos.

—Pues no lo sé. Me advirtió que no fuéramos allí, nada más. —Jasón se volvió luego hacia el mascarón de proa del *Argo*—. ¿Tú qué opinas, oh, proa mágica?

—A mí no me mires —contestó al punto la proa—. Hasta ahora era un roble en Dodona. Nunca he estado tan lejos de casa.

Hércules gruñó.

—Da igual. ¡Somos argonautas! ¡Podemos enfrentarnos a cualquier cosa!

Así pues, echaron el ancla y enviaron a tierra una partida de caza.

Pero resultó que la mitad oriental de la isla estaba habitada por los gegenees, los «nacidos de la tierra». Imaginaos unos ogros peludos de tres metros de altura que solo llevan puesto un taparrabos. Imaginároslos con seis brazos musculosos, tres a cada lado, capaces de arrancar árboles y lanzar rocas inmensas. Y ahora imaginároslos con un olor nocivo. Ya os hacéis una idea.

Jasón guio a su partida de caza por el bosque, en busca de agua y comida. No tuvieron problemas, pero poco después de dejar la playa, una banda de veinte ogros se abalanzó contra las barcas, decididos a hacerlas astillas y luego arrojar rocas al *Argo* hasta hundirlo.

Por suerte, Jasón había encargado a Hércules la misión de guardar las barcas. Los nacidos de la tierra bramaron y blandieron sus garrotes. Hércules blandió su maza y bramó a su vez. Los nacidos de la tierra tiraron rocas que se hacían polvo contra la capa del León de Nemea. Hércules se lanzó a la batalla y mató a casi todos los ogros. Y los que quedaron se retiraron al bosque.

Una hora más tarde, Jasón y su grupo volvieron y encontraron a Hércules de pie sobre un montón de cadáveres de seis brazos.

—Pero ¿qué Hades significa...? —comenzó Jasón.

—Más vale que regresemos al barco —aconsejó Hércules—. Me da la

sensación de que la próxima vez que estos tipos ataquen serán más.

Y como si lo hubieran oído, un coro de aullidos salvajes resonó en el bosque y rebotó en la ladera de la Montaña del Oso.

—Volvamos al barco —convino Jasón.

Pero, nada más zarpar, el tiempo se puso horroroso. Se formó una niebla que reducía la visibilidad a unos diez centímetros. Y encima cayó la noche y había luna nueva, lo que empeoraba aún más las cosas. Al no poder ver las estrellas, Argos no tenía manera de orientarse. Los argonautas encendieron antorchas, pero la bruma y la oscuridad se tragaban las llamas.

Para nosotros, la gente moderna, es difícil imaginar lo oscuro que se puede estar sin las luces de la ciudad. Yo soy de Manhattan, y a menos que haya un apagón general, aquí como mucho oscurece con una tenue luz ambiental. Pero en la Antigua Grecia, oscuro significaba «oscuro como boca de lobo». Y claro, el *Argo* se perdió sin remedio.

Incluso el mascarón se exasperó. La madera mágica no hacía más que gritar:

—¡No veo nada! ¡Estoy ciega! ¡Ay, dioses, estoy completamente ciega!

Por fin, un miembro de la tripulación vislumbró un resplandor rojo en la proa, hacia babor.

—¡Allí! ¡Poned rumbo hacia allí!

Por lo general, el fuego significaba civilización. Pero a medida que el barco se acercaba al resplandor rojo, los argonautas ya no estaban tan seguros. Oían unas voces profundas que gritaban desde la orilla, pero la niebla amortiguaba tanto el sonido que era imposible saber si las voces eran siquiera humanas. El barco encalló en un banco de arena y el mascarón gritó:

—¡Ay!

Y entonces les cayó encima una lluvia de misiles: tal vez fueran flechas, o lanzas, o rocas.

Alguien gritó:

—¡Son los gigantes otra vez!

Cundió el pánico entre la tripulación. Los marineros agarraron sus armas y saltaron por la borda para nadar hasta la orilla y enfrentarse al enemigo. No podían permitir que aquellos ogros destruyeran el barco.

La batalla que siguió fue un verdadero caos. Nadie veía ni torta. Las espadas entrechocaban. Los argonautas gritaban en la negrura. Las antorchas no conseguían sino hacer la niebla más brumosa y al enemigo más difícil de distinguir.

Al final los héroes se retiraron y a lo largo de la playa formaron una línea defensiva improvisada con sus escudos. Esperaban un asalto, pero por lo visto el enemigo también se había retirado.

Hasta que por fin salió el sol. La niebla se disipó y mostró a los argonautas la horrible verdad: el *Argo* había trazado un círculo y había vuelto al lado occidental de la Montaña del Oso. Esparcidos por la playa había docenas de doliones muertos: los mismos tipos con los que habían estado de fiesta la noche anterior. Entre los muertos se encontraba el amigo íntimo de Jasón, el rey Cíxico.

Ambos bandos se dieron cuenta de su espantoso error. Los argonautas pensaban que luchaban contra los gigantes, mientras que los doliones creyeron estar rechazando un ataque pirata. Jasón se quedó hecho polvo por haber matado sin querer al rey. La reina se quedó todavía más hecha polvo. Tanto, que cuando se enteró de la noticia se ahorcó.

Los dos bandos intentaron perdonarse. Pasaron varios días de duelo, enterrando a los muertos. El tiempo se despejó, pero no soplaba viento, con lo cual era imposible navegar. Al final, Jasón consultó con el mascarón de proa.

—Construye un templo a los dioses —aconsejó el mascarón—. Quema algunas ofrendas para expiar el baño de sangre. Mira que sois idiotas...

Jasón le hizo caso. Le llevó varios meses, pero en cuanto el templo estuvo terminado, los vientos empezaron a soplar y la tripulación pudo zarpar de la isla.

¿Cuál es la moraleja de esta feliz aventura? Pues tal vez que «no os paséis con las fiestas». Porque el tío con el que esta noche te estás tomando unas cervezas, mañana podría intentar matarte en la niebla. Y cuando quieres darte cuenta, un cacho de madera mágica te está llamando idiota.

De momento, los argonautas no se sentían muy heroicos que digamos. Se habían casado, habían matado a algunos amigos y se habían perdido. Su siguiente parada no rompió la racha de mala suerte.

Como necesitaban agua potable, echaron el ancla junto a la costa de Anatolia y enviaron a tierra una pequeña partida: Hércules; su ayudante, Hilas, y otro tío que se llamaba Polifemo. (Que también es el nombre de un ciclope, pero no creo que fueran parientes. Por lo menos eso espero).

Total, que a la hora de buscar agua los tres argonautas se separaron. Hilas fue el primero en encontrar un agradable arroyo claro que serpenteaba por el bosque. Se arrodilló para llenar sus vasijas vacías, muy satisfecho consigo mismo.

Por desgracia, el ayudante de Hércules era superguapo, y el río estaba lleno de náyades, unos espíritus de la naturaleza que lo contemplaban desde debajo del agua. Camufladas en sus vestidos azules, eran casi invisibles.

—¡Ay, dioses míos! ¡Es monísimo! —exclamó una.

—¡Yo lo he visto antes! —protestó otra.

—¡Yo quiero casarme con él! —dijo una tercera.

En fin, ya sabéis lo que pasa cuando se juntan unas cuantas náyades, que se ponen muy locas y muy traviesas y les da la risa tonta. Y luego empiezan a secuestrar a tíos mortales. Así que las tres ninfas salieron de pronto del arroyo, agarraron al pobre Hilas y lo arrastraron al agua, olvidándose de que necesitaba oxígeno para respirar.

Hilas solo logró lanzar un grito. Polifemo lo oyó y acudió corriendo, pero para cuando llegó, el joven ya estaba en el fondo del río, y lo único que Polifemo encontró fueron trozos rotos de una vasija de agua y unas huellas húmedas en las rocas, como si se hubiera producido una escaramuza.

«¿Serán ladrones? —se preguntó—. ¿Bandidos? ¿Piratas?».

Polifemo fue corriendo a por Hércules, y entre los dos estuvieron peinando la zona. El dios estaba tan desconsolado por haber perdido a su compañero que se olvidó por completo de la misión, del *Argo* y de la tripulación, que estaban esperando.

Jasón, en la playa, empezó a preocuparse. Se estaba poniendo el sol y el equipo de expedición aún no había vuelto. Envío una partida a buscarlos, pero lo único que encontraron fueron trozos rotos de cerámica junto a un arroyo. No había señales de Hércules, Polifemo o Hilas.

Al día siguiente, los argonautas retomaron la búsqueda de sus compañeros. Pero tampoco hubo suerte. La proa del barco no tenía consejos que ofrecer. Y, al final, cuando el sol ya se ponía de nuevo, Jasón anunció que el *Argo* tendría que zarpar por la mañana.

—Debemos suponer que Hércules y los demás se han perdido. Hay que seguir navegando.

A la tripulación no le hizo nada de gracia. Uno no deja atrás a Hércules así como así. Pero al día siguiente el grupo seguía sin aparecer, de manera que los argonautas, de mala gana, levaron el ancla.

Durante días, los marineros anduvieron refunfuñando. Unos pocos acabaron por acusar a Jasón de haber abandonado a Hércules a propósito para no tener que compartir protagonismo. Y las cosas estaban a punto de pasar a mayores cuando de pronto una tromba marina se alzó junto a la proa. Y en lo alto de la columna de espuma apareció sentado un hombre con aletas en lugar de brazos y una cola de pez en lugar de piernas.

—¡Es Poseidón! —exclamó Zetes.

—¡Es Océano! —dijo Atalanta.

—¡Es el tipo de *La sirenita*! —afirmó Orfeo.

El hombre pez suspiró y batió las aletas.

—En realidad soy Glauco. Pero no os preocupéis, es que nadie acierta.

Los argonautas murmuraron entre sí, preguntándose quién era Glauco.

—¡Ay, dioses míos! —exclamó la proa del barco—. ¡Me estáis dando vergüenza ajena! Glauco era un pescador que se comió unas hierbas mágicas y se volvió inmortal. Y ahora es como el Oráculo de Delfos, pero en el mar.

—¡Aaah! —soltaron todos los miembros de la tripulación, asintiendo con la cabeza como si supieran de qué hablaba la proa.

Que conste que yo tampoco había oído hablar de él, y eso que soy hijo de Poseidón. No sé muy bien qué hierbas se comió Glauco para volverse inmortal, pero si para eso tienes que perder los brazos y las piernas por unas aletas y una cola de pez, el asunto no vale la pena. Mi consejo es que no vayáis por ahí comiendo hierbas a tontas y a locas si no queréis convertir os en el tipo de *La sirenita*.

En fin. Jasón se adelantó hacia la barandilla.

—¡Es un gran honor, Glauco! ¿Qué te trae por aquí?

—¡Oh, argonautas! —dijo Glauco, rebotando en el extremo de su tornado marino—. No os preocupéis por vuestros compañeros perdidos. La voluntad de los dioses ha hecho que los dejarais atrás.

Jasón se volvió hacia los argonautas, como queriendo decir: «¿Lo veis?».

—Hércules debe retomar sus trabajos —prosiguió Glauco—. Su destino está en otra parte. En cuanto a Polifemo, se quedará en esa tierra y fundará una gran ciudad llamada Cío, así que tranquilos.

—¿Y qué pasará con Hilas? —preguntó Jasón.

—Ah, ese está muerto. Lo ahogaron unas náyades. Pero, aparte de eso, ¡todo va bien! ¡Seguid con vuestro viaje!

Y la tromba marina desapareció. Con un aleteo de sus brazos aletas, Glauco dio un salto mortal impresionante y desapareció bajo las olas.

Así pues, los argonautas siguieron navegando sin su peso pesado, que era Hércules, pero por lo menos no se amotinaron por ello. Y la moraleja de esta historia es... Uy, ni idea. Yo ni siquiera sabía quién era Glauco.

Los argonautas siguieron rumbo al este a través del Helesponto. Sabían que en algún momento llegarían al mar Negro, pero muy pocos griegos habían

navegado antes tan lejos. Nadie sabía muy bien cuánto tiempo tardarían ni qué peligros los aguardaban. Por lo que ellos sabían, la entrada al mar Negro igual requería una contraseña especial.

Decidieron detenerse en el siguiente puerto para preguntar qué había más adelante. Pensadlo. Cincuenta tíos cogen y deciden pararse a preguntar por una dirección. Imaginad hasta qué punto se sentían perdidos.

Total, que el puerto siguiente estaba gobernado por un rey llamado Ámico. Un nombre que suena de lo más amistoso, ¿eh? Como *amicus*, que es «amigo» en latín. Pero resulta que Ámico no era nada amistoso. Con sus más de dos metros de estatura y sus doscientos kilos de peso, era conocido como el «Hombre Montaña». Y cada vez que un barco pasaba por su ciudad, hacía la misma petición:

—¡Enfrentaos a mí! —bramó—. Sacad a vuestro mejor boxeador. ¡Lo mataré en el *ring*!

Jasón observó al rey, que tenía unos puños del tamaño de balas de cañón.

—Esto... solo venimos para preguntar por una dirección. Estamos en una misión sagrada...

—¡Me da igual! ¡Luchad!

—¿Y si nos negamos?

—Entonces ¡os mato a todos!

Jasón suspiró.

—Sospechaba que ibas a decir eso.

Comenzó a quitarse la camisa, puesto que era un boxeador bastante decente, pero otro argonauta se adelantó: un hijo de Zeus llamado Polideuces.

—Yo me encargo, capitán.

Los lugareños estallaron en risas. Al lado de su rey, Polideuces no parecía gran cosa. Era un peso pluma en el mejor de los casos. Pero jamás deberíais subestimar a un hijo de Zeus. (Por cierto, felicidades a mi colega J. Grace).

La multitud hizo un círculo en torno a los dos luchadores, los argonautas a un lado y los ciudadanos al otro. Ámico se lanzó al ataque, blandiendo sus puños descomunales. Un solo golpe habría matado a Polideuces, pero el argonauta danzaba de un lado al otro, y esquivaba y zigzagueaba frente a su oponente, fijándose en el modo en que este luchaba. El rey era fuerte, pero también imprudente. Cada vez que lanzaba un gancho con la derecha, ponía demasiada fuerza y daba un traspie.

De manera que la siguiente vez que fue a lanzar un gancho, Polideuces viró

bruscamente a la derecha. Cuando Ámico salió disparado hacia él, con la cabeza gacha como un velocista, el argonauta dio un salto y descargó el codo detrás de la oreja del rey.

BUM.

Ámico cayó de narices al suelo y no volvió a levantarse.

La tripulación del *Argo* vitoreó a pleno pulmón. Los lugareños se abalanzaron dispuestos a hacer pedazos a Polideuces, pero los argonautas, que muy sabios ellos habían mantenido las armas a mano, se precipitaron a proteger a su compañero. La historia acabó en un baño de sangre. Jasón y sus hombres eran muchos menos en número, pero tenían más disciplina. Derrotaron a los ciudadanos, se llevaron unas cuantas ovejas por las molestias, cargaron el *Argo* y siguieron camino.

A ver, igual esto no os parece una gran aventura, pero era la primera vez que un argonauta vencía a alguien en un combate cuerpo a cuerpo. Además, la tripulación había trabajado en equipo para derrotar a una fuerza mucho mayor. Jasón sintió que a lo mejor empezaba a cambiar su suerte.

El único problema es que seguían sin saber cómo llegar a su destino.

Jasón decidió preguntarle a la proa.

—Oh, gran... trozo de roble. ¿Cómo te va... tronco?

—A mí bien —dijo la proa—. ¿Y a ti?

—Yo estoy bien. Oye, esto... ¿alguna idea sobre dónde está el mar Negro o de cómo llegar hasta allí?

—Pues no, pero puedo indicarte cómo encontrar a alguien que sí lo sabe. Navega hacia el este dos días más. Busca unas ruinas en la orilla. Allí encontrarás a un hombre llamado Fineo.

Jasón se tironeó del cuello de la camisa.

—Gracias. Pero ¿tú cómo lo sabes? ¿No decías que nunca habías salido de Dodona?

—Y no he salido, listillo. Pero Fineo es adivino y tiene el don de la profecía. Y yo sé de esas cosas porque también soy profética. Y te profetizo que sin el consejo de Fineo jamás atravesaréis el mar Negro ni llegaréis vivos a la Cólquida.

—¡Vaya! Pues me alegro de haberte preguntado.

—Sí. Si no, podría haber sido un desastre. A propósito, cuando vayas a consultarle, llévate a los Boréadas.

—¿Por qué?

—Ya lo verás.

Tal como había indicado la proa, navegaron dos días más hasta avistar las ruinas de una ciudad. Incluso desde el agua captaron el olor que emanaba: como si cien vertederos hubieran estado cociéndose al sol todo el verano.

—Esto va a ser divertido —refunfuñó Zetes.

Calais y Zetes llevaron volando a Jasón hasta la orilla. Buscaron entre las ruinas, tapándose la nariz con las mangas de la camisa para mitigar aquel pestazo. Cuando llegaron a la plaza del pueblo, encontraron a un hombre muy anciano que lloraba junto a los restos de una hoguera. Su pelo y su barba eran como hilillos de algodón de azúcar. Sus ropas eran harapos. Tenía los brazos huesudos y cubiertos de manchas de la vejez. A su alrededor, había migas mohosas de pan desparramadas, trozos de carne podrida y frutas secas. No era mucha comida, pero sin duda era la causa de aquel hedor.

—¿Hola? —saludó Jasón.

El viejo alzó la vista. Sus ojos eran blancos como la leche.

—¿Visitantes? ¡No! ¡Ahorraos el esfuerzo! ¡Dejadme aquí con mi dolor!

—¿Eres Fineo? —preguntó Jasón—. Porque en ese caso, necesitamos tu ayuda. Yo soy Jasón, y estos son los Boréadas, Zetes y Calais.

—¿Los Boréadas?

El viejo se levantó con esfuerzo y se acercó a ellos dando tumbos, esbozando una sonrisa desdentada y tanteando el aire como si estuviera jugando a la Gallinita Ciega.

—¿Los Boréadas? ¿Dónde? ¿Dónde?

Zetes carraspeó.

—Esto... aquí. ¿Por qué?

—¡Oh, qué día tan feliz! —gritó el viejo—. ¡Puede que por fin me libre de la maldición!

Casi se estampó de narices contra una columna, pero Jasón lo evitó a tiempo. El aliento de Fineo era tan aromático como la comida que había tirada a sus pies.

—¿Qué te parece si hacemos un trato? —propuso Jasón, intentando contener las arcadas—. Nosotros te ayudamos y tú nos ayudas. Cuéntanos qué está pasando aquí.

Fineo lanzó un hondo suspiro.

—Veréis, es que tengo el don de la profecía. Durante años la gente acudía a mí y yo les contaba lo que quisieran saber: el número ganador de la lotería, la fecha de su muerte, con quién se casarían, si iban a divorciarse... Y se lo revelaba todo sin acertijos, ni trucos ni medias informaciones. Y ni siquiera les exigía una ofrenda a mis clientes ni les deseaba un buen día.

—Eso no parece un problema —observó Jasón.

—¡Pues sí que lo era! Resulta que a Zeus no le gusta eso de la transparencia total. Solo quiere que los humanos tengan visiones parciales de los planes divinos, porque si no, según cree él, ya no necesitarían a los dioses. ¡Lo sabrían todo! Y eso sería fatal para el negocio de los templos y los Oráculos.

Calais gruñó:

—Algo de razón no le falta a Zeus.

—Así que me maldijo —prosiguió Fineo—. Me quitó la vista. Me infligió una vejez permanente. Hace veinte años que tengo ochenta y cinco. ¿Os imagináis?

—No parece muy divertido, no —admitió Jasón—. Pero ¿qué es lo que pasa con... en fin, con los restos apestosos de comida?

—¡Eso es lo peor! ¡Me acosan las arpías!

Jasón nunca había visto una arpía, pero había oído historias sobre ellas. Supuestamente eran híbridos entre mujer y ave, una especie de mezcla entre gallina, buitre y compradora frenética en las rebajas, todo en uno.

Los Boréadas aletearon nerviosos. Calais miró hacia el cielo.

—¡Odio a las arpías!

—¡Pues imaginad cómo me siento yo! —exclamó Fineo—. Cada vez que alguien me trae comida, las arpías la huelen, aparecen de pronto y me roban mis sabrosos bocados. Y todos los restos que dejan se pudren al instante. Me queda solo lo justo para sobrevivir, pero estoy siempre muerto de hambre y con náuseas. Solo hay una forma de detenerlas. Las arpías tienen un enemigo natural.

—Los Boréadas —intervino Zetes—. Sí, los hijos del viento del norte despreciamos a las arpías, y el sentimiento es mutuo —dijo, agitando las plumas moradas con asco—. Mataríamos encantados a esas arpías, pero si son una maldición de Zeus, no querríamos buscarnos un lío con el jefezo.

—¡No será así! —les prometió Fineo—. ¡Esa es mi cláusula de escape! Si los Boréadas derrotan a las arpías, quedo libre. Ayudadme y os diré cómo llegar a la Cólquida.

Jasón se quedó pasmado.

—¿Cómo sabes que vamos a la Cólquida? Ah, es verdad, eres vidente.

Total, que los Boréadas volaron hasta el barco para coger algo de comida y luego los tres argonautas dispusieron, justo en el centro de la plaza, un pícnic de lujo para el viejo.

Fineo se sentó.

—Uy, qué bien huele. En cualquier momento...

—¡Graaaaaaac!

Dos arpías bajaron de las nubes en espiral como pilotos kamikazes, con el pelo rubio desgreñado y unos vestidos blancos ondeando al viento. Una ráfaga de aire de sus alas gris oscuro tiró a Jasón al suelo. Fineo se precipitó a ponerse a cubierto, mientras las arpías pisoteaban la comida con sus sucias garras.

Solo los Boréadas se mantuvieron firmes. Abrieron las alas moradas y sacaron las espadas. Las arpías se quedaron paralizadas al verlos. Luego las mujeres pájaro sisearon y salieron disparadas hacia el cielo.

Para que conste en acta: las arpías son muy rápidas. Si lo necesitan, pueden superar en velocidad de vuelo a cualquier cosa, excepto a los aviones militares y los Boréadas. Pero incluso Zetes y Calais tuvieron dificultades para seguirlos. Volaban como flechas hacia el oeste, entrando y saliendo de las nubes, haciendo vuelos rasantes sobre la superficie del agua... hasta que por fin consiguieron agarrar los tobillos de las arpías y llevarlas al suelo. Allí las inmovilizaron. Las arpías siseaban e intentaban arañarlas, pero sus rivales eran más fuertes. Los hermanos alzaron las espadas para acabar con las mujeres gallina, pero una voz femenina gritó:

—¡Tiempo muerto!

Una mujer relumbraba ante ellos con unas alas de caleidoscópicos colores, gafas con forma de corazón y una larga trenza adornada con margaritas.

Zetes tragó saliva.

—¿Iris? ¿La diosa del arcoíris?

—Esa soy yo —contestó Iris—. Traigo un mensaje de Zeus: no tenéis potestad para matar a esas arpías.

Calais frunció el ceño.

—Pero matar arpías...

—Ya lo sé: es lo vuestro —dijo la diosa—. Por regla general apoyo totalmente que la gente persiga lo que le hace feliz, pero esta vez no me es posible. Prometo que las arpías no volverán a molestar al viejo. Habéis levantado la maldición de Fineo. Ahora regresad con vuestra tripulación, ¡y que paséis un día chupi!

Los Boréadas no tenían ningunas ganas de soltar a las gallináceas aquellas, pero tampoco les apetecía discutir con una diosa que todavía utilizaba la palabra «chupi». Así que liberaron a las arpías y volvieron deprisa al barco.

Mientras tanto, Jasón hizo señales al *Argo* para que los hombres llevaran más comida para Fineo. Asearon al viejo y le dieron ropa limpia. Y, entonces, mientras comía a dos carrillos, el adivino le dijo a Jasón lo que necesitaba saber.

—El primer problema serán las Rocas Coincidentes. ¡Oh, dioses míos, estas galletas están de muerte!

—¿Las Rocas Coincidentes? ¿Qué pasa, que opinan lo mismo en todo o algo así?

—¡No, so tonto! Son unas rocas que se pasan la vida entrechocando entre sí. ¡Bang, bang, bang!

Fineo palmeó con las manos, lanzando migas de galleta por todas partes.

—La única manera de entrar en el mar Negro desde el Helesponto es un canal estrecho que se encuentra entre unos altos escollos, pero los escollos no están fijos a la tierra, sino que chocan uno contra otro, dale que te pego, abriéndose y cerrándose como... ¡como si fueran muelas masticando!

Fineo abrió la boca y se señaló las dos únicas muelas mohosas que le quedaban, una ayuda visual que a Jasón no le hacía ninguna falta.

—Lo que tenéis que hacer —prosiguió el adivino— es capturar unas cuantas palomas. Cuando os acerquéis a las Rocas Coincidentes, liberadlas y observad. Si las palomas atraviesan el cañón sanas y salvas, sabréis que es un buen día para cruzarlo. Las rocas se mueven despacio y tal vez tengáis una oportunidad de pasar con el barco. Pero si las aves no lo logran... bueno, entonces vosotros tampoco lo lograréis.

Jasón se quedó pensando un momento.

—¿Y si los pájaros no vuelan a través del canal? ¿Y si van en otra dirección o se paran a medio camino y anidan en los acantilados?

—No lo harán.

—¿Por qué no?

—¡Y yo qué sé! ¿Por qué vuelven a casa las aves migratorias? ¿Por qué se

duermen las gallinas si les metes la cabeza bajo las alas? ¡Es la naturaleza de las aves! Las palomas se verán impulsadas a volar derechas por el canal.

—Pero eso es absurdo.

—¡Tú hazme caso!

Fineo trasegó algo de vino.

—En fin, suponiendo que podáis pasar por las Rocas Coincidentes, seguid navegando hacia el este durante treinta días. Pasaréis por un reino de pastores de ovejas. Ignoradlos. Pasaréis por otro reino de criadores de vacas. Parad y negociad con ellos. Son buena gente. Pasaréis por Amazonia. No paréis allí, no es buena idea. Y, por fin, cuando la línea de la costa comience a curvarse hacia el norte, veréis unas torres sobre una colina en la desembocadura de un río. Esa es la Cólquida, la tierra del rey Eetes. Encontraréis el Vellochino de Oro en la arboleda sagrada de Ares.

—Gracias —dijo Jasón—. Y oye... tú podrías decirme si tendré éxito en mi misión, ¿no? ¿Lo sabes todo acerca de mi destino?

—Yo lo sé todo. —Fineo eructó—. Excepto... ¿cómo puede estar tan buena esta cecina de cordero? ¡Dioses, es alucinante! Podría contarte todo sobre tu futuro, Jasón: lo bueno, lo malo y lo peor. Pero hazme caso: es mejor que no lo sepas.

A Jasón le goteaba el sudor por la nuca.

—Pues ahora sí que quiero saberlo.

Fineo negó con la cabeza.

—Zeus me maldijo con razón. Ahora que tengo la barriga llena, puedo reconocerlo. Nadie debería conocer todo su destino. Es demasiado peligroso y demasiado deprimente. Tú sigue adelante, hazlo lo mejor que puedas y confía en que con eso baste. Es todo lo que cualquiera de nosotros puede hacer.

Jasón se sentía mareado, y no sabía muy bien si se debía del todo a los restos cercanos de comida podrida.

—Pues a mí me parece que no saber da más miedo que saber.

Las arrugas en torno a los ojos de Fineo se tensaron.

—No, no es así. —Su voz destilaba arrepentimiento—. Y ahora márchate, héroe. Yo pienso comer hasta reventar, darme una buena ducha con agua caliente y luego morirme. Va a ser un gran día.

Para la tarde siguiente, los argonautas habían construido una jaula de mimbre en la que habían metido unas cuantas palomas (cuya captura resultó muy fácil para los Boréadas). Navegaron dos días más y entonces el mar empezó a

estrecharse, como si estuvieran entrando en un embudo. Unos acantilados altos se alzaban del agua a cada margen, sin dejar espacio alguno en el que atracar.

Por fin, como a un kilómetro delante de ellos, Jasón vio lo que tenían que ser las Rocas Coincidentes. Desde luego coincidían en aspecto. Formando entre ellas un estrecho canal de cien metros de longitud, se alzaban ominosas unas peñas de color blanco y oro, como cuarenta mil millones de toneladas de helado de vainilla con remolinos de caramelo. Sus cimas penetraban las nubes. Las rocas eran tan descomunales y sus formas tan ondulantes, que Jasón se mareó solo de mirarlas. Echó un vistazo tras él y vio que toda la tripulación se inclinaba a un lado u otro intentando compensar la extraña inclinación de aquellos escollos.

Y no era una mera ilusión óptica. Cuando el *Argo* se acercó más, Jasón vio que las rocas se mecían y se torcían, provocando que el agua chapoteara de un lado a otro.

Y, entonces, sin previo aviso, las dos moles chocaron con un ensordecedor «buuum» que hizo temblar los remos del barco. La colisión provocó una ola en el canal que era como un muro de agua.

Argos, desde la proa, gritó:

—¡Agarraos!

Los argonautas apenas tuvieron tiempo de sujetarse a las barandillas antes de que aquel tsunami los alcanzara. Cualquier otro barco habría volcado o habría quedado hecho astillas. Pero el *Argo* surcó la ola. Mientras tanto, las Rocas Coincidentes se separaron, derramando en el canal una cascada de pedruscos de color caramelo, cada uno de los cuales era tan grande como el barco.

—Vale —comentó Atalanta—, da miedo.

La mitad de los tripulantes no la oyeron. Estaban demasiado ocupados vomitando por la borda. Los otros se habían puesto blancos de terror, todavía aferrados a las barandillas.

—¿Tenemos que navegar por ahí? —preguntó Orfeo—. ¿Cómo?

Jasón también estaba bastante amedrentado, pero tenía que hacerse el fuerte delante de los demás.

—Mandaremos una de las palomas por el canal. Calcularemos el tiempo que tarda. Si la paloma lo atraviesa, nosotros también podremos hacerlo.

—¿Y si la paloma no lo consigue? —preguntó Polideuces.

—Entonces esperaremos otro día. O intentaremos ir por tierra. O... yo qué sé. Pero ¡los dioses estarán con nosotros! Ya hemos llegado muy lejos. ¡Seguro que podemos hacerlo!

Los otros no parecían muy convencidos, pero acercaron el *Argo* un poco más a las Rocas Coincidentes. En cuanto Jasón calculó que los escollos estaban en el punto de máxima separación, soltó la primera paloma.

Tal como Fineo había predicho, el ave voló directamente hacia el canal, como si tuviera las plumas de la cola en llamas. Argos fue contando los segundos: un elefante... dos elefantes...

Llegó hasta treinta elefantes antes de que los acantilados volvieran a chocar. La tripulación se agarró y otra ola se estrelló contra el barco. Cuando las rocas se separaron, los Boréadas volaron hasta la entrada del canal para buscar alguna señal de la paloma.

Volvieron con expresiones sombrías.

—Una manchita de sangre y plumas en un lado del acantilado —informó Zetes—. La paloma ha recorrido medio camino y... ¡chof!

Toda la tripulación se estremeció a la vez.

—Lo intentaremos de nuevo mañana por la mañana —decidió Jasón—. Y al día siguiente si es necesario.

—¿Y si nos quedamos sin palomas? —preguntó Atalanta.

—Siempre podríamos mandar a uno de los Boréadas —sugirió Orfeo.

—Cierra el pico —dijo Calais.

Al día siguiente, Jasón ordenó a todo el mundo que estuviera listo. Los argonautas se pusieron a los remos, por si daban el pistoletazo de salida. Los Boréadas revoloteaban cerca de los escollos, para poder ver el progreso del ave. Argos estaba preparado para contar.

Jasón aguardó hasta que las rocas se separaron y entonces soltó la segunda paloma. El ave salió disparada hacia el canal. Argos contó hasta sesenta antes de que los acantilados se estrellaran de nuevo.

Cuando las Rocas Coincidentes se separaron, los Boréadas agitaron los brazos frenéticamente por encima de la cabeza: era la señal acordada para indicar que la paloma había atravesado a salvo el canal.

—¡Vamos! —gritó Jasón—. ¡Remad, remad, remad! ¡Sesenta segundos!

El *Argo* se puso en marcha tan deprisa que el casco crujió. Los argonautas remaron como locos al tiempo que Orfeo tocaba *Shake it Off* a doble tempo para motivarlos. Las corrientes ayudaron, empujando la embarcación hacia el canal mientras las rocas se separaban. Pero aun así... atravesar aquel pasaje en tan solo un minuto parecía imposible.

Habían pasado treinta y dos segundos y no habían llegado ni a la mitad. Las

Rocas Coincidentes se cernían amenazadoras sobre ellos, como letales muelas blancas y amarillas. Sus oscuras sombras enfriaban el sudor en las espaldas de los argonautas. A babor y estribor caían constantemente cascotes. Una telaraña de grietas enormes cubría las paredes de los acantilados, amenazando con dejar caer una cascada de rocas. A ras del mar, la piedra estaba incrustada de maderas viejas y de los huesos de otras tripulaciones que habían intentado cruzar el canal antes que ellos.

—¡Quedan quince segundos! —gritó Argos—. ¡Más deprisa!

No hacía falta que lo dijera. La tripulación remaba con tal fuerza que nadie sabía qué se rompería antes: los remos o sus brazos.

—¡Ya veo la salida! —exclamó Calais, que volaba sobre el mástil.

Bruuuuum. Las Rocas Coincidentes empezaron a cerrarse.

—¡Diez segundos! —chilló Argos.

Los escollos retumbaron. Y en el momento en que se estrellaron uno contra otro, partiendo los remos del barco, una ola gigantesca elevó al *Argo* y lo sacó del canal al mar Negro.

—¡Sí! —exclamó Jasón.

Sin embargo, la tripulación estaba aún demasiado temblorosa para unirse a él.

—Nos ha ido de un pelo —dijo Argos.

Por suerte, el barco seguía de una pieza, y los argonautas pudieron proseguir su viaje en cuanto encontraron remos nuevos y se cambiaron los calzoncillos manchados.

El *Argo* fue costeanado durante semanas, metiéndose en toda clase de líos. Se detuvieron en la isla en la que Otrera había construido un templo en honor de Ares, y se encontraron con que estaba defendido por aves asesinas lanzadoras de plumas y salieron vivos de milagro. Bajaron a tierra sin darse cuenta de que estaban en el territorio de las Amazonas y consiguieron escapar justo antes de que los alcanzara el ejército de la reina. Perdieron a dos miembros de la tripulación: uno por enfermedad, el otro por el ataque de un jabalí. Se enfrentaron a monstruos, se perdieron, comieron comida basura caducada en áreas de descanso de Anatolia, y los pararon en el infame control de velocidad de las afueras de Sinope.

Después de un mes de dificultades, el *Argo* llegó por fin a la desembocadura del río Fasis, donde las torres de la Cólquida se alzaban en una colina cercana como empuñaduras de espadas envainadas en la tierra.

Viendo los barcos de guerra en el puerto, las murallas de la ciudad y las fortificaciones del palacio, Jasón se dio cuenta de que jamás podrían tomar

aquel lugar por la fuerza. Incluso con la mejor tripulación y el mejor barco, se encontraba en absoluta desventaja.

—Voy a dirigirme al rey bajo una bandera blanca —informó a su tripulación—. Intentaré negociar por el Vellocino.

—¿Y si Eetes te captura y te mata? —preguntó Zetes—. ¿Por qué iba a renunciar a su posesión más preciada?

Jasón esbozó una sonrisa.

—Oye, si pude llegar a un trato con Pelias, puedo llegar a un trato con Eetes. Soy perro viejo en esto de negociar con reyes asesinos.

Los argonautas tuvieron que darle todos los puntos por valentía, pero seguían preocupados. Jasón se puso sus mejores ropajes, los mismos que había llevado para impresionar a la reina de Lemnos, y entró en la ciudad con tan solo una pequeña guardia de honor.

Mientras tanto, en el monte Olimpo, Hera había estado siguiendo los progresos de Jasón y de momento estaba contenta. (Sobre todo desde que Hércules había desaparecido del panorama. ¡Agh, cómo odiaba a Hércules!). De todas formas no tenía muy claras las posibilidades de Jasón con el rey Eetes.

Mantuvo una reunión estratégica con Atenea, que por una vez estaba de su parte, puesto que ambas diosas querían que el Vellocino de Oro volviera a Grecia.

—Jasón no puede vencer a los cólquidos por la fuerza de ninguna manera —observó Atenea—. Están el dragón, los esqueletos guerreros, la flota cólquida...

—Sí... —Hera sonrió con frialdad—. Pero también está Medea.

—¿La hija del rey? —Atenea se puso a jugar con el pin de la cabeza de Gorgona que llevaba en el escudo—. ¿Y eso de qué nos sirve? Es una hechicera.

—Es una mujer —dijo Hera—. Y Jasón es un hombre guapo.

Atenea arrugó la nariz.

—¿Quieres meter en esto a Afrodita? No sé, Hera... El amor es una motivación muy poco fiable.

—¿Se te ocurre algo mejor?

Por una vez, a Atenea no se le ocurría nada.

Encontraron a la diosa del amor en sus aposentos, donde una docena de

cepillos mágicos le peinaban la cabellera las cinco mil veces de rigor para darle ese brillo y ese vigor extra.

—¡Señoras! —dijo Afrodita—. ¿Habéis venido porque habéis aceptado mi invitación a una pedicura? ¡Fantástico!

—Esto... no. En realidad necesitamos un favor. Queremos hacer que alguien se enamore de Jasón.

A Afrodita le brillaron los ojos.

—Bueno, Jasón está cañón. Así que no será ningún problema. ¿A quién teníais en mente?

—A Medea —contestó Atenea—. La hija del rey Eetes.

—Ah... —Afrodita hizo un mohín—. Entonces sí que tenemos un problema. A esa chica no hay por dónde cogerla. Se pasa todo el santo día en el templo de Hécate aprendiendo magia. Es fría, desalmada y está sedienta de poder. ¡Igual que su padre! ¿Sabéis que una vez conjuró a Selene para que bajara de la Luna e hizo que se enamorase de un mortal, solo para ver qué pasaba?

—Sí, he oído esa historia —dijo Atenea—. Los personajes eran interesantes, pero el argumento estaba muy traído por los pelos. Pero, oye, si Medea anda trasteando con la magia del amor, está metiéndose en tu territorio, ¿no? ¿Qué mejor castigo que hacer que se enamore del enemigo de su padre?

Afrodita ahuyentó a su escuadrón de cepillos mágicos.

—Mmm... es verdad. Voy a enviar a Eros para que Medea se enamore de Jasón. Pero os advierto una cosa: un hechizo de amor sobre alguien como Medea es impredecible. Será tan fiera en sus amores como lo es con su magia. Si las cosas salen mal entre Jasón y ella...

—Vale la pena correr el riesgo —declaró Hera, demostrando de una vez por todas que era incapaz de ver el futuro—. ¡Tú haz tu magia!

Fue el emparejamiento más desafortunado de todos los tiempos.

Abajo, en el mundo de los mortales, Jasón era escoltado por el palacio de Eetes. Aquel sitio era absolutamente increíble. Había puertas de plata y oro que se abrían y cerraban solas. En el patio de armas, cuatro fuentes vertían cada una algo distinto: agua, vino, aceite de oliva y leche. No sé para qué iba a querer nadie algo así, la verdad, pero los argonautas se quedaron alucinados.

—Colega —murmuró Zetes, ¡una fuente de leche! Este tío fijo que tiene mano con Hefesto. ¡Solo un dios podría haber creado algo tan flipante como una fuente de leche!

—¡Y mirad eso! —señaló Calais.

Al otro lado de una sala descomunal, dos bueyes de bronce gigantes se movían con gran estruendo dentro de un redil. Sus ojos relucían como la lava, y cada vez que respiraban, echaban llamas por la nariz. Incluso estando al otro lado de la sala, la ropa de Jasón se arrugaba y echaba vapor por el calor.

Empezó a preguntarse en qué estaría pensando cuando se le ocurrió ir a la Cólquida. Saltaba a la vista que el rey Eetes les llevaba mucha ventaja cuando se trataba de artilugios molones.

Encontraron al rey sentado en un trono de oro con forma de rayo de sol. Llevaba una armadura dorada que había pertenecido en su día a Ares, el dios de la guerra. Jasón lo supo enseguida porque todavía ponía «PROPIEDAD DE ARES» en rotulador permanente en torno al cuello. A los pies del rey estaba su hijo, el príncipe Apsirto (que suena a «absorto»), su hija mayor, Calcíoipe (que no suena a nada porque me cuesta hasta pronunciarlo), y los cuatro hijos que Calcíoipe había tenido con Frixo, es decir, Ricitos *el Griego*, que lamentablemente había pasado ya a mejor vida. A la derecha del rey estaba su hija más joven y más peligrosa: Medea, sacerdotisa de Hécate, asesina fría como el hielo, una multifunción de mucho cuidado.

Jasón se inclinó en una reverencia.

—Majestad, soy Jasón, legítimo heredero al trono de Yolco. ¡Vengo para llevarme nuestro tesoro: el Vellochino de Oro!

Le salió una rima muy tonta, pero nadie se rio. El rey Eetes se inclinó entonces con unos ojos tan relumbrantes como la obsidiana y examinó a Jasón como sopesando todas las maneras interesantes que se le ocurrían de matarlo.

—Ningún griego ha llegado navegando jamás hasta mis orillas —declaró—. De hecho, nunca he visto a ningún griego, salvo Frixo, que nos trajo el Vellochino. Para venir desde tan lejos y pedir un favor así, debes de ser o muy valiente o muy tonto.

Jasón se encogió de hombros.

—Digamos que valiente. Los dioses desean que cumpla mi misión. Hera ha bendecido el viaje. La propia Atenea diseñó mi barco. A bordo del *Argo* van toda clase de semidioses: hijos de Bóreas, hijos de Ares, hijos de Zeus...

—Eso no me dice nada —gruñó el rey—. ¡Yo soy hijo de Helios!

—Sí, también llevamos uno de esos. La cuestión es, mi señor, que miro tu reino y veo que los dioses te favorecen. Hefesto te ha regalado dos toros de bronce y fuentes de las que manan leche y aceite. Ares te ha dado una armadura de segunda mano. Y me han dicho que te dio también un bosquecillo sagrado. Tu padre es Helios. Tu encantadora hija... veo por su vestimenta que es sacerdotisa de Hécate, ¿verdad?

Mientras Jasón hablaba, Eros, el dios del amor, se ocultaba invisible entre la

multitud esperando el momento adecuado. En cuanto Jasón dijo «tu encantadora hija», disparó a Medea en el corazón con una flecha de amor y acto seguido se largó de allí volando entre risitas.

A Medea se le aceleró el pulso. Empezaron a sudarle las manos. Hacía un momento miraba a Jasón con desprecio, y ahora... ¿Cómo no había visto antes lo guapo y lo noble que era? Nadie de la Cólquida se atrevería a enfrentarse así a su padre. El valor de Jasón era notable. El contador de «enamorada-de-un-griego» de Medea pasó de cero a cien en tres coma cinco segundos.

—Salta a la vista, señor —proseguía Jasón—, que has llegado a donde estás honrando a los dioses. De manera que te pido que los honres una vez más. Dame la oportunidad de probar mi valía. Asígname cualquier cometido para ganarme el Vello de Oro.

Eetes dio unos golpecitos con sus anillos de diamantes en el brazo del trono.

—Podría simplemente matarte y quemar tu barco.

—Pero no lo harás —dijo Jasón, intentando mostrarse seguro de sí mismo—. Porque un rey sabio dejaría que decidieran los dioses.

Los cuatro nietos de Eetes, los hijos de Frixo, se reunieron en torno a su abuelo y le cogieron las manos.

—¡Por favor, abuelo! —dijo uno—. ¡Nosotros somos medio griegos! Papá siempre nos contaba historias sobre Grecia.

Eetes frunció el ceño.

—¡Vuestro padre vino aquí porque los griegos querían hacer con él un sacrificio humano!

—Pero este hombre es distinto —objetó su nieto—. ¡Por lo menos dale una oportunidad!

El rey los apartó a un lado. A Eetes le parecía que eso de la «tarea imposible» como forma de ejecución era una complicación innecesaria. Pero si de ese modo sus nietos aprendían una lección sobre la estupidez de los griegos, tal vez sería para bien.

—Muy bien, Jasón —dijo por fin—. No voy a pedirte que hagas nada que yo no esté dispuesto a hacer. Has mencionado mi arboleda sagrada de Ares. Cada vez que necesito más guerreros, cojo unos dientes de mi cubo de incisivos de dragón...

Sus nietos se pusieron a dar saltos y también palmadas de emoción. «¡Qué guay! ¡El desafío de los dientes de dragón!».

A Jasón se le secó la boca.

—¿Tienes un cubo con incisivos de dragón?

Eetes sonrió.

—Bueno, tengo un dragón, así que sí. El dragón vigila el Vellocino para protegerlo de... visitantes no autorizados. Pero, como iba diciendo, me llevo esos dientes a un campo que hay justo debajo de la arboleda sagrada. Pongo el yugo a mi yunta de bueyes de bronce y aro unos surcos donde planto los dientes a modo de semillas. Luego los riego con un poco de sangre y... *voilà!* De la tierra surge una cosecha de guerreros.

Jasón parpadeó.

—Esto... ya.

—Mañana me demostrarás que tú eres un rey tan grandioso como yo. Si eres capaz de cultivar una cosecha de guerreros, puedes llevarte el Vellocino de Oro y volver con él a Grecia. Si no... bueno...

No dijo «sufrirás una muerte dolorosa», pero quedó implícito.

A Jasón le dieron ganas de pedir que le cambiara el desafío, a lo mejor por una competición de comer pasteles o algo así, pero, en lugar de eso, hizo una reverencia.

—Mañana, pues, mi señor. Con tu permiso, esta noche mis hombres y yo acamparemos en la playa junto a tus muelles.

Jasón miró un instante a los ojos a Medea, tal vez porque se había dado cuenta de que ella a su vez lo miraba de forma muy rara. Luego sus hombres y él se retiraron.

Medea salió disparada del salón del trono tan pronto como le fue posible. Apenas podía respirar.

—Pero ¿qué me ocurre? —siseó, dando tumbos por los pasillos—. ¡Ni que fuera una colegiala! Soy Medea. ¿Cómo puedo sentir algo por un hombre al que acabo de conocer?

La imagen de Jasón se había grabado a fuego en su mente: su rostro noble, sus ojos brillantes, el temblor en su labio inferior cuando dijo: «Esto... ya». ¡Qué hombre!

Medea sabía que el desafío de su padre sería un suicidio para Jasón. No soportaba la idea de que los bueyes lanzallamas hicieran una barbacoa con aquel griego guapo y valiente.

Corrió aturullada hacia el santuario de Hécate, en las profundidades del bosque. Medea siempre había encontrado consuelo y claridad allí. Ahora fijó la vista en la estatua de la diosa, que estaba representada con tres rostros serenos: uno que miraba a la izquierda, otro a la derecha y otro al frente. En

las manos alzadas de Hécate, ardían unas antorchas gigantes con el eterno fuego azul.

—Diosa de las encrucijadas —comenzó Medea—, ¡necesito tu consejo! Estoy enamorada de Jasón, pero si lo ayudo, mi padre sin duda lo averiguará y me desterrará o me matará. ¡Lo sacrificaría todo!

La estatua de Hécate se mantuvo en silencio.

—Quiero casarme con el griego —prosiguió Medea—. Pero... pero ¿por qué? ¿Qué me ha pasado? ¿Y me amará él a mí? ¿Me llevaría con él? ¿De verdad podría yo traicionar a mi familia y abandonar mi hogar por un hombre al que apenas conozco?

Su corazón contestó: «Sí».

La estatua siguió mirando en tres direcciones, como diciendo: «Oye, estás en una encrucijada. Tú misma».

Medea se sentía a la vez emocionada e irritada.

—¡Ah! Soy tonta. Antes de arriesgar la vida por Jasón, haré que me prometa que me amará.

Así que volvió corriendo a su laboratorio de magia y se pasó horas preparando un ungüento especial. Luego se cubrió con una túnica negra y se metió a hurtadillas en el campamento de los argonautas.

A eso de las dos de la madrugada, Jasón y sus consejeros seguían despiertos discutiendo de estrategia. Habían visto aquellos ardientes bueyes y tenían que dar con la manera de vencer en el desafío de Eetes sin que Jasón acabara hecho carbón. De momento el mejor plan consistía en tres mil bolsas de hielo y unos guantes de horno grandes. No era uno muy bueno.

Un guardia golpeó el poste de la tienda.

—Esto... ¿señor? Viene alguien a verte.

Medea lo apartó para entrar. Los hombres soltaron una exclamación.

Los argonautas estaban familiarizados con las mujeres aterradoras. No olvidemos que navegaban con Atalanta. Pero Medea inspiraba un terror muy distinto.

El cabello de la princesa, oscuro como las sombras, caía en cascada sobre los hombros de su vestido de seda negra. En su collar de oro relucía el símbolo de Hécate: dos antorchas cruzadas. Su expresión era despiadada y a la vez indiferente, como podría ser la de un verdugo al blandir el hacha. En sus ojos brillaba el conocimiento de cosas oscuras, cosas que llevarían a la mayoría de los hombres a la locura. Pero, cuando miraba a Jasón, sus mejillas se sonrojaban como las de una niña.

—Puedo salvarte —afirmó—. Pero tú tienes que salvarme a mí.

A Jasón le zumbaba el pulso en los oídos.

—Chicos, dejadnos solos.

Los argonautas salieron inquietos. Una vez a solas, Medea cogió las manos de Jasón. La princesa tenía la piel fría.

—Cuando te vi me enamoré de ti al instante. Por favor, dime que no estoy loca —suplicó—. Dime que tú sientes lo mismo.

Jasón no sabía muy bien lo que sentía. Medea era hermosa, de eso no había duda. Pero las Rocas Coincidentes también eran hermosas a su manera.

—Pues... esto... espera. ¿Qué es eso de que puedes salvarme?

—El desafío de mi padre es imposible de superar, como sin duda ya sabes. Ningún mortal puede manejar esos bueyes metálicos. Y mi padre solo lo consigue porque lleva la armadura de Ares. Cualquier otro moriría achicharrado. Pero yo puedo evitarlo.

Medea se sacó del cinto un frasquito de ungüento.

—Si te frotras esto en la piel antes del desafío mañana por la mañana, serás inmune al calor y las llamas. El ungüento además te conferirá una fuerza enorme durante varias horas. Esperemos que sea tiempo suficiente para guiar a los bueyes y arar el campo.

—Es estupendo. ¡Gracias!

Jasón fue a coger el frasquito, pero Medea lo apartó.

—Hay más. Si consigues arar el campo, los dientes de dragón se convertirán entonces en esqueletos de guerreros. Esos esqueletos solo obedecen a mi padre e intentarán matarte. Pero yo puedo mostrarte cómo derrotarlos. Y después está el asunto de robar el Vellocino.

—Pero si triunfo en el desafío, Eetes me entregará el Vellocino.

Medea soltó una risa áspera.

—Mi padre jamás te lo entregará. Si ganas el desafío, sencillamente encontrará otra forma de matarte. A menos que aceptes mi ayuda.

—Y... ¿qué quieres a cambio?

—Solo tu amor eterno. Júrame que me llevarás a Grecia. Jura por todos los dioses que te casarás conmigo y que nunca me abandonarás. Prométeme eso y yo haré cuanto esté en mi poder para ayudarte. Y que sepas que tengo mucho poder.

Jasón se sintió como si estuviera de vuelta en la Montaña del Oso, luchando como un loco a ciegas en la niebla. Casarse con Medea sin duda era casarse con un arma de destrucción masiva. Muy atractiva, eso sí. Y poderosa también. Pero ¿segura para estar expuesto a ella un tiempo largo? Eso ya no tanto.

Pero es que no tenía muchas otras opciones. No podía vencer el desafío él solo, eso no le costaba reconocerlo. Había reunido a los argonautas para que lo ayudaran en su misión. ¿Acaso era distinto reclutar a Medea para su causa?

—Me casaré contigo —decidió—. Lo juro por todos los dioses. Ayúdame y te llevaré a Grecia y jamás te abandonaré.

Medea le echó los brazos al cuello y lo besó. Y Jasón tuvo que reconocer que no estuvo nada mal.

—Aquí está el unguento —le ofreció la princesa—. Una vez arado el campo, cuando los esqueletos surjan de la tierra, tira una piedra en medio de ellos.

Jasón aguardó a que prosiguiera.

—¿Y ya está? —preguntó al cabo.

—Ya está. Ya verás. Cuando venzas el desafío, mi padre se pondrá furioso y tendrá tentaciones de matarte allí mismo. Pero no querrá hacerlo en público. Tú haz como si no pasara nada. Dile al rey que te presentarás en el palacio a primera hora del día siguiente para recoger el Vellocino.

—Pero dices que no me lo dará...

—No. Estará esperando a que aparezcas para ordenar que te maten. Pero no vamos a darle la ocasión. Di a tus hombres que por la noche se preparen en secreto para zarpar. En cuanto anochezca, tú y yo nos metemos a hurtadillas en el bosquecillo, nos encargamos del dragón, robamos el Vellocino y nos largamos de aquí.

—Es todo un plan... cariñito.

Oír eso hizo a Medea tan feliz que casi perdió el brillo asesino de sus ojos.

—¡Buena suerte, amado mío! ¡Recuerda tu promesa!

No dijo «o te arrepentirás». Pero, igual que a su padre, se le daban estupidamente las amenazas implícitas.

Al amanecer, Jasón se presentó en el bosquecillo de Ares.

Como ya os imaginaréis, el bosquecillo no era famoso por sus preciosas flores ni sus glorietas donde tomar el té. Se extendía por una colina en terrazas a las afueras de la ciudad y era visible desde todas partes. El perímetro estaba

rodeado por muros de hierro y setos de espinos venenosos. Las puertas de bronce daban paso a una explanada de tierra del tamaño de un campo de fútbol, plagada de huesos y armas rotas. Apoyado en una pared y atado a un poste había un yugo enorme enganchado a un arado más grande que la quilla del *Argo*. Los dos bueyes de bronce correteaban libres por el campo, aplastando huesos y echando fuego por el morro.

Más arriba de la colina estaba la propia arboleda del dios: varias hectáreas de robles frondosos y retorcidos. En lo más alto, entre las ramas del roble más prominente, relucía el Vellochino de Oro. Desde donde estaba Jasón, no parecía más grande que un sello de correos. Refulgía con el color rojo sangre de la luz del alba y le quemaba los ojos como un puntero láser. (Es malísimo mirar esos punteros directamente. No lo hagáis).

Hasta el último habitante de la Cólquida parecía estar pendiente desde las colinas cercanas, los tejados de la ciudad e incluso los mástiles de los barcos del puerto. Jasón volvió la vista al *Argo*, anclado cerca de la desembocadura del río, y se preguntó si no sería tarde para volver corriendo y gritando: «¡He cambiado de opinión!».

Pero entonces apareció el rey Eetes a toda velocidad por el camino en su carro dorado. Con su armadura de segunda mano «PROPIEDAD DE ARES», parecía que él mismo fuera un dios. La ceñuda careta de bronce del casco hizo estremecer a Jasón. Un hilillo de sudor le goteaba por el rostro, y al héroe le llegó una vaharada del ungüento mágico que acababa de aplicarse: salvia y canela con un levísimo toque de sangre de salamandra rancia. Dioses. Esperaba que Medea no le hubiera gastado una broma pesada.

El carro del rey se detuvo y Eetes fulminó a Jasón con la mirada.

—¡Insensato! —bramó, que es como solía dar los buenos días—. ¿Ves ahora lo imposible de tu tarea? ¡Huye corriendo a tu barco, que nadie te lo impedirá!

Jasón se preguntó entonces si el rey estaría leyéndole la mente. O igual es que se le notaba mucho lo asustado que estaba. Finalmente se las apañó para armarse de valor.

—¡No pienso retroceder! —anunció—. ¿Dónde están esos dientes de dragón que queréis que plante?

El rey chasqueó los dedos, y un criado se apresuró a tirar una bolsa de cuero a los pies del héroe. Su contenido repiqueteó como trozos de cerámica rota.

—Ahí tienes —dijo Eetes—. Buena suerte para poner el yugo a los bueyes. Yo estaré aquí montado en mi carro, haciéndome el guay.

En cuanto Jasón cruzó las puertas, estas se cerraron con estrépito y los bueyes de bronce se volvieron y se lo quedaron mirando.

—Bueyes bonitos...

Los dos se lanzaron a la carga a la vez, escupiendo fuego. El calor le vació a Jasón los pulmones de aire. Notaba los ojos como si fueran jalapeños rellenos de queso, pero sorprendentemente no murió. Una fuerza divina corría por sus venas. Propinó un puñetazo al primer toro en la cabeza, y el animal se cayó de lado. Luego enroscó el brazo en torno al cuello del segundo y lo llevó a rastras hasta el arado.

La multitud se volvió loca. Todos vitoreaban y gritaban sin poder creérselo. Jasón le puso el yugo al buey a la fuerza, y luego fue a por el otro. Lo arrastró hasta el arado, le colocó el arnés a lo bruto y agarró los mangos del arado.

—¡Yiiiijaa! —gritó.

Los bueyes lanzaron llamas al cielo y tiraron del gigantesco arado por el suelo, cavando un surco. Jasón estaba rodeado de humo, las chispas se le metían en los ojos. Era como conducir una locomotora de vapor, pero desde dentro de la caldera. A pesar de todo, se las fue apañando para ir sembrando los dientes de dragón en los surcos. Al mediodía, todo el campo estaba arado y Jasón aún no había muerto. Detuvo a los bueyes, los ató al poste y decidió tomarse un descanso para beber agua. Los argonautas lo vitoreaban como locos.

—¡No está mal para ser un hombre! —gritó Atalanta.

—¡Ese es mi chico! —exclamó Polideuces.

Orfeo empezó a cantar una canción que acababa de inventarse, titulada *Bull Driving Man*, que más adelante alcanzó el puesto número cinco en la lista de las canciones más escuchadas en la Antigua Grecia.

Mientras tanto, Eetes se había limitado a lanzar miradas de odio a Jasón desde su carro. La visera le ocultaba el rostro, pero el héroe tenía la sensación de que la expresión del rey era todavía menos amistosa que el ceño de su careta metálica.

—Un buen comienzo —reconoció al final el monarca—. Pero ahora tienes que recoger lo que has sembrado. Traedle... ¡el cubo de sangre!

Un criado se adelantó a toda prisa con una preciosa regadera verde decorada con margaritas. Los guardias abrieron las puertas el tiempo justo para poder pasársela a Jasón. El héroe echó un vistazo dentro, vio que estaba llena de sangre y decidió no preguntar de dónde había salido.

Se puso a caminar entre los surcos, regando su cosecha de dientes. En cuanto terminó el último tramo, todo el campo empezó a retumbar. Unas manos de esqueleto brotaron del suelo, y docenas de guerreros de huesos salieron arañando la tierra, ya armados con espadas oxidadas y escudos abollados. Tenían las cuencas de los ojos vacías y oscuras, pero cuando se volvieron hacia Jasón, el héroe tuvo la sensación de que lo veían perfectamente.

Y le entró el pánico... hasta que recordó el consejo de Medea.

«Una piedra —pensó—. Necesito una piedra».

Encontró una del tamaño de una pelota de béisbol y la lanzó trazando un arco alto.

Los esqueletos guerreros estaban ya formando filas cuando la piedra alcanzó a uno de ellos en la cabeza y le arrancó el casco. El guerrero se tambaleó y tropezó con un camarada, que lo empujó, tirando a un tercer guerrero, que se puso a manotear y alcanzó a un cuarto en la cara.

Y al momento, todos los esqueletos peleaban unos contra otros, sin que les importara un pimiento quién había empezado la trifulca. Estuvieron dándose espadaños hasta que el campo quedó cubierto de cajas torácicas rotas, cráneos sueltos y mandíbulas que todavía repiqueteaban. Brazos y piernas de hueso avanzaban con movimientos de tijera buscando sus cuerpos.

Jasón se acercó al último par de guerreros, que habían perdido la cabeza y se daban empujones en el pecho como matones de patio de colegio. El héroe cogió la espada más cercana y les cercenó las piernas.

Por un momento, la muchedumbre guardó silencio. Hasta que los argonautas empezaron a corear:

—¡Jasón! ¡Jasón!

Abrieron las puertas de bronce y entraron en masa para levantar a Jasón en hombros. Y así lo pasearon ante la mirada torva de Eetes.

—¡Muchas gracias por el desafío, majestad! —le gritó Jasón—. ¡Mañana por la mañana me pasaré por el palacio para recoger el Vellochino! ¡Esta noche vamos a celebrarlo!

Y los argonautas volvieron a su campamento contentísimos. Los cólquidos volvieron a sus casas y cerraron las puertas con llave. Sabían cómo se las gastaba su rey cuando se enfadaba.

Eetes, mientras veía alejarse a los argonautas, murmuró para sus adentros:

«Tú celébralo todo lo que quieras, Jasón. ¡Disfruta de tu última noche en la Tierra!».

Esa noche, a pesar de su decepción, Eetes durmió muy bien. No había nada que le hiciera tanta ilusión como una buena escabechina.

A medianoche, la mayoría de los argonautas había vuelto al barco en secreto, dejando encendidos los fuegos del campamento para engañar a la guardia de la ciudad. Jasón estaba en su tienda de comandante, recogiendo sus cosas, cuando llegó Medea junto con los cuatro nietos de Eetes.

—Tienen que venir con nosotros.

Medea empujó a los niños para que entraran.

—Quieren ver Grecia, donde nació su padre. Además, en cuanto Eetes descubra que nos hemos llevado el Vellochino, correrán peligro. El rey descargará su rabia contra todos los que hablaron en tu favor.

Jasón frunció el ceño.

—Pero ¡no será capaz de matar a sus propios nietos!

—Tú no conoces a mi padre —replicó Medea.

Jasón no tenía planeado llevarse a cuatro niños a bordo del *Argo*, pero tampoco podía decir que no. Todos lo miraban con sus grandes ojos de cachorrito y murmuraban: «Porfa, porfa, porfa».

—Está bien, niños —accedió—. Mis hombres os llevarán al barco mientras Medea y yo vamos a por el Vellochino.

El bosque de Ares no era menos espeluznante por la noche.

La sacerdotisa guio a Jasón hasta una entrada secreta en el muro sur. Hizo unos gestos con la mano, pronunció unas palabras mágicas y los setos de espinos se abrieron, dejando ver un hueco entre las planchas de hierro.

Todavía reptaban por el campo varios brazos y piernas de esqueletos, y las calaveras relumbraban a la luz de la luna. Jasón chapoteaba con las sandalias en el fango ensangrentado, que se filtraba entre los dedos de sus pies.

Cuando llegaron a la arboleda, Medea lo condujo pendiente arriba por intrincados caminos. Sin ella, el héroe habría estado perdido. Las raíces se le enroscaban en las piernas, los árboles se movían, las ramas se le clavaban en los sitios más incómodos. Cada vez que los árboles se ponían demasiado agresivos, Medea mascullaba unas palabras mágicas que los aquietaban.

Hasta que por fin llegaron a la cima.

Jasón tenía pensado sacar la espada en cuanto se topara con el dragón, pero lo cierto es que al verlo, los brazos se le hicieron mantequilla y solo atinó a quedarse mirando aquel gigantesco reptil que culebreaba con unos ojos como lámparas amarillas y echaba un humo sulfuroso por la nariz. La criatura estaba tan enroscada al tronco del árbol que era imposible saber cuánto medía de longitud. Unas aletas puntiagudas se alineaban en su lomo como la hoja serrada de un cuchillo. Cada una de sus escamas era tan grande como un escudo y estaba afilada y doblada en el extremo, de manera que la piel del monstruo recordaba absurdamente a una alcachofa mortífera.

Cuando el bicho abrió las fauces, Jasón se imaginó sin dificultad el *Argo* devorado y deglutido por aquella garganta roja, el casco hecho astillas entre las hileras de afilados dientes de marfil. El siseo del dragón resonaba en la colina y reverberaba por todo el valle. Sin duda habría despertado a todos los

habitantes de la Cólquida.

Jasón casi se echó a reír de pura desesperación. Pero ¿en qué estaba pensando? Su espada sería tan útil contra aquella bestia como un palillo de dientes.

Medea le agarró la muñeca y señaló el Vellochino de Oro, que relumbraba en una rama por encima de la cabeza del dragón.

—Tienes que trepar por el cuerpo del dragón para llegar hasta él —indicó—. No te duermas.

—¿Cómo?

Medea empezó a cantar. Jasón no entendía aquel lenguaje, pero sí captó que decía «Hipnos», que era como se llamaba el dios del sueño. La canción lo bañaba como miel caliente. Le pesaban los párpados... Medea le clavó las uñas en el antebrazo para espabilarlo.

El dragón parpadeó una vez... dos veces... y cerró los ojos. Su descomunal cabeza cayó a tierra y allí empezó a roncar, echando gases sulfurosos por la nariz.

—Ahora —susurró Medea—. ¡Date prisa!

La hechicera siguió cantando mientras Jasón avanzaba. El héroe trepó por el lomo del dragón, intentando no quedar empalado en sus puntiagudas escamas. Justo cuando iba a coger el Vellochino, el monstruo se retorció en su sueño y estuvo a punto de hacerlo caer. Medea cantó un poco más alto, se acercó muy despacio y echó unos polvos en los ojos del dragón. La bestia se puso a roncar de nuevo, profundamente dormida.

Jasón se las vio y se las deseó para bajar el Vellochino. Era grande, pesaba como un demonio y Frixo lo había clavado muy bien allí arriba. Cuando por fin logró arrancarlo, la cabeza del Vellochino cayó sobre él y estuvo a punto de abrirle la crisma con uno de los cuernos del carnero.

El héroe puso los pies en el suelo justo cuando los tambores empezaban a resonar por toda la ciudad.

—¡Los guardias se han dado cuenta! —advirtió Medea—. ¡Deprisa!

Echaron a correr por el bosque y luego por el campo de esqueletos. Jasón estaba seguro de que los rodearían y los capturarían, pero, no se sabe cómo, consiguieron llegar hasta los muelles sin que los vieran, a pesar de que todos los guardias de la ciudad ya estaban en alerta y Jasón llevaba encima el objeto más relumbrante del reino.

Para cuando subieron a bordo del *Argo*, los marineros cólquidos embarcaban a toda prisa en sus propias naves y cargaban las ballestas.

—¡Vamos, vamos, vamos! —gritó nuestro héroe a su tripulación.

Sonaron los cuernos y una lluvia de flechas encendidas trazó un arco sobre sus cabezas. El *Argo* salió del puerto perseguido por una docena de barcos cólquidos.

La expresión de Medea era muy seria a la luz de las antorchas.

—Con algo de suerte, mi hermano Apsirto estará al mando de esos barcos. Por lo menos él nos matará deprisa. Pero si mi padre va a bordo... bueno, entonces mejor habría sido dejar que el dragón nos hiciera pedazos.

A Medea se le daban de miedo los discursos de motivación. Tras oír aquello, los argonautas remaron más rápido.

Justo antes del amanecer, Medea se las apañó para conjurar un banco de niebla, de manera que los argonautas perdieron de vista temporalmente a sus perseguidores. Como los cólquidos no sabían muy bien qué dirección habían tomado sus enemigos, se dividieron en dos flotas.

Después de semanas de remar como posesos, los argonautas se aproximaban a la orilla oeste del mar Negro, cuando una de las flotas de la Cólcida por fin los alcanzó. El vigía del *Argo*, desde su puesto, informó de los colores de las banderas enemigas.

—Son los estandartes de mi hermano —informó Medea—. Apsirto comanda los barcos.

—Esto... ¡una cosa más! —gritó el vigía—. Acaba de aparecer otra flota cólcida en el horizonte. Está como a medio día de distancia.

—Genial. —Medea se apartó de un soplado un mechón de pelo de la cara—. Si han dividido la flota significa que mi padre está a cargo del otro grupo.

Los argonautas se sentían tan exhaustos que no pudieron ni maldecir.

—No podemos correr más que ellos —declaró Jasón—. La tripulación está exhausta.

—Tengo un plan —dijo Medea—. Los barcos de mi hermano están más cerca. Negociaremos con él antes de que llegue mi padre.

—¿Negociar una muerte más rápida?

Medea señaló la orilla.

—¿Ves la desembocadura de ese río? Penetra en la tierra cientos de kilómetros. Podría incluso llevarnos hasta Grecia. Vosotros estad preparados.

La hechicera izó entonces en el mástil una bandera blanca. Siguiendo sus instrucciones, Jasón informó a gritos al buque insignia de la flota cólcida de

que deseaba discutir los términos de su rendición.

Con una promesa de salvoconducto, Apsirto y unos cuantos guardias fueron en barca hasta el *Argo*. Puede que parezca una verdadera imprudencia, pero es que en aquel entonces la gente se tomaba muy en serio las promesas. Dar la bienvenida a alguien a tu barco bajo una bandera de tregua era lo mismo que recibir a un invitado en tu casa. No podías hacerle daño a menos que quisieras ponerte en contra a todos los dioses.

Cuando Apsirto vio a su hermana del lado de los griegos, negó con la cabeza, asqueado.

—¿En qué estabas pensando, Medea? ¿Has traicionado a los tuyos por este hombre?

—Perdóname, hermano.

Apsirto se echó a reír.

—Las disculpas no te servirán de nada. Te ejecutaré deprisa, antes de que llegue nuestro padre. Es la única clemencia que puedo ofrecer.

—No lo has entendido —dijo Medea—. No estaba disculpándome por ayudar a Jasón. Estaba disculpándome por esto.

Y sin más, se sacó una daga de la túnica y la lanzó con mortal precisión. La hoja se hundió en el cuello de su hermano, que cayó muerto al instante. Los guardias del príncipe echaron mano a sus armas, pero los argonautas los redujeron.

Medea se arrodilló junto al cadáver de Apsirto. La tripulación la miraba con horror.

—Pero ¿qué has hecho? —dijo Orfeo—. Has matado a un emisario bajo una bandera de tregua... ¡Y además, tu propio hermano! ¡Atraerás una maldición sobre todos nosotros!

Medea alzó la vista, con los ojos tan serenos como los de un buitre.

—Ya nos preocuparemos más tarde de los dioses. De momento tenemos que escapar de mi padre. Jasón, ayúdame a descuartizar al príncipe.

—¿Cómo dices?

—¡No hay tiempo para discutir! —bramó Medea—. ¡Los demás, a los remos! ¡Dirigíos hacia el río!

A esas alturas los argonautas estaban deseando no haber oído hablar jamás de Medea, pero tenía razón en una cosa: no había tiempo que perder. Y así fue como entraron en el río que algún día se llamaría Danubio.

Los barcos de Apsirto tardaron en reaccionar. No entendían qué pasaba. El príncipe no solía irse a navegar con sus enemigos, pero a los cólquidos ni siquiera se les ocurrió que los griegos pudieran haberlo matado en mitad de las negociaciones. Para cuando emprendieron la persecución, habían perdido un tiempo muy valioso.

Las naves del rey Eetes alcanzaron al resto de la flota y juntos siguieron al *Argo* río arriba, y fue entonces cuando Medea empezó a tirar por la borda los pedazos del príncipe muerto.

El rey Eetes vio que el brazo derecho de su hijo pasaba flotando y ordenó con un rugido a toda la flota que se detuviera. Sacaron el brazo del agua y escudriñaron el río para asegurarse de que no se dejaban nada. Entonces, y solo entonces, se les permitió a las naves cólquidas seguir a su presa.

Y esto también puede parecer muy raro, pero es que los cólquidos se tomaban muy en serio sus ritos funerarios. Si querías que tu alma llegara al inframundo, tenían que enterrarte correctamente. Primero envolvían el cadáver en piel de buey y lo colgaban de un árbol hasta que la carne se descomponía. Luego enterraban el esqueleto con un puñado de joyas caras y eso, mientras los sacerdotes entonaban oraciones a los dioses. No podía celebrarse un funeral cólquido a menos que estuvieran presentes y unidos todos los trozos del cuerpo, porque si no tendrían que colgarlo del árbol en unas cuantas bolsas de supermercado y quedaría ridículo.

Total, que al ir dejando una estela de pedazos de su hermano, Medea logró que el *Argo* tuviera tiempo para escapar. El Danubio era un río enorme, con muchas ramificaciones, afluentes y calas en las que esconderse. Cuando Medea arrojó por la borda el último resto del príncipe, los argonautas habían perdido por completo a los cólquidos.

—¡Ya está! —exclamó Medea, con una expresión victoriosa radiante—. ¡Os dije que lo conseguiríamos!

Los marineros no querían ni mirarla a los ojos. Jasón intentó mostrarse agradecido, pero estaba horrorizado. ¿Quién era esa mujer con la que había accedido a casarse?

A ver, os cuento. Si navegáis Danubio arriba con intención de llegar a Grecia, donde acabaréis es en Alemania. Pero los argonautas, no sé cómo, dieron con la ruta. Es probable que en algún punto sacaran el barco del agua, lo llevaran rodando sobre unos troncos hasta otro río y después navegaran por el norte de Italia hasta el mar Adriático.

A lo largo de todo el camino dejaron atrás el lago en el que Faetón se había estrellado. Después de haberlas pasado tan canutas, los marineros se quedaron mirando el punto en el que el cuerpo de Faetón todavía hervía y humeaba bajo el agua y pensaron: «Este tío sí que lo tuvo fácil».

Cuando llegaron al mar, todo lo que podía ir mal fue mal. Los atacaron los monstruos, los sacudieron las tormentas, los vientos no cooperaban y la

máquina de helados del barco al final se rompió.

—Los dioses están castigándonos. —Argos fulminó con la mirada a Medea—. Y todo por su culpa.

—Calla —le advirtió Jasón—. Sin Medea ahora estaríamos todos muertos.

Los tripulantes murmuraban a espaldas de Jasón, aunque estaban demasiado asustados y demasiado desanimados para amotinarse. La proa mágica del *Argos* les había retirado la palabra hacía semanas. Y el Vellochino de Oro, que ahora estaba clavado al mástil, ya no los animaba. Si el Vellochino contenía alguna magia, desde luego no estaba compartiéndola.

Los argonautas vivieron unas cuantas situaciones más de las que escaparon por los pelos. Pasaron por la isla de las sirenas, cuyos cantos mágicos impulsaban a los marineros a tirarse por la borda y ahogarse. Por suerte, Orfeo atacó con un tema de Jimi Hendrix que duraba unas tres horas y sofocó el canto de las sirenas hasta que el barco se alejó lo suficiente para quedar fuera de peligro.

Tomaron tierra en Corfú, al oeste de Grecia, y casi los capturaron unos cazadores de recompensas cólquidos, pero la reina local intervino y decretó que no podían llevarse a Medea a la Cólquida si estaba legalmente casada con Jasón. La pareja se unió en una apresurada ceremonia y la reina los dejó marchar.

Después de eso, el *Argo* estuvo dando bandazos por el Mediterráneo hasta que ya nadie tenía ni idea de dónde se encontraban. Sin nada de comida ni de agua, anclaron junto a la orilla de una isla desconocida.

—Da igual dónde estemos —dijo Jasón—. Necesitamos provisiones.

El héroe dirigió el destacamento que bajó a tierra, que incluía a Medea.

Se encontraban en los bosques, llenando sus vasijas de agua en un río, cuando oyeron un extraño retumbo en la dirección en la que habían llegado: como el chirrido de unos engranajes gigantescos.

—¿Qué es eso? —preguntó Polideuces—. ¿Ya está otra vez Orfeo tocando algo de Jimi Hendrix?

Argos, el viejo armador, se puso pálido.

—Ese ruido metálico... como un crujido de articulaciones... Oh, dioses, no. ¿Es posible que esta isla sea Creta?

En la orilla se oyó un ensordecedor «¡ca-plaaash!», seguido de los tambores que llamaban a los argonautas a los remos.

Los miembros del destacamento soltaron las vasijas de agua y echaron a correr hacia la playa. Cuando llegaron al borde de los árboles, se quedaron

paralizados de terror. A unos cien metros había una estatua de bronce viva, tan alta como la torre de un castillo y vestida como un guerrero. Su impassible rostro metálico no mostraba emoción alguna, pero sin duda estaba mirando el *Argo*, que ahora cabeceaba sobre las olas medio kilómetro mar adentro.

El gigante de bronce se arrodilló y arrancó la piedra más cercana a la playa, una roca tan grande como el propio barco, y la lanzó contra el *Argo*. El proyectil falló por muy poco, pero la ola que provocó estuvo a punto de hacer volcar la embarcación.

—Es Talos —dijo Jasón—. ¡Va a destruir el barco!

—¿Quién es el Talos ese? —dijo Medea—. ¿Quién en su sano juicio haría una cosa así?

Jasón apenas la oía con el pitido que le zumbaba en los oídos.

—Lo hizo Hefesto para el rey Minos. Recorre la isla de Creta tres veces al día, para protegerla de los piratas. Si Talos ve un barco que no reconoce...

—¡Mi barco! —vociferó Argos—. ¡Tenemos que protegerlo!

Polideuces agarró al viejo para contenerlo.

—¡Esa cosa es enorme! ¡Nuestras armas son inútiles contra eso!

—Tengo una idea —terció Medea.

Polideuces lanzó una maldición.

—¡Odio que diga eso!

—Escuchad, no es la primera vez que veo una obra de Hefesto. Suelen estar animadas por plomo derretido, a modo de sangre. La estatua debería tener una válvula de seguridad, de cuando la llenaron al principio.

—¡Ahí! —señaló Jasón.

Y, efectivamente, en el talón izquierdo de la estatua había un tapón redondo del tamaño de un escudo.

—Yo lo distraeré —se ofreció Medea—. ¡Vosotros daos prisa y abrid esa válvula!

Antes de que pudieran discutir aquel asunto, Medea echó a correr por la playa. Talos cogió otra roca y la levantó para arrojarla justo cuando la hechicera se puso a cantar.

El gigante se volvió y se la quedó mirando.

La voz de Medea no flaqueó. Invocó al dios Hipnos y cantó sobre forjas frías,

junturas bien engrasadas, mantas metálicas reconfortantes y cualquier otra cosa con la que pudieran soñar las estatuas gigantes de bronce.

Talos podría haberla aplastado con la roca, de manera que Jasón se habría ahorrado un montón de problemas más adelante, aunque, en lugar de eso, la estatua se quedó escuchando, confusa y lánguida. Jasón rodeó la playa y corrió por detrás del monstruo. Encajó la espada en el borde del tapón y lo abrió con un chasquido, rompiendo su arma.

El plomo fundido casi lo incineró. El héroe se apartó a un lado de un brinco, con la ropa hecha un colador de agujeros humeantes. La sangre de la estatua manaba a borbotones, convirtiendo la playa en el espejo de plomo más grande del mundo. Talos se tambaleó y dio un traspié. Al cabo de un momento, dejó caer la roca y se desplomó de narices. Golpeó la tierra con tal fuerza que a Jasón se le movieron los dientes y le bailaron los ojos en las cuencas.

Cuando el héroe recobró la consciencia, Medea estaba sobre él, sonriendo.

—Bien hecho, esposo. ¿Te interesaría adquirir unos cuantos miles de kilos de chatarra?

Los argonautas hicieron acopio de agua y alimentos y zarparon rumbo a casa antes de que el rey Minos averiguara quién se había cargado su soldadito de plomo favorito.

Por fin, después de lo que parecían años (tal vez porque habían pasado años), el *Argo* llegó a casa y amarró en Yolco.

Los ciudadanos celebraron una fiesta por todo lo alto en honor de los argonautas. Desfilaron por la calle principal con el Vellochino de Oro y lo colgaron luego en la plaza central. Jasón y Medea llegaron triunfales a palacio, donde el viejo rey Pelias no estaba precisamente encantado de verlos.

—¡Bien hecho! —dijo sin ganas—. Así que... esto... ¡Pues nada! Gracias por traernos el Vellochino de Oro.

—Mi trono —contestó Jasón—. Ese era el trato.

—Ah, sí. El trono. —Pelias dio un respingo—. Vale... no hay problema. Cuando yo muera, serás el siguiente rey.

—¿Qué?! —chilló Acasto, su hijo.

—¿Qué?! —gritó Jasón.

—¡Que den comienzo las festividades! —exclamó entonces Pelias.

Jasón estaba que echaba humo. Había hecho todo lo que Pelias le había pedido, pero el rey no había llegado a especificar exactamente cuándo le entregaría el trono, de manera que ahora le tocaba esperar vete a saber cuánto tiempo.

—Podrías tomar el trono por la fuerza —lo apremió Medea.

Jasón frunció el ceño.

—Esto no es la Cólquida. Aquí no nos matamos unos a otros a sangre fría... Bueno, por lo menos no tan a menudo.

—Bien —le dijo su esposa—. De todas formas estoy segura de que el viejo morirá pronto.

Por el tono de Medea, Jasón debería haber imaginado que tramaba algo, pero supongo que no quiso enterarse.

Unas semanas más tarde, cuando se terminaron las fiestas y Medea y Jasón se habían instalado en las estancias para invitados del palacio, Esón, el padre de Jasón, aunque viejo y débil, acudió a la ciudad a hacerle una visita. Medea le dio la bienvenida con un regalo especial: preparó una poción que le rejuveneció las articulaciones, le fortaleció los músculos y le otorgó otros diez años de vida. Al final de la visita, el anciano tiró el bastón y decidió volver a su casa haciendo jogging.

Las hijas del rey Pelias se quedaron tan impresionadas que fueron a ver a Medea.

—¡Hala, tu magia es alucinante! —comentó Alcestis, una de las princesas.

Medea sonrió.

—Gracias, bonita.

—¿No podrías hacer lo mismo por nuestro padre? —le pidió la princesa—. El pobre tiene una artritis horrorosa y forúnculos y gota y un puñado de problemas más. ¡Nos encantaría rejuvenecerlo como regalo sorpresa de cumpleaños!

—Qué tierno... —En la mente de Medea se agolpaban las posibilidades—. Por desgracia no os gustaría el modo en que se administra la poción. Hace falta mucho valor y fuerza de estómago.

Alcestis y las otras princesas se mostraron muy ofendidas.

—¡Nosotras tenemos valor!

Medea fingió pensárselo.

—Bien. Os mostraré lo que hay que hacer, pero os lo advierto: no es plato de gusto.

Total, que se llevó a las princesas a su laboratorio recién instalado y pidió a los guardias que les proporcionaran una cabra vieja de los corrales reales. Entretanto, puso a hervir agua en un caldero enorme y fue murmurando unos

cuantos hechizos mientras espolvoreaba hierbas mágicas.

Los guardias le llevaron una cabra tan vieja que apenas se tenía en pie. Tenía los ojos de un blanco lechoso por las cataratas y el pelo se le caía a mechones.

—Imaginad que esta cabra es vuestro padre —les dijo Medea a las princesas.

Entonces sacó su cuchillo y le rebanó el cuello. Y a continuación descuartizó al animal a cuchilladas.

—Pero ¡¿qué haces?! —chilló Alcestitis.

Medea al oírla alzó la vista con la cara manchada de sangre.

—Ya os dije que no era fácil. Vosotras observad.

Recogió todos los trozos del animal y los arrojó al agua hirviendo. El caldero tembló, y al momento una cabra joven salió de un salto, humeando y balando y dando brincos en plan: «Ay, ay, cómo quema».

—¡Es alucinante! —exclamó Alcestitis.

—Sí... —suspiró Medea—. Es una pena que no tengáis el valor para hacer esto por vuestro padre. Si os atrevierais, ¡viviría otros cuarenta o cincuenta años!

—¡Sí que tenemos valor! —afirmó Alcestitis—. ¡Danos el hechizo!

Medea preparó una bolsa de hierbas inofensivas (romero, tomillo, un poco de sazónador de paella...).

—Aquí tenéis. ¡Buena suerte!

Esa noche, las cuatro princesas prepararon un enorme caldero de agua hirviendo y le dijeron a su padre que tenían un regalo especial para él. Le vendaron los ojos y lo llevaron a la cocina.

Pelias se reía, esperando unas galletas o tal vez una tarta mal decorada.

—Ay, chicas, no tendríais que haberos molestado.

—¡Sorpresa! —dijo Alcestitis, y a continuación le quitó la venda de los ojos.

El rey vio a sus cuatro hijas delante del caldero de agua hirviendo, muy sonrientes y cada una de ellas con un cuchillo grande en la mano.

—Eeeh... ¿chicas?

—¡Feliz cumpleaños!

Las princesas se arrojaron sobre su padre y lo cortaron en pedazos. Después lo lanzaron al caldero con las hierbas y especias y esperaron a que saliera de

un salto, joven y fuerte. Pero, en lugar de eso, lo que salió de allí fue un guiso de Pelias.

Cuando se dieron cuenta de que las habían engañado, gimieron y sollozaron. Le dijeron a todo el mundo que Medea les había dado la idea. Y como en Yolco la sacerdotisa no caía bien a nadie, se volvieron contra ella.

Jasón estaba horrorizado. Intentó distanciarse de su esposa. Juró que él no había tenido nada que ver con aquel complot de asesinato. Pero era demasiado tarde. Nadie podía soportar la idea de que fuera rey después de lo que había hecho su mujer. De manera que Medea y él se vieron obligados a huir de la ciudad para que la turbamulta no los linchara.

Jasón por fin había hecho realidad su sueño: había unido al pueblo tras recuperar el Vello de Oro. Pero lo había unido contra él.

Acasto, el hijo de Pelias, pasó a ser rey.

Jasón y Medea se refugiaron en la ciudad de Corinto, cuyo rey, Creonte, era un gran fan de las aventuras de los argonautas. Él sí creía que Jasón era inocente en el infame escándalo del guiso del caldero.

Jasón y Medea tuvieron dos hijos: unos pequeñines muy monos. La sacerdotisa reconstruyó su laboratorio secreto y se dedicó a preparar hechizos y pociones para los ciudadanos. La gente de Corinto era más agradable con ella, aunque seguían encontrándola siniestra. Y aquello no mejoró mucho cuando Helios, el abuelo de Medea, le regaló un carro nuevo para su cumpleaños.

No sé por qué a Helios le parecería una buena idea, pero el caso es que el carro iba junto con dos dragones. Medea volaba en él por toda la ciudad cuando iba a hacer la compra o llevaba a los niños a los entrenamientos de fútbol, hecho que ponía a los corintios muy nerviosos. Nadie la llamó nunca «Madre de Dragones», mira por dónde.

En cuanto a Jasón, se convirtió en el mejor general del rey Creonte. La familia real pensaba que era estupendo, pero el rey notaba que el héroe, en el fondo, estaba triste.

—Hijo mío —le dijo un día—, salta a la vista que la hechicera de tu esposa te causa sufrimientos. No es posible que la ames. ¡Te ha costado el reino que te pertenecía! ¡Y ni siquiera es griega! Tienes que dejarla de lado. Cásate con mi hija Creúsa. Yo te declararé mi heredero y serás rey, ¡como tiene que ser!

Las primeras veces que el rey le hizo esa oferta, Jasón la rechazó. Al fin y al cabo le había hecho una promesa a Medea. Pero a lo largo de los meses, su fuerza de voluntad fue debilitándose. Empezó a encontrar razones para justificar lo que deseaba. Es curioso la de veces que hacemos eso...

«La verdad es que sería mejor para Medea también —pensaba—. Le pasaría una buena pensión y la manutención de los niños. Así podría casarse con

alguien más compatible con ella: un señor de la guerra o un asesino, o algo así».

Al final firmó un acuerdo con el rey Creonte y fijaron la fecha de la boda. Jasón se convenció de que Medea se pondría contenta y se sentiría aliviada. Volvió a su casa sonriendo de oreja a oreja y se lo contó, explicándole con todo detalle por qué aquello, en realidad, era bueno para los dos.

—Ya veo. —La voz de Medea era puro hielo—. ¿Y no cambiarás de opinión?

—No, me temo que no. Pero, oye, pienso manteneros como es debido a ti y a los niños. ¡Espero que vengas a la boda!

—¡Uy, cuenta con ello! —dijo Medea—. Incluso le mandaré un regalo a tu novia.

—¡Vaya! ¡Gracias por ser tan comprensiva!

Lo cual demuestra que Jasón nunca llegó a conocer nada a su esposa.

Medea envió a Creúsa un vestido de novia envenenado. Era lo más bonito que la princesa había visto en su vida. Se lo probó de inmediato y empezó a gritar y a echar humo. Corrió por los salones con la piel burbujeando y los brazos en llamas. El rey Creonte quiso ayudarla y se quedó pegado al vestido, de manera que ambos, padre e hija, murieron juntos de un modo horrible.

Cuando Jasón se enteró, corrió a su casa gritando:

—¡Medea! Pero ¿qué has hecho?

Lo seguía una muchedumbre de corintios furiosos con antorchas y horquillas, y no estaban de su lado.

Jasón irrumpió por la puerta y el corazón estuvo a punto de explotarle. Sus dos hijos yacían muertos en el suelo, y Medea se encontraba de pie junto a ellos con un cuchillo.

—¿Nuestros... nuestros hijos? —sollozó Jasón—. ¿Por qué? ¡No habían hecho nada!

—Todo esto es por tu culpa —gruñó Medea—. ¡Tú no serías nada sin mí! Dejé mi hogar por ti. Lo hice todo por ti. Y tú prometiste por todos los dioses que me amarías siempre. ¡Y no has cumplido tu palabra! Quiero que sufras, Jasón. Quiero arrebatarte todo lo que te importa. Adiós, exesposo. ¡Espero que mueras triste y solo!

Y antes de que Jasón pudiera recobrarse, Medea subió de un salto a su carro tirado por dragones y se marchó volando.

El héroe no tuvo tiempo de enterrar a sus hijos antes de que la turbamulta asaltara su casa. Tuvo que huir de Corinto.

Medea voló a Atenas, donde vivió toda una nueva serie de aventuras como la malvada madrastra de Teseo. Más tarde volvió a la Cólquida, se enteró de que su padre, Eetes, había muerto y ocupó ella misma el trono. No sé por qué los cólquidos la querían de vuelta. Tal vez les había demostrado ser justo la clase de reina que necesitaban.

En cuanto a Jasón, estuvo deambulando por Grecia solo y triste. Al final, cuando estaba ya tan viejo y tan tullido que nadie lo reconocía, volvió a Yolco, donde el *Argo* se pudría en los muelles.

El barco había sido en otros tiempos el orgullo de la ciudad, un recordatorio de su mayor héroe. Pero desde el asunto de Medea, nadie quería acordarse de los argonautas ni de Jasón, ni siquiera del Vello de Oro, que estaba escondido en el sótano del palacio.

El *Argo* tenía ya muy mala reputación y había sido abandonado a los vándalos y los grafiteros. Jasón subió a bordo y se acurrucó bajo la proa mágica.

—Tú eres mi única amiga —le dijo—. Tú me comprendes.

Pero la madera mágica de Dodona había perdido el habla años atrás. Esa noche, mientras Jasón dormía, el mascarón terminó de pudrirse, se le cayó en la cabeza y lo mató.

De modo que el *dream team* de los argonautas cayó en el olvido. Su misión no había servido para nada. Jasón, su gran jefe, murió solo y despreciado.

Y si este no es un gran final para este libro, yo ya no sé qué lo será.

Dan ganas de salir corriendo a convertirse en héroe griego, ¿verdad?

Por lo menos hemos aprendido algunas cosas importantes por el camino, como por ejemplo:

No hay que abandonar a los hijos en el bosque.

No hay que liarse con nadie en el templo de ningún dios.

¡Hay que evitar a Hera a toda costa!

Pero como ya os conté hace años: esta movida de ser un semidiós es peligrosa. No digáis que no os lo advertí.

## Epílogo

\*

Tíos, ¿qué hora es?

Llego tarde a nuestra fiesta mensual del *Argo II*. ¡Me van a matar!

He tardado más de lo que imaginaba en escribir este libro, pero espero que haya valido la pena. A lo mejor os salva la vida, o por lo menos os expone diferentes opciones para morir de manera dolorosa e interesante.

También espero que mi abastecimiento vitalicio de pizza y caramelos Jelly Beans azules empiece a llegar pronto, porque me muero de hambre.

Después de leer todo esto, si todavía estáis empeñados en ser héroes, es que no tenéis remedio. Claro que yo tampoco lo tengo, ni la mayoría de mis amigos. Así que bienvenidos al club, supongo.

Tened siempre la espada afilada, chicos. Y los ojos bien abiertos. Y si insistís en acudir al Oráculo de Delfos, pues nada... que paséis un buen día.

Paz desde Manhattan,

Percy Jackson

